

PREMIO
DE NOVELA
HISTÓRICA
ALFONSO X
EL SABIO

Premio 2005

ÁNGELES DE IRISARRI

1886-1907

Romance *de* ciego

Lectulandia

A finales del siglo XIX, la acaudalada e influyente familia Arriazu vive los cambios sociales que se producen en España con el advenimiento y generalización del ferrocarril, del teléfono, la luz eléctrica, el cine y el automóvil. Los señores aceptan gustosos el progreso que la llegada de los nuevos inventos supone para la vida cotidiana, pero sus criados recelan de la utilidad de semejantes novedades.

Las protagonistas de esta novela conducen el hilo de la narración y son ellas las que marcan la dirección, el peso de los acontecimientos y las que se atreven a cambiar las situaciones. En una palabra, son ellas las que desean forjar su propio futuro, aunque no siempre lo consiguen... Porque la vida es como es, y la suerte o la desgracia la dirige a su antojo y, en consecuencia, no pueden escapar al destino que las enreda, a todas, en su madeja.

En este nuevo mundo recién nacido, que preludia el siglo XX, tanto las mujeres de casa Arriazu como las que habitan fuera de ella, aman, sueñan, odian, lloran, sufren, ríen, bailan, leen y se divierten, tomando parte activa en el pequeño universo que les ha correspondido vivir, cada una con sus desvelos, tristezas, alegrías, secretos, pecados y pecadillos.

Ángeles de Irisarri, ateniéndose a los hechos históricos, recrea con fidelidad la compleja atmósfera social, política y económica de la época, consiguiendo en *Romance de ciego* una novela en la mejor tradición de la narrativa contemporánea, léase Balzac, Galdós o Leopoldo Alas «Clarín».

Lectulandia

Ángeles de Irisarri

Romance de ciego

ePub r1.0

orhi 10.01.16

Título original: *Romance de ciego*

Ángeles de Irisarri, 2005

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Manuel Comabella Mas,
viejo amigo y lector.*

Esta obra resulto ganadora del Premio de Novela Histórica Alfonso X el Sabio 2005, convocado por Caja Castilla La Mancha y mr ediciones, Grupo Planeta, y fallado por un jurado compuesto por Fernando Delgado, Ana María Matute, Martín Molina, Felipe Pedraza, Soledad Puértolas, Eugenia Rico, Juan Sisinio Pérez y Pablo Álvarez como secretario.

La autora no se hace responsable del uso de los remedios médicos contenidos en este libro.

Romancillo de ciego

Escuchen señores y damas,
oigan mozos y mozas
de boca del ciego Antonio
toda la historia de Cosma.
Sepan todos los presentes
que no escuchó los secretos
que de ella se guardaban
en sus propios aposentos.
Por eso no escapó a su destino,
que la enredó en su madeja,
porque la vida es la vida
y la suerte la maneja...

Doña Olimpia de Castresana, señora de Arriazu, tras cepillarse su largo y rubio cabello ante el espejo del tocador y hacerse el moño, se colocó la mantilla, se pellizcó las mejillas para que tomaran color, se asentó bien el polisón, recogió la cola del vestido en la mano, con aquella gracia que Dios le había dado, tomó el devocionario y echó a andar por el largo pasillo de su casa con paso firme. En la entrada, la esperaba, aviada para salir, Eusebia, su doncella, que le dio los buenos días y le franqueó la puerta. Ambas se persignaron ante la imagen del Sagrado Corazón que protegía la vivienda de todo mal, y bajaron las escaleras con tiento, no fueran a tropicarse, pues que había poca luz.

Ya en la calle, dejaron atrás la casa de la plaza de la Constitución, 3, la del café Suizo, y enfilaron el Coso, donde saludaron al sereno, al cruzarse con él, y luego la calle de Alfonso I. Se dirigían al santo templo del Pilar para oír misa de Infantes, holgadas de tiempo y antes de que hubiera comenzado el trajín habitual en la ciudad de Zaragoza.

A ver, que Olimpia, cinco años ya casada y sin hijos, tenía hecho voto de ir todos los días, fuera invierno o verano, a la temprana misa por pedir favor a la Virgen para quedarse encinta, consciente de que la Señora había tenido un Hijo, el mejor hijo del mundo, y que no la abandonaría en aquella situación de desespero. De desespero, sí, porque, tragándose la vergüenza, había pedido opinión a varios médicos de la ciudad que la habían hecho examinar por acreditadas parteras y ninguna había encontrado daño o carencia en sus entrañas y, aunque le habían recetado baños de asiento, jarabes, sellos, gotas y hasta sahumeros y esto y lo otro, los remedios no le hacían el más mínimo favor. Por eso andaba algunos días casi desesperada y a punto de ponerse a buscar fuentes milagrosas por todo el territorio nacional e incluso más allá de los Pirineos, pese a que no le gustaba viajar. Y, a momentos, desdeñando la ciencia de los galenos, hasta se mostraba dispuesta a consultar a alguna curandera o bruja que le aplicara auxilio antiguo o le hiciera encanto o ensalmo o conjuro, si menester fuere, que la dejara embarazada.

Caminaban ama y criada con paso vivo en razón de que, antes de entrar en el santo templo, daban vuelta al recinto, desafiando la fuerza del viento por la parte del Ebro los días en que soplaba cierzo, que era a menudo, por ver si alguna perdularia había abandonado a su hijo recién nacido a la caridad de los canónigos o de la buena gente. Pero no, no, que ya llevaban dos años rodeando la iglesia antes de las seis de la madrugada sin encontrar nada.

Y, una vez más, nada hacía pensar que en aquel día, 26 de septiembre de 1886, festividad de San Cosme y San Damián, todo había de cambiar en la vida de Olimpia y en la de todas las personas que moraban en el piso principal de la plaza de la Constitución, 3. Nada hacía prever que aquella jornada no hubiera de ser tan anodina como la de ayer, pues el cielo estaba en su lugar de siempre, se respiraba calma por

doquiera y la dama andaba ni más ni menos ensimismada que cualquier otra mañana, recordando quizá lo que se comentó en su casa, en la tertulia de ayer noche, sobre el cuartelazo del general Villacampa, ocurrido en Madrid diez fechas atrás. O tal vez preguntándose por enésima vez qué hacía yendo a misa de Infantes. O rememorando las palabras, siempre las mismas, del doctor López-Tass, su médico de cabecera:

—Adopte usted un niño o niña del hospicio, doña Olimpia, hay muchos hijos de doncellas necias o engañadas...

—No, doctor, no...

O las de don Dionisio, fraile jesuita y su confesor, que resultaban siempre las mismas también:

—Confórmate, hija mía, con los designios de Dios... El Señor da a unos mucho y a otros poco... A ti no te ha dado hijos todavía, pero sí abundantes bienes de fortuna... No te puedes quejar...

O las de su marido, las mismas también:

—Reza, haz novenas... Ve a San Nicolás, a Santa Rita, a la Virgen del Pilar...

—Ya lo hago, me paso el día de iglesia en iglesia...

—Insiste, querida.

Y sí, Olimpia insistía e iba a diario a oír misa de Infantes y, a más de prometer una fortuna en limosnas a la Corte Celestial, ya tenía ofrecidas aquel mes, por no remontarse más atrás, veinticinco pesetas a la Virgen del Pilar y treinta a Santa Rita, abogada de los imposibles —cuya imagen se venera en la parroquia de la catedral de La Seo—, y entregadas otras tantas. Y, por presionar a una y a otra, no pensaba darles un ochavo más a ninguna de las dos en lo que quedaba de mes, poco ya.

Y en ésas andaba Olimpia, Eusebia a su lado sin abrir la boca, cuando, nada nuevo, las dos avistaron al final de la calle de Alfonso I el perro del ciego Antonio. Nada nuevo, porque el animal, jornada tras jornada, las esperaba ojo avizor, sentado en el centro de la vía, en virtud de que le llevaban un mendrugo, que devoraba con ansia para saciar su mucha hambre. Pero aquel día, apenas las vio, el bicho corrió hacia ellas a la carrera, más alocado que otras mañanas y ladrando como endemoniado, tanto es así que a las dos mujeres les produjo miedo. Y fue que llegó el can hasta ellas y, a Dios gracias, no arremetió contra ellas ni les hizo nada pero, vaya, que Eusebia sacó el mendrugo que llevaba en la mano envuelto en un paño, buen mendrugo, casi media hogaza, y fue que el animal, contra su costumbre, lo despreció, vaya por Dios. Y, tras dar unos saltos de volatinero delante de ellas y echarse a correr y volver, invitándolas a que fueran con él, como las otras no reaccionaban y no lo seguían, tan cerca de doña Olimpia estaba que de un pisotón le desgarró la falda y ésta comprendió, a la par que la criada, que el perro le estaba diciendo algo, aunque maldita la gracia que le hizo la forma de avisar del bicho, pues se había puesto un vestido bueno y aquella bestia le había destrozado la falda, vive Dios, una falda de encaje de organza que le había costado sus buenos duros.

Las dos mujeres siguieron al chucho que, llegado a los jardines, comenzó a aullar,

a gemir y a escarbar entre la hojarasca. El caso es que de entre los setos se levantó Antonio, el ciego, el amo del can, que siempre dormía allí, al sereno. Y, vaya, que, sin desperezarse siquiera, le entregó a Olimpia un hatillo que sacó de un cesto con tapas, de esos que se utilizan para transportar gallinas. Y fue que la dama tomó en sus brazos lo que el hombre le daba con el mayor cuidado, con tanto o más cuidado que si hubiera recibido un ramo de rosas, sólo fuera por guardarse de las espinas.

El caso es que hasta Eusebia adivinó enseguida qué entregaba el ciego a su señora. Lo que tanto tiempo llevaba esperando: una criatura recién nacida, pues antes de sacar el fardo del cesto las dos oyeron un gemido y, naturalmente, a las dos les dio un vuelco el corazón. Mucho más cuando, retirado el envoltorio —un retal de áspera manta—, constataron lo que contenía: una criatura diminuta y desnuda que movía la cabeza con desesperación en busca de teta; muy meada, además.

—¡Es una niña, señora! —exclamó Eusebia, que le había revisado las partes bajas, tocando, pues que había poca luz.

La señora se sonrió como hacía meses, años, que no se sonreía y la apretó contra su pecho, haciendo lo que hacen todas las madres cuando la partera les entrega el hijo que han parido y, como si nunca hubiera dicho que no quería un niño del hospicio o de origen desconocido, la apretó fuerte, y miró a su criada a los ojos y otro tanto al ciego Antonio, que ya extendía la mano para recibir el ochavo que la señora le daba cada mañana, presto a encaminarse a la plaza del mercado a echarse al colete un vaso de vino, su desayuno. Pero, de repente, Olimpia se volvió y miró en derredor como queriendo descubrir, cerca o lejos, alguna cosa entre las primeras luces del alba, a la par que ordenaba a Eusebia:

—¡Mira si hay alguna mujer por aquí!

—No hay nadie, señora. Pero se ve poco...

—Mira bien. Seguramente la madre rondará por acá por ver quién recoge a su hija...

—Esperemos a que amanezca del todo, señora... Es mala hora... Además, el farolero ya está apagando las luces...

A punto estuvo Olimpia de ordenarle al perro: «¡Busca!», pero desechó el pensamiento, no quiso abundar en aquella emoción, rayana en locura, que se estaba adueñando de todo su ser, por eso, recuperando la sensatez, dijo:

—¡Ea, vamos a casa, Eusebia! ¡Deprisa...! ¡Déjale el pan al perro, que se lo ha ganado, y saca un duro de mi manguito para el ciego...! ¡Dile que mañana le daré mucho más...! ¡Ea, aviva el paso...!

La madre que buscaban aquellas mujeres había estado muy cerca de ellas, escondida detrás de un árbol y presenciando la escena, la entrega, vaya. Llevaba otra niña en brazos, gemela, por más señas, de la que el ciego Antonio había dado a la dama. Pues resultó que la dicha madre, de nombre Flora Melero, no era otra que la entretenida, la

querida —dicho pronto—, la querindonga —dicho sin remilgos—, de Luis Arriazu, el cual le pasaba una renta mensual y hasta le había puesto piso dos años antes.

La Flora le había llevado las dos niñas recién nacidas al ciego para que se las entregara a Olimpia de Castresana, a la sazón, y por esas casualidades que la vida tiene, esposa de su amante y benefactor, un rico y próspero banquero. Lo había hecho porque la señora, cinco años casada y sin descendencia, anhelaba un hijo y tan ansiosa estaba por conseguirlo que, seguro, no le importaría que fueran dos. Pues, tan deseosa estaba Olimpia de hacer carne de su carne que, a diario, iba a misa de Infantes a pedir favor a la Virgen que se hacía de rogar, al parecer.

Por eso Flora, al quedarse encinta de Luis, tras desechar la posibilidad de abandonar al fruto de sus entrañas en el torno de un convento o depositarlo en el hospicio municipal, pensó en hacer llegar a la criatura a la Castresana, a sabiendas de que sería bien recibida, bien cuidada y sobre todo querida, lo que más precisa todo ser humano. Lo decidió después de renunciar a abortar por remordimientos de conciencia y por tener más sujeto al banquero dándole un hijo, pues el financiero le proporcionaba buen dinero y le hacía muy buenos regalos. Ciertamente que un día, estando en la cama con él, le comentó sus planes. Pero el hombre no quiso saber nada del asunto y le razonó, porque Flora llegó a ponerse harto cargante, que Olimpia, su esposa, se enteraría, pues que lo malo llega a saberse siempre, incluso antes que lo bueno.

Y no hubo forma ni manera de que la componenda que pretendía Flora, lo de hacerle llegar el niño o niña a Olimpia mediante algún subterfugio, fuera aceptada por el banquero, que sostuvo que no era solución, sino complicación. Y eso que ella insistió en que era un magnífico arreglo para ella, para Flora, porque, colocado lo que viniera, niño o niña, en una casa de bien, ella, libre de obligaciones y responsabilidades, podría dedicarse a su carrera artística y hasta llegar a triunfar como cantante de zarzuela —lo que más ansiaba en este mundo—, e hizo hincapié en que también resultaría una excelente solución para Olimpia, pues, poniéndole lo que viniera a la mano, es decir, dándole un hijo, satisfaría sus anhelos de maternidad con un niño o niña, que, si bien no sería de su vientre, lo era del vientre de su marido, es decir, del hombre que amaba sobre todas las cosas. Pues, ¿no había tenido Olimpia que porfiar con su propia madre, a quien Luis no le había parecido el mejor de los partidos, dado que, aunque era hombre honesto, trabajador y bien plantado, no tenía dinero de su casa? Porque Olimpia podía aspirar a más, a casarse incluso con un marqués en vez de hacerlo con él. ¿O no?

—Además, Olimpia no se enterará. Cojo al niño, lo envuelvo en un trozo de manta como si fuera pobre, lo dejo en la puerta de tu casa y llamo a la aldaba de madrugada, un golpe, plon —para el principal—, y me echo a correr.

—No se te ocurra.

—¡Ay, hijo, cómo eres! Haz un esfuerzo y quédate con lo que es tuyo...

Pero el hombre movía la cabeza y se enfurecía, pues había otros problemas, al

parecer, o tal creía:

—Ya me gustaría a mí saber de quién es.

—Te lo juro por Dios, Luis, es tuyo —sostenía la cantante con vehemencia.

—¡Deja a Dios y cállate, mentirosa...! ¡Es del anarquista...!

—¡Te juro que no!

—Pago yo tu manutención y alojamiento y encima me pones cuernos —gritaba Luis, nervioso, quitándose y poniéndose el monóculo, aquella lente de un solo ojo inventada por el príncipe de Sagan que todo el mundo llevaba por influjo de la moda, la necesitara o no la necesitara.

—Te juro que no, que nunca te he puesto cuernos.

—¡No mientas, que lo vi salir de tu casa, de mi casa quiero decir...!

—¡Te juro...!

—¡Me voy, me voy, porque voy a emprenderla contigo a bastonazos!

Así, o parecido, salía Arriazu de casa de su querida y no volvía en muchos días, aunque no dejaba de pasarle la renta. Tiempo que empleaba Flora, a más de en verse engordar, en madurar su proyecto, un plan propio del mejor *libretto* de zarzuela.

A ver, traía al mundo a la criatura, mejor un varón para que nunca en su vida tuviera que pasar por las incomodidades del embarazo ni por los dolores del parto, terribles y desgarradores, según le informaba su propia madre, que, a regañadientes al cumplir la novena falta, la admitió en su casa —una modesta parcela situada en el barrio de Montañana—. A ver, paría, sufriendo todos los dolores que la maldición divina tuviera reservados para ella y, en cuanto pudiere andar, ¡qué andar, correr! —pues habría de emprender loca carrera de la plaza de la Constitución hasta su casa—, llamaba en lo más oscuro de la noche a la aldaba de Arriazu con un golpe fuerte y sonoro, plon; dejaba al niño o niña, lo que fuere, en la puerta, y echaba a correr como perseguida de Satanás. No, deteniéndose un poquico, lo justo para ver cómo una de las muchas sirvientas de los Arriazu abría el portón del portal, cogía al niño en brazos, y lo cerraba. E imaginar que lo subía al piso y se lo entregaba a Olimpia, para luego, alertadas las demás criadas, participar con el pensamiento en la alegría de la dama y hasta en la de Luis, que, aunque sospechara de la mano y maña de su entretenida, no podría sustraerse al alborozo de su mujer.

De este modo, estaba dispuesta a darle las cosas hechas al banquero que, enredado en una trama propia del mejor folletín, habría de aceptar al niño para no descubrirse adúltero. Lo que era.

Y eso, todo eso pensaba hacer, pese a que no estaba segura de que el fruto de sus entrañas fuera obra de Arriazu o de Pedro Infante, su antiguo novio anarquista, hombre de ideas raras, que había trabajado de apuntador en el teatro Circo, donde se representaban las mejores zarzuelas de la temporada y los éxitos de siempre, y donde ella cantaba y actuaba.

El Pedro, ay, que, aunque había comprendido que Flora —que era ambiciosa y ganaba cuatro perras cantando— se hubiera ajustado de entretenida de un hombre

acaudalado, no había aceptado ser relegado en el corazón de Flora y, pese a la existencia del banquero, se había hecho el encontradizo con ella, la había rondado y había llamado a su puerta a cualquier hora del día para que lo dejara entrar y hasta le había susurrado palabras de amor desde el rellano de la escalera.

Ella, dada su situación y sabiendo que los hombres no consienten infidelidades, se había negado a recibirle y hasta a hablarle, no porque hubiera dejado de amarle, no, que Pedro sería siempre el amor de su vida, sino porque vivía a expensas del financiero y no precisamente mal. Pero fue que un día, como el Pedro le hablaba desde el rellano y empezaba a alborotar, para que no le oyeran las vecinas y le fueran con el cuento a Luis, le abrió la puerta y se dejó engatusar con palabras y promesas, y hasta llevar a la cama se dejó. El Pedro, sin saber siquiera que podía ser el padre de lo que había comenzado a crecer en el vientre de su novia, pronto fuese a Barcelona con promesa de regresar a buscarla, determinado a afiliarse a un sindicato con afán de mejorar las condiciones de vida de la clase obrera en todos los lugares de España y, en caso de que los patronos no entraran en razón, dispuesto a hacer estallar bombas por doquiera.

Claro que también el niño o la niña podía ser del próspero Arriazu, dado que, por las mismas fechas, se había acostado con ella con regularidad. Y lo que se dijo entonces y lo que se diría muchas veces:

—Mejor con un banquero que me pone casa y me pasa una renta que me permite dejar de malvivir, pues con las dos pesetas por función que gano ahora de telonera en el género chico, no me llega. A más, que él con sus influencias me ayudará a llegar a ser figura de cartel.

Y eso, le endilgó la criatura a Arriazu, que, sin la menor alegría, aceptó su embarazo y hasta le dio dineros para que la asistiera una comadrona en el parto. Le endosó la criatura, no sin razón, ni mucho menos, pues Luis tenía al menos el cincuenta por ciento de posibilidades de ser el padre, dado que se acostó con los dos hombres por los mismos días, como dicho es.

Y tal tramó desde el cuarto mes de gestación, cuando se enteró —por decires o maldecires que escuchó de boca de las comadres de los puestos del mercado— de que Olimpia de Castresana, acompañada de una criada, iba a misa de Infantes todos los días y que daba la vuelta al templo por ver si alguna madre desesperada había abandonado el fruto de su vientre. Claro que, como su amante no quería participar en el enredo, cambió de planes y pensó dejar lo que pariese en el camino de la dama. Por eso la siguió, la observó hablar con el ciego Antonio, rodear el Pilar, entrar en el templo y atender a misa durante varios días seguidos y, ya el primero, se dijo:

—Ésta es la mía.

Cierto que sopesó qué sería mejor, si dejarla en una de las puertas traseras de la iglesia o dársela al ciego acompañada de un duro, pues el sujeto, aunque invidente, sabía distinguir muy bien los dineros, y se decidió por lo segundo no fuera que, por hacer lo primero, algún perro vagabundo se comiera a la criatura, y eso no.

Claro que antes de hacer todo lo que tenía previsto hacer debía ponerse de parto. Cosa que hizo el 23 de septiembre, día de comienzo del otoño, con mucho dolor como primeriza que era, en casa de su madre, en la casucha del barrio de Montañana donde ella nació, lejos de la calle de las Armas para evitar murmuraciones por allá, negándose también a contratar una comadrona, para que nadie, nadie, supiera de su pecado. Alumbró asistida por su madre, que se azaraba y entorpecía más que ayudaba. Bueno, entorpeciendo no, porque los que habían de hacer eran Flora y el niño, pero ayudando poco, a más renegando y llamando a su hija:

—Perdularia, que eres una perdularia. Yo he sido siempre pobre pero honrada y no he hecho nunca nada de que avergonzarme.

Hacía poco favor a Flora mientras se retorció en el dolor. Dolor tan grande y tan seguido que le impedía responder lo que le hubiera gustado:

—Yo no quiero ser pobre.

Cierto que, como todo lo malo pasa, a las ocho horas de agonía, tras un estremecedor grito, alumbró una niña a la que no fue menester palmear el trasero, pues que vino al mundo berreando. Y fue que no había terminado la abuela de limpiarle el moco y la sangre ni de cortarle el cordón umbilical a la recién nacida que, Santa María del Pilar, Flora volvió a gritar, como si se desgarrara otra vez, y llegó otra niña, a la que fue preciso darle abundantes palmadas en el culo, pues se resistía a entrar en el mundo de los vivos.

Y fue que Flora, tras terrible batalla con sus entrañas, cayó, agotada, en un largo sopor del que no despabilaba, pese a que su madre la zarandeaba avisándole que sus dos hijas lloraban pidiendo teta. Al despertar, constató que le había subido la leche y que tenía los pechos a rebosar y, como su progenitora la instaba a asumir sus deberes y a dar de mamar a las criaturicas que lloraban muertas de hambre, se puso, primero, a una en el pecho izquierdo y, luego, a la otra en el derecho y, saciadas, se las volvió a entregar a la reciente abuela, a la que preguntó, pues no se creía lo que le había sucedido:

—Madre, ¿he tenido gemelas?

—Sí.

—Lo que faltaba para el duro.

—¡Eres una perdida!

—No me diga usted eso, madre, que bien que ha comido langosta en mi casa gracias a los dineros del señor Arriazu...

—¿Él es el padre?

—Sí.

—¡Ah, si tu padre levantara la cabeza, te echaría a palos de esta casa...!

—Deje usted muertos a los muertos, madre. Me iré en cuanto me pueda mover y no volveré nunca jamás...

—Sí, y te llevarás lo que has traído... Te llevarás tus pecados...

—Usted, tan cristiana que es, no es capaz de hacer caridad con su propia sangre.

—Vete cuanto antes. Por la memoria de mi difunto no quiero que la deshonra caiga sobre esta casa. Demasiado he hecho ya contigo.

—¿Qué ha hecho usted conmigo?

—Traerte a una familia honrada, alimentarte, vestirte, cuidarte, llevarte a la escuela, enseñarte la doctrina cristiana y el oficio de costurera, pero tú... Claro que no aprendiste a leer ni el catecismo ni a dar una puntada...

—¡Calle, madre!

Pero la madre no se callaba, quiá. Madre e hija estuvieron dos días discutiendo lo antedicho y más. Máxime cuando la abuela empezó a sostener que una de las niñas, la morenica, la que había nacido en primer lugar, se parecía al anarquista, al tal Pedro, o como se llamare, y que la otra, la rubica, la que había nacido en segundo lugar, a don Luis Arriazu.

Flora, aunque miraba y remiraba a sus hijas, lo negaba:

—¡Imposible!

Pero volvía a mirarlas y, aunque lo negaba y lo seguiría negando por un tiempo, a más de apreciar que las dos criaturas no se parecían nada entre sí, conforme las miraba más y más, constataba que lo que decía su progenitora era cierto: que la que había nacido primero era igualica al anarquista y la segunda la viva estampa del banquero, y maldecía por lo bajo, con motivo, y se llamaba necia por haber amado al Pedro. Porque el tipo, que otra cosa no era el anarquista, mucho amor y mucha palabrería, pero un sinvergüenza que se había largado a Barcelona hacía ocho meses, con la cabeza llena de pájaros, habiéndole dado promesa de matrimonio y asegurándole que volvería pronto a buscarla para llevarla a una maravillosa ciudad situada al borde del mar, donde ambos gozarían de la vida en una sociedad en la que no habría gobierno ni gobernados, ni ricos ni pobres, ni amos ni criados, sino ciudadanos con iguales derechos y deberes, como más o menos dicho va. Y con diez pesetas en el bolsillo, las que ella le dio. Pero no tenía noticias de él y por eso maldecía:

—¡Maldito Pedro!

Y seguía, exasperada, porque ni siquiera tenía teta para las dos niñas:

—¡Qué jugada, Dios mío! ¡Dos niñas!

Y su madre entraba al trapo:

—¡No mientes a Dios, desgraciada! La culpa la tienes tú... ¿Quién te ha mandado andar por los escenarios como una vulgar cómica? ¿Quién te ha aconsejado ajustarte como amante...? A mí no me engañas, una niña es del banquero y la otra del Pedro... Te fuiste a la cama con los dos...

—Sí —acabó confesando—, pero las dos son del mismo hombre, no puede ser de otra forma...

—Claro que puede ser, ya lo creo que puede ser. ¿Acaso no has visto a las perras que, como van con varios perros, en una carnada tienen cachorros de diferente raza...?

Sí, sí que había visto Flora a las perras parir cachorros de diferente estampa en la misma carnada, sí.

—Lléveme usted en la carreta al puente de Piedra —rogó a su progenitora—, y me iré a mi casa.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche.

—¡Ea, dicho y hecho...!

El caso es que, a la tercera noche después del parto, Flora cogió un cesto con dos tapas, uno de esos que se usan para transportar aves, y metió en él a las dos criaturas envueltas en sendos trozos de manta, no sin antes haberles dado de mamar. Su madre aparejó el borrico a la carreta —la que utilizaba para llevar a vender al mercado los productos de su huertecillo—, y se instalaron las dos en el pescante.

Flora, con el cesto en el halda, se apeó en la entrada del puente de Piedra y, sin despedirse de su progenitora, echó a andar. Con paso ligero cruzó el río y, por la calle del Pilar, fue al encuentro del ciego Antonio, dispuesta a dejarle a las dos niñas. No una, como había previsto en sus planes, sino dos, porque la vida trae sorpresas y lo que había de entregar se había duplicado. Llegó cansada, muy cansada, a la puerta del Pilar, buscó allí con la mirada, primero, sin ver a nadie, pero pronto descubrió al ciego por los ladridos de su perro y se acercó y habló de esta guisa con él:

—Antonio, te daré dos duros —había pensado darle uno pero le ofreció dos, pues le llevaba el doble— si le entregas este cesto a doña Olimpia de Castresana... ¿Sabes quién es?

—Sí, maña, sí, bien que lo sé. ¿Qué llevas en este cesto?

—Una niña. Ya sabes que doña Olimpia quiere una y que por eso viene a misa de Infantes todos los días.

—Bien que lo sé.

—Si se lo entregas, te daré dos duros, y ella, que tanto desea un hijo y tiene mucho más que yo, te enroñará en plata...

—Acepto, con una condición.

—¿Cuál?

—Que dejes que te bese...

—¡Ni hablar!

—Pues no hay trato.

—¿Cómo?

—Que no hay trato. No se hable más.

—Bueno, pero sólo un beso y en la cara.

—No, un beso y en la boca.

—Ea, pues, pero sin meter la lengua.

—No, metiendo la lengua hasta el garganchón.

—Entonces no hay duros.

—Pues nada. ¡Vete, maja!

—Venga, pues, pero un trato es un trato, sólo un beso y los dos duros.

El ciego besó a Flora una vez, andándole por la boca. La moza, a más de casi ahogarse, se estremeció de asco, pero, como el que algo quiere, algo le cuesta, soportó la prueba y luego le abonó lo acordado.

Cuando se iba, hubo de volver porque el ciego le demandó:

—Si me pregunta la señorita Olimpia quién me ha dado a la niña, ¿qué le digo?

—Dile que te la ha traído un ángel —le dijo Flora con lo primero que le vino a la boca, una bonita frase, por otra parte.

—Lo que tú digas, moza.

—Estate atento. No te duermas, que no tardará... Y vigila al perro, no le vaya a hacer daño a la niña...

—No temas, moza, que la señorita me da un ochavo cada día y a mi perro me lo alimenta, pues le trae pan... No temas, que los dos estaremos muy despiertos.

—¡Adiós, Antonio, júrame que cumplirás el trato!

—Te lo juro... Ve con Dios, hija, y no peques más.

Así la despidió el hombre, repitiendo las palabras que el Señor Jesucristo dedicó a la mujer adúltera en el Santo Evangelio.

Flora no abandonó a sus hijas en manos del ciego, sujeto del que se contaba que andaba borracho todo el día, ni en las fauces del can, pues, aunque éste esperaba el pan de Olimpia y lo más posible era que lo esperase, ya que tales bichos son de costumbres fijas —que bien lo sabía, pues en su casa siempre habían tenido perros—, por evitar cualquier percance y vigilar, ella se escondió detrás de un árbol a esperar la llegada de la Castresana, no le fuera a dar una turuntela al can y pretendiera comerse a sus hijas.

Y en ésas estaba, cuando oyó el llanto desesperado de una de las niñas. Y fue que, aunque parecía que nunca sería una buena madre, pues acababa de abandonar a sus hijas, en aquella ocasión lo fue. Dejó el árbol y corrió en busca de la llorona, pensando que quizá la estaba mordiendo el perro del ciego, pero no. Abrió el cesto y, sin saber cuál de las dos era, si la morena o la rubia, cogió a la escandalosa en sus brazos, casi encanada ya, y tornó al árbol a la carrera, donde meneándola consiguió que se adormeciera.

En buen momento, pues desde su posición observó a dos mujeres y a un can, que pasaban bajo la luz de una farola y se encaminaban a la puerta del Pilar. Y vio ya más netamente, pues empezaba a amanecer, cómo salía el ciego de entre los setos del jardín a su encuentro y cumplía lo que había jurado hacer, y cómo Olimpia platicaba con él, y cómo él abría el cesto y sacaba a la niña y se la entregaba a la dama, que la recibía y la acunaba en sus brazos, y ya volvía a su hogar casi corriendo.

Naturalmente Flora no siguió a la señorita Olimpia, pues que ya sabía adónde iba. Regresó a su morada, eso sí, con una niña en brazos. Por eso ya la podían buscar, ya podían volver la cabeza la dama y su criada en el camino de vuelta a casa, que nunca la encontrarían.

Olimpia de Castresana, seguida de su joven criada, tornó a su casa a la carrera, corriendo como si fuera mozuela, aunque a menudo mirando atrás por si la seguía la madre de la criatura. Subió las escaleras de dos en dos y entró dando voces, llamando a su marido, sonriendo y más contenta que unas castañuelas:

—¡Luis, Luis...!

Úrsula, la cocinera, apartó del fogón el dulce de leche que estaba preparando. Pilara, la fregona, dejó de cantar y, llamada por el jaleo, abandonó el pozal en medio del pasillo sin cuidar que alguien pudiera tropezar con él, aunque paso quedaba, pues a lo menos medía dos varas de ancho el tal pasillo. Bartolo, el cochero y mandadero de la casa, que, tras apurar el vino del desayuno, se disponía a bajar el cubo de la basura, lo dejó y fue a ver qué sucedía. La lavandera, que no era fija en la casa, pero le tocaba trabajar pues era día de colada, dejó de frotar y salió de la cocina secándose las manos en el delantal. El barbero, que había ido a repasar la barba de don Luis, en vez de irse, pues se iba ya, se quedó; y a poco se presentó la costurera, a la par que el repartidor de hielo. De tal manera que toda aquella gente se juntó en el recibidor con la señora y Eusebia, y todos informaron a la vez:

—Don Luis acaba de salir, señora...

—Ha ido a la torre de Monserrat, con don Jorge, en su coche —explicó Bartolo.

—Ayer me pidió que viniera antes —corroboró el barbero.

Y hombres y mujeres se dispusieron a esperar las órdenes de la dama, que venía arrebolada de rostro, sin aliento, con el ánimo arrebatado y, Jesús, María, con un bulto en los brazos. Pero la dama no mandó nada, no. Se encaminó decidida a su gabinete, se despojó del *châle* que le cubría los hombros, arrojó la mantilla sobre la cama —que aún estaba sin hacer—, tendió el fardo que llevaba y, como la siguieron los criados, los fijos y los interinos, les dejó ver que su ama había traído un niño de la calle, niño pues desde la puerta no distinguían el sexo de la criatura, y todos exclamaron:

—¡Oh!

Y ya guardaron silencio, el más absoluto silencio, para no estorbar la labor de su señora, que daba la vuelta a la niña y la observaba por delante y por detrás. Por ver si estaba entera o si llevaba alguna señal de nacimiento o alguna peca quizá, y hasta le quitó la faja para verla al completo y le examinó el cordón umbilical, luego otro tanto hizo con la manta que la cubría, tal vez por si traía algún papel escrito. Pero, no, no, la dama no encontró nada que indicara, o pudiera indicar, el origen de la criatura. Volvió a taparla con la manta, la tomó en sus brazos, la apretó contra su pecho y comenzó a darle besos en ambas mejillas, horrorizando a la concurrencia que, imaginando lo que había ocurrido —que doña Olimpia había hallado, por fin, una criatura abandonada en premio a su encomiable piedad y tesón—, se llevaba las manos a la cabeza y se persignaba una y otra vez en razón de que a un niño o niña, lo

que hubiera traído, no se le puede besar antes de ser bautizado, según inveterado decir popular, porque el niño o niña, lo que fuere, debía ser admitido, primero, en el Reino de Dios y, luego, en el de los hombres, sin excepciones, es decir, incluyendo a madres, a hermanas y a criadas cariñosas.

Y en esto, se oyó la aldaba de la puerta y nadie fue a abrir, pues todos estaban embelesados, a la par que espantados, por las efusiones de la señora. Y a poco se oyeron unos pasos, unos pasos fuertes y, ay, era el deshollinador que, habiendo encontrado la puerta de la casa abierta, pues con el jaleo ningún criado se había ocupado de cerrarla, venía voceando por el pasillo, llamando a Úrsula, la cocinera:

—¡Úrsula, Úrsula!

Pero el hombre, intuyendo que algo sucedía, dejó de gritar y se sumó al grupo de gente que había ante la puerta de un dormitorio y, curioso como cualquiera, se encaramó de puntillas para ver lo que hubiere.

Y fue que doña Olimpia dejó de besar a la criatura y comenzó a impartir órdenes:

—Vayan los hombres a recorrer la plaza por ver si ven a alguna mujer que pueda ser la madre de la niña...

—¡Es una niña! —se holgó la servidumbre al unísono.

—A una mujer que mire a nuestros balcones o que ronde por la puerta de la calle o que haya hablado con el portero... ¡La niña tiene hambre...!

Y siguió imparable:

—¡Que Bartolo vaya a avisar al doctor López-Tass y al párroco de San Gil para que venga a bautizarla, porque con hambre no la puedo llevar a la iglesia, y luego que vaya a buscar a mi esposo a la finca de Monserrat...! ¡Úrsula, prepárale un vaso de leche a la niña, y dispón desayuno para todos...! ¡Eusebia, saca del armario alto la canastilla que tengo cosida para el niño que he esperado durante tantos años...!

—Hoy el Señor ha bendecido a la señora y a toda la casa —intervino la cocinera.

Y ya todos continuaron:

—¿Cómo se llamará, señora?

—¿Dónde la ha encontrado la señora?

—Me la ha dado Antonio, el ciego.

—¡Oh!

—¡Dios ha premiado a la señora, bendito sea!

—Se llamará Cósima. Hoy es San Cosme y San Damián —informaba la dama.

—¿Y la madre, señora?

—¡Que vayan los hombres a buscar a la madre! ¡Ea!

—Señora, déjemela un poquico —rogaba Úrsula.

—¡Haz lo que te he mandado, Úrsula!

—Señora, déjenosla ver —suplicaba Bartolo.

—Señora, ¿el ciego la robó?

—¿Se la dio alguna pelandusca al Antonio?

—No lo sé.

—¿Tú, Eusebia, viste algo?

—No. Echamos a correr, no fuera a quitárnosla alguien. ¿Verdad, señora?

—¡Queréis ir a cumplir mis mandados, por Dios!

—Ay, señora...

—¡Qué suerte, señora, qué suerte!

—¡Qué alegría, señora!

—¡Ni el rey de España nos la arrebatará!

—No le dejaremos entrar, aunque venga en persona...

—Al rey de España le queda mucho tiempo de mamar teta...

—¡No quiero oír ordinarièces! ¡Eh! —exclamó Olimpia torciendo el gesto.

—¿Se le ha cicatrizado el cordón umbilical?

—No.

—Pues no tiene siete días.

—¿Qué pasa, señora?

—No quiero que nadie sepa que tenemos una niña regalada por el ciego... No nos la vaya a reclamar la autoridad...

—Seremos mudos, señora.

—Quiero esperar a que venga mi marido.

—Todos chitón, señora.

—Con la autoridad hay que tener cuidado, tan pronto hace una cosa como la contraria.

—¿Qué le digo, pues, al señor, señora? —preguntó Bartolo.

—Dile que necesito que venga urgente, que no es nada malo, que no sucede nada... Dile que pasa algo bueno... Y los demás hombres que busquen a la madre por la plaza, que lo sabré agradecer...

—Sí, señora.

—Pero no le digas al señor qué sucede. Se lo diré yo, Bartolo... ¡Ay, soy tan feliz...!

Mientras el barbero, el deshollinador y el portero de la finca, que, puesto al corriente de lo acontecido, se sumó a la expedición, recorrían la gran plaza de la Constitución en busca de una mujer que observase hacia los balcones de los señores de Arriazu — los tres tomándose su tarea con tanto celo que miraban con la mayor insolencia a las mujeres que se cruzaban con ellos para poder descubrir algún sentimiento de culpa o rubor en sus rostros—, doña Olimpia atisbaba por el balcón —en el brazo izquierdo la niña y en la mano contraria los gemelos que llevaba al teatro—, y escudriñaba todos los rincones del lugar y veía cómo los hombres que había enviado se hacían paso entre las bulliciosas gentes que se afanaban en sus quehaceres diarios. De tanto en tanto, Eusebia se atrevía a sugerirle, porque acercaba a la niña peligrosamente a la baranda y, en consecuencia, al precipicio:

—Déme la señora a la niña, no se le vaya a caer...

—¡Ve a la cocina y trae un vaso de leche y una cucharilla...! ¡Cósima se muere de hambre, cada vez llora más...!

Y llegó Eusebia a la cocina y pidió:

—¡Un vaso de leche, Úrsula!

—Dile a la señora que los niños recién nacidos no pueden tomar leche de vaca, que les produce colerines... Que necesitan teta... Dile también que ha de buscar urgentemente una nodriza... Yo, como no me deja verla ni tocarla, me estoy ocupando del desayuno, obedeciendo órdenes... Estoy pelando patatas... Para celebrar el acontecimiento, voy a daros a todos un guiso de patatas con tocino que os vais a chupar los dedos.

—Voy a decírselo.

Doña Olimpia, tras escuchar de labios de la doncella lo de la nodriza, se presentó en la cocina con la niña en brazos y, consciente de que la cocinera era la única mujer de la casa que sabía algo de niños, pues era también la única de aquella multitud que había tenido un hijo, hoy mozo ya y soldado en la isla de Cuba, le demandó:

—¿Los recién nacidos no pueden tomar otra cosa que leche materna?

—Ni agua, aunque se mueran de hambre, señora.

—Deja el desayuno y ve por todos los colmados de las cercanías a ver si saben de alguna nodriza... Pregunta también en las boticas... Y no digas para qué ni para quién, ¿has entendido?

—Sí, señora. Pero a mí me conocen todos los tenderos y querrán saber para qué y por qué busco una nodriza. La gente es muy alparcera...

—Que vaya Pilara.

—Perdone la señora, pero a la Pilara le falta seso. Además, lo largará todo...

—¿Ha salido ya Bartolo?

—Sí, señora.

—Pues mi esposo resolverá cuando venga.

—¡Métale la señora el dedo en la boca a la niña! Le parecerá que come, aunque no lo haga. Y menéela, quizá se duerma...

—¡Quiá, menudo disgusto lleva!

—¿Disgusto? ¡Hambre es lo que tiene...!

Y eso, la niña cada vez lloraba más y Olimpia se ponía nerviosa.

Pasadas dos horas, Luis Arriazu no llegó solo a su casa, se presentó con su socio, con Jorge Maestro, el cincuenta por ciento de la Banca Arriazu y Maestro, situada en la calle del Coso, 47, la más comercial de la ciudad. No se extrañó nadie de que los dos hombres llegaran juntos porque ambos habían ido a hacer un negocio y, además de socios, eran amigos inseparables. Y Jorge, a más de vivir en la misma casa, en el piso de arriba, en el primero, mientras Luis lo hacía en el principal como dicho es, comía y

cenaba casi a diario con los señores. En razón de que no tenía familia, pues, a decir de Olimpia, era un solterón impenitente a causa de un amor desdichado de juventud que no había sabido superar, y Luis tenía, y en su casa, aparte de las mismas habitaciones y salones parecidos, hacía calor, el calor que proporciona una familia.

Los dos hombres entraron preguntando. La afortunada Olimpia salió a su encuentro con la niña en brazos, ya envuelta en una toalla de hilo y, sin decir palabra, quizá porque no podía hablar de la emoción que la embargaba o porque no hacía falta decir nada, se la mostró.

Los señores se quedaron pasmados. Fue la niña la que rompió el silencio con su llanto. Llanto proveniente de su hambre, que todavía no había sido satisfecha. Y habló Olimpia:

—El ciego Antonio me ha dado esta niña. Me la he quedado. ¡Nos la quedamos, Luis, haz lo que sea menester para que sea nuestra para siempre...! ¡Ea, no te quedes parado, que necesitamos urgentemente una nodriza...! ¡Usted, Jorge, ayude también...!

Y estaban los dos señores atónitos, como no podía ser de otra manera, cuando se presentó el médico López-Tass muy a punto. En el momento en que, a despecho de Úrsula, que seguía sosteniendo que los niños recién nacidos no toman leche de vaca, doña Olimpia comenzaba a dársela a cucharaditas y la criatura se atragantaba. Todo ello en la entrada de la casa. Y fue que el médico cogió a la niña de los brazos de la madre, enfiló el pasillo y entróse en el comedor de diario para, tras pedir un paño, dejarla sobre la mesa, examinarla y ordenarle a la cocinera:

—Úrsula, traiga el tarro de miel.

Y él mismo rebajó la dureza de la leche, o la nata de la misma, y le dio a la recién nacida unas cucharaditas del preparado, gotita a gotita, no como había hecho Olimpia, que, ignorante de todo lo referente al cuidado de un neonato, le daba mucha cantidad y la niña se atragantaba.

—¿No tendrán un biberón? —preguntó el doctor López-Tass.

Y no, en la casa no había biberón.

—Habrà que buscar una nodriza —advirtió el galeno, como si la reciente madre no estuviera sobre aviso. Y no preguntó nada sobre la venida de la niña, sin duda, porque ya estaba al corriente.

La niña se calmó. El médico se la entregó a Olimpia para que arrojara el aire. Ésta la cogió en brazos, se la colocó apoyada en el hombro e inició unos pequeños movimientos de pies, mientras miraba a su esposo con ojos desbordantes de felicidad. Y la mucha gente que allí había contemplaba la tierna escena con ojos, también, cercanos a las lágrimas.

Luis, que se mostraba azarado e inquieto y sumamente ruborizado, miró a Jorge como pidiendo auxilio. Lo vieron todos y lo achacaron a que no todos los días sale uno de casa sin barrunto que indicara que había de ser padre y, a las dos horas, volvía y lo era. Pero, en realidad, se reconcomía de cólera, pues pensaba en Flora, en la

maldita Flora. También vieron, los que quisieron ver, que Jorge le devolvía la mirada a su amigo y le decía sin decirle, sin gesto ni palabra, lo que debía hacer. De tal manera que el hombre entendió, sonrió haciendo un esfuerzo, miró a su esposa y dijo delante de todos con voz un tantico trabucada por la emoción del momento o por la mucha ira que guardaba en su corazón:

—Enhorabuena, Olimpia, soy tan feliz como tú...

Y se acercó a mirar a la niña y le tocó la mejilla con el dedo índice, lo más que se atrevió a hacer, pues los niños recién nacidos son negocio de mujeres, como sabido es.

—La llamaremos Cósima, Luis, hoy es San Cosme y San Damián. Jorge, ¿querrá usted ser el padrino?

—Por supuesto, Olimpia. Yo también soy muy feliz.

—He llamado al párroco de San Gil. He enviado a Bartolo en busca de una nodriza a los colmados y boticas de alrededor por si saben de alguna.

—¡Enhorabuena, mis buenos amigos! —intervino el doctor López-Tass—. Después de la revisión, puedo afirmar y afirmo que la criatura se encuentra en perfecto estado de salud y que en dos o tres días se le cicatrizará el ombligo y, Dios mediante, se criará bien.

Y en esto volvió Bartolo —que había recorrido el Coso de punta a punta, las calles Alfonso I, Méndez Núñez y Espoz y Mina, entrando en todos los colmados y boticas preguntando si sabían de alguna nodriza—, diciendo que no había ninguna. Ante tales noticias todo el personal se amohinó. Menos mal que, a poco, se presentó el párroco de San Gil, que, tras desear parabienes a los afortunados padres, dijo tener prisa, pues que había de asistir a un enfermo que se iba de este mundo a pocas manzanas de allí. Por eso se puso la estola, colocó los santos óleos sobre la mesa, pidió un barreño con agua y se dispuso a officiar el santo bautismo:

—¿Qué nombre han elegido para la niña?

—Cósima —respondió Olimpia.

—¿Quiénes son los padrinos?

—El padrino, don Jorge; madrina no tenemos todavía...

—Vaya por Dios.

A punto estuvieron Úrsula, Eusebia, Pilara, la lavandera y la costurera de ofrecerse, pero cada una reprimió su pensamiento, porque cada una conocía bien su condición de sirvienta. Ciertamente que cada una se decía para sí que ella, aunque fámula y pobre, era hija de mujer honrada y, por consiguiente, hija de mejor madre que la progenitora de la pequeña Cósima. Entre otras razones porque ninguna de las cinco había sido abandonada por su madre, lo que no es de madre, sino de mala madre, y a saber si, en este caso, en el caso de Cósima, la madre sería puta, lo peor que puede ser una mujer en toda tierra de Dios.

—Busquen, pues, una madrina —pidió el señor cura—. Me voy a dar la extremaunción, y vuelvo.

Fuese el sacerdote sin que nadie le acompañara ni le agradeciera haber venido a casa, detalle que era muy de reconocer, pues es común llevar a los recién nacidos a la iglesia. Pero es que estaban todos muy ocupados buscando madrina:

—Podría ser mi mujer, pero está enferma en la cama con mucha fiebre, con fuerte gripe —informó el doctor López-Tass.

—Si estuviera mi buena amiga Isabel... Ella lo sería, pero se encuentra en Madrid...

—Se lo pedimos a la marquesa de Ayerbe.

—Es muy caritativa.

—O a la condesa de Bureta...

—¡A mi prima Adelaida! —atajó Olimpia.

—¿La monja? —preguntó Jorge.

—Es mi única pariente... ¿Te parece bien, Luis?

—Me parece bien, Olimpia, pero no sé si las monjas pueden ser madrinas...

—¿Por qué no?

—No sé. Tal vez no puedan contraer obligaciones ajenas a su estado.

—Quizá pueda ser madrina mi hermana —intervino el médico.

—¿La viuda del coronel Dulce?

—La misma.

—Con mi prima Adelaida puede haber inconvenientes... Vaya el doctor a preguntarle a su señora hermana si nos quiere hacer este favor... ¿O prefiere que mande a un criado?

—No, no, yo iré. En cuanto a la nodriza, envíe usted a Bartolo al hospital, es posible que las monjas sepan de alguna...

—Gracias, doctor.

—Venga conmigo, Olimpia, que he de darle instrucciones para elegir el ama.

El galeno y la señora de la casa platicaron unos minutos en un aparte.

Poco después de que López-Tass hubiera abandonado la casa de Arriazu, compuesta de seis pobladores y uno más a partir de aquel bendito día, se presentó el deshollinador, que no tenía confianza en la casa, pues era la segunda vez que venía a limpiar las chimeneas, con una mujer. Y seguido de Eusebia, que quería cerrarle el paso, entró en el comedor sin pedir permiso y dijo:

—Señora Olimpia, le traigo un ama de cría. Se llama Teolinda, es mi vecina y ha perdido a su hijo...

—¡Gracias a Dios! —exclamó la señora y a la mujer le dijo—: Ven, ven conmigo...

Y se fue con ella y con la niña, que volvía a ronronear, a su habitación, acompañada de toda la servidumbre.

Momento que aprovecharon Luis y Jorge para sentarse en sendos sillones, sacar la

petaca a la par, ofrecerse tabaco mutuamente, liarse un cigarrillo y acomodarse cada uno para guardar silencio por un tiempo. El tiempo que necesitó Luis para salir de su asombro y el que esperó Jorge para que su amigo saliera de su perplejidad. En realidad, unos minutos porque Luis enseguida dio rienda suelta a su ira:

—Todo esto es obra de Flora... ¡Maldita sea...!

—¿Qué ha hecho Flora?

—Te dije que estaba embarazada, ¿lo recuerdas?

—Claro.

—Me insistió varias veces en que me quedara con su hijo y que se lo pusiera a Olimpia en las manos... Ha parido y, ya ves, se lo ha endosado a Olimpia.

—Te recuerdo que es una niña...

—Sí, sí. La muy perra me propuso hacer más o menos lo que ha hecho...

—¿Y tú has intervenido?

—No. ¿No me oyes despotricar?

—Oye, mira, déjala, abandona a esa Flora. Le das un dinero, y amén. No es mujer de fiar ni para tenerla de querida.

—No puedo, lo paso bien con ella.

—¿En la cama?

—En la cama, claro.

—¿Cómo sabes que la niña es tuya? Flora es mujer de vida airada y capaz de cualquier mentira...

—Exageras, Jorge.

—Pregunta por ahí y verás... Además, ¿no me hablaste de que tenía un novio anarquista...?

—Eso fue antes de conocerme. El tipo se fue a Barcelona.

—No te entiendo, Luis. ¿Quieres a Flora de querida o no la quieres? ¿Quieres a la niña o no la quieres? Me estás liando con el sí y con el no, aclara tus ideas.

—Me lo dijo, pretendió meterme en el negocio y, mira, me ha sorprendido la muy perra... —continuó Luis—. Aunque no creo que se haya atrevido a contravenir mis órdenes y me asalta una duda, Jorge, ¿y si la niña no es de Flora y es robada?

—No. Ya se sabría, correría la noticia por toda la ciudad. No se hablaría de otra cosa... Es de ella.

—¿Tú crees?

—Por supuesto. ¿Qué quieres hacer? Te recuerdo que la has aceptado delante de todos y que no te puedes volver atrás.

—Por supuesto, nunca he visto tan radiante a Olimpia, ni siquiera el día que nos casamos...

—Las mujeres son así con las cosas de los hijos...

—¿Tú crees?

—Bueno, hay de todo... Unas los abandonan y otras recogen a los hijos abandonados como si fueran propios...

—Me quedaré con la niña, claro está...

—Así lo quiere tu esposa, Luis, y harás bien, por otra parte.

—Será mi hija... Pero voy a quedar malparado... Mi capacidad de engendrar va a quedar en entredicho... Hablará la gente, dirán que soy...

—¿Impotente?

—Impotente y maricón, no olvides lo que se ha dicho de nuestra amistad.

—Vamos, amigo, ¿no dejaste preñada a tu querida? Y, en cuanto a nuestra amistad, ¿no se acallaron los rumores cuando abrimos la banca y tú hablaste de mis tristes amores con mi joven novia, muerta de tisis en plena juventud...? Te recuerdo que no guardaste el secreto que me prometiste guardar.

—¡Calla, Jorge, hoy las paredes tienen oídos en esta casa!

—Vamos, Luis, lo sabe toda Zaragoza... Antes de que me hablaras del embarazo de Flora, ya me lo habían comentado varias personas.

—¡Chis!

—No temas, que todo el mundo conoce que es Olimpia la que no puede procrear...

—No obstante, a Flora la voy a matar...

—¿Quieres un consejo? Lo mejor que puedes hacer es no darte por enterado.

—¿Qué quieres decir?

—Que no le hagas el juego a Flora, pues lo mejor es que la madre de Cósima sea una mujer desconocida. Miéntele, dile que la ha sacado Olimpia del hospicio y que es de padres desconocidos.

—¿Eso me aconsejas?

—De largo. De ser conocida la madre, pronto querría tal y cual y pediría esto y lo otro... Es mejor no saber de quién es... Y no quiero pensar en lo que te sucedería si aceptas que es de Flora.

—¡Calla, calla!

La conversación de los dos amigos fue interrumpida varias veces. Primero, por las voces de Olimpia, que, deseando mantener plática en solitario con el ama de cría, despedía a los sirvientes y se encerraba con ella en su gabinete; luego por las de los criados, que le decían a Úrsula que era casi la hora de comer y le preguntaban qué pasaba con el guisote de patatas. La cocinera reunió a todos en el *office*, los sentó a la mesa y sirvió el pote. Así pudieron los señores continuar su conversación y la señora interrogar a la nodriza con tranquilidad.

La desdichada Teolinda padeció un interrogatorio que ni el del Señor Jesucristo ante los escribas y fariseos, por eso lloró como una magdalena:

—Ahora, vamos a hablar tú y yo, deja de llorar, vamos, serénate...

—¡He perdido a mi hijo...!

Pero Olimpia iba a lo suyo:

—¿Eres primípara o múltipara?

—No entiendo a la señorita.

—¿Cuántos hijos tienes?

—Señorita, *me se* ha muerto mi primer hijo...

—¿De qué?

—De difteria...

—¿Tú has tenido difteria alguna vez? ¿Ha habido en tu familia algún caso de tisis o epilepsia o alguna enfermedad secreta?

—No, señora.

—¿Hubo muertos de cólera en tu familia cuando la gran epidemia del año pasado? ¿Te vacunaron de viruela?

—No, señora. Sí, señora.

—¿Tienes marido?

—Sí, señora.

—¿En qué trabaja?

—Es albañil.

—¿Cuántos años tienes?

—Haré diecisiete para el Pilar...

—¿Eres vecina del deshollinador?

—Sí, señora. Vive en mi mismo rellano. Mi marido y yo vivimos en casa de mi tía.

—Has tenido suerte de que viniera hoy a limpiar las chimeneas... ¿Qué edad tenía el niño?

—Dos meses.

—¿Cuánto hace que murió?

—Cinco días, lo enterramos el 23...

—¿Y tú qué has hecho tanto tiempo para conservar la leche?

—Hace sólo cinco días que murió, aún tengo...

—¿No le habrás dado de mamar a un perro o a un gato para no perderla y colocarte de nodriza?

—¡No, señora, si miento que me caiga muerta ahora mismo...!

—¡Ea, ea, tranquilízate! ¡Desnúdate, para que te vea...! Espera que encienda el quinqué... Ea, está bien, ponte la niña al pecho.

Y, vaya, que la criatura mamó con ansia, primero de un pecho, después del otro, hasta quedar ahíta. Además, en brazos de la nodriza, que la manejaba mucho mejor que Olimpia, arrojó el aire muy pronto y, tras excretar una caca blanda, pero de buen color, se quedó dormida. Ante los excrementos la señora pidió auxilio, llamó a Eusebia para que trajera una palangana con agua y un pañal de los muchos que había en la canastilla, que ella había cosido y bordado con sus propias manos. Teolinda se ocupó de limpiarla con diligencia y, cuando fajó a la niña, el vientre bien apretado, y la acomodó en el moisés, escuchó a la señora decir:

—Estás contratada, Teolinda. Te daré cuarenta pesetas al mes. Ve a tu casa a buscar tus cosas. Mientras dure la lactancia vivirás aquí... Comerás lo mismo que yo,

porque en esta casa los criados comen lo mismo que los señores, aunque las más de las veces prefieren rancho o sopas de ajo. Oye, antes de irte, entra en la cocina para que Úrsula te dé de almorzar...

—Gracias, señora. Dios bendiga a la señora, al señor Luis y a la hija de los señores.

—Nunca digas señor Luis, Teolinda. Di don Luis, doña Olimpia, don Jorge... Ya nos irás conociendo... Oye, en cuanto vuelvas a casa, te lavarás en el lavadero, bien refrotada... Úrsula te dará jabón y toalla... La niña mama cada tres horas, le toca a las tres, no lo olvides...

—Señora, yo le daba teta a mi hijo cada vez que pedía.

—A Cósima, no. El doctor ha dicho que cada tres horas... Toma dinero para el tranvía... Toma también dos duros... Éstos no te los descontaré del sueldo... Ve con Dios.

Cuando se fue la criandera, Olimpia se quedó pensativa. Trató de recordar si había olvidado alguna de las muchas instrucciones del doctor López-Tass, y se dijo que no. Que a la nodriza le había preguntado sin ambages por las enfermedades de sus antecesoras y, además, la había examinado de la cabeza a los pies constatando que tenía constitución fuerte, dientes sanos y que respiraba con facilidad. Que le había revisado los pechos, unos hermosos pechos pletóricos de leche, con pezones levantados, aréolas perfectas y con no sé qué estrías, que se encuentran dentro del pezón, también en excelente estado, porque allí, en el busto de Teolinda, no se veía nada en malas condiciones. Claro que ella, la pobre Olimpia, hoy afortunada Olimpia, había pasado enorme vergüenza al tener que examinar el pecho de la criada, pero, aunque le salieron los colores, no le quedó otro remedio, todo fuera por la buena crianza de su inesperada hija.

A poco, la dama se presentó en el comedor donde ya estaban sentados a la mesa su marido y el buen Jorge. Antes de desplegar la servilleta, mandó a Eusebia, la doncella, que trajera el moisés de la niña, que dormía apaciblemente, y lo colocara a su lado.

—No he desayunado y no he tenido tiempo de cambiarme de ropa, pero soy muy feliz. La Virgen del Pilar me ha escuchado, por fin.

—Se lo merece, Olimpia. Lleva más de dos años yendo todos los días a misa de Infantes.

—Es el premio a la constancia, Jorge...

—¿Estás decidida a llamarla Cósima?

—Claro. También tengo que agradecerle algo a San Cosme.

—¿Por qué no Cosma? De Cosme, Cosma.

—Cósima es más bonito...

—Bueno, cuéntenos qué sucedió.

—Sí. Dinos qué ocurrió —pidiole Luis con interés, pese a que ya se maliciaba qué había acontecido y quién era la autora del acontecimiento.

La dama narró con todo lujo de detalles lo del perro que salió a recibirla y le desgarró el vestido, enseñando los rasgones que el bicho le había ocasionado en la falda, y que el ciego Antonio le había dado a la pequeña Cósima muerta de hambre, lo que venía a decir que la criatura llevaba varias horas con él. Y hablaba y hablaba, pero no paraba quieta. Es más, se levantó varias veces de la mesa en contra de la buena educación y se dedicó a mirar por el balcón, enfocando a las gentes que iban y venían por la plaza de la Constitución, con los gemelos de ir al teatro. Y claro, como se le enfriaba la comida en el plato, su marido le ordenaba, pese a que nunca le mandaba nada:

—Siéntate, por favor.

—Ay, no logro estarme quieta... Llevo tanta emoción conmigo...

—¿Buscas algo?

—Me preocupa que pueda venir la madre a reclamar a la niña...

—No te inquietes por eso. La madre la ha abandonado.

—¿Cómo una madre puede abandonar a su hija?

—Quizá no pueda mantenerla...

—Tal vez no la quiera, quizá la criatura sea fruto de amores adúlteros.

—Lo que me ha sucedido es propio de novela...

—Muchas novelas ha leído usted, querida Olimpia. De novelas sabe mucho.

—Dice bien, Jorge... Nunca imaginé que algo que he leído, porque esto o muy parecido, seguro, lo he leído, se pudiera repetir conmigo. ¿Ustedes creen que la madre no se presentará, arrepentida de su mal proceder?

—No. Además, si es preciso la acusaremos de abandono y la echaremos de casa a bofetadas.

—¿Eso harías, Luis?

—Es delito abandonar a un hijo...

—Por ti yo iría al fin del mundo.

—Luis, calla, por favor... Ay, el señor cura se tarda y el doctor también. Luis, al párroco le das buena limosna por la deferencia que ha tenido de venir. Deberán disculpar que en la comida sólo haya habido dos platos, hoy en la casa todo anda manga por hombro...

—Como este acontecimiento no se volverá a repetir, podemos perdonarte, ¿verdad, Jorge?

—Claro, ya cenaremos más.

—Bueno, nos quedamos o adoptamos a Cósima, lo que sea, como hemos convenido, pero yo no desisto de tener hijos propios, muchos hijos, claro que Cósima será una más entre los que Dios tenga a bien mandarme... Luis, ¿hay que hacer algún papel o pedir algún permiso para quedarnos con la niña?

—No lo sé. El hecho me ha sorprendido.

—A mí también. Ya tenía la canastilla preparada, ya llevaba dos años yendo a misa de Infantes, pero me ha cogido desprevenida... Han sucedido tantas cosas desde el amanecer... Mírenla, mírenla... Oh, ya vuelve a ronronear... ¡Soy feliz, inmensamente feliz...! ¿Y ustedes?

—Yo estoy aturdido —respondió el marido.

—Y yo —contestó Jorge.

—Los designios de Dios son inescrutables... ¡Ah!, Luis, si algún funcionario te pone trabas cuando vayas a inscribir a la niña en el Registro Civil, le tapas la boca con dinero, ya sabes que la gran mayoría se deja querer...

—No me digas cómo he de llevar el asunto.

—No te enojés, mi vida. ¿Sabes lo que hay que hacer?

—No, pero me enteraré...

—Bueno, me voy, que tenemos el negocio abandonado y hay que trabajar —dijo Jorge.

—Yo también voy. Cuando venga el señor cura nos mandas aviso, y venimos corriendo... ¡Enhorabuena, Olimpia!

—Gracias, Luis, gracias. Me haces muy feliz, soy muy feliz desde que me casé contigo... y fui muy feliz durante nuestro noviazgo... Espero seguir siendo feliz hasta que muera y morirme la primera de los dos...

—No llores, por favor.

—Son lágrimas de alegría...

El marido besó a su esposa en la mejilla. El amigo besó la mano de la esposa de su amigo. Pero, antes de llegar al portal, el marido ya decía a su gran amigo:

—No sé, Jorge. Olimpia está muy contenta, pero yo estoy jodido. Flora, que ha sido capaz de tramar y llevar a efecto lo sucedido, puede presentarse aquí en cualquier momento y cantarle a Olimpia la verdad.

—No lo hará, ¿qué gana con ello?

—Sacarme dineros, pues es capaz de hacerme *chantage*.

—Hazme caso, no te hagas cargo de la hija de Flora. Desconoce a la madre de Cósima. A Flora no vayas a verla en un tiempo... Por otra parte, Olimpia está entusiasmada y la alegría llegará a vuestra casa... Eso se dice... Así que disfruta de ella.

—No sé, entre tanto aspaviento de Olimpia, entre tanta lágrima, he creído descubrir en ella una mirada que me decía: «De no tener hijos propios tienes la culpa tú. Yo he visitado a cinco médicos y a cinco parteras y me han dicho que tengo las entrañas en perfecto estado y que puedo procrear»...

—¡Por Dios, Luis, déjate de mandangas...! ¿Acaso no has tenido una hija de Flora?

—Sí.

—Todo el mundo sabe que Flora estaba embarazada, excepto Olimpia, que es la única que no lo tiene que saber...

—¡Maldita la gracia que tiene todo esto! ¡Puñeta! ¿Qué podía hacer yo ante esta situación salvo decir que sí?

—Has hecho muy bien. Tu mujer estará entretenida, además tiene lo que lleva años pidiendo... Has hecho una caridad que será alabada por las gentes de bien... Vas a socorrer al pobre, a vestir al desnudo, a dar de comer al hambriento, a dar de beber al sediento, en este caso a tu propia hija bastarda, ¿qué más quieres, rediez? Con esta buena obra te asegurarás un rincón en la Gloria Eterna.

—Oye, Jorge, ¿no le habrás proporcionado tú la niña al ciego Antonio?

—Desbarras, Luis, desbarras. Y calla, que viene por allí...

—¡Don Basilio Paraíso...!

—¡Alegra esa cara, amigo!

—¡Muy señor mío, don Basilio...!

—¡Cuánto bueno de ver, don Basilio...!

Después de la segunda toma, Cósima, muy aviada con ropa buena, con gasa, pañal, camisita de hilo fino, faldoncito de piqué, *jersey* y gorrito de puntilla, todo de color azul porque doña Olimpia había preparado la canastilla para un varón, fue acomodada en un lujoso moisés, vestido de encaje de blonda, en la salita de la casa. La señora, tras besar a la criatura una y mil veces, todavía ante la reticencia de toda la concurrencia por lo que arriba se dijo, dejó que los criados, los fijos y los interinos, presenciaran el hecho y luego pasaran a verla y hasta permitió que le tocaran la carita.

Las criadas derramaron lágrimas de alegría, la dama también. Bartolo, el cochero, viejo como era, estuvo a punto de sumarse a aquel grupo de plañideras, pero se reprimió, a ver, que los hombres no lloran ni en los acontecimientos más felices. En esto, la dama dejó de sollozar y advirtió:

—De lo que nos ha sucedido, de la llegada de la niña, no se habla una palabra.

E iba a decir algo más, pero sonó la campanilla de la puerta. Era una vecina de la casa que, enterada del asunto por el portero, venía a ofrecerse de madrina. Y ya continuaron viniendo otras vecinas, todas a lo mismo. Pero fueron rechazadas por Olimpia —que las recibió en uno de los salones de respeto—, en razón de que ya tenía apalabrada una y no podía hacerle desaire, asunto que todas entendieron. Hasta que, por fin, se presentó el señor cura de San Gil, con el doctor López-Tass y su hermana, la señora viuda de Dulce, con sus cuatro hijos, a quienes se había encontrado en el portal de la casa.

Amelia López-Tass, viuda del coronel Dulce, héroe de la victoriosa batalla de Wad-Rass, entró, como entraba en cualquier sitio, haciéndose notar, hablando en voz alta y dispuesta a encarrilar, hiciere o no hiciere falta, cualquier situación. Tras entregar su sombrilla a una de sus hijas, besar a Olimpia y saludar a las vecinas, sacó de una caja que traía un precioso faldón de batista bordado y con muchas vainicas y de un estuche de terciopelo una concha de plata fina y le habló a Olimpia:

—Hija, Olimpia, le he traído el faldón y la concha de cristianar de mis hijos pensando que, como ha sido todo tan súbito, no tendría... —y preguntó—: ¿Quién es el padrino...?

Olimpia se quedó sorprendida en razón de que por supuesto que tenía faldón de cristianar y hasta de mejor tela que aquél, y concha de plata también, pero agradeció los buenos oficios de la dama:

—Gracias, doña Amelia, está usted en todo... El padrino es don Jorge. ¡Teolinda, viste a la niña con este maravilloso faldón...! Le agradezco que sea la madrina, pues muy buena madrina va a tener la pequeña.

—Estoy muy contenta, hija.

Al momento, se presentaron el padre y el padrino, que habían sido avisados por Bartolo, y ya Amelia, aviándose la mantilla y pidiendo una vela a Eusebia, la doncella, y con la niña en brazos, indicó al señor cura que comenzara el oficio.

Acudió Úrsula con una gran bandeja de plata para recoger, a falta de pila bautismal, las aguas sacramentales —que había traído el señor cura en un frasco—, y la madrina se la mandó sostener a su pequeño hijo León, que lo hizo muy bien y la mantuvo recta y sin moverla de un lado a otro.

El sacerdote se colocó la estola en el cuello, abrió el ritual y volviéndose a don Luis le preguntó:

—¿Se va a llamar Cósima?

—Sí.

Y rezó varias preces, ungió a la niña y pronunció las palabras del sacramento:

—Cósima, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Al tiempo que le echaba el agua bendita por la cabeza. La secó con un pañito, y sermoneó brevemente sobre las virtudes del santo bautismo exhortando a los padrinos y a los venturosos padres a que cumplieran sus obligaciones y a que educaran a Cósima en el amor de Dios y de la Santa Madre Iglesia.

Acabada la ceremonia, Olimpia sirvió chocolate con pastas y bizcochos de soletilla, y té a doña Amelia, pues que prefería aquella bebida inglesa que resulta inmunda para buena parte de los españoles. Los hijos de la dama pidieron chocolate. Los hombres, dejando a las señoras y a los críos en el salón, se retiraron a fumar, al *fumoir*, a otro salón.

Las vecinas dieron la enhorabuena a Olimpia una tras otra. Todas hubieran querido preguntarle por lo sucedido, pero Amelia no las dejaba hablar y acaparaba toda la atención de la dama:

—¿Quién iba a decirme que hoy tendría una nueva ahijada...?

—Nunca le agradeceré bastante que haya sido usted la madrina de mi hija...

—¡Quite, quite, no tiene importancia! Lo he hecho muy a gusto... Además, seré muy feliz, si llegado el momento, se casa con León. ¿Ha visto usted a mi hijo? Sostenía la bandeja como si fuera una persona mayor y no apartaba los ojos de la niña. Para mí que ya se ha enamorado de ella... Es preciosa, para todo tiene mi León.

—¡Oh, doña Amelia, qué cosas dice usted...!

—Yo prefiero que hombres y mujeres se casen por amor, que no les suceda lo que me ocurrió a mí, que me desposó mi padre con un mal hombre, con un animal —en Zaragoza todo el mundo sabía que el coronel Dulce había sido un gran militar y un mal marido por lo mucho que hablaba de él su poco respetuosa viuda—, con dinero eso sí, un buen partido. Menos mal que se lo llevó Dios pronto... Claro que me dejó con cuatro hijos, tres muchachitas y el pequeño León, que, le confesaré a usted, es la niña de mis ojos, y ya pondré mi granito de arena para que se enamore de ella.

—Está muy rico León, parece un hombrecito.

—Las niñas son una monada también. Pero tres niñas son muchas mujeres para casar, para casar bien, quiero decir... tengo tarea por delante. Claro que el tiempo pasa rápido, Alejandrina, la mayor, cumplirá diez años para la Candelaria.

—Por sus hijas se pelearán los jóvenes casaderos, doña Amelia.

—Mire, hija, León no quita la vista de Cósima. Veo en esto una señal, una buena señal.

—¡Ay, doña Amelia!

—Nos vamos al rosario del Pilar.

—Quédense a cenar.

—Otro día.

—Me hubiera gustado preparar un gran bautizo en la parroquia con mucha gente invitada y un organillero, y echar monedas a la salida de la iglesia, a lo menos perros chicos...

—¿Monedas de veinte céntimos?

—Sí. Toda la calderilla de la banca le hubiera pedido a mi marido para que la chiquillería recordara la ceremonia, pero no ha podido ser... Ha sucedido todo tan de repente.

—Mi hermano me lo ha contado. Ha hecho usted una caridad, hija mía. Yo también la hubiera hecho de haberme encontrado en su lugar. Hablaremos largo otro día. Quede con Dios, hija. Y no mime mucho a la niña, no me la malcríe.

—Id con Dios, doña Amelia, y que Él bendiga a vuestra familia. Adiós, niñas, adiós, León.

—Adiós, señora. Quede usted con Dios y salud para la niña.

Así se despidieron las niñas Dulce. El muchacho, como si se le hubiera comido la lengua el gato, no abrió la boca.

—Tal vez sea vergonzoso el muchachito.

Tal se dijo Olimpia y, ya libre de Amelia, pudo atender a las demás señoras. Luego, libre de visitas e ido el señor cura que se ocupó de inscribir a la niña en el registro de bautismos de la parroquia de San Gil Abad, tomó a Cósima en sus brazos y se dijo a sí misma que, aunque inexperta en los menesteres de la crianza, aprendería muy pronto y lo haría muy bien, pues pondría en ello su máxima dedicación y anhelo.

Luis y Jorge cenaron alguna cosa. Olimpia, no; ni siquiera se sentó a la mesa. Ella

recibió los parabienes del barbero, de la lavandera y de la costurera, que habían venido a hacer sus faenas durante un rato pero se iban sin haber hecho nada más que parlotear por los codos, amén de cenados y con un duro cada uno de propina, y se ocupó de la niña.

Dispuso que la criatura dormiría con ella, en su propio gabinete, en el moisés colocado al lado derecho de su cama. Que la nodriza entraría cada tres horas, es decir, a las nueve, las doce, las tres y las seis, a darle de mamar, que llamaría a la puerta, pon, pon, y entraría al recibir permiso, tomaría a la niña, se sentaría en la silla, se descubriría el seno, cumpliría la función para la que había sido contratada, le cambiaría el pañal, la dejaría en la cunita y tomaría a dormir hasta la siguiente toma:

—¿Has entendido, Teolinda?

—Sí, señora. Rezaré a las ánimas del purgatorio para que me despierten.

—Hazlo, si quieres, pero no es necesario. Úrsula te proporcionará un despertador... Los demás, en lo sucesivo, haréis vuestras labores sin hacer ruido y sin cantar canciones, como os tengo dicho mil veces, para no despertar a Cósima. ¿Habéis entendido todos?

—Sí, señora.

—Señora, se ha acabado el agua de la tinaja —informó Úrsula.

—No me extraña, hemos estado tanta gente. Bajad a la fuente a buscar unos cántaros.

—Sí, señora.

Luis, que escuchaba a su mujer desde el comedor, comentaba con Jorge:

—Tengo para mí que Olimpia me está desplazando en su corazón y en su cama... ¿Has oído que va a dormir con la niña? Creo que yo tampoco podré entrar en su dormitorio para no despertarla.

—Ves visiones. Estás imaginando lo que no es. Estás haciendo un mundo con la pequeña Cósima... Considera que Olimpia lleva muchos años deseando ser madre y, por fin, lo es. Ten paciencia. Pronto se le pasará la novedad y hará lo que hacen las mujeres de clase alta: dejar que la niña duerma con la nodriza y luego con la niñera y que la críen las mujeres del servicio hasta que sea mayorcita... Ten paciencia y, si te acucia la necesidad, no visitas a Flora y te vienes conmigo al burdel.

—Oye, que Flora me cuesta un dineral.

—No mientes a Flora... Lo mejor que puedes hacer es olvidarte de ella, al menos por una larga temporada, como te he dicho.

—Pensaré sólo en Olimpia. Está entusiasmada.

—¿Cómo no ha de estarlo si, además, no le ha costado trabajo traer a la niña al mundo?

—Señores —interrumpió la dama—, me retiro. Estoy tan cansada... Luis, me has hecho muy feliz y usted, Jorge, también.

—Te vas a dormir tarde...

—Es el primer día en que tenemos una hija, Luis. Además, no me importa porque

mañana ya no tengo que ir a misa de Infantes.

Cuando Olimpia se desnudó con ayuda de Eusebia, su doncella, para meterse en la cama, pudo exclamar con alivio:

—¡Al fin puedo quitarme el corsé y los zapatos! Hoy he ido más incómoda que en todos los días de mi vida.

—Será la emoción, señora.

—Y el jaleo, tanto jaleo.

A l día siguiente, superada la impresión que causara la llegada de Cósima en el principal de la plaza de la Constitución, 3, Olimpia de Castresana, la señora de la casa, volvió a examinar a su hija con detenimiento. Pudo observar que tenía el cabello negro, la nariz un tantico respingona y los ojos garzos, y no le encontró nada malo, salvo que le pareció un poco pelona. Además, volvió a constatar que estaba entera y que no tenía marca ni señal. Fue ella misma quien, como ya se le había caído el ombligo, la bañó en el lavabo de su habitación con una esponja de mar y jabón de glicerina que mandó comprar expresamente en la botica.

A las noticias de que la señora estaba bañando a la niña, acudieron Úrsula y Eusebia, gesticulando de espanto las dos. La primera para rogarle:

—¡Señora, por lo que más quiera, no bañe usted a la niña hasta que cumpla diez años...!

Y la segunda también:

—Señora, por Dios, no la bañe usted hasta que reciba la primera comunión.

Teolinda no dijo palabra pero venía rezongando en voz baja, desde que la dama inició la operación:

—Se morirá, se morirá... Cogerá un pasmo y se irá al otro mundo, ¡angélico...!

La dama no hizo caso y siguió las instrucciones del doctor López-Tass y, luego de hacer mil arreglos a Cósima, pasó buena parte de la mañana sentada ante su tocador, acicalándose.

Después de comer en solitario, porque su marido y don Jorge almorzaban con unos inversores venidos de Bilbao —tanto crédito tenía la Banca Arriazu y Maestro en toda España—, Olimpia, sin demorarse más, mandó buscar al ciego Antonio.

Antonio era un ciego que, ayudado de un cartel donde tenía pintadas varias viñetas explicativas y señalando con un puntero, contaba historias en la esquina de Alfonso I con la plaza del Pilar, con un soniquete especial, ña, ña, ña, como si cantara. Historias truculentas las más de las veces, sobre santos milagrosos, embrujadas, hechiceras, niños perdidos, moros infames, mujeres perdularias o espantosos crímenes y, según fuera el sexo de la concurrencia, hasta cantaba coplillas picantes de la zarzuela que estuviera más de moda. No llevaba el ciego un niño lazarillo que pasara la escudilla, no. Se hacía acompañar de un can más agudo que el hambre, que le hacía mucho servicio, y la escudilla la pasaba el perro, apenas terminada la narración, sin descuidarse un momento, no se largaran sus oyentes sin pagar por la diversión.

A instancias de Bartolo, el ciego Antonio se presentó en casa de los señores de Arriazu con su inseparable compañero. La señora lo hizo acomodar en el *office* e hizo que Úrsula diera de comer a amo y animal hasta que los dos dijeran basta. Olla les dio la cocinera con todo su ajilimoje y abundante vino y pan.

Cuando terminaron de comer, Olimpia, sin hacer ascos a la suciedad del hombre, que el viejo ignoraba lo que era el agua y el jabón —pese a que existían en la ciudad varias casas de baños muy acreditadas—, ni a las llagas del perro, pues le acarició el testuz, le demandó delante de todos sus criados:

—¿Quién te entregó la niña, Antonio?

Él respondió:

—La trajo el perro, señora.

—¿Cómo es eso?

—Sí. Yo dormía. El can me vino con un cesto. Me di cuenta enseguida de que era una criatura y en cuanto la toqué vi que era una niña... Me dije: para la señora Olimpia, que quiere una...

—¿No viste a la madre? ¿No sentiste unos pasos? ¿No te la encomendó una mujer desesperada?

—No. Para mí, señorita, que el perro la sacó de dentro del Pilar... Mi perro entra a veces en el templo... Alguien la habría dejado allí... O, no sé, se la daría un ángel, uno de los muchos que acompañan a Nuestra Señora en la santa capilla...

—¿Cómo va a entrar el perro en el Pilar sin que lo vea el sacristán? —preguntó Úrsula.

—En la capilla suceden muchas cosas. Sepa la señorita que hay ángeles, y santos y santas sirviendo a la Virgen...

—¿Cómo lo sabes?

—Soy ciego, pero el Señor me concede ver cosas que no se ven a simple vista, cosas que los que ven no pueden ver...

—¡Anda que eres un perillán! —terció Bartolo.

—¡Un granuja! —abundó Úrsula.

—¡Qué sabes tú, ramera...! —se defendió el ciego.

—¡Silencio todos! —ordenó Olimpia y continuó—: Mira, Antonio, dime la verdad porque a partir de hoy te voy a dar un real al día cuando vaya de visita al Pilar y, si algún día falto, te daré el doble al siguiente, y no olvides que antes ya te daba un ochavo y que ayer un duro te di...

—¡Con un real podrás beber mucho más, bellaco! —insultó Úrsula.

—¡Calla, maldita vieja, o te ajojo!

—¡Señorita, me está amenazando con echarme mal de ojo...!

—¡Cálmate, Antonio! Y no quiero oír palabras malsonantes en mi casa...

—¡Señorita, le he regalado a usted una niña! ¿No quería usted una?

—Sí, pero, también, quiero que me digas la verdad...

—La verdad está dicha... A la niña la trajo el can.

—¿Y eso de los ángeles?

—Abra usted los ojos, señorita. Acompañando a la Virgen hay siempre muchos ángeles, infinitos ángeles, un ejército de ángeles... Mucha más gente de la que había en mi batallón cuando serví al rey en África, a la reina entonces. Porque ha de saber

la señorita que luché en la batalla de Wad-Rass, como un héroe, y que me quedé ciego de la metralla de una bala de cañón, que yo, hasta entonces, malditos sean por los siglos de los siglos el general O'Donnell y la reina doña Isabel, veía más claro incluso que los demás mortales... Después de la desgracia, Dios me asista, tuve que ganarme la vida en la calle vendiendo romancillos y contando cuentos...

—¿Qué historia es esta del perro y los ángeles, Antonio?

—La verdad, señorita, lo que sucedió, ya se lo he dicho —insistió el ciego, a sabiendas de que no era lo que sucedió o creyendo ya que era lo que había sucedido, pues que tenía mente creativa y en la escena habían estado presentes el can, una mujer que más parecía una criatura angelical y que, por más señas, le pidió que, cuando la señorita Olimpia le preguntara quién le había llevado el cesto, dijera que un ángel. Y mentía y no mentía porque, a fin de cuentas, se había limitado a ordenar y componer la historia.

—Te voy a pedir una cosa: que guardes silencio del hecho. Te pido silencio de por vida. Toma el real de hoy y cinco duros, y ve con Dios. ¿Quieres una taza de chocolate? ¿Le damos algo más al perro?

—Déme vino la señorita y mire si el perro quiere comer más. A mí, vino, señorita.

—¡Ea, Úrsula, dale vino y más olla al bicho!

Y luego, en un aparte, mandó a la cocinera que desalojara al ciego cuanto antes y que fregara con lejía la vajilla, la silla y la mesa que había utilizado, para desinfectarlas, pues iba lleno de roña y de mugre: sucio de rostro, manos y ropas, más negro que un carbonero y hediondo como un basurero, en fin.

Ido el ciego, eructando y más que chispeado, los criados se reunieron en la salita para ver cómo mamaba Cósima, Cosimina, como la llamaban todos ya. La señora, después de merendar una jicarica de chocolate y de celebrar el buen estado de la niña, pues que ya no lloraba y dormía las veinticuatro horas, como hacen los recién nacidos que están bien alimentados y cuidados, comentó:

—De todo esto que ha dicho el ciego, de lo de los ángeles, no me creo una palabra. Es un fabulador impenitente —y añadió—: A todos vosotros os ruego, mejor dicho, os ordeno, que no digáis tampoco una palabra, pues de la existencia de Cosimina, nada más sea por la mucha gente que ha pasado por aquí, se sabrá ya en toda Zaragoza, pero no es cuestión de que se propague lo que no es, y que se invente y se invente sobre ella, como sucede cuando ciertos sucesos se echan a los vientos. Yo misma le explicaré, cuando sea mayor y capaz de comprender, que tal día como ayer fue adoptada y que ese hecho nunca fue obstáculo para que la quisiera más que a mi vida... Tal le diré cuando lo considere oportuno, pero lo que ha dicho el ciego, lo del perro y el ángel, no se lo diré nunca, que, vive Dios, no es necesario saberlo, pues es mera patraña.

—Nosotros no diremos palabra, señora —interrumpió la cocinera, haciendo una cruz con los índices y llevándoselos a la boca como sellándola.

—Nunca jamás, señora —intervino Bartolo.

—Yo tampoco —se sumó Eusebia.

—Ni yo, señora, os lo juro por mi hijo muerto —abundó Teolinda.

—Que me muera yo también si abro la boca —aseveró Pilara.

—No pase pena la señora, que yo me ocuparé de que no salga una palabra de esta casa —se comprometió Bartolo con contundencia.

—Bien, pues. Ahora, vaya cada uno a su quehacer.

Olimpia se quedó en la salita, la mirada baja, mano sobre mano y cavilando que el único ser viviente que tal vez hubiera visto el rostro de la verdadera madre de Cosimina había sido el can y que, vaya, aunque le hubiera gustado, no podía hablar con él. Así estuvo mucho rato, meditando, pesando si comentar lo del ángel y el perro con su marido o no comentarlo, hasta que decidió no decirle nada, pues que todo era disparate, enorme disparate, y el dicho Antonio un camandulero.

El que no hizo ningún caso al mandado de la dama fue el ciego, quien, pese a que doña Olimpia cumplió su palabra y le dio un real diario y, cuando faltó siete días seguidos, siete reales de una vez, echó a los vientos el caso. Pintó, o pagó para que le pintaran, un cartel con doce viñetas y añadió la historia de Cosimina a su repertorio, de tal manera que habló durante años de lo que todos callaron. Podría decirse que, como buen narrador que era, no quiso desperdiciar tan excelente argumento.

Cierto que el cuento de la niña abandonada en la puerta del Pilar y entregada por los ángeles, que servían y gloriaban a la Señora en la santa capilla, a un perro para que la adoptara una dama encopetada no tuvo mayor trascendencia. La historieta fue considerada por los que la oyeron a lo largo de una generación otra más. Un cuento que el ciego recitaba entre el de la embrujada y la verdadera historia del asesinato del general Prim por un anarquista, en la calle del Turco de Madrid.

La alta sociedad zaragozana alabó el gesto de los señores de Arriazu. Las grandes damas dijeron que ellas, en situación semejante, hubieran hecho otro tanto y que no hubieran distinguido entre los hijos de su carne y la adoptada. Los que hicieron su agosto fueron los pobres de la ciudad, los muchos que se personaron en casa de Arriazu con el Ave María Purísima en la boca, a desear salud y larga vida a la niña. Toda suerte de mendigos, tullidos, viudas, enfermos, mozos que querían redimirse del servicio militar, borrachos y hasta algún gitano, pues hombres y mujeres se llevaron cada uno un real y fueron tantos que la casa parecía un jubileo. El único que se mostró un poquito contrariado fue don Dionisio, el padre jesuita y director espiritual de Olimpia, pues que le hubiera gustado bautizarla él, tal expresó en la primera visita que le hizo a la dama:

—Si me hubieras avisado, hija, la hubiera bautizado con mucho gusto y le hubiera pedido a la baronesa de Argilés que fuera la madrina. Hubiera sido mejor protectora que la López-Tass, que es una metomentodo.

—No hubo tiempo, don Dionisio, todo sucedió de repente. Me fue imposible

escribir una nota, tuve a todo el servicio ocupado... Bartolo no daba abasto, pues lo más importante fue encontrar nodriza para la niña, que se comía los puños de hambre.

—El ciego quizá conozca alguna cosa de la procedencia de Cósima.

—No sabe nada. Dice que se la dieron en lo más negro de la noche y que, como no ve, no vio a quien se la entregó —mintió la dama.

—Si quieres investigo, que tengo muy buenos amigos en las parroquias de la ciudad.

—Déjelo, don Dionisio... Dios me la ha dado, y mía es...

Pese a las reticencias que mostró, el jesuita bendijo a la recién nacida y le deseó larga vida.

La vecindad algo hablaría, naturalmente, pero la gente de oficio: tendero, albartero, bodeguero, boticario, panadero, zapatero, cochero, albañil, etcétera, no dijo más de la cuenta ni inventó ni miró a la niña con ojos compasivos o con malos ojos, no. Quizá, como la historia la narraba el ciego, le dejaron contarla a él, o muchos ni se enteraron. Unos, porque nadie se lo dijo y otros, porque no se enteran nunca de nada. Además, que los criados de la casa aceptaron a la niña con holgorio, pese a que su forma de llegar les diera a pensar que era fruto de amores prohibidos, del pecado en consecuencia y, en consecuencia, también de peor nacimiento que cualquiera de ellos, cuando, mira, ella estaba destinada a ser señorita y ellos, de nacimiento pobre pero honrado, morirían de sirvientes. No obstante, la aceptaron, porque algo había en la historia de Cósima del cuento de la Cenicienta y se lo sabían de memoria. Además, que eran generosos de corazón y, del mismo modo que sus señores, evitaron cualquier mal pensamiento sobre la procedencia de la niña y no le dieron importancia. Amén de que oyeron a doña Olimpia decir mil veces a su marido:

—Esta niña a lo menos es hija de un marqués o de un caballero, pues tiene la piel muy fina, Luis.

Y contemplaron mil veces cómo la madre, que no era madre pero como si lo fuera, la levantaba del moisés y daba vueltas con ella en brazos, malcriándola, pero más feliz que nunca. Amén de que oyeron varias veces comentar al padre, que, según él, no era padre, pero como si fuera, que la había inscrito en el Registro Civil de Nacimientos como hija suya y de Olimpia, sin problemas, y que por sus influencias ni siquiera la había tenido que llevar a dicho lugar para proceder a su inscripción.

Felices estaban también los sirvientes, pues don Luis, a 30 de septiembre, les duplicó el salario del mes. Y Eusebia no se lo creía, pues, además, desde la llegada de la niña dormía dos horas más, porque la señora se levantaba a las once, como hacen las señoras. Y para Navidad, los Arriazu dieron a los empleados de la banca un jamón añadido al lote que les venía regalando la empresa año tras año, y a todos los pobres de las parroquias de la ciudad un pan blanco, un huevo duro y una libra de bacalao, Dios los bendiga.

Cierto que Luis Arriazu, aunque celebraba y celebraba la llegada de Cósima, daba propina a los criados e invitaba a sus amigos a *champagne*, a la par que era felicitado, no estaba precisamente contento, no. No por la niña, sino por Flora, con la que ya había tenido sus más y sus menos. Resulta que el banquero, de dos años atrás, tenía una querida llamada Flora Melero, a la que le había puesto piso, como dicho es. No se había ajustado con ella porque Cupido le hubiera herido el corazón, no, pues su corazón lo tenía y lo tendría su esposa legítima, en virtud de que se había enamorado de ella cuando era mozo y había trabajado con denuedo para conseguir un trabajo suficientemente remunerado para poder pedir la mano de una señorita de alta cuna. Nada menos que la mano de la señorita Olimpia de Castresana, cuyo apellido ciertamente que le había ayudado a hacer fortuna. Pero no menos cierto que, sin su trabajo y sin su visión para los negocios, nunca hubiera acumulado tanto dinero, tanto que la Banca Arriazu y Maestro había llegado a ser la más acreditada de la ciudad y la única que hacía sombra al Banco de Crédito de Zaragoza, el de mayor capital de Aragón.

Si le había puesto casa a Flora, que era artista de zarzuela, fue por el qué dirán. Porque, viviendo en una sociedad cien por cien chismosa y con su posición económica, resultaba inconcebible no tener querida, y hasta las malas lenguas hubieran acabado diciendo de él que era avaro, tacaño, mezquino y hasta usurero, falsedades que poco bien hubieran revertido a su negocio y, en otro orden de cosas, como no tenía hijos de Olimpia y tenía un socio amigo inseparable, hubieran seguido diciendo que era maricón. Lo que ya se había murmurado, dada la sociedad que había creado con Jorge y la amistad que mantenía con él, pues que la población zaragozana era incapaz de entender que Jorge comiera y cenara en su casa. Entonces, para defenderse de semejantes calumnias malintencionadas, hubo de ser él mismo el que echara a los vientos la historia del desdichado amor del buen Jorge por la distinguida señorita Pepita Desclaus de Madrid, fallecida de tisis en la flor de la edad, y eso que había jurado a su amigo guardar secreto de su desgracia mientras viviere.

Por eso y nada más que por eso, por el qué dirán, le puso casa a Flora Melero en la calle de las Armas, en un segundo piso con cocina económica, y se la amuebló. Fue a visitarla con regularidad, y habló de ella en el casino a sus amigos de tertulia y a todos les pareció acertada la elección, en razón de que la conocían, pues la habían visto cantar y hacer papeles de segunda en tal zarzuela o en tal otra. E hizo uso de Flora los días en que Olimpia se quejaba de jaqueca, de resfriado o de dolor de estómago, o cuando tenía la regla, o los días en que se encontraba demasiado cansada por haber dormido mal el día anterior y haber madrugado para ir a misa de Infantes al Pilar. Cierto que no le gustó miaja cuando su querida le anunció que estaba encinta pero, como hombre de honor que era y capaz de mantener sus compromisos, no la abandonó a su suerte —que hubiera sido mala suerte—, al revés, la retiró del

espectáculo y le pagó la canastilla y hasta la comadrona para que la asistiera en el parto. Pero de las trápalas que Flora se llevaba en la cabeza y de los planes que le había propuesto, lo de hacerle llegar a Olimpia, mediante alguna añagaza, lo que naciere, de eso no había querido saber nada, aunque, según tenía por cierto, de poco le había valido, pues estaba seguro de que Cósima era la hija de Flora y «quizá» suya...

Cuando, a los siete días de la llegada de Cósima, Luis volvió a casa de su entretenida, siendo ya el padre legal de la niña, pues que el señor cura de San Gil la había inscrito como tal en el registro de bautismos de la parroquia y él mismo en el Registro Civil, iba dispuesto a romper con ella y a echarla a la calle, pues se sentía burlado y no podía admitir aquella chacota ni otra, todo ello pese a los consejos de su socio y amigo. Pero se llevó un buen chasco y una sorpresa, pues le había dado a la lengua y al pensamiento, y mira, se encontró con que Flora, que lo recibió con un largo beso en la boca, tenía una niña en un moisés pagado por él, en una casa pagada por él, y se quedó talmente pasmado. Máxime cuando le dijo Flora, señalando a la criatura:

—Aquí tienes a tu hija. Mírala, es preciosa. Es rubia y se parece a ti... La he llamado Rebeca porque me gustó el nombre. Cuando fui a bautizarla, el párroco de San Pablo me leyó los santos del día y me gustó éste.

El hombre no observó ningún parecido con él. Pero, en realidad, no vio casi a la niña, salvo un bulto en un moisés, quizá porque no podía ver. Porque, entonces, Cósima ¿de quién era? Y permaneció aún bastante ofuscado, y pidióle a Flora que no la despertara:

—No la despiertes, ya la veré otro día.

Pero la otra insistía:

—Mira, mira, qué pies... qué manicas... y es una tragona... Mírala qué rubia es, como tú. ¡Ay, Luis, estoy muy feliz de haber tenido una hija contigo...!

El hombre, que guardaba silencio, enrojeció cuando Flora le felicitó:

—Te felicito, mi amor, has tenido una hija preciosa y adoptado otra por los mismos días, por lo que me han dicho...

—¿Qué quieres decir?

—Sé lo de doña Olimpia y lo del ciego...

—¿Cómo lo sabes?

—No se habla de otra cosa en el mercado...

—¿Y qué se dice?

—Que tú y tu señora esposa sois dos almas caritativas...

—¡Ah!

—¿Supongo que Olimpia, perdona, que doña Olimpia estará tan encantada con su hija como yo con la nuestra?

—Está entusiasmada.

—Oye, Luis, tal vez no le importara tener otra más... Las criaría a la par.

—Ya te dije, no.

—A la mía le has dicho que no y a la hija de una desconocida, y posiblemente puta, le has dicho que sí. No lo entiendo.

—Tú no tienes que entender nada. Tú, o te conformas con lo que te doy o te buscas otro amante...

—Ay, Luis, me rompes el corazón.

—Bueno, me voy.

—¿Ya te vas? ¿No me haces compañía?

—Tengo prisa.

Claro que tenía prisa Arriazu, a ver, quería contarle a Jorge lo sucedido: que había ido a casa de Flora y que se había encontrado con que la susodicha tenía una niña dormida en un capazo. Con lo cual no había tenido nada que ver con el ciego Antonio ni con Cosimina, que, indudablemente, era de otra mujer. Noticias que alegraron al socio, que volvió a insistir:

—Mejor que Cosimina sea hija de madre desconocida.

Cierto que movió la cabeza con gesto de desaprobación cuando su amigo le comentó la decisión que había tomado con respecto a la hija de Flora:

—Ya sea la niña mía o del anarquista, mantendré a su madre de querida, y le aumentaré la renta que le envío.

—¿Cómo es la niña? —le preguntó Jorge.

—Si te digo la verdad, no la he visto. Estaba dormida.

Como Arriazu volvía con asiduidad a casa de su amante, hubo de oírse muchas veces lo que ya había escuchado mientras estuvo embarazada, pues que tenía fijación y le insistía:

—Como no tienes hijos legítimos, Luis, quédate con ésta, al menos es tuya.

—¡No!

—Hacemos, Luis, que te la has encontrado en una esquina o que te la han dejado en la puerta de la banca, o te la llevo yo a la puerta de tu casa o qué sé yo; lo que planeé hacer, cierto que sin prever que una zorra habría de anticipármeme... Para ella será lo mejor, en vez de ser criada, será señorita. ¿Cómo vas a permitir que tu hija sea fregona?

—¡No! O te callas o no te paso un duro y, además, no te pago el alquiler del piso, ¡puñeta!

—¿Serías capaz de dejarme caída en el arroyo?

—No, pero no me saques de quicio. Te lo advierto.

Así terminaba el caballero y las más de las veces salía de la casa dando un portazo. Por eso lloraba Flora lágrimas desconsoladas, pero lo que más le dolía era que el padre no quisiera, no mirara siquiera un poquico, a la niña que dormía plácidamente en el capazo. Porque, ay, ella, aunque pretendió lo que pretendió y

aunque la presencia de la criatura le hubiera truncado sus ambiciones, hacía días que había empezado a mirarla de otra manera y a quererla como la madre quiere al hijo.

Lo que no le impedía decirse una y mil veces que fue mala suerte. Que fue mala suerte que, en el momento en que Olimpia, su criada y el perro del ciego Antonio doblaban la esquina de Alfonso I con la plaza del Pilar, Rebeca berreara encanada. Tal pensaba, pero no se arrepentía de haber corrido en su auxilio, pues que los recién nacidos, en dicho trance, pueden morir por ahogamiento. No obstante, se quejaba de su mala suerte, pues Olimpia se hubiera ido con las dos niñas tan contenta como con una, y ella, tras el paréntesis del embarazo y parto, hubiera sido libre para continuar su carrera artística con más determinación incluso, pues nunca, mil años que viviere, renunciaría a ella. A ver, no hubiera tenido en su casa y en su vida un «estorbato», como venía llamando a la pequeña Rebeca, cierto que un «estorbato» precioso, que hacía tiempo le había revuelto el corazón. Además, no hubiera tenido que mentir a las vecinas cuando le preguntaban de dónde había sacado a la criatura, pues que ocultó su preñez fajándose y llevando faldas de ancho vuelo, ni inventarse que la niña era hija de una hermana suya inexistente, fallecida a las dos horas del parto ni, ítem más, la agónica muerte de la misma, en la que cargó las tintas para causar más pena.

Es verdad que, cuando Flora Melero oyó de boca de las comadres del mercado que los señores de Arriazu habían adoptado una niña, que no era otra que la que ella había entregado al ciego Antonio, que cumplió su encargo de maravilla, egoísta como era, no pudo reprimir su cólera en razón de que aún le quedaba otra. Y eso que tenía motivos para estar contenta, pues había reducido su problema, que, según ella, truncaba su carrera artística en el género chico, al cincuenta por ciento. Y aquel día, al llegar a su casa, sin poder dominarse, rompió varios platos y un jarrón y deshizo la cama —su lecho de amor— para arrojar el colchón al suelo y pisotearlo. Luego gritó hasta asustar a la niña, que lloró con gana, y se llamó tonta, estúpida y sensiblera. Después, entró en la cocina, cogió un cuchillo, el más grande que encontró, lo miró, se miró las venas de las manos, miró a la niña que seguía berreando, casi encanada otra vez, dudando si hacer o no hacer una barbaridad, pero, tras el ataque de ira, hizo lo que tenía que hacer: cogerla en brazos, acunarla hasta que se callara, y besarla, porque, aunque había tenido malos pensamientos, los sentimientos maternos que cada mujer lleva dentro de sí no se pueden acallar. El caso es que, contemplando a la criatura, se le pasó la rabieta y conforme la miraba más y más, la atendía más y más, y le daba más y más teta y limpiaba y limpiaba pañales, la quería más y más, y ya a los tres días de tenerla consigo no la hubiera cambiado por todo el oro del mundo.

Claro que eso no impedía que tratase de sacarle más dineros a su amante a fin de contratar una sirvienta que le cuidara a la pequeña Rebeca, y así ella, aunque le diera de mamar, podría tener tiempo para los ensayos. Y sí, sí, para lograr más dinero, salía de casa con la niña envuelta en una toquilla, recorría las calles del mercado, derecha al Coso por Torre Nueva, y se detenía ante el establecimiento de la Banca Arriazu y Maestro y allí se quedaba mirando torvamente por el escaparate durante buen rato.

Hasta que la veía Jorge, que la conocía bien, y salía a darle un duro y aún hacía un arrumaco a la pequeña Rebeca. Entonces, aumentado su peculio en cinco pesetas, abandonaba el lugar y regresaba a su casa, consciente de que, habiendo hecho papeles de segunda fila en *Jugar con fuego* o en *El barberillo de Lavapiés*, tenía suerte de que un caballero acaudalado la mantuviera, de ser su mantenida, después de todo. Y ya insistiría para que Luis se quedara con Rebeca, le suplicaría en la cama, que es donde las mujeres consiguen buen número de cosas, con mimos y caricias, nunca con gritos ni menos con violencia ni menos con sangre, porque, en algún momento, le había rondado la enloquecida idea de asestarle una cuchillada a Luis o cuando menos organizarle una escandalera. Pero ¿qué conseguiría organizándole un escándalo o dándole una puñalada a Arriazu delante de todos sus empleados que, según tenía oído, eran nada menos que cuarenta y seis? Que la llevaran a la horca después de tenerla un tiempo en la cárcel y que ingresaran a Rebeca en el hospicio. Y no, no... Además, quién sabe, tal vez la señorita Olimpia, que estaba demostrado que no podía tener hijos, quisiera otra niña en el futuro; una hermanita para Cósima. Pero echaba cuentas y le salían rosarios porque su amante se mantenía firme en su postura, como pudo comprobar un día en que fue a visitarla y ella sacó el tema a colación, eligiendo bien el momento, en el momento en que estaban en la cama en pleno ardor:

—Deja ya la cuestión. No lo consideraré en su momento. No pude hacer nada. Olimpia trajo a Cosimina a casa sin preguntarme.

—Mil veces te lo dije... Además, si te hubieras llevado a Rebeca, yo hubiera continuado con la zarzuela y quién sabe si hubiera llegado a hacer carrera en el espectáculo como Lucrecia Arana... Te lo dije mil veces.

—¡Calla, ya!

—Nada tengo que envidiar a Lucrecia Arana o a Isabel Bru...

—¡Calla, coño!

—Enseguida que te hablo de esto empiezas con los coños y las puñetas, mi amor.

—¡Maldita sea, Flora, me sacas de mis cabales!

Olimpia estaba completamente volcada en los cuidados de su hija y no iba a ninguna parte, salvo a la misa de los domingos a San Gil; y aquel año de 1887 tampoco había celebrado su cumpleaños, a la sazón, el 24 de enero, que, desde que se casara, venía festejando con veinticuatro invitados. El doctor López-Tass, que había visitado a Cosimina con regularidad vigilando su crecimiento y la había vacunado de viruela, sugirió a Olimpia que sacara la niña a la calle a tomar el sol y respirar aire puro, pues la tenía encerrada en demasía, cuidándola hasta de las corrientes de aire, para que no se resfriara.

En la primera salida de casa, Cosimina fue llevada al templo del Pilar, donde, según el ciego Antonio, un o unos ángeles se la entregaron a un perro para que la llevara a su amo y para que el amo se la diera a una virtuosa dama, llamada Olimpia de Castresana, casada con Luis Arriazu, el próspero burgués titular del cincuenta por ciento de las acciones de la Banca Arriazu y Maestro, para que ambos le dieran crianza en el amor de Dios.

Un día de febrero que más parecía de primavera, pues el tiempo andaba loco en la ciudad del Ebro, llevó Olimpia a su hija al santo templo. La niña en brazos de Teolinda, el ama de cría, y andando las dos, y eso que bien podía haber ordenado a Bartolo que preparara el coche de caballos, la berlina.

Fue la dama a que los infanticos —famosos monaguillos y niños de coro— la pasaran por el manto de la Virgen. Eligió el más robusto, no fuera a caérsele la niña al suelo y a malograrse, y le entregó una buena propina: dos reales. Luego encendió una vela en el camarín, se arrodilló ante la santa imagen y le dio las gracias por su mucha ventura, de corazón, de todo corazón, repitiendo lo mismo cuando se postró en el humilladero. Después, aprovechó la ocasión para finiquitar sus deudas con Nuestra Señora y echó en el cepillo de «obras del Pilar» las veinticinco pesetas que le debía, y cien más.

Al salir, no olvidó los quince reales de deuda acumulada con el ciego Antonio.

Luego se acercó a la parroquia de La Seo y saldó con Santa Rita, tras rezarle un paternóster, las treinta pesetas que le adeudaba, y tampoco escatimó, pues le dejó hasta doscientas.

Después Olimpia estuvo tentada de acercarse a la calle de Méndez Núñez a visitar a su prima Adelaida, que era monja en el convento de las Hermanas de la Consolación, para enseñarle a la niña, pero, como las campanadas del reloj de la Torre Nueva anunciaban las doce del mediodía y Cosimina tenía que comer, lo dejó para otro día.

Cierto que hubo de demorar la visita a su buena prima, pues se presentó otra vez el frío y sopló el cierzo mucho más que otros años —tal aseguraban las gentes ateridas a causa de las bajas temperaturas y hartas de la ventolera—, por ello no se atrevió a sacar a la niña a la calle, no zurciera el demonio y se constipara y, no lo

quiera Dios, se fuera de este mundo.

Pero, a mitad de marzo, aunque seguía el ventarrón, dejó sus precauciones. Un buen día, cayó en la cuenta de que Cosimina había cumplido siete meses y que ya tenía tres dientes, bendito sea Dios, pero que aún no le había hecho una fotografía. Por eso le entró prisa, hizo preparar la berlina y, con la niña bien tapada y con el ama, se presentó en el gabinete de fotografía de don Joaquín Júdez, sito en Independencia, 14, a unos pasos de su casa y, la verdad, tuvo que ir varios días, desafiando la crudeza del clima, que en Zaragoza ya se sabe. No porque el fotógrafo fuera mal profesional, no, que era excelente, sino porque quiso a Cosimina fotografiada en mil poses diferentes. De todas, la señora eligió diez y abonó cuarenta reales por unidad, lo que sumó cuatrocientos, y por cuatro copias de cada una a diez céntimos, otros dieciséis, una fortuna, en fin.

Se congratuló Olimpia de que, pese al jaleo de tanto vestirla y desvestirla, y traerla y llevarla, Cosimina ni siquiera se resfriara, lo cual vino a demostrar que se criaba fuerte y sana, pues no en vano ella se desvivía porque así fuere. Vigilaba sus comidas de día y de noche, y le daba un ardite que se le marcaran en su precioso rostro, que ya comenzaba a marchitarse, profundas ojeras. Le daba un ardite, entre otras razones, porque, salvo para ir al Pilar a rezar a la Virgen y a misa los domingos a San Gil o a San Andrés, no salía de casa y había dejado de hacer visitas y hasta evitaba que la visitaran, pues andaba muy ocupada con la niña, y ponía mil excusas, tantas que hasta su director espiritual le aconsejaba:

—No te andes con mandangas. La sociedad te cerrará sus puertas. Te quedarás sin amigas. ¿Y qué harás cuando la niña crezca y no te necesite?

—Don Dionisio, Cósima acapara todo mi tiempo... Y sobre lo que dice su reverencia, creo que a una madre se la necesita siempre —respondía rebelde la dama.

—Todas las madres entran y salen, van y vienen, y hacen vida social y van a bailes... Descuidas incluso tus obras pías... Hace meses que no vas de visita al asilo de las Arrepentidas y que faltas los domingos a tus deberes con la Hermandad de la Sopa, tanto bien que hacías sirviendo el desayuno a los enfermos del hospital de Nuestra Señora de Gracia...

—No he dejado de abonar mis cuotas... No me regañe usted, don Dionisio, si Dios me da salud, tendré tiempo para todo.

Y es que Olimpia se desvivía, sólo vivía para la niña, para emplear su tiempo observando la cara de la criatura y hacerle arrumacos o para mirar y remirar las fotografías que le había mandado hacer. Por eso puso en un marco de plata la que más le gustaba y, aunque dudó si colocarla al lado del cuadro de la *Santa Cena* de Leonardo, que tenía reproducido en plata de ley en el comedor de gala, optó por instalarla en la repisa de la chimenea del primer salón, bajo los retratos del rey Alfonso XIII y de la reina regente, y los de su marido y ella —los que les había pintado el extraordinario artista Bernardino Montañés—. Desentonaba un poco en aquel lugar, pero se dijo que no discordaba, y allí permaneció durante muchos años.

Dos días antes de la llegada de la primavera, es decir, el día de San José, se instaló en Zaragoza el servicio urbano de teléfono con el revuelo y agitación consiguiente entre los primeros quince abonados. Muchos no creían, pese a que el servicio ya funcionaba en Madrid y Barcelona y a que algunos habían leído en revistas y habían oído hablar largo de su funcionamiento y ventajas, que el teléfono sirviera para lo que decía servir: para hablar de calle a calle, de casa a casa, de piso a piso, y pronto de ciudad a ciudad, sin moverse de lugar. Merced a dos aparatos de metal, uno, que hacía de pie y llevaba un altavoz —por donde se hablaba—, con un número grabado —el del usuario—, y otro anejo, también de metal, con un pequeño altavoz —por donde se escuchaba—, que se ponía al oído, ambos ingenios unidos a una caja de madera colocada en la pared y que comunicaba, mediante un cable, con la central de teléfonos, situada en la calle de Canfranc, de donde partían múltiples cables que recorrían el centro de la ciudad y subían a los pisos, consiguiéndose con ellos recibir llamadas y llamar. Era menester ponerse en contacto con la central, mediante un manubrio existente en la caja de madera instalada en cada casa, para hablar con la operadora, que aguardaba las llamadas, las recibía y las distribuía.

Don Luis de Arriazu contrató dos aparatos, uno para su casa y otro para su negocio, y el mismo día de la inauguración habló desde la banca con su mujer. A las doce en punto sonó un timbre. Sonó el timbre del aparato instalado en el pasillo, sobrecogiendo a Olimpia y a los criados, pese a que esperaban la llamada. Cogió la dama el aparato:

—¿Diga?

—Le hablan, no cuelgue —advirtió una voz de mujer.

Y, en efecto, hablaban. Era Luis:

—¿Olimpia?

—Te oigo, Luis, te oigo.

—¿Dime algo?

—No sé qué decirte, dime algo tú...

—Yo tampoco sé qué decirte...

—¿Estás bien?

—Muy bien, ¿y tú?

—Muy bien.

—¿Y la niña?

—Un poco rara, no ha querido mamar.

—Vaya por Dios. ¿Me oyes?

—Se te va la voz.

—¡Olimpia...!

—¿Qué?

—Nada más.

—Oye, Luis...

—¿Qué?

—Te voy a pasar a todos para que vean cómo funciona el teléfono. A ver, ven, Eusebia, no tengas miedo.

—¡Eusebia!

—¡Señor!

—¡Di algo, no te quedes muda! —intervenía Olimpia—. Trae. Luis, te paso a Bartolo... Sin miedo, Bartolo.

—¡Señorita, no sé!

—Habla con el señor...

—¡Señor!

—Venga, Bartolo, pásame a Úrsula.

—Úrsula, el señor quiere hablarte...

—Ni por todos los diablos, Bartolo, yo no.

—Úrsula, te toca a ti.

—Ni por todos los diablos, señorita...

—No pasa nada —informaba Eusebia.

—Venga, tú, Pilara...

—¿Yo, señorita?

—Sí, tú.

—Señor, soy Pilara, para lo que sirva mandar el señor.

—¿Qué tal, Pilara?

—Ahora, tú, Teolinda —ordenaba Olimpia.

—¿Mande, señorito?

—Ea, Teolinda, ¿qué haces?

—La señora me ha mandado lavar los pañales de Cosimina, señor.

—Anda, pásame a la señora.

—Señora, el señor quiere hablar con usted.

—¿Luis?

—¿Sí?

—Sólo falta Úrsula, pero no quiere ponerse...

—Bueno, déjala...

—¿Vienes ya a comer?

—Sí.

—Adiós.

—¡Adiós, mi amor!

—Adiós, Luis.

Los moradores de la plaza de la Constitución, 3, estuvieron todo el día conmocionados por el invento, el trasto, como decía Úrsula. Señores y criados iban al pasillo a contemplar el aparato, quizá por ver si sonaba, o por la novedad. Y, en efecto, sonó varias veces. Olimpia, después de cruzar las mismas boberías que había hablado con su marido con la señora Tal o el señor Cual —que estaban todos los

abonados igual, sin saber qué decirse, tal vez porque estaban acostumbrados a hablar cara a cara—, aprovechó para enseñar a Eusebia a coger el aparato:

—Mira, Eusebia, al oír el timbre, descuelgas y dices sin gritar, que no es necesario gritar: ¿dígame?

—¿Dígame?

—¿Don Luis Arriazu?

—¿Dígame?

—No. Dices: aquí es. ¿Qué desea, señor, señora?

—¿Qué desea, señor, señora?

—No. Por la voz sabrás si es hombre o mujer...

—No sé, señorita. Yo sólo he hablado con el señor.

—Bueno, mañana más. No te pongas nerviosa... A ver, Úrsula, ven tú.

—Ni por todos los diablos, señorita... Ese trasto es cosa de Satanás.

La prensa del siguiente día se hizo abundante eco del acontecimiento y sostuvo que los quince primeros abonados al servicio telefónico no habían dejado de hablar hasta bien entrada la madrugada y que las dos operadoras que trabajaban en la central no habían disfrutado de un momento de respiro.

En casa Arriazu pronto pasó la novedad. Eusebia aprendió a coger el teléfono a satisfacción de la señora. Bartolo se lamentó de que con aquel invento con el tiempo desaparecerían los mandaderos, y Úrsula tardó varios años en hacerse a él, pues, rebelde, no dejó de rezongar que era cosa del diablo, aseverando:

—No pienso hablar por teléfono, no vaya a entrarme el demonio en el cuerpo por el oído.

Pocos días después, una tarde Olimpia, acompañada de Teolinda, que llevaba a la niña en brazos, visitó a su prima, sor Adelaida, y le regaló una fotografía de Cosimina.

Iba a llamar la dama a la aldaba del convento, pero no fue necesario porque, en ese mismo instante, la hermana portera abrió la puerta para que las colegialas se fueran a sus casas hasta la tarde siguiente, Dios mediante. Hubo de esperar un poco porque las criaturas salían corriendo y saltando como si de una carga de caballería se tratara —tal se dijo— y, tras el alboroto, fue llevada a la sala de visitas y, al momento, se presentó su prima acompañada de la madre superiora. Tras los saludos, después de que las visitantes besaran los crucifijos de las visitadas, Olimpia cogió a Cósima de los brazos de Teolinda y se la mostró a ambas monjas, orgullosa de lo que enseñaba: una niña gordezuela, de abundantes mofletes, que sonreía a las hermanas y movía las manitas, alegre por demás, y eso que no las conocía de nada.

—¿Es una niña de estampa, verdad, madre? —preguntó emocionada sor Adelaida a la superiora.

—¡Oh, sí! ¿Eh, Cosimina, vendrás a este colegio cuando seas mayor a aprender a

leer y a escribir?

—Y las cuentas, y a coser y a bordar...

—¡Qué linda, Olimpia, qué linda! —exclamaba la prima Adelaida, quitándosela de los brazos.

—¡El Señor ha bendecido su casa, señora mía! —expresaba la superiora.

Y la señora creyó oportuno explicar someramente que se la había entregado el ciego Antonio y que su marido y ella la habían adoptado. Las religiosas loaron su caritativa acción y se comprometieron a incluir a madre e hija en sus oraciones, a la par que pedían al Señor para ellas salud para, en su momento, recibir en el colegio a la pequeña futura alumna. La superiora, a continuación de agradecer el sobre que le entregaba Olimpia, se despidió:

—Aquí nos quedamos, a esperar lo que usted se sirva mandar. Vaya doña Olimpia con Dios.

Y la prima Adelaida diciendo casi lo mismo y aceptando una fotografía de Cosimina:

—El Señor te ha escuchado. Aquí me quedo rezando por vosotras, prima y sobrina. Gracias por la foto, la pondré entre las hojas de mi misal. Adiós.

Y ambas estuvieron en la puerta un buen rato, diciendo adiós con la mano, hasta que las visitantes se perdieron de vista.

A finales de mayo, Olimpia estuvo muy ocupada recogiendo la ropa de invierno, sacando la de verano, y preparando los salones para el baile que celebraba en su casa cada año con motivo de festejar el santo de su marido, el día de San Luis Gonzaga. Del primero, segundo y tercer salones contiguos que, abiertas las puertas correderas, quedaban convertidos en uno, hizo retirar los divanes de damasco, estampados en flores, las mesas y las mesitas, a rebosar con los muchos *bibelots* y cachivaches: porcelanas, cajitas, cuadritos, muñequitas, lámparas de vidrio plomado, ceniceros y bandejitas de plata, que había acumulado en sus cinco años de matrimonio, y sólo dejó el piano, y los *entre-deux* y consolas y las columnas salomónicas contra los arrimaderos de los tabiques y, de adornos, los cuadros y los espejos venecianos colgados en las paredes, de tal manera que aquel enorme espacio quedó expedito. Entonces sus criadas, con ayuda de las de Jorge, todas con la cabeza cubierta por un pañuelo para evitar ensuciarse los cabellos, levantaron las inmensas alfombras, las sacudieron en la luna de la casa y las guardaron enrolladas para volverlas a poner, bien asentadas, después del baile. Y, siempre bajo sus órdenes, sacaron brillo a la plata, limpiaron los espejos, los cristales de los balcones y de los faroles de gas, las arañas del techo, reponiendo las velas, y sacudieron las cortinas, dejando el salón limpio y pulido. Y ya pudieron volver a instalar parte de lo que habían retirado: los ocho relojes buenos que, al dar las horas a la vez, conseguían una agradable algarabía, los candelabros de plata, las sillas, la tarima para la orquesta, etcétera. Y

cuando la antevíspera del baile, venido el afinador de pianos de la acreditada casa Arilla, Menchaca y Cía, e ido una vez realizado su trabajo, probó ella misma la afinación y tocó unas cuantas piezas bailables: varias mazurcas y la romanza *Lontano a te* y, contenta por el buen sonido, volvió a poner el mantón de Manila que cubría el mueble, dando por terminada la limpieza y el avío, respiró, por fin. Luego, tras regalar un duro de plata a cada sirvienta, tanto a las suyas como a las de don Jorge que habían bajado a ayudar, se tendió en la *chaise-longue* de la salita para descansar un rato y se arropó los pies con un *plaid* escocés, pese a la fecha, pues que sentía escalofríos. Claro que se adujo:

—Son nervios.

Y con motivo se lo dijo, porque su baile, el baile de «San Luis Gonzaga», constituía todo un acontecimiento en la ciudad de Zaragoza. A ver, que Luis y ella enviaban entre cien y ciento veinte invitaciones impresas, y Bartolo las repartía en mano, casa por casa. Y se decía, se inventaba más bien, que más de un burgués venido a más había pretendido comprar a algún otro burgués o a algún título venido a menos, a un *parvenu*, una invitación para asistir al baile de Arriazu, sin reparar en el precio. Por eso estaba nerviosa, porque saliera todo bien y porque el *buffet* que iba a servir, traído de la fonda Europa, estuviera a la altura de las circunstancias. A más, que no había ensayado las piezas que ella misma iba a tocar en el piano, en aquel magnífico Pleyel de fabricación francesa.

Y, sí, sí, el baile fue un éxito, pues brilló ella y brilló Luis; brilló la casa, brillaron las criadas, los invitados, la orquesta y el *buffet*, que resultó espléndido. Pero la que más brilló fue Olimpia, pues vistió para la ocasión un modelo de crespón de China color «malva desmayado», adornado con pasamanería y abalorios, que no había estrenado, pues apenas hacía vida social, y que epató a marquesas y burguesas. Máxime cuando, tras los saludos, tras estrechar la mano de los caballeros y besar a las señoras, según las fórmulas de cortesía acostumbradas, demostrando una vez más que era una dama de cumplido, y ya con todos los invitados en el salón, la orquesta comenzó a tocar el vals de entrada y Luis la llamó. Ella se recogió la cola de su vestido en el brazo con aquella gracia que le había dado Dios y que sólo ella tenía, tomó la mano que su esposo le ofrecía y salió al centro del salón a bailar aquella pieza, haciéndolo con tanto donaire y elegancia que despertaba envidia por doquiera. Pero sólo bailó un vals, uno, como si no tuviera lleno el *carpet* de baile, y ni siquiera tocó una pieza al piano, porque Teolinda fue a avisarla de que Cosimina lloraba desconsolada y que se había encanado dos veces, y ella, como buena madre, se presentó rauda a ver qué le sucedía a la niña y la tomó en brazos y la zarandéo suavemente y no tan suavemente. Y la revisó entera de la cabeza a los pies tratando de adivinar qué le dolía, si los dientes o el oído o la barriguita, pero la criatura no paraba de llorar ni en brazos de su madre. Por eso hubo de llamar a López-Tass, que, presente en el baile, le recetó un purgante, y, a las dos horas, la criatura se durmió. Pasó mucho tiempo para cuando Olimpia se incorporó a la fiesta y no faltaron

comentarios, unos buenos, otros no tanto, a causa de su ausencia. Los hombres entre dientes, las mujeres, tapándose con el pericón mientras se hacían aire con él, criticaban su actitud, pues hubo gente que no comprendió cómo había abandonado su baile anual por atender a la criatura que había adoptado, cuando no había existido un motivo serio y tenía criadas que se ocupaban de la niña.

¡Un éxito!, le comentaron, no obstante, los asistentes al despedirse. ¡Un éxito!, le repitieron Luis y Jorge.

—¿Qué han dicho de mí? —preguntó Olimpia.

—Te han echado en falta —contestó Luis y demandó a su vez—: ¿No pudieron atender las criadas a la niña?

—No. Lloraba que se moría. Estaba empachada.

Terminó el empacho de Cosimina, pero no terminaron los trabajos de la dama porque había llegado la hora de preparar los baúles para su veraneo en Alhama de Aragón y temía que se le olvidara alguna cosa. Como esta vez hubo de organizar dos equipajes, el suyo propio y el de la niña, volvió a andar muy atareada. A ver: ropa de verano y ropa de entretiempo, pues que en esa localidad, mismamente como en Zaragoza, de repente se levanta viento norte y el verano casi se torna invierno por unos días, aunque, durante la mayor parte del estío, hace más calor que otra cosa y a días una temperatura incluso inmisericorde. Tenía previsto tomar el tren el día 28 de junio, llevarse a Eusebia y a Teolinda para cuidar de la niña, a la que estaba segura de que le sentaría bien un cambio de lugar. Cierto que a ratos dudaba porque Cósima era demasiado pequeña y con la calorina del *wagon* podía resfriarse al salir al exterior y hasta coger una pulmonía que, Dios no lo quiera, se la llevara al otro mundo. Pese a sus dudas y previa facturación del equipaje, subió al tren en la estación del Campo del Sepulcro el día previsto, vestida con traje de viaje, a un departamento del coche exclusivo de mujeres, donde sobraron asientos, pues compró todas las plazas del mismo para ir más holgada. Y, después de dos horas y media de recorrido con única parada de veinte minutos en Calatayud —lugar en el que no se apeó para estirar las piernas ni permitió que las criadas lo hicieran, pues les dijo que había que tener cuidado con los carteristas que pululaban por las estaciones—, con un insufrible calor y toda la carbonilla del mundo que entraba por la ventana abierta a causa de la mucha temperatura, con la niña gruñendo, con la niña durmiendo a ratos, Teolinda, Eusebia con el cesto de la comida y ella bajaron del *ferro-carril* en el apeadero del balneario de Termas Matheu, situado entre Alhama y Contamina, en la carretera de Madrid a Zaragoza. Y allí, tras entregarle los talones de los baúles a un mozo para que los recogiera, montaron en un coche de caballos que las llevó al lujoso hotel del mismo nombre. Fue recibida Olimpia por el dueño del establecimiento, don Manuel Matheu, que, previamente avisado de su llegada por telegrama, la aposentó en una habitación de primera —una *suite* decía el hotelero—, y reservó otra contigua para cuando

llegara don Luis, e hizo que un mozo acompañara a las criadas a las habitaciones del desván. Alabó don Manuel la gracia de Cosimina y se extrañó de que la señora no la enviara con las sirvientas, máxime siendo niña de teta, y que pidiera una cuna para quedársela con ella, pero, hombre prudente como era, no hizo comentario alguno.

En aquel lugar paradisíaco se instaló Olimpia por dos meses, a la espera de que llegara su marido, que se quedaba lo que le permitían sus negocios, nueve días en agosto, los justos para tomar una novena de baños. Pasó el tiempo yendo al lago de aguas calientes, donde se remangaba la falda y se mojaba los pies mientras observaba a hombres y mujeres en bañador, preguntándose cuándo se decidiría a vestirse con aquella prenda para gozar del beneficio de las buenas aguas, pues veía cuánto se deleitaban los bañistas y máxime porque le gustaba el líquido elemento y siempre disfrutaba en la bañera que Eusebia le llevaba a su gabinete. Pero no se decidía a mandarse coser un bañador, pues no se veía con la falda a la rodilla ni menos enseñando brazos y pantorrillas. Anduvo también por el parque; y del baño árabe a la estación del *ferro-carril* y aun se llegó a la ermita de San Roque el día de la efeméride para rezarle y llevarle una limosna. Pero las noches las pasaba alerta, no fuera Teolinda a quedarse dormida y no se personara a dar de mamar a Cosimina, que no perdonaba la toma de la noche y se despertaba a su hora, como un reloj. Aunque no le importaba, pues que, en su equipaje, había llevado dos novelas que le había recomendado don Roque Gallifa, su librero. Una, titulada *Doña Luz*, escrita por don Juan Valera, cuyas obras había leído casi todas y, otra, llamada *La regenta*, de don Leopoldo Alas, que escribía con el seudónimo de Clarín, a quien no había tenido el gusto de leer hasta la fecha, pero sí de conocer personalmente... Bueno, había tenido, más que el gusto, el disgusto de conocer a don Leopoldo, un personaje más personaje que sus propios personajes y hombre hiriente, desabrido y de mala lengua, que no había dejado buen recuerdo en Zaragoza durante los dos o tres años en que ejerció de catedrático en la Facultad de Derecho. Pese a ello, como el librero le había recomendado el libro, lo adquirió y, la verdad, le estaba sorbiendo el seso... ¡Ah, la protagonista, la tal Ana Ozores...! ¡Ah, la procesión en la que iba de penitente la dicha Ana, basada, sin duda, en la del Santo Entierro de Zaragoza...! Además que, por primera vez, otros factores aderezaban aquella lectura, pues no le resultó lo mismo leer a un autor que había conocido y con el que había platicado, que a un desconocido por muy famoso que fuere.

En otro orden de cosas, alternó con títulos y gentes aburguesadas de Madrid, a muchos de los cuales ya conocía de otros años, y lo pasaba bien enterándose de muchas cosas, pues que, al vivir en la capital, sabían de buena tinta todo lo que ocurría en la Corte. De ese modo fue informada por señores y señoras de lo que se contaba *sotto voce* sobre el asesinato del general Prim, de la salida de España del rey Amadeo, de la proclamación de la República, de la llegada al trono del rey Alfonso XII y de la inesperada muerte de la reina doña María de las Mercedes, Dios la tenga con Él, y de otros acontecimientos que nadie olvidaría, ya fuera por lo que habían

representado para la historia de España o por lo tristes que resultaron para todos. Además, gozó sobremanera enseñando a Cosimina a todos los huéspedes, pues los hombres alababan su gracia y las mujeres, además, le hicieron cucamonas.

Las criadas también disfrutaron harto en el veraneo, pues, a más de bien comidas, estaban servidas como si fueran damas —ya podían, porque la señora pagaba por ellas seis reales diarios, por una habitación con dos camas en el desván— y, por las tardes, iban al parque del hotel, que era un desfile de amas y criadas con delantal y cofia a cual más almidonado, a pasear con los niños y a hablar entre ellas como cotorras, que tanto parloteaban que descuidaban a los niños y más de uno cogió una insolación.

Antes del año, Cosimina hacía mil gracias y balbuceaba algunas palabras como papapapa, mamamama, tatatata, además de continuar emitiendo sonidos guturales. Se hacía entender gesticulando para que le dieran mendruguitos de pan duro o raíces de malvavisco para chuparlas, que no le negaban, pues era bueno para que se le fortalecieran los dientes, o recorría la casa con el andador y no había puerta que se le resistiera. Con ello, hubo en el piso más alboroto que nunca, en razón de que la niña también gateaba, quería ponerse de pie y coger todo lo que estaba al alcance de su mano, con lo cual tuvieron que retirar las cajitas, los *bibelots* y los portarretratos que llenaban las mesitas de los tres salones. Poco antes de cumplir el año, anduvo y ya no paró de moverse. Entonces, Olimpia, como no podía sola con la niña, pidió ayuda a los criados.

Con gran holgorio de todos, el 26 de septiembre, celebraron su santo y cumpleaños, y los padres y el padrino le hicieron dos regalos: un osito y una muñeca de trapo.

Además, ese feliz día, Olimpia contrató a un fotógrafo, y la familia posó, para aquella primera foto de familia, con la niña en brazos de su padre por primera vez —pues que hasta la fecha no se había atrevido a cogerla en brazos porque los hombres tienen pavor a coger a los niños, creyendo que se les van romper o a caer—, a la derecha, la dama, a la izquierda, Jorge. Y aún hubo más felicidad aquella jornada, pues Olimpia dijo que Cosimina la había llamado mamá por primera vez pronunciando las dos sílabas claramente, y sostuvo que la criatura sabía quién era y que mamá, su mamá, era la persona más importante de la casa para ella, pues la había señalado entre todos nombrándola la primera. Y, aunque ninguno oyó a la niña decir mamá, nadie llevó la contraria a la señora.

Cuando Luis anunció a su esposa que él y ella estarían presentes en la recepción y fiestas que tenía previsto organizar el ayuntamiento de la ciudad para recibir al pequeño rey don Alfonso XIII y a su augusta madre, la reina regente, doña María

Cristina de Habsburgo-Lorena, cuyas vidas guarde Dios muchos años, que hacían alto en Zaragoza camino de Barcelona, adonde se dirigían para inaugurar la Exposición Universal, lo dijo hablando de forma tajante y sin darle opción a que dijera no. Y Olimpia se estremeció.

¡Ay, que no tenía qué ponerse! Que, de tanto cuidar a la niña, había descuidado su vestuario y hacía más de un año que no se hacía un vestido nuevo, y necesitaba por lo menos dos para salir airosa de tan señalado acontecimiento, pues no iba a llevar otra vez el de color «malva desmayado», el que se había puesto para el baile de «San Luis Gonzaga». Por eso se lanzó a la calle sola y tan apresurada que olvidó ponerse el sombrero y coger la sombrilla, pero volvió a buscarlos, que una dama no podía salir sin tan importantes aditamentos.

En la tienda de tejidos de Gómez y Sancho, adquirió veinte metros de precioso encaje de Brujas de color verde oscuro y otros tantos de raso de seda de color verde manzana. Ella misma, acompañada de un aprendiz que portaba los paquetes, llevó las telas a la modista, que, pese a tener muchos pedidos a causa de la visita real, le admitió el encargo por ser quien era, y le enseñó revistas traídas de París y el *Blanco y Negro* para que eligiera modelo y hasta convino con ella el día de la primera prueba.

Estuvo mucho rato en la modista, no sólo eligiendo modelos, sino escuchando un cotilleo que era la comidilla de la ciudad de unos días acá, pero que ella, como había vivido recluida y dedicada a Cosimina, desconocía. Fue que coincidió con la viuda de Dulce, que había ido a la costurera para lo mismo que ella.

La viuda le informó:

—Mi hermano Fernando —y se enjugó una lágrima.

—¿Don Fernando, mi médico...?

—Sí...

—¿Le sucede algo malo?

—Malo no, peor...

—Me alarma usted, doña Amelia.

—Verá usted, querida, hubo sesión en el Ateneo, una conferencia de un profesor de Madrid, no retuve su nombre... Mi hermano asistió como vocal que es de la entidad y luego fue a cenar con el conferenciante y otros señores y volvió a su casa tarde, sobre las diez... Y no se imagina usted, Olimpia, lo que le sucedió...

—Pues no, doña Amelia. ¿No estaría enferma su esposa, doña Miguelina?

—¿La Miguelina enferma? No. Mi cuñada es una zorra...

—Por Dios, doña Amelia, modere su lenguaje.

—¿Es posible que no sepa usted nada de lo ocurrido?

—Pues no, señora mía, apenas salgo, salvo a misa los domingos, y no recibo en casa, mi esposo está en Madrid, don Jorge con él, y mis criadas tampoco me han comentado nada...

—Vera usted, Olimpia, regresó Fernando a su casa y se extrañó de que su mujer

no estuviera en el salón leyendo, como hacía todas las noches. Se encaminó a su dormitorio y lo encontró desocupado... Se tomó unos minutos, no fuera a estar en el excusado, pero viendo que tardaba llamó a la criada y le preguntó: «¿Dónde está la señora?». Y la sirvienta respondió: «La señora, señor, salió poco después que el señor, ¿no ha estado con el señor?».

Mi hermano le contestó que no y preocupado y, pese a la hora que era, llamó en todas las puertas de los vecinos por si andaba en algún piso, pero no, no. Entonces, cada vez más preocupado, recorrió la calle de San Gil y las aledañas, y le preguntó al sereno. Al volver a su casa fue al armario de Miguelina y lo encontró vacío y continuó con el cuarto trastero y observó que faltaban varias maletas y un baúl... Entonces, airado y comprendiendo que algo grave había sucedido, llamó a gritos a la criada, que se había retirado a descansar, y la interrogó ya de otra manera, amenazándola incluso, hasta que la otra le confesó:

—He ayudado a la señora a hacer sus maletas durante dos días y hoy han venido unos hombres y se las han llevado...

—¿Qué más, qué más?

—Cuando se fue, poco después de que saliera el señor, la vi montar en un coche muy lujoso...

—¿Y adónde iba?

—No me lo dijo... El coche se fue calle abajo...

—¿No le sucedería algo grave a doña Miguelina? ¿No la habrá atropellado un carro? —demandó Olimpia.

—¡No, no, Miguelina se fugó con un hombre...! —explicó Amelia.

—¿Con un hombre?

—Sí, con el indiano...

—¿Con un indiano?

—Con don Jaime Prados... Claro, usted no sabe quién es, como está encerrada en su casa. Es un español, emigrado a Argentina, que ha vuelto rico y que se hospedaba en la fonda Europa.

—No he oído nada. Pero ¿se sabe algo de ella?

—Sí. Envió un telegrama a Fernando al día siguiente. Le dijo que estaba en Madrid y que se marchaba a la Argentina en un vapor... Que no la buscase, que no quería verlo más, que lo odiaba...

—¡Santo cielo!

—Menos mal que el matrimonio carece de hijos.

—¿Y se sabe algo más de ella?

—Nada más. Mi hermano está desolado...

—No es para menos. No obstante, quizá se arrepienta doña Miguelina y vuelva, porque dejar a un marido, máxime siendo un buen hombre como don Fernando...

—Ya ve usted, Olimpia, estamos todos amargados y mi hermano mucho más. Tanto él como yo hemos sido desgraciados en nuestros matrimonios... Él por haberse

casado con una zorra y yo por haberlo hecho con un déspota, que hasta anduvo metido en varios cuartelazos, no crea usted.

—Lo de su hermano tal vez no sea tan así... Dice usted que ha sucedido hace pocos días, quizá vuelva doña Miguelina...

—Fíjese, es la madrina de mi hijo León...

—Espero que todo se resuelva... Nos veremos, que tengo prisa, quede usted con Dios, doña Amelia.

Cuando regresaron Luis y Jorge de Madrid, lo primero que les contó Olimpia fue lo de López-Tass.

Tras varias sesiones de ajustar las sisas, de subir de aquí y quitar de allí, Olimpia recibió en su casa, dos días antes de la llegada de los señores reyes, dos trajes preciosos. El que más le gustó, el que llevaría al baile de gala, lo estrenó para cenar, para que lo vieran sus dos comensales: su marido y Jorge.

Aunque la ayudaba Eusebia, le llevó tiempo aviarse, pues, como si fuera por la mañana, se bañó con jabón de almendras, se aromó todo el cuerpo con agua de rosas y se dio unas gotas de perfume francés detrás de la oreja. Después, se cambió de braga y de camisa, se ató las cintas del corsé bien apretadas a la espalda, se calzó las medias y las sujetó con los herretes del corsé, se puso una enagua de las llamadas barredoras para no manchar el traje y se acomodó el polisón —el *cul de Paris*— a los riñones a la par que se lo ajustaba a la cintura. Luego, introdujo el vestido por la cabeza, se lo asentó y distribuyó el vuelo de la falda, dejando un pequeño *pouf*, un amontonamiento de tela cayendo por detrás —lo que se llamaba en España «Sígame pollo»— encima del polisón; se calzó unos zapatos de salón de línea alargada y alto tacón y, para terminar su aderezo, se colocó una peineta de teja bien clavada en el moño y sobre ella la mantilla española que tenía —que se había puesto de moda entre las clases pudientes durante el breve reinado del rey Amadeo, a fin de importunarle a él y a su regia esposa— y ya se contempló al espejo e hizo un gesto de conformidad.

Las otras criadas, que la aguardaban en el pasillo para verla salir de su gabinete, se apretaron contra la pared para dejarle paso y se admiraron del traje y de la belleza de su señora, como no podía ser de otra manera. A ver, que llevaba puesto un vestido de encaje de Brujas de color verde manzana hasta los pies por delante y con cola verde oscuro, de a metro, por detrás, falda cortada al bies por ambos lados y el polisón bien asentado; el cuerpo recto y un palmo de escote. En fin, lo que cualquier entendido llamaría un vestido de princesa. Claro que cierto burgués, en concreto Luis Arriazu, lo encontró de reina y así lo comentó:

—Mi reina Olimpia está más preciosa que nunca...

Y, como quiera que lo volvió a repetir a los postres mientras se comía con los ojos a la dicha reina, Jorge, discreto como siempre, se despidió sin fumarse el habano de sobremesa.

E hizo bien porque, apenas ido, la reina del corazón de don Luis le sonrió como hacía más de un año que no le sonreía, y, por fin, se fue con él a la cama. Lo que fue bueno para ella pues, pese a tener a Cosimina, no se había despedido de tener hijos propios y continuaba abrigando esperanza de quedarse embarazada. Y fue bueno también para él, pues yació con mujer sin cometer adulterio y no se tuvo que confesar. Y fue bueno también para los sirvientes, que ya comentaban el hecho de que los señores no se juntaban para yacer, lo que natural no es. Por todo ello, aquella noche se les quitó un peso de encima, a más de disfrutar hablando como loros de la belleza de doña Olimpia.

Desde el advenimiento de Cosimina, las criadas, aprovechando cualquier ausencia de Bartolo, el único varón del servicio de la casa, venían cuchicheando abundantemente, ya fuera en la cocina o en el *office*, del hecho de que los señores no se iban juntos a la cama y, sin embargo, parecían llevarse bien, pues no se decían una palabra más alta que otra ni se miraban mal y se trataban con la mayor cortesía.

—A la señora le gusta poco la cama —sostenía Úrsula.

Y ya todas la seguían.

—A la señora le da pereza —abundaba Teolinda.

—Hay noches en que el señor está que arde —aseguraba Eusebia.

—¡Está que arde! ¿Qué sabes tú de que un hombre esté ardiendo?

—Pues dímelo, Úrsula, o tú, Teolinda, que estáis casadas... —rogaba la doncella.

—A mí también me gustaría *sabelo* —insistía Pilara, la fregona— porque un día encontraré novio y me casaré.

—¡Ah, no!

—Que os lo diga vuestra madre.

—Yo no tengo madre, murió la pobrecica antes de que me viniera a servir a Zaragoza.

—Yo tampoco. Pero tengo un pretendiente.

—¿Tú, un pretendiente, Eusebia? —se asombró Pilara.

—¿Dinos quién es?

—Se llama Paco. Es mancebo de la farmacia de Ríos, la del otro lado de la plaza.

—¿Trabaja en la plaza de la Constitución?

—¿Es aprendiz o mancebo?

—Mancebo, te he dicho.

—A lo menos ganará un duro a la semana.

—Gana cuatro pesetas, y se me ha declarado. Cuando paso por delante de la botica, deja lo que está haciendo, sale a la calle con alguna excusa, a ver el escaparate, por ejemplo, y canta una canción para mí, aunque, si puede, si está libre y no tiene que atender a los clientes, me habla... Y bien sé que me quiere.

—¡Oh!

—Si te casas con él, tal vez acabes siendo una señora.

—¿Por qué dices tal vez, Úrsula?

—Porque, como las apariencias engañan, habrás de cuidar que no sea un tronera ni bebedor ni jugador ni dilapidador. De otro modo, malgastará todo lo que gane y no te dará un céntimo, con lo cual tendrás que trabajar. Habrás de ir a hacer mandados a las casas, a planchar o a lavar... Además de cuidar a los hijos, y si no te pega, ni bien ni mal.

—No sé... —cambiaba de tercio Teolinda.

—¿El qué no sabes?

—Cómo el señor aguanta a la señora. Mi marido me hubiera dado un capón y varios puñetazos, me hubiera dejado baldada, y, baldada y todo, ¡hala! ¡Bueno es...!

—La gente fina actúa de otro modo —aclaraba Pilara.

—¿Quieres decir que mantiene la compostura?

—Claro —terciaba Eusebia—. Cuando a los maridos les abandona la esposa, se van con la entretenida, que para eso la tienen.

—Yo conozco a la Flora, la querindonga del señor. Los domingos por la tarde, cuando salgo de paseo con Bartolo, a veces nos la cruzamos por el Coso con su niña...

—¿Cómo es, Úrsula?

—La niña es rubia...

—¡Ella...! ¿Cómo es ella?

—¡Chachis mojama!, como dice Bartolo.

—¿Y la niña?

—Muy guapica, aunque un poco canija... La madre, la tipa, va de jili.

—¿Qué es jili? —quería saber Pilara.

—Jili es jamona —afirmaba Eusebia.

—No, no —informaba la cocinera—, jili es que va de dama.

—¿No va moviendo el culo? —preguntaba Eusebia.

—Como una ramera, y eso que el señor la ha retirado...

—¿Es mujer de la vida?

—Más o menos. Se dedicaba a la farándula, era cantante de zarzuela.

—Figurante, más bien.

—¿Y la niña?

—Es rubia, y se llama Rebeca, no diré más —aseveró la cocinera, que iba todos los días a la plaza del mercado y había oído lo que se decía de Rebeca y de la madre de Rebeca.

—¿Si me caso con Paco —demandaba Eusebia con inocencia y cambiando de asunto—, también tendrá querida?

—¡Quiá, hija, nunca la podrá pagar! —respondía Úrsula.

—Acaso se irá de putas alguna vez...

Así, o de modo parecido, terminaba alguna de ellas. Porque, ay, siempre, siempre, en el momento más interesante de la conversación, la señora tocaba la campanilla. Un son para Úrsula, dos para Eusebia, tres para Pilara y cuatro para Teolinda. Y, en reiteradas ocasiones, ay, llamaba a las cuatro a la vez en un auténtico repique de campanas.

Entonces se la encontraban en el pasillo, con la niña de la mano, yendo en su busca. La criatura, al verlas, se echaba a correr hacia ellas tocando palmas. La cogía en brazos el ama y todas le hacían carantoñas. Pero Olimpia imponía orden con estas frases u otras semejantes:

—¡Son las seis, la mesa está sin poner, y Cosimina sin bañar! ¿Se puede saber

qué estáis haciendo? ¡El señor está a punto de llegar...! ¿Qué hacéis, hablar como cotorras? ¡Vamos, hay trabajo...!

Y ellas salían del aprieto como podían, comentando la actualidad de la ciudad, más o menos de este modo:

—Estábamos hablando, señora, del viaje del rey —mentía la cocinera—. Don Alfonso tiene unos meses más que Cosimina...

—En la fuente, se hablaba esta mañana del rey-niño y de la reina regente — intervenía Pilara—. Pobrecico el rey, tan chico y sin padre...

—Y la reina viuda, tan joven.

—¿La señora nos dejará ir a la estación a recibirlo? —demandaba Eusebia.

—¡Será un gozo verlo!

—¿La señora conoció a doña María de las Mercedes, la primera esposa de don Alfonso XII? —preguntaba Teolinda.

—¿La señora vio alguna vez a doña María Victoria, la esposa de don Amadeo?

—Todas las calles y plazas están adornadas con guirnaldas, ¿nos permitirá la señora salir para ver a los reyes? —insistía Pilara.

Y hubiera contestado Olimpia, pues no le hubiera importado responder a aquellas preguntas o a otras aunque se dilatara la cena, pero a aquella hora de la tarde se oía invariablemente el llavín de la puerta. Eran los dos señores con Bartolo, y las criadas corrían a sus quehaceres. El ama a bañar a la niña en un balde, pues hacía tiempo que no cabía en la palangana. Y Olimpia, tras saludar a su esposo y a Jorge, ella misma les servía una copita de oporto, el licor que gustaban tomar antes de la cena, en el tercer salón, lugar que se utilizaba como *fumoir*, y adonde los enviaba después de comer y cenar para que fumaran sus apestosos puros y cigarrillos.

En aquella ocasión, los hombres le hablaron del regalo con el que la asociación de comerciantes zaragozanos tenía previsto obsequiar al pequeño rey, como en otras ocasiones de visitas regias.

—Esta vez le vamos a regalar una cuna de latón dorado.

—¿Una cuna? Pero si el rey tiene dos años, el tiempo justo para que empiece a dormir en cama.

—Una cama-cuna, para que me entiendas.

—¡Santo cielo! ¿A quién se le ha ocurrido semejante idea?

—A la asociación y al ayuntamiento. Todos querían un regalo original. A mí me pareció bien.

—¡Jesús, María!

—Tal vez el niño hubiera preferido una construcción o un caballito de cartón — intervino Jorge.

—¡Es una cama magnífica!

—¿Es cama o cuna?

—¡Cama-cuna!, pero podrá utilizarla hasta que entre de cadete en la Academia General Militar. La he visto... Hasta la víspera del viaje de sus majestades estará

expuesta en la tienda de don Miguel Irisarri, al final de la calle Alfonso, luego la llevarán al palacio Arzobispal, donde pernoctará la real familia.

—La ha fabricado él.

—¿Irisarri?

—Sí.

—Este señor tiene también fábrica en el camino de Torrero, ¿no?

—Sí. Al pueblo le ha gustado el regalo, se agolpa para verlo en el escaparate. No me extraña porque es una cama regia, digna de un rey.

—¿A usted le gusta, Jorge?

—No la he visto, pero dice Luis que es espléndida.

—Es una cama de latón dorado con dosel, Olimpia, y con una corona real en lo alto.

—Iré a verla. ¡Sirve la cena, Eusebia...! Y vengan a la mesa que tenemos consumé con yema, judías verdes con patatas, merluza al horno, cordero mechado y, para postre, flan de chocolate.

—¿Y la niña, Olimpia?

—Ya está acostada, Jorge. Los niños a las siete a la cama.

—Es pena, ninguna noche puedo ver a mi ahijada.

—Ya la ve usted al mediodía. Oye, Luis, los criados me han pedido permiso para salir a ver al rey.

—Déjalos.

A la mañana siguiente, se quejó don Luis con alboroto de que le habían desaparecido las ligas de los calcetines. Y todo el mundo supo quién era la causante de tamaño desafuero: Cosimina, que, en algún descuido del ama, las había rapiñado para sus juegos. Y a todos les hizo mucha gracia, como cualquier cosa que hiciera la niña, que ya hablaba como un lorito y, aunque no se le entendía nada, salvo «papá» y «mamá» y poco más, se hacía comprender perfectamente, por señas, la mayoría de las veces. Y, a más de morder ya los pezones del ama en las tomas, corría por toda la casa, siempre vestida de blanco con un trajecito de palas, que le llegaba a la rodilla, mismamente como un Niño Jesús. Iba como si fuera un torbellino, con la coscorronera bien sujeta a la cabeza y todos detrás de ella tratando de evitarle caídas y golpes y, al menor descuido, entraba en las habitaciones para encontrarse a su padre en calzoncillos largos o a su madre en *négligé*. Revolver armarios y cajones le entusiasmaba o, lo que peor era, en los salones, desparramar los muchos cachivaches y destripar las cajitas de música que había en las mesas bajas. Y más de una vez salió con un buen chichón en la cabeza, con un cuerno como el del diablo, según Teolinda, que ya le hablaba de los demonios para que se estuviera quieta. Y una vez, ¡ay, Dios!, a punto estuvo de cogerse la mano en una ratonera, pues Úrsula mandó a Pilara que la recogiera, a Pilara se le olvidó y apareció la niña con el artilugio en la mano.

Olimpia había dormido mal. La niña la había despertado a deshora pidiendo teta y había tenido que llamar al ama para que se la diera y se había desvelado. Muy temprano habían sonado las campanas de todas las iglesias de la ciudad anunciando la visita de los señores reyes. A las voces de su esposo, acudió también presurosa, pero no se sumó al contento general. Llevaba tiempo nerviosa por el baile que, al día siguiente por la noche, tendría lugar en el palacio de los marqueses Ayerbe en honor de la reina, y al que ella habría de asistir. En tan mal día, pues le había venido la regla y, con la jornada tan jaleada que tenía por delante, pues había de formar parte de la comitiva que recibiría a la señora y a sus hijos en la estación del *ferro-carril*, y no estaba para ligas ni para risas ni para cucamonas. Andaba enojada con el mundo y consigo misma, en razón de que le había venido lo que le había venido y, vaya, que lo que le había venido tan oportunamente estaba presente en todos los momentos importantes de su vida —tal rezongaba, exagerando.

Y fue que las autoridades de la ciudad, personadas en la estación del Campo del Sepulcro y aviadas para la ocasión, con banda y sombrero de copa, los concejales y, cada uno, con sus condecoraciones prendidas en la pechera de la levita, recibieron al rey-niño, a su augusta madre y a sus hermanas mayores —preciosas niñas entre los seis y los cuatro años—. Al pequeño Alfonso, doña María Cristina, doña María Mercedes, que era princesa de Asturias, y la infanta María Teresa, que se apearon del *ferro-carril* en traje de viaje, al son de la Marcha Real, interpretada por la banda de un regimiento militar. Y, pese a que venían cansadas —el niño dormido en brazos de su ama y las niñas frotándose los ojos—, tras recibir pleitesía del señor arzobispo y de la corporación municipal, alzando las manos saludaron al pueblo que las aclamaba con vítores.

A uno y otro lado del pasillo que se organizó para la acogida y por donde la familia real en pleno se encaminó a los coches que la conducirían al palacio Arzobispal, donde había de hospedarse, estaban los próceres de la ciudad y, entre ellos, a un lado, en primera fila Arriazu y Maestro y, al otro lado, las mujeres. Olimpia lucía su traje nuevo de raso, color verde manzana, estaba entre Amelia López-Tass, la viuda del coronel Dulce Echenique —que no hay que confundir con el general Domingo Dulce de Garay, marqués de Castelflorite—, y la señora del gobernador militar. Amelia, tras informarle al oído de que no se sabía nada de su cuñada Miguelina, le preguntó por Cosimina y habló de su pequeño hijo León, que ya estudiaba en los Escolapios con aplicación para llegar a ser hombre de provecho.

Y fue que, en el jaleo de esperar todos a los coches, Olimpia saludó a un grupo de damas que estaban hablando con mucha loa de la cama-cuna que la ciudad de Zaragoza iba a regalar al rey, y que, cuando se juntó con su marido, porque ya venía

Bartolo con el cabriolé, los señores que lo acompañaban también platicaban de la cama-cuna con gran alabanza. Y, claro, pensó en su Cosimina, en la Cosimina de su alma, en la reina de su corazón, y se dijo que pronto habría de destetarla y ponerle cama y ¿por qué no una cama-cuna, como la del rey-niño? Una copia exacta que encargaría al fabricante. Y estaba la dama en el momento de echar el pie en el estribo del coche, Bartolo teniéndole la puerta, su marido a punto de darle la mano, cuando topó con ella, tanto era el bullicio, una dama que conocía de vista y que, tras pedirle excusas, dijo ser doña Narcisa Villuendas, precisamente la esposa del tal Irisarri, y, claro, Olimpia no le hizo desaire por el empujón, al revés, le sonrió y, sin poderse resistir, le dijo:

—Me gustaría que vuestro señor marido haga para mi hija una cama-cuna igual que la del rey Alfonso.

—Estaremos muy honrados de servirla, doña Olimpia —respondió la dama con gentileza—. Mándeme recado y la atenderemos personalmente mi marido y yo.

Y, ya sentados en el coche, don Luis le preguntó:

—¿Quieres una cama igual que la del rey?

—Sí —respondió ella mirándole con una sonrisa en los ojos—. ¿No tenemos una reina?, pues una reina ha de tener una cama digna de rey.

—Oye, esta noche...

—¡No puedo! Tengo lo que tienen las mujeres una vez al mes.

Al día siguiente repicaron alegres todas las campanas de las iglesias de la ciudad y resultó enternecedora la estampa del rey-niño Alfonso XIII, vestido con uniforme de húsares de la Princesa, de la mano de su madre, saliendo del palacio Arzobispal, bajo palio, ambos flanqueados por el alcalde y por la corporación municipal. El pueblo, que le aclamaba, bendecía con sus voces cada uno de los pasos que andaba el niño por la calle del Pilar, hasta llegar a la basílica, siempre seguido de sus hermanas y de otras autoridades. Allí la familia real fue recibida por el señor arzobispo y el cabildo en pleno. Y ya en el sagrado recinto, que, pese a las disposiciones de la autoridad, estaba tomado por la gente del pueblo y apenas cabían los prohombres, fue delirio. Pues, después del canto de la Salve por los infanticos, uno de ellos avanzó hacia don Alfonso y dos hacia las princesas, y los tres reales niños se dejaron llevar de la mano, subieron las escaleras que ascienden al pilar de la Virgen y besaron el manto que lo cubre —el mejor manto de la colección de la Señora para tan fausto acontecimiento—. Luego el rapaz sonrió —que llevaba la lección bien aprendida—, miró a su señora madre, que asintió con la cabeza; las niñas hicieron otro tanto, pero se les notó menos, pues demostraron ser muy formales. Y fue delirio, pues apenas levantaba el rey de España unos palmos del suelo y ya resultaba simpático. La viva estampa de la simpatía. Y sabía estar y moverse, que, mira, andaba con mucho garbo e iba a tener tan buen aire cuando fuera mayor como su difunto padre, que en gloria esté. Tal

decían las gentes en voz alta recordando la visita de Alfonso XII en 1883, para inaugurar el comienzo de las obras del *ferro-carril* de Canfranc.

Ni Luis ni Olimpia ni un buen número de burgueses pudieron entrar en la basílica, que no, que allí no cabía un alfiler. Los criados de Arriazu, que tenían permiso de los señores para asistir al acto —todos, menos el ama, que se quedó cuidando a Cosimina—, como salieron más tarde de casa, no llegaron ni a la altura de Méndez Núñez, tanta multitud había, acaso noventa mil almas, la totalidad de los habitantes de Zaragoza —tal se oía por doquiera—. Lo que hicieron todos los pobladores, después de la Salve, fue sumarse al canto que salía de la iglesia y hacerlo con devoción:

Bendita y alabada sea la hora
en que María Santísima
vino en carne mortal a Zaragoza...

Y volver a casa, tanto los que habían visto como los que no habían visto nada por la multitud, todos asegurando que el cántico se habría oído en el Arrabal, en el Portillo y hasta en Casablanca.

Como la reina y sus hijas visitaron la Casa de Misericordia, el nuevo matadero municipal y varias iglesias y conventos, y hasta asistieron a unas carreras de caballos que tuvieron lugar en el jardín de Santa Engracia, los criados de Arriazu las contemplaron varias veces desde los balcones de la casa. Y los señores las vieron cara a cara y se inclinaron ante la reina regente en el baile del marqués de Ayerbe.

—A casa del marqués de Ayerbe, Bartolo —ordenó don Luis.

—¿Voy bien, Luis?

—Vas a ser la más elegante.

—No creas, no creas, que asistirá mucha gente de postín. No sé si he acertado al ponerme esta diadema.

—Yo creo que debías haber llevado la que yo te regalé y no la de tu abuela, pero, en fin...

—Las perlas me van mejor a la cara.

—El brillante gordo de la mía es mejor que el de ésta.

—Tú tampoco llevas el reloj que yo te regalé. ¿Qué tal me sienta el traje...?

—Magnífico...

—¿Sabes cuánto he pagado?

—No. No quiero saberlo.

—Pues lo vas a saber, aunque te lleves las manos a la cabeza: con tela y modista, dos mil pesetas.

—¡Qué barbaridad...! ¿Qué sucede, Bartolo?

—Señor, hay muchos coches. Hay una cola de coches...

—Tan cerca que está todo, diez minutos andando, y todos vamos en coche.

—Porque los tenemos, hija, y nos han costado nuestros buenos dineros. Nosotros

con la berlina para el invierno y el cabriolé para el verano hemos invertido un dineral.

—¿Cómo va el negocio de la banca?

—Excelente. Pronto voy a tener que viajar a Barcelona, por lo de la Exposición Universal, quizá pueda concertar alguna corresponsalía de algún banco catalán o extranjero...

—Que vaya Jorge. No me quiero quedar sola.

—Sola no te quedarás. Tienes cinco sirvientes y a Cosimina.

—No quiero quedarme sin ti.

—Será sólo unos días.

—Seguro que el marqués hoy también formará su propia orquesta, para regalarnos los oídos. ¿Sabes que aprendió a tocar el vals en Viena?

—Sí, y lo hace muy bien.

—Es extraño, pues, generalmente, cuando alguien se presta a hacer algo sin percibir salario por ello, suele hacerlo requetemal.

—El marqués recibe muchos aplausos.

—Merecidos.

—¿Me concederás el primer vals?

—Me lo pides como si fueras mi pretendiente; tiene gracia.

—Yo siempre seré tu pretendiente. ¿Me concederás el primer vals?

—Por supuesto. Te concedo todos... Nadie me ha pedido ni el primero ni el segundo. Ni siquiera llevo *carnet*, ya ves.

Olimpia se asombraba cada vez que entraba en casa de los marqueses de Ayerbe, quizá por el jardín francés o por la puerta blasonada, quizá por los inmensos salones—cuatro contiguos, que se quedaban en uno al abrir las puertas correderas—, mucho mayores que los suyos, quizá por los tapices gobelinos o por los cortinajes o por las alfombras o por las arañas de cristal que alumbraban las estancias como pequeños soles con un sinnúmero de velas encendidas; por la mucha concurrencia, tan elegante, las damas y las damiselas a cual más bella; por la música suave que tocaba la orquesta; por el servicio, que iba vestido de librea, e imponía. Hasta la servidumbre, con tanta charretera, imponía en aquella casa, máxime la doncella negra de la marquesa, que destacaba entre todos por su color y corpulencia. Claro que en aquella ocasión tan señalada, le imponía respeto sobre todo la reina, pues era la primera vez que la veía. De sobra sabía que los asistentes formaban una fila y que uno a uno iban pasando a cumplimentar a la señora y a los anfitriones. Que, tras oír su nombre, los invitados saludaban por este orden: primero, a la reina—detrás de ella, los oficiales de su casa y el gobernador civil de la ciudad—, seguidamente, al marqués y la marquesa, al alcalde y la alcaldesa, que los recibían puestos en fila; hacían una genuflexión y una inclinación de cabeza, y entraban al salón para mezclarse con unos y otros.

—¡Señor y señora de Arriazu...! —gritó el mayordomo.

Y pasaron Luis y Olimpia, primero el caballero, luego la dama, y ambos se

inclinaron ante la real persona. Ella pudo observar cómo las invitadas se quedaban admiradas de su traje y de su peinado: un moño recién hecho por su peluquera. «Prendadas», le diría luego su marido, que también se apercibió del hecho y, ya en el salón, se unieron a varios amigos, entre ellos Jorge, que había llegado por su cuenta.

Aposentada la señora reina en una de las sillas dispuestas frente por frente de la orquesta, tomó asiento al lado del arzobispo y, al momento, sonó el primer vals. Abrieron el baile los marqueses y, tras los primeros compases, se sumaron varias parejas, todas rebosantes de alegría, entre ellas los señores de Arriazu, que danzaron alegres llevados por la música. Se detuvieron, como todos los bailarines por un momento, cuando el marqués de Ayerbe despidió a los músicos y formó su propia orquesta —él, al piano, su hermano, al violonchelo y el marqués de Urrea, al violín—, para volver presto a la danza. La actuación del grupo de nobles fue muy celebrada y aplaudida.

En el descanso, que falta hacía, pues el ritmo del alegre vals y aún más el de la divertida polca fatiga sobremanera, los anfitriones sirvieron un espléndido *buffet* compuesto de *champagne* y *canapés*. Y estaba Olimpia con una copa en la mano, hablando con Amelia López-Tass, y con otras damas, próxima a la reina, del escándalo de doña Miguelina y de la desolación del pobre don Fernando, pero haciendo oído también a las palabras de la señora, cuando escuchó de labios de doña María Cristina, que platicaba con la alcaldesa y con otras señoras, como una más y con su marcado acento alemán:

—A Nos, nos ha gustado mucho la cama que la ciudad ha regalado a nuestro hijo, el rey.

Y claro, ante tales palabras, Olimpia disipó cualquier duda que pudiese tener sobre si comprar o no la cama, y buscó por allí al señor Irisarri, que era concejal, y, tras saludarlo, le dijo:

—Hágame usted una cama-cuna. Una réplica exacta de la de don Alfonso.

—Lo haré muy complacido, señora mía. Estoy muy orgulloso de ella, la reina en persona me ha dicho que se la va a llevar a Madrid, al Palacio Real. Que va a mandar facturarla. Pásese usted por la tienda, le enseñaré un dibujo...

—No hace falta. Hágamela.

—Como guste la señora.

De este modo la encargó, mientras la orquesta tocaba las jotas típicas aragonesas, que darían por terminada la velada oficial. La jota más aplaudida fue:

La Jota no dice Jota
cuando en Aragón se canta
dice amor y Pilarica
dice madre y dice patria.

Olimpia abonó al señor Irisarri la escandalosa cifra de mil quinientas pesetas por

una cama-cuna de latón dorado con dosel terminado en una corona real y mucha filigrana. La instaló en su gabinete, en el vestidor, y ella se pasó a la alcoba. Le puso dos colchones, sábanas de batista, que son más finas que las de hilo, colcha de ganchillo para el verano y edredón de piel para el invierno. Y, aunque el nuevo mueble desmerecía la cama que ella tenía —pese a que no era mala precisamente—, no le importó.

La niña durmió en la cama-cuna, y se orinó un montón de veces, desde que fue destetada, a los dos años cumplidos, hasta después de casarse.

El hecho de la cama se comentó en toda Zaragoza. Las familias de prosapia se quejaron de que los burgueses gastaran el dinero a manos llenas y tan tontamente, además. Pero fueron varias las que realizaron al industrial el mismo pedido.

Dudaba Olimpia entre despedir a Teolinda, en razón de que Cósima había sido destetada, o quedársela de ama seca con menos sueldo, con treinta pesetas al mes, porque era descuidada. A ver, que esa misma mañana la niña acababa de meter brazos y piernas en el pozal de los blanqueadores que estaban encalando la cocina, poniéndose perdida, y el día anterior, sin ir más lejos, la encontró en la galería para caerse subida en una silla, y el otro derramó el orinal con sus contenidos, y, en otro orden de cosas, las más de las veces llevaba a Cósima con mocos y legañas, ay. Dudaba, también, porque la moza, en los dos años que llevaba trabajando en casa Arriazu, no había pulido su vocabulario ni su forma de hablar ni sus ademanes, siquiera un poco. Y continuaba, mismamente como vino, gesticulando en exceso y con el «me se», el «te se», «haiga», «¡miá tú que!», «ya i visto», «sá acabau», «medico», «sernos», etcétera. Y no era cuestión de que la niña aprendiera «me se ha caído», «te se ve mala cara», «lo que haiga», «dame un platano, Úrsula» o «maña» por aquí y «maña» por allá, que no, que eso no era. Acaso que viniera a lavar, a ayudar a la lavandera. Que viniera todos los días menos el domingo y que el domingo y todas las noches de la semana las dedicara a su marido, que necesitaba atención. Como los maridos necesitan atención y tiempo, casi sería lo mejor —se aducía—. Además, que estaba bien informada de que muchas tardes rondaba el marido por la plaza y que ella se juntaba con él en la fuente de la Princesa, pues se empeñaba en bajar a buscar agua sin que fuera su trabajo. Ambos, mezclándose con los muchos mozos y criadas que se reunían en torno a la fuente, ellas a llenar los cántaros, ellos a piroppearlas y a buscar novia, mismamente como le había sucedido a Eusebia, que se había prometido con Paco, uno de los mancebos de la farmacia de Ríos, y decía de casarse para Pascua de Resurrección. Cierto que lo de Teolinda, que, al regreso a casa, dejaba el cántaro y se dejaba abrazar por su marido en el portal o en el rellano de la escalera, sin cuidar que pudiera entrar un vecino y sorprenderlos, clamaba al cielo.

Pero fue que el día después de Año Nuevo, festividad de la llegada de la Virgen del Pilar a Zaragoza, el 2 de enero de 1889 para más señas, apenas Úrsula y Pilara dejaron en la mesa de la cocina los cestos que traían del mercado a rebosar de comida, contaron, espantadas las dos, que unos ladrones habían entrado, queriendo robar, en la sastrería de Sucesores de Ramón Pe, en la calle de Roda, y que habían asesinado a uno de los aprendices de una puñalada mortal.

El horrible crimen se comentó con horror en casa de Arriazu a lo largo de la mañana. Cuando llegaron los señores a comer, informaron de que los dos ladrones habían sido apresados por la guardia municipal y que estaban en la cárcel a buen recaudo:

- Un brillante servicio de la guardia municipal.
- Cooperaron los vecinos.
- Por lo visto, oyeron voces y fueron, sin demora, a buscar a los guardias.

—Los apresaron corriendo ya por la puerta de la Tripería.

—Los esposaron y los llevaron a la cárcel. Ya estarán declarando ante el juez.

—¿Eran ladrones?

—Ladrones y maleantes.

—¿El muchacho ha muerto?

—Sí.

—Dios lo tenga con Él... Bueno, vamos a comer, ¿bendices la mesa, Luis?

Y acababan de desplegar la servilleta, cuando se oyó, primero, la aldaba y luego la campanilla de la puerta del piso y Eusebia, que sostenía la sopera para que se sirviera Olimpia, hizo ademán de ir a abrir:

—Ya irá Pilara, Eusebia —ordenó Olimpia y al momento—: Ve a abrir tú, que nadie va a abrir, al parecer.

Volvió la doncella informando de que había venido una mujer preguntando por Teolinda.

—Ve a buscarla.

Y no habían acabado los comensales de tomar la sopa, cuando oyeron gritos en la entrada de la casa y se levantaron, claro, y fueron a ver qué sucedía.

Sucedía que Teolinda lloraba abrazada a una mujer humilde, a ver, que llevaba la saya con mil remiendos y llena de lamparones, a más del cabello al desgaire y, ¡Jesús, María!, atufaba el recibidor. Ocurría que la mujer venida también lloraba con tanto o más desespero que el ama.

—¿Qué pasa, Teolinda? —demandó la señora, acercándose a las dos mujeres.

Y fue que ni preguntándoles Luis o Jorge o Bartolo contestaban las lloronas.

—Dales una tila, Úrsula —ordenó el dueño de la casa.

Y se fueron los señores al comedor a continuar con las viandas y Olimpia y los criados al *office* para darles una tila a aquellas mujeres, que tardaron tiempo en dejar el llanto y más en ser entendidas.

Resultó que, ¡ay, Dios!, uno de los asesinos del desdichado hortera de la sastrería era el marido de Teolinda.

Olimpia reaccionó al horror que le produjo la noticia y mandó a Úrsula que diera de comer a la mujer y otra vez al ama, si acaso quería más, pues en aquella casa los sirvientes almorzaban antes que los señores, y que le preparara un paquete de comida para el marido. Que se fueran ambas a la cárcel a tratar de ver al acusado —si estaba acusado, pues a veces corren falsas informaciones, bulos, vaya.

La cocinera, que tenía la llave de la despensa y gobernaba en ella, habiendo oído hablar del hambre que los presos pasan en presidio, no escatimó y preparó, en un hatillo, una tajada de jamón, un chorizo, una libra de queso, medio abadejo, dos botellas de vino tinto y una hogaza de pan.

Y fuéronse las mujeres llorando. Teolinda fue despedida con calor y con buenas palabras por todos sus compañeros. La señora, tras palmearle el hombro para darle ánimo, le secó las lágrimas con su propio pañuelo y le apretó fuertemente las manos,

y, es más, le dijo:

—Vuelve en cuanto puedas, Teolinda, ésta es tu casa.

Cuando regresó Olimpia al comedor contando lo sucedido, los señores la interrogaron:

—¿Sabías algo de ese sujeto?

—Ni palabra. Teolinda era callada. No hablaba nada. Cierto que he de confesar que nunca le di pie para que me contara su vida.

—¿Tampoco lo conocías?

—No. Tuve noticias de él porque me dijo Úrsula que rondaba por aquí, que se juntaba con Teolinda en la fuente y a veces en el portal de casa. Lo vi de lejos con los gemelos.

—Es lógico que viniera a verla.

—¿Cuánto tiempo libre tiene la moza?

—Ha tenido poco, ciertamente. Algunos ratos entre toma y toma de Cosimina, pero, ahora, tiene y tendrá más porque la niña ya no mama.

—Deberías dar fiesta el domingo por la tarde a los criados.

—Lo hago, Luis. Bartolo, Úrsula, Eusebia y Pilara salen. Esta pobre chica no, porque era ama de cría y debía estar pendiente de la niña.

—¿Cómo no sabías nada de ella?

—¿Conoces tú la vida de tus empleados?

—No.

—Pues eso. Si preguntas, mal, porque dicen que eres chismosa; si no preguntas, mal también, porque no te has interesado por ellos.

—Es difícil la relación patrón-sirviente, patrón-obrero —sentenció Jorge.

—Oiga, Jorge, que yo le he pagado y todavía le pago cuarenta pesetas al mes.

—Un buen salario.

—Os confesaré que he pensado en despedirla, pero no lo haré. Me la quedaré de ama seca. No la puedo despachar teniendo el marido en la cárcel. No la aceptarán en ninguna casa, y es buena chica.

—Tú siempre tan caritativa, Olimpia.

En la cocina se sabía algo más, mucho más, de la vida de Teolinda, porque todo lo callada que era con la señora, no lo era con sus compañeras. Cierto que si no hablaba en presencia de Olimpia, pues era parlanchina de natural, era debido a que Úrsula y Eusebia le habían dado un buen consejo al entrar en la casa:

—Tú, maña, con los señores, ver, oír y callar. Con la señora, quiero decir, porque al señor ni lo has de ver.

—Si hablas, como lo harás mal porque no has ido a la escuela y dirás mal las palabras o desordenadas, te llevarás una amonestación y, si repites y repites, una bronca y hasta quizá te despidan por no aprender. ¿Entiendes?

—Ay, me hace falta el dinero para vivir.

—Pues tú, calladica, moza.

Teolinda siguió el consejo de sus compañeras al pie de la letra con la señora, pero habló de sus avatares con ellas en la cocina, del mismo modo que todas contaban sus cosas en el descanso que hacían después de recoger los vajillos, mientras Olimpia sesteaba en la *chaise-longue* de la salita.

Había afirmado que era nacida en Mainar, provincia de Zaragoza, donde su padre tenía unos campicos, poca cosa, puesto que había pasado hambre, al igual que sus padres y sus muchos hermanos, en los años malos a causa de las malas cosechas y de la larga guerra, debido a que tan pronto la población había sido ocupada como lugar de paso por los carlistas como por los isabelinos, y añadía que unos y otros se habían llevado siempre todo lo que habían podido. Que vino en la diligencia, a Zaragoza, encomendada al mayoral, a casa de una tía carnal que se había ofrecido a encontrarle un techo donde servir. Ella como única viajera, sentada frente por frente del único viajero, un mozo de ardiente mirada. Ambos los dos únicos pasajeros, pues, aunque el vehículo se detuvo en varias poblaciones, nadie subió durante todo el trayecto.

—Así lo quiso Dios —aseguraba Teolinda a la concurrencia.

—El diablo lo quiso, maña —sostenía Úrsula, que hablaba la que más.

—El caso es que el mozo me miraba y me miraba y que yo no tenía donde esconderme, aunque os confieso que, de poder hacerlo, me hubiera metido debajo del asiento.

—¿Te miraba y te miraba claro?

—¿Quieres decir que se te comía con los ojos?

—¡Qué rufián!

—Yo no conocía el mundo... Yo no había oído hablar de maldad...

—¡Anda! ¿No hacías cochinas con tus hermanos?

—Teniendo tantos hermanos...

—Alguna vez, pero pocas.

—¿El viajero te miraba y qué más?

—Me miraba con unos ojos que yo no había visto nunca...

—Con ojos cargados de lujuria...

—Ahora, que tengo marido, puedo deciros que sí.

—¿Y te empezó a hablar?

—Y a encandilar...

—Pasada la segunda posta, se cambió a mi asiento, se sentó a mi lado y comenzó a decirme que iba a Zaragoza a trabajar de albañil con un primo suyo que hacía casas y palacios. Que, de primeras, iba a ganar con él quince pesetas a la semana y que buscaba novia para casarse cuanto antes, con el primer sueldo. Entonces, él mismo sacó cuentas: quince pesetas son sesenta reales a la semana, al mes, doscientos cuarenta, al año trece mil reales, y yo le miré también a los ojos...

—Y fue tu perdición.

—¡Ah, la codicia rompe el saco...!

—Me perdió más mirarle a los ojos que la oferta de tanta riqueza, os lo juro.

—Vamos, que te enamoraste como una boba.

—Ya lo creo.

—Pues es, hijas, y os lo digo a todas, que hasta para enamorarse hay que tener cabeza —aseveraba Úrsula.

—Me miraba, mi ahora marido, y me entraba flojera en todos los huesos del cuerpo y el corazón me latía alocado...

—Y en un quiebro del camino se te acercó...

—Juan, mi marido se llama Juan, me preguntó si quería casarme con él y, antes de que yo le respondiera, se me arrimó...

—Y se te fue apretando cada vez más.

—Me susurraba al oído palabras de amor...

—Y te metió mano.

—Para cuando me metió mano, ya me había hecho promesa de matrimonio...

—Y te entregaste...

—Yo no sabía qué iba a hacerme Juan, pero no tenía la cabeza fría... Tenía la cabeza y el corazón alborotados.

—Pero, hija, si lo acababas de conocer.

—¿No pensabas en tu madre o en el cura de tu pueblo?

—No pensaba en nada. Además, que hubiera venido mi madre a acompañarme a Zaragoza o que hubiera enviado conmigo a alguno de mis hermanos, que tengo muchos, nueve.

—Tiene razón Teolinda —sostuvo Eusebia—. No se puede dejar sola a una criatura.

—A mí, mi propia madre me trajo a Zaragoza —advirtió Pilara.

—¡Calla, tú! Teolinda, ya tenías el periodo claro, si te quedaste preñada.

—No me quedé preñada, no.

—¿Ah, no?

—No, no.

—Pero te acostaste con él.

—Él me tumbó en el asiento, me levantó la saya y me hizo lo que hace el hombre con la mujer.

—¿Con el mayoral en el pescante y con las caballerías al trote?

—¿Y te casaste con Juan?

—A los dos meses de llegar, nada más leídas las amonestaciones. En la iglesia de la Magdalena.

—No fuiste tan tonta entonces.

—El caso es que Juan nunca ganó quince pesetas a la semana y que nos tuvimos que arreglar con un duro...

—Un duro está muy bien.

—¡Miel sobre hojuelas!

—No. Porque, muy pronto, mi marido se juntó en la taberna con mala gente y

comenzó a beber.

—Les ocurre a muchos. Tú, Eusebia, habrás de tener cuidado con el Paco. Ten en cuenta que boda y mortaja del cielo baja.

—No seas malasombra, Úrsula.

—Paco es un bendito.

—¡Ojalá lo sea! Cada hombre tiene su qué...

—¿Sus cosas, quieres decir...?

—Ay, Juan empezó a jugar a las cartas gastándose el jornal... Vivíamos en casa de mi tía y ésta estuvo a punto de echarnos a la puta calle...

—¡A ver, qué lenguaje es ése!

—Si te oye la señora, verás...

—Pero, como es buena mujer, no lo hizo... Venía Juan muy tarde a casa, borracho muchas veces y no se encontraba con ella, a Dios gracias, pero me despertaba y me forzaba... En una de éstas me quedé preñada.

—¿Todavía se dedica tu Juan a la albañilería?

—¡Quiá, no tiene trabajo fijo desde hace tiempo...!

—Mal asunto.

—Quiera Dios que no ande metido en golferías.

—Oye, no se te ocurra darle un ochavo de lo que ganas, lo malfurriará...

—Oye, oye, Teolinda estaba en que se quedó encinta, que siga —intervino Pilara.

—Entonces, tras el parto, se murió tu hijo, que hubiera sido tu consuelo...

—A los cinco días.

—¿Te dolió el parto? —preguntó Eusebia.

—A todas las mujeres les duele mucho —sentenció Úrsula.

—¡Ya se ha despertado la niña! —avisaba alguna de ellas oyéndola llegar a la carrera.

Y se presentaba Cosimina en el *office* después de la siesta, todavía medio dormida, y unas veces terminaban la conversación y otras seguían hablando, pero sin relajo ya, pues la niña exigía atención, que le hicieran carantoñas y que jugaran con ella a «pizco lomizco» o al corro de la patata. A más, que muy pronto llamaba la señora pidiendo la merienda y habían de volver a sus tareas, máxime si era día de recibir visitas, pues que había pasado la etapa en la que sólo había entrado en casa la imagen de La Milagrosa, y Olimpia había vuelto a recibir el jueves en los salones, y a hacer visitas, eso sí, siempre después de la siesta. Las más de las veces, Eusebia y Pilara se quejaban de que siempre habían de interrumpir la conversación en el momento más interesante, en el preciso instante en que se hablaba de cosas privativas de mujeres, pues la primera iba a casarse y la segunda tenía los ojos puestos en un mozo que la miraba bien en la fuente de la Princesa.

El día del crimen de la calle de Roda, Olimpia, después de la siesta, llamó a Úrsula y le ordenó sin ambages que le contara todo lo que supiera de Teolinda y su marido. La cocinera, ufana de que la dama le tuviera confianza, le relató

someramente lo sucedido entre ambos en la diligencia durante el viaje de Mainar a Zaragoza: lo de que, mala suerte, no subió ningún pasajero al vehículo durante todo el trayecto; lo del ardor del mozo; lo de la candidez de la moza; lo de la tía que les dio cobijo en su casa; lo del empleo de Juan y lo del desempleo de Juan a causa de haberse juntado con malas compañías.

—¿Lo conoces? —demandó la dama.

—Personalmente no, señora. Alguna vez lo he visto desde el balcón, él rondaba por la plaza.

—¿Es Teolinda buena chica?

—Sí, señora.

—La voy a dejar de ama seca. En estos momentos tan amargos que está pasando, no puedo despedirla. ¿Quién era la mujer que ha venido con la noticia?

—La tía, la pariente de ella, señora.

—Eusebia, Pilara y tú, y otro tanto Bartolo, procuraréis que la moza aprenda a hablar bien. A los cuatro os lo agradeceré... ¿Se ha despertado Cosimina?

—Sí, señora.

—¡Que venga, que venga con mamá! Yo misma le daré la merienda... Pregúntale qué quiere...

A poco, volvió la cocinera:

—Señora, la niña no quiere galletas ni chocolate, ni siquiera un vaso de leche... Se niega a merendar.

—Tráela inmediatamente, no vaya a tener otra vez lombrices. ¿Está pálida?

—Quizá, un poquico.

—¡Tráela, aprisa!

Y sí, sí, aquel día, el del crimen de la calle de Roda, Cosimina sufrió lombrices que le desaparecieron, después de ocho jornadas, con el fármaco llamado Vermina, de venta en cualquier botica.

De noche era cuando Teolinda regresó, como se había ido, llorando. Dijo que no le habían dejado ver a su marido, que estaba en prisión preventiva; que, para hacer llegar el paquete de comida de la señora, había tenido que partirlo con los carceleros y darles lo mejor que llevaba: el jamón y el chorizo. Y lloró mucho más cuando Úrsula le hizo ver que había sido necia, pues que, seguro, los guardianes se habían comido todo y al preso no le habían llegado ni las migajas.

Olimpia permitió que el ama saliera todas las tardes e hizo que la cocinera le diera vianda para el cautivo, pero la moza volvía siempre con la fiambarrera llena, pues que no le dejaban ver al marido y porque, avisada, no entraba en los cambalaches de los guardianes. No obstante, aseguraba que los carceleros le decían que podría ver a su esposo y hasta platicar con él a través de las rejas cuando cumpliera un mes de estancia en la prisión, pues, según el reglamento penitenciario, las visitas tenían lugar una vez al mes, pero que, si quería, podía escribirle dos cartas también al mes, lo que fue vano pues ni su marido ni ella habían aprendido a leer ni escribir. Por eso

Teolinda no traía noticias frescas de su esposo, sólo decía que estaba en prisión preventiva y, como la esperanza es lo último que se pierde frente a los reveses que envía el mundo, sostenía que muy pronto lo dejarían en libertad.

Pero no, no. Luis y Jorge, a los pocos días de cometido el homicidio, informaron a Olimpia de que el marido de Teolinda, el tal Juan, había sido el autor del crimen, es decir, el que clavó el cuchillo, un cuchillo de cocina, en el vientre del aprendiz ocasionándole la muerte, y que se había confesado culpable del horrible delito, mientras que su compañero, un tal Pedro, había sido cómplice.

—Han sido acusados y han confesado. Al marido le espera pena de muerte — explicaba Luis.

—¿Son convictos y confesos? —preguntaba Olimpia.

—De momento, son confesos.

—Serán convictos cuando se pruebe el delito.

—¿No han confesado?

—Sí, pero, no obstante, hay que probarlo...

—Habrá juicio y se probará...

—¿Al marido lo mandarán a la horca?

—No. Ahora, se aplica garrote.

—Hace unos años volvieron a cambiar a garrote...

—Cambian tanto... Con cada gobierno hay cambios en el Código Penal.

—Ha tenido mala suerte el chico, el marido —decía Jorge moviendo la cabeza.

—¿Por qué? —quería saber Olimpia.

—Pasa unos meses de los dieciocho años, si no los hubiera cumplido se le aplicaría la pena inmediata inferior.

—¿Cadena perpetua?

—Treinta años de reclusión y trabajo en obras públicas.

—No sé qué es mejor.

—Existe un plan para mejorar las cárceles en toda España.

—Lo que falta es lo de siempre: dinero para levantar prisiones nuevas y adecentar las viejas.

—Vivir treinta años picando piedra para hacer caminos, para salir libre y morirte, no sé...

—De cualquier forma, tendrá lo que se merece...

—A los dieciocho años de edad se es un hombre hecho y derecho, y se debe ser capaz de discernir entre el bien el mal. Le ha sucedido lo de siempre, que quien mal anda, mal acaba.

—Además, que entró a robar con un cuchillo.

—No se presentó rezando una jaculatoria para que le dieran limosna.

—Se dice que, como le plantó cara el perro guardián del establecimiento, primero mató al animal a cuchilladas y luego al aprendiz, que también se resistió, tal vez queriendo hacer méritos para ascender ante su patrón o porque era mozo valiente. El

caso es que se negó a abrir la caja y fue muerto malamente.

—Entre anarquistas, asesinos, ladrones y timadores, vamos listos.

—En este país ya no hay quien viva tranquilo.

—Además, las ciudades, donde acuden gentes del campo en un éxodo imparable, se han convertido en un semillero de ideas anarquistas.

—Los anarquistas quieren derrocar el estado burgués, que tantos buenos frutos está dando para la economía del país.

—En la actualidad, con la alternancia de partidos, la buena marcha de la economía sólo se ve alterada por la epidemia de la filoxera, que se come las vides...

—Sí, lo que ustedes quieran, pero la mayoría de los obreros viven en casas de mala muerte y ganan poco... Mis criadas cobran más que un padre de familia, y su salario es para ellas solas y, además, están bien comidas y bajo techo —intervino Olimpia.

—Nuestros empleados también están bien pagados.

—Lo sé, pero el mundo no somos nosotros tres...

—Además, aunque Cánovas se opone, Sagasta conseguirá establecer el sufragio universal por ley.

—El sufragio universal será sólo para hombres, ¿no?

—Para varones mayores de veinticinco años, nacidos en España, con los únicos requisitos de llevar dos años de residencia en un municipio y estar en pleno uso de los derechos civiles.

—Antes, para las elecciones generales, votábamos ochocientas mil personas, si se aprueba la ley, lo harán cinco millones.

—¿De hombres?

—De hombres, sí. ¿Para qué quieres tú votar, mi vida, si lo hago yo por ti?

—Que votaran las mujeres sería duplicar el gasto electoral. Además, las engañarían sus maridos, pues la mayoría no sabe leer.

—Tú prepara los disfraces para el baile de carnaval y continúa con tus caridades...

—Por cierto, Olimpia —siguió Jorge con el tema de su amigo—, le aviso de que el ayuntamiento va a ceder a las Paulas la casa de Palafox para que se instalen allí y regenten un asilo... ¿Usted va a dar algo?

—Hablaré con sor Francisca a ver qué necesita.

—Necesita de todo.

—Le daremos quinientas pesetas, ¿te parece bien, Luis?

—Dale lo que creas oportuno.

Y como los señores hablaban delante de Eusebia, que servía la mesa, la doncella contaba en la cocina lo que le interesaba de lo que oía y se enteraban todos.

Convenían los criados en que el asunto del crimen del marido de Teolinda tenía mala catadura, por muchas esperanzas que abrigara la moza. Y se lamentaban de que la susodicha no entendiera la situación y echara la culpa del asesinato al compañero

del marido aduciendo que lo había embolicado y que le había entregado el cuchillo por no llevarlo él y para, si se complicaban las cosas, ser sentenciado a menor pena. Así los hechos, entre los sirvientes había división de opiniones: unos se hacían cruces de que el homicida se descargara de toda culpa ante su mujer, pese a que al juez le hubiera confesado lo contrario, quizá en espera del indulto, y reprobaban que el tipo asegurara a Teolinda, cuantas veces hablaba con ella a través de las rejas, que lo estaban tratando peor que a un anarquista, mismamente como si fuera el asesino del general Prim —la chica debía oír tales cosas en sus visitas a la cárcel, ya fuera de boca de Juan o de otras gentes que iban a ver a otros presos—. Y otros veían bien que el dicho Juan quisiera dejarle buen recuerdo y tratara de lavar su honra y quedar ante su mujer como víctima, en vez de como vil ladrón con mala suerte, eso sí, pues que había ido a cometer un robo y había perpetrado un robo frustrado con resultado de muerte. Pero Teolinda insistía:

—Necesitan encontrar gente para acusarla de anarquismo.

Entonces sus compañeros movían la cabeza, diciendo que no, que no era eso. Además, Eusebia, aunque sentía verdadera lástima por Teolinda —a ver, casi tres años durmiendo en la misma habitación que ella—, no quería hablar de Juan, quería hablar de Paco, su prometido, pues que ya había leído el señor cura párroco de San Gil la primera amonestación de su inminente boda.

Reconocía la doncella que doña Olimpia se estaba portando muy bien con ella, mejor que una madre, incluso mejor de lo que hubiera podido portarse su madre, de no haber fallecido, pues era mujer de escasos recursos. Y, desde hacía unos meses, casi a diario enseñaba a sus compañeros lo que la dama le iba regalando.

Fue que la señora había hecho limpia en todos los armarios de la casa y le había dado varios vestidos que ya no se ponía, varios cuellos de encaje, enaguas de seda, con la seda un poco pasada; sábanas de hilo con algún remiendo que, con las mantas encima, se disimularía perfectamente; una manta de lana buena con una picadura de polilla que la moza se había apresurado a zurcir; y un abanico decorado, con una varilla suelta que era cuestión de pegar con goma arábiga, y hasta le había proporcionado el botecillo de pegamento.

Con todo y con ello, Úrsula tenía pelusa. Pilara no, pues esperaba que la dama hiciera con ella otro tanto cuando se prometiera con un dicho Tomás, que era camarero en Ambos Mundos, abocador por más señas. No tuvo la fregona que explicar a nadie qué oficio era aquél, porque todos habían estado más de una vez en el café, sito al final del paseo de la Independencia y, a decir de muchos, el más grande de Europa. El abocador recorría el salón del establecimiento con sendas cafeteras en las manos, una de leche y otra de café, y servía a los clientes yendo de mesa en mesa. Este trabajo le permitía saludar y conocer a gente y hasta a veces opinar sobre los variados temas que los señores dirimían en las muchas tertulias que, a diario, tenían lugar en el local, a más de enterarse de primera mano de multitud de noticias. Con ello, con tanta relación, amén de que Tomás era muchacho fino de modales y educado

—se aducía Pilara—, tal vez, un día no muy lejano, algún señorito adinerado le ofreciera el puesto de mayordomo en su casa, con lo que ganaría más.

Por supuesto que Úrsula, que era buena mujer, vencía sus pequeñas vilezas cada vez que recordaba que la señora le había dado a ella muchas cosas y muy buenas, sin ir más lejos su traje de domingo. Tuvo que sacarle de sisas y ensanchar la cintura al doble, pues ella carecía del talle de avispa de doña Olimpia, y le había quedado perfecto, como quedaba demostrado cuando salía a pasear los domingos por la tarde, pues más parecía una dama. Además, siempre del brazo de Bartolo, muy aviado con su levita, como un lechuguino, y con su sombrero hongo, como un monicongo, tan buen mozo que era. Por eso ayudaba a Eusebia a preparar el ajuar y hasta disfrutaba mientras cosían ambas a la luz de un quinqué en horas libres.

Fue que Olimpia, para arreglar el que sería el vestido de boda de la doncella, hizo venir varios días seguidos a la costurera, que, normalmente, trabajaba sólo uno a la semana. Y claro, se deleitaron todas las mujeres de la casa y hasta Cosimina lo pasó en grande, porque Olimpia sacó una revista llamada *La Ilustración Española y Americana*, que traía las estampas de los soberbios trajes de boda con que se habían casado algunas de las nietas de la reina Victoria de Inglaterra, e hizo que la costurera deshiciera por completo su antiguo vestido de seda adamascada de color negro. Y dispuso, a la vista de las fotografías, que la modista cortara una cuarta de falda para, con la tela, hacer un volante en el borde de la misma; que le quitara vuelo y la tela sobrante la empleara en abullonar las mangas, abombándolas a la última moda de París —en «mangas de pernil», como se conocían en España— y que las recubriera con un trozo de encaje *chantilly* en buen estado que recuperó de otro vestido viejo. Resultando, después de infinitas puntadas, un magnífico traje, propio de dama de alta cuna, que a Eusebia le sentaba a las mil maravillas. Luego sacó una mantilla negra de blonda, se la entregó a la casadera y habló de que, si el día de Pascua hacía mal tiempo —en Zaragoza nunca se sabe—, le prestaría el *écharpe* que había llevado a la fiesta del marqués de Ayerbe cuando la visita de los reyes.

Y, claro, Eusebia lloraba y reía de alegría, y besaba la mano de Olimpia, que la retiraba consciente de que el momento no merecía tanta efusión ni menos tamañas muestras de agradecimiento, pues que hacía lo que debía hacer en virtud de que la doncella la había servido bien. Y Cosimina también lloraba y reía de alegría sumándose al sentir general. Mucho más, cuando Eusebia, ya con el traje puesto y terminado, comenzó a dar vueltas y hacer un bailete por el *office*, mismamente como hacían las chicas que enseñaban modelos en las casas de las modistas caras. Mucho rió la niña cuando la doncella la tomó de las manos y danzó e hizo con ella mil molinetes.

Los señores se portaron con esplendidez con la buena de Eusebia. Olimpia recibió a Paco cuando lo llevó a la casa para que lo conociera y habló con él unos minutos, en el tercer salón, ensalzando los valores de la muchacha a la par que se la encomendaba y le encarecía que la tratara bien de por vida. Luego hizo que Úrsula

sacara chorizo, jamón, pan y vino y que todos los criados hicieran fiesta en el *office*, aunque prohibió que aquello se convirtiera en una cachupinada, es decir, en un jolgorio populachero. No pudo evitar, claro, que Cosimina se sumara al regocijo y estuvo al tanto tumbada en la *chaise-longue*, mientras repasaba su francés en la novela *Pequeñeces*, del padre Coloma —que ya había leído con anterioridad—, porque, vive Dios, se le estaba olvidando aquel idioma. Pero, mientras recitaba: *fumoir, brioche, milanaise o mon Dieu*, etcétera, pensó por primera vez en contratar una institutriz para la niña, en razón de que estaba demasiado tiempo en la cocina.

Don Luis no asistió a la boda porque se lo impidieron sus negocios, pero regaló a Eusebia un billete de quinientas pesetas, que la moza sumó con gran regocijo a los ochenta duros que tenía guardados debajo de su colchón, y permitió que, el día de Pascua de Resurrección, fecha del enlace, la llevara Bartolo en el cabriolé a la iglesia de San Gil. Los demás criados y la propia Olimpia estuvieron presentes en el acontecimiento. El padrino fue el cochero, la madrina la madre del Paco. Cosimina fue damita y abrió paso a la novia portando un ramo de flores hasta el altar. Luego todos, excepto la señora, fueron a tomar desayuno: soconusco y bollos, al café Suizo, situado en el mismo edificio de la plaza de la Constitución. Y ya los novios se fueron al fotógrafo y, después, a su hogar en un simón que alquilaron. La recién casada, más contenta que unas pascuas, llamó la atención, por donde quiera que pasó, por su espléndida vestimenta y la prestancia de gran dama, que había aprendido a lucir sirviendo a Olimpia.

Como el asunto del marido de Teolinda duraba ya varios meses y no llevaba trazas de solucionarse pronto, porque la Justicia en España lleva fama de ser tan lenta y que funciona a paso de buey y, además, Eusebia se había casado, Úrsula y Pilara tenían mucho más trabajo, en razón de que, de cuatro criadas, habían quedado tres, y de las tres, una iba todas las tardes a la cárcel a saber noticias de su marido preso, y de las dos que quedaban, una de ellas, Pilara, estaba triste, muy triste, pues su pretendido novio, el abocador de Ambos Mundos, se había echado otra novia. Por todo ello, Olimpia volvió a pensar en contratar una institutriz que atendiera y empezara a enseñar a Cósima todo lo que debe hacer y saber una señorita. Lo comentó con varias amigas y conocidas, pero le dijeron que en Zaragoza era dificultoso encontrar una que supiera francés.

—¿Querrá usted una institutriz que sepa francés, no?

—Claro.

—Y que le enseñe lectura, escritura, pintura, música, baile y un poco de geografía e historia, o sea, lo que debe saber una damita, ¿no?

—Aquí es difícil. Esto no es Madrid.

—Habría que buscar una señorita de casa bien, venida a menos.

—No caigo en ninguna.

—Olimpia, puede buscarla en Madrid...

—Se lo dice a su amiga Isabel de Bes y ella le encontrará una.

—Isabel se marcha a París. Envían a su marido a la embajada.

—¡Mejor que mejor!

—Que le mande una francesa.

—Una francesa que sepa castellano.

—Señoras, se dice que las mejores institutrices son las alemanas.

—Una alemana jamás.

—¿Por qué no?

—Porque Olimpia querrá tener una niña, no un sargento...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que las alemanas son muy severas... No tiene usted más que ver a la pobre Pepita, la hija de la señora de Gascón, no mueve un músculo de la cara, parece una estatua, todo por la influencia tudesca...

—Quizá no sonría para que no se le hagan arrugas. Las niñas a los catorce años son bobas...

—Yo no le aconsejo una alemana.

—Además, es mejor que Cosimina aprenda el gabacho.

—No sé, Olimpia, creo que mejor que una institutriz en este momento necesita usted una niñera, una *nurse* o una *mademoiselle*, francesa si tiene usted ese antojo.

—Claro, Cosimina es todavía muy pequeña.

—¿La niñera que tiene, la del preso, no le sirve a usted?

—Es demasiado rústica. Lleva más de tres años en casa y no se ha quitado el pelo de la dehesa ni un poco.

—Además, como le permite usted salir todas las tardes, como si no la tuviera.

—¿No le da miedo a usted dejarla con una criada que trata con presos?

—¡Oh, no! Es muy buena chica y he de ayudarla.

—Es lo cristiano. Yo haría lo mismo.

—¿Quién se ocupa de la niña, entonces?

—Casi siempre yo.

—¿No se cansa usted?

—Termino extenuada, pero me gusta... Paseamos en coche y a pie y disfruto mucho porque Cosimina ha empezado a descubrir el mundo...

—Con tanto trabajo acabará descuidando sus compromisos sociales. Ya sabe que, cuando usted adoptó a la niña, se la echó en falta en los salones y no se entendió que no fuera a ninguna parte ni que se hubiera encerrado en casa, que no hay criatura que precise de tanta atención, habiendo criadas.

—Hasta don Dionisio, su director espiritual, el que no confiesa a los republicanos, la regañó, ¿lo recuerda usted?

—¿Y coge usted en brazos a Cosimina?

—Sí.

—Pues en unos años se le atrofiará la columna vertebral y si no acaba gibosa, ni bien ni mal.

—No exagere.

—Sí, sí, exagerar...

—Mire, Olimpia, si tenemos criados es para que ellos hagan las tareas duras.

—Y para que nosotras disfrutemos de la vida, que bastantes penalidades tiene de por sí.

—Andar con Cosimina me es muy grato. Además, hay que estar en detalles como el de darle la cucharada de aceite de hígado de bacalao en la comida, pues, de no ser por mí...

—La niñera, cada dos por tres, se olvidaría.

—Puede ser que le resulte agradable atender a Cosimina, como sólo tiene usted una hija... Ya me dirá usted cómo podría yo con seis.

—O yo con tres. No tengo manos para todos...

—Ni con uno ni con seis. Una señora es una señora.

—No sé, ya veremos, consultaré a Luis. Y no digan que no voy a bailes y que no he hecho y recibido visitas... ¿No he estado en los salones de todas ustedes? ¿No he ido a sus bailes? ¿No doy baile en mi casa para el santo de mi marido? ¿No se acuerdan ustedes...?

—¡Cómo no hemos de acordarnos, si es usted la que mejor sabe hacer los honores en un salón...!

—¿Acaso no la consultamos para muchas cosas?

—Que si para qué vestido debo llevar.

—Que si qué servir en el *lunch*, si sorbete de naranja o *vol-au-vents* de codorniz o *roastbeef*...

—Claro, hay que satisfacer a los *gourmets* de la ciudad.

—Para contratar la orquesta, para las piezas que han de tocar...

—Si *rêveries*, nocturnos, valeses, mazurcas o...

—O si su marido va a ir de *frac* o de levita...

—O si va a llevar zapatos con hebilla o botines.

—O si invitar o no invitar a Ram de Viu, el poeta de los muertos.

—O si ponernos mantilla de blonda y peineta de teja, como hacíamos en tiempo del rey Amadeo...

—Para todo le preguntamos, Olimpia.

La fama de que la Justicia en España era lenta, o era cosa falsa —una de las muchas patrañas que inventaba el partido de la oposición contra el partido que gobernaba por encargo de S. M. la reina regente— o el caso del crimen de la calle de Roda resultó muy fácil de resolver, de juzgar, de dictar sentencia y de ejecutarla, pues el proceso duró en apenas diez meses.

El caso es que un día de octubre, el mismo en que los empleados municipales habían recogido las guirnaldas que habían adornado la plaza de la Constitución durante las recién terminadas fiestas del Pilar, Teolinda, que había ido al juzgado acompañada de Pilara, volvió a casa con la noticia de que Juan, su marido, había sido sentenciado a sufrir garrote hasta morir por haber asesinado al dicho Antonio Galán, a la sazón aprendiz de la sastrería de Sucesores de Ramón Pe. Pero ya no lloraba, no. Al revés, estaba muy entera, tan entera y conformada como lo había estado durante el juicio que había concluido en una mañana.

Había durado tan poco tiempo porque los dos acusados se habían declarado culpables. Juan de haber asesinado al dependiente, aunque, Dios lo sabe, nunca jamás lo hubiera querido muerto, y el otro fue considerado sólo cómplice, aunque, en realidad, fuera el urdidor del plan, de aquella reprochable idea de entrar a robar en una tienda. Así las cosas, poco tardó el tribunal en deliberar y menos en dictar sentencia: pena de muerte para Juan en veinticuatro horas al ser declarado autor de delito consumado, y treinta años de reclusión con trabajo en obras públicas para el otro, beneficios penitenciarios que pudieren corresponderle aparte.

No supo Teolinda dar detalles del juicio ni de lo que dijo el fiscal ni de lo que alegó el abogado defensor —un abogado de oficio— ni de las conclusiones de uno y otro, porque no oía, tan ofuscada estaba, o no entendía, o lo que decían no era inteligible para una persona de poca instrucción y ninguna experiencia en las cosas de la Justicia. Pilara tampoco comprendió casi nada, salvo que el marido de su compañera había sido condenado a garrote y a morir en veinticuatro horas, y así se lo explicó a la esposa del condenado a muerte, que no derramó una lágrima, quizá porque ya había llorado en demasía.

En la casa de la plaza de la Constitución, 3, principal, hubo revuelo. Úrsula, que estaba enferma en la cama con fiebre alta, se quitó el parche de patata que se había puesto en la frente para remediar la calentura y se levantó. La señora aceleró su *toilette*, salió de su *boudoir*, apartó el biombo y, sin recogerse el cabello que le llegaba a la cintura en el moño de siempre, se presentó enseguida a consolar a la esposa del asesino. La lavandera dejó de lavar la ropa menuda y Cosimina rondó por aquí y por allá, estorbando el paso de todos, como la pequeña metomentodo que era. Lo primero que hizo Olimpia fue ordenar a Pilara que sacara a la niña del *office* y que se la llevara de paseo, y ya le preguntó a Teolinda:

—¿Qué ha sucedido, hija?

—Señora, han condenado a mi marido a ser ejecutado en veinticuatro horas...

—Vaya por Dios. Ve a la cárcel, acompáñalo en lo que le queda de vida. No te preocupes por el trabajo... El señor y yo iremos a verte en cuanto podamos. Ve con tu esposo, consuélalo y procura que se prepare para bien morir.

Y la despidió dándole dos duros y besándola en ambas mejillas.

—Gracias, señora.

Por la tarde, los señores de Arriazu se presentaron en la puerta del presidio,

situado en la calle de la Democracia, paralela al Ebro, y se apearon de la berlina. Teolinda, al verlos llegar, corrió hacia ellos y debió ser que don Luis fue repartiendo dinero, pues los carceleros sacaron al Juan, reo de muerte, del calabozo, lo llevaron a la sala de vistas y le dejaron platicar con su mujer, mientras los señores esperaban fuera, conversando con el alcaide, que salió a cumplimentarlos. El matrimonio encomendó al marido de Teolinda al director de la prisión:

—Señor alcaide —rogó Olimpia—, procure que Juan, el reo, sufra lo menos posible en el trance que se le avecina —y explicó—: Su esposa trabaja de ama seca en nuestra casa, antes fue ama de cría de nuestra única hija, y le tenemos afecto.

—Mala suerte ha tenido la moza con este tipo... No tema la señora, que el verdugo es un buen profesional.

—Le agradeceremos, también, que a Juan no le falte nada y que se vaya de este mundo bien comido y con los auxilios espirituales.

—No tenga cuidado, señor Arriazu, que en esta prisión los presos están bien tratados. Hoy, por ejemplo, tienen para cenar una libra de pan, un puñado de garbanzos y un filete de abadejo con patatas, a más de un cuartillo de vino.

—¡Ea, tenga dos duros, déle lo que pida, hágame este favor!

—Lo que usted diga, don Luis. En cuanto a los auxilios espirituales no teman, tenemos un excelente capellán.

—En sus manos lo dejo todo, señor alcaide.

—Muchas gracias, señor alcaide.

Cuando se marchaban los señores, Teolinda se acercó a ellos para decirles lo que le había dicho mil veces su marido, aquello de que lo habían tomado por un anarquista y los jueces del tribunal le habían impuesto una sentencia ejemplar, pero lo dijo sin derramar una lágrima. Los señores nada opinaron sobre el particular y le permitieron que pasara la noche en la puerta de la prisión con su tía, a quien saludaron.

Durante la cena, los Arriazu comentaron con Jorge el hecho de la visita a la prisión para arropar a la criada; que habían conseguido que el alcaide dejara a Teolinda hablar con su marido y que le habían dado dinero para que le diera al reo buena cena. Olimpia dijo de ir a presenciar la ejecución por no dejar sola a la criada en semejante trance:

—Creo que debo ir a presenciar la ejecución para acompañar a Teolinda.

—No digas tonterías, Olimpia —dijo Luis, taxativo.

—No es cosa de ver, Olimpia —abundó Jorge.

—Por mí no iría, aunque me dieran mil duros, pero el deber es el deber.

—Que vaya Bartolo.

—A Bartolo lo necesito mañana, he de ir a la torre de los señores de Monserrat.

—Que te lleve mi cochero, Luis.

—Bueno. Que vaya Bartolo, pues.

Y fue que Bartolo recibió el encargo y lo comentó con Úrsula, que estaba en la

cama con fuerte resfriado, y que ésta, al enterarse, dijo que también quería ir y que le pidiera permiso a la señora por ella. Él lo hizo y Olimpia se lo otorgó, y luego comentó:

—Úrsula también quiere presenciar la ejecución... Va a ser capaz de ir con fiebre... Estoy segura de que si Pilara no pide lo mismo es por no dejarnos solos... No entiendo qué satisfacción encuentra la gente viendo morir a un hombre...

—Es espectáculo desde tiempos inmemoriales.

—Ahora asiste menos personal, sólo el que cabe en el patio de la prisión. Antes las ejecuciones, en Zaragoza, se celebraban en la plaza del mercado y acudía una multitud.

—Mañana no cabrá un alfiler.

—Y estará lleno de señores, de gentes de oficio y de obreros. Ya verás, Olimpia.

Olimpia no vio nada, a Dios gracias, pero Úrsula, que aquel día anduvo muy mejorada de su resfriado, le contó lo visto y oído sin omitir detalle:

—No cabía un alfiler, señora, en el patio de la cárcel. Claro que Bartolo y yo tuvimos suerte, pues íbamos con nuestros trajes de domingo y las gentes debieron de tomarnos por señores y nos dejaron pasar hasta el primer banco, hasta el de la familia del reo, y allí nos sentamos al lado de Teolinda, que estaba acompañada de su tía...

—¿Lloraba?

—No, no lloraba. Pese a ello, yo le tuve la mano durante todo el rato y me lo agradeció, señora... De repente, fue que sonó un tambor y que se hizo silencio, un silencio sepulcral, señora, y ya avanzó hacia el cadalso un grupo de personas. El pobre Juan en el medio, con las manos atadas y vestido con una túnica negra, y el público comenzó, primero, a murmurar, luego a alborotar y, más tarde, a insultar al desdichado Juan. A llamarle, a gritarle lo que es, pero, si me permite la señora, no lo repetiré...

—No lo repitas.

—El Juan era llevado por dos carceleros y se tambaleaba, vamos, que no le sujetaban las piernas...

—Para todo tenía el pobre.

—Así, tambaleante, los guardias lo subieron al cadalso y lo sentaron en la silla del garrote... Una silla con una argolla con la que se sujeta el cuello del reo y luego se aprieta un tornillo por la parte de atrás...

—Guárdate los detalles.

—Le pusieron a Juan un capuchon negro, y no le vimos la cara. Mejor para Teolinda, pues, en primera fila, veíamos todo. Y ya el verdugo, que vestía traje negro, apretó una manivela por la parte de atrás, y Juan inclinó la cabeza y no volvió a levantarla.

—¡Pobre Juan! ¿Y Teolinda sufrió mucho?

—Más que él, pues el tipo era destalentado... Teolinda me apretaba y me apretaba la mano...

—¿Dijo algo Juan?

—Sí dijo algo, pero no lo oímos. No se imagina la señora qué jaleo había. De no haber habido guardias, el personal le hubiera arrancado las entrañas al reo...

—Cualquier cosa... Y eso que vivimos a finales del siglo XIX...

—Fue horrible lo que hizo...

—Por supuesto, y merece garrote. Pero la Justicia debería impartirse a puerta cerrada y no ser espectáculo...

—¿Eso cree la señora?

—Sí.

—Pues el espectáculo no terminó allí. El cadáver del Juan quedó expuesto en la silla del garrote... Se decía que estaría así hasta una hora antes de anochecer... Claro que Bartolo y yo nos vinimos a casa...

—Que vaya Bartolo esta tarde a ver a Teolinda por si necesita alguna cosa, o dinero, y para enterarse de la hora del entierro.

—¿Irá la señora al entierro?

—No, irá Bartolo.

—Lo que mande la señora.

La cocinera le narró a la señora todo al detalle, y más le hubiera contado. Lo único que se guardó de decirle es que había visto a Flora Melero, la entretenida de don Luis, con su pequeña en brazos, presenciando la ejecución.

Al día siguiente, la señora asistió al funeral del ajusticiado en la iglesia de San Pablo, por cuya puerta de los Ahorcados entró y salió el féretro, pero al entierro no fue. Envió al cochero, que le informó cumplidamente de la inhumación, de cómo los enterradores depositaron el cadáver en la fosa común y cómo Teolinda le arrojó un ramillete de flores y la tía de la moza otro, y de la escasa gente que había, cuatro personas: la viuda, la tía y él, y una vieja que pasaba por allí y se quedó a mirar.

Sobrecogida Olimpia por el triste cortejo fúnebre, cuando Teolinda regresó a casa para incorporarse a sus tareas, la envió un mes a su pueblo con sueldo, a que su madre le aquietara la pena que, sin duda, llevaba en su corazón, aunque llorar, no lloraba, al menos que se le viera. Para que le volviera el buen color con el sol del campo y para que, poco a poco, recuperara la sonrisa.

Úrsula, que sabía ser amarga como la hiel, en esta ocasión también lo fue, aunque pretendió hacerle favor a la moza:

—Ten cuidado, maña, a ver qué haces en la diligencia al ir y al venir —le dijo al despedirla.

Y, ante la frase, Teolinda lloró sentidas lágrimas, un río de lágrimas. Hecho que no le impidió recordar a sus señores, a sus compañeras y a Cosimina con cariño, pues regresó antes de lo previsto, más contenta que unas castañuelas y con un par de capones de regalo.

Los primeros pasos de Cósima, que con el tiempo constituyeron sus primeros recuerdos, se centraron en la plaza de la Constitución. Lo primero que le llamó la atención fueron las dos casetas sin puerta —luego derruidas, pues exhalaban fétido olor— que había en la entrada del paseo de la Independencia, a la sazón urinarios públicos para hombres, sólo para hombres —quizá porque el desaguar de la mujer es más complicado—. En ellas se coló bastantes veces, pues echaba a correr y ni Olimpia ni Teolinda la podían seguir, aunque ciertamente la recogían dentro de la dependencia exponiéndose a la reprensión de cualquier varón y a pasar el bochorno y la vergüenza consiguiente. Otra cosa que le quedó grabada fue los nombres de los dos caballos que tiraban de los coches de los Arriazu, de la berlina en el invierno y del cabriolé en el verano, que se llamaban *Trotón*, el macho, y *Campanera*, la yegua, dos magníficos animales que le daban miedo, naturalmente, tan altos los bichos, tan chica ella. Otra, la primera vez que subió, o que fue capaz de recordar que había subido, a casa de tío Jorge, su buen padrino, que vivía en el piso de arriba, como va dicho, porque, siendo lo mismo en distribución, lo encontró diferente por completo, quizá —se diría con el tiempo— porque estaban las contraventanas de los balcones cerradas a cal y canto y no entraba un rayo de sol. O fue que le llamaron la atención las muchas estanterías llenas de libros, encuadernados en piel y con lomos de oro, que llenaban dos habitaciones. O sucedió que se apercibió de que el ama de llaves era muy fea de rostro y le impresionó, pese a que la conocía pues se la había encontrado mil veces en la escalera y le había hecho mil cucamonas. O fue que, además de no entender cómo tío Jorge tenía una criada tan horrible, le sentaron mal en el estómago los muchos barquillos con que la buena mujer la obsequió —todos los que pudo comer durante la visita— y, a las pocas horas, vomitó hasta el alma, según Úrsula. Y fue que, a lo largo de la malísima noche que pasó Cosimina, y con ella toda la casa, le venía y le venía a las mientes la figura de la sirvienta y, al corazón o a la cabeza, donde fuere, un miedo horrible que la llevó a afiebrarse y a guardar cama durante siete días por prescripción del doctor López-Tass, que, dicho sea de paso, no había tenido más noticias de su mujer. Pero todo esto ciertamente no le impidió poco después, pues ya se había manifestado golosa, recoger los barquillos que la espantosa criada de tío Jorge le estuvo enviando por la galería de la cocina durante años, ya que, de galería a galería, descolgaba un cestillo con golosinas y la niña las recogía y se las comía con ansia, como si hambre pasare. Pero, vaya, aquel día le impresionó la fealdad de aquella mujer y sucedió lo que sucedió.

Y ya fueran estos hechos el primero, el segundo o el tercer recuerdo de Cosimina, el caso es que la buena criada se convirtió en el fantasma que venía a visitarla en sueños, produciéndole un miedo cerval. Miedo que remediaba bajándose de su cama de reina y yéndose a la de su madre, cuando podía. Cuando la dama estaba durmiendo, que a veces no estaba, que andaba en el teatro o en la ópera, o de fiesta o

de sarao, como decía Teolinda. Y, cuando encontraba vacía la cama de su madre, lloraba, salía al pasillo y alborotaba, desesperada, toda la casa, despertando a las criadas, que se presentaban a consolarla cada una con la palmatoria en la mano, pero, cuando estaba, se metía en la cama con ella y agradecía que le hiciera sitio y la abrazara.

Sin recordar cuándo, mientras crecía, hizo muchas otras cosas, a más de pasar la tos ferina, sarampión, paperas y mil catarros y afecciones de garganta, y anduvo o recorrió en coche Zaragoza de punta a cabo. Es más, le gustó ir de aquí para allá y mirar y observar a la mucha gente que llenaba las calles. Además, ya fuera con las criadas a la plaza del mercado, ya con Bartolo a la cochera de la fonda de Cuatro Naciones a buscar el coche de caballos, ya con su señora madre al Pilar o a Santa Rita o a los Jesuitas a confesar, o a hacer tal o cual recado, pronto pudo distinguir a los ricos de los pobres, máxime porque, a poco que preguntara o sin preguntar siquiera, Olimpia, Úrsula, Pilara y Teolinda la ilustraban y ella asimilaba las lecciones, que lecciones eran al fin y al cabo, mostrándose muy despabilada. Sobre la riqueza y la pobreza, su madre le decía:

—A los señores, a más de conocerlos por el habla y buenos modales, se les ve de lejos por el atuendo y elegancia. Tu padre es uno de ellos, pues usa levita y la lleva muy bien planchada y sin manchas; usa ropa interior de hilo fino y se cambia de camisa y calzoncillos todos los días, y no va en mangas de camisa por la casa; además, lleva gabán y sombrero de copa en invierno y, en verano, *canotier*, y los zapatos siempre muy lustrados, pues los hace limpiar al menos dos veces al día...

—¿Ese hombre, el que se ve apoyado en la farola, es pobre?

—Pobre no, pobre es el que pide limosna. Ése es un obrero porque viste blusa, alpargatas y gorra de visera. Los días de fiesta, con suerte, se lavará la cara, las manos y los pies, y se pondrá traje de domingo, pañuelo al cuello y sombrero, e irá por la calle fumando un puro barato. Y, si tiene novia y le alcanza el jornal, se sentará en la terraza de un café a tomar una gaseosa o una limonada, mientras festeja, y, si no, irá a pasear por Independencia o por María Agustín, o a sentarse en La Mina, en una silla de las que se alquilan, conformándose con comprar un vaso de agua al aguador o, simplemente, ver correr el agua del río.

—En Zaragoza hay tres ríos: el Ebro, el Huerva y el Gállego.

—También notarás que obreros y campesinos huelen mal, pues no se lavan. En los pueblos, si lo hacen, es para cumplir con la parroquia o el día del santo patrón, con suerte, porque la mayoría de ellos no han probado otra agua que la del bautismo.

—¿Los criados son pobres u obreros?

—Obreros...

—Mamá, cómprame churros o un pastel...

—No, que luego no comerás. Además, debes estar atenta y llamar de usted a papá, a mamá y a cualquier persona mayor. A ver, repite...

—Mamá, cómpreme usted churros o un pastel.

—No, que luego no comerás.

—Cuénteme un cuento, mamá.

—En casa te lo contaré. Ahora, debes mirar el mundo para aprender y andar con los ojos muy abiertos... Préstame atención, Cosimina. La higiene es muy importante. A diario es menester cepillarse los dientes, enjuagarse la boca, limpiarse los oídos con la cucharita de marfil, enjabonarse la cara, el cuello, las axilas, el pompis y los pies, pero lo mejor es bañarse entera, como hago yo. Y ya peinarse y dejarse hacer las coletas sin protestar.

—A mí me baña Teolinda los domingos y los jueves, mamá, pero me da estirones al hacerme las coletas.

—Sí, pero lo haces porque te obligo, que no te gusta nada el agua.

—Dice Pilara que el agua es para los patos.

—¡Qué sabrá ella! No quiero que estés en la cocina. ¡Ah, y cuando vayas al *water-closet*, levantas la tapa con cuidado y jamás toques la taza...! ¿Lo entiendes?

—Sí, mamá. Oiga, mamá, yo quiero ir con usted a los baños de Marraco.

—Las niñas no van, yo voy con mis amigas.

—Oiga, mamá, ¿qué pasa con el marido de Teolinda?

—Con el marido de Teolinda no pasa nada.

—Lo han matado...

—¡Qué va! ¡No inventes, niña!

—Lo ha dicho Úrsula...

—Te voy a tener que prohibir que entres en la cocina.

—¿Por qué Teolinda no vive con su marido y usted vive con papá, que es su marido, y Eusebia vive con el suyo, y Úrsula vive con Bartolo en la habitación del fondo? ¿Y por qué usted no duerme en la misma habitación que papá y duerme conmigo?

—¿Te gustó el niño de Eusebia? Le diremos que lo traiga más a menudo para que juegues con él —cambiaba de tercio Olimpia, torciendo el gesto.

—¡Oh, sí! Mamá, yo quiero un hermanito...

Después de semejante conversación u otra parecida, Olimpia llegaba a casa con los nervios alterados. A veces tan excitada que reprendía a los sirvientes por cualquier nimiedad o la emprendía con su marido, con lo de la institutriz francesa, pues estaba visto que Cosimina prefería estar con las criadas, pese a que le decían:

—Anda, vete al salón, que tu madre no te deja estar con nosotras.

—No. Yo quiero estar con vosotras.

Y ellas, aunque halagadas, le repetían:

—Vete con tu mamá.

Y unas veces se iba a despertar a mamá que estaba sesteando en la *chaise-longue*:

—¡Mamaíca, mamaíca! —y la despertaba gritando mamaíca, la única palabra terminada en «ico», la única «baturrada», que le consentía Olimpia.

Y otras no:

—No, no me voy. Quiero cantar con vosotras.

Y cantaban todas:

Luna lunera,
cascabelera,
dame dos cuartos
para pajueta

O:

Mambrú se fue a la guerra
qué dolor, qué dolor, qué pena...

O Cósima quería que le contaran un cuento y comenzaba Teolinda:

—El gallo Quirico se fue a las bodas del tío Perico...

O quería saber de ellas:

—Cuéntame, Pilara, de cuando eras pequeña en tu pueblo.

Y Pilara, como era parlanchina, no se hacía de rogar:

—Nací en Valpalmas, en las Cinco Villas. En un pueblo que se dice «el orinalico de Cristo», del Niño Jesús, para que me entiendas.

—¿Por qué? —preguntaba la niña muy divertida, dado que la criada había mencionado la palabra «orinal» y porque la entendía perfectamente, pues tenía una imagen del Niño Jesús en la cómoda de su habitación y le rezaba todas las noches el «Jesusito de mi vida».

—Porque fue a mear Nuestro Señor, que tenía gana...

—¡No seas burra, Úrsula! —se defendía Pilara y defendía a su pueblo—. Escucha, Cosimina, se dice así porque cuando llueve por la comarca, siempre, siempre, llueve en mi pueblo y, por eso, tenemos mejores cosechas que los de alrededor.

—¡Quita allá, que Jesucristo fue a mear! —atajaba Teolinda por fastidiar.

—Se presentó en Valpalmas volando —aseguraba la cocinera con sorna.

—¡El Señor no salió de Judea y eso está muy lejos...! —seguía Teolinda.

—¿Cómo que no? Te recuerdo que Santiago estuvo en Zaragoza y dio el pilar a la Virgen —aseguraba la valpalmera con voz de falsete.

—Eso es otra cosa.

—Sigue, Pilara, déjalas, que se están riendo de ti.

—Cosimina, aunque te dirijas a nosotras, debes pedir las cosas por favor: «Sigue, Pilara, por favor», que luego doña Olimpia nos regaña —intervino Úrsula.

—Yo ayudaba a mi madre en casa a hacer las faenas y, luego, me iba a jugar a las eras con las niñas de mi edad...

—¿Tienes muchos hermanos?

—Seis, maña mía, cuatro se murieron de niños.

—Pilara, no digas «maña».

—¡Úrsula, no me dejas hablar! En mi pueblo todos los días son parecidos. Cierto que corren las estaciones...

—¿Qué quieres decir...? ¿Se come todos los días?

—Claro.

—En los pueblos unos días se come mejor y otros peor...

—Si la cosecha es mala, se come todo el año mal.

—¿Qué se come?

—Patatas, farinetas, migas, olla, sopas de ajo...

—Barbos o truchas del río.

—Mira, a tu papá le gustan los barbos, ya ves. Pero no le compro porque los pescan en la puerta de la Tripería, donde va a parar el sumidero de la plaza del mercado —explicó Úrsula.

—Los domingos comíamos cocido con tocino, morcilla y abundantes garbanzos...

—En el mío, que es Mainar, mi madre nos daba el día de Pascua un bollo con un huevo y nos íbamos a comerlo a las eras —informaba Teolinda.

—Eso cuando hay, que cuando no hay, con suerte, se come un cacho pan y una sardina de cubo...

—¿Qué son las eras?

—Donde se trilla el trigo.

—¿Qué es el trigo?

—El trigo es una planta, una espiga, de la que salen unos granos...

—De ellos, una vez molidos y convertidos en harina, se hace el pan.

—¡Ah!

—Mira, Cosimina, lo mejor de los pueblos es para San Martín, cuando se mata el tocino y se hace mondongo, entonces se come hasta la hartura...

—Sí, cuando el gorrino no coge garrotillo...

—¿Qué es eso, una enfermedad?

—De los cerdos.

—El jueves lardero también es buen día, pues se come longaniza.

—En Valpalmas, para las fiestas de San Hipólito, los mozos hacen rondallas y van pidiendo dinero casa por casa...

—En *Lecera*, Lécera quiero decir, que es mi pueblo —terciaba Úrsula—, les dan a los mozos bollos y vino y lo mismo hacen cuando se van los quintos y para las hogueras de San Antón... ¡Ah!, mi madre hacía cordero asado con patatas para Pascua de Resurrección. Tú, Teolinda, pasarías por allí cuando viniste a Zaragoza.

—No sé.

—Ésta no se enteró de nada, por lo que tú sabes, Úrsula —dejaba caer Pilara.

—¿Qué sabe Úrsula?

—Nada que tú tengas que saber —respondía tajante Pilara.

—Yo, cuando sea mayor, sabré mucho más que vosotras, sabré leer y escribir y cuentas. Ya tío Jorge me ha enseñado las letras del alfabeto.

—¿Nos enseñarás?

—Sí. Sigue, Pilara, por favor.

—Luego de recoger la cosecha y trillar, los chicos y las chicas íbamos a los campos a espigar, a coger hierba para alimentar a los conejos y, en otoño, a recoger las bellotas para dar de comer a los cerdos, pero, antes, se pisaba la uva en el trujal y salía el vino, el mosto, que beben hombres y mujeres; las mujeres con más cuidado.

—¡Qué suerte!, en las casas de los pueblos tenéis animales, a mí mamá no me deja tener perro ni gato.

—Los tenemos en el corral y en la cuadra, no te vayas a creer que dentro de la casa.

—Si los tuviéramos dentro de la casa no se podría vivir de tantas moscas.

—La *Campanera* y el *Trotón* no tienen moscas...

—Buen trabajo que le cuesta a Bartolo, no creas, hijica, si yo te contara... — hacía constar la cocinera.

—Bartolo tiene una flauta con un agujerito solo...

—No seas mala, Cosimina. Si te oye Bartolo se enfadará y te dará jarabe de palo —aseveraba Úrsula levantando la mano y haciendo ademán de pegarle, y dolida, muy dolida.

Claro que el que estaba dolido hasta la médula con la coplilla era el propio Bartolo, en razón de que alguna de las criadas o la lavandera o la costurera o tal vez la manicura o la peluquera de la señora había enseñado a Cosimina la maldita canción, y ella se la cantaba delante de sus narices y a toda hora, que ya se sabe que los niños son crueles por naturaleza. Y, claro, el cochero, que había llevado a la niña en palmillas desde el día en que nació, mejor dicho, desde el día en que la señora la había traído a casa, se dolía de la saña de la criatura y de la existencia de la tal canción, pues que le había acompañado a lo largo de su vida y, viejo ya, era incapaz de entender que Cosimina se la cantaba para hacerle rabiar y que, en el momento en que dejara de enojarse por tan tonta cuestión, la niña dejaría de hacerlo. Y se lamentaba a menudo con su mujer, cuando estaban los dos en la cama a punto de dormir:

—Bartolo es diminutivo de Bartolomé.

—Ya lo sé. Lo sé hace años.

—Igual que a los Franciscos se les llama Franchos o Pacos y a los Josés, Pepes...

—Mismamente.

—Bartolo no tiene por qué ser motivo de burla.

—¡Anda, maño, déjate de mandangas!

—Si tú no me hubieras llamado Bartolo, en Zaragoza nadie me hubiera llamado

así.

—Si me hubieras dicho que te llamara Bartolomé, cuando te conocí, lo hubiera hecho... Vaya, a mí siempre me toca algo de rondón... ¿Tendré la culpa yo...? ¡Venga, *callate*, no seas bobalicón...!

—Me duele mucho que la niña me cante esa canción, que me la hayan cantado otros me ha fastidiado, pero no me ha dolido.

—Te comprendo, porque la niña es la niña.

—La quiero más que a mis ojos.

—Mucho más de lo que querías a nuestro hijo, lo veo día a día.

—Igual. ¿Quién le ha enseñado la canción? ¿Alguna de esas putas...?

—Venga, Bartolo, a dormir, que se hacen las cinco enseguida.

Mientras el matrimonio formado por el lacayo y la cocinera mantenía la citada conversación en su dormitorio, los Arriazu y Jorge sostenían otra de diferente tenor; los hombres indignados de lo más:

—Los obreros conspiran contra los patronos a nivel internacional. Se reunieron el año pasado en París y decidieron hacer huelga general el 1.º de mayo de 1891. Se dice que en Madrid la han pospuesto, pero que en Barcelona han celebrado una asamblea en un teatro y llevado a cabo una manifestación por las Ramblas a la que han asistido quince mil personas, y los dirigentes han hecho llegar al gobernador un pliego pidiendo jornada semanal de cuarenta y ocho horas y mayores salarios...

—¡Siempre pidiendo, maldita sea...!

—Obreros y agitadores profesionales se han reunido para conmemorar la jornada de lucha habida en Chicago hace unos años...

—Esto le costará el gobierno a Sagasta.

—Lo de Chicago fue una monstruosidad...

—Es que hay otras maneras de pedir las cosas.

—¿Cómo?

—A través de los partidos políticos, en vez de formando sindicatos.

—Los sindicatos salieron de las revueltas de Chicago, en efecto.

—Yo les auguro larga vida...

—Ea, no se acaloren ustedes... Les voy a obsequiar con un refresco, con una limonada, que hace calor. Pero les advierto que, si no cambian de tema, me voy a la cama a leer...

—¿Qué lee usted, Olimpia?

—Releo las *Coplas* de Jorge Manrique.

—¡Ah, me las sé de memoria!

—¿Cómo no lees de día? En los salones tienes luz natural hasta la cinco de la tarde.

—Debe cuidar la vista, Olimpia.

—Leo también de mañana. Estoy con dos libros, con las *Coplas* y *La vida es sueño*...

—¿No se animará usted a escribir versos?

—No...

—Pues hay una verdadera manía de escribir en esta ciudad... Todo el que sabe escribir, escribe... Las veladas del Ateneo y otros círculos culturales han propiciado verdadera grafomanía en estos lares.

Rebeca, la hija bastarda de Luis Arriazu, también crecía. Hacía monerías y era traviesa y simpática. Unos días quería comer y otros no; otros, padecía de resfriado; otros, caguerillas; otros, lombrices; otros, tos ferina, paperas o sarampión, lo mismo que cualquier criatura, y era atendida por el doctor López-Tass, el mismo que curaba a Cosimina, que se presentaba en la calle de las Armas y hacía su labor sin preguntar, sin hacer comentarios y sin decir palabra fuera de allí.

Cierto que Rebeca, a más de sana, crecía con infinito cariño de madre, pues que Flora había desechado, por cansancio quizá y porque la niña había crecido, su plan de que Luis se quedara con ella del mismo modo, o parecido, al que se había quedado con Cosimina, que también era hija suya, y se había convertido en una excelente madre, pero le dolía que la pequeña se criara sin ningún cariño de padre. En razón de que su padre evitaba mirarla, sobre todo mirarle a aquellos ojos tan parleros que tenía, quizá para no tomarle cariño, y hasta la rechazaba, a veces malhumorado, porque Flora se la quería sentar en las rodillas por ver si cambiaba de actitud o se le removía el corazón, aquel corazón que tenía duro como el pedernal.

Pero no, el hombre no entró al trapo, no se dejó prender en las redes de Flora, quíá. Es más, tuvo una gresca con su entretenida que rayó en la trifulca, y le puso los puntos sobre las íes. Y si le dio una oportunidad más fue, en primer lugar, porque era banquero y había hecho una inversión en ella, pues le había puesto casa y entregado dinero en abundancia, y, en segundo lugar, por la niña, pues, aunque no la había mirado a la cara como quien dice, era producto —«producto» decía— suyo, el resultado de un acto de su lujuria, vamos, aunque —y subrayaba el «aunque»— también podía ser de otro hombre, del anarquista, y hasta de otro u otro, pues que Flora era ligera de cascos. Pues, si tenía querida, bien lo sabe Dios, era por el qué dirán y por nada más. De este modo, puso los puntos sobre las íes:

—Mira, Flora, me tienes harto. Cuando yo venga a esta casa, es decir, los martes y los jueves de cinco a siete de la tarde, la niña no estará en ella, la dejarás con alguna vecina. Y, en adelante, evitarás que me vea y, si por casualidad te cruzas en la calle conmigo, te cambiarás de acera y no me saludarás, como si no me conocieras. Además, vas a cortar de raíz eso de decirle a Rebeca que soy su padre y mucho más que me llame papá... ¿Lo has entendido?

—¡Oh, oh, mi amor...!

—¡Ni amor ni leches...! ¿Lo tomas o lo dejas?

—Has de saber que las vecinas me vuelven la cara, murmuran por lo bajo y no me

saludan.

—Le pagas a alguna.

—Vamos, vamos, que no se enfade mi niño... Vamos, ven, siéntate a mi lado, en el diván. Ven a ver las ligas nuevas que me he comprado, son de fantasía...

—¡La niña!

—No se entera de nada.

—¡Me da igual!

—Ya la encierro en su habitación.

—¡No, no quiero que la encierres...! ¡Empieza a tirar cosas al suelo, a gritar como un energúmeno, a aullar como si fuera un lobo, y no hay modo...!

—La criatura no quiere estar sola... ¿Quieres que la lleve con la vecina del rellano?

—Sí.

—Pues espera, mi amor... Le pediré un favor, le diré que tengo que ir al médico o que me estoy muriendo o haré comedia, o mejor le daré una peseta...

—Toma, dale esta peseta y verás...

Regresó Flora sola y siguió:

—De verdad, no entiendo cómo no quieres a Rebeca. Ella te quiere... ¿Hubieras preferido que fuera niño...?

—No empieces... Ninguno de mis amigos tiene el menor problema con su querida... Lo que me sucede contigo no lo puedo contar en ninguna parte... Me tomarían por imbécil...

—El caso es que tú tienes una hija y que no te quieres hacer cargo de ella...

—¿Cómo que no? ¿Quién te da ciento cincuenta pesetas al mes y te paga el piso? Con eso puedes vivir como una reina y hasta tener criada.

—No creas, no creas que es tanto. Gasto mucho en ropa, en estar bella para ti...

—El que me haya hecho cargo de Rebeca obedece a que antes me hice cargo de ti, pero, en realidad, como te he dicho hasta la saciedad, no sé si es mía... Es más, como ya te dije en su momento y te lo vuelvo a repetir, tengo mis dudas, pues no se me parece en nada...

—Se parecía a ti cuando nació, ahora se parece a mí. Es mi viva estampa, pero los niños cambian. Ya verás como, pronto, volverá a ser igual que tú.

—O que el anarquista...

—¿Me estás diciendo que soy puta?

—No he dicho eso.

—Un caballero no dice lo que acabas de decir a ninguna mujer ni que sea su entretenida...

—¡Las amantes de los caballeros saben estar en su sitio y no piden más de lo que reciben, muy contentas además!

—Eres mezquino, eres un maldito canalla...

—Rebeca puede ser hija de varios padres.

—¡Me partes el corazón, Luis!

—Sí, haz teatro, que se te da muy bien. Bien, te he hecho una propuesta, ¿la tomas o la dejas?

—La tomo, pero eres un hijo de tal...

—¡Te voy a partir la cara, maldita sea!

—Ea, ea, no te excites... Yo quiero lo mejor para Rebeca, y lo mejor es que tenga un padre y una madre...

Entonces le soltó Luis lo que venía pensando de tiempo atrás:

—Perfecto, te busco un padre para Rebeca.

—¿Qué dices?

—Un empleado mío, por ejemplo. Te casas con él, y la niña ya tiene padre. Te encontraré un buen hombre y ya me arreglaré con él...

—¿Cuánto ganan tus empleados?

—El que más ciento veinticinco pesetas al mes.

—Con eso no tengo para empezar...

—Pero tendrás un padre para Rebeca. ¿No es lo que quieres? Oye, piénsatelo... Y, sobre lo que te he dicho, no retiro una palabra. Lo del padre es una buena solución.

—Cuando me junté contigo no imaginaba que pudieras tener tan mala leche ni que metieras el dedo en la llaga del modo que lo haces ni que ahondaras en ella con tanto regocijo...

—Oye, si quieres te buscas otro amante...

—Te has llevado lo mejor de mi vida, te he dedicado siete u ocho años ya... Yo pensaba envejecer a tu lado, conformándome con ser plato de segunda mesa. ¡Por ti abandoné mi carrera artística, y bien sabes que daría una mano por volver a cantar en una zarzuela...!

—Querrás decir que conmigo has solucionado, y no mal precisamente, siete años de tu vida. Nuestras relaciones no pueden continuar así... ¿No ves que es raro el día que no discutimos? ¿No entiendes que si se mantiene una entretenida es para encontrar en ella placer?

—¡Ah! ¿Acaso no soy mejor en la cama que Olimpia?

—¡No mientes a Olimpia, maldita sea! ¡Me voy, porque la voy a emprender contigo a bofetones...!

Y se iba don Luis sin decir adiós, con el rostro congestionado de ira. Y se entraba en uno de los cafés de la plaza del mercado, en un garito, pues no había otra cosa por allá, a echarse al colete una copa de cazalla, dos copas de cazalla, a falta de *cognac*, que le aplacaran la cólera. Y luego comentaba con su amigo Jorge, al tiempo de cerrar la caja fuerte de la banca o dirigiéndose a Ambos Mundos, a la tertulia que ambos frecuentaban:

—A Flora no hay quien la aguante. Buena la hice cuando le puse casa. Todos los problemas que no tengo en la mía los tengo en la suya, que da la casualidad que también es mía. En ella ni siquiera puedo leer el periódico con tranquilidad...

—Déjala. Mándala a su pueblo. Dale dinero, que se presente como si fuera viuda, y le pasas una pensión.

—Ella quiere volver al espectáculo... Ella lo quiere todo, desea que trate a Rebeca como si fuera mi hija y que me deje llamar papá.

—Es ambiciosa.

—Le he propuesto buscarle un marido, pero tampoco quiere. ¿Necesitas una querida?

—¡No, gracias! No quiero compromisos, me valgo con ir al burdel.

—Este mes no le mandes al botones con el sobre.

—Lo que quieras.

—No me puedo dejar avasallar...

—Cierto, no dejes que se te suba a las barbas.

—Les das la mano y se toman el brazo.

—¡Ah, las mujeres...!

—Flora es capaz de irle a Olimpia con el cuento.

—¡Qué va! Flora quiere, pide, ruega, pero no ignora la suerte que tiene contigo. Cierto que tú tienes mucha culpa porque, después de discutir, mandas a la señorita Clarita Brun, nuestra empleada, a que le vaya a comprar un ramo de flores y se lo envías con el botones.

—Esta vez te juro que no. Este mes se queda sin dinero.

Y acababa Luis de una monserga y en su casa empezaba otra. Olimpia quería una institutriz para Cósima, francesa a ser posible. Que, además del francés, le enseñara a leer y escribir, números, cuentas y urbanidad:

—En cuanto me descuido, Cosimina se va a la cocina. Se escapa en cuanto puede. Y no quiero que ande por allí ni en el *office*.

—Yo también andaba en la cocina antes de cenar, mi madre me daba un coscurro de pan que me sabía a gloria bendita...

—Y a mí... Además, es lógico que a los niños les guste mucho estar en la cocina, pues oyen muchas cosas.

—Ya lo puede decir, Jorge. En esta casa hay días que se juntan siete personas: Bartolo, Úrsula, Pilara, Teolinda, la lavandera, la lechera por la tarde, cuando viene con el cántaro y, en el *office*, está la costurera, y mañana viene el colchonero y pasado el carbonero a poner todo negro, en fin... Todos, que si le compré a mi sobrino una perrica de cacahuetes; que si mi hermana ha matado un capón porque su hijo ha vuelto del servicio militar; que si tal no sube al tranvía porque no tiene dinero; que si el tendero tal pesa mal el género; que si mi primo cual ha venido a Zaragoza y se ha colocado de aprendiz y duerme en el colmado o en la ferretería... Con ello Cosimina no aprende nada, sólo oye comadreos, mal expresados por otra parte.

—¿Y qué quieres?

—Una institutriz, francesa a ser posible.

—Esto no es Madrid, ¿dónde la encuentro?

—Que te envíen una tus corresponsales de Madrid o de Bilbao. O alguno de tus amigos.

—Si veraneáramos en San Sebastián, sería más sencillo, pero no quieres ir. Tú siempre al balneario de Alhama.

—Yo tomo los baños y tú también, muy contento además. ¿Acaso no dices que resucitas con ellos?

—Con nuestra posición económica deberíamos tener casa en San Sebastián, que es donde veranea la reina con sus hijos... Cosimina haría buenas amistades y yo buenos negocios.

—Estando bien en Alhama, en un hotel de lujo, sería un derroche... Tú mismo dices que hay que guardar para la vejez, que pueden venir las cosas mal dadas.

—El dinero hay que moverlo. Una casa en San Sebastián, incluso un piso, si me apuras, se venderá mejor que uno en Zaragoza... Además, alquilamos, que no hay que comprar necesariamente.

—En San Sebastián llueve. Hay veranos que llueve a mares...

—Pero no hace calor.

—Cosimina se bañaría en la playa y tú, si quisieras, también.

—La niña alternaría con familias de postín.

—Y hasta con la familia real. Las infantas y el rey se bañan en la playa, como unos bañistas más —terció Jorge.

—Observo que los dos están muy bien informados.

—Jorge está decidido a comprarse casa en San Sebastián. ¿Te gustaría, Olimpia, otra para nosotros?

—¿A cuántos kilómetros está esa ciudad de Zaragoza?

—A doscientos setenta, poco más o menos.

—¡Qué horror...! Ya sabes, Luis, que yo no viajo más de ciento veinte, pues me mareo a morir... Por otra parte, estoy bien como estoy, yendo a Alhama. En este momento, lo único que necesito es más tiempo, tener más servicio, y, ya que he de buscar servicio, lo primero será contratar una institutriz, francesa a ser posible, repito.

Ante la insistencia de la dama, los dos banqueros se pusieron manos a la obra, pero no encontraron institutriz francesa ni inglesa ni alemana ni española. Había institutrices en la ciudad, ciertamente, pero ocupadas y no era cuestión de ofrecerles más dinero para que cambiaran de casa, porque los señores de las casas que tenían institutriz eran clientes de la Banca Arriazu y Maestro y con sus transacciones comerciales le proporcionaban a la entidad pingües beneficios que no era cuestión de arrojar por la borda por un antojo de Olimpia. Sin embargo, repasando sus archivos, hallaron la ficha de la señorita María Josefa García, maestra jubilada, que cobraba pensión del Estado y tenía libreta con ellos. Y, tras consultar a Olimpia, se pusieron en contacto con ella. Le enviaron el botones con un billete pidiéndole hora de visita y,

cuando la señorita les dio cita, acudieron ambos con puntualidad. Subieron a un cuarto piso. Perdido el resuello, llamaron a la puerta de una casa modesta y, tras los saludos y ser aposentados en una mesa camilla, la maestra les presentó un plato de galletas, sacó una botella de moscatel y unos vasitos, y les preguntó, con la mosca detrás de la oreja, pues había hecho múltiples cábalas sobre el motivo de la visita y su libreta no estaba en números rojos:

—¿Qué se les ofrece, señores?

Y habló Luis:

—Doña María Josefa, tengo una hija de cinco años... Me gustaría contratar una maestra de su valía para que le enseñara a leer y a escribir...

—¿A mí? —demandó la señorita con emoción en la voz.

—A usted. Tengo excelentes referencias.

—¡Oh!

—Diga usted qué sueldo quiere...

—Me jubilé el año pasado, pero le confesaré que echo de menos la docencia y los niños...

—Con la oferta de mi socio, tiene usted una bonita oportunidad de estar ocupada.

—Además, una niña no es lo mismo que cincuenta.

—Yo he disfrutado con cincuenta y con sesenta niños.

—Las clases serían en mi casa, por las mañanas, ¿qué le parece, doña María Josefa?

—Don Luis vive en la plaza de la Constitución.

—Me viene muy cerca.

—Y tanto.

—Le mandaré al cochero para que la traiga y la lleve.

—¡Oh!

—Póngase usted el sueldo, doña María Josefa.

—No sé, no sé.

—¿Cuánto cobraba cuando estaba en activo?

—Mil pesetas al año...

—¿Qué le parece mil por media jornada?

—¡Oh!

—¿Acepta usted?

—Sí, pero también tenía vacaciones.

—Diga usted.

—Veamos, del 18 de julio al 31 de agosto, del 24 de diciembre al 1 de enero, del miércoles Santo a martes de Pascua. Todos los domingos y días de fiesta, más pascua de Pentecostés, día de Difuntos, martes y miércoles de carnaval y miércoles de Ceniza y, ah, las fiestas del Pilar... Espero no haberme dejado ningún día.

Seguro que no se ha dejado ninguno, pensaron los dos amigos al unísono.

—Conforme. Mil pesetas al año y todas esas vacaciones.

—¿Qué horario?

—Diga usted.

—De nueve a doce, y comida en su casa.

—De acuerdo.

—¿Cuándo empiezo?

—¿Le parece bien el lunes?

—Sí. A las nueve.

—A las ocho y media la esperará el cochero en la puerta.

—Muy bien. ¿Cómo se llama la niña? ¿Cuántos años me ha dicho que tiene?

¿Cómo es?

—Se llama Cósima.

—La llamamos Cosimina.

—Acaba de cumplir cinco años.

—¿Tiene previsto llevarla a algún colegio?

—No he pensado al respecto. De momento, he venido a hacerle a usted una proposición.

—¿Cómo es?

—Es una preciosidad —informó Jorge.

—Es muy simpática y curiosa. —Será muy buena alumna.

—Muy aplicada.

—Le gustará, doña María Josefa, ya verá usted.

—No lo dudo, señores.

—Empieza usted el lunes.

—El lunes, señor mío.

—A las buenas tardes, señorita.

—Vayan con Dios los señores.

—Los días 30 de cada mes, le haré el ingreso en la cartilla.

—De acuerdo, don Luis.

—Con Dios, doña María Josefa.

En la calle, Jorge le dijo a Luis:

—Ochenta y tres pesetas con treinta y tres céntimos al mes por tres horas de trabajo, a más de tanta vacación, es una barbaridad.

—¿Y qué?

—Con la mitad se hubiera conformado. He visto su libreta y anda muy justa de dinero.

—Quiero que trabaje a gusto.

—Y, además, coche de puerta a puerta, y comida. Olimpia nos va a abroncar.

—Entiendo que quiera comer en casa, pues las mujeres que han trabajado se arreglan mal con los pucheros. Estaba como unas pascuas.

—Ya puede.

En efecto, doña María Josefa García, maestra jubilada, estaba como unas

castañuelas, pensando ya en cambiar las sillas del comedor, en comprar un diván y hasta en dar un limpión a la casa y blanquearla.

Los señores llegaron a comer contentos por la buena noticia que habían de darle a Olimpia, pero hubieron de esperar a contarla, y a que se sirviera la comida, porque la dama estaba ocupada. Estaba con Bartolo, el portero y todas las criadas, dirigiendo el traslado de la regia cama de Cosimina de su gabinete a uno de los cuartos de invitados, al que estaba frente por frente del suyo, pues que había tomado la determinación de que la niña durmiera con el ama. Por los miedos nocturnos que sufría y los alborotos que organizaba, porque, enterada de ellos por los sirvientes, no podía ver con tranquilidad una función de teatro ni estar solazada en tal o cual salón ni bailar a gusto ni hablar largo y hasta las tantas de la noche como hacen las señoras en todas las ciudades del mundo. Claro que, terminada la operación y sentada a la mesa, expresó sus dudas sobre la bondad del hecho:

—No sé si Cosimina se sentirá rechazada... No sé si creerá que ya no la quiero...

—¡No digas bobadas!

—¿No quiere al ama? ¿No quiere a Teolinda?

—Sí, pero temo...

—¿Qué temes?

—Que vaya a quererla más que a mí.

—¡Oh!

—¡Olimpia, por Dios!

—Una madre es siempre una madre.

—Y no hay más que una.

—He contratado a doña María Josefa —cambió Luis de conversación—, empezará el lunes, de nueve a doce...

—¿Querrá vacaciones?

—Todas las vacaciones del curso escolar.

—¿Cuánto cobra?

—Mil al año, y comida.

—¡Qué barbaridad!

Y eso, que a la dama también le pareció una barbaridad el sueldo de la maestra.

Le vino bien a Olimpia que ejerciera la maestra en casa, pues tuvo a Cosimina entretenida y más contenta. Sucedió que, de repente, se encontró en una situación que, pese a llevar diez años de casada, no había vivido. Resultó que, el 6 de octubre de 1891, no le vino la regla, a ella, que siempre había sido un reloj, y, tras pasar el día esperándola con los nervios a flor de piel, transcurrida la jornada sin novedad, le advino miedo, pues se creyó embarazada a sus treinta años cumplidos. Y no supo qué hacer, si echar la noticia al viento y comentar el hecho con su esposo, ni si estar alegre ni si estar triste por su mucha edad, mucha edad de por sí y mucha más para

traer un hijo al mundo por primera vez. El caso es que ese día estuvo hecha un manojo de nervios y los siguientes también.

Y lo que se dijo, que menos mal que la niña estaba buena parte de la mañana entretenida con la señorita García, con lo del gato maúlla, la vaca muge, el perro ladra, el león ruge y la gallina cacarea. Y por la tarde con Teolinda, que la llevaba, paseando, al jardín de Santa Engracia o a la plaza del Pilar para que jugara con otras niñas.

La señorita García, cuando entró en la habitación de Cósima, lo primero que hizo fue asombrarse de la cama de la criatura y lo dijo:

—Vaya cama que tienes, Cósima.

—Es igual que la del rey de España.

—¡Oh! —exclamó y hundió el colchón con la mano, por ver el mullido.

—Tengo dos colchones —explicó Cosimina.

La maestra recorrió con la vista la habitación y también se maravilló de la casa de muñecas, que, instalada en un rincón, era grande, como la caseta de un perro grande, y preciosa además.

Cosimina, que estaba muy orgullosa de ella, pues se la había regalado tío Jorge para su reciente cumpleaños, se adelantó, abrió el lateral y le explicó:

—Mire, señorita, en el piso bajo está la cochera, y se entra por este lado. Por la puerta principal se pasa al recibidor y a los salones, más allá está la cocina, el *office* y el lavadero; en el piso alto, los dormitorios: el de mi papá, el de mi mamá, el mío... Ve, mi cama y la de la casa de muñecas son iguales... Tío Jorge, que es mi padrino, me la regaló para mi cumpleaños, que fue el 26 del mes pasado... Cumplí cinco años... Estas otras habitaciones son para los invitados, y las que están en el desván para los criados... ¿Le gusta, señorita?

—Me entusiasma, hija.

—Mire, ahora le digo a usted quiénes son los muñecos. Mire —decía señalando—, estos elegantes son mi mamá y mi papá. Esta que lleva uniforme negro es Pilara, la doncella, ¿ve?, y la he puesto a limpiar el polvo... Ésta es mi ama, que se llama Teolinda, la he colocado en el lavadero para que lave mi ropa... La que está en la cocina con los pucheros es Úrsula, y el que está en la cochera, asómese, señorita, es Bartolo, el cochero, lo he puesto a cepillar a los caballos... Mis caballos se llaman *Trotón* y *Campanera*...

—Entonces, ¿en la casa de muñecas tienes a todos los habitantes de esta casa?

—Sí.

—Vivís siete personas: tus padres, tú, la cocinera, una doncella, el ama y el cochero...

—¿Jugará conmigo, señorita?

—Sí, algún rato jugaremos, pero yo he venido a enseñarte las letras... Vamos a

ver, cuéntame qué sabes hacer...

—Pues sé decir: me llamo Cósima Arriazu de Castresana, para servir a Dios y a usted.

—¡Muy bien! ¿Qué más, qué más?

—Sé rezar, comer, dormir, lavarme las manos, cantar canciones, contar cuentos, jugar a papás y a mamás, al escondite, al chocolate inglés, al corro, a la comba...

—¿Qué canciones sabes?

—El corro de la patata, el corro de la bola... Y esta otra, mire, se la canto: «Yo soy el Rata primero. Y yo el segundo. Y yo el tercero»...

—¿También sabes zarzuela?

—Esta canción la canta Pilara, aunque mi mamá no le deja cantar mientras limpia la casa.

—Es de la zarzuela *La Gran Vía*, es muy famosa. ¿Qué cuentos sabes?

—*La Cenicienta, La lechera, Caperucita Roja* y muchos otros. Y sé adivinanzas. Mire, señorita, adivina, adivinanza, ¿cuál es el ave que pica la granza?

—¿Quién te los cuenta?

—Unos mi mamá, otros Teolinda, otros Pilara, otros Úrsula...

—¿Cuántos años tienes?

—Cinco.

—¿Conoces las letras del alfabeto?

—Sí.

—¿Sabes que son veintinueve?

—No, señorita.

—¿Sabes contar?

—Sí, hasta diez.

La señorita se sentó a la mesa que Olimpia había dispuesto, hizo acomodar a la niña en una silla a su lado, abrió un libro y comenzó señalando en la hoja la primera letra empezando por la izquierda con un lapicero, como si Cosimina no supiera nada:

—A. Repite: a.

—A. Ya sé que es la a.

—Es igual, repite conmigo y fíjate cómo es y qué dibujo tiene. Vamos, repite: a.

—A.

—¿Sabes algo de números?

—Cuento hasta diez.

—¿Con los dedos?

—Claro.

—Pues tenemos mucho que hacer, ea. Empezaremos por las letras. Ves, la primera es la a, la siguiente la be... Parece difícil, pero es muy sencillo, pues se habla como se escribe, observa que tú al hablar emites un sonido: a. A ver, a...

—A. Ya sé que es la a.

—Muy bien. Y, al escribir, no hablas, escribes la letra a, ¿ves? Escribes la a.

¿Ves? —explicaba la señorita con afán.

Pero poco estudiaron el primer día, pues doña Olimpia, cuando terminó con su *toilette*, entró en el cuarto de Cosimina a conocer y saludar a la maestra y estuvo un rato platicando con ella, encomendándole y hablándole de las maravillas de la niña, como haría cualquier madre, en lo cual se alargó mucho, pues se le hacía la boca agua cuando hablaba de su hija, y la señorita también largaba lo suyo.

Cuando sonaron las once en los relojes de los salones, la propia señora de Arriazu llevó a doña María Josefa al *office* e hizo que Úrsula pusiera un plato más y le sirviera, a la par que comían los criados, y la lavandera y la costurera. Con tanta gente, llevó animada conversación mientras duró el condumio.

Doña María Josefa se fue de la casa bien comida y alborozada, pues, amén de haberle gustado la niña, de haberle entusiasmado la madre y de haber multiplicado por dos sus ingresos anuales con aquel trabajo tan grato y llevadero, había roto su soledad al compartir mesa y mantel con buenas personas, aunque fueran criados. Con excelentes personas, al parecer, pues se habían interesado por ella y le habían preguntado hasta por su lugar de procedencia; amén de educadas en todo momento, en razón de que habían observado el tratamiento, y la habían tratado de usted.

Mucho aprendía, e incluso disfrutaba, Cosimina con las lecciones y la verbosidad de la señorita García. Cierto que, de haber tenido más años o picardía, se hubiera apercibido de que era meticona, pues, por preguntar, hasta le había demandado a quién quería más, si a su papá o a su mamá, lo que no se hace, pues es poner a la criatura en un brete. Pero se divertía más por la tarde, cuando salía con Teolinda a pasear con un real en el bolsillo, dinero más que suficiente para que ambas se compraran un helado o un refresco de zarzaparrilla en verano, o un paquete de castañas en invierno o unas pastillas de malvavisco en cualquier época del año, ya fueran camino del Pilar o a otra parte. A niña y criada les gustaba llegarse al Pilar porque en la esquina con Alfonso I, las dos de común acuerdo, aunque lo tenían prohibido por Olimpia, se detenían a escuchar las historias del ciego Antonio y las dos lo hacían con la boca abierta, pues el hombre renovaba el repertorio y era un gran narrador.

Contaba Antonio, acompañado de una guitarra y siempre con su especial cantinela, con el ña, ña, ña, diversas historias: la de su perro *Lucero*, muerto recientemente, atropellado por una caballería, que resultaba estremecedora y real cien por cien, pues la llenaba de sentimiento, Dios tenga al buen *Lucero* donde tenga a los perros. La de los asesinos del general Prim, el héroe de los Castillejos, que, en este caso concreto, era inventada, salvo los hechos del magnicidio ocurrido en la calle del Turco de Madrid, pues los casi quince mil folios del sumario del proceso no habían podido aclarar el origen ni el motivo de los criminales, pero él hablaba de anarquistas, de liberales, de amadeístas, de republicanos y hasta de masones, todos

posibles asesinos. La de la desdichada reina doña María de las Mercedes, la primera esposa de don Alfonso XII, fallecida de tisis a los pocos meses de casada, que dejó a un pueblo y a un rey con el corazón doliente. La de una niña recién nacida, de nombre Cosma, afortunada sobre las demás niñas, que fue recogida de la basura, del río o de la puerta del Pilar —que variaba— por un perro y adoptada por una noble dama, a veces condesa, a veces incluso reina —que variaba—, que se criaba bien, siendo querida, atendida, alimentada y educada como ninguna otra. La de un ladrón que acabó con la vida de un dependiente de tejidos porque no le abrió la caja fuerte del establecimiento y fue condenado a garrote, etcétera.

La historia de Cosma, la niña adoptada, era la que más gustaba a Cosimina. Es más, hacía que Teolinda le pidiera al lazarillo del ciego —el que había venido a sustituir al perro— que solicitara a su amo que la contara, porque le emocionaba y, a veces oyéndola, hasta se le saltaban las lágrimas. Todo ello sin sospechar que la protagonista, la dicha Cosma, fuera ella, pues ni siquiera hilaba su propio nombre con el de Cosma, ignorante de que eran el mismo. La criada tampoco aunaba las dos historias, del mismo modo que no relacionaba la del hortera de tejidos malamente muerto con su marido; quizá porque el ciego había cambiado los nombres de los protagonistas y no los ubicaba en una ciudad determinada, o porque era olvidadiza de natural, o porque había querido borrar el momento más amargo de su vida —lo mejor que había podido hacer por otra parte—, o porque era persona de corto alcance. El caso es que Cosimina le daba un céntimo al lazarillo y, de vuelta a casa, comentaba con el ama la feliz historia de Cosma:

—Qué suerte esa Cosma, de pobre se convirtió en princesa.

—Y que lo digas, *Cosima*.

—Se dice Cósima. Si te oyera mamá, te regañaría, Teolinda.

—Lo intento, hija. Llevo años intentándolo, pero a veces me sale mal...

—Debes prestar atención: plátano, médico, Úrsula, Cósima... La señorita García dice que querer es poder. Oye, fíjate, Teolinda, a esa Cosma bien se la pudo comer el perro y, sin embargo, la llevó a su amo para que le buscara una buena madre.

—Unos nacen con estrella y otros *estrellaos*.

Y fue que un día, precisamente el día en que el ama dijo lo de que «unos nacen con estrella y otros estrellados», una señora que llevaba de la mano una niña de la misma edad que Cósima se acercó a ellas, cuando ya se iban, y le preguntó a la criatura:

—¿Qué historia te ha gustado más, guapa?

Y la niña no respondió, pues que su madre le tenía dicho que no hablara con desconocidos, fueran hombres o mujeres, pero Teolinda, que era parlotera, lo hizo por las dos y le contestó:

—A nosotras la historia que más nos gusta es la de Cosma, la niña que de pobre llega a princesa.

Entonces intervino con entusiasmo la preciosa niña rubia que llevaba la señora,

que, después, supieron se llamaba Rebeca:

—¡A mí también!

Y la señora demandó:

—Venís a menudo a oír al ciego, ¿verdad? Os he visto por aquí.

—Sí, señora —afirmó la criada, y dijo «señora», aunque no estaba segura de que lo fuera, por su avío y modales que, aunque no rurales, no se podían comparar con los de la señorita Olimpia, pero lo que pensó: mejor pasarse, que no llegar.

—Toma un caramelo, niña, un regalo de Rebeca —ofreció la señora, o lo que fuere, a Cosimina.

Entonces el ama, consciente de que ya había contravenido las instrucciones de su señora por haber hablado con una desconocida, se abalanzó hacia el dulce —que estaba envuelto en papel y, en consecuencia, era de buena confitería—, lo desenvolvió y, visto y no visto, se lo comió ella, pues pensó que podía estar envenenado. Tal hizo por no desobedecer dos veces seguidas las instrucciones de doña Olimpia, pero no estaba el caramelo envenenado, no, todo lo contrario, era muy rico.

La señora, o lo que fuere, tal vez tendera —se decía ya Teolinda—, se quedó extrañada. No obstante, volvió a meterse la mano en el bolsillo, sacó otro caramelo y se lo entregó a Cósima, repitiendo:

—Toma, niña, para ti. Es un regalo de Rebeca.

Cosimina dio las gracias, lo cogió, lo abrió y se lo comió.

Y la señora siguió:

—¿Querrás ser amiguita de Rebeca?

Y Cósima no supo qué responder. Ciertamente que su ama la sacó del atolladero, cortando por lo sano, diciendo:

—Adiós, señora.

—Hasta otro día.

E idas las dos, Rebeca comentó con su madre:

—Esta niña tan poco habladora y tan vergonzosa no nos ha dicho cómo se llama.

—Se llama Cósima.

—¿La conoce usted, madre?

—Algo la conozco, Rebeca, de verla por aquí —le respondió su madre, a la par que un suspiro se escapaba de su boca.

Y fue que, en lo sucesivo, casi tantas veces como niña y ama fueron a escuchar al ciego Antonio narrar la historia de Cosma, se encontraban a la madre y a la hija. Pero, para entonces, Teolinda ya sabía qué hacer cuando aquella señora, o lo que fuere, se dirigiera a ellas, pues había comentado lo de la mujer y su hija con sus compañeras, en razón de que Flora se había excedido y ya no le ofrecía a Cosimina un caramelo sino un helado, un bollo, etcétera, golosinas de mayor envidia, en fin.

—Yo diría que esa mujer nos sigue a Cosimina y a mí, chicas, quiere algo de nosotras.

—¿Cómo es?

—Tiene buen palmito, es bella, pero no es elegante como la señorita Olimpia.

—¿Os pide dinero?

—No. Al revés, nos da, nos habla y trae un bollo o una ensaimada. Y qué os voy a decir, nadie da nada por nada. Además, si se entera la señora ni te cuento...

—¿Va sola?

—A lo mejor es una mujer solitaria. Una viuda que necesita compañía —aventuró Pilara, tan cándida como siempre.

—¿Quieres contestarme, Teolinda, va sola? —inquirió Úrsula.

—No, siempre lleva una niña de la mano. La niña es muy rica y se llama Rebeca.

—¿Una niña rubia muy linda?

—Sí, más o menos de la edad de Cosimina.

—Ya sé quién es, rediez.

—¿Quién es, Úrsula?

—La Flora, la entretenida del señor...

—No jodas, Úrsula.

—Esa lengua, Teolinda —reprendió Pilara.

—¿Qué desea, te pide alguna cosa?

—No, pero quiere que las niñas sean amiguitas.

—Ni se te ocurra, que ésa algo querrá, aunque te confieso que no *me se* ocurre qué, pues supongo que el señor le pasará la renta... A veces, mi Bartolo se la lleva a su casa, pero esas *pajaras* siempre buscan alguna cosa. Ten cuidado con ella, pardala.

—No, si yo no quiero nada con ella ni Cosimina tampoco.

—En cuanto la veas, te largas.

—Tampoco vayas a oír al ciego —aconsejó Pilara.

—Aunque hay un ciego en cada esquina, sólo oímos al Antonio.

—¿La señorita te ha dado permiso para ir a oír al ciego con la niña, con las mentiras y gorrinadas que cuenta?

—No.

—Pues obedece y de la Flora huye, que es una mala mujer, una buscona, vamos.

—Haz caso a Úrsula y lleva a Cosimina por la parte contraria, al jardín de Santa Engracia, por ejemplo —aconsejó Pilara.

Y eso hizo el ama, llevar a la niña por el camino contrario —no fuera a verse metida en un lío por culpa de la dicha Flora y la despidieran de la casa—, llevarla al jardín de Santa Engracia, situado entre el final del paseo de la Independencia y la puerta de Santa Engracia, donde Cosimina jugaba con otras niñas de su edad, todas de buenas familias, al corro o al escondite o a la comba o las muñecas. Donde, a la hora de cierre de los colegios, la niña veía pasar, encandilada, a los muchachos de los Jesuitas y a las chicas del Sagrado Corazón, en grupos, de regreso a casa. Ellos, con el gorro de terciopelo rojo y pantalón corto y ya requebrando a las chicas y a veces gritándoles groserías para llamar su atención, y ellas, ya con la falda al tobillo,

acelerando el paso, corriendo a veces y siempre cuchicheando entre risas, contentas y conscientes de que los muchachos las miraban. Situación que contemplaban, no menos encandiladas también, Teolinda y las otras amas, a cual mejor vestida con el uniforme negro hasta los pies, con delantal y cofia almidonada, y con zarcillos de plata de fina filigrana adornándoles las orejas, que disfrutaban harto viendo a chicos y chicas, a más de hablando entre ellas.

Algunos días, la criada le proponía a Cósima ir a visitar a su tía, al barrio de la Magdalena. La niña iba encantada, pues de algunas tabernas de por allí salía música de organillo, y le gustaba oírla, aunque odiaba el olor a fritura que salía de otras, pero sobre todo porque la señora Manuela, después de que Teolinda le diera una peseta o le llevara unas rosquillas, las obsequiaba con una rebanada de pan de hogaza aliñada con aceite de oliva y abundante azúcar o con la nata de la leche, que a la criatura le sabía a gloria bendita, entre otras razones porque Olimpia hubiera puesto el grito en el cielo al verla comer aquella comida de pobres. Pero iban poco, porque un día se toparon con una banda de chicos que arrojaba piedras a otra banda de mozalbetes y hubieron de salir corriendo, no las fueran a coger entre dos fuegos. Luego supieron que eran los chicos del barrio de la iglesia de San Pablo —comúnmente conocida como la parroquia del Gancho, porque hay un gancho en la veleta de la misma—, que presentaban contienda a los del barrio de la Magdalena insultando a los «dueños» del lugar, y que los «dueños» del lugar también lo hacían a la inversa, pero les dio miedo y cambiaron de itinerario. No obstante, se aprendieron una de las cancioncillas que se cruzaban entre ellos:

Los del Gancho sienten la hierba crecer...
y los de la Magdalena la pisan y no la ven.

A veces subían al tranvía en la plaza de la Constitución y hacían viaje de ida y vuelta, sin bajarse, pues demasiado concedía Olimpia dejándolas ir, no fueran a desbocarse las mulas o a descarrilar el vehículo y sufrir un accidente que se las llevara al otro mundo. Iban a Torrero o al Arrabal, y se cruzaban con multitud de caminantes —pues, en Zaragoza, la gente es muy callejera—, con landos de cuatro caballos que transportaban a señoras empingorotadas —como decía Teolinda—, con jinetes, con hombres en velocípedo, etcétera. Además, Cósima disfrutaba preguntando a los tranviarios el nombre de las mulas para ir distinguiéndolas. La trataban muy bien los tranviarios y la llamaban «señorita», le dejaban sonar los cascabeles de las bestias y gritar: «¡So, mula!», y «¡arre, mula!» y no le cobraban el billete, porque sabían quién era y que su padre era accionista de la Compañía de Tranvías de Zaragoza, S. A., de la cual eran empleados.

De tanto en tanto, cuando, por las tardes, se ponía muy pesada, pues no tenía niños de su edad con quien jugar y estaba cansada de enseñar las letras a Teolinda, que no había manera de que las distinguiera, conseguía que su madre le permitiera ir

con Bartolo a buscar la berlina a la cochera de la fonda de Cuatro Naciones, sita en el Coso, 3. Entonces, niña y lacayo se topaban a veces con la fila de los niños del hospicio, criaturas que no tenían padre ni madre y, en consecuencia, eran huérfanos, circunstancia que apenaba a la pequeña Cósima. Pero otras veces se cruzaban con León Dulce, un muchachito ya, aunque todavía vestido de marinero, que, tras salir de clase, jugaba al aro, y se ponía rojo, rojo, cuando veía a Cosimina, cierto que siempre la miraba a hurtadillas, hecho que invitaba a Bartolo a decirle a la niña:

—Ese chico tan alto y tan guapo es el que se casará contigo, pues lo dijo su madre, que es tu madrina, el día de tu bautizo, y a tu mamá no le pareció mal.

Y la niña miraba al muchacho con interés, y unas veces le preguntaba qué era aquello de un novio y otras no, porque estaba demasiado cansada, pues Teolinda tenía advertido al lacayo de que la llevara dando rodeos, por el camino más largo, para que se cansara y durmiera de un tirón, y se dejara de fantasmas, ladrones y otros horrores, pues que había que cerrarle muy bien la ventana, mirar todas las noches debajo de la cama y, siempre, dejar encendido el quinqué, con el peligro que puede acarrear dejarlo encendido.

En los días que precedieron a las fiestas de Navidad, Cosimina anduvo muy contenta, pues que instaló el belén y cantó villancicos con su madre y las sirvientas, y mucho más disfrutó cuando llegó el administrador de la torre de Caspe, acompañado de varios hombres, entre ellos el guardés, y trayendo patatas para todo el año, productos de la matanza del cerdo y muchos capones vivos, que permanecieron encerrados en la galería de la casa hasta que Úrsula les rebanó el pescuezo y los guardó en escabeche.

Los Arriazu y todo su servicio celebraron la Navidad y el Fin de Año en casa de Jorge, pues que se empeñó. A Cósima, que iba vestida de pastorcita, le entusiasmó, pues no se acostó hasta que sus padres se fueron a misa de Gallo, y a las criadas les vino muy bien pues descansaron de sus tareas en un día señalado, aunque, según Úrsula, comieron y cenaron peor en el piso de arriba. Ciertamente que a los pobres les incomodó semejante decisión, pues, acostumbrados a que Olimpia les diera en Nochebuena un puñado de pasas, unos mazapanes y un real, se encontraron con la casa cerrada. No obstante, volvieron el día 26 a por el aguinaldo.

En la sobremesa de la cena del día 31, los señores estuvieron repasando los sucesos ocurridos en España durante el año: la imposición del sufragio universal; la caída del gobierno de Sagasta y el acceso, otra vez, de Cánovas; los sucesos de Melilla, que fue atacada por una turbamulta de moros felizmente rechazada por la guarnición; o el auge del sionismo a nivel internacional y la encíclica *De rerum novarum*, publicada por el Santo Padre para instrucción de los católicos. Y, en un orden local, el tema de conversación fue la primera salida de la procesión del Rosario de Cristal con un sinnúmero de faroles, de los que Olimpia había donado los del primer misterio Gozoso, y con una maqueta del templo del Pilar con las cuatro torres, cuando sólo tenía una todavía, para vergüenza de los zaragozanos; y también que el

paseo de Torrero había pasado a llamarse de Sagasta, aunque nadie lo llamara así, y aún hubieran podido seguir con el suceso de los dos empresarios del textil que fueron muertos por unos manifestantes en primavera, pero fueron interrumpidos porque Cosimina se presentó en el comedor con un pañuelo aragonés arrollado en la cabeza, un cachirulo, pidiendo atención, en virtud de que ella y Pilara iban a cantar una jota, y eso hicieron:

En lo alto el Pirineo soñé
que la nieve ardía
y por soñar imposibles pensé
que tú me querías.

Fueron muy aplaudidas por la concurrencia y la pequeña cantante comida a besos por su madre y las criadas, pues que tenía gracia. Además, Olimpia no se disgustó de que su hija hubiera participado en aquella «baturrada», y ni siquiera comentó nada, salvo el donaire de la niña, cuando ella y sus hombres abandonaron la casa. Como había hielo en los cristales, ellos salieron bien tapados con sus gabanes y ella bien abrigada con una media capa de marta cebellina, un gran *foulard* al cuello y un manguito de visón que ya se había ocupado de llenar con el peine, la polvera, el frasquito de sales y el monedero. Iban a concluir el Año Viejo y a iniciar el Nuevo en el baile del casino Principal de Zaragoza, sito en el antiguo palacio de los Condes de Sástago y cuya escalera subió la dama como si una reina fuera bajo la galería de retratos de los reyes de Aragón, pintados por Manuel de Aguirre años antes.

Y cuando varias señoras la vieron entrar se dijeron entre ellas:

—Ya está aquí doña Olimpia.

—El mejor palmito de toda Zaragoza.

—Tiene usted razón.

—Es más elegante que la Pauline de Metternich.

—Vamos con ella, vamos.

Ocurrió a primeros de enero que a Olimpia la regla no le vino en su día ni en una semana ni en dos; ni en un mes ni en dos. En el transcurso de ese tiempo, pudo observar cómo su cuerpo cambiaba y se le hinchaban los pechos y los pies, cómo su estómago se volvía loco, pues vomitaba al menos una vez por jornada, cuánto le pesaban todos los huesos del cuerpo, y qué tontera de cabeza tenía. Quizá fuera la tontera de cabeza o, al revés, la claridad de cabeza que pudiese tener —porque a veces se dice una cosa y es la contraria—, o su corazón, lo que la llevó a guardar silencio sobre su posible estado de buena esperanza, porque una intuición, algo íntimo e inexplicable, le decía que encinta no estaba, no.

Pese a su desasosiego y a que no se encontraba muy «católica», celebró su santo, el 24 de enero, con veinticuatro amigos. Y ella y Úrsula se lucieron. Pues se sirvieron *hors d'oeuvres*, *purée Crecy*, *darnes de saumon* del Bidasoa, *chateaubriands Périgord à la Richelieu*, *macédoine de légumes de saison*, *punch au Kummel*, *poullardes de Mans rôties*, *jambon glacé à l'espagnole*, *glace praline* y *desserts* variados, todo ello regado con vinos de Rioja y con *champagne*... Un banquete que más parecía una boda y que, naturalmente, fue muy elogiado, y un gran día, además, porque Cosimina le había escrito una felicitación: «A mi querida mamáica, muchos besitos de su hijita que la quiere. Cosimina Arriazu de Castresana», las primeras letras que recibía de su hija, que, mira, la emocionaron.

Pero cuando llevaba dos faltas y los síntomas que tenía eran los mismos que había oído de boca de infinidad de mujeres a lo largo de sus diez años de matrimonio, e incluso un poco antes, cuando, casadas, sus amigas le narraban, algunas con ciertos remilgos, por no asustarla quizá, y otras con escasos remilgos, los negocios de la preñez y su doloroso desenlace, ya no soportó más la incertidumbre. Y una buena mañana, Olimpia salió sola de casa, alquiló un simón en el Coso y le pidió al cochero que la llevara a la calle de San Blas. Se apeó, abonó la carrera, asió el tirador de cuerda de la casa y llamó al tercer piso, saludó con la mano a la mujer que se asomaba a la ventana por ver quién llamaba, subió las escaleras y, sofocada por el esfuerzo, llamó a la puerta de Petra Alonso, una acreditada partera que ya había hurgado en sus entrañas con anterioridad y que la recibió con mucha alharaca.

—No sé si estoy encinta, Petra —fue al grano la dama, tras saludarla.

—¿Quiere, doña Olimpia, una gaseosa? —ofreció la comadrona sabedora de que no era de gusto la prueba que venía dispuesta a pasar.

—No, gracias. Mire, Petra, no me ha venido la regla en dos meses. Estoy irritable, vomito todos los días, se me han hinchado los pechos, me cuesta moverme y los pies no me sostienen...

—Veremos, la voy a examinar. Échese la señora en esta camilla.

Olimpia se quitó las bragas de precioso encaje que llevaba, se tendió y se alzó la falda.

—Levante las piernas la señora y póngalas...

Puso Olimpia las piernas como era menester ponerlas. La matrona le examinó el vientre con una trompetilla semejante a las que usan los sordos, y luego introdujo su mano derecha donde era menester meterla y, a poco, movió la cabeza como queriendo decirle que no estaba embarazada. Pero la dama quiso conocer el resultado con certeza y preguntó, eso sí, con poca voz, porque, en realidad, en los dos meses que llevaba con la duda no había sabido si alegrarse o no alegrarse de lo que le acontecía y, en consecuencia, no había hecho ni una cosa ni otra:

—¿Estoy embarazada?

—No, señora, no.

—¿Cómo es eso, si me lo parece y estoy en la segunda falta?

—A veces, el ansia de tener un hijo confunde la cabeza...

—Yo no quiero tener un hijo. Imagínese usted, primeriza a los treinta y un años... Ya tengo una hija adoptada, como usted ya sabrá, y mis deseos de maternidad están colmados.

—La cabeza, doña Olimpia, juega malas pasadas. Lo tengo visto en los cuarenta años que llevo en este oficio. Los síntomas que usted sufre son mismamente los de un embarazo, pero preñada no está, se lo digo yo.

—Menos mal que no he dicho nada a mi marido ni a mis amigas...

—No es corriente lo que le pasa a la señora, pero tampoco es anormal, posiblemente sea amenorrea.

—¿Qué es eso?

—Es que desaparece el flujo o disminuye.

—¿Es grave?

—No. No hay más que verla a usted, está como una rosa y tan bella como siempre...

—Estoy hecha un guiñapo, Petra.

—Usted que se ve mal, doña Olimpia.

—¿Me asegura que no estoy encinta?

—Seguro; me dejaría cortar una mano. Pero debería la señora consultar a su médico de cabecera, no vaya a tener otra enfermedad, permítame este consejo.

—Déme algún remedio contra la amenorrea esa.

—Yo le pediría al barbero que le aplicara unas sanguijuelas y caminaría bastante, que mal no le hará. Sin embargo, consultaría con el médico, pues una cosa es ser partera y otra médico. Quizá sólo necesite unas cuantas tazas de valeriana u otro sedante, quizá esté ansiosa por alguna otra razón.

Olimpia abandonó la casa de la matrona, que la despidió con varias reverencias, pues la dama, sin preguntarle el precio de sus servicios, le entregó dos duros, mucho más de lo que cobraba la dueña por atender un parto. Y, siguiendo su consejo, regresó a casa andando. Eso sí, preguntándose qué motivo, o motivos, podía tener para estar ansiosa y, la verdad, repasando su vida desde el advenimiento de Cosimina no

encontraba ninguno, al revés, hallaba muchos motivos de felicidad. A ver, tenía una hija preciosa, lista, amable, simpática y muy educada para su corta edad. Un marido que miraba por sus ojos y hablaba por su boca. Un amigo sobre todos los amigos, el buen Jorge, que se ocuparía de Cósima si, Dios no lo quiera, en el futuro faltaban los dos. Muchos otros amigos y amigas, y conocidos, que le hacían la vida agradable. Cuatro criados fieles y serviciales, una institutriz, mejor dicho, una maestra que hacía su labor a satisfacción. Y, ay, aparte de sus bienes propios, parte de la Banca Arriazu y Maestro, la que le correspondiera por consorciales, parte que crecía y crecía, pues el negocio era una mina de oro.

Y hablando de la mina de oro se encaminó a dicho local, a buscar a los dos directores. Allí la recibieron todos los empleados como si fuera la reina de España, pues los hombres, desde el cajero hasta el botones, le besaron la mano y la señorita Clarita Brun —la única empleada— se inclinó, pero los pies le hubiera besado de poder hacerlo. Luis la entró en su despacho, se unió a ellos Jorge y los tres se fueron a tomar un *vermut* al *ambigú* del teatro Principal, lo que les quitó el hambre.

A Olimpia le vino bien conocer su situación, saber que a sus treinta y un años cumplidos no estaba encinta y dejó estar el asunto, pues de sanguijuelas no quiso saber nada y ni siquiera consultó sus molestias con López-Tass.

Se olvidó de todo aquello y, tras visitar a su prima Adelaida, la monja de la Consolación, decidía no volver a contratar los servicios de la señorita García, aunque reconocía que su labor había sido excelente, pues Cosimina había aprendido números —muchos más de los que ella misma sabía, pues que contaba hasta mil, quizá porque a partir de mil lo hacía Luis, muy bien además—, y había aprendido las letras tan a la perfección que era capaz de leer el *Diario de Avisos* a toda la familia. Pero estaba decidida a llevar a su hija al colegio para que alternara con otras niñas, hiciera amigas, tuviera ocupadas buena parte de las horas del día y no pusiera cara de aburrimiento cuando le pedía que la ayudara a devanar una madeja o mientras oía a los señores hablar del pucherazo electoral de turno o de alguna cuestión seme ja. Para ello se dedicó a ir a la modista, al zapatero y a la sombrerera con Cosimina, para que le cosieran o hicieran el uniforme del colegio en el que ingresaría en octubre: capa azul; vestido blanco de palas abotonado a la izquierda, rematadas las mangas por tres cintas, bata para estar en clase y no mancharse, de ambas prendas quita y pon; zapatos, quita y pon también; cinco pares de medias; pañuelo para el cuello, adornado con las mismas tres cintas de los puños del vestido, y mantilla y velo.

Y ya, después del baile de «San Luis Gonzaga», como todos los años, se fue al balneario de Termas Matheu de Alhama de Aragón a pasar el verano. Allí a Cósima se le cayó el primer diente y Olimpia hizo lo que se contaba que había hecho la reina doña María Cristina con el primer diente que se le cayó al pequeño rey Alfonso XIII, diciéndole a la niña:

—Ponlo debajo de la almohada.

Y fue que, al día siguiente, Cósima se encontró un duro de plata bajo la almohada

y, mira, que el diente se lo había llevado el ratón Pérez, y le hizo mucha ilusión.

Y, al volver de Alhama, Cósima, con un diente menos, fue al colegio por primera vez.

Aquel domingo por la mañana Cósima se había ido a la cama de su padre y habían estado jugando los dos, disfrutando hartos, vaya, con una arqueta que él había sacado de su armario para tal fin. La caja estaba llena de onzas de oro, de las llamadas peluconas, y la niña había atendido sus lecciones sobre las mismas como si fuera una persona mayor, y, cuando Luis, como padre ilusionado, le comentó a Flora que Cósima iría al colegio, por primera vez, el primero de octubre, cometió una torpeza de la que luego se arrepintió. En razón de que su querida —mujer de ilimitada ambición— quiso que Rebeca fuera también al colegio y al mismo colegio. Y le espetó a la cara:

—Tú no tienes una hija, es como si tuvieras dos... La tuya, que es adoptada y no se sabe de quién es, y la tuya y la mía, que sí se sabe de quién es... ¿Qué pasa con Rebeca? ¿Te olvidas de Rebeca?

—No empieces. Te recuerdo que más de una vez te he dejado sin sueldo, y te veo venir...

—Además, quiero que se conozcan las niñas... Que sean amigas, si van al mismo colegio, se conocerán y quién sabe si llegarán a intimar.

—¡Y una leche!

—Pues, cuando sean mayores, van a estar las dos muy solas, piénsalo bien... Cuando Cósima y Rebeca se queden sin padres, ya me dirás a quién acuden... Si llegaran a ser amigas, se tendrían la una a la otra... ¿No te parece?

—A Rebeca la llevas a una escuela...

—¿A qué escuela?

—A una que esté cerca.

—¿Entonces no quieres que sea una señorita?

—Me da igual...

—¡Mal padre, que eres un mal padre!

—Y tú una mala pécora... Te cuento cualquier memez, lo de que Cósima va a ir al colegio, por ejemplo, y tú saltas como serpiente venenosa... ¿Quieres quedarte otra vez sin paga? Pues, sigue.

—Este mes no puedo quedarme sin paga, porque tengo que comprarle ropa a la niña...

—¡Pues cierra la boca!

—Rebeca está muy resfriada. Voy a llevarla al médico...

—¿Por un catarro? Le das fricciones de alcohol de romero en la espalda o le embadurnas el pecho con tintura de yodo, lo que hacemos todos...

—Me escatimas hasta en médicos.

—¿Cómo te voy a dar de grado si me sacas de mis cabales?

—Tú siempre estás fuera de tus cabales, contra mí, por lo que sea. Da igual por lo que sea. Ni ir al teatro puedo por no dejar sola a la niña... Se me va lo que me das en dar propinas a la vecina...

—Si no hicieras tanto el pendejo... ¿Qué haces con los dineros? Con ciento cincuenta pesetas al mes para dos personas, tienes para tener criada...

—Asisto a mi madre, que está enferma, y gasto mucho en coches. Voy todos los días a llevarle comida... Además, los niños gastan mucho.

—Ve andando...

—Sí, a Montañana andando. Tampoco me puedo traer conmigo a mi madre porque esta casa no es mía.

—Ya sólo faltaría tu madre en casa cuando yo venga de visita.

—¿Ves como no hay manera contigo? ¿No haces caridades?

—Oye, yo hago caridad con quien quiero. Además, ¿vas a convertir a tu madre en una «consentidora», cuando, supongo, será mujer devota y no una descreída como tú? ¡Y venga, basta de cháchara, a la cama, que para eso he venido...!

—¿Y si te digo que no?

—Si me dices que no, te doy dos leches...

—No te atreverás...

Arriazu se atrevió, vaya que sí, y, sin pensarlo dos veces, le propino a Flora dos sonoras bofetadas en ambas mejillas, que le dejaron marca y, además, de malos modos, a empellones, la llevó a la cama y yació con ella, sin disfrutar, pero dejando claro quién mandaba allí.

Después del sexto cumpleaños de Cosimina, que recibió de regalo una muñeca tan grande como ella de parte de sus padres y de parte de Jorge una colección de cuentos de Calleja y el álbum de fotos de Zaragoza, realizado por Coyne, Luis, como quiera que su hija iba a salir de casa y estar varias horas durante el día sin gobierno de padres ni de sirvientas, como buen banquero, quiso que conociera el dinero circulante. Por ello hizo ir a su casa a la señorita Clarita Brun, la empleada de la banca, como dicho es, con muchos billetes y monedas.

Cósima, que, en sus paseos con Teolinda, se había comprado refrescos, bollos en Fantoba, chucherías y cacahuets en las cesteras, en las «abuelicas», como las llamaban en Zaragoza, churros en las churrerías, pastillas de malvavisco en las boticas y había visto pagar a Úrsula en los puestos del mercado, que si una mata de borrajas, que si cuatro docenas de alcachofas de Tudela, y que había dado limosna al ciego Antonio por oír la historia de Cosma y otros cuentos, sabía lo que era el dinero y para qué servía. Lo que ignoraba era que hubiera tantas monedas de oro y plata y tantos billetes. Y que un billete, un papel, fuera tanto dinero, máxime porque a ella, cuando tío Jorge le daba una propina, le daba una moneda, a lo más un duro de plata

de Alfonso XIII y, cuando lo cambiaba para comprar algo, le daban pesetas, reales, perros gordos, perras gordas, perricas, ochavos y céntimos, pero nada más. Por eso disfrutó tocando y distinguiendo billetes de veinticinco, cincuenta, cien, doscientas cincuenta, quinientas y mil pesetas, y monedas de oro y plata que iban desde las emitidas por el Gobierno Provisional en 1869, pasaban por las del rey Amadeo y las del rey Alfonso XII y terminaban con las del rey Alfonso XIII, hijo del XII... Pero, aunque le gustó tocar el dinero y, como buena hija de banquero, quiso quedarse con todas las monedas y billetes, fue demasiada lección para ella. Lo que le dijo Olimpia a la señorita Brun:

—Es demasiada lección para ella. Acaba de cumplir seis años.

Y lo que se dijo para sí encogiéndose de hombros:

—En fin, Luis se ha empeñado. Yo la hubiera mantenido alejada del dinero por un tiempo, en fin...

Claro que la Brun no se fue descontenta de casa de Arriazu, al revés, se fue como unas pascuas, porque doña Olimpia la invitó a merendar con ella, ¡con ella!, en la salita, como si fuera amiga suya; hecho que pudo contar al detalle a todos sus compañeros, algunos de los cuales sintieron envidia, pues ni don Luis ni don Jorge los habían convidado jamás a tomar un *vermut* o un café.

El primer día de colegio de Cósima Arriazu fue glorioso porque todo resultó novedad para ella: el uniforme, la bata, los libros, el plumier y la cartera, la pizarra y el pizarrín; el pupitre que le asignaron, en primera fila —la que le tocó por el orden alfabético de los apellidos—, entre Amorós y Batalla, una a su izquierda y otra a su derecha; y Fernández y Hornachuelos, las que estaban sentadas detrás, y aún había otras ocho niñas más en su clase de párvulas. Monjas y alumnas estrenaban edificio, dado que la congregación se había trasladado de la calle Méndez Núñez a la de San Voto, a un antiguo y artístico caserón, con precioso patio gótico, que había pertenecido a los Ximénez de Embún y que había sido renovado por dentro, con lo cual estaba todo nuevo y reluciente. La madre Emilia, una monjita joven y sonriente, que se hizo cargo de la clase, después de rezar:

—Os damos gracias, Señor, por los beneficios que hemos recibido... Dios te salve, María, llena eres de gracia... —se pasó la mañana pidiendo una y mil veces:

—¡Niñas, silencio, por favor! ¡Niñas, silencio, que se va a enfadar el Niño Jesús...!

Pero, aunque las niñas no callaron, ni ella ni el Niño Jesús se enfadaron. Y fue que Cosimina, tras rezar el Ángelus —tras mover la boca mientras duraba la oración, que aún no se sabía—, volvió muy contenta a casa, contándole en el camino a Teolinda lo que había vivido en su primera mañana de colegiala y hablándole de la historiada toca que las religiosas llevaban en la cabeza, de su hábito negro y del peche— rito blanco y almidonado, muy blanco y muy bien almidonado. Lo mismo

hizo con las otras criadas al llegar a casa, y con sus padres y padrino a la hora comer, que se regocijaron oyéndola: que si Amorós, que si Batalla, que si la madre Emilia, que si la tía Adelaida le había hecho una carantoña en la cara; que, ay, necesitaba un trozo de tela, un pañito para las labores, con urgencia, con mucha urgencia, para aquella misma tarde, y fue menester que Pilara revolviere en varios armarios hasta encontrar uno.

En los días siguientes las calificaciones que anotaba sor Emilia en un cuadernillo de tapas de hule terminaron con el orden alfabético que había establecido y, como Arriazu sabía leer y escribir y hasta hacía cuentas bastante bien, pasó al primer puesto, a la primera mesa, con lo cual a la izquierda ya no tuvo compañera y a la derecha tuvo a Hornachuelos, que era tonta, según comentaba a los señores en el comedor. Y cuando le decían:

—No puede ser Hornachuelos tonta, está la segunda de la clase. Ella decía:

—Sí y, además, es mala, pues da pisotones y pellizcos cuando estamos en la fila y, en el juego de la gallina ciega, siempre quiere que la pague yo, y tan pronto me ajunta, como no me ajunta... Y no quiere cambiar cromos conmigo, los cambia con Gil, porque se ajunta con ella...

—¡Oh, cuánta desgracia!

—Sí, papá.

—Cósima, no se dice «ajuntar».

—Sí, mamá.

—Entre chicos se dice ajuntar, Olimpia.

—Bueno, ¿en lectura, en qué página vas?

—Voy por que «Frasquita ha llevado a las vacas al prado a pastar hierba fresca...».

—¿Había llovido?

—Sí. También hemos cantado las tablas de sumar...

—¿Y en geografía?

—Hemos recitado los ríos de España...

—¿Cuáles son?

—Miño, Duero, Tajo, Guadiana, *Guardiacivil*, Júcar, Segura y Ebro...

—¡Oh, Cosimina, no es *Guardiacivil*!

—¡Guadalquivir!

—¡Guadalquivir!

Y se reían. Y gozaban todos cuando la niña informaba:

—Me lo sé todo... Me ha dicho la madre Emilia que a final de curso me dará banda de honor por aplicación.

A ver, que Luis Arriazu no sosegaba desde que le diera dos bofetadas a Flora, bueno, dos bofetadas, dos guantazos bien dados. No por Flora, que se merecía dos sopapos

bien dados y muchos más, ni por haber pegado a una mujer... No sosegaba por él mismo, pues mil veces se preguntaba si había dejado de ser un caballero al haber perdido la compostura que todo hombre respetable debe guardar ante cualquier circunstancia. Y, la verdad, tenía sus dudas. Porque él había nacido en el seno de una muy humilde familia de artesanos. Su padre había sido afilador de los que van por las calles con un carrito anunciando su presencia con una especie de armónica, dicha zampoña, que emite un tiroriro especial, y había logrado más tarde establecerse en un pequeño local en la calle Democracia; su madre había sido aguadora, con un puestecillo en el mercado, hasta la temprana muerte de su esposo, y, entonces, tomó las riendas del negocio y afiló miles de cuchillos y tijeras y hasta sables de soldados y puñales para gentes pendencieras. Siempre su madre con el afán de que su único hijo estudiara en los Escolapios, pues, dada la gran mortandad infantil existente en España, había perdido dos niñas antes de que cumplieran el año. Aspiración que llegó a conseguir porque también afilaba los cuchillos de la congregación y le admitieron al niño como gratuito. Y fue allí donde conoció a Jorge. Luis se tomó el asunto de sus estudios y de su porvenir con seriedad y cursó el bachiller consiguiendo incluso mejores notas que Jorge, su compañero de mesa, del que se convirtió en amigo inseparable. Eso sí, trabajando duro tanto en el colegio como en la tienda de su madre, hasta lograr el Premio Extraordinario de Bachillerato, galardón que le abrió las puertas para asistir en el mismo lugar, durante dos cursos, a las clases de contabilidad que impartía el padre Martínez, con excelentes calificaciones... Con tan brillante historial no tuvo impedimentos para colocarse, de inmediato, en la Caja de Descuentos de Zaragoza —luego Banco de Crédito de Zaragoza—, bajo las órdenes de don Juan Bruil, fundador de la entidad; y ya prosperar hasta llegar a ser cajero, como sabido es. Prosperar en el trabajo y educarse había sido su meta para llegar a ser un caballero como los señores Bruil, Diego Madrazo y Garriga —los propietarios—, que no le negaron el trabajo de cajero cuando tuvo las quince mil pesetas de aval que requería el puesto —todos los ahorros de la vida laboral de sus progenitores, que su madre le entregó con generosidad y sin condiciones, como hacen las buenas madres—. Al poco tiempo, su laboriosidad hizo que se convirtiera en el hombre indispensable para llevar el negocio junto a Jorge Maestro, que, tras estudiar la carrera con él y trabajar en Madrid, fue el segundo cajero... Para, para, ay, tras invertir en bolsa, primero mil pesetas, luego dos mil y luego diez mil, conseguir una fortunilla envidiable, una mujer envidiable y ser respetado en Zaragoza y en buena parte de España como un banquero y un caballero ejemplar, que incluso lucía entre las damas.

Lo que decidió a Arriazu a enviar a su amante a Madrid fue que la vio hablando con Olimpia en la plaza de la Constitución, mientras él estaba de tertulia en la terraza del café Suizo con sus amigos, antes de subir a su casa a comer. Fue que se atragantó con el *vermut* y lo pasó mal, pues le entró el líquido por la tráquea en vez de por el esófago y que tosió hasta casi morir. Y, en la agonía, se aducía:

—¡Bien que la cagué cuando me lié con Flora...!

Y, cuando pasado el mal rato y ya en la mesa, comiendo, le comentó a su esposa que la había visto hablar con una mujer desconocida y le preguntó quién era, respiró porque la dama no se lo supo decir, pues le respondió:

—Me ha preguntado dónde estaba la calle de las Armas y se lo he dicho, no la conozco.

Así las cosas, con su amante haciéndose la encontradiza con su esposa, seguramente cargada de malas intenciones y todavía dolida de las bofetadas, decidió largarla a Madrid y para ello acudió a Jorge:

—Jorge, te voy a pedir el mayor favor que me puedas hacer...

—¿Qué sucede?

—Nada grave, gracias a Dios.

—¿Dime?

—Quiero quitarme a Flora...

—Pues dale puerta.

—Verás... He pensado enviarla a Madrid. La he visto hablando con Olimpia y, como no me fío de ella, temo que le pueda contar alguna cosa de nuestra relación.

—¿Con todos los gastos pagados la quieres enviar a la capital?

—Sí.

—¿Y pasándole una renta?

—Sí.

—¿Vas a mantener una amante en Madrid?

—Sí. Cada vez viajamos más a Madrid por negocios... Así la veré menos y discutiré menos con ella.

—Perdona que te lo diga, pero una querida se tiene para el placer.

—Me da y me ha dado placer, te lo aseguro.

—¿Placer y disgustos? No lo entiendo.

—No se trata de que lo entiendas... Soy consciente de que tu filosofía es otra y que te desahogas en la mancebía.

—Que no me ocasiona problemas, pago y hasta otra... Oye, ¿tú estás enamorado de Flora?

—¡No!, yo estoy enamorado de mi mujer...

—¿Entonces?

—Me gusta la cara de Flora...

—La cara y algo más.

—No seas irónico, por favor.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Que hables con ella, que le declares tu amor y tu disposición para encontrarle un papel de protagonista en el teatro de la Zarzuela de Madrid, claro.

—¡Ah, no! Yo no quiero cargar con ella, odio los líos de faldas.

—Podría venirte bien, ya sabes lo que se dijo de nosotros.

—¡Ah, ni hablar...! Yo no me escondo cuando visito un burdel y, es más, siempre voy con amigos para que me vean y, por otra parte, sufrí la muerte de mi primer y único amor, el fallecimiento de Pepita Desclaus.

—¿No quieres ayudarme, pues?

—En los términos que me propones, no...

—¿En qué términos me ayudarías?

—A lo más, haré de intermediario... Si tú no quieres ver a Flora por las razones que puedas tener y que no quiero saber, puedo hablar con ella y presentarle tu propuesta, que, si no he entendido mal, consiste en ponerle piso en Madrid, pasarle una renta y prometerle un papel en una zarzuela...

—Un buen papel en una zarzuela.

—¿Y qué renta?

—La misma que aquí: ciento cincuenta al mes.

—Pedirá más.

—Lo máximo doscientas.

—Doscientas. ¿Y tú irás a verla cuando vayas a Madrid?

—Claro.

—¿Y habré de hacer la gestión para que cante en una zarzuela?

—De eso me ocuparé yo.

—En fin, lo haré porque tú me lo pides.

—Pídeme tú alguna cosa para corresponderte.

—No se me ocurre nada.

—Gracias, pues.

—¡De nada, de nada...!

—Venga, amigo, hazme este favor.

Flora Melero aceptó la proposición que Arriazu le hizo a través de Jorge porque había fallecido su madre y porque las vecinas de la casa y de la calle la miraban mal, amén de que la propuesta profesional del banquero resultaba espléndida —lo de conseguirle, utilizando sus influencias, un trabajo de tiple en el famoso teatro de la Zarzuela de Madrid— y la económica también, nada menos que la escandalosa cantidad de quinientos duros al año, dinero con el que podía vivir como una reina y llevar a Rebeca a educar a las «Francesas» para que fuera una señorita y alternara con la *élite* de la *élite*.

Pero, hasta que Jorge le encontrara piso, no tenía prisa y vivía como si no hubiera de trasladarse, andando de aquí para allá con la niña de la mano. Así un día se llegaba a la pastelería de Francisco Marca, sucesor de Lac, en Mártires, 18, a comprar *meringues*, pues los hacían muy ricos y a las dos les gustaban mucho y luego daba vueltas y vueltas por la plaza de la Constitución tratando de ver a Cósima. Y, a veces, ya que estaba cerca, se personaba en la casa de baños de Marraco, y era capaz de

abonar cuatro reales por estar media hora en una bañera llena de agua a la mitad, más bien fría además, con la agravante de que tenía que obligar a su hija a entrar en la misma y a enjabonarse, lo que le producía más de un sofoco, pues la otra se negaba en redondo. O cuando no tenía gana de andar, pero sí mucha de hablar, bajaba a la calle de las Armas, con una silla, dispuesta a platicar con las vecinas a la fresca. La situaba a la puerta de la casa, frente por frente de la fábrica de alpargatas del señor Callizo, acreditado establecimiento con tienda abierta al público recientemente y regentada por su señora esposa, doña Segunda. Pero se subía a casa muy pronto, pues siempre sufría con pesar que las vecinas hicieran corrillo aparte y no le ofrecieran agua del botijo y, además, constataba una y mil veces que aquella hija, que no se la había dado Dios pues no era de bendición precisamente, no quería jugar con las otras niñas y que las otras niñas tampoco querían jugar con ella. Y a menudo terminaba dando palique a doña Segunda, la única alma caritativa de por allá, que le daba un caramelo a Rebeca y a ella la escuchaba sin hacer aspavientos ni gestos despectivos, aunque —pensaba Flora— tal vez fuera que la señora Segunda no sabía quién era ni a qué se dedicaba, pues se había incorporado hacía poco al negocio de su marido, mientras otras vecinas, de antiguo, no cruzaban saludo ni palabra con ella por su condición de entretenida.

Frecuentaba las pastelerías para que Rebeca, que se criaba enclenque, se atiborrara de pasteles y engordara, pues bien conocía el refrán de «dame gordura y te daré hermosura», y era consciente de que la niña hermosura tenía y tendría, Dios mediante, pero también de que le faltaba gordura. Rondaba por la plaza de la Constitución para ver a Cósima y acudía a los baños para ver a Olimpia de Castresana, que era cliente asidua, bien lo sabía también. Por ver a Olimpia, a aquella mujer hermosa como las estrellas y distinguida, como la señora reina regente, que tenía preso el corazón de Luis con amor acrisolado, pues no ignoraba —lo sabe cualquier amante— que marido y mujer yacían juntos con asiduidad. Además, con un amor de tal calidad y cantidad que ella, pese a que se había empleado a fondo y, venga Dios y lo vea, a que le sobraban prendas propias y saberes, y astucias femeniles tampoco le faltaban, no había sido capaz de disminuir. Lo sabía perfectamente, entre otras razones, por lo mucho que había aprendido de sus actuaciones en diversas zarzuelas, que las más de las veces hablaban de amor; a más de la vida que también le había enseñado lo suyo y de su circunstancia personal: aquella desgracia de ser bella y pobre, que, vaya, el asunto no se podía definir de otro modo; a más de su ambición por hacer un dinerico que le solucionara la vejez, pese a tanto empeño que había puesto, no había sabido o no había podido, ay, destruir aquel sólido amor entre los esposos o al menos acallararlo o reducirlo o minimizarlo a la mera cortesía conyugal.

Por eso iba a los baños de Marraco, cuando los de la Tripería le quedaban a un paso de casa, por ver a Olimpia entrar o salir o por ocupar una silla cercana, cuando la dama esperaba sentada a que quedara una cabina libre. Para escuchar lo que

hablaba con sus amigas, que a menudo se citaban allí, o, sencillamente, a contentarse con oír de lejos su cantarina voz. Pero no sólo iba a eso, no, iba también a ver si, por casualidad, alguna vez, sorprendía a Olimpia poniéndose o quitándose el albornoz o desnudándose o desnuda incluso, por ver qué, rediez, guardaba aquel cuerpo de ninfa, aquel andar airoso, aquel espíritu sereno que, después de diez años de matrimonio, todavía llevaba a maltraer a Luis Arriazu, cuya amante oficial era ella. Flora necesitaba conocer qué había en aquel cuerpo para, quizá, saber a qué atenerse o cómo, rediez, hacer las cosas para conseguir de su amante un poco de cariño verdadero para ella y su pequeña hija, máxime cuando se fuera a Madrid y las relaciones con Luis se suavizaran, nada más fuera porque se verían menos por la distancia.

Claro que cuando no tenía gana de andar, sacaba dos sillas al balcón y con su hija, de tanto en tanto, veía pasar al carro de la perrera, bajar el perrero, tocar un cornetín, echar el lazo a un can y llevárselo; o al pavero con una manada de pavos en dirección a la plaza del mercado; o lo de siempre, a las niñas jugar al corro o a la comba, pero de ese modo evitaba tratar con aquellas malas gentes de la calle de las Armas, que en su presencia siempre abrían y cerraban los ojos o los levantaban al cielo en señal de fastidio o hacían gestos burlones o se santiguaban cuando se cruzaban con ella y más cuando empezaba a largar de su próximo traslado a Madrid y de la renta que mensualmente le pasaría el banquero.

Pese a todo, Flora no tenía prisa por marcharse de Zaragoza, quizá porque, aunque estaba dispuesta a presentarse en la capital de España como una respetable viuda de provincias —lo que echaría un velo sobre su oscuro pasado y le haría ganar en estima social—, había nacido a pocos kilómetros del Ebro, y la tierra de uno es la tierra de uno. O tal vez fuera que le daba pereza inventar el personaje de su inexistente marido, pues como Luis no quería que fuera, no.

Se ponía a pensar en ello, en lo de su difunto inexistente, y, como tenía que discurrir una vida entera, le venían sudaderas. A ver, lo primero era buscarle un nombre de pila y dos apellidos. Luego imaginar un cuerpo y acertar con los rasgos de la cara, el porte, la manera de vestir y, en general, con la primera impresión que el fallecido habría de producir en sus oyentes, en los oyentes de Flora, porque no es lo mismo haber estado casada con un *dandy* de buenas maneras que con un patán. Y se agobiaba porque pretendía que todos los rasgos faciales y prendas morales que estaba imaginando para su ficticio marido la hubieran enamorado como una tonta. Y lo que se decía:

—Ya que pienso, ya que me cuesta tanto trabajo y desazón discurrir, que mi difunto haya sido el esposo perfecto y yo haya estado enamorada de él hasta el tuétano.

Pero imaginación tenía poca y se sentía incapaz de ponerle rostro y cuerpo a su inexistente marido. Además que, para inventar la niñez del personaje, sólo le venía a las mientes el vecinico de la casa de su madre, un dicho Pedrito o Pablito, como se

llamare, un niño enfermizo que la espiaba a través de los cañizos de la tapia y le silbaba cuando trabajaba en el huerto. Y, para la mocedad, aquel tramoyista del teatro Circo, un dicho Martín, que la requebraba sin parar, pero que se cayó de un andamio a la semana de empezar con los piropos, Dios lo tenga con Él. Para continuar con el anarquista, que la dejó preñada y la abandonó para largarse a Barcelona a hacer sus revoluciones y, a la par, Luis. Y ella contenta, muy contenta, pues no había de trabajar para ganarse la vida y dar de comer a su hijita y tenía más de lo que hubiera podido soñar y mucho más que tendría, pero no quería que su imaginario marido fuera como Luis.

A más de lo dicho, había de pensar en cómo conoció al inexistente y darle oficio, y, claro, se le hacía un mundo, por eso a veces le preguntaba a Rebeca:

—¿Cómo te gustaría que fuera tu padre, si lo tuvieras a tu lado? ¿Cómo dirías que es de haberlo conocido?

Y la niña, que era lista como una ardilla, pero que se había vuelto esquiva y hosca desde que iba a la escuela porque las niñas le hacían el vacío, interrumpía sus juegos o deberes para responderle como una marisabia:

—No tendría que inventar nada, miraría su fotografía y ya está.

—La cosa es más difícil, no tenemos fotografía.

—¿No se hicieron ustedes una foto el día de su boda?

—Sí, pero la perdí.

—¿Perdió usted la foto de bodas?

—Perderla no, pero la verdad es que no sé dónde la he guardado...

—Madre, ¿por qué me miente...? Yo sé que tengo padre. Mi padre es el que es y no me puedo imaginar otro. Es ese señor que usted se empeña en que llame don Luis, el que me tengo que ir a mi cuarto y no salir ni hacer ruido cuando viene a casa.

Tal le contestaba la niña, que tenía la lengua bastante suelta. A veces Flora suspiraba y le decía con dulce voz:

—No hagas caso de lo que te digan, las gentes son chismosas y envidiosas. Las niñas de la escuela de la señorita López no han comido caliente en su vida y lo único que saben es chismorrear, lo mismo que todo el vecindario. Lo único que debes creerte es lo que yo te diga... Te repito que tu padre murió del cólera en el año 85, antes de que tú nacieras... Verás, hija mía, hubo una gran epidemia que causó muchas muertes en toda España y en Zaragoza más... No quiso vacunarse, y mira... Yo tuve que ocuparme de ti sin un brazo de varón que me sirviera de sostén...

—Déjelo usted, madre.

Otras veces Flora hacía como que no la había oído e insistía:

—Haz un esfuerzo de imaginación... Imaginar es bueno, agranda la mente... Ayúdame, hija... Veamos, un hombre apuesto y alto, de cabello negro... Ay, no, de cabello rubio, pues tú eres rubia, de nariz recta, de labios finos, de dientes perfectos, de agudos ojos, de mentón enérgico, de cuerpo proporcionado... Vestido con levita, chaleco de tapicería y pantalón con la raya bien planchada... Con botines de charol,

medias de seda hasta la pantorrilla, guantes de cabritilla y sombrero de copa... Con un lando que le espera a la puerta de su casa para llevarlo al trabajo... ¡Qué digo trabajo!, será un hombre que viva de las rentas de su casa... ¿Te gustaría que tu padre fuera así? Vamos, ayúdame...

Pero Rebeca no quería hacer esfuerzo o, sencillamente, no quería hablar de su padre. Y entonces Flora le ordenaba, enfadada:

—¡Ven aquí, que te voy a revisar el pelo, no vayas a tener piojos...! No has hecho más que rascarte... ¡Ven!

En casa de Arriazu hubo duelo. Una noche se murió Bartolo en la cama y Úrsula, que dormía junto a él, no se enteró y, en consecuencia, no le pudo asistir en sus últimos momentos.

Comentó luego la cocinera que a los primeros gallos sintió frío y, naturalmente, se tapó más y, a los segundos, mucho más y que, entonces, como era hora de levantarse para encender la cocinilla y preparar los desayunos, llamó a su esposo, que no le respondió; que entonces lo meneó y lo sintió frío como el hielo y, espantada, lanzó un grito y luego otro.

Gritos que despertaron a sus compañeras, que dormían pared con pared, y a los señores, que, aunque estaban lejos y cada uno en su habitación, acudieron juntos a ver qué sucedía, y hasta Cosimina se presentó en el cuarto del muerto. En el cuarto del muerto, pues que había fallecido Bartolomé Laínez, conocido por Bartolo, nacido en Tardienta, provincia de Huesca, de profesión lacayo, esposo que fuera de Úrsula Andrés, de profesión cocinera, y padre de Juan Laínez Andrés, de profesión soldado.

Y fue que la pena y el dolor camparon en el piso principal de la plaza de la Constitución, 3, pues Bartolo, aparte de excelente sirviente, había sido muy querido por todos, que así lo reconocieron:

—Hemos perdido un buen hombre —se expresó don Luis con la voz cortada por la emoción.

—Un hombre como pocos, nunca tendremos un criado igual, pues en él se podía confiar. ¡Ea, Úrsula, se habrá ido derecho al Cielo! —dijo la señora.

—Era de fiar y te quería, Úrsula, nunca jamás me hizo una mala proposición ni me miró a los ojos, te lo juro —la animó Teolinda.

—Consuélate, Úrsula, pues tuviste un buen marido. Yo nunca podré decir otro tanto —reconoció Pilara.

—¿Está muerto? —preguntó Cosimina.

—Dios lo tendrá con él, no me cabe duda —seguía Arriazu.

—A su lado, a su derecha, al lado de los Apóstoles —enfaticó Pilara.

—Habrá ido derecho al Cielo —sentenció Teolinda.

—No llores, Úrsula, estará muy bien con el Niño Jesús —la confortó Cósima teniéndole la mano.

—¿Quién lo había de decir? —se adujo Olimpia—, se acostó sano, nos dio las buenas noches como todos los días y, ay, ¡qué cosas trae la vida...!

—¿Cuántos años tenía? —preguntó don Luis.

—Cincuenta, papá —respondió Cósima, que se sabía a la perfección los años de todos.

—Era ya mayor —aseveró Teolinda.

Y todos decían alguna cosa, todos menos la esposa, que no era capaz de articular palabra, que sólo podía llorar. Y, llorando, contempló cómo la señora y sus

compañeras no la abandonaban en aquel trance, en el peor de su vida, y, sin poder moverse, observó cómo, tras la visita del doctor López-Tass, que diagnosticó fallecimiento por hemorragia cerebral, desnudaban el cadáver de su marido, lo limpiaban y, sin hacer asco a los detritus, lo vestían con su levita de domingo. Y cómo, entre las tres, sacaban del trastero la tarima de la orquesta del baile de «San Luis Gonzaga» para instalar el catafalco en el primer salón y encendían las velas de varios candelabros para iniciar el velatorio, mientras don Luis se presentaba en la funeraria para que se ocuparan del entierro, que pagó él desdeñando que su lacayo hubiera pagado seguro de entierro, y lo mismo hizo con el nicho, pues no quiso que su buen criado fuera sepultado en el osario que la parroquia de San Gil tenía en el cementerio de Torrero, sino en sepultura perpetua para él y su mujer, por la que abonó la cantidad de doscientos cincuenta reales, hecho que la viuda agradeció.

Úrsula fue la protagonista de aquel nefasto día y, vestida de negro para siempre ya, pues era vieja también, recibió el muy sentido pésame de don Jorge y el de los amigos de su esposo, entre ellos los que habían jugado, los domingos después de comer, de muchos años a esta parte, cientos, miles de partidas de guiñote. Lo hizo en el primer salón, como si fuera la señora de la casa, pues la señora de la casa llevó el triste asunto como si Bartolo hubiera sido su hermano o su tío o su primo y no se separó un momento de la viuda, que recibía las condolencias de los cocheros y de otros conocidos de Bartolo, así como de señores y criados de la casa y de otras casas, como si estuviera en el limbo, pues que todavía no había asumido el fallecimiento de su marido. Y, a ratos, se culpaba de él, pues que había estado a su lado durmiendo como una marmota y no se había apercebido de la agonía de su buen esposo, que, Dios lo había permitido, se había ido de este mundo sin recibir los auxilios espirituales. Pero, pese a que su único hijo estaba sirviendo al rey en la isla de Cuba, no se encontró sola, no, porque Olimpia, que le tenía la mano y le prestaba su pañuelo para que se enjugara las lágrimas, le decía que dejara sus temores al respecto, pues que la muerte se presenta en el momento menos esperado, en el más inoportuno incluso, a veces con alharaca y otras con el mayor silencio y que pronto llegaría el señor cura de San Gil a remediarlo. Pero Úrsula no se consolaba, no, ni, conforme discurría el día, quería tomar un vaso de leche o uno de moscatel o una pasta de té de las que servían sus compañeras, cierto que, cuando llegó el párroco y rezó varios responsos ante el cadáver de su marido, se tranquilizó un tantico, pues lo que dijo a su señora:

—Ahora, ya no habrá quien le niegue a mi Bartolo la entrada en la Gloria Eterna.

—No hay nadie, en efecto, además ya sabes que la Gloria Eterna es un lugar mejor que el mundo, un lugar placentero.

O acaso fuera que le hizo efecto la tila que le obligó a beber la dama. El caso es que, ya más entera, presidió el entierro flanqueada por sus señores y que, llegada a casa, ella misma retiró el colchón de su cama, colocó otro, lavó las sábanas y puso limpias, pero no oreó la habitación, pues lo que se dijo:

—No tengo a Bartolo, que está gozando de la Gloria, pero todavía me queda su olor.

Olor que mantuvo durante muchos días, pues no abrió la ventana, con gran escándalo de Olimpia, que, no obstante, se lo permitió.

Cósima, a sus seis años para siete, se enfrentó con la muerte por vez primera. Al principio, mientras duró el jaleo de vestir el cadáver de Bartolo e instalarlo en el catafalco, no se impresionó, es más, ayudó, pero conforme el rostro de Bartolo fue empalideciendo más y más y su nariz afilándose, tuvo miedo, más que miedo, terror. Tanto que se la tuvo que subir Jorge a su casa y distraerla enseñándole libros de estampas, que tanto le gustaban, pero ni por ésas, pues la niña entró en la casa llorando y se fue del mismo modo.

Y es que el hueco que había dejado el lacayo en casa de Arriazu se hizo notar durante muchos días. Por lo que Olimpia explicó a su hija:

—Es que cada hombre o mujer es un individuo único e insustituible que, al morir, deja un hueco irremplazable mientras queda memoria de él.

No lo entendió Cosimina, quizá porque era demasiada lección para ella, pero tal vez Olimpia quiso terminar con las muchas preguntas que le venía haciendo sobre el nacer, el morir y los porqués de la vida y de la muerte, que ni ella comprendía, por eso le contestó con una frase que se escapara a su corto entender. No obstante, la niña ayudó a la cocinera como la que más de la casa, pues fue la que escribió la carta, con su letra todavía torpe, al hijo de Úrsula anunciándole el fallecimiento de su padre, tal y como ella se la dictó. Pero, ni al cabo de los meses, le pudo leer la respuesta del hijo, pues que no debió recibirla.

Flora Melero se tomaba su próximo traslado a la capital de España con calma, con mucha calma. Tras comprarse varios baúles de los llamados «mundos», una mañana vaciaba un cajón de la cómoda, otra, otro, y otra llenaba una sombrerera. Como hacían las señoras encopetadas, sin prisa y con sosiego, sin atender las palabras de su hija Rebeca, que deseaba marcharse cuanto antes, ya, incluso, para no oír a sus compañeras de la escuela de la señorita López que, como si fueran demonios, la llamaban hija de tal, cuando no ignoraba que quería decir hija de puta, aunque no comprendía qué era aquello de ser puta y su madre no se lo quería explicar o también lo desconocía. Tenía prisa por marcharse a Madrid, o al quinto pino, a donde fuere, porque su madre no era como las demás madres, aunque ciertamente vivía en un piso mejor que el de muchas niñas de la escuela, con su única hija, con ella; en una casa donde se dormía sobre buenos colchones, aunque se comía más bien mal, porque Flora no era una gran cocinera; donde se compraba lo que se necesitaba: comida, vino, lamine; telas, medias, calcetines, zapatos, un mantón para el invierno, etcétera, pagando en el acto, pero no era como las demás madres porque mentía cuando decía ser viuda, pues tenía un marido, aunque no fijo, ya que no vivía en casa pero la

visitaba a menudo. Aquel don Luis que llegaba al piso, se quitaba el sombrero, dejaba el bastón, se encerraba con Flora en el dormitorio, y se iba, que para ella era su padre... Pues, salvo eso, todo lo demás era igual en su casa y en las de otras niñas, odiosas niñas, que a saber si también las encerraban en su cuarto cuando llegaba su padre, como a ella le sucedía.

Pero fue que, por fin, Flora le dijo que en menos de dos días cogían el tren y, en efecto, se presentaron en la casa de la calle de las Armas los trajineros y fueron sacando, bajando, cubriendo con mantas los muebles y subiéndolos a un carro, junto a los baúles y los cestos. Unos llenos de ropa, otros de vajilla y pucheros, otros de lámparas y demás enseres, pues en el piso sólo quedaron los clavos de las paredes y el maletín de mano que madre e hija llevarían en el expreso, al que subieron el mismo día, tras alquilar un simón, en la estación del Campo del Sepulcro, a las veinte horas, a las ocho de la tarde, porque en las compañías ferroviarias el día tiene veinticuatro horas y no doce y doce, según le explicó Flora. Que iba radiante, lo mismo que ella, las dos instaladas en coche cama, como si fueran condesas, asistidas por un mayordomo; las dos yendo a cenar al coche *restaurant*, eso sí, soportando las miradas de un montón de hombres que las observaban con descaro incluso, como si fueran bichos raros, según Rebeca y según Flora porque viajaban solas. Y eso que, pi, fa, fa, fa, llegaron a Madrid a la estación de Atocha y, en otro simón, al piso tercero izquierda de la casa de la calle de Velázquez, 66, a su casa, vaya. Una espléndida mansión de ocho habitaciones, cocina y baño, ¡un baño, ay, del que salía agua de los grifos...!

Y lo primero que dijo Flora:

—Habré de buscar una criada enseguida, no podemos nosotras limpiar esta casa tan grande.

Y lo primero que dijo Rebeca:

—Madre, ¿ha visto usted que sale agua del grifo en el baño y en el fregadero de la cocina y que se va por un *aujero*?

—Estamos en la capital, hija mía. Ahora, vamos a andar un poco camino de una fonda hasta que lleguen los muebles, he visto una por aquí. ¡Vamos, hija!

Las dos Melero llegaron a Madrid como si fueran reinas, pues así las trataron en la fonda París, donde se hospedaron hasta recibir los muebles, que vinieron de Zaragoza en un tren de mercancías. Y, una vez instaladas en su casa, suscitaron la curiosidad del vecindario que las recibió con el mayor de los respetos, además que aceptó la viudez de Flora y la orfandad de Rebeca y hasta se compadeció de ellas. Que las informó sobre todo lo humano y lo divino que era menester conocer para vivir en la calle de Velázquez: sobre jardines y parques; iglesias y horarios de misas; colmados, lecherías y mercados; jabonerías; sombrererías, modistas; cacharrerías; médicos, etcétera. Y hasta algunas vecinas las invitaron a merendar y escucharon con interés la descripción y oficio del difunto inexistente de labios de Flora. Claro que todo cambió cuando Flora recibió al primer hombre: a Luis Arriazu.

Para aliviar la pena que reinaba en su casa, desde el inesperado fallecimiento de Bartolo, Olimpia decidió meterse en obras y hacer dos baños completos, con una gran bañera de mármol, otra pequeña para pediluvios, lavabo y *bidet*, y hacer otro cuarto con ducha de regadera para los criados en la parte de atrás del piso, así como reformar las letrinas, pues que era mujer que siempre había estado muy pendiente de la modernidad y llevaba años viendo salones de baño de lujo en las revistas ilustradas. Cuando comentó su decisión con los señores y les enseñó un anuncio de una página de la casa Vergara de Barcelona con varios modelos y otro de la francesa Caseneuve y Cía., asegurándoles que dudaba entre uno y otro, pasó lo que tenía que pasar, lo que sabía que iba a pasar. Porque en Zaragoza, una de las mayores ciudades de España, en 1893 todavía no llegaba agua corriente a las casas. Y lo que le comentaron:

—Hasta que no llegue el agua, ¿para qué?

—¿Cómo sacarás el agua sucia de la bañera, si no hay desagüe?

—Si no hay cañerías. Si en estas casas tenemos un sumidero en la cocina y el *water-closet* es un pozo negro...

—En otras ciudades, en Madrid o en Barcelona y antes en París y Londres, hace muchos años, cincuenta, sesenta quizá, que sale agua por los grifos.

—Es mejor seguir como estamos, con la bañera portátil que se vacía en el sumidero de la cocina y con el lavabo que se llena a jarros y cae el agua sucia en un cubo.

—Eso no es progreso.

—Esto es Zaragoza, querida.

—Esto es vivir en la prehistoria.

—No hay alcalde capaz de sacar adelante el proyecto de alcantarillado.

—Se han hecho varios.

—En el hotel de Madrid donde nos hospedamos, tienes un grifo para el agua caliente y otro para la fría. Para producir agua caliente existe un aparato de gas... Abres una espita, acercas una cerilla, prende la llama y, al momento, sale caliente.

—No se entiende en esta Zaragoza que el baño, aparte de ser higiénico, causa bienestar y que es apto para todas las edades.

—El mayor decoro de una persona es la limpieza.

—Cuando voy a casa Marraco, a la bañera le hago limpiar la pila con lejía viva, pero he de darle buena propina.

—Si, al menos, el *water-closet* tuviera su tubería de desagüe, las excretas ocasionarían menos infecciones...

—¿Qué son las excretas, tío Jorge?

—Las excretas se dividen en alvinas y urinarias —respondió Jorge muy serio a Cosimina.

—Las cacas y los pises, hija mía —atajó Luis, que se molestaba a veces de que su

amigo fuera una enciclopedia.

—Estoy leyendo, con licencia de mi director espiritual, pues el libro está en el Índice, *Tormento*, de don Benito Pérez Galdós, y en la novela aparece un salón de baño, como el que yo deseo, ya en 1868...

Cósima, que, como todos los niños, mostraba mucho interés por las cacas y los pises, fue a continuar, pero cortó Olimpia:

—En la mesa no se habla de...

—Por cierto, habrá que buscar otro cochero y un criado para mí —propuso Luis—. Desde que murió Bartolo, hace un mes, me tengo que vestir yo solo. ¿Qué has pensado, Olimpia?

—Odio meter gente nueva en casa. Cuando se casó Eusebia, nos arreglamos... Yo también necesitaría un par de doncellas y Úrsula una pincha, pero me resisto.

—Pues yo no.

—¿Qué quieres, pues?

—Un criado que haga a la vez de cochero. Otro Bartolo, vamos.

—Un Bartolo no lo vas a encontrar ni aunque busques con un candil.

Entró en casa de Arriazu un criado vestido con ropa muy decente, llamado Perico Blasco, que traía carta de recomendación de un noble de Madrid, que lo primero que hizo, tras saludar a las criadas, fue pellizcar a Teolinda en el culo mientras lo acompañaba a su habitación.

—Lo primero que ha hecho este mozo, chicas, es pellizcarme en el culo.

—¿Querrás decir en el trasero?

—Es un manilargo. Ten cuidado con él, Teolinda.

—A mí me ha traído un paquete de almendras garrapiñadas, será para que le dé mejor de comer.

—¿Almendras garrapiñadas? Reparte, Úrsula.

—Tomad, yo no las quiero... No tengo el *estomago* para nada...

—¿Te ha dolido dejar tu cuarto?

—Ha sido una puñalada traperera...

—Con nosotras estarás bien.

—Yo estaba bien sola con mis recuerdos, pero comprendo que el señor necesite un criado.

—Como Bartolo no encontrará otro.

—Y que lo digas, pero la vida sigue, en fin. Y dices que el mozo te ha pellizcado, ¿no serán imaginaciones tuyas?

—No, hija, te lo juro...

—¡No jures, *rediela!* A ver si hemos metido en casa un vivales...

—Me voy, que he de acompañar a la señora a comprar las bulas para todos los de la casa, pues se acerca la Cuaresma, y luego iremos al colegio a buscar a Cosimina.

Le calentáis el agua del baño, que hoy es jueves. Luego, os contaré lo que hablaba don Jorge que hace un doctor en París, el doctor Charcot o Chariot o Chartot, no sé...

—¿Qué hace, pues?

—Duerme a la gente y la cura.

—¡Anda ya, que lo habrás entendido mal!

—Te lo juro, les pone una medalla delante de los ojos, el hombre o la mujer se duermen y se despiertan curados...

—¡Anda ya...!

—¿Qué han dicho los señores?

—La señora ha dicho: «Quite allá, Jorge», y el señor: «Eso no te lo crees ni tú».

—Casi lo mismo que yo.

—¿Teolinda, vienes? —se oyó la voz de Olimpia.

—Adiós, chicas.

Y fue que las tres criadas cenaron con el nuevo criado, que no paró de hablar. Que lo primero que les preguntó fue cuánto ganaban al mes y si los señores daban gratificación en Navidad. Como sus compañeras no le contestaron, pues que la cuantía del salario es una cuestión privada entre amo y criado, el otro se dio pote con que había servido en Madrid a un marqués y le puso nombre: el marqués de Carabel, parecido al marqués de Carabás, el de los cuentos de Cósima —tal pensó Teolinda—, pero, quiá, era otro pues tenía muchos hijos y mucho dinero y casa en lo mejor de la capital, en concreto un palacete en la plaza de Cibeles, o algo así, y hablaba y hablaba. Y, vaya, que el joven intentó, bajo la mesa, meterle mano a Teolinda, tocarle sus partes, vaya, y fue que la moza, que ya no era tan moza, dejó caer la cuchara en el plato, airada, se levantó, todavía más airada, y le propinó un sonoro bofetón en la cara al tal Perico, que se quedó de piedra a la par que enrojecía. Y fue que Úrsula le preguntó a la niñera:

—¿Qué pasa?

—Que este tipo ha intentado meterme mano...

Y fue que Úrsula se levantó como una bala y, sin encomendarse a nadie, le cruzó la cara con dos sonoras bofetadas, a la par que gritaba:

—En mi cocina no se hacen marranadas, maño... ¡Vete a tu cuarto ahora mismo, hijo de tu madre, y espera a que venga la señora, que si duermes hoy aquí ni bien ni mal...!

Y fue que el Perico se fue dolido y se encerró en su habitación.

Sí, sí, encerrarse en su habitación... El Perico con tres bofetadas en el cuerpo, dos más grandes y una más pequeña, y una «jeta» que se la pisaba anduvo por los gabinetes de los señores, en el *secrétaire* de la señora, en concreto, y en el *bureau* del señor, y los abrió, pese a que estaban cerrados con llave, y se llevó lo que pronto se descubriría, en cuanto los Arriazu volvieran del teatro.

Todavía estaban Úrsula y Pilara alcorzando las mangas de la chaqueta del uniforme de Bartolo para que lo llevara el mozo, cuando los señores regresaron

hablando de la obra que habían visto y de lo mucho que habían disfrutado en el entreacto, yendo de *tournée* por los palcos, pero fue que la cocinera llamó a Olimpia en un aparte y le contó con todo lujo de detalles lo que había pretendido hacer el nuevo lacayo con Teolinda. La dama no necesitó más, le ordenó que fuera a llamarlo y se quedó esperando en el pasillo con rostro severo, pero, cuando la cocinera desaparecía, ya salía Luis de su gabinete preguntando:

—¿Quién ha andado en mi *bureau*?

Y claro, ante semejante alarma, Olimpia corrió a su cuarto y se encontró que su *secrétaire* estaba forzado, y salió al pasillo a gritar, ella que no gritaba jamás:

—¿Quién ha abierto mi *secrétaire*?

Y, llegados los demás a sus voces y Úrsula con la noticia de que el Perico no estaba en su habitación, pues que había revisado el armario y mirado debajo de la cama, todos comprendieron a la vez que el nuevo cochero se había largado de la casa o escondido en la misma. Pero esconderse no se había escondido, pues revisaron las habitaciones de punta a cabo y, salvo un ratoncillo en la despensa y una cucaracha en la cocina, no encontraron otro ser viviente. Por eso bajó Pilara a llamar al sereno, que, en efecto, dijo haber visto correr a un hombre, al que todos pusieron nombre y apellido: Perico Blasco.

A primera vista, a la señora le faltaron un anillo de brillantes, unos pendientes y un camafeo que fuera de su señora madre, joyas buenas, por supuesto, pero menos buenas que las que guardaba en la caja fuerte de la banca y en el cajón secreto de su *secrétaire*. Al señor, unos gemelos y una botonadura de oro, a la que tenía cariño. A Úrsula las doscientas pesetas que guardaba debajo del colchón. A Teolinda las doscientas cincuenta pesetas que guardaba encima del armario y a Pilara no le faltó nada, pues más despabilada que los demás escondía su dinero en un agujero que había salido en el techo del lavadero, y a Cosimina le faltó su hucha, donde a lo menos tenía treinta duros. En fin, que el tipo se había largado con más de seiscientas pesetas, más lo que sacara de las joyas, un buen dinero aunque las malvendiera.

Olimpia lloró de rabia, las criadas, salvo Pilara, lloraron de dolor y Cósima lloró de ver llorar a todas... A ver, lloriqueaban las sirvientas, toda la vida ahorrando para que llegara un ladrón y se les llevara todo, pero dejaron de hacerlo enseguida. Porque don Luis, que, pese a lo sucedido, estaba más que contento porque el maldito lacayo bien que pudo haberse llevado la caja de las cincuenta onzas peluconas con las que jugaba su hija los domingos por la mañana en su cama, corrió con las pérdidas. Eso sí, con la condición de que todas abrieran una libreta de ahorros en la banca, donde tendrían el dinero seguro y obtendrían el cuatro por ciento de interés anual, con la ventaja añadida de que, al cabo del tiempo, llegarían a tener un capitalito.

Y así el disgusto de las sirvientas se terminó, pero el de Olimpia no, por lo del camafeo de su madre. Además, no le consoló que el ladrón hubiera podido robarle otras joyas, más valiosas incluso, las que guardaba en el cajón secreto, que el ratero no supo encontrar, ni que Luis denunciara el hecho en la comisaría. Cierto que el

incidente le sirvió para reestructurar las labores del servicio de la casa, pues que dispuso, dejando claro que no iba a contratar nuevos sirvientes fijos:

—Luis, en vez de tener un *valet*, Pilara te preparará la ropa, con ella estarás muy bien servido. Y, en cuanto al cochero, he pensado que el de Jorge pase a la banca y sea de los dos, y mío cuando lo necesite. Para encerar la casa y hacer los trabajos más pesados contrataré una mandadera externa a más de las que tengo, y Cósima y yo nos aviaremos con Teolinda, a más que Pilara tendrá tiempo para ayudar.

Y a Arriazu y a Maestro, que de antiguo habían compartido muchas cosas, les pareció de perlas, pues de ese modo, además, se ahorraban un salario.

Luis Arriazu viajó a Madrid a resolver ciertos negocios, como le dijo a su mujer, a ver cómo le había quedado el piso a Flora, según le dijo a Jorge, pero, en realidad, fue a hurgar en las entrañas de su amante, como se adujo clara y llanamente antes de apearse en la estación de Atocha, pues que su entretenida le había enviado varios telegramas, rogándole que fuera a visitarla. Y, corriéndole prisa, envió su equipaje al hotel y fuese derecho a la calle de Velázquez, 66, tercero izquierda, donde le abrió una linda niña, a la que no quiso mirar a la cara. Y no fue menester que se anunciara porque la criatura, que lo conocía bien, gritó desde el recibidor:

—¡Madre, es el señor Luis...!

»

Y salió Flora, perdiendo el culo, como diría cualquier persona ordinaria viéndola correr, y sin acordarse de las dos bofetadas que le propinó su amante en su última cita, derritiéndose como la mantequilla:

—¡Oh, Luis, Luis, mi vida...!

Y se le echó a los brazos. Y ya empezaba el amante recién venido a manosearla, pero fueron interrumpidos por la cría:

—Madre, ¿me voy a mi cuarto?

—Vete a tu cuarto, Rebeca, ponte a jugar con tus muñecas y no salgas hasta que yo te diga.

Y fuese la niña a su habitación, y los amantes fuéronse también derechos al dormitorio de Flora, y fue lo que sucede siempre, máxime cuando uno de ellos paga y el otro recibe. Luego del acto hablaron:

—¿Qué tal vives en Madrid?

—¡Oh, muy bien! Eligió Jorge un buen barrio y una buena casa. Estoy contenta y buscando una sirvienta. Me puedo permitir una...

—Y dos.

—¿Has hablado ya con algún representante teatral?

—A eso he venido —mintió Arriazu.

—Me corre prisa volver al escenario. ¿Qué se cuenta por Zaragoza?

—Nada nuevo. Bueno, cogí un criado y me robó...

—¿Mucha cosa?

—No mucho.

—Suerte que tuviste.

—¿Y Olimpia y Cósima?

—Muy bien las dos.

—Háblame de Cósima.

—¿Para qué quieres que te hable de Cósima?

—Le tengo cariño, como es tu hija.

—Déjate de mandangas.

—¿Has visto qué linda está Rebeca?

—No, no la he visto. Ya sabes que para mí es como si no existiera.

—¡Qué animal eres...!

—Para mí, sólo existes tú... Ven...

—¿Otra vez?

—Mil veces, y sabe que voy a venir a verte muy a menudo.

—Espera, que te quiero consultar una cosa...

—¿Qué?

—He pensado en llevar a Rebeca al colegio del Sagrado Corazón el próximo curso, pero llevarla interna...

—Pues bien.

—Quiero llevarla interna porque en cuanto empiece en la zarzuela no la voy a poder atender y, además, cada vez que vienes a mi casa...

—Querrás decir cada vez que vengo a mi casa.

—Sí, eso quiero decir. Cada vez que vienes a tu casa, coge un enfado que le dura varios días y no hay quien la aguante.

—Le das un cachete.

—Tú todo lo arreglas a tortas.

—¿Le tienes que dar explicaciones? ¿Dónde se ha visto que una madre dé explicaciones a su hija? Lo que no entienda por las buenas, que lo entienda por las malas.

—¡Ah, qué cruel eres!

—Vamos, ven.

—¿Qué pasa, has estado en ayunas?

—Flora, no me jodas. Ven, luego nos bañamos y nos vamos a cenar a Lhardy...

—Ya verás, tengo un salón de baño que no lo tienes tú en tu casa... ya verás...

Y así pasaba el tiempo, con Luis yendo de Zaragoza a Madrid, y viceversa, y asistiendo con Flora, en el teatro Príncipe Alfonso, a una función de la Bella Chiquita, cantante francesa de nombre Diana Dusse que, enseñando las piernas, cantaba *couplets*, tanto galos como españoles, y otras canciones procaces, entre ellas *La bayadera*, con el escándalo consiguiente, pues también se contorneaba bailando la danza del vientre, como si fuera mujer mundana. A más de frecuentando cafés,

algunos de mala fama, como el Antillano, donde se cenaba por dos pesetas, y hasta tabernas de mala muerte en las que se codeaba con gentes «bohemias», que no eran precisamente naturales de Bohemia, la respetable región del Imperio Alemán, sino plumillas, versificadores, estudiantes despabilados y hasta gentes de malvivir, todos llegados a la capital desde los cuatro puntos cardinales de la nación, sin un duro y muertos de hambre, pues siempre le tocaba abonar a él las consumiciones. Claro que no le importaba y hasta disfrutaba con ello, pues era muy diferente a la vida de próspero banquero y burgués honrado que llevaba en Zaragoza, amén de que iba como si fuera el rey Midas. Y enseguida fue conocido en el teatro Príncipe Alfonso y en el Barbieri, donde actuaba Augusta Berges, una actriz belga o alemana, interpretando la canción titulada *La pulga*, que era, por su letra y por el modo que la cantaba, para morir de risa.

Y Olimpia con su baile por San Luis Gonzaga, su veraneo en Alhama, sus tertulias, sus caridades y quién sabe si conociendo, o no conociendo todavía, las andanzas matritenses de su marido.

Y Cósima con banda de honor por su aplicación, con premio especial por el primor de su pañito de labores, y ya dominando las cartillas de escritura y sabiéndose de memoria el libro de lectura titulado *La luz de la niñez* y las láminas de Historia Sagrada y Ciencias Naturales, que había colgadas en las paredes de su clase, amén de dispuesta a dejar el lapicero y a enfrentarse con la pluma, la tinta y el tintero, al curso próximo.

Y Úrsula echando de menos al buen Bartolo, yendo al cementerio los domingos y el día de Todos los Santos y pasando la noche del día de Difuntos en vela, rezando por el alma de su esposo, pese a que, como todos los años, había hecho buñuelos de crema y probado los huesos del santo.

Con Jorge quejándose ante Luis de que todo el trabajo se lo dejara a él y recriminándole que estuviera tan encoñado con Flora, pero tan sabido y tan leído como siempre, pues tan pronto hablaba, con su lengua de oro, del hombre de Java — unos restos óseos prehistóricos recién descubiertos— como del protagonismo que estaba tomando el regionalismo catalán y de la asamblea de Manresa, o del auge del anarquismo en Aragón y Andalucía; o del pucherazo habido en las elecciones generales celebradas el pasado marzo; o del atentado que sufriera el general Martínez Campos en Barcelona; o de la sentida muerte de Zorrilla; o de que en Zaragoza no se había celebrado apenas el cuadringentésimo —palabra tan culta empleaba— aniversario del descubrimiento de América. En fin, con los Arriazu y adláteres llevando una vida apacible y serena, todos agradecidos a Dios de que las guerras que hubiere por doquiera, que las había, tuvieran lugar lejos de España y sin dar importancia a las revueltas habidas en las colonias de Cuba y Filipinas, sucedió que, en casa de Jorge, en la cena de Nochebuena, discutieron los señores en la mesa, a causa del derribo de la Torre Nueva, ocurrido aquel año, con una acritud desacostumbrada y sin hacer caso a las zambombas y panderos que sonaban alegres

por las calles de la ciudad.

—Este año no escucharemos las doce campanadas de la Torre Nueva anunciando el fin de año —se lamentó Jorge.

—Sí, fue pena que derribaran la torre. Era muy bella, de un estilo mudéjar exquisito —abundó Olimpia.

—Se caía, se caía... De desplomarse hubiera causado alguna desgracia, pues estaba en lugar concurrido —atajó Luis.

—Pues a mí me gustaba oír las campanadas de su reloj —sostuvo Olimpia.

—Y a mí —intervino Cosimina.

—En nuestra casa creo yo que no faltan relojes, en los salones se organiza una algarabía cada vez que suenan —siguió Luis.

—En ésta tampoco faltan relojes, pero el reloj de esa torre era único, y la torre muy antigua, de la época de Fernando el Católico —aclaró Jorge.

—El tiempo acaba con todo... Además, el progreso es el progreso. El edificio estorbaba el paso en una zona transitada por los carruajes, por los muchos que se dirigen a la plaza del mercado, y, lo peor, se caía.

—Cierto que había sido arreglada muchas veces.

—Yo quise ir a ver el derribo, pero mamá no me dejó...

—¿Cómo iba a dejarte, si estaba la plaza de San Felipe plagada de anarquistas protestando...?

—Protestó mucha gente, incluso mucha gente de bien. La torre era un símbolo. Cierto que llevaba un siglo inclinada.

—Pues lo que está inclinado se derriba. Y ya basta, Jorge.

—¿Se puede saber qué les pasa? ¿Han tenido algún problema en la banca que no me hayan contado? —demandó Olimpia.

—No.

—No.

—Pues no sé, les veo enfadados y desganados... Para no cenar estas exquisiteces no se ha pasado su cocinera horas guisando, Jorge.

—Está todo muy rico, tío Jorge. ¿Podré beber un poco de *champagne*?

—Un poquito sí, a los postres.

—La torre...

—Concédame, Jorge, no hablar de ella esta noche, aunque estemos en su casa —rogó Olimpia.

Y Maestro se lo concedió de muy buena gana, además, pero algo les sucedía a los socios. Olimpia no pudo arrancarles palabra, pero sí que les ocurría alguna cosa, sí... Y, en efecto, ellos, solos en la banca, habían discutido como nunca antes discutieran. Todo por Flora Melero, que le tenía sorbido el seso a Luis Arriazu, y fue que Jorge, harto de apechugar con todo el negocio, pues su socio pasaba semanas enteras en Madrid, le había espetado a la cara aquella misma tarde:

—Pareces un colegial, encoñado con una tiparraca... ¿A qué vas tanto a Madrid,

es que temes que la Flora te ponga cuernos?

—¡Métete en tus asuntos, maldita sea...!

—Tus asuntos son los míos, somos socios y todo el trabajo me queda a mí. Todo el mundo me pregunta por qué estás tanto tiempo ausente. Me consta que a Olimpia también se lo preguntan.

—¡Cállate y no nombres a Olimpia!

—Te advierto que acabará por enterarse, si no lo sabe ya.

—Si tú no le has dicho nada, nada sabe ni sabrá...

—Lo malo se sabe.

—Todas las mujeres de casa bien consienten que su marido tenga una amante, entre otras causas porque no les queda más remedio, por razones económicas.

—No es el caso de Olimpia, que tiene mucho dinero de su casa... Además, estás arriesgando mucho conmigo...

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que llevas tanto tiempo sin ocuparte del negocio, que yo podría haberte dejado sin un real, es decir, hacerte un desfalco.

—Pero tú nunca me harías un desfalco... Tú, aunque no eres muy católico y vas a misa para que te vean nuestros clientes, pues en España van conservadores, liberales y republicanos, es decir, todos, eres krausista y, en consecuencia, hombre de ética.

—No te fíes de nadie.

—Tú no eres quién para decirme lo que tengo que hacer.

—Estoy muy rebrincado contigo, te lo advierto...

—Bueno, pues disimula en la cena de Nochebuena.

Por eso, por hablar de alguna cosa, sacó Jorge el tema del derribo de la Torre Nueva, pero fue que los dos amigos volvieron a la gresca, eso sí, con más suavidad, dada la presencia de Olimpia. Y el caso es que Cósima quiso que todos juntos cantaran villancicos ante el belén y, vaya, que los señores se negaron, se sentaron en el tercer salón a fumar y fue que nadie de la casa salió a misa de Gallo. Con lo cual Olimpia y la niña terminaron la noche mirando álbumes de fotos, algunas coloreadas, de personajes ilustres. La niña le iba leyendo a la dama: Napoleón III, Victoria y Alberto, Cavour, Bravo Murillo, Cánovas, Sagasta, etcétera, y los hombres hablando de un tal Ford que había inventado el primer automóvil de cuatro ruedas en los Estados Unidos de América. Ciertamente continuaron con su enojo, pues se echaron en cara que los dos, siendo Jorge liberal y Luis conservador, hubieran ido a la estación a despedir a Moret, del Partido Liberal, y a Castellano, del Conservador, cuando tomaron el tren para tomar posesión de escaño en las Cortes, ambos con los mismos buenos deseos para los dos diputados.

Flora, lejos de allí, estaba feliz, muy feliz porque su amante, en su último viaje, le había regalado una gargantilla de oro con zafiros y porque, aunque tenía a su hija

siempre enfurruñada, vaya, que no le había salido simpática la criatura, aprovechando la ausencia de Luis, había invitado a compartir con ella la cena de Nochebuena a unos cuantos amigos «bohemios», perdularios los más, que se bebieron todo el vino, y con hambre de varias semanas se comieron todo lo que les dio: cocido con gallina, berza, patata y jamón; pollo a la chilindrón; arroz con leche, turrón y mazapanes.

Y fue que, después de cenar, envió a su hija a la cama y le ordenó que cerrara la puerta y que no saliera ni para ir a la letrina, que usara el orinal, lo mismo que hacía cuando se presentaba Luis. Y la niña lloró, en aquella noche de paz, lágrimas desconsoladas, que se sumaron a las muchas que había derramado en sus soledades del internado del colegio del Sagrado Corazón de Jesús, comúnmente conocido como las Francesas, pues que se sentía rechazada por su madre. Además que no le había ido bien en aquel colegio de clase alta y no quería estar allí, y eso que había entrado con ilusión, en el mes de octubre, nada más fuera por no ver en mucho tiempo al hombre del sombrero de copa, que no la miraba a la cara pese a ser su padre.

Pues había sucedido que Rebeca había sido llevada por su madre en un coche de punto a la puerta del colegio, situado en el barrio de Chamartín, el primero de octubre pasado, vestida como un pincel, con el uniforme nuevo; que el cochero bajó el baúl de sus ropas, en las que Flora no había escatimado, y el colchón, que habría de poner en su cama, que fue recibida por la hermana portera y, por ella misma, acompañada al dormitorio común, situado en la parte alta de la casa. Y allí se encontró con otra niña, despistada como ella y en la misma tesitura, es decir, deshaciendo el equipaje, que le preguntó:

—¿Eres nueva?

—Sí.

—Yo también.

Y fue que la niña nueva podía haber sido una amiga de Rebeca, ya que las dos eran las únicas nuevas del colegio, pero no, no, pues en el recreo la nueva se juntó con las antiguas y sucedió que entre todas la interrogaron como si fueran guardias civiles:

—¿Cómo te llamas?

—¿Qué es tu padre?

—¿Cuántos años tienes?

—¿Sabes leer?

—¿Sabes escribir?

—¿Hasta qué número sabes contar?

—¿Dónde has nacido?

—¿En qué calle vives?

Y, a tantas preguntas, ella sólo podía responder su nombre, sus años y el oficio de su madre, aunque no se lo pidieron, pues querían el de su padre. No obstante, salió airoso del trance y dijo que era hija de banquero y no mintió, lo cual gustó a sus interrogadoras, pero, pese a ello, no la admitieron en su círculo, pues que aquellas

criaturas, qué criaturas, aquellos demonios, necesitaban tener una persona a la que zaherir, y la emprendieron contra ella por no saber leer ni escribir, por no lavarse las manos antes de las comidas y además por no comer bien en la mesa. Por eso muchas lágrimas derramó.

Y fue también que las vecinas de la casa de la calle de Velázquez, que bajaban a misa de Gallo, se escandalizaron del sarao habiente en casa de Flora, de la puta, que así comenzaron a llamarla.

Días más tarde, un domingo Rebeca habló con su madre, para decirle que las niñas del colegio no la querían:

—No me quieren las niñas, madre.

—Pero te quieren las monjitas, pues, aparte de la anualidad, les he dado dinero para pagar toda la cera que gasten en la capilla durante el curso.

—No me quieren... Yo quiero vivir con usted...

—Mira, hija, voy a tener trabajo muy pronto, me lo han prometido...

—Usted no tiene que trabajar, con lo que le manda mi padre tenemos hasta para tener criada.

—No es eso. Verás, yo tengo arte, canto muy bien. Canté en *El barberillo de Lavapiés*... Nuestro benefactor me está buscando un puesto en el teatro de la Zarzuela.

—Pues, tarda mucho.

—Lo sé. Por eso yo estoy buscando por mi cuenta... He hablado con los propietarios de varios cafés... Seguramente, en uno de ellos voy a ser la segunda cantante, después de la Bella Chiquita, una extranjera, que lleva a los hombres a maltraer y que gana tres duros diarios. A mí con que me den cinco pesetas, me conformo. Lo que me interesa es empezar para llegar a ser conocida en el mundo del espectáculo, por ver si algún hombre rico se enamora de mí y se casa conmigo para, si tengo suerte, enviarte a un colegio de señoritas de Francia o de Inglaterra, para que aprendas idiomas y te cases con un marqués.

—Yo no quiero estar interna, madre.

—Mira, yo no me conformo con ser la viuda respetable de un marido que no tengo ni con recibir a nuestro benefactor. Yo quiero divertirme y triunfar en el espectáculo, como te he dicho. Y, si encuentro un buen partido, lo que es muy posible porque todavía tengo muy buen aire y los hombres me miran y me piropean por la calle, mandaré a Arriazu a freír churros.

—¿Y yo?

—Para ti quiero lo mejor, por eso te he llevado al colegio más caro de Madrid. Te acostumbrarás, ya verás, y harás grandes amigas. Ahora bien, ya estoy haciendo un sacrificio para que seas una señorita, por eso deberás aprovechar las lecciones y educarte.

—Mis compañeras se ríen de mí porque no cojo bien la cuchara.

—Pues aprende, fíjate en ellas. Con el juego de cubiertos de plata que te compré

seguro que se come muy bien.

—Además, estamos todo el día rezando. Las internas más que las externas, pues nos obligan a ir a misa todos los días.

—Eso te hará bien y no olvides rezar por mí.

—Rezo por usted, madre, varias veces al día.

—¿Habrás aprendido muchas cosas?

—Sé leer y escribir y empiezo a hacer cuentas...

—¡Oh...! ¿Qué haces? No des la vuelta al cisco del brasero, nos saldrán cabrillas en las piernas de tanto calor...

—Hace frío.

—En la camilla se está muy bien.

El caso es que, después de los Reyes Magos, Rebeca volvió al colegio, a llorar y a continuar con su agonía —tal dijo exagerando al despedirse de su madre—, y que Flora encontró trabajo de telonera de la Bella Chiquita, en lo que en Madrid empezaba a llamarse un espectáculo de *variétés*, donde se cantaban canciones picantes y bailaban chicas ligeras de ropa, conocidas con el nombre de *suripantas*, causando conmoción entre los solteros de la capital e indignación entre los padres de familia, que, decididos a terminar con aquella inmoralidad, muy pronto le pusieron pleito a la francesa y a la compañía.

Cuando Flora Melero escribió a Arriazu a la banca, con remite de la inexistente señora viuda de Espinal, el nombre que entre ambos habían convenido en su último encuentro, y le hizo saber que trabajaba de segunda cantante —de figurante, dicho sin eufemismo— con la Bella Chiquita y le insistió en que fuera a Madrid para verla actuar creyendo que lo tenía muy bien cogido por los cojones, como se decía la muy ordinaria, se equivocó de medio a medio.

Arriazu fue, vio el espectáculo y le armó la de San Quintín. A ver, que él no le estaba pasando una pensión más que sustanciosa para que trabajara ni menos para que lo hiciera en un teatro de mala fama, ya fuera con Augusta Berges o con la Bella Chiquita, ni menos para que saliera al escenario casi en bragas, sustituyendo a la figura y cantando la habanera de *El gorro frigio*, a más de hacerlo mucho peor que la titular. ¡Que no!

—¡Que no y que no!

—¿Por qué no?

—Porque tú estás a mi disposición.

—Yo estoy siempre a tu disposición.

—Tú estás a disposición de todos. Te han echado piropos de mal gusto y te han llamado puta barata, que lo he oído...

—A mí no, ha sido a la Bella Chiquita... De cualquier manera, sucede que los hombres del público beben y no saben lo que dicen... A mí, alguno ha pretendido hacerme proposiciones, siempre en la calle, como me ven viuda... Ya sabes que las viudas son bocado codiciado... Algún descarado borracho me ha preguntado si he hecho la carrera en la calle o en el burdel, pero nada más.

—¿Qué dirán los vecinos de tu casa?

—Nada, no dicen nada, incluso en el piso de arriba viven dos ancianas que fueron en su juventud cantantes partiquinas, ya sabes, cantantes de ópera con un pequeño papel...

—¿Estás dispuesta a servirme a mí?

—Ya te sirvo.

—¿Estás dispuesta a dejar de trabajar?

—¿Por qué?

—Porque lo mando yo...

—Ay, Luis, acabo de empezar...

—¿Sí o no?

—Déjame un tiempo para pensarlo.

—¡Se acabó, pues, no hay más que hablar... Te buscas otro que haga el primo tanto como lo he hecho yo!

Y salió Arriazu dando un portazo, sin oír a Flora que le gritaba:

—¿Y tu hija...?

Volvió el banquero a Zaragoza con una decisión tomada: no volver a ver a Flora, y la mantuvo durante más de un año y eso que su antigua entretenida, que se las había prometido muy felices, le escribió cartas a la banca y a su casa, para que le perdonara su osadía de actuar en el teatro de *variétés*, pese a que continuaba con su papel. Pero Luis permaneció en sus trece, cierto que no canceló la transferencia, que le venía haciendo de años atrás, ni en un año ni en año y medio, aunque se la rebajó casi a mínimos, a veinte duros al mes. Y lo que se estuvo repitiendo hasta que fue capaz de quitarse a su mantenida de la cabeza:

—Buena la hice cuando me eché a Flora de amante.

Flora, por si acaso y porque su amante era, según ella, un rata, despidió a la muchacha, que le costaba treinta pesetas al mes, sacó a la niña del colegio, que lo abandonó aliviada; prescindió de la suscripción que pagaba por la revista *La ilustración Española y Americana*, con lo que ahorró catorce pesetas al año, más las trescientas sesenta de la criada, y escatimó en comida y, hasta que recibió las primeras cien pesetas de Arriazu, temió no poder abonar el alquiler del piso.

A Cósima, pasadas las Navidades de 1893, se le torcieron las cosas en el colegio. No es que comenzara a sacar malas notas en aritmética o en geografía, no, ni que hubiera hecho un agujero irreparable en el pañito de labores, no, que seguía siendo primoroso, fue que el primer día de clase se llevó un tremendo chasco pues, al comentar con Amorós los regalos de Reyes, ésta le espetó, que otra cosa no fue:

—¡Pareces una niña de pecho, Arriazu...! ¿No sabes que los Reyes Magos no existen y que los juguetes los compran los padres...?

Y claro, Cósima, amén de una decepción, se llevó un disgusto pues no se lo esperaba y rumió abundantemente el hecho en su linda cabecita. Claro que fue lista y no dijo palabra en su casa, no fuera al año siguiente a quedarse sin regalos, como le había ocurrido a su amiga.

Además, sucedió como si sus compañeras mayores, las que tenían ya once o doce años, hubieran vuelto a clase con muchos más años, como si las que se fueron niñas a jugar con las muñecas hubieran dejado de hacerlo en vacaciones y regresaran señoritas. O tal se le hizo a Cosimina, que ya no pudo jugar al corro o a chocolate inglés en el recreo y se vio obligada a reunirse con las demás en un extremo del patio a hablar de telas, joyas, sombreros, sombrillas, zapatos, trajes, *chales*, mantones de Manila y, en otro orden de cosas, de novios y noviazgos, mientras criticaban a terceras personas, mismamente como si fueran personas mayores. Y se admiraba también de que sus compañeras mostraban mucha prisa por dejar de ser «rodilleras» y convertirse en «tobilleras», es decir, en pollitas, en adolescentes con falda larga al tobillo. Y un día ocurrió que una niña habló de una compañera que no estaba en la conversación:

—Vi a la Menendo con falda al tobillo en misa de doce, en el Pilar...

—¿A la Menendo?

—Sí. Llevaba, además, sombrilla y un sombrero de fresas... Y la cara pintada de polvos blancos...

—¡Oh...!

—Sólo tiene doce años...

—La Menendo es una *coquette*... —aseveró otra de ellas, pues en todas partes hay gentes con mala sombra.

Y las demás entraron al trapo:

—Va presumiendo de palmito...

—Su madre también es una coqueta... —sostuvo otra castellanizando la palabra, pues no estaba por el francés.

—La miran los hombres...

—La madre va del brazo de su marido y la miran los hombres.

—Porque lleva grande el escote y porque ella los mira también...

—¿Con mirada desenfadada?

—Con mirada impúdica...

—La mujer buena debe ir por la calle con la mirada baja... —advirtió Cósima, como le había oído a la señorita García.

—¡Anda allá!

—¡Anda, sí, ve con la mirada baja para tropezar...!

—Y pégate un morrón...

—¡Al revés, mi madre me dice que la mujer debe andar con la cabeza muy alta...!

—Si es honrada, sí. Si no lo es, no puede andar con la cabeza alta porque las otras mujeres, las honradas, se la hacen agachar con sus miradas...

—¿Qué es ser honrada? —quería saber Cósima.

—Es ser mujer de tu casa y de tu familia y de tu marido...

—Es no ser una lagarta... —explicó otra.

—¿Qué es ser lagarta? —continuó Arriazu.

—Ser una mujer mala...

—Una buscona...

—¿Qué es eso?

—Ser una *coquette*, para que lo entiendas, Arriazu, que pareces tonta.

No se aclaró Cosimina con las someras explicaciones de sus compañeras, pero, en la fila que las alumnas formaron para subir a clase, dio la casualidad que le tocó Menendo delante. La observó con detenimiento y no vio en ella nada extraordinario, pues la niña iba con el uniforme debajo de la rodilla, como todas, pero lo que había oído de ella se le quedó en la sesera. Ciertamente que bien pudo preguntarle a su madre para que la sacara de dudas o a tío Jorge, al que le gustaba esclarecer las cosas y hasta especificarlas y, seguro, hubiera estado encantado de explicarle lo de *coquette*, lo de cómo andan las *coquettes* por la calle, y si hay muchas o pocas, o cómo se distingue

una *coquette* de la que no lo es, pero no preguntó nada quizá porque algo en su corazón le dijo que, sobre determinadas materias, las hijas no debían preguntar a las madres ni menos a los tíos.

En el recreo del colegio, las niñas continuaron hablando durante varios días de que Menendo era una *coquette*, y fue que sor Inés, en clase de labor, mientras las alumnas bordaban bodoques en el bastidor, como se habían portado bien en clase de geografía, les narró la vida de su homónima precisamente el día de su aniversario, el 21 de enero. Contó la monjita:

—Inés, una hermosa criatura de doce o trece años, fue pedida en matrimonio por Procopio, hijo de Sinfronio, prefecto de Roma. Los padres de Inés aceptaron encantados aquella boda, pues que los dos eran ricos por su casa y Sinfronio mucho más, por su cargo, y, juntas las fortunas de ambas familias, Procopio e Inés lo serían mucho más...

»Pero sucedió que Inés, a instancias de una de sus criadas, se había convertido al cristianismo y había prometido castidad perpetua al Señor Jesucristo, razón poderosísima que la llevó a negarse al casamiento y a enfrentarse a sus padres, al prefecto y al hijo del prefecto, su pretendiente. Pues, como todos ellos continuaban adorando a los falsos dioses, no entendieron ni quisieron entender que Inés hubiera prometido casarse con Dios, el mejor marido que pueda tener cualquier mujer.

»Así las cosas —continuaba la religiosa mientras las alumnas la escuchaban con sumo interés—, su familia y el prefecto propusieron a Inés que entrara cuanto antes en las vestales, pero ella volvió a negarse... Las vestales eran las vírgenes romanas que servían a la diosa pagana Vesta... —explicó la hermana, aunque ninguna lo entendió—. Procopio, muy ofendido por haber sido rechazado, entró en casa de la joven con malas intenciones, en el oratorio de Inés, como una tromba, y cayó al suelo muerto en el acto, como fulminado por un rayo, y, claro, cundió el espanto y se oyeron gritos en la villa. Ante semejante algarabía, acudieron los guardias de la ciudad. Enterado del nefasto suceso, Sinfronio, el padre del muchacho, se llevó presa a la pequeña Inés y la presentó ante el juez acusándola de haber asesinado a su enamorado con un maléfico conjuro...

Sor Inés hizo una pausa y contempló a sus alumnas, que, con los ojos, le pedían más, por eso continuó:

—Sinfronio actuó en contra de la opinión de los padres de Inés, que pidieron audiencia al emperador Diocleciano en mala hora, pues era enemigo acérrimo de los cristianos y los perseguía y los mandaba al martirio dándoselos de comer a los leones...

En este punto del relato, las niñas, embelesadas, habían dejado de coser y alguna hasta se recobraba de un escalofrío, pero la monja siguió:

—Sucedió que, interrogada la joven Inés por el juez sobre la causa que le había impedido ingresar en las vestales o casarse con Procopio, que había sido un joven lleno de virtudes, ella confesó que era cristiana y que adorando a Dios, Uno y Trino,

y habiendo hecho voto de castidad, no había podido casarse ni entrar en las vestales... Negocio que el juez no entendió porque era pagano y, como había un muerto, el pretendiente, la condenó a ser quemada en la hoguera... Pero, misteriosamente, unas fuerzas invisibles, su ángel de la guarda quizá, el mismo que la ayudó a preservar su virtud durante el ataque de Procopio en su propia casa, la asistió otra vez y apagó el fuego de la hoguera donde Inés había de ser quemada... El caso es que el prefecto tuvo miedo y, creído de que aquella niña debía estar protegida por algún dios, ya sabéis, hijas mías, que los romanos adoraban a muchos falsos ídolos, la libró de la hoguera... No obstante, Sinfronio consumó su venganza haciendo que sus soldados mataran a espada a la doncella... Esto ocurrió allá por el año 300, hace poco menos de mil seiscientos años... Inés, mi homónima, es patrona de las vírgenes...

Estos ejemplos, tan bien contados que hubieran embelesado a cualquiera, no impedían que las alumnas, apenas dejaban de oír a la religiosa, volvieran a hablar de Menendo, pues que la habían emprendido contra ella. El caso es que Cosimina propició un aparte con la interesada y, por hacer caridad y porque cambiara de actitud y de traje de calle, le dijo:

—Ten cuidado, Menendo, se murmura en todo el colegio que eres una *coquette*...

Y Menendo, que podía no haber comprendido, pues era de las últimas de la clase y sacaba mala nota en francés, esta vez entendió a la perfección aquello de *coquette* y, con el rostro demudado y con los labios fruncidos de ira, amenazó arrastrando la voz:

—Te arrepentirás de esto, Arriazu.

Y Arriazu se arrepintió al momento de sus palabras, pero lo hecho, hecho estaba. Se hubiera comido sus palabras y hubiera deseado que se la tragara la tierra... A ver, que la tal Menendo era hija de militar y es sabido que las militares, ya sean esposas o hijas, suelen ser mujeres de quiero, mando y ordeno y, vaya, que la susodicha dijo que se lo diría a su padre y éste retaría en duelo al padre de Arriazu para lavar su honor, que había quedado en entredicho con la calumnia de Cósima, y se batirían en duelo los padres de ambas, es decir, el coronel Menendo, que había servido en la escolta real, y el civil Arriazu, que había pagado el cupo eximente del servicio militar y que posiblemente no había tenido un arma en la mano en su vida.

Ante tales pretensiones, a Cósima se le cayó el mundo encima. Porque no valió que le pidiera perdón de rodillas a la agraviada, ni que le jurara que había tratado de hacerle favor al decirle lo que otras, que nunca ella, pensaban de ella, ni que le ofreciera esto o estotro ni que le prometiera el oro y el moro ni su agradecimiento eterno. No le valió nada, la Menendo no la perdonaba. Por eso ni dormía ni comía, ni pastel que le hiciera la buena de Úrsula.

Y pasaba el tiempo aterrada, rumiando lo que ya había sucedido e imaginando lo que estaba por suceder. Primero, a la Menendo contándole al coronel Menendo lo ocurrido, lo de que Cósima Arriazu la había llamado *coquette*. Segundo, al coronel montando en cólera y atronando la casa; vistiéndose el uniforme, calándose el ros y sacando su sable de la vaina por ver si estaba bien afiliado para, luego, blandido en el

aire y jurar venganza, mismamente como Aníbal, el caudillo cartaginés, que había jurado odio eterno a los romanos, aunque hubiera de ir a parar al Infierno de los Condenados.

Y todo por haber hablado ella, en lugar de callar. Cierto que el lugar del duelo no tenía que imaginarse porque se lo había detallado palmo a palmo la ofendida, y ella, Cósima, había ido a verlo con sus ojos. Una tarde, a la salida del colegio, engañó a Teolinda, que iba a recogerla puntualmente, y ambas se llegaron a la parte de atrás de La Seo. La niña diciéndole que tenía que ver la iglesia por si le preguntaba la lección sor Inés, la criada contenta porque, a la vuelta, se comprarían un bollo en la pastelería de Fantoba. Así pudo ver el lugar de la pendencia con detenimiento: una plazuela situada detrás de la catedral, y observar que era apto para el encuentro pues estaba rodeado de altos muros, amén de que disponía de tres salidas, una hacia Don Jaime, otra hacia la Magdalena y otra hacia el Ebro por el arco del Deán. Un lugar resguardado por altas tapias de conventos, idóneo para que los espadachines no fueran sorprendidos por la guardia urbana y fueran encerrados en la cárcel, pues el duelo estaba prohibido en España de tiempo ha.

En su casa, cuando se encontraba en su habitación haciendo los deberes, a veces los interrumpía y se tumbaba en la cama para preguntarse en voz baja:

—¿Qué me traerá el mundo cuando sea mayor, si a los ocho años me pasa ya lo que me pasa...?

Y suspiraba, porque no esperaba nada bueno del mundo ni de los años venideros, tan triste estaba. O se veía a la puerta del infierno, rodeada de demonios. O rumiaba el reglamento del duelo, que se lo había explicado Menendo:

—Atiende, Arriazu. Si te escapas de casa podrás ver a tu padre y al mío batirse a espada el día en que convengan. Cada uno se presentará en la plaza a la hora concertada, por supuesto, antes del amanecer... Cada uno con sus dos padrinos. Habrán llegado ya el director del duelo y un médico... En el centro de la plaza se situarán el ofendido y el ofensor, espalda contra espalda... El director tratará de hacerlos desistir y les preguntará si van a luchar a primera sangre o a muerte... Mi padre dirá que a muerte, el tuyo aceptará, aunque se cague en los pantalones... —decía la muy grosera—. El director dará orden de comenzar, los dos caminarán de espaldas quince pasos, se volverán, levantarán las espadas y mi padre atacará primero... Mi padre fue el mejor espadachín de la escolta real, para que te enteres, niña, y tu padre morirá de una estocada que le partirá el corazón...

El médico nada podrá hacer para salvarle la vida... La tierra de la plaza se llenará de sangre... Los padrinos de tu padre retirarán su cadáver... Y tú y tu madre lloraréis mientras viváis...

De esa manera y con tal excelente verbo se expresaba Menendo, que a su corta edad debía de haber leído u oído muchas historias.

—¿No me perdonas, Menendo? —suplicaba Cosimina sollozando.

—¡No, no te perdono...!

Cósima no entendía por qué no la perdonaba Menendo, quizá porque ignoraba que le había dicho puta, cuando, además, no lo era.

—¿Qué te sucede, hijita? —le preguntaba Olimpia—. ¿Tienes alguna pena...? Vamos, cuéntasela a mamá...

—No, no, mamá... —respondía Cósima con un hilo de voz, porque hay cosas que no son de contar.

Y para animarla, le proponía:

—Esta tarde no irás al colegio. Papá, tú y yo iremos al teatro Circo a ver una función... ¿Quieres...?

—Sí, mamá.

La niña se animó con la propuesta de su madre. Se sonrió y avivó la mirada; se dejó vestir de domingo; comió un poco más que otros días, habló algo en la mesa, y salió de casa del brazo de sus padres contenta como unas castañuelas, porque que Arriazu no fuera a trabajar en un día de labor era todo un acontecimiento. Así, sentada en una buena butaca de terciopelo azul, se dispuso a gozar de la sesión y aplaudió al hombre ignífero, a la mujer barbuda, a malabaristas, acróbatas, funambulistas, titiriteros y volatineros de todas las especies, mientras hacía cada uno «el más difícil todavía», pero fue que aparecieron en el escenario unos caballistas, cuatro hombres y dos mujeres con cuatro potros y que, ay, comenzaron los bichos, montados por los hombres, a trotar y las mujeres a saltar sobre las grupas y fue, vaya, que su padre dijo a su madre:

—¡Qué vergüenza, Olimpia, fíjate, esas mujeres van muy ligeras de ropa...!

Y Olimpia se fijó, asintió y añadió:

—¡Vámonos inmediatamente...! ¿Cómo se puede tolerar que unas artistas vayan enseñando las piernas? Esto no es para que lo vea la niña.

Y salieron los tres de prisa, de prisa. Los padres como si hubieran visto al diablo y Cosimina enfadada, a ver, por un día que se lo estaba pasando de maravilla...

Por eso o porque llevaba ya la tristeza muy honda, la alegría de la niña resultó pasajera, es más, duró apenas un par de horas. Ante tal situación, Olimpia convocó en la salita a Teolinda, a Úrsula y a Pilara por si alguna sabía qué le sucedía a la criatura, y ninguna sabía nada, pero todas convinieron en que estaba desmejorada, entristecida, sin alegría y sin gana de comer, y preconizaron que caería enferma, como así fue.

En efecto, Cósima enfermó el último sábado de marzo. A la caída de la tarde le vino mucha fiebre, un fiebrón, que la llevó a delirar. Llamado el doctor López-Tass, le recetó una cucharada de polvos de quinina mezclada con media de azúcar para restar el amargor al día y, un día sí y otro no, la aplicación de ventosas en la espalda, y dormir con el calentador de camas entre las sábanas para exudar, y reposo, mucho reposo y cuando la niña le preguntó:

—Don Fernando, ¿podré ir en la procesión de mi colegio el domingo de Ramos?

Respondió taxativamente:

—¡No!

—¿No podré llevar la palma, pues?

—No.

Olimpia, que estaba preocupada, no se separaba de la cama de Cósima ni un minuto, como quien dice, ni una hora, como quedó demostrado cuando se perdió el recital de las poesías de doña Francisca Sarasate, celebrado en el Ateneo, que fueron leídas en una concurrida velada por su marido, por el señor Cancio Mena, que no regateó elogios para su esposa. Lo sintió Olimpia porque había conocido a la dama años atrás, pronunciando una conferencia sobre «La Poesía» y le merecía la mayor consideración. Los señores retrasaron para el otoño el viaje que tenían previsto realizar a París, a instancias de Luis, que, sin amante, quería solazarse con alguna de las chicas del Moulin o del Folies. Y los tres se perdieron el estreno en el teatro Circo de la zarzuela titulada *La verbena de la Paloma*, que tanta fama traía, pero lo hicieron por acompañar a Cosimina.

Tanto descanso le mandó el galeno que la niña ni siquiera pudo asistir a la fiesta de fin del curso del colegio ni recibir sendas bandas de honor en aplicación y conducta, por escribir bien el dictado, por distinguir la coma del punto, del punto y coma, de los puntos suspensivos y del punto y aparte, por saber las tablas de multiplicar o que la ciudad de Zaragoza era «muy noble, muy leal, muy heroica, siempre heroica y muy benéfica», como rezaba su escudo, etcétera. Y, en otro orden de cosas, por llevar las uñas, manos y orejas limpias y hasta por cantar en voz alta:

¡Salve, bandera de mi patria, salve,
y en alto siempre desafía al viento!

Pero se las trajo a casa su amiga Amorós, hecho que, bien mirado, fue bueno para ella, pues no tuvo que oír ni ver más a Menendo, que, seguro, aún no la había perdonado porque era rencorosa y mala, según ella, según ella que le había dicho que era poco menos que puta, como sabido es.

Con la enfermedad de Cósima, los Arriazu anduvieron preocupados y redujeron a mínimos su vida social, como va dicho, perdiéndose algunas representaciones teatrales, tales como la muy famosa *Doña Perfecta*, de Galdós, e interesantes conferencias del Ateneo. Iban del trabajo a casa y de casa al trabajo. No obstante, recibieron en sus salones a las muchas amistades que, tras dejar su tarjeta, se presentaban a preguntar por la salud de la pequeña haciendo votos por su pronto restablecimiento. Gentes que, además, no venían con las manos vacías, sino con una caja de bombones o una bandeja de pastas o unas rosquillas, o un libro de cuentos de Calleja. Hubo quien se presentó con *Azul*, de Rubén Darío, y con las *Rimas* de Bécquer, y el señor García Arista con una coplilla dedicada a Cósima, que decía:

Hace noches ensoñé

que era un pesebre tu boca
y que cogía un torzón
de comer cebada roya.

Escrito que recibió Olimpia de manos del autor:

—¡Oh, mil gracias, señor García Arista, Cósima se lo agradecerá mientras viva...!

—Vea, doña Olimpia, que se la he dedicado: «A Cósima Arriazu de Castresana...».

—Mil gracias... Léamela usted, no entiendo bien su letra...

Y el autor la leyó y Olimpia se quedó pasmada, pero disimuló, que bien sabía ella manejar las situaciones difíciles, y hasta encomió lo escrito con su mejor sonrisa. Pero a la hora de la cena comentó con los señores:

—García Arista le ha regalado a Cósima una copla.

—¡Qué amable!

—Es una «baturrada», impropia, además, para una niña...

—¿Una jotica?

—Está de moda el baturrismo, ya sabes.

—Es una jota de amor...

—¿Ala Virgen del Pilar...?

—No, de amor entre hombre y mujer...

—¿No será soez?

—Es estúpida, es de uno que está enamorado y sueña que la boca de su amada es un pesebre...

—¡Santo Cristo...!

—¡Estos poetas bucólicos!

—¡Qué bucólicos, agrarios, agrestes...!

—Con eso de llevar la vida al verso o a la novela escriben cosas del peor gusto.

—El hombre lo ha hecho con su mejor intención, no va regalando sus coplas. De cualquier forma, no hagas caso, Olimpia. La rompes y en paz.

—Yo con poetas y plumillas prefiero hablar de los Juegos Olímpicos...

—Tiene razón, Jorge, será bonito que pronto vuelvan a celebrarse los primeros Juegos Olímpicos de la era actual.

—Es bonito, sí, porque se juntarán atletas de muchos países y más que participarán en el futuro.

El veraneo en Alhama de Aragón, en el balneario de Matheu, a Cósima le fue bien para su salud, pues aumentó de peso y dejó de estar hecha un esqueje, como le decían las criadas. Y remó y se bañó en el lago con otras niñas, todas con bañador — a cual con más lazos y más bonito—, pese a que le daban miedo los muchos barbos, o los peces que fueren, que había algunos casi tan grandes como ella. Además, recibió cartas de Amorós y Hornachuelos, y las contestó. Y una postal con una maravillosa

vista de la bahía de la Concha, de tío Jorge, que, hospedado en el hotel Londres y de Inglaterra, andaba buscando casa en San Sebastián. A Olimpia también le vino bien, pues volvió a su vida social y participó con sus conocidos y amigos en múltiples y variadas conversaciones. Una de las charlas que más le llamó la atención fue la que mantuvo con don Abdón Malumbres, que había desempeñado el empleo de comisario de guerra en Filipinas, y que enseñaba documentos firmados por la reina regente y su hoja de servicios, que pasaron de mano en mano y que Cosimina se entretuvo en examinar, pues que leía cualquier cosa que cayera en sus manos para quitarse de la cabeza a la Menendo. A la dichosa Menendo porque, Jesús bendito, continuaba viviendo con ella, durmiendo con ella y de ese modo se distrajo leyendo los documentos de embarque del susodicho, ascensos y lugares de servicio, y escuchando embelesada al oficial que, tras haber permanecido en las islas siete años, ocho meses y cinco días, podía hablar con propiedad:

—Las costas de las islas, entre ellas la de Luzón, donde se encuentra Manila, la capital del archipiélago, son escarpadas y están rodeadas de bancos de madreperlas que forman a menudo peligrosos arrecifes, además, están expuestas a toda la violencia de las olas del Pacífico. El clima es cálido por la influencia del monzón, que determina las variaciones de temperatura, las lluvias y los vientos. Hay dos estaciones, la de lluvias de mayo a diciembre, y la seca el resto del año... La vegetación es tropical, existen espléndidas selvas vírgenes, que, afortunadamente, carecen de animales feroces, como tigres y orangutanes... Los indígenas viven agrupados en tribus, están los tagalos, zambales, pampangos, etcétera...

En aquel etcétera se quedó Malumbres porque se sumó a la tertulia, que tenía lugar en el pabellón del casino, un huésped recién venido de Madrid, el cual, tras cruzar saludos y ser presentado, dio la noticia de que *monsieur* Camot, presidente de la República Francesa, había sido asesinado por un anarquista, y, claro, el personal se alborotó y recordó los asesinatos del zar Alejandro II de Rusia, el del general Prim y los muchos atentados fallidos en los últimos tiempos en toda Europa, entre ellos el que sufriera el rey Alfonso XII, que en gloria esté.

Al regresar a Zaragoza, con Cosimina totalmente repuesta, Arriazu, Maestro y Castresana volvieron a sus quehaceres y diversiones. Y los tres presenciaron la puesta en marcha de uno de los inventos más grandes de la humanidad: la instalación, en la ciudad, de la luz eléctrica. Los dos hombres con las autoridades y en primera fila, pues no en vano habían intervenido en la constitución de la empresa Electra Peral Zaragozana y eran accionistas de la misma, flanqueando al presidente de la compañía, don Isaac Peral, todo un personaje, nada menos que un nuevo propulsor del submarino, un sumergible, sin duda, llamado a triunfar en poco tiempo. E ídem de ídem, en la constitución de la otra compañía eléctrica que habría de operar en la población, la Compañía Aragonesa de Electricidad, presidida por don Genaro Checa,

de la que también eran accionistas. Por eso estuvieron en primera fila, porque habían creído en el invento —que había sido presentado en Francfort (Alemania), un año antes, y en Peral, que fue a visitar la exposición y a estudiar cómo desarrollarlo—, y habían puesto sus dineros.

Y fue que el 19 de septiembre de 1894 unos pocos afortunados pudieron ver cómo se iluminaba una bombilla, una bola de cristal con unos filamentos, o lo que hubiere dentro —tal le explicó luego Olimpia a Cosimina—, llamada bombilla, en el saloncito del teatro Principal. Como si de un milagro se tratara, aunque milagro no era, pues que en casa de Arriazu habían trabajado unos hombres haciendo agujeros y clavando cables por toda la casa durante todo el verano y, pocos días después, se volvería a repetir el mismo milagro a los ojos de toda la familia. Era ciencia, era técnica, una técnica que desterraría muy pronto la luz de gas y de las velas, llevándose para siempre sus muchos peligros.

Muy pronto, un mes más tarde, durante las fiestas del Pilar, pudieron ver y admirar el invento todos los zaragozanos.

El primer día de clase Cósima se llevó un alegrón, pues no estaba la Menendo y, al preguntar por ella, supo que habían destinado a su padre a Cuba, a luchar en la guerra que se había reanudado, y por ello respiró más que aliviada. Amén de que, finalizado el episodio del duelo, lo más que hubo de oír de labios de alguna compañera deslenguada, que alguna hubo, fue que la llamara judía, es decir, hija de judío, en razón de que su padre era banquero y la gente a menudo confunde las cosas y cree que uno es prendero cuando es banquero y, aunque se enrabiara ciertamente ante tal insulto, nunca ya volvió a enfermar por ninguna palabra mal dicha. Además que hizo con una niña, recién entrada en el colegio, amistad duradera, con Anita Moreno, que nunca jamás le dijo que su padre era judío.

Cósima y Anita, compartiendo el mismo pupitre, se hicieron muy amigas, pues resultó que la dicha Anita le comentó, después de un tiempo, mientras la madre Inés les hablaba de que en los dominios del buen rey Felipe II no se ponía el sol, que ella iba demandando a sus familiares y conocidos una pregunta por cada letra que tenía el alfabeto, pero, como Arriazu no la entendió, a más que la sor les llamó la atención por habladoras, las dos niñas continuaron en el recreo, pese a que alguna de sus compañeras les dijo:

—¿Qué, hacéis rancho aparte?

—Te lo explico mejor, Arriazu... Verás, desde que supe escribir el alfabeto, a, b, c, ch, d... y juntar las letras y hacer palabras...

—Sí, ¿qué?

—Me hice una pregunta por cada una de las letras y me la escribí.

—¿Te hiciste veintinueve preguntas?

—Claro.

—¿Preguntas como cuáles?

—Como niña, vida, muerte, hijo, padre...

—¿Y qué?

—Que al preguntarme sobre la palabra «niña», por ejemplo, empecé a escribir en un cuaderno: los niños vienen de París de la Francia, los traen las cigüeñas en un hato, que llevan colgando del pico. Los dejan en el balcón de las madres y las madres los recogen muy contentas, y los crían dándoles de comer y luego los llevan al colegio y si son niños les buscan un oficio y si son niñas las casan con un buen hombre... Y esa niña, hecha mujer, recibe otra niña, y se repite la historia...

—Veo que tienes mucho que pensar con cada letra.

—Ya lo creo, y mi abuelita dice que las palabras se enredan como las cerezas.

Y fue que a Cósima le gustó aquel juego o ejercicio mental, lo que fuere, y que no se limitó a plantear a los suyos veintinueve cuestiones, las correspondientes a las letras del alfabeto, sino que preguntó cientos, sobre lo que está a la luz y lo que está oculto, hasta tal punto que iba por la casa con una lista, ya estuviera en la cocina, ya en el salón, con tal obsesión que Olimpia decía de ella:

—Esta niña preguntando es insaciable.

Y Luis comentaba con ella y con Jorge:

—Lástima que no sea varón, hubiera sido un lince para los negocios... Con la curiosidad que demuestra en la infancia.

—No está mal que pregunte, yo, que creo saber muchas cosas, aprendo también.

—Yo hay cosas que no sé.

De la letra a, Cósima eligió: abuelo-a, quizá porque no tenía abuelos, y fue a preguntarle a Olimpia, que la informó cumplidamente:

—Es pena pero no tienes. Se murieron los cuatro...

Y mucho más que le dijo.

De la be, eligió: barba. Y fue a Jorge, el único que llevaba barba en la casa, que le explicó:

—La barba protege los dientes, la boca, la garganta y el pecho de catarros y pulmonías, según se ha demostrado en los regimientos militares... La barba ya no está de moda, yo la llevé a lo Francisco José, emperador de Austria. Tu padre llevó perilla y hace unos años los únicos que llevaban la cara rapada eran los sacerdotes.

A lo que Cósima respondió:

—Don Dionisio, el confesor de mamá, lleva.

—¡Ah, sí, los jesuitas sí! ¿Ahora, hablamos del bigote?

—No, del bigote no, sólo de la barba.

Los Arriazu y Jorge respiraron aliviados, porque la niña dejó de hacer preguntas y disfrutó como nunca de las fiestas del Pilar, que fueron muy sonadas, por la llegada de la luz eléctrica a la ciudad. Por ello, quizá, el alcalde don Mariano Amorós, barón

de la Torre, echó el resto y adornó las calles con guirnaldas, exponiéndose a que, si soplaba el cierzo, se llevara todo.

Cosimina acompañó a su madre al rezo de la Salve en el Pilar el día 11, y el 12 oyó el alegre voltear de todas las campanas de las iglesias y luego fue en la procesión del Rosario de Cristal. En el plano profano, presencié, desde sus balcones, la diana militar y se divirtió con un grupo de gitanos que bailaban y hacían bailar un oso al son de un pandero, y al paso de la comparsa de los Gigantes y Cabezudos, mientras ella y Teolinda cantaban las coplas del Morico y del Berrugón; viendo los fuegos artificiales del arco Cinejio y la salida de los toreros que, hospedados en la fonda Europa, se dirigían en coches descubiertos a la plaza de toros. Además, fue a la ribera del Ebro a ver una exposición de barcas y pontones, a la tómbola de caridad de la plaza de Sas, donde jugó varios boletos, pero no le tocó nada, y al circo Price. Eso sí, a una sesión infantil para que no hubiera mujeres ligeras de ropa, y lo que más le gustó fueron los payasos, el *clown*, que era el listo, y el «tonto», que era tonto, y en las ferias anduvo por los toboganes —los esvarizaculos, como decía Teolinda— y por los *carrouseles*. Pero lo que más le emocionó, como a todos los pobladores y a la mucha gente que vino de los pueblos, fue cuando el último día de las fiestas, es decir, el 19 de octubre, brillaron dos lámparas durante dos horas, en lo más negro de la noche, en el puente de Piedra, sobre el Ebro, movidas por electricidad, del modo que se moviere la electricidad. Hecho que presencié con las tres criadas, que se emocionaron también, y lo que dijo Úrsula, lo mismo que decían todos los asistentes:

—Esto es un milagro, chicas.

Y lo que respondieron Teolinda y Pilara a la vez:

—Las ciencias adelantan que es una barbaridad —rememorando una célebre frase de la *La verbena de la Paloma*, zarzuela que habían visto.

Y, en unos días, en cinco días, hubo luz eléctrica en casa de Arriazu y se acostumbraron todos a ella, como si no la hubieran visto nacer y la hubieran utilizado toda la vida, y hasta Úrsula, que todavía no se había hecho con el teléfono, encendió un interruptor a la primera y, lo que son las cosas, sin miedo.

Cósima, pasadas las fiestas, tornó a sus preguntas alentada por Jorge, que le regaló el famoso Diccionario de Gaspar y Roig, de 1853, pero ni siquiera lo miró. Siguió preguntando y su padrino contestando por la letra erre, de la cual eligió la palabra rey. Entonces Jorge le contó:

—Nuestro rey se llama Alfonso XIII, pero tiene tu edad y, como es pequeño, no puede todavía reinar. Lo hará cuando cumpla dieciséis años... Por él reina doña María Cristina, que es la regente, una gran dama que ordena a los señores Cánovas o Sagasta formar gobierno... El gobierno es el que manda en España, para que me entiendas. Ahora, en octubre, manda Cánovas, pero ya veremos al mes que viene... El caso de don Alfonso XIII es único en la historia, pues fue rey desde que nació y sólo un rey de Francia, Juan I, fue rey desde la cuna hasta que murió a los cinco días...

—Pero, padrino, ¿a los niños no los traen las cigüeñas de París?

—Oye, Cósima, ¿quieres que llame al cochero y que vayamos a la estación del Norte a ver la llegada de los trenes?

—Sí, sí. ¿Me comprará usted un pastel?

—Sí. Paramos en Fantoba, camino del puente de Piedra, y te compro uno.

Cósima se compró un pastel de nata, pero no lo quiso y lo arrojó por la ventanilla para que se lo comieran los pajaritos. Lo que no vio fue que un mozuelo y un perro se lo disputaron.

Cierto que pronto volvió a estar muy ocupada, aunque con otra cuestión, con la función de teatro que, año tras año, organizaban las monjas en el colegio para la fiesta de la Virgen Niña, el 21 de noviembre. En ella, las colegialas pequeñas, disfrazadas de pastoras, cantaron una canción a coro y las mayores junto a las antiguas alumnas representaron un auto sacramental de don Pedro Calderón de la Barca. Arriazu y sus compañeras deleitaron a sus padres con una canción de un cestillo y arrojaron a la platea los caramelos que llevaban en él.

Y así, sin nada más que contar, se fue 1894.

Empezó el año de 1895 con música de Debussy y animado baile con obras de Offenbach en el casino Principal de Zaragoza. Y siguió con los obreros de la fábrica de Irisarri cargando bombas para exportarlas a Rusia, que guerreaba contra los japoneses. Con Sagasta otra vez en el gobierno, y con la guerra de Cuba en pleno auge. Con José Martí —hombre que había vivido en la ciudad del Ebro, en la calle de Manifestación en concreto, cuyo nombre corría por las tertulias, pues algunos lo recordaban— al frente de la rebelión y logrando que la insurrección se extendiera por toda la isla, entre otras razones, porque la moral del ejército español andaba por los suelos y la malaria hacía estragos. Con Olimpia leyendo *Peñas arriba*, de don José María de Pereda, y asistiendo a las tertulias de Castellano, Torres, Pamplona Escudero, etcétera y recibiendo en su casa a lo mejorcito de la sociedad zaragozana. Con Cósima jugando los domingos en la cama de su padre con el arca de las onzas peluconas o, a diario, con su reloj de leontina cuando se sentaba en sus rodillas o con su casa de muñecas, en su casa, con su amiga Anita, que no había dejado de serlo y la «ajuntaba» siempre. Se reían mucho juntas, sobre todo después de llover, cuando chapoteaban en los charcos cantando a la par la canción de «La Virgen de la cueva», mientras esperaban a las muchachas que habían de recogerlas en la puerta del colegio. Se ponían perdidas, de tal manera que Olimpia, muy enfadada, obligaba a su hija a cambiarse de ropa enseguida y ella misma le frotaba muy bien la piel con una toalla para quitarle toda la humedad y que no cogiera un resfriado. Pero Cósima se constipaba y había de ir a la consulta de López-Tass, una semana por catarro y a la siguiente por anginas, y se fijaba, pues había abierto los ojos al mundo, en el cartel del médico: «Dr. Don Fernando López-Tass, consulta de 4 a 6 (pobres de 3 a 4, gratis)». Y, en otro orden de cosas, había de escribir cien veces por haber hablado en clase: «Todos debemos proteger los árboles» o «la belleza mayor reside en el alma» o «la educación habla de nuestra cuna» o «la presunción es de necios», sabias sentencias que le ayudaban en su crecimiento intelectual... Con Jorge, practicando sus saberes: ora hablando de Zaragoza —la antigua Cesaraugusta, ciudad casi bimilenaria, fundada por los legionarios del emperador Augusto—, ora de la creación del mundo.

Con Luis deseando viajar a París y a Madrid, quizá otra vez penando por Flora Melero, y dando a elegir a su socio:

—¿Dónde prefieres ir primero, a París o a Madrid?

Y el otro dándole largas, diciéndole que esperase la llegada de la primavera. Mientras, Úrsula seguía trajinando con los pucheros y Pilara se había convertido en la perfecta mayordoma del señor, y Teolinda, con el cántaro en la cabeza, continuaba bajando a buscar agua a la fuente por ver si encontraba un marido que diera fin a su larga viudez.

Pero sucedió en Zaragoza que el 13 de febrero se incendió el teatro Circo, que

carecía de luz eléctrica, al parecer, y, como se observó la gran humareda desde los balcones de la plaza de la Constitución, 3, Cosimina tuvo miedo. Se habló en toda la ciudad de la malhadada fecha, martes y trece, y de una vela que, accidentalmente, prendió en una cortina. El caso es que el fuego interrumpió un ensayo de artistas ecuestres y que hombres y animales hubieron de correr para librarse de la quema. En la sala, de la platea al gallinero, no se salvó nada, y eso que los bomberos acudieron con presteza consiguiendo que el fuego no se propagara a las casas vecinas.

El hecho fue muy comentado en las tertulias de café donde se rememoraron incendios anteriores sucedidos en la urbe, como el del chapitel de la torre de La Seo ocurrido en 1850.

En Ambos Mundos los señores escucharon de labios del joven poeta Ram de Vú —quizá el más adecuado de los escritores zaragozanos, puesto que, según las malas lenguas, pasaba largas horas en el cementerio de la ciudad buscando inspiración para escribir sus versos— la narración del pavoroso suceso y luego lo repitieron en casa a su manera y sin la grandilocuencia del rapsoda, naturalmente, pero no dejaron de advertir a Cosimina que tuviera cuidado con velas y candiles.

—Dejen ustedes de hablar de incendios, por Dios —cortó Olimpia y salió del salón con la niña.

Claro que, al despedirse de su marido al ir a la cama, hubo de oírse:

—Mantienes a Cósima entre algodones... Ésa no es manera de iniciarla en la vida.

—Sé que la vida es dura, Luis, pero cuanto más tarde Cósima en enterarse, mejor.

El 20 de abril, Luis y Jorge asistieron a la instalación, en la ciudad, del servicio interurbano de teléfonos, acontecimiento que reunió a todas las autoridades municipales y que finalizó con un cuadro de jotas a cargo de la rondalla de José Oro. En los días siguientes, manifestaron su contento porque, por fin, habían conseguido agilizar su negocio y podían realizar operaciones bancarias con Madrid y Barcelona —las ciudades con las que más trabajaban— a través del teléfono, invento que ya les había resultado muy útil para operar en Zaragoza, y que venía a ampliar las ventajas del telégrafo. Y celebraron el hecho, pues muy pronto concertaron con varias bancas de aquellas capitales que, mediante contraseña secreta —que sólo ellos dos conocían, no fuera a surgir algún empleado desleal, que no tenían pero podían tenerlo, que les jugase una mala pasada que les ocasionara la ruina—, podían ejecutar cualquier negocio referente a transacciones. Con todo ello se mostraron muy alegres, y el resto de la casa también. Claro que en la cocina, Úrsula, al enterarse de que se podía hablar por teléfono entre ciudades, sentenció:

—El diablo se está apoderando del mundo...

—Y que lo digas, hija —abundó Pilara, pese a que era la encargada de atender el teléfono cuando sonaba y, después de años de hacerlo, debería estar acostumbrada,

pero lo suyo le costaba, al parecer.

Un día de finales de mayo, Amelia López-Tass, viuda de Dulce, después de dejar por la mañana su tarjeta, acudió con su prole al piso primero de la plaza de la Constitución, 3, para que su joven hijo León —el mismo que había sostenido, sin que le temblara la mano, la bandeja que recogió las aguas bautismales de Cósima— se despidiera de los señores de Arriazu. En virtud de que el mozo, un buen mozo, se embarcaba en breves fechas hacia Cuba con su regimiento para servir al rey contra los insurrectos que, capitaneados por unos dichos Antonio Maceo y Máximo Gómez, se habían alzado de nuevo contra España en el oriente de la isla en el llamado «Grito de Baire», desdichado acontecimiento que había tenido lugar en el mes de febrero anterior.

La niña, que tenía nueve años, prestó mucha atención a lo que se dijo en su casa aquella tarde. La visita no fue para ella una más, aunque su madrina se le hiciera cargante por demás por su mucha verborrea y las hijas otro tanto. Quizá fue que el muchacho le llamó la atención por su talla y por lo vistoso de su uniforme, y que, pese a su corta edad, se fijó también en su buena estampa. Ciertamente que, como se abrieron varias conversaciones a la vez en el primer salón, y si atendía a una, no atendía a la otra, a más que las hermanas la acaparaban describiéndole el uniforme del teniente con todo detalle, oyó un poco de acá y otro poco de allá.

Algo escuchó de la conversación de los señores, pero no cayó en la cuenta de que León hablaba poco y era menester sacarle las palabras con sacacorchos, tal vez porque el teniente trataba de compensar la verbosidad de su madre y sus hermanas. Don Luis y don Jorge hubieron de apurarse a fondo para que el mozo les contara alguna cosa:

—¿Cuándo tomas el tren, pollo?

—Mañana viajo para Madrid y el 30 embarco en Cádiz, en el vapor llamado *Ciudad de Cádiz*, rumbo a la gran Antilla, con mi regimiento...

—El Regimiento de Húsares de Pavía 20 de Caballería.

—Un regimiento con solera.

—Recuerdo las glorias del Pavía en las guerras carlistas...

—Estarás orgulloso, León.

—Sí, señor. Además, servir bajo las órdenes del general Martínez Campos es un honor.

—Murió José Martí en el combate de la Boca de Dos Ríos...

—Murió como un valiente cargando contra las fuerzas españolas, contra la columna del coronel Jiménez Sandoval.

—Hecho prisionero, nuestras tropas le rindieron honores militares, incluso.

—En nuestro ejército hay caballeros, señores míos.

—¿Cargan armas y caballos de la Península?

—Llevamos el petate, el resto nos lo entregarán en Cuba.

—¿Salió tu nombre en el sorteo?

—Me presenté voluntario...

—¡Ah, León quiere realizar grandes hazañas y regresar con el grado de brigadier!

—Está muy bien tener ambición en la vida, muchacho.

—Ya sabemos que manejas el sable de maravilla.

—¿Te darán el uniforme de rayadillo?

—Por supuesto.

—Ten cuidado con el agua de beber y al andar por charcas y pantanales, pues el mismo don Santiago Ramón y Cajal, el eminente catedrático de Medicina, regresó enfermo de malaria, y aún se resiente.

—¿Llevarás máuser o tercerola Remington?

—Creo que máuser.

—Ya nos ha contado tu señora madre que donde pones el ojo, pones la bala y que hundes el sable de maravilla en el corazón de un ¿mam...?

—Mambise, así llamamos a los rebeldes... Sepa, don Jorge, que el escuadrón ataca sin alineación, en lo que llamamos en «forma de nube», y con el sable se cortan las cabezas del enemigo blandiendo el arma a derecha e izquierda, sin pinchar...

—Perdona, León, ni Luis ni yo hemos servido en la milicia.

—¿Piensas volver pronto?

—No sé. Depende del transcurso de las operaciones militares.

—La otra guerra se llamó «la Guerra Chiquita»...

—Tampoco creo que dure mucho tiempo esta campaña...

—No es lo mismo, las circunstancias han cambiado...

—Tienes razón, los Estados Unidos están cizañando y haciendo mucho mal...

—Ese país quiere apoderarse de la isla, vamos, despojarnos de ella.

—Disculpen los señores, no puedo hablar de determinados asuntos.

—Lo entendemos, León.

—¿Cuánto tiempo tarda el barco en arribar a puerto?

—Unos quince días.

—¿Desembarcarás en La Habana o en Santiago de Cuba?

—Tampoco puedo decirlo, señores.

—Perdona otra vez...

—Esta misma tarde, te enviaré a tu casa una manta de viaje que compré ayer, no vayan a darte una de esas que llaman de «tercera vida», que esté mal lavada y llena de remiendos, o con liendres incluidas.

—Se lo agradezco, don Jorge, usted siempre tan generoso, pero he de ajustarme a lo que me entregará el regimiento.

—Es pena. Es una buena manta de lana inglesa.

—Ojo con las cubanas, León, se dice que son muy fogosas...

—Y es fama que los húsares también lo son.

—Voy a servir al rey...

—Muy bien, volverás brigadier y luego, tras pedir la licencia pertinente, podrás hacer carrera política y presentarte a diputado... Te ayudaremos a buscar distrito.

—Te ayudaremos antes, te buscaremos un buen destino en Cuba, pues es ministro de Ultramar don Tomás Castellano, que es hijo ilustre de Zaragoza, y muy buen amigo nuestro —informó don Luis.

—Le pediremos que te dé un trabajo de oficina...

—¡Ah, no, señores...!

Como el muchacho enrojeció ante la posibilidad de ver trocados sus planes de ascender en la milicia por méritos de guerra, los señores se encogieron de hombros, apuraron el oporto, y lo invitaron a pasar a la salita a jugar unas partidas de cartas al *pinacatl*, dicho pinacle en castellano.

También oyó Cósima alguna cosa de lo que decía la madre del muchacho sobre una pariente, una cuñada suya, una tía de León que era su madrina de bautismo, al parecer. Una señora que poseía inmensa fortuna en ultramar, en Argentina, en concreto, y que había hecho testamento en Buenos Aires, dejando único heredero al joven teniente:

—Mi cuñada Miguelina, como perdió a los dos hijos que tuvo del indiano uno detrás de otro, pobres criaturas, en una epidemia de gripe, me ha asegurado en su última carta que ha dejado todos sus bienes a León, que es su ahijado, el único ahijado que tiene, y me ha prometido enviarme copia de su testamento para saber qué hacer después de su muerte.

—¿Doña Miguelina, la del escándalo? —preguntó Olimpia.

—Sí... La esposa de mi querido hermano Fernando, creo que dejando heredero a mi hijo, quiere redimir sus pecados...

—¿Tan rico era el indiano?

—Inmensamente rico...

—Permita que le diga, querida Amelia, que, para redimir sus culpas, su cuñada debería dejar sus dineros a su marido, a su señor hermano de usted y mi buen amigo Fernando López-Tass, vaya, pues bastante le hizo.

—No crea usted, que está bien hecho así. Que mi hermano no tiene hijos y lo suyo lo heredaran los míos... Miguelina ha pensado en todo, pues de este modo la familia no tendrá que pagar dos veces derechos reales al Tesoro Público por los mismos bienes. ¿Recuerda usted a mi cuñada...?

—Sí, sí, la recuerdo muy bien...

—La única condición que ha puesto, al parecer, es que León vaya a verla morir...

—¿Está enferma?

—No, goza de buena salud, pero va entrando en años, como yo...

—A usted le queda mucha vida, Amelia.

—Por la herencia, no me opuse a que León se presentara voluntario para ir a Cuba... Porque estará más cerca de Buenos Aires e incluso podrá llegarse con más

facilidad a casa de Miguelina y conocer las heredades que serán tuyas en el futuro... Un terreno enorme, según tengo entendido, que discurre de norte a sur del país...

—¿Doña Miguelina deja heredero universal a León y nada a sus hijas de usted?

—León se ocupará de sus hermanas mientras viva, y de Cosimina, si ustedes lo tienen a bien... Vea, Olimpia, cómo el muchacho observa a la niña, cómo dice amarla con sus ojos y se distrae de la conversación de los señores...

—¿Usted cree...? Yo lo veo muy atento... Parece el muchacho poco hablador.

—¡Oh, sí! Yo que hablo tanto y él tan poco... Por eso, repito lo que vengo diciéndole a usted desde el día del bautizo...

—Cosimina es muy niña para que pensemos en bodas, Amelia. Primero habrá de hacer la primera comunión...

—Para cuando regrese mi hijo de Cuba y de Argentina se habrán pasado varios años, y la niña estará hecha una pollita y en edad de merecer...

—Tiene nueve...

—Lo sé muy bien...

A las que más hubo de escuchar Cósima fue a las tres hermanas de León, que le detallaron el uniforme del húsar de la cabeza a los pies sin olvidar detalle, aunque, es de decir, también tocaron otros temas mientras untaban bizcochos en el chocolate:

—Atiende, Cósima. Mi hermano salió de la Academia de Caballería de Valladolid de segundo teniente y, por orden del rey y por el hecho de ir a Cuba a luchar contra los insurrectos, ya es primer teniente y ha recibido una gratificación de embarque — se jactaba Alejandrina, la mayor.

—Fíjate en el uniforme, Cosimina —ilustraba Pepa, la segunda—. El gorro es rojo y se llama chacó... Lleva chaqueta azul y bandolera de gala...

—Observa los galones del calzón. Se los he bordado yo con hilos de oro — aseveraba Alejandrina.

—Los zapatos son de charol y los guantes de ante de color blanco.

—El sable es el reglamentario.

—¿Qué te parece nuestro hermano?

—Muy bien.

—Míralo bien, niña, parece un *dandy*...

—Un petimetre.

—Es tu novio. León es tu novio. Debes saber que nuestro hermano es tu novio desde el día en que naciste y que nosotras seremos tus cuñadas...

—Oye, Cosimina, dile a la doncella que nos ponga más chocolate y que traiga más bizcochos.

—Cuando León regrese de la isla, te rondará, te dará serenata y te mandará billetes con las criadas... Cuando seas mayor te casarás con él...

—Mamá dice que siempre te ha mirado con ojos lánguidos.

—¿Qué es «lánguidos»?

—De amor, boba. Mírale cómo te mira...

Pero Cósima no miró al joven, pues le daba vergüenza, al parecer, y sus «cuñadas» continuaron:

—Mamá dice que celebraremos una gran boda con mucha gente encopetada.

—Y te irás a vivir a Madrid...

—A la capital de España...

—A Madrid, no. A Alcalá de Henares, donde está de guarnición el regimiento.

—El regimiento estuvo destacado en Madrid, en el Palacio Real, custodiando al rey y a la reina regente.

Cosimina no seguía muy bien el acertado y puntilloso lenguaje militar de las hermanas, pero le interesó la ilustración que estaba recibiendo sobre su futuro noviazgo, por eso preguntó:

—¿Me mandará cartas de amor?

—Por supuesto, el novio de Alejandrina lo hace.

—¿Alejandrina se va a casar?

—Claro, como todas nosotras.

—Alejandrina está enamorada y escribe poesía...

—Habla de la luna y de las estrellas... Y dice que su corazón palpita...

—Como una patata frita...

—¡Cállate, Pepona! —ordenó la hermana mayor.

—Alejandrina, cuando se enfada conmigo, es muy mala y me llama Pepona.

—A mí, cagarruta —informó Amelita—. Es muy mandona.

—Yo soy la mayor y vosotras las pequeñas, y por eso tenéis que obedecerme. Del mismo modo que yo hago caso a mamá.

—Sí, porque tú lo mandes.

—¿Tú qué crees, Cósima, debemos obedecer a Alejandrina?

—¡Ojalá tuviera yo una hermana mayor para obedecerla...!

—No seas necia, niña, estás mejor así, sin otra madre que te mande...

—Una hermana mayor te haría la vida imposible. Además, no hace de madre, hace de madrastra.

—Alejandrina es una acusica.

De ese modo le respondieron las dos pequeñas y, claro, Cósima se quedó suspensa, pues muchas veces había deseado tener una, dos, tres o cinco hermanas mayores. Un montón de hermanas y hermanos mayores y menores, en fin.

Al salir los Dulce, Úrsula, previo permiso de la señora, le entregó una carta, que le había escrito Cosimina anunciándole el fallecimiento de Bartolo, al señorito León para que se la entregara a su hijo, y el mozo se la llevó de grado.

—Te veo preocupada, Cosimina. ¿Qué te han dicho esos tres loritos? —preguntó Olimpia a su hija cuando, ida la visita, se presentó en su cuarto a darle el beso de buenas noches.

—Mamá, me han dicho que León es mi novio. Que, cuando vuelva de la guerra, me enviará cartas de amor con las criadas y que seré su novia y me casaré con él... Mamá, yo no quiero tener novio. Yo no quiero casarme con un hombre de carne y hueso, yo quiero casarme con Dios... Quiero ser misionera e ir al África a bautizar a los negritos.

—Ay, te tengo dicho que las mujeres no bautizan ni predicán la palabra de Dios.

—¿Qué hacen, pues, las misioneras?

—Las misioneras son asistentes del sacerdote, del misionero.

—¿Qué es ser asistente?

—Ayudante. El que predica, convierte, bautiza, da la absolución, la comunión y la extremaunción es el sacerdote.

—Pues sor Inés fue misionera...

—Sor Inés te está llenando la cabeza de pájaros... En el país en que vivimos las mujeres se casan y tienen hijos... ¿No quieres ser igual que yo cuando seas mayor?

—Sí.

—Pues yo me casé con papá, y soy muy feliz...

—¿Entonces yo me casaré con León?

—Si te enamoras de él, sí.

—¿Qué es enamorarse?

—Es sentir algo especial ante una persona del sexo opuesto...

—¿Algo como qué?

—Algo extraño...

—¿Malo o bueno?

—A veces bueno, a veces malo...

—¿Cómo puede ser eso, mamá?

—Cuando seas mayor hablaremos de ello. ¡A dormir! ¿Has rezado tus oraciones?

—Sí, mamá. Oiga, mamá, ¿entonces el que es importante en la religión es el sacerdote, no?

—Sí.

—¿Por eso cuando te encuentras con un cura en la calle hay que besarle la mano y a la monja no?

—Sí, pero no se dice cura, se dice sacerdote. Y, venga, a dormir.

—Buenas noches, mamá.

—Que sueñes con los angelitos, princesita mía —terminaba Olimpia.

Y salía de la habitación suspirando y deseando que acabara el curso escolar para que la niña, lejos de la hermana Inés, dejará de hablar de irse al África de misionera, y más que dispuesta a poner en conocimiento de su prima Adelaida, a la sazón ya superiora del convento, el empecinado deseo de Cósima, así como a rogarle que las hermanas maestras contaran a las alumnas del colegio vidas de santos y mártires de épocas anteriores, pero no actuales, no fuera a asentarse en la mente de su hija, de su única hija, un espíritu aventurero que resultara malsano. Que, en el colegio, todas las

monjas hicieran lo que siempre se había hecho en los colegios: relatar las vidas de los antiguos mártires.

Acostada la criatura, habló Olimpia con los señores y la velada se prolongó hasta tarde. Luis y Jorge se mostraron muy interesados cuando la dama les contó lo de la herencia del joven León:

—¿Dices que León va a heredar una franja de tierra que va desde el norte de Argentina hasta la Patagonia?

—¿Una franja desde Jujuy o el Gran Chaco hasta el río Gallegos más o menos?
—se asombró Jorge, que sabía mucha más geografía que su socio.

—No sé. Ha dicho Amelia de norte a sur.

—¿Qué extensión de tierra tiene?

—Lo ignoro.

—¿Sabes, Olimpia, que en Argentina hay mucha riqueza?

—Ganado sobre todo. Mucho vacuno, rebaños de miles de vacas...

—¿Sabes que muchos españoles e italianos emigran a ese país y regresan ricos?

—Lo sé, son los indios.

—León sería un buen partido para Cósima —sostuvo Luis.

—Amelia estaría encantada con esa boda, no ha dejado de decirlo desde el día del bautizo de la niña —aseveró Jorge.

—No quiero hablar del matrimonio de Cósima. Primero tendrá que hacer la primera comunión, digo yo. Además, quiero que se enamore... Deseo que sea libre y pueda elegir.

—Estoy de acuerdo, Olimpia. Pero semejante herencia podría hacer que convirtiéramos la banca en un gran banco como los que existen en Europa.

—Además, puesto un gran capital al siete por ciento, en cinco años el más patán sería requetemillonario.

—¿Y si no es tanto el capital? ¿No conocéis a Amelia? Ella exagera siempre... Además, me pongo a temblar de que Cósima haya de ir en el futuro a la Argentina, siquiera de visita.

—No tendría que vivir allí, con tal que León nombre un buen administrador, todo arreglado.

—¿Es que no te ha gustado el muchacho?

—Es un buen mozo y tiene ante sí una buena carrera militar... Además, es uno de los primeros números de su promoción.

—Claro que me ha gustado León, pero Cósima es muy niña todavía...

—La familia es buena también...

—De dinero.

—¿No es gente de mediano? ¿No tenía Amelia una casa hipotecada con vosotros?

—Sí.

—Pero eso no es obstáculo. Tiene otras casas sin hipotecar y tierras en el campo...

—Y acciones y deuda pública. Mucha renta, en fin.

—Yo no sé de finanzas, pero tengo para mí que no anda sobrada de dinero. Y, entre nosotros, creo que ella misma le ha cosido los uniformes al pollo con ayuda de las muchachas, y que la hija mayor bordó la pasamanería, todo para abaratar el costo...

—¡Imposible, se veía la mano del sastre...!

—¿Cuánto vale un equipo, pues?

—Setecientas cincuenta pesetas...

—¿Qué dices?

—Lo que oyes, Luis. Sólo el capote ochenta y cinco...

—Amelia tiene dinero para eso y más —informó Jorge.

—Tú, Olimpia, le tienes cierta animosidad a Amelia.

—¡Es tan entrometida...!

—Hoy ha estado muy circunspecta.

—Hoy, pero otros días no. No quisiera yo esa suegra para mi hija, no la dejará vivir ni respirar... Amelia es una metomentodo. Ea, fin de la conversación... En esta casa no se habla de la boda de Cósima hasta que lo diga yo.

—Estamos hablando por hablar...

—Tiene razón Olimpia. La niña tiene nueve años, nos estamos precipitando. Además, que, de momento al menos, es mejor partido Cósima que León. A ver, heredará a ustedes dos, y a mí —aseguró Jorge y, como había de ser así, los otros asintieron.

Una de las primeras llamadas interurbanas que Arriazu recibió fue la de Flora Melero, que, enterada de que se podía hablar por teléfono con Zaragoza, se encaminó a la central y esperó hasta que le dieron línea. Llamó para lloriquear, y eso que no tenía motivos pues, aunque hacía corto con todo el dinero que Luis le enviaba porque tenía el bolsillo roto, justo el día anterior Rebeca se había encontrado en la calle Serrano una cartera con tres mil pesetas, una auténtica fortuna. Y, pese a que las dos oyeron al pregonero anunciando que don Pedro Vivar, domiciliado en el 38 de la misma calle, la había perdido y que gratificaba su devolución espléndidamente, se la quedaron y, aquella misma tarde, fueron a mirar telas para hacerse varios vestidos y anduvieron por varias sombrererías. Pero Flora no se quitó la tristeza que llevaba puesta, no, pese a que se compró una sombrilla nueva. No se animó una miaja, porque el local donde había cantado y exhibido sus encantos la Bella Chiquita había sido cerrado por la autoridad, y la cantante procesada, y las figurantes también, entre ellas, ella, Flora, y por eso tenía un disgusto que se moría, pues ya se veía en la cárcel.

Se comentaba en todo Madrid que los responsables habían sido procesados por escándalo público, y unos estaban muy contentos y otros muy descontentos, pues que decían —refiriéndose a la Bella Chiquita— que una mujer fuera encausada por salir al escenario ligera de ropa y por cantar canciones picantes, que no blasfemas, era impropio de finales del siglo XIX. Y hablaban y hablaban de la Bella Chiquita, pero de las teloneras, entre ellas, de Flora, no hablaba nadie, era como si no existieran. Y se encontraba con que no sabiendo leer, amén de que lo que le leía Rebeca, que sí sabía leer, no lo entendía, no comprendía por qué, demonios, debía presentarse en un juzgado ni a qué; ni sabía a quién preguntar sobre un pliego de papel que había recibido con muchos sellos y firmas. Por eso telefoneó a su antiguo amante, en aquel momento protector, pues llevaba un año largo sin requerirle servicio alguno y sin dejarse ver; cierto que pagando, eso sí. Por eso le llamó llorando y le contó lo que había creído entender, pero fue que Luis no comprendió casi nada porque Flora, además de no saber de lo que hablaba, entrecortaba las palabras por el llanto. Y fue que a Luis, al oír su voz, primero, se le revolviéron sus partes de varón y, luego, su corazón, y al día siguiente se presentó en Madrid, y ya entendió el asunto. Y, por supuesto, se lo arregló, pues tenía amistades y contactos, y desfogó su pasión, aquella pasión por Flora que se había mantenido latente en su órgano rector, pese a que hubiera aliviado su virilidad en los mejores burdeles de Zaragoza, en los que las prostitutas pasaban la revisión médica obligatoria.

Y, estando en la cama con su amante, le prometió que muy pronto cantarían en una zarzuela y ella se lo comió a besos.

En los meses siguientes, tras acabar el curso escolar con sobresalientes y banda de honor, Cósima tuvo noticia de que León había llegado con buena mar y en perfecto estado de salud al puerto de La Habana y que, tras desembarcar y recibir caballos y armas, su regimiento había sido destinado a Placetas, localidad situada en el centro de la isla, en la llamada región de Las Villas, zona de ricos ingenios azucareros y prósperos criaderos de caballos, llamados por allá potrereros.

Enterada de lo que era un «ingenio» y un «potrero» por tío Jorge, que no perdía ocasión de enseñarle, fue capaz, con el mapa de la isla a la vista, de situar el campamento del joven León. Y aprendió cantidad de cosas, pues su padrino alargó la lección al clima del mar Caribe, haciendo hincapié en que, en el trópico, las estaciones del año no son cuatro como en Europa, sino dos: una seca, que discurre de noviembre a abril, y otra de lluvia, que ocupa el resto del año; y prosiguió perorando sobre la población, la simpatía de los habitantes —cierto que no todos eran tan simpáticos, pues allí, muerto José Martí, el principal cabecilla de la rebelión en el combate de Dos Ríos, continuaban los hermanos Maceo y un tal Gómez sublevados contra la autoridad española—; el inhóspito terreno surcado de inmensos cañaverales y anegado de pantanos, donde la tropa contraía ineludiblemente paludismo: unas

fiebres perniciosas que van y vienen causando gran mortandad; el enorme machete de hoja curva con el que los trabajadores de los ingenios venían cortando, de tiempos antiguos, la caña de azúcar y que los insurrectos empleaban para degollar de un solo y certero tajo a los soldados españoles...

En este momento de la lección, hubo de intervenir Olimpia, pues que, luego, Cosimina tenía malos sueños:

—No hable usted, Jorge, de sangre, hable de que León estará muy apuesto montando a caballo con su sombrero jipijapa y su sable al cinto...

Y entonces, el padrino, que resultaba una enciclopedia, como va dicho, pasaba a explicar el sombrero de paja típico de varios países de América, hasta que la dama volvía a controlar al profesor y reprendía al amigo con voz cariñosa:

—Jorge, no atosigue a la niña, que parece usted una enciclopedia.

Y Jorge se defendía:

—La niña tiene interés por aprender, ¿no es así, Cósima?

—Sí, tío.

—¿Lo ve usted, Olimpia? Cuanto más sepa mejor, ¿o no?

—No sé qué decirle, Jorge, no sé si es mejor saber mucho o poco en este mundo... Dejemos el asunto, pues nos llevaría a larga disquisición, y tengo media jaqueca...

—Tiéndase usted en la cama, que le pongan paños fríos en la frente...

—No se preocupe por mí, Jorge, no es nada...

—Yo siempre me he preocupado y me preocuparé por usted, Olimpia.

—Lo sé, amigo, gracias.

—Voy a llamar a Pilara para que le prepare la cama y se acuesta usted un rato.

—Voy a hacerle caso, la jaqueca me va a más. Es como si me clavaran puntas de aguja en la cabeza...

—¿Mande, la señora? —se presentó Pilara.

También en la cocina se habló de la guerra de Cuba, incluso de la visita del teniente León Dulce, el futuro novio de Cosimina, en razón de que el hijo de Úrsula era cabo primero herrador de la brigada de Transporte de la isla con guarnición en La Habana, y permanecía en aquel lugar desde la «Guerra Chiquita», es decir, de 1879. Y claro, la cocinera se lamentaba:

—¡Ay, Virgen del Pilar, mi Juan, más de quince años sin verle y dos sin recibir carta...! Con la que le llevó el señorito León, se habrá enterado de la muerte de su padre, pero todavía no me ha contestado...

Y Pilara le decía:

—No encontrará oficial que se la escriba, pero seguro que ha recibido la carta que le dictaste a Cosimina...

—Allí hay escribientes que instalan un puestecico en la plaza Mayor y escriben lo

que les dicen los analfabetos... No sé, quizá esté enfermo...

—¡Quiá, no temas, Úrsula, siempre has dicho que era mozo recio...!

—No lo quiera Dios; muerto Bartolo, Dios lo tenga con Él, es lo único que me queda...

—Me tienes a mí, Úrsula —terciaba Cosimina y la miraba con los ojos muy abiertos.

—De momento, te tengo a ti, niña mía, pero crecerás y te casarás con el señor teniente y te olvidarás de esta que lo es... tu Úrsula...

—¡Ah, no, Úrsula, yo nunca te olvidaré, ni a Pilara ni a Teolinda!

—Quiera Dios que no seas ingrata conmigo...

—El señorito León es, como dice tu mamá, un *dandy*, Cosimina.

—¿*Ta gustao?*

—No quiero pensar en novios...

—Pues piensa en este León, que te está predestinado desde el día en que naciste.

—Doña Amelia quiere *casate* con él.

—Yo no quiero casarme...

—¿Qué quieres, pues?

—Yo quiero ser misionera.

—¡Anda allá, si no sabes aún ni coger agua bendita *pa santiguarte!*

—Claro que sé, y no sólo me santiguo con ella, sino que me mojo toda la cara y meto las manos en la pila.

—¿Te mojas toda la cara con agua bendita, para qué? —demandó Pilara y continuó—: ¿Es eso pecado, Úrsula?

—Para ser más santa.

—¡Ay, Dios!

—No sé, no creo que sea pecado...

—No vengas con mandangas, niña... Las mujeres que se meten monjas es porque han sufrido algún desengaño amoroso y se han *quedao pa vestir santos*...

—¿Qué quieres decir, Teolinda?

—No le digas esas cosas a la niña, Teolinda...

—¿Qué tiene de malo lo que le digo, Úrsula? ¿Todo lo que digo es malo? ¡No puedo abrir la boca...! ¡Me cago en...!

—¡Teolinda!

—Teolinda, punto en boca, que está la niña —rogaba Pilara.

—¡Silencio, lengua pecadora...! —ordenaba la cocinera.

—Ea, cambiemos de tema... ¿Así que te vas a ir misionera, Cosimina? ¿Adónde? —preguntó Pilara.

—Al África, a la selva...

—Se te comerán los leones...

—Aprenderé a disparar la escopeta...

—Te meterán en una cazuela muy grande y, cuando estés cocida, se te comerán

los negros —vaticinó Teolinda moviendo la cabeza, y añadió—: ¡Te violarán los negros!

—¡Teolinda, maldita sea...!

—¿Qué dice Teolinda, Úrsula?

—Nada, niña mía, nada... Y a ti, so gandula, te voy a dar con el palo de la escoba, para que aprendas... Mucho darle a la lengua y el pasillo todavía sin fregar...

—Ya te guardarás tú muy mucho... ¿*Ande* está la bayeta...? Atiéndeme, Cosimina, la gente dice que las enfermedades de la mujer son dos: la soltería y la viudez, pero yo te aseguro que son más...

—Lo malo de Cuba es —cambió de tercio Úrsula— la estación de lluvias: que no se seca la ropa y que los soldados están todo el día empapados recibiendo un aguacero tras otro, y así enferman...

—Y que, además, nuestros soldados cogen el vómito negro por aquellos andurriales, y mueren más de enfermedad que por las armas.

—Se dice que los rebeldes no presentan batalla y que nuestro ejército los persigue inútilmente a través de una selva de espesa vegetación...

Oído lo oído y con lo que llevaba escuchado de tiempo atrás, Cósima se dijo que León no regresaría vivo de Cuba. No obstante, aquel día rezó una oración por su feliz regreso, aunque muy pronto dejó de pensar en él e, ítem más, de estudiar la geografía de la isla.

En este año se abrió al tráfico, en Zaragoza, un nuevo puente sobre el Ebro, de hierro, por más señas, que fue inaugurado durante las fiestas del Pilar, en las cuales Cosimina disfrutó de lo lindo en las ferias instaladas en el jardín de Santa Engracia, oyendo a los charlatanes y con los tiovivos y columpios, aunque, todo hay que decirlo, echó a faltar a la mujer barbuda y al enano de dos cabezas que aquel año no acudieron a los festejos, vaya usted a saber por qué.

Los Arriazu celebraron la Navidad en familia, en casa de Jorge, como venía siendo costumbre. El día de los Inocentes, la niña gastó bromas a criados y señores, pues todos, sin excepción, se dejaron prender con un alfiler un muñeco de papel en la espalda y la bromista se regocijó sobremanera.

El 31, estaba Luis cabeceando en su sillón de la salita; Olimpia tendida en la *chaise-longue* con los ojos cerrados, pretendiendo descansar, pero sin conseguirlo, pues se decía con horror que, al año próximo, habría de cambiar el papel de las paredes de los salones por uno de flores menudas y que habría de pintar las habitaciones y los pasillos y blanquear la cocina; Cosimina, arrebujaada en una butaca, descansando, en virtud de que las dos habían tenido que subir a tres terceros pisos y a dos buhardillas, que hacían cuarto, de la calle del Refugio a llevar los aguinaldos de Navidad que las damas de la parroquia de San Gil, por hacer caridad, repartían entre los pobres vergonzantes de la misma y que aquel año se distribuían con sensible

retraso. Porque el coadjutor, Dios lo había querido así, había guardado los paquetes de comida aportados por la feligresía para tal fin en un cuarto de trastos, y enfermó de fiebre alta y hasta que se recuperó no fue posible saber dónde había guardado la llave de la habitación.

Jorge, que andaba embebido con los periódicos de la mañana, de repente, sin apercibirse de que los demás dormían, propuso:

—¡Cosimina, vamos a hacer el resumen de lo que ha sucedido en España y en el mundo en este año...!

Y la niña se despertó rápidamente e hizo suya la propuesta de su padrino, emocionada, en virtud de que era una criatura que se entusiasmaba por cualquier rama del saber. Con las voces, se despabilaron sus padres y se sumaron al juego. A las seis de la tarde, los señores ya habían recordado, en cuanto a Zaragoza, el incendio del teatro Circo, la instalación del teléfono interurbano, elogiando el extraordinario servicio que prestaba, el puente de hierro y de los dos nuevos periódicos que habían aparecido en la ciudad: *Heraldo de Aragón* y *El Comunista*, con sendos comentarios, buenos sobre el primero y sobre el segundo malos. Y, en cuanto a los sucesos de España, habían rememorado el «Grito de Baire», que había reiniciado la guerra de Cuba, que continuaba sin grandes avances de las tropas españolas y con los insurrectos casi a las puertas de La Habana; la salida del gobierno de Sagasta y la entrada de Cánovas, en un turno que se venía repitiendo de años atrás; el atentado anarquista, ocurrido en junio en Barcelona al paso de la procesión del Corpus y en el que murieron, malamente, varias personas y resultó una carnicería. En cuanto al mundo, habían lamentado el reciente fallecimiento del doctor Pasteur, el que descubriera la vacuna contra la rabia, y el estallido de otra guerra, de la guerra chino-japonesa, aunque les quedara muy lejos. Y, tras anunciar Jorge la próxima aparición del libro *Paz en la guerra*, de don Miguel Unamuno, escritor que admiraba, y mentar otro que pensaba leer en cuanto se tradujera del alemán, de título *Estudios sobre la histeria*, del profesor Freud —Froid pronunciaba—, se extendió sobre un invento, llamado cinematógrafo, cuya primera exhibición había tenido lugar en el Gran Café de París del *boulevard* de los Capuchinos, tres días atrás. Y dijo:

—El cinematógrafo puede llegar a ser un invento extraordinario...

—¿Qué es eso? ¿Cine qué?

—Cinematógrafo, una especie de máquina fotográfica que tiene luz y que, en vez de sacar una fotografía en sí, es decir, única, saca una serie de ellas seguidas que, pasadas deprisa en una máquina de cara a una pared o a una tela, se ven proyectadas como en movimiento. Que se ven pero no se pueden tocar...

—¿Algo así como las sombras chinescas? —preguntó Luis.

—Déjelo para otro día, Jorge, que hemos de vestirnos para la cena —objetó Olimpia sin hacer ningún caso al invento.

A la par, don Luis cambiaba el tema de su buen amigo y, antes de que se levantara su esposa, osaba sacar el asunto del veraneo en San Sebastián y, vaya, que, apoyado

por Jorge, que ya tenía una casa vista en aquella ciudad, volvió a lo de comprar también vivienda para ellos con vistas al verano entrante. Entonces, Olimpia torció el gesto y abandonó la tertulia rezongando que en la ciudad del Cantábrico, dada la mucha humedad reinante, había muchas pulgas y que nunca veranearía allí, y fuese a vestir para la cena de Fin de Año. La siguió su hija, que gustaba mucho de verla aviarse y aderezarse y que la dama le consultara si ponerse tal sombrero o tales zapatos o tal camafeo o tales pendientes, y que, algunas veces, le dejara ponerse sus zapatos de tacón y le prestara una sombrilla y un *châle* para recorrer su gabinete.

Cósima no recibió el año con sus padres, pues que se fueron a cenar al casino Mercantil y asistieron también al cotillón y al baile. Lo recibió con las criadas, que, en ausencia de la señora, comieron todas a un caldero y untaron en la salsa del cabrito con la mano, la niña como una más.

—¡Feliz Año Nuevo! —se dijeron todas cuando el reloj de la Diputación Provincial marcó las doce de la noche, y se abrazaron con calor.

El primero de año por la mañana, Olimpia examinó a Cósima sobre el arte de comer en la mesa y, como la niña consiguió sobresaliente, pues manejaba de maravilla el cuchillo y el tenedor, la premió con sentarse a la mesa de los mayores y comer con ellos a partir de entonces, no sólo en Navidad y otras celebraciones, sino todos los días.

Los Reyes Magos trajeron a Cosimina un tratado de educación titulado *El amigo de las niñas*, escrito por don Leopoldo Delgrás, un diábolo, un aro y una caja de bombones grande que, a la vuelta de las largas vacaciones de Navidad —casi un mes—, entregó, sin abrir, a sor Inés para que la enviara a los negritos del África. Cuando Olimpia se enteró del hecho, se incomodó en razón de que ella ya había enviado buen aguinaldo a las monjas, pero no la regañó, si bien no pudo evitar amohinarse, pues fue consciente de que estaba viviendo la primera decisión que Cosimina tomaba por su cuenta, sin consultarle. No la reprendió porque la niña estaba dando, dando lo que tenía, como haría cualquier buen cristiano.

Las hermanas de la Consolación, el 22 de enero, llevaron a sus alumnas a la calle de Alfonso I para que vieran desfilar al escuadrón de Castillejos que partía para Cuba, para reforzar a las muchas guarniciones que llevaban tiempo, entre ellas la del teniente León Dulce, en la isla luchando contra los insurrectos. Pero, entre el mucho gentío y que las religiosas decidieron presenciar la parada militar en el cruce con Espoz y Mina pidiendo, por favor, paso para unas niñas pequeñas y bajas de estatura, y que las gentes no estaban por dejar pasar a nadie, el caso fue que no vieron nada, salvo algunos cascos con penacho, aunque, eso sí, oyeron bellas y marciales músicas militares.

A Cósima le gustó mucho más lo que vio a los pocos días, en concreto a finales de aquel mes: nada menos que las primeras películas, invención de los hermanos Lumière, que por primera vez se presentaban y se exhibían en Zaragoza.

Dijo Olimpia de ir a verlas aquella misma tarde y los tres Arriazu anduvieron a paso ligero por el paseo de la Independencia, camino de la sala habilitada para la exhibición. La niña en medio, cogida de la mano de sus padres, contenta, muy contenta. Olimpia no sabía si la alegría de Cósima se debía al hecho de ir a presenciar el espectáculo, o a haber faltado al colegio o por el hecho insólito de salir con su padre en un día de labor, porque Luis, ay, salvo los domingos, sólo se dedicaba a trabajar, a trabajar en la banca.

Padres e hija tomaron asiento en sendas sillas y se admiraron de la mucha gente que llenaba el lugar. Pronto se inició la exhibición y, ay, los tres con la boca abierta, otro tanto que el resto del gentío, contemplaron las imágenes que una máquina proyectaba sobre una pantalla, y oyeron los comentarios de los espectadores, unos de

asombro, otros de miedo, otros de pavor, pues algunos incluso abandonaron apresurados la sala encomendándose a toda la Corte Celestial. Los tres se entusiasmaron con las películas que proyectaba la cámara «Lumière»: con la del bebé de cabellos rubios, que merendaba un cumplido plato de papilla; la del jardinero regado —qué risa, que un hombre le pisaba la manguera y en vez de regar, acababa él, el regador, como una sopa—; la de la llegada del tren y la de la salida de los obreros de una fábrica de Lyon. Apenas cinco minutos de duración, pero, como los personajes corrían y gesticaban, como poseídos de Satanás, resultaba muy jocoso. Y salieron del cine —palabra abreviada de cinematógrafo, que pronto se haría popular— entusiasmados. Y Cosimina anduvo por la casa a paso rápido, arrebatada, como si hubiera sido contagiada por el ritmo de las películas, imitando, gesticando y corriendo a la misma velocidad que los personajes, pretendiendo, queriendo, exigiendo y hasta suplicando a las criadas que se sumaran a su caminar, pero ellas tenían trabajo y se disculpaban, que correr de ese modo fatiga más que fregar los vajillos o encerar el suelo de la casa. Y lo que le decía la cocinera:

- Eso del cine no es manera de andar por el mundo, hija mía.
- Bueno, pues juega conmigo a las tabas.
- Prefiero a las agujas.
- ¡Ah, no, que siempre me ganas!
- ¡Ah, perillana, lo que quieres es ganar!

El 16 de junio, sólo se hablaba en Zaragoza del terremoto del Japón, pues que habían muerto 27.000 almas. Por esas personas, Olimpia y su hija, como muchas otras señoras, retrasaron su veraneo a fin de tomar parte en la procesión de Santa Ana, el 26 de julio, para suplicar por las víctimas del terremoto y para que terminara la guerra de Cuba —donde el general Martínez Campos había sido sustituido por el general Weyler, para poner orden en la isla ante el irresistible avance de los independentistas, cada vez más amparados por los Estados Unidos—. Se temía, además, que se iniciara otra insurrección del mismo tenor en las islas Filipinas, que se adivinaba ya. Y que estalló, ay, en pleno agosto, cuando todos los señores estaban en San Sebastián.

Meses atrás, un día, a los postres, Luis, secundado por su hija y por Jorge, que había ofrecido a los Arriazu su casa, una villa en Miraconcha —por la que había pagado la escandalosa cifra de sesenta y cinco mil duros, con ese dinero hubiera podido comprar media calle en Zaragoza—, logró convencer a Olimpia u Olimpia cedió. El caso es que el matrimonio, cuando se quedó a solas, mantuvo una discusión que, aunque no resultó gran cosa, fue más allá de lo que habían tenido.

Había empezado Jorge con sus «sapienciales», como le decía Luis mofándose. Sacó a colación que un joven estudioso, llamado Ramón Menéndez Pidal, investigando viejos pergaminos había recopilado pequeños fragmentos y conseguido reconstruir la leyenda de los Siete Infantes de Lara, y había seguido Jorge con don

Rodrigo, doña Sancha, los siete donceles, etcétera, cuando Luis, tal vez para callar a su socio, que lo aburría cada vez más, y así lo reconocía en ciertas tertulias, comentó al paso:

—Este año me gustaría veranear en San Sebastián.

—Y a mí —abundó Cosimina ilusionada.

—Pues allí tenéis mi casa, ya os la ofrecí.

—¿Qué te parece, Olimpia?

—Ya sabes lo que me parece, Luis.

Y ahí quedó todo, porque la respuesta de la dama había sido suficientemente explícita, hasta que Cósima se fue al colegio y Jorge a su casa, que entonces continuó:

—Nunca haces nada por mí, Olimpia. El año pasado ya no fui a París porque no me quisiste acompañar.

—¿Desde cuándo necesitas que viaje contigo, hace dos años estabas yendo a Madrid un día sin otro?

—No es lo mismo ir de negocios que a veranear.

—¿Y a qué viene esta «perra» de que vaya yo a San Sebastián? Te he dicho mil veces que me mareo cuando viajo más de cien kilómetros y que me pongo a morir, desde que era niña...

—Podrías hacer un esfuerzo por mí.

—Vete con la niña y las muchachas a casa de Jorge y tomas baños de mar, que también son medicinales... Yo cerraré la casa y me iré a Alhama con Úrsula, que nunca ha veraneado.

—¡Ah, no!

—¿Cómo que no?

—Tú vendrás conmigo a donde yo te mande, que para eso soy el cabeza de familia.

—¿Qué pretendes?

—Que me acompañes a San Sebastián y juntos disfrutemos de la casa de Jorge, que, según dice, tiene ocho habitaciones, dos salones, cochera con establo y vistas al mar... O, si no quieres ir a su casa, nos hospedamos en el hotel de Londres y de Inglaterra, que es de primera clase.

—Ya hablaremos en otro momento, ahora espero a la peluquera, que me va a hacer un moño sin postizos ni rellenos, como he visto en...

—No cambies de tercio...

—Ay, Luis, me atosigas...

—Nuestra situación económica y social es tan buena, pues tengo... tienes... tenemos tanto dinero que no sólo debemos veranear en San Sebastián, sino tener casa allí. Lo exige el prestigio de nuestra banca.

—Te recuerdo que llueve mucho y hay mucha humedad y, en consecuencia, muchas pulgas... Te recuerdo, además, que Jorge hubo de contratar una brigada de

mujeres para que le limpiaran la casa de chinches y ratas...

—Eso fue porque los antiguos propietarios eran unos marranos y porque llevaba tiempo cerrada...

—¿Qué palabras son ésas, Luis?

—Estoy harto de que me reprendas continuamente...

—¿Yo?

—Tú, y Jorge también.

—Oye, deja tranquilo a Jorge.

—No me amenes.

—A ver, entiéndeme, no quiero viajar más de cien kilómetros en tren ni más de setenta en coche...

—A Alhama hay más.

—Sólo viajo una vez al año un poco más de cien kilómetros... Desde que era niña no he puesto los pies en la torre de mi madre, en Caspe, y eso que hace poco vino el administrador a decirme que todos los cerdos, doscientos cerdos, que suponen una fortuna, se habían muerto de garrotillo...

—En seis horas se llega a San Sebastián en tren, aunque te marees, estarás mala un día, a lo sumo dos, lo demás todo será disfrutar...

—Está bien, si el cabeza de familia se empeña, si mi principal me lo ordena, si usted, don Luis, lo quiere, iré...

—No te enfades, Olimpia, por favor.

—¿Me dice usted que no me enfade?

—Olimpia, por favor...

—Haré lo que mande mi principal, pero, ahora, déjeme usted, señor mío.

Y allí terminó la discusión en la que Olimpia trató a su marido de usted, y después de la cual fue a San Sebastián.

Para junio, ya tenía Arriazu pactado, firmado y pagado el *debut* de Flora en el teatro Variedades porque en una obra del género chico no había podido ser. En el teatro de la Zarzuela no había sido posible, porque el empresario se negó a incluirla en su próximo estreno, pese a que sufrió coacciones de la Banca Tejada y Pradas, que a su vez se sintió hostigada por el cincuenta por ciento de la Banca Arriazu y Maestro de Zaragoza, es decir, por Luis Arriazu, que quería cobrarse un favor anterior. Y fue que, aunque el empresario debía dinero a Tejada y Pradas, se negó a que actuara Flora, a quien tachó de ser una *suripanta*, porque había sido comparsa de la Bella Chiquita y le había sucedido lo que sabido es; además, alegó que no tenía la voz educada, con motivos. Y el muy tonto —tonto, según el banquero aragonés, que estaba dispuesto a costearle todo el espectáculo, decorados incluidos— no quiso aceptar por no manchar su nombre ni el de su compañía. Entonces, Luis volvió a hablar con Amancio Tejada y con Manolo Pradas, los cuales, previo ajuste de una alta comisión, pues en las cosas

del dinero no se andaban con chiquitas, encontraron para Flora el papel de tiple en el sainete lírico *Plaza de Antón Martín*, de los maestros Chueca y Valverde. Y, claro, a Flora le entusiasmó:

—Miel sobre hojuelas...

Y Flora, tras recibir la partitura y asistir a unas pocas clases con un maestro de canto que también le proporcionó Luis, pudo asistir, con su inconsciente y acostumbrada audacia, a los ensayos generales.

Desde el jardín y los balcones de la casa de Jorge en San Sebastián, situada en lo alto de Miraconcha y llamada Villa Rosario —el nombre de pila de la anterior propietaria—, levantando la mirada al horizonte, se veían, de derecha a izquierda, los montes de Ulía, Urgull, la isla de Santa Clara, Igueldo y Gudamendi, y más allá aún había otros a ambos lados. Y bajando la mirada a tierra, se veía un mar verdiazul, que conformaba, al adentrarse, una preciosa bahía, surcada por veleros y barcas de pesca, que se dedicaban al chipirón; todo en derredor un paseo, llamado de la Concha; algunas casas a diestra, aunque pocas, pues la zona comenzaba a poblarse y, a la izquierda, parte del palacio de Miramar, residencia de los reyes.

Contaba Jorge —que era el único que conocía la ciudad—, mientras desayunaba con su socio y Cósima en el jardín de la casa, obsequiados con un día de sol espléndido, que la reina regente había comprado dos mil metros cuadrados de terreno, escriturados, para construirse una mansión, pero que, luego, aceptó que se los regalara la ciudad y que levantaran también el palacio y las casas del servicio. Y seguía:

—Mira, Luis, el terreno y las casas de la reina han costado tres millones y medio de pesetas... El terreno y arreglar mi casa, que ya estaba levantada, me ha costado trescientas veinticinco mil... A la reina le ha salido el metro cuadrado a mil setecientas cincuenta y a mí, que tengo seiscientos metros a quinientas cuarenta y una con sesenta y seis... Claro que mantenerla me supone un capital...

—Una bicoca, no obstante. Yo, si Olimpia quisiera, compraría otra por aquí...

—¿Qué tal está Olimpia?

—Mal... Es una desgracia esto del mareo.

El día anterior, Olimpia, tras varias jornadas de trajín, había cerrado su casa, y toda la familia había tomado el tren camino de la ciudad del Cantábrico en dos departamentos para ellos solos. La dama, después de haber vomitado por la ventanilla antes de llegar a Castejón de Ebro y otra vez en las letrinas de la estación de Pamplona, iba tan descompuesta que se apeó, después de casi siete horas de viaje, pues que el tren llegó con retraso, más muerta que viva. Y, sin mirar el cielo ni la tierra, ni a izquierda ni a derecha, se dejó introducir en un simón y, llegada a la casa, que las sirvientas la metieran en la cama para, ay, pasar una noche toledana. Al día siguiente, una de las veces en que se levantó a hacer uso del orinal, se llegó al balcón

y vio un paisaje de monte verde y verde mar, pero tornó a la cama. Y, al siguiente, ya más recompuesta y mientras desayunaba una manzanilla que le recompusiera el estómago, hizo que Pilara le acercara una butaca al balcón y observó la belleza de la bahía de la Concha durante largo rato y se deleitó incluso oyendo el batir de las olas en la playa y contemplando a los bañistas, hasta que, de súbito, el cielo se cubrió de nubes, se rizó la mar y comenzó a llover. Entonces, se vistió y bajó a comer.

Jorge le presentó al servicio de la casa y se la enseñó de punta a cabo. Ella la alabó como se merecía y le felicitó, pues era una mansión principesca, y hasta comió con gusto los ricos productos de la tierra que sirvió la Panchica, la cocinera vasca de Maestro. Luego, habló con sus criadas:

—Vosotras, vosotras tres, os ocuparéis de limpiar las habitaciones de la niña, del señor y la mía. De lo demás no haréis nada, salvo pasear a Cósima, pues estáis de vacaciones. Y tú, Úrsula, ver, oír y callar en la cocina... No quiero ningún problema con las sirvientas de don Jorge, ni con las que están aquí ni con las que ha traído de Zaragoza... ¿Habéis entendido...?

—Sí, señora.

—La niña quiere bajar a la playa.

—Mañana por la mañana, pues por la tarde sólo baja a la playa la gente ordinaria... Además, está lloviendo...

—No, señora, que ha vuelto a lucir el sol.

—Pues esta tarde os vais las cuatro a dar un paseo en tranvía y, por si acaso, os lleváis los paraguas...

—Hay un tranvía que pasa por aquí abajo...

—Señorita, ¿podremos acercarnos a la barandilla de la playa para ver las olas?

—Sí, pero no quiero que bajéis a la arena; repito, mañana lo haréis. Iréis a la caseta de don Jorge.

—Sí, señora.

—Y a las seis en casa.

Recorriendo la ciudad, llamada con motivo la perla del Cantábrico, Cosimina y las criadas disfrutaron harto, máxime porque Olimpia les daba dinero a diario para que se compraran un refresco y un paquete de patatas fritas o un barquillo en las cesteras del paseo de la Concha o, entrando en la pastelería de La Mallorquina, de vuelta a casa, se tomaban un pastel de nata, que les sabía a gloria. O iban a la playa, a la caseta de Jorge, donde vestían a la niña con el bañador, le ponían un albornoz por los hombros y la acercaban a la orilla, con su cubo y su pala, para que hiciera castillos de arena y se mojara los pies, cierto que se mojaba mucho más, pues se ponía perdida, y ellas también se mojaban los pies y, cuando no veían llegar las olas, la saya entera... Y, si caminaban por la orilla, hacia la izquierda, se encontraban con la enorme caseta real que unos hombres acercaban al mar todas las mañanas, corriéndola a través de guías enclavadas en la arena. Pero no las dejaban llegar, decía Úrsula que a causa de los anarquistas, que asesinaban a todo Dios. Montando en el

tranvía de la Perla a Venta Berri, pasaban por debajo del Palacio Real, por un túnel que estaba iluminado por la noche y paseando por el puerto veían descargar la pesca y compraban un cangrejo. También iban al baile de la Perla, que los domingos, de tres a cinco de la tarde, era para niños.

Olimpia también se divertía mucho, mentiría si hubiera dicho otra cosa. Por la mañana, bajaba a los baños de la Perla y hacía que, una vez limpia la bañera con lejía ante sus ojos —lo que le costaba buena propina—, le echaran chorros de agua y, luego, algunos días se llegaba a la orilla a ver jugar a Cosimina mientras los señores la esperaban en la terraza del establecimiento, animados por la música de una orquesta. Y por la tarde, ay, iba de compras. En Jornet, Boulevard esquina con Elcano, adquirió varios adornos de cristal de Bacarrat y una vajilla de veinticuatro cubiertos de Limoges; en la plaza de la Constitución, una plaza porticada donde antiguamente se habían celebrado corridas de toros, en la tienda de tejidos de Bouilly, compró telas para varios vestidos, la que más le gustó fue una de gasa poco transparente que se llamaba «velo de religiosa» y que el comerciante le aconsejó para un vestido de tarde; allí mismo visitó la librería de Baroja y se llevó dos obras de Palacio Valdés, y *La barraca*, de Blasco Ibáñez, por consejo del librero; y, de la quincallería de Valenciano, regalos para las criadas de Jorge. Y, más de una vez, se cruzó con el coche de la reina o coincidió con ella en el Novelty, pastelería y salón de té, o en la terraza del café de la Marina, sita en el Boulevard con Garibay, donde servían café de Colombia, de Brasil y de la exótica isla de Timor —en pleno agosto cuatrocientos téis al día y seiscientos refrescos— y, si hacía calor, se bebía una zarzaparrilla o una grosella, y, si hacía frío o día destemplado, tomaba un chocolate a la parisien dentro, donde, además, se podía escuchar buena música.

Para la semana grande, la de las fiestas mayores, la Castresana adquirió en la tienda de Posol, en la calle Narrica, una de las más comerciales de la localidad, un sombrero de *madame* Laferrière, modelo exclusivo, prenda que, seguramente, en Zaragoza no se hubiera atrevido a llevar, pues que era un copete de seda persa adornado con dos jilgueros tamaño natural, uno a cada lado de la cabeza, y también se llevó un *canotier* para Luis y otro para Jorge; dos *canotiers* para dos *dandys*. Cierto que hubieron de ir a cambiarlos pues ambos consideraron que les estaban un poco pequeños, lo que no les importó, ni menos a Cosimina, que les acompañó, pues en el establecimiento había caja registradora y, mientras su madre compraba y «sus» hombres cambiaban, se la habían dejado tocar.

Y así, con aquellos sombreros, fueron el día grande, el 15 de agosto, a misa a Santa María y, por la tarde, a los toros, a barrera, donde Olimpia causó sensación entre las damas, y eso que allí iban todas cada cual más elegante. La lidia fue mala, pese a que torearon los mejores espadas del momento, pero los tres se llevaron pitos y bronca. Al salir, Maestro comentó con sus amigos la corrida femenina que había tenido lugar el año anterior y, con aquella memoria con que Dios le había agraciado, recordó a las diestras: Lolilla Portel y Ángela Pagés, y de ésta dijo que, vestida de

chocolate y plata, detuvo en seco al toro, un morlaco zaino de más de cuatrocientos kilos de peso, mediante una serie de verónicas y que ella misma clavó las banderillas y fue arrollada por el bicho, nada grave, a Dios gracias. Olimpia exclamó:

—¡Qué ocurrencia, las mujeres toreando...!

—Eran mujeres las toreras, las sobresalientes y las banderilleras. Además, he de reconocerlo, la Lolilla era una maestra con el capote.

—No sé adónde vamos a llegar.

Y, a la noche, muy arreglados, fueron al Gran Casino, donde presenciaron los fuegos artificiales y asistieron al baile y cotillón, en el cual se rifaron estupendos regalos, aunque nada les tocó. Y, cuando Luis y Olimpia se cansaron de bailar, se encontraron con su socio en el salón de juegos, donde estuvieron un ratito jugando a la ruleta, hasta que perdieron las cien pesetas que había cambiado en fichas, que ni una más, porque los tres, dos de ellos buenos banqueros y una esposa de buen banquero, sabían de sobra que el vicio del juego arruina grandes fortunas.

Cosimina estaba encantada y muy graciosa con su bañador, claro que preguntaba mil veces a sus mayores:

—¿Por qué no bajan ustedes a la playa a bañarse conmigo?

Y todos, de acuerdo, le contestaban con un popular refrán, a veces los tres a la vez:

—De los cuarenta para arriba, no te mojes la barriga.

Y eso, que los tres estaban más cerca de los cuarenta que de los treinta.

Todos disfrutaron mucho de aquel verano. Jorge estaba entusiasmado atendiendo a sus amigos, entre otras razones, porque pudo así, dándoles su casa y no haciendo regalos a Cosimina, corresponder de otro modo a las atenciones que a diario tenían Luis y Olimpia con él, pues le daban comida y cena. E invitó él a todo, también a cenar en la Nicolasa o en Guruceta, el *restaurant* de la calle del Puyuleo, en la parte Vieja, donde preparaban unas sopas de ajo de chuparse los dedos y un cordero ídem de ídem, regado por una excelente sidra.

Todos los Arriazu convenían en que el clima donostiarra era infinitamente más agradable que el de Alhama para pasar el verano, los días de sol claro —que los hubo de lluvia fina, lo que allí llaman «sirimiri», de lluvia gorda, de aguacero, como se llama en todas partes, y hasta de galerna—. Pero Olimpia no decía nada de volver al año siguiente, no, y eso que ni siquiera le había picado una pulga en su blanca piel y que había llevado muy bien la humedad, quizá porque pronto habría de regresar a Zaragoza y temía el viaje. Y, en efecto, tras hacer los baúles, el primer domingo de septiembre, después de ver las regatas desde la terraza de Villa Rosario, comer unas judías pochadas, que hubieran levantado a un muerto, tomaron el tren y, como no había manera de evitarlo, a Olimpia le sucedió lo mismo que a la ida, que se mareó hasta casi morir. Y nunca volvió a San Sebastián, por lo del mareo.

Por fin, llegó el 5 de octubre, el gran día de Flora, en el que iba a ser catapultada a la fama. A primera hora, se vistió elegante, se fue a la iglesia a confesarse por si moría de gozo, para, en ese caso, fallecer con el alma limpia, consciente de que el cura había de echarle una bronca y hasta negarle la absolución mientras no remediara su situación de contubernio con Arriazu, pero lo que se dijo:

—Al menos lo habré intentado.

Y, aunque sucedió lo que tenía previsto que había de suceder, al menos lo intentó y, como no podía terminar con su licenciosa vida por carecer de recursos económicos y por tener una hija a la que alimentar y casar, por un oído le entraron y por otro le salieron las palabras del sacerdote que pretendió llevarla al buen camino. Además que no era día, que era momento de repasar su papel y de remedar los ensayos para, cuando se cerrara el telón, saltar a la fama. Que no era día de que su hija le viniera con memeces, por eso la mandó a su cuarto con un trozo de pan y otro de chorizo, lo que encontró en la fresquera, y ella se dedicó a cantar la parte más difícil de su papel. E iba por el pasillo de la casa haciendo gorgoritos, consiguiendo el «la sobreagudo», ufana y contenta como unas castañuelas. Y tan ensimismada anduvo que no oyó a Rebeca golpear la puerta ni llamarla mala madre e hija de puta, pues que la niña soltaba la lengua a menudo. Mejor, porque le hubiera soltado dos soplamocos y la hubiera encerrado con llave por fuera, como más de una vez ya que hacer había tenido. Cierto que los vecinos escucharon las voces de la niña y, como era lo mismo que habían oído en ocasiones anteriores, no se asustaron ni llamaron a la guardia urbana para tapar la boca de aquella criatura de la piel de Satanás que, a más de molestar, no dejaba oír la voz de su madre, que, aunque no era la de la soprano Galdoni, lo hacía bastante bien.

A mediodía, Flora comió un bocado en la cocina y se bebió medio vaso de agua del Carmen para tranquilizarse; metió en el manguito unos potingues para la cara, se echó una manteleta por los hombros, se despidió de su hija con un beso y le dio un real para que fuera a comprarse golosinas. Y, en la calle, paró a un simón que la dejó en la puerta del teatro Variedades, y con paso seguro se encaminó al camerino principal, por donde había pasado la gran Lucrecia Arana, su cantante preferida, por no nombrar a más. Y fue que el empresario la invitó a comer en el Asturias, muy cerca del teatro. Y, tras la manduca, tras el avío, el maquillaje, y que entraban unos y salían otros y que unos iban a ver qué tal le sentaba el traje, otros a preguntarle qué tal se encontraba de ánimo y otros a decir con ella «mucho mierda», que es lo que los actores se dicen entre ellos para desearse suerte antes de salir a escena, voló el tiempo y cinco minutos antes de las ocho y media le tocaron con los nudillos en la puerta y oyó:

—¡Cinco minutos!

Entonces se levantó con calma, se miró en el espejo, se extendió un poquico con

la mano el rojete que se había dado en las mejillas, se recogió la cola del vestido y se dirigió a bambalinas.

Y, al momento, sonó la orquesta y entró el tenor Beppo Carpini al escenario y comenzó la representación. Ella alzó los ojos, vio a Arriazu en el primer palco, le echó un beso con la mano y él, el muy necio, se lo devolvió. E hizo mal, porque lo vieron dos caballeros de Zaragoza, dos al menos, y luego lo contaron.

Y andaba el tenor con su aria, y fue que a Flora le volvieron a decir «mucha mierda» y la empujaron al escenario, donde entró como si fuera una reina, y cantó como la mejor Flora. Y, al descanso, todo fueron aplausos, con la gente puesta en pie, como si hubiera cantado el mismísimo Caruso. Y la diva empezó a recibir ramos de flores en el camerino —el primero de su amante—, y felicitaciones de sus compañeros, y, claro, no cabía en sí de gozo.

Así las cosas, Flora continuó cantando como nunca lo había hecho, mismamente como si fuera Euterpe, la musa de la música. Al principio, sin enterarse del bullicio que comenzaba a oírse en la platea, luego, como el jaleo arreció hasta convertirse en follón, tratando de levantar la voz sobre el jaleo y el follón, precisamente en la escena en la que debía llegar al «la sobreagudo» y fue, ay, Jesús, que le salió un gallo en el momento justo en que, como si hubiera pasado un ángel, se hizo un silencio en el teatro, lugar en donde por un instante no se escuchó nada, salvo el gallo de Flora Melero, que, horrorizada de su mala suerte, se dejó caer en el escenario y se echó a llorar con grandes lagrimones. Y, si se desmayó, ni ella lo supo, lo que sí oyó al tenor, que era italiano, gritar:

—*Porca miseria!*

Y a la gente:

—¡Fuera, fuera!

Y:

—¡Pelandusca...!

Y otras lindezas. Y, bajo una lluvia de huevos y entre las malas caras de tramoyistas y cantantes del coro, llegó a su camerino para seguir llorando a lágrima viva y continuar en los días siguientes, desconsolada, y sin que nadie le diera ánimos, pues que su hija se alegró de su fracaso y le espetó a la cara sin rodeos:

—Así estará usted más tiempo conmigo, no me encerrará en mi cuarto y se ocupará de mí, que soy su hija.

Cierto que Luis la trató mejor que aquella arpía que había parido, pero ya se sabe cómo era Luis, que enseguida se subía a la parra. Y es que empezaba Flora:

—No sé por quién iba aquella gentuza que entró en el salón voceando y con silbatos.

—Déjalo. Olvídate de ello.

—He pasado muchos meses ensayando. Me sabía de memoria la partitura, y llegaba a la perfección...

—Bueno, pero te pusiste nerviosa.

—Yo no me puse nerviosa, la chusma hizo que me pusiera nerviosa. Hubo abucheo, pateo, pita y rechifla...

—Lo mismo es.

—No es lo mismo. Además, que no sé quiénes eran aquellas gentes ni qué querían ni por qué hicieron lo que hicieron.

—Son cosas del teatro, los partidarios de un autor hunden a otro. Tal vez el maestro Chueca tenga enemigos.

—Si hubiera cantado en el Real con la reina y el gobierno en el palco de honor, no me hubiera sucedido más que lo bueno, pues los guardias no hubieran dejado entrar a la gentuza. Además, el empresario no quiere hablar conmigo y el tenor tampoco, seguro que me estarán echando la culpa del fracaso... El caso es que no sé contra quién iban.

—A la chusma le gusta alborotar y lo hace donde le dejan. Además, existen reventadores profesionales, como bien sabes.

—Tal vez fueran a por ti.

—¿Por mí, qué he hecho yo, salvo pagar?

—El empresario me comentó que iba muy justo de dinero. A mí no me iba a pagar un real.

—Oye, que me ha costado la broma casi treinta mil pesetas.

—Poco, ya te he dicho que yo trabajaba gratis.

—¡Mierda, mierda!

—¡Anda, no empieces, por favor!

—No voy a empezar. Me voy, no me llames por teléfono, no me escribas, no me mandes telegramas...

—¡Vete de una puñetera vez, que no quiero nada tuyo!

Cuando Arriazu salió dando un portazo, Rebeca se sentó en el sofá junto a su madre, le tomó la mano y le preguntó:

—¿Qué haremos, mamá?

Y Flora le respondió:

—Yo, morirme.

No había terminado la Melero de decir tal frase que ya andaba camino de la cocina a grandes zancadas y, sin pensarlo dos veces, rebuscó debajo del fregadero, sacó una botella, abrió la boca y fue a beber, cuando su hija le dio un empujón y la lejía que contenía se derramó por el suelo y le manchó el vestido. Los daños fueron menores que si hubiera sido sulfumán.

Mediado septiembre, Olimpia contrató a un profesor de piano para que enseñara a su hija las primeras nociones. Cósima empezó poniendo las manos sobre el teclado y pulsando las teclas de los cinco dedos una y otra vez, para pasar, después, al ejercicio del paso del dedo pulgar en la escala de do mayor, que no llegó a dominar, aunque,

como su madre insistía, continuó haciendo arpegios de la dicha escala. Para entonces, la dama había reconocido un tantico dolida, pues le hubiera gustado que la niña hubiera sido una virtuosa del instrumento, que tenía oído de artillero, y lo dejó estar con gran alivio de Cósima.

Por aquella fecha, se había abierto el primer salón estable de cine en Zaragoza, en Independencia, 25, con gran éxito, pues, aunque costaba una peseta la butaca de preferente, se proyectaban películas de media hora de duración y acudía mucha gente.

Un poco más adelante, el 12 de octubre, don Eduardo Jimeno se presentó con sus ayudantes y una cámara de cine ante la puerta del Pilar, en el día grande de las fiestas, y rodó la primera película realizada en Zaragoza, y en España quizá, titulada *Salida de misa de doce del Pilar*, y la repitió el siguiente domingo, el 19. Ambas se exhibieron en el mes de diciembre y hubo inmensa cola para sacar entradas en razón de que mucha gente se reconocía en los *filmes*. En la primera película salía la gente muy seria. El personal siempre se quedaba a la puerta de la iglesia a saludar a amigos y conocidos y ése fue el momento que aprovechó Jimeno para rodar de lejos, hecho que pasó desapercibido a todos los presentes. Claro que, conforme las gentes se encaminaban a sus casas para comer, al toparse con Jimeno y su equipo, preguntaban qué era aquello, qué hacían con aquel artilugio que no era una máquina fotográfica convencional, que no era como la que pudiera llevar un fotógrafo ambulante, sino una con un manubrio, y fueron cumplidamente informadas de que se trataba de una cámara de cine y de que Jimeno había rodado la primera película realizada en la ciudad.

El asunto causó expectación y buen número de personas se presentaron el domingo siguiente, unas a ver lo que hubiera, otras a ser vistas, otras a trabajar, entre ellas Jimeno y su equipo, para rodar la segunda película, a la misma hora; y, repetida la operación, no salió igual, porque mucha gente, advertida del suceso, levantó las manos y saludó, para luego, cuando exhibieran la cinta, reconocerse. Y sí, sí, que muchos se reconocieron y otros, aunque no se reconocieron, por no ser menos, sostuvieron que se habían reconocido, el caso es que vieron las películas cientos de veces y que fue un éxito de taquilla.

Los Arriazu también fueron a verla el día de Nochebuena y salieron muy contentos como la inmensa mayoría de la población, que ya se iba acostumbrando a aquello del cine y ya no veía demonios, sino escenas de la vida real, protagonizadas por personas corrientes y molientes, eso sí, andando a paso rápido, paso que Cósima remedaba muy bien por los largos pasillos de su casa.

El año no lo acabó Cósima con las criadas porque sus padres se fueran a bailar al casino Principal o a alguna sociedad de baile como la Terpsícore o la Lata, no; lo terminó en la cama aquejada de fuerte gripe, igual que los demás habitantes de la casa, unos con más fiebre, otros con menos fiebre. Y todos, unos antes, otros más tarde, se curaron con los sinapismos de mostaza que les recetó López-Tass.

Para la fiesta de Reyes, Jorge regaló a Cósima la *Agenda de cocina para 1897*, obra de Ángel Muro, que contenía un menú para cada día del año, y a la niña, que ya estudiaba economía doméstica en el colegio, le vino muy bien y anduvo por la cocina molestando a Úrsula; que otra cosa no hacía. Que si hoy, 29 de marzo, lunes, santos Segundo y Eustasio, para comer:

Patatas en camisa.

Trozos de penca de col, rebozados y fritos.

Albondiguillas de fécula de maíz con salsa de tomate.

Cabezuelas de espárragos trigueros a la vinagreta fría.

Té a la inglesa con galletas de Pozuelo de Alarcón.

Y anduvieron las dos en una pequeña guerra, porque la cocinera decía:

—A tu papá no le gusta la col.

—Pues las patatas, bien guisadas, son un plato muy nutritivo.

—Todo lo que quieras; tu padre se comería seguramente muy a gusto las patatas, pero tu madre no, habla con ella. Yo guiso patatas para nosotras todos los días, unos con carne, otros con bacalao, ven cuando quieras a comer con nosotras, estás invitada. Además, ¿dónde quieres que compre las galletas de Pozuelo de Alarcón? ¡Anda, anda, marcha...!

—Es que en esta casa se gasta demasiado.

—Lo que la señora ordena, cada día me da un duro para que compre lo mejor del mercado.

—Con dos pesetas podríamos comer y dar a los pobres lo demás.

—Mira, Cosimina, no quieras cambiar todo, deja la casa y las cosas de la casa como están. Y vete a estudiar...

—Tengo que aprender la lección de Agustina de Aragón.

—¿La heroína de Zaragoza?

—Sí.

—Pues ve, y luego me lo cuentas.

—Estuvo disparando un cañón contra los franceses en la puerta del Carmen. Oye, Úrsula, tú vivías cuando la guerra de la Independencia...

—No, hija, no, que soy vieja, pero no tanto. Ea, vete a repasar la lección, no te vayan a preguntar mañana.

—Prométeme que cuando frías las *croquettes* me traerás una.

—Te lo prometo, te llevaré la primera.

En febrero, en Zaragoza, mucho más que de la conferencia del profesor Cancio —el marido de la poetisa Francisca Sarasate—, que había leído sus versos en el Ateneo, como ya se dijo, y de la autonomía que el gobierno había concedido a la isla de Cuba

tratando de detener aquella costosa guerra en hombres y dinero, se hablaba del escándalo ocurrido en casa Valmoral, y eso que el tema de la disertación del profesor había sido muy interesante: *La mujer ante el derecho*, y que Cuba era una de las pocas colonias que quedaban a la nación española.

En la tertulia de Ambos Mundos, Arriazu y Maestro oyeron de todo: que Pepito Valmoral era un bandarria, que la criada de los Valmoral era una puta y, ya fuera una cosa u otra, o las dos cosas, el caso es que la sirvienta se había quedado preñada del tal Pepito, cosa que el susodicho negaba. Y lo que decían los tertulianos:

—A los hijos hay que darles dinero para que frecuenten el burdel.

—Así se evitan problemas.

—Se dice que ha gritado la sirvienta en plena calle que Pepito es el padre de su hijo. ¿Es cierto?

—Sí.

—Sí, en plena calle...

—Como si estuviera desesperada.

—¡Qué vergüenza, Dios Santo!

Y, lo que son las cosas, algo parecido pasaba a 300 kilómetros de allí, en Madrid, en la calle Velázquez, 66:

—¡Qué vergüenza...!

—¡Es una culiparda...!

—¡Una pecatriz...!

—¡Una buscona!

—Llame usted, señor coronel, a la guardia urbana.

—Vaya a poner una denuncia en el juzgado.

—Van a tomar nuestra casa por un burdel.

—Una casa de bien se va a convertir en un prostíbulo.

—Dígale usted a la Flora esa que, si quiere ayuda, yo la recomendaré a las Micaelas, que asisten a mujeres perdidas.

—¡Qué mal ejemplo para su hija...!

—¡La hija, ah, el otro día me escupió por el balcón!

Tal habían gritado hombres y mujeres contra Flora Melero —incluso las cantantes partiquinas que, a su llegada, la habían invitado a merendar—, en la reunión que mantuvieron los inquilinos de la casa, en el primero izquierda, en el piso del coronel Pérez-Latón. Éste quedó comisionado para hablar con la Flora para, primero, invitarla cordialmente a abandonar el inmueble o, segundo y último, denunciarla ante la autoridad.

A Flora la visita del coronel no la cogió de nuevas, pues no era extraño que un hombre llamara a la campanilla de su puerta. Al principio lo trató como a uno más y estuvo amable con él, pero, enterada de sus propósitos, de aquella ocurrencia de que

debía abandonar su casa, se le encaró y le dijo, mirándole a los ojos y sin pestañear, lo que, seguro, nunca le había dicho ningún soldado u oficial, lo que, seguro, no le hubiera gustado oír:

—O se larga usted inmediatamente de esta casa o salgo a la escalera y me pongo a gritar que hemos hecho el coito y que no me quiere pagar el servicio, usted verá...

—¿Cómo se atreve?

—De eso y más me atrevo... Y le recomiendo que no vuelva por aquí y que acalle las murmuraciones del vecindario, pues soy una pobre viuda, que recibe la visita de su hermano mayor y de sus sobrinos, ¿lo entiende usted? Pues, ¡puerta!

El coronel Pérez-Latón abandonó la antesala de Flora rojo como la grana y bajó a su casa carraspeando y maldiciendo, como si de ese modo se le fuera a ir el rubor.

Los vecinos de calle Velázquez no volvieron a reunirse más, salvo en una ocasión, en concreto el día 9 de agosto, que se juntaron los que no estaban de vacaciones en el portal para condenar, igual que todos los madrileños y todos los españoles de bien, el vil asesinato de Cánovas del Castillo mientras estaba veraneando en el balneario de Santa Águeda, en Cestona. Y comentaron:

—Tantos servicios que don Antonio ha prestado a la Corona...

—Tan buena pluma que tenía...

—Para morir a manos de un anarquista.

—¡Otro anarquista!

—Estaba leyendo el periódico y le disparó un hombre con una pistola casi a bocajarro.

—¡Matar al presidente del gobierno, Dios de los Cielos!

—El magnicida se llama Angiolillo...

—¿Es italiano?

—Quizá.

—Sagasta volverá a ser el próximo presidente.

—No, se habla de Azcárraga.

—¿Azcárraga? Ése no dura ni un mes...

—Ni tres meses, se lo digo yo —sostuvo el coronel Pérez-Latón certeramente, pues en octubre formó gobierno Sagasta.

Al año siguiente, a la sazón 1898, a mitad de enero, Jorge anduvo por las tertulias de los cafés y casas particulares comentando el artículo de un diario de París y obra de un escritor francés llamado Zola y titulado *Yo acuso* y en el que denunciaba a todos los estamentos, instituciones y medios de información de la nación gala por negarse a revisar el proceso en marcha desde hacía años contra Dreyfus, militar de origen judío y acusado de espionaje. Pero, la verdad, Maestro tenía muy poco que hacer con el tema. Porque las damas preferían hablar de trapos y porque los hombres no tenían otro asunto en la boca que la guerra de Cuba, máxime después de la explosión del

crucero *Maine*, buque de bandera estadounidense que, anclado en la bahía de La Habana, había sido sabotado y hundido por el propio ejército norteamericano en un afán maquiavélico de declarar la guerra a España, a la que culpaba del hundimiento.

—¡Lo que faltaba para el duro!

—Pues yo iré a la manifestación contra los americanos que se ha convocado para el 16 de febrero.

—Esto lo debe arreglar Sagasta, que para eso es el presidente del gobierno, y no la población.

—Como si en Estados Unidos fueran a escuchar al pueblo español.

—O se mueve pronto el gobierno y declara el fin de las hostilidades, aunque sea unilateralmente, o Estados Unidos entrará en la guerra.

—Es una gran potencia militar, a nuestro ejército lo derrotará visto y no visto.

—Le recuerdo, señor mío, que nuestro ejército derrotó a Napoleón Bonaparte.

—Sí, pero Napoleón estaba más cerca.

—Pues, repito, yo iré a la manifestación.

En abril no faltaron los señores a la inauguración de la nueva sede del Ateneo en la calle de Santa Cruz y volvieron a casa contentos porque el sexteto del maestro Viscasillas había interpretado *Mignon*, la marcha de *Tannhäuser* y, lo mejor, la marcha de *Cádiz*, que fue coreada por todos los presentes. Como a Cósima se la enseñó Jorge, también ella la cantó, pero en lo que más empleaba su tiempo era en repasar las oraciones de la santa misa en latín pues se le resistía, lo mismo que el *Confiteor Deo*, el *Paternoster*, etcétera, porque el día 3 de mayo iba a recibir la primera comunión. Y ya tenía impresos los recordatorios, ya se habían cursado las invitaciones, ya habían respondido los invitados —los mismos que asistían al cumpleaños de Olimpia año tras año y uno más, la viuda de Dulce, pues era la madrina de bautismo de la niña—, ya estaba apalabrado el desayuno en Ambos Mundos. Y había empezado la niña a recibir regalos: un misalito con tapas de marfil, dos rosarios de plata, una estilográfica, varias muñecas, un teléfono imitador del teléfono de verdad, una enciclopedia —de Jorge, por supuesto—, un anillito de oro, que Olimpia guardó porque «las niñas elegantes no llevan anillos», tal dijo, dos medallas de oro de la Virgen del Pilar y una del Sagrado Corazón de Jesús, las tres grabadas con la fecha del evento, etcétera... Todo mientras se preparaba para su primera confesión... El caso es que Cósima estaba radiante en el día más feliz de su vida, como rezaban los recordatorios, y con su corona de flores, sus tirabuzones y vestida de blanco con el traje de comulgante parecía un ángel. Un ángel llamado Cósima Arriazu que recibió al Señor con otras siete compañeras, con las que posó para una fotografía, en un precioso día en el que las criadas estrenaron ropa nueva y sus padres convidaron a un desayuno espléndido. Y fue que estaban los invitados mojando toda suerte de bollos en el chocolate o con el tazón de café con leche a los

labios o sorbiendo el té —los señores en una mesa grande, las criadas, incluidas las de Maestro, en otra, separada—, cuando se presentó el boticario Castellón, que no había sido invitado, para anunciar que la armada española había sido derrotada en Cavite, y que él se echaba al monte... En la mesa del desayuno hubo revuelo, naturalmente, los hombres se levantaron e hicieron corro para platicar con él, pero las mujeres comentaron:

—¡Qué inoportuno!

—¡Qué aguafiestas!

—¿No podía haber esperado?

—Siempre hablando de Cuba...

—Creo, amigas, que no se trata de Cuba, que Cavite está en Filipinas.

—¿Usted cree?

Y fue que el farmacéutico se volvió a las señoras y las reprendió:

—¡No quieren ustedes, señoras mías, enterarse de que España se hunde...!

¿Acaso les importa un carajo...?

—¡Castellón, por Dios, modere su lenguaje...!

—Que hay damas...

—¡Ni damas, ni leches...! Y a ustedes lo mismo... Todos viviendo la buena vida... ¿Alguno ha estado en las batallas de Güira de Melenas o en la de Caja del Negro...? ¡No, todos comiendo, bebiendo y diciendo viva la Pepa...!

—¿Qué le pasa, Castellón, ha bebido usted?

A una seña de Arriazu, varios camareros sacaron al hombre del café. Luego, el encargado del establecimiento informó a los comensales de que el señor Castellón comenzaba a beber muy de mañana y que no era la primera gresca que tenía con los clientes. Pero en la comunión de Cosimina ya nada fue igual. Ciertamente que a ella le dio lo mismo, es más, le pareció bien que terminara cuanto antes el desayuno, pues que tenía prisa en regresar a casa para posar ante el fotógrafo y volver a ver sus regalos.

Lejos de allí, en Madrid, Rebeca Melero, la hermana o hermanastra de Cósima Arriazu, lo que fuere, también hacía la primera comunión, precisamente el mismo día, y celebraba desayuno en el café Español, el del quiosco del Retiro: chocolate con porras y vaso de leche. Desayuno al que su madre había invitado a sus amigotes de la «bohemia» y a uno más, al tendero Miguélez, que era viudo y tenía una ferretería. No se personó nadie a importunar con el desastre de Cavite, no. Se presentó la hija del dicho comerciante a recriminar a su padre que anduviera de farra con una pelandusca, cuando, ciertamente, el hombre se había limitado a asistir a un acto religioso y a un desayuno. El caso es que todo se fastidió y el hombre abandonó la mesa avergonzado, y Flora se largó enfadada, mascullando contra la entrometida, y los otros invitados se fueron con los churros en la boca. Pero la comulgante se fue contenta —pues no gustaba de las amistades de su progenitora—, a jugar con la muñeca del señor

Miguélez, el único que le había regalado algo, que los otros nada porque, según su madre, eran pobres como las ratas.

Y es que Flora, desde su fracaso en la ópera y desde que Arriazu la abandonara otra vez, lo que no era nuevo pues había pasado con anterioridad un año largo sin verla, cada vez se juntaba con peor gente. Como, pese a su sonado fracaso, no quiso abandonar su carrera, andaba del Antillano al Flores, cantando canciones picantes como la habanera de *El gorro frigio*, la que había llevado a la cárcel a la Bella Chiquita, que fue una institución en este tipo de canciones. Y no valía que Rebeca la reprendiera:

—Con el dinero que nos pasa mi padre podemos vivir, deje usted el espectáculo y dedíquese a la costura, ¿no fue usted aprendiz de una costurera en Zaragoza?

Ni que, con desabrimiento, le echara a la cara:

—Se está usted haciendo vieja.

Cosa que ya sabía Flora, pues, al contemplarse en el espejo de su cuarto de baño, observaba cómo las carnes se le estaban quedando flácidas, cómo la piel de su bello rostro se llenaba de pequeñas rugosidades, aquello que sus compañeras llamaban piel de melocotón, y cómo dejaba de ser bella a pasos agigantados, pese a que gastaba mucho dinero en potingues de belleza que adquiriría en las boticas. A veces respondía a su hija, que otras ni se molestaba en contestar:

—Por eso he de llevar ropa buena, para disimular mi edad... A ti también te llegará la vejez... Y, ahora, ponte a barrer la casa, que parece una cochinerita...

—Yo a barrer, y usted a perdonar, ¿verdad?

—Te voy a dar un sopapo que te vas a acordar de mí durante toda tu vida...

—Me acordaré, no tema usted... A ver si me caso pronto y me marcho de esta casa.

—¡Ah, ingrata, con lo que yo he hecho por ti!

—Sí, encerrarme en mi cuarto siempre que viene un hombre...

—¡Cállate, o te pondré de criada...!

—¿De criada o de prostituta?

—¡Me cago en...!

—Mamá, ¿nunca podremos hablar sin que usted se enfade?

—Hablemos, hablemos, pero cuida lo que dices...

—Mire, si usted me da cada mes la mitad del dinero que le envía mi padre, yo me comprometo a que esté limpia la casa y que haya comida todos los días en la mesa, lo mismo a la hora de comer que a la de cenar.

—¡Ah, no, yo no quiero que seas mi criada...!

—Pero si ya lo soy... ¿Recuerda usted cuándo quitó el polvo por última vez...?

—No, no lo recuerdo, pero, ahora, me tengo que ir al Antillano. He quedado con un empresario que me ha prometido...

—Ya sabe que siempre le prometen y luego no cumplen...

—Verás, ahora se trata de un papel en *Don Juan Tenorio*, para el 1 de noviembre.

—¿Y luego lo traerá a casa?

—No sé si lo traeré a casa...

—Es que las vecinas me preguntan si se va a casar usted con alguno de los hombres que vienen a casa.

—No contestes. Cuéntales cómo era tu padre, aquel hombre que imaginamos en Zaragoza, ¿recuerdas?

—No.

—Claro, tú nunca quisiste participar en el juego.

—Yo quiero un papá de verdad... Me dan envidia las niñas que pasean con sus padres por el parque del Retiro.

—Pues no vayas al Retiro, porque tú nunca tendrás un padre de verdad, a no ser que me case con un hombre del comercio como Miguélez. Cierto que Miguélez se precipitó al asistir a tu comunión y la hija estuvo en razón; que no hacía dos semanas que había enterrado a su mujer. Otro será, en fin... Me voy...

—No quiero quedarme sola en casa, siempre estoy sola.

—Sal al balcón y mira, tal vez un niño elegante de esos que van vestidos de marinero se enamore de ti. Yo te caso con él, que, seguro, es más fácil casarte a ti que casarme yo... Además, muy pronto serás mujer...

—¿Qué es ser mujer?

—Cuando llegue lo sabrás.

Aquel verano, en Alhama de Aragón, el ambiente estuvo triste por lo que se anunciaba que había de pasar en Cuba. Nada bueno y mucho malo, como preconizaba la actitud de la reina doña María Cristina, que no había ido a veranear a San Sebastián, y por lo que sucedió en la ciudad de Ginebra a orillas del lago Lemán.

Olimpia de Castresana, a más de hacer lo de siempre y de tratar con la misma gente y de ojear la prensa diaria para seguir la marcha del conflicto, se leyó, de principio a fin, las crónicas que sobre el asesinato —otro crimen de la peste anarquista— de la emperatriz Isabel de Austria, mundialmente conocida por Sissí, traían *La Ilustración Española y Americana* y el *Blanco y Negro* y, como muchas mujeres del mundo, lloró; pero lo que comentó con Cósima mientras paseaban por el parque:

—No sé si lloro de alegría o de tristeza, pues, aunque la emperatriz Isabel ha sido asesinada, la madre que había en Isabel habrá descansado en paz, pues su único hijo, el archiduque Rodolfo, se suicidó siendo muy joven... Yo, si hubiera estado en su lugar, pienso que, al ver a mi asesino, le hubiera pedido que me disparara cuanto antes, pues nunca hubiera podido superar la pérdida de mi hijo.

—Usted, mamá, sólo tiene una hija, que soy yo.

—Deberás tener mucho cuidado, no te suceda alguna desgracia. No sé qué haría yo sin ti.

—Ni usted ni yo nos moriremos, mamá. Se lo pido a Dios todos los domingos en las oraciones de después de la comunión. Ahora, lo que hace falta es que no mueran más soldados españoles en Cuba...

—Sí, señorita, eso hace buena falta.

—Si me lo permite usted, hoy no tomaré postre y haré un sacrificio por todos ellos...

—¡Ah, bueno!

—Mamá, si vuelve León Dulce, ¿qué pasará?

—Nada.

—¿Habré de casarme con él?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie.

—¡A las buenas tardes...! —interrumpió la voz del párroco de Alhama, que saludaba.

—Saludos, mosén Pedro.

—Con Dios, doña Olimpia y compañía.

—Un momento, don Pedro, por favor...

—¿Diga usted, doña Olimpia?

—Vera usted, no me pareció ni medio bien el sermón del domingo pasado, el del curita joven...

—Lo sé, señora, he tenido otras quejas...

—En mi familia tenemos costumbre de sentarnos cerca del pulpito para oír bien el sermón, y he de decirle que fue escandaloso, pues el muchacho nos llamó pecadores a todos los asistentes...

—Pecadores somos todos, señora mía.

—Pero no tanto como para decírnoslo a la cara... Le recuerdo que con las limosnas de los veraneantes ha podido usted reparar buena parte de la iglesia.

—Sí, señora, y he tomado medidas, he enviado al joven a mi obispo.

—Bueno, pues, con Dios, señor cura.

—Adiós, doña Olimpia.

Cuando llegó Luis en agosto a tomar los baños, Olimpia le comentó lo del joven cura que había sido cambiado de parroquia, precisamente un domingo al salir de misa. Pero Luis apenas la atendió porque estaba hablando con Cósima del Evangelio escuchado, el de la parábola de los talentos, diciéndole:

—No te tomes este Evangelio al pie de la letra, hija mía.

—¿Por qué, papá?

—Porque uno de los hombres, con los diez talentos que recibió de su amo, ganó otros diez y el segundo, que recibió dos, ganó otros dos, y ambos fueron admitidos a la mesa de su señor... Sin embargo, el tercer hombre, que recibió uno y lo devolvió, fue arrojado a las tinieblas... Cuando, fíjate, el tercer hombre bien hubiera podido haber malgastado el dinero y no tener un ochavo para entregar a su señor...

—¿No entiendo, papá?

—Quiero decirte que está incompleto, que el tercer hombre debería haber sido admitido, si no en la mesa, al menos en la casa de su amo, y un cuarto hombre, el malgastador, haber sido arrojado a las tinieblas...

—No hagas caso, Cósima. Papá está hablando como banquero.

Flora Melero se quejaba de que hacía corto con la asignación que le enviaba Arriazu. Es verdad que, como hacía tiempo que no le hacía ningún servicio, resultaba mucha cantidad y no podía pedirle más, amén de que no la atendería. E iba en este cavilar por la calle de Alcalá, habiendo dejado a su hija en casa, a una tienda de la carrera de San Jerónimo, a informarse del precio del metro de tela de hábito de monja para comprarla en el caso de que un amigo del Antillano, que quería ser más que amigo, le consiguiera un papel en *Don Juan Tenorio*, pero salió espantada del precio que le pidieron por seis largos. Por eso se llegó a la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid a consultar el saldo de su cartilla, y se quedó más espantada todavía, porque, para llegar a fin de mes, le quedaban diez pesetas, y era día 22. Por eso decidió hacer caso a sus amigos y cambiarse de piso, a un piso cuyo alquiler costase un cuarto de lo que pagaba, aunque estuviera situado en peor barrio. Lo llevaba rondando en la cabeza, entre otras razones, porque la gente del barrio de Salamanca la miraba mal y a su hija también. A ella como si fuera una apestada, a su hija como si una hija tuviera alguna culpa de los pecados de la madre. Por los propios vecinos también, que la vigilaban a toda hora detrás de las mirillas de las puertas o, cuando se cruzaba con uno o con otro, con una o con otra, a todo momento saliera a las ocho de la mañana o entrara a las doce de la noche. A más que, para ella, que le metían ratones en la casa cuando dejaba el balcón abierto y se iba. Dos ratones ya, uno muerto y otro a medio morir, obra del coronel. No, del coronel no, que vivía abajo, ¿o sí? Obra de las señoritas que vivían en la buhardilla quizá, de las antiguas cantantes.

Flora no se hubiera molestado en cambiarse de casa de seguir en relaciones carnales con Arriazu, pero como el banquero iba para un año o más que no se presentaba para exigir lo que pagaba ni daba señales de vida, salvo que los 30 de cada mes ingresaba la asignación en su cartilla, desde la Puerta del Sol, tomó la calle Mayor adelante y anduvo por las callejas de la plaza del mismo nombre. Y, la verdad, se encontró como en la calle de las Armas de Zaragoza, entre su gente, y no entre los ricos, ricos, o menos ricos, de esos a los que les gusta aparentar aunque coman garbanzos viudos todos los días. Y, como estaba más que cansada, pues venía andando desde su casa, se detuvo un ratico a ver cómo un barbero afeitaba a los hombres en plena calle, y no como en el barrio de Salamanca, que había barberías. Y se hubiera quedado más tiempo y hasta se hubiera sentado en la terraza del Europeo a tomar una limonada, pero fue que la vieron los hombres que aguardaban cola para el *figaro* y que empezaron a piroppearla y se largó en busca de un simón.

Al día siguiente, comentó con Rebeca la posibilidad de cambiarse de barrio. De ir a uno donde los chicos y las chicas jugaran en la calle, los chicos con los chicos y las chicas con las chicas —aclaró—; en un barrio donde nadie mirara a nadie porque fueran todos iguales, chulos y chulas, por lo general, que en las verbenas bailaban el chotis; en un barrio que oliera a refrito en las tabernas, a churros recién hechos, a pan recién cocido y a sudor en el verano, y le dijo haberlo encontrado.

Rebeca aceptó encantada y, a finales de octubre, las dos Melero se mudaron a la Cava Baja de San Miguel, 9, tercero izquierda.

En España, el año de 1898 se fue peor que entró, con las dos escuadras derrotadas por los Estados Unidos de América, y se cerró con el Tratado de París, un contubernio que se saldó con la independencia de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, además de las posesiones oceánicas.

Los Arriazu no brindaron con *champagne* ni despidieron el año bailando. Como muchas otras gentes, se hicieron eco del pesimismo general que se extendía de norte a sur del país, y no salieron de casa. Olimpia lo sintió, pues no le hubiera importado participar en el concurso de baile que se celebraba en el casino Mercantil, pero lo que se dijo:

—En fin, otro año será.

Y lo que sentenció Luis:

—Derrotados nuestros ejércitos, ahora, los extranjeros podrán decir con motivo que los españoles sólo servimos para tocar las castañuelas.

Después de la pérdida de Cuba y Filipinas, y vendidas las Marianas y otras islas del Pacífico a Alemania —que pretendía hacerse con un imperio colonial similar al británico y al francés—, a Cósima le vino la primera regla en marzo y, claro, se llevó un susto considerable, pese a que de meses antes venía notando ciertos cambios en su cuerpo. Ciertos cambios no, los cambios específicos que sufren todas las niñas al convertirse en mujeres.

Y, a consecuencia de ello —de la regla, que no del susto, pues no se puede evitar—, Olimpia, para alegrarle el trance, le alargó la falda a media pierna, la cosa que su hija más ansiaba. De tal manera que Cósima pasó a ser «tobillera», aunque, en realidad, no lo era, dado que la moda del momento, cien por cien cambiante, mandaba reducir la largura de la falda de las adolescentes hasta media pierna.

Cósima vistió su nueva ropa, igual de blanca que la anterior, con alborozo, pues se sintió mayor, máxime cuando su señora madre dispuso que las criadas dejaran de tutearla y de llamarla Cosimina y, a más de «señorita», la trataran de usted. No fue fácil, pues, consciente o inconscientemente, se resistieron a semejante cambio en razón de que la habían visto nacer como quien dice, aunque, en realidad, la habían recibido recién nacida en casa y siempre la habían tratado de tú y Teolinda incluso le había dado de mamar con sus pechos. Por eso tardaron tiempo en acostumbrarse y erraron a menudo al nombrarla y al hablar con ella, del mismo modo que muchas veces todavía la llamaban *Cosima*, sin pronunciar el acento, y seguían diciendo *platano* o *medico*. Lo que Cósima no llevó con alegría fueron los muchos granos que le salieron en la cara y a los que combatió con ardor y con pepinos, durmiendo por las noches con un parche de rodajas de la hortaliza en la cara.

Lo cierto es que la niña Arriazu pasó a ser una «pollita» y que su vida cambió, pues sus padres la llevaban al teatro, incluso a la sesión de noche donde, además de disfrutar con los dramas de Echegaray, en el entreacto se divertía también yendo por los palcos saludando a unos y a otros. Y, además, los domingos, después de comer, la dejaban ir —siempre acompañada de Teolinda— a casa de tal amiga o de tal otra, todas de familias de viso en la población, con las cuales mantenía conversaciones ya propias de mujeres con la adolescencia superada:

—Para tener un cutis blanco como la leche, debes darte polvos de arroz, pues eres morena, Cósima —le aconsejaban.

O cuando hablaban de una amiga ausente:

—Ésa es una sanguijuela, cuidado con ella...

—Es cargante. Yo no la invitaré a mi cumpleaños.

—Parece una duquesa y su pretendiente es empleado...

—Lo único que tiene es buen palmito...

—¡Qué va!, tiene demasiado pompis.

Claro que aquellas «pollas» de lo que más hablaban era de novios y a Cósima

siempre le mentaban —sosteniendo que era su novio— a León Dulce, que, según decires, pronto iba a volver de Cuba:

—Regresará pronto León Dulce y te pedirá en matrimonio, Cósima.

—Estarás contenta de que haya terminado la guerra.

—Quizá al año que viene vayamos a tu boda... Mi mamá se casó a los catorce años.

—Vuelven todos los hombres rotos, muchos cojos y otros desorejados porque los insurrectos manejaban unos cuchillos terroríficos...

—¡Bah, León es mozo fuerte. Volverá sano!

—No obstante, deberás aceptarlo como venga, si enfermo, enfermo, como buena cristiana.

—Como nos acaban de decir en los ejercicios espirituales.

—De otro modo, te condenarás...

—No valdrá que ayunes ni que pases hambre ni que guardes abstinencia, deberás actuar...

—¿No te ha escrito nunca León?

—No. Es que no es mi novio.

—Cuando te escriba, ya sabes que deberás devolverle la primera carta sin abrir.

—¿Qué dices tú, a ver?

—Lo dice mi madre. Dice también que a la segunda carta hay que contestarle brevemente y darle calabazas.

—¡Anda, tú!

—¡Qué cosas!

—Decía yo que León escribe a su madre poco, pero le escribe. Doña Amelia se lo cuenta a la mía asegurando que ha participado en varios combates.

—Si te casas con él, con la fortuna que va a heredar de su tía Miguelina, la que se fugó a Argentina con un indiano, podrás llegar a ser dama de la reina y tener un sueldo de siete mil pesetas al año.

—Yo que tú estaría al tanto, pues no puede tardar.

—¿Es que no te gusta León?

—Pues, hija, para mí lo quisiera.

—Hija, te mira desde que éramos niñas, desde que iba vestido de marinero.

—Cósima, si no te gusta, ya iremos a San Antonio a pedir otro novio, no te preocupes.

—No sé —decía otra—. León heredará, en efecto, pero de momento un sueldo de teniente no da para mucho...

—Cierto, en el futuro será mejor partido de lo que es. No obstante, pregúntale a don Dionisio, tu confesor, sobre el dinero que tiene su madre, los jesuitas saben mucho.

—¿Cuánto gana un teniente?

—No lo sé, pero alquilar un piso bueno vale ciento veinticinco al mes y un traje

de caballero otro tanto.

—Los últimos zapatos que me compré me costaron once pesetas.

—¿Once pesetas?

—La cocinera de mi casa se queja de que una docena de huevos vale una cincuenta.

—La caja de bombones que le regalé a Luisa Campos para su cumpleaños me costó treinta.

—Era una caja muy hermosa. Las valía.

—Yo calculo que un teniente ganará unas tres o cuatro mil al año.

—Me voy, que parece que me está entrando ronquera y creo que tengo algo de fiebre —mentía Cósima para salir de allí, quizá para no oír hablar de León Dulce, aquel novio que le adjudicaban en todas partes.

Y eso, mentía, pero a menudo le venía destemplanza sin causa aparente y permanecía sentada en una butaca de la salita viendo correr el reloj de la repisa de la chimenea o mirando por la ventana, o leyendo a Rubén Darío o alguna de las obras, que no todas, pues más de una no se podía leer sin tener la mente formada, de doña Emilia Pardo Bazán, o la *Historia de España*, de Modesto Lafuente, editada por Montaner y Simón en 1887, y con el prólogo de don Juan Valera, el gran novelista y embajador: «Si alguna comarca o porción del globo parece hecha o designada por el Grande Autor de la naturaleza...». Pero la interrumpía Teolinda:

—Cósima, ¿quieres que salgamos a ver escaparates o que nos lleguemos al Pilar a dar de comer a las palomas?

—Oye, que yo no doy ya de comer a las palomas, que he crecido.

—Perdona, hija.

—Y llámame de usted, como te ha mandado mamá.

O Úrsula:

—Cosimina, ¿qué quieres para comer? Me voy con Pilara al mercado.

Y también había de regañarla:

—Llámame «señorita Cósima», como te ha ordenado mi madre.

Pero, ay, lo que más le gustaba era hablar con su madre, que la instruía en las cosas de la vida, aunque, por supuesto, sin hablar de las cosas del nacer, por no asustarla, ni de las del morir, por no apenarla. Le gustaba platicar con ella porque lo mismo hablaban de cómo hacer *bisqué* de gambas, como de la necesidad de practicar la higiene corporal, como de cómo debían extenderse los polvos de arroz por los brazos y el escote para lograr la palidez de la piel requerida en toda mujer elegante o cuánto debía apretarse el corsé para alcanzar la medida de las *mannequines* de las revistas francesas de moda. Se encerraban madre e hija en la habitación de Cósima y Olimpia le apretaba los cordeles de la prenda en busca de los cincuenta centímetros que recomendaban las publicaciones para alcanzar la belleza ideal y, vaya, que por muy apretada que fuera, la jovencita daba cincuenta y cinco, pero nunca cuarenta y nueve, y eso que tan fajada iba que a menudo le venía mala gana y más de una vez

hubo de aspirar sales para recobrase.

Y más que hablaban:

—¿Soy simpática, mamá?

—Sí.

—Pues, mamá, yo no me veo así... En las reuniones, todas mis amigas hablan y hablan, algunas como loros, y yo sólo digo alguna frase.

—Es por la edad, porque te da vergüenza, pero irás adquiriendo soltura hasta convertirte en una dama.

—¿Como usted?

—Claro, ten en cuenta que tendrás buena maestra.

—¿Qué he de hacer?

—Pues mira, de entrada, no reírte, sonreír... Que vengo observando que en la mesa a veces te ríes a carcajadas, y se te harán arrugas en la cara...

—Úrsula también me dice que no me ría tanto porque puede venir la desgracia.

—¡No hagas caso, son supersticiones!

—También dice que el que no tiene nada malo, que lo espere.

—Úrsula es un cenizo, no hagas caso.

—Oiga, mamá, ¿y cuando la gente me mira como si me quisiera comer, qué hago?

—Todavía nadie te ha mirado queriendo devorarte, eso lo harán los hombres... El hombre o los hombres que se enamoren de ti.

—Oiga, mamá, ¿y ese León Dulce que mis amigas dicen que es mi novio?

—No hagas caso. Tú te casarás con el hombre que quieras, del que te enamores, te lo aseguro yo.

—¿Y qué es el amor?

—Un sentimiento, una angustia, un gozo, a veces todo junto a la vez. Un buen día comienza...

—¿Se termina?

—Sí, hija mía, se termina, pero ni el poeta Bécquer sabe adónde va...

—¿Y usted, mamá?

—Yo amo a papá con un cariño sosegado. Estoy a gusto con él, me trae, me lleva, me regala, me trata bien, me quiere también... Te confieso que me enamoré de él como una tonta...

—¿Cómo fue, mamá?

—Verás, fue en un baile de carnaval, en el casino... Allí había muchachos de casa bien e incluso algunos pisaverdes. Tu padre ya me había llamado la atención porque era un barbilindo, un *dandy*, que nada tenía que envidiar al mismísimo príncipe de Gales, hoy rey de Inglaterra y el que marcaba la moda en Europa por aquellas fechas... Iba vestido de Napoleón.

—Ay, mamá... ¿Y usted de qué iba disfrazada?

—Yo de María Antonieta, con peluca blanca, larga y rizada...

—Ay, mamá.

—Luego, papá me confesó que se había fijado en mí y, aún más, que bebía los vientos por mí, pero que no me miraba, que no se atrevía a mirarme, porque no se consideraba digno de mí. Además creía que yo era mujer orgullosa y que le daría calabazas a la primera de cambio.

—¿Por qué, mamá, si era un *dandy*?

—Porque no era de familia rica. Lo tenía visto del Banco de Crédito de Zaragoza, donde trabajaba de cajero, en un puesto de confianza al que no se accede así como así, pues era el que me entregaba el dinero cuando iba a cobrar un cheque... Se veía que era hombre emprendedor y trabajador... Mi propia madre se lo decía a don Juan Bruil, el presidente de la entidad: «Este muchacho vale, don Juan». Cierto que yo tenía varios pretendientes de familias de viso, de mucho viso incluso, pero, mira, hija mía, papá me hizo tilín... Tan alto, tan guapo, tan rubio, tan señor, tan obsequioso, vamos, un galán... Y es que, cómo te lo explicaría yo, el amor se presenta de repente, sin pedir permiso, sin preguntar y todo, todo dentro del enamorado, tanto el cuerpo como el alma del susodicho sufren convulsiones... Quiero decirte que se revuelve tanto el cuerpo como el alma. Y se llora y se ríe, y se pena y se muere y se revive y se vuelve a penar... No sé...

—Ay, continúe usted, mamá —rogaba Cósima, encandilada.

—Eso, que se presenta el amor de súbito... Y que estábamos los dos en el baile de carnaval, él hablando con sus jefes y yo bailando, un vals, una polca, una mazurca, con un pollo, con otro, con el *carnet* lleno, además, y fue que nuestras miradas se cruzaron por un instante y nos reconocimos, pese a los disfraces... Y mi corazón se puso a latir desesperadamente y, te lo confieso, lo conquisté como han hecho y hacen muchas otras mujeres: con el lenguaje del abanico...

—Explíquemelo, mamá...

—Atiende. Estaba descansando, sentada en una silla con varias amigas, agotada después de dos polcas, y llevaba en la mano un abanico chino de plumas, una preciosidad. Y vi que tu padre dejaba a sus jefes, se ponía a bailar con una amiga mía y no paraba de mirarme. Entonces me di aire muy despacio, lo que quiere decir: «Me eres indiferente», aunque era falso por lo que te he dicho antes. Y entonces él me miró con ojos suplicantes y yo me abaniqué con la mano izquierda, que quiere decir: «No coquetees, pues, con ésa», y él continuó mirándome, pero yo le avisé llevándome el abanico a los labios: «No me fío de ti», y, mira, él vino a pedirme un baile y, aunque yo tenía el *carnet* lleno, como a mi próxima pareja le había dado un ataque de tos, aproveché la circunstancia y dancé con él y luego salimos juntos al balcón... Puedes imaginar que en el salón había múltiples conversaciones mudas, con el abanico... Habrás de aprender.

—¿Quiere que vaya a buscar dos abanicos y ensayamos?

—Sí, sí.

Y ensayaban:

—Hay cuatro orientaciones distintas y cinco posiciones diferentes, con lo que se obtienen veinte signos, suficientes para todo el alfabeto.

—Las letras del alfabeto son veintinueve.

—No hay ni jota ni ge ni y griega ni i latina ni...

—¿Se habla, pues, con faltas de ortografía?

—Al hablar no hay faltas de ortografía.

—Oh, sí.

—Claro, los acentos, pero es igual. Venga, tú haz lo mismo que yo.

Y entonces salía Cósima de su aburrimiento imitando a la dama y aprendiendo el lenguaje del abanico u oyendo del enamoramiento de su madre:

—Y ya empezamos a coincidir en el teatro y en otros bailes y nuestro amor cuajó y se acrecentó ante las dificultades que se nos presentaron. Pues yo hablé con mi madre de que me había enamorado de Luis Arriazu y le expliqué quién era y ella, al caer en la cuenta de quién se trataba, torció el gesto e, hija mía, lo mantuvo torcido durante varios meses. El caso es que enseguida me apercibí de que mamá no estaba por aquel matrimonio porque consideraba a tu padre poca cosa, pues no era hombre de renta propia, como ya sabes, y aspiraba a más para mí... Un hombre rico, de familia de solera y, a ser posible, con título nobiliario... Y las dos iniciamos una guerra, lo que llamamos la «guerra de la boda»... Y no valía que yo le dijera a tu abuela Constanza que Luis sería un buen administrador de los bienes que había heredado de mi padre y de los que heredaría de ella, ni que yo no sabía contar más que hasta cien, ni que más vale un hombre trabajador que un haragán de familia de postín, ni que podía caer en brazos de un bandararra, de un borracho, de un mujeriego, de un cazadotes, en manos, en fin, de todo lo malo que haber pudiere; ni que llorara en silencio o a lágrima viva, no valía porque mi madre continuaba en sus trece... Pero sucedió que tu abuela tuvo un problema con los arrendatarios de una finca de muchas hectáreas que tenemos en Caspe, en la torre de Caspe, de donde nos traen tantas cosas de comer para Navidad...

—Sí, sí.

—Que no pagaban las rentas los muy tunantes, aprovechando que mi madre era viuda... Y le pidió ayuda a don Juan Bruil, que le envió a su hombre de confianza, a tu padre, que volvió con los dineros adeudados, pues exigió el pago a los deudores en dinero contante y sonante y a los que no lo tenían les cobró en especie, en gallinas, patos, cerdos, etcétera, que luego vendió a un carnicero y, en resumidas cuentas, trayendo a mi madre más dinero del que le debían... Y, a partir de aquel día, mamá cambió de talante; aunque se ocupó de que mi dinero fuera mío y nos hizo firmar capitulaciones matrimoniales...

—¿Qué es eso?

—Es complicado, ya lo sabrás cuando seas mayor.

—¿Entonces, en su vida, como en muchas obras literarias, triunfó el amor?

—Sí, pero, aunque estuve entontecida, no creas que fui tonta, pues ahora tengo

más dinero de consorciales que propio, pues tu padre ha hecho gran fortuna. Fortuna que, a más de la mía, heredarás tú... ¡Ah, y la de Jorge también...! Ya ha dicho varias veces que piensa dejarte heredera universal...

—¿Así que seré rica?

—Muy rica... Y también deseo y espero que seas feliz con el hombre que elijas... Yo no me opondré a ninguno a no ser que sea un depravado incorregible... ¡Ah, quiero advertirte que los vicios de un hombre no se corrigen al casarse, al revés, se acrecientan...!

O, cuando se ponía unos zapatos de tacón de Olimpia y paseaba por su gabinete, oyéndose:

—La espalda recta, la mirada al frente... Evitarás las calles empedradas y caminarás por las asfaltadas...

O aprendiendo a bailar la mazurca y el vals. O recibiendo todo tipo de instrucciones:

—En los conciertos es de muy mala educación toser, si estás resfriada, no vayas.

—No cruces nunca las piernas.

—En la silla siempre con la espalda recta.

—Lo más importante en una mujer es la honra.

Pero en el espinoso asunto de la honra, Olimpia no ahondaba, a lo más le decía:

—Para evitar que hablen mal de ti deberás llevar siempre puestos los guantes y, cuando seas mayor, el vestido largo, que nunca deje ver los tobillos.

Y para no hablar más, pues consideraba que era pronto para instruir a su hija en los negocios de la vida conyugal, la invitaba a tocar el piano a dos manos, pero se levantaba dolida, porque Cósima tenía oído de artillero y nunca había pasado de la escala del do, cuando ella tocaba de maravilla el fragmento *Gran Dio, morir si giovine* de *La Traviata*, por ejemplo.

En mayo, después de veinte años de ausencia de la Península y con el grado de sargento, regresó el hijo de Úrsula, el único que tenía, el que había sido maestro herrador de la Brigada de Transporte en Cuba y, al contrario que la mayoría de los soldados que volvían de la isla, tornó con buen color y magnífico aspecto para su edad. En la recepción y saludos, pese a que hubo un momento de pena, en el que Úrsula le comunicó a su hijo el fallecimiento del siempre bien recordado Bartolo, que ya conocía, pues que había recibido la carta que llevó a la isla el teniente León Dulce, de inmediato hubo alegría y en ella participaron señores y criadas.

A ver, que el buen Juan contaba y no paraba y, según Jorge, más parecía la máquina parlante recién inventada por Tomás Alva Edison, el padre de tantas cosas y tan útiles, según él. El caso es que hablaba de hechos o sucesos de enorme trascendencia: del cerco de La Habana, de la estrategia de Martínez Campos, de la de Weyler; del gobierno autónomo que hubo en la isla; un fracaso completo; de los

insultos que los diarios locales se permitían contra los oficiales españoles; de la llegada del general Blanco; de la destitución del embajador español en los Estados Unidos de América por haber publicado una carta que había escrito a Canalejas, emitiendo juicios contra Mac-Kinley, el presidente de aquel país; de la voladura del *Maine* en la bahía de La Habana, una desgracia fortuita que los americanos atribuyeron a manejos españoles y, lo peor de todo, de que la compañía de telégrafos de la isla era de titularidad americana y, a través de ella, se comunicaban los diferentes cuerpos del ejército español, dejando tan importante negocio en manos del enemigo. También de asuntos más menudos: de que los caballos cubanos eran más chicos que los españoles; de cómo múltiples partidas de mambises habían atravesado la isla de este a oeste en una marcha imparable, aunque las más de las veces sin presentar batalla; de la espesa flora del territorio, que impedía el paso de hombres y animales, del maldito clima, de las muchas moscas, de las muchas enfermedades que contenían las ciénagas, del hambre que había sufrido el ejército español al carecer de avituallamiento, etcétera.

Pues fue que los señores, que le habían dado casa y posada, le llamaban a la salita para que les contara lo más sobresaliente de su larga estancia en Cuba y él platicaba como una auténtica máquina parlante, como decía Jorge. Y mejor que lo hiciera en la salita porque, como decía su madre, si hacían sobremesa en la cocina bebía demasiado vino y, si salía de farra o se juntaba con viejos amigos en alguna taberna, volvía a casa borracho, y eso no era, pues que habría de acabar alcoholizado, y no. Mejor que estuviera con los señores, que sólo le daban una copa, a lo sumo dos, de *cognac*, y amén. Porque el buen color que trajo, el colorado de la cara, no se debía al sol del trópico, quíá, que bien lo supo Úrsula enseguida en virtud de que las madres saben más de sus hijos que sus propios vástagos, sino al vino que ingería como si de agua se tratara. Y eso, que, viéndolo Úrsula por mal camino, a más que estaba gastando sus ahorros sin pensar que tenía la vejez a la vuelta de la esquina y, como, además, no quería escucharle, habló con la señora, temerosa de que pudiera meterse a bellaquerías:

—Señora...

—¿Dime, Úrsula?

—Señora, quisiera pedirle que le pidiera al señor que le buscara un trabajo a mi Juan...

—¿No va a continuar en el ejército?

—No; ha pasado a la reserva.

—Pues que descanse de tantas penalidades que habrá padecido... Yo no tengo prisa en que se vaya de casa. Lo mejor será que se busque una guapa moza y que se case...

—Es lo que le digo yo, pero me dice que no. Dice que no se volverá a casar, que estuvo casado con una mulata que murió de fiebres...

—¡Ah!

—Y que no volverá a hacerlo.

—¿Qué quiere, pues?

—Ir de tabernas...

—Algo más esperará de la vida, mujer.

—No sé, no sé.

—¿Y su empleo en el ejército?

—Ya le dije. Ha pasado a la reserva, dice que ya ha servido bastante.

—Entonces, ¿tú quieres que el señor le busque un trabajo?

—Sí, señora, sí.

—Se lo diré en cuanto venga... Como madre que soy, te entiendo muy bien.

Déjalo en mis manos.

—Gracias, señora. Sabía que podía contar con usted.

Y sí, sí, Juan entró de cochero en la Banca Arriazu y Maestro y, aunque bebió vino en las comidas, dejó de beber a troche y moche.

Y, tanto hablar de Cuba y de la guerra en aquella casa, fue que Cósima le preguntó a su madre:

—¿Volverá León Dulce?

Y que ella le respondió:

—Sí.

A primeros de junio falleció el famoso músico Johann Strauss en Viena y la alta sociedad zaragozana, que había bailado muchos de sus valeses, *Danubio azul* sobre todo, lo sintió profundamente, y eso que había otras cosas más cercanas que sentir. A ver, que a Arriazu y Maestro se los llevaban los diablos, otro tanto que a los muchos comerciantes, artesanos y profesionales libres de la ciudad y de otras ciudades de España, en razón de que el ministro de Hacienda, Villaverde, había subido los impuestos. Y no, que no, que ya pagaban bastante y no pagarían más lo mandara Villaverde, el presidente Silvela o el sursuncorda. Por eso, convocados por la Cámara de Comercio, decidieron cerrar las tiendas el próximo día 26, fecha en la que Olimpia tenía previsto viajar a Alhama para iniciar su veraneo —el último del siglo— y que fue menester posponer. E hizo bien porque hubo mucho jaleo.

Sucedió que las tiendas, talleres y fábricas cerraron a las once de la mañana y que, pese a que no debía haber gente en la calle porque no había dónde trabajar ni qué comprar, hubo multitud... Fue que grandes masas de gente obrera se manifestaron ante el Gobierno Civil, gritando muera al rey y otras barbaridades, y hasta quisieron asaltarlo y, cuando cerraron las puertas de la representación del gobierno, arrojaron una lluvia de piedras destrozando cristales y ventanas. En la plaza de la Constitución también hubo revuelta, pues los insurrectos entraron en el palacio de la Diputación Provincial —edificio en parte parejo a la casa de Arriazu—, y claro, las moradoras del principal oyeron los gritos del gentío y tuvieron miedo, no fueran a entrar en la

casa, como estaban haciendo en la Diputación Provincial, donde rompieron muebles y se llevaron objetos de valor.

El caso es que el gobernador salió con sus hombres a reprimir la revolución, el levantamiento, la revuelta, la algarada, lo que aquello fuere, y resultó que la chusma le apedreó y que uno de los asaltantes le disparó un tiro, aunque, a Dios gracias, erró y otro le fue a pegar una cuchillada, pero se interpuso un policía que fue herido leve. Y, ante semejante jaleo y peligro, el gobernador cedió el mando de la plaza a la autoridad militar, a Ahumada, el capitán general, que declaró el estado de guerra y el ejército ocupó la ciudad.

Tal se supo después, a media tarde, cuando llegaron los dos banqueros, custodiados por un piquete de soldados y enojados de lo más, echando pestes por la boca, vamos. Además, sin haber probado bocado, pues que no habían podido salir en todo el día de la banca, donde les habían roto todos los cristales y acometido a pedradas. Y fueron a contar lo sucedido, a narrar por lo menudo el miedo que habían pasado cuando en el comedor de diario, donde comían, donde merendaban los señores, dicho con exactitud, se presentó don Dionisio, el director espiritual de toda la familia, arrebatado y vestido de seglar con ropa mala y, sin dejarles hablar, les contó, sin apenas saludar y sentándose a la mesa y pidiendo plato, lo que había sucedido en su convento, en el colegio del Salvador, sito en la entrada del paseo de las Damas:

—Ha rodeado la chusma el colegio gritando «mueran los jesuitas», enviados por la hermana portera del colegio del Sagrado Corazón, situado frente por frente, en Sagasta, pues que nos buscaban allí... Eran las doce y estábamos comiendo en el refectorio, contentos porque el rector, aliviado de su reuma, se había presentado a almorzar por primera vez en muchos días, cuando un criado vino a avisarnos de la presencia de la chusma y de que los asaltantes habían conseguido echar abajo el pasador de la puerta del jardín...

—Y, claro, se les atragantó la comida...

—Tú verás, amigo Luis. Los amotinados habían derribado un poste de telégrafo y llenaban el jardín acopiando leña en las puertas y quemándolas al momento... Nosotros recibimos la absolución sacramental y nos dispusimos a morir a manos de aquellos ateos, pues se presentó un criadico en el refectorio y nos informó de que los sublevados ocupaban las cocheras, las cuadras, las fregaderas, los porches y la huerta, a más de haber forzado las entradas de la casa y roto la verja y un sinnúmero de cristales...

—Coma usted, don Dionisio, y beba un poco de vino, que le hará bien —sugería Olimpia.

—Olimpia, hija mía, qué disgusto... Menos mal que entre nosotros, pese a que no somos hombres de armas, surgió un valiente, el padre Galiana, y, no me pregunten cómo, consiguió salir del colegio y pedir socorro en Capitanía General y ya llegó el ejército y, cuando se despejó aquello, empezaron a llegar nuestros feligreses, hombres

y mujeres, a ofrecernos su casa, dispuestos a llevarse lo bueno que tenemos en la capilla para custodiarlo en sus hogares, no fueran las turbas a volver...

—En Zaragoza hay más de cinco mil obreros —apuntó Luis.

—¿Han hecho mucho destrozo? —preguntó Jorge.

—Mucho. Los arreglos nos van a costar varios miles de duros...

—A nosotros también nos han apedreado... Parece que, pese a ser una huelga de patronos, los que han hecho cerrar las pocas tiendas que estaban abiertas han sido los obreros. No lo entiendo...

—Le ayudaremos económicamente, don Dionisio. Y será un honor para nosotros que se quede a dormir aquí —anunció Luis.

—No, hijos, me voy con los míos. Sólo he venido por si me necesitabais.

—En casa hemos oído gran vocerío, pero no nos hemos acercado a las ventanas por si acaso, y en la banca ya lo sabe usted —informó Olimpia.

—Gracias por todo, hijos.

El hecho de la algarada coleó en Zaragoza y en varias tertulias se comentó que los alborotadores, a más de quemar y destrozar inmuebles, habían arrancado el collar a doña Fulana y a doña Mengana y que a doña Zutana, aprovechando el jaleo, le habían tocado los pechos en plena calle. Y también se supuso que se callaban muchas cosas, por vergüenza.

León Dulce llegó a Zaragoza pocos días antes de que regresaran a España los últimos de Filipinas —unos pocos soldados que habían resistido unos meses en la aldea de Baler, situada en la isla de Luzón—. Volvió con mucha gloria, varias medallas y habilitado con el grado de capitán, pero enfermo de malaria, muy enfermo, aunque tuvo suerte de regresar vivo —pues los soldados muertos en Cuba fueron cien mil de enfermedad y seis mil en combate—, tanto que fue del tren a la cama con gran pesadumbre de su madre y sus hermanas, que apenas lo pudieron abrazar. Porque, ay, Dios, el buen mozo, que se había ido a hacer la guerra gozando de excelente salud y con uniforme nuevo, había vuelto con harapos, con los harapos llenos de lamparones y, lo peor, enfermo y hecho un guiñapo: pálido, demacrado, con la nariz afilada, los pómulos salientes y las orejas casi transparentes, es decir, chupado de rostro y muy delgado de cuerpo.

López-Tass le diagnosticó lo mismo que los médicos militares que le habían asistido en Cuba: malaria. Pero como la calentura sube a la noche en esta enfermedad, y de noche era, el pobre León no se enteró del diagnóstico ni de la prescripción de su tío carnal. Ciertamente que no opuso resistencia cuando, por la mañana, algo mejor de fiebre, tomó un tazón de caldo de presa, cucharada a cucharada, y se dejó limpiar el cuerpo con una toalla y tomar la temperatura por su propia madre, que, aunque apurada, hizo lo que tenía hacer: ser madre, y cuidarlo como lo debía cuidar, lo mismo de día que de noche.

Cósima supo de la llegada de León por sus amigas. Su madre envió a Juan, el cochero, a dejar su tarjeta, y ambas se presentaron de visita en casa de Amelia —la joven con expectación— para interesarse por el estado de salud del joven. Pero no lo vieron, pues estaba en la cama con cuarenta de fiebre, delirando. Y claro, para no ser importunas, no se quedaron a merendar, porque la dueña de la casa no las podía atender y estuvieron todo el rato con Alejandrina, la hermana mayor del enfermo.

—Mala cosa, la enfermedad de este muchacho —comentó Olimpia al salir.

Y Cósima asintió, pero nada dijo. Y, como se encontraba en un momento piadoso, en uno de esos momentos en que le daba por decir que quería irse misionera a China o a África o entrar monja en la Consolación, al volver a casa, encerrada en su cuarto, rezó un rosario completo por la curación del teniente. No porque el joven representara algo para ella, pese a lo que venía oyendo a muchas gentes desde su más tierna infancia, no, sino porque, como buena adolescente, a veces le daba mística y rezaba por cualquiera o lloraba por nada, incluso hasta leyendo cualquier relato que no fuera de lágrimas, precisamente. O hacía sacrificios y le pedía a Úrsula que le pusiera pan duro en la mesa o hacía propósito de comerse el hígado, el día que hubiere, pero no podía con él y acababa en la repisa que había debajo de la mesa. O pensaba en ayunar para el triduo de la Inmaculada, tan lejos que quedaba todavía, y hasta en ponerse un cilicio mañana mismo. Pasaba buen rato delante del espejo mirándose los granos y quitándose las espinillas. O se aburría mortalmente:

—Me aburro, mamá.

—Pues haz vainica, calceta o ganchillo... O borda, o haz pajaritas o flores de papel... O toca el piano, lee los periódicos, mira tu álbum de calcomanías... Fíjate cuántas cosas puedes hacer...

—No.

—Pues escribe un diario o una carta a tu mejor amiga. Te vendrá bien, pues a tu edad se tiene la cabeza llena de viento.

—No. Hábleme usted, cuénteme cosas.

—Con mil amores, ¿qué quieres saber?

—Hábleme de su primer beso...

—¡Ah, no, hija mía, mi primer beso es mío y sólo mío...!

En la casa de la Cava Baja, que era mucho peor, más pequeña, menos luminosa y no tenía luz eléctrica ni menos cuarto de baño, Flora fue consciente de que socialmente había empeorado, pero no le importó porque se encontró a gusto con la gente, pues don Jorge había elegido una casa para él, en un barrio para él, y no para ella. Pronto trabó amistad con algunas mujeres de la farándula, las más figurantes, que no estrellas, y mujeres de vida fácil y, como pagaba mucho menos de alquiler, tuvo más dinero para concurrir a sitios donde acudían empresarios y autores de comedias, para

invertir en su arte, pues, pese a su fracaso como cantante, continuaba buscando fama y por eso no había cambiado sus adornos de plumas de marabú por la manteleta.

Rebeca tampoco mejoró, pues continuó más sola que la una cada vez que su madre se iba de casa. Lo único que, desde el balcón, veía jugar a los chicos y a las niñas en la calle a churro va, al taco, al corro o la comba y, aunque estaba lejos, le parecía que no estaba tan sola.

Se iba Flora de casa a buscar trabajo, decía, y volvía de madrugada con un hombre, con otro, y siempre con unas galletas o un bocadillo para Rebeca, que había estado todo el día sin comer o con un mendrugo de pan viejo. Y lo que le decía la niña al desayuno:

—Esto no es plan, mamá, estoy todo el día sola... Búsqueme un oficio, al menos saldré de casa y conoceré gente...

—Mejor que no conozcas gente. La gente es mala.

Y una noche, Rebeca, al oír el llavín de la puerta, corrió en busca de su madre y lloriqueando le informó:

—Mamá, me ha venido una sangre por donde se orina, ¿me voy a morir?

Y fue que, extrañamente, Flora, que no era madre cariñosa, se la comió a besos y, llevándola a las sillas de la cocina y teniéndole las manos, le explicó:

—Ya eres mujer, te ha venido la regla... A partir de ahora eres una pollita y puedes tener hijos... Claro que no deberás tenerlos hasta que te cases... Te buscaré un novio, un buen hombre con ahorros... Cuando desarrolles serás muy bella y los mozos te pretenderán... Este año, iremos a la verbena de San Isidro a ver qué hay por allá... En el barrio, no hay gran cosa... No creas, que he estado informándome, mirando por ti...

—Mamá, no entiendo nada. Yo quiero que me hable de la sangre, pues me da mucho miedo.

—Vete acostumbrando, hija, te vendrá una vez al mes, por eso se llama el «mes», «me ha venido el mes», se dice, y la mayoría de las mujeres nos morimos antes de que se nos vaya para siempre.

—¿Llevaré los vestidos al tobillo?

—Sí, iremos a la modista a que te arregle uno mío... Y, ahora, vamos a dormir que hace un frío del demonio, ¿por qué no has encendido la cocinilla?

—No hay carbón.

Durante su veraneo en Alhama de Aragón, la señora y la señorita de Arriazu, aparte de gozar aquel año, extrañamente, de un benigno clima en la dicha localidad, participaron en múltiples conversaciones en las que se hablaba de la guerra de los *bóers* en el Transvaal; de la reciente muerte de Castelar, que fuera presidente de la República; de un italiano llamado Marconi, que había conseguido establecer una comunicación inalámbrica, algo diferente al telégrafo y al teléfono que, a mayor

abundamiento, hacía circular la voz humana por los aires, pero nadie era capaz de explicar cómo ni para qué ni el porqué del invento, y eso que allí había caballeros muy sabidos y leídos, pero en la charla que más a gusto intervenían era en la que se platicaba del fin del siglo y de los fastos que habían de celebrarse en todas las ciudades del mundo regidas por el calendario gregoriano.

Y, la verdad, se mostraron contentas de poder participar en el cambio de siglo, en un cambio de siglo, pues que pocos nacidos lo conseguían. Además, que entrar en el siglo xx era alejarse cada vez más de la época de las cavernas, y tiempo era y falta hacía porque en África los negros se morían de hambre, otro tanto que los asiáticos en Asia y los indios de América, por no hablar de millares, o cientos de miles, de hombres y mujeres que habían sido muertos por el avance imparable de las potencias occidentales en los cuatro continentes o en los cinco continentes, pues que en Europa también los lapones llevaban camino de ser exterminados. Y, con otra mucha gente de buena voluntad, tenían esperanza de que cambiaran las costumbres, se frenaran las ansias de conquista, se terminara la colonización y todos los habitantes del mundo pudieran comer y vivir en paz y armonía. Y, por supuesto, a las dos les daba un ardite el problema de la data, aquello de que no había existido el año cero y de que del año menos uno se había pasado al uno, obviando el cero, y que por eso no estaban en el 1899 sino en el 1898, y lo que se decían que mejor estar en el 99 para no volver al 98, para no recordar el desastre de Cuba y lo que trajo parejo: el fin del imperio español, pues que a España le habían quedado cuatro cosas, cuatro arenas, en África.

El caso es que Olimpia, pese a que se había resistido a que Cósima asistiera al baile de gala de Fin de Año —en esta ocasión de Fin de Siglo—, del casino Mercantil, en razón de que hubiera sido deseable que cuando menos hubiera cumplido los catorce años, cedió por las presiones de Luis y Jorge, que no supieron negarse, por el empeño de la cría y por lo del siglo xx, que no volvería a repetirse, y la muchacha no cabía en sí de gozo, pues había de ser la primera vez que vestiría de largo. Por eso, por tanta emoción y jaleo, no echaba en falta haber dejado de ir al colegio por haber terminado sus estudios, pues que le faltaba tiempo para llegar a tantas cosas que madre e hija habían de preparar para asistir al baile, que sería como la presentación en sociedad de Cósima. A ver, que acompañaron a Luis a la sombrerería y al sastre, pues que quisieron que estrenara sombrero de copa, *jaquette* y chaleco y se ocuparon de que esta prenda le quedara muy justa al cuerpo y terminara en pico, a más de que la tela de seda fuera bordada, igual que la camisa, aunque ésta sin bordar, salvo las iniciales y, en vez de aconsejarle pajarita, le recomendaron una gran corbata, que se acomodaba dentro del chaleco un poco a bullón. Amén de que luego le compraron un bastón con puño de oro y le buscaron su mejor botonadura: la de brillantes engastados en platino, y le mandaron hacer un gabán *mackintosh* de la mejor lana inglesa. Así, vestido el marido y padre, siguieron con ellas.

Y bromearon, mejor dicho, bromeó Olimpia con su hija sobre si vestirla con un traje Bloomer o con el de *miss Walker* y, cuando le explicó cómo eran, Cósima, sin el

menor sentido del humor, como es propio en las muchachas de trece años, casi se echó a llorar. Y es que Olimpia le dijo muy seria:

—No sé qué te sentará mejor, si un traje Bloomer, que causó furor en Estados Unidos a mediados de siglo...

—¿En qué consiste, mamá?

—La Bloomer fue una dama que, sobre la ropa interior, se calzó, un pantalón muy ajustado al tobillo con un elástico y sobre él una falda a media pierna...

—¿Algo parecido a un traje de baño?

—Algo así... Pero no, no, creo que estarás mejor con el traje de *miss Walker*... Miss Walker fue una mujer famosa, que incluso sale en alguna de las novelas del padre Coloma... Una médico que se fue a ejercer su ciencia al harén del sultán de Turquía... Y, antes o después, más o menos terciado el siglo, se paseó por París con pantalón de zuavo, paletó gris con pasamanería negra y un enorme sombrero chambergo, causando expectación...

—¡Mamá!

—¿No irás a llorar, hija mía?

—No, mamá, pero le ruego que se tome con seriedad mi primer baile...

—Ea, pues, irás de blanco... Yo te haría un vestido de «princesa»...

—¡Oh, mamá...!

—Un vestido con el cuerpo ablusado y el escote alto, una falda de seis volantes, con cinturón faja de color rosa a juego con las flores que lleves en el cabello y un *pendentif* al cuello... Podría ser el traje de encaje de Manila o de Bruselas... Y, en cuanto al corsé, habrá que decirle a la lencera que te haga un *mannequin* a medida para que lo pruebe bien, no vaya a molestarte luego...

—¡Oh, mamá...!

—¿Tus amigas cómo van a ir?

—No sé.

—Para mí, no sé si elegir tul, gasa, raso, *surah* o satén de color verde «Nilo» o azul «Rey»...

—Con cualquiera de los dos estará preciosa...

—Quizá me haga el vestido de cuerpo y cola de una pieza, una larga cola de cuatro metros, sin cortes en la cintura... Un modelo del modista Worth para una noche de gala... Con un gran escote, tanto que me deje los hombros al aire, la tela ornada de perlas finas y algún pinjante al cuello... Y un *châle* de Cachemira drapeado para taparme del frío... También me haré una crinolina almidonada que aguante el peso de la falda y de la cola del vestido...

—¡Oh, mamá!

—¿Te parece bien?

—De perlas.

—Decir «de perlas», hija mía, es vulgar.

—¿Cómo se dice, mamá?

—*C'est magnifique o voilà...* Además, así se ejercita el francés y el interlocutor sabe de tus prendas... Habrás de ensayar con los tacones, pues es menester andar sin hacer ruido, como si pasara un viento.

—También he de repasar los bailes...

—Eso con papá, que es muy buen bailarín.

Y era que tarareaban Olimpia y Jorge un vals, por ejemplo, y que padre e hija bailaban después de cenar, los dos encantados, y, durante el día, Cósima bailaba con Teolinda piezas menos exquisitas, polcas, por ejemplo, pues que quería hacer buen papel también cuando el baile se tornara chabacano, hecho que, según Olimpia, sucedía a menudo.

El 22 de noviembre, los Arriazu dejaron los ensayos por una noche y ocuparon su palco del teatro Principal para ver nada menos que a Sarah Bernhardt interpretando *Tosca*. Fueron dudando, en razón de que el empresario ya había anunciado con anterioridad la presencia de la *diva* y ésta había brillado por su ausencia. Pero esta vez sí se apeó la estrella, ya vestida para la representación, del tren mixto de Madrid. Se presentó en el camerino y salió a escena para cantar como los ángeles y recibir un aplauso tras otro, un viva tras otro, pues fue delirio en el teatro, donde muchas mujeres, entre ellas Olimpia y Cósima, lloraron de emoción.

Para Nochebuena, ya sabían las criadas que Olimpia iría al baile vestida de color verde «Nilo» y que el señor se dejaría sin abrochar el último botón del chaleco, prenda que, además, terminaría en pico. Y todo era alegría en la casa... La más contenta Pilara, que llevaba una participación de una peseta en el número 6.532 de la lotería de Navidad, agraciado con el tercer premio y, mira, le habían tocado mil novecientas setenta y seis, y estaba como unas castañuelas diciendo, ya antes de cobrar, de invitar a una merienda a sus compañeras al café Ambos Mundos, a tomar chocolate con esponjado o café con leche, lo que quisiere cada una, y a dar un paseo en góndola por el canal cuando llegara el buen tiempo.

Y Cósima, pendiente de su primer baile, no dormía, no comía, no se acercaba a una ventana no fuera a darle una corriente de aire y cogiera la gripe o se resfriara y no pudiera asistir a la fiesta. Y, cuando recibía un billete de un Baselga, de un Urriés, de un Cistué, de un Escoriaza, de un Castán, de un... de un... pidiéndole un baile, le venía un escalofrío y anotaba el nombre en su *carnet* con pulso tembloroso.

Y como, si Dios quiere y no zurce el demonio, todo lo que se espera llega, pues fue hora de aviarse para la cena, de subir a casa de Jorge, de que Olimpia y Cósima apenas probaran bocado, porque la madre estaba nerviosa por la hija y la hija por ella misma; de darse el último toque, cada una delante del espejo de su tocador, de que las criadas vieran salir a dos princesas, una vestida de blanco y otra de color verde «Nilo» y con brillantes de mil duros en las orejas; de que los señores acompañaran a dos reinas y de que cuatro personas subieran en el coche que los dejó a la puerta del casino Mercantil, que está a un paso, para ser mirados y admirados por millares de ojos en la entrada y por cuatrocientos o quinientos pares de ojos en el salón. Y fue

que, tras saludar a unos y otros, Cósima bailó el primer vals con su padre entre otras muchas parejas, lo que le vino bien, pues, de haberlo hecho en su casa para el baile de «San Luis Gonzaga», ella sola con Arriazu, se hubiera muerto de vergüenza.

El 1 de enero de 1900 entró con bullicio, al son de las campanadas de todas las parroquias de la ciudad, y, ya luego, todo fueron felicidades, a más de bengalas, petardos, cohetes y tracas por doquiera, todo anunciando el nuevo siglo. Y lo que se oía en Zaragoza, en una ciudad de casi cien mil almas:

—¡Feliz siglo!

—¡Salud y suerte para todos!

Lo mismo que se oía en toda España, un país con dieciocho millones seiscientos mil habitantes, el sesenta y seis por ciento analfabetos, donde, a pesar de ello, destacaban grandes figuras en la ciencia, en arquitectura y otras artes.

León Dulce faltó a la fiesta del casino por fuerza mayor. Alejandrina, su hermana, se lo contó a Olimpia durante el baile. Le habló a la menuda de la enfermedad del mozo y de que no vino de Cuba con malaria, sino con tisis, o fue que la malaria se había tornado en tisis:

—El caso es, doña Olimpia, que mi hermano, hace más o menos un mes, comenzó a manchar los pañuelos... Y, enterado don Fernando, mi tío, diagnosticó enseguida que se trataba de tisis, de esa enfermedad que, si Dios no lo remedia, va a terminar con la población de medio mundo, y le recomendó que ingresara durante seis meses en un sanatorio, donde estaría atendido mejor que en casa, para poder respirar el aire puro de las montañas. Y fue que, hace quince días, por no demorar más el asunto y que León regresara cuanto antes, mi marido lo acompañó y lo dejó instalado en el sanatorio de Guadarrama, al norte de la provincia de Madrid... Y ésas tenemos, ya ve usted, dejamos mal el siglo XIX y hemos empezado peor el XX.

—¡Vaya por Dios...! Ya lo siento...

—Estamos desolados. Aunque mi tío dice que la enfermedad no está muy avanzada y que si lleva reposo, come bien y respira aire puro se curará...

—Lo tendré presente en mis oraciones y un día de éstos visitaré a tu señora madre.

—Verá, doña Olimpia, es que mi hermano, antes de partir, me entregó un regalo que le trajo de Cuba a Cósima, pues no quería demorarlo más.

—¡Oh, qué gentil! ¿De qué se trata?

Alejandrina Dulce abrió su bolso y le entregó a Olimpia un paquetito, una cajita, con el envoltorio muy deteriorado:

—Es un rosario de palosanto...

—¡Oh, dáselo tú misma a Cósima...!

—¡Oh, no, está muy entretenida, déjela usted disfrutar del baile, que luego viene la vida con la enfermedad y la muerte...!

—Ea, ea, Alejandrina, no temas, que León es mozo recio y se curará enseguida. Le entregaré el rosario a mi hija... Y mis respetos a doña Amelia.

El regalo de León sorprendió a Cósima, pues significaba que algo había de verdad en lo que le decían sus amigas y conocidas sobre el teniente de húsares de Pavía. Se supo en la ciudad lo del regalo y cuál era, pues las hermanas Dulce eran parloteras de lo más y más de una amiga consiguió que la receptora se lo enseñara. La joven, cuando lo recibió, rezó un rosario entero por la salud de León y luego lo llevó algunos días a misa, pero pronto lo olvidó en un cajón. Claro que hubo de sacarlo cuando con su madre fue a visitar a su madrina:

—¡Cuánto de bueno por aquí...! ¡Ah, Cósima, estás hecha una pollita...!

—Encantada de verla, madrina.

—Olimpia, ¡qué disgusto, qué pena, tengo a mi único hijo varón enfermo de tisis...! Lo de la tisis se lo comento a usted, pero a los demás no les digo nada o nos tomarán como apestados, ya sabe usted...

—¡Oh, sí, nosotras no hemos dicho palabra!

—Ya lo sé, ya lo sé. Mi hermano dice que en seis meses estará curado y ya, si usted lo tiene a bien, podremos hablar de boda...

—Muy pronto es todavía, Amelia...

—No crea, yo tomé estado a los catorce.

—Sí, pero ahora se casan las mujeres más tarde... Es mejor que las muchachas disfruten de la vida, pues enseguida vienen los hijos.

—Yo había pensado...

—No sé si barrunto gripe —cambió de tercio Olimpia.

—Para la gripe a mí me ha ido muy bien el vino tónico El Pajarete, lo venden en la farmacia de los hermanos Ríos.

—Recuérdamelo, Cósima.

—¿Qué pasa, Cósima, se te ha comido la lengua el gato?

—No, señora, pero una señorita no debe hablar sin que le pregunten los mayores.

—¡Ah, conmigo no pasa eso, yo soy tu madrina...! Ya sé que estabas preciosa en el baile del Mercantil y que vestías traje largo por primera vez, lo leí en las notas de sociedad del *Diario de Avisos*, ¿cómo era el traje?

—Verá, madrina, llevaba un vestido blanco con falda de volantes de flores bordadas, de rosas, iguales a las que llevaba en la diadema... Y el cabello suelto...

—Me lo dijo Alejandrina. Me hubiera gustado verte, pero no estaba yo para fiestas...

—Es natural, Amelia.

—¿Qué prefieren ustedes para merendar, té o chocolate?

—Nosotras chocolate.

—Yo tomaré té.

Cuando salieron de casa de la viuda de Dulce y ya en el coche, la joven Arriazu comentó:

—Mi madrina quiere casarme a toda costa con su hijo, ¿usted qué piensa, mamá?

—Cuando llegue el momento, tú decidirás. ¿Te has fijado en que no circulan tranvías? —cambió la dama de asunto.

—Es que hay huelga, es que los tranviarios quieren cobrar tres pesetas con setenta y cinco de jornal...

—¿Cuánto ganan ahora?

—Creo que papá ha dicho que dos pesetas.

—Es casi el doble. Todo el mundo quiere y quiere, no sé adónde vamos a parar. Fíjate, ha dicho Jorge que el metro cuadrado de suelo en la huerta de Santa Engracia está a treinta pesetas.

—¿Ahí es donde quiere papá que nos hagamos una casa para nosotros solos?

—A veces dice que ahí y otras veces en Sagasta, parece que van a hacer la calzada y a construir casas.

Con la entrada del nuevo siglo, Olimpia decidió pintar, empapelar, cambiar el mobiliario de la casa y, antes de empezar, lo comentó con su marido:

—Voy a remozar la casa...

—¡Ah, bien...! Como te decía, Jorge, este Eduardo Dato, el ministro de Gobernación, nos va a fastidiar...

—No, lo que va a regular son los accidentes de trabajo de mujeres y niños, lo que compete a las industrias, pero no a la banca comercial, donde los trabajadores son esencialmente hombres. Contentos podemos estar mientras no reduzca la jornada de diez horas...

—Luis, no me atiendes.

—Haz lo que quieras, todo lo que hagas me parecerá bien.

—Voy a pintar, a empapelar, a cambiar sofás, sillones, y el comedor de gala por uno de caoba con sillería de raso color de rosa y madera estofada en oro, las camas de madera por camas de hierro, los biombos, los lavabos de las habitaciones y hasta las puertas, pues las voy a poner de las que se llaman inglesas.

—Muy bien, muy bien.

—Les recuerdo a los dos que esta tarde vamos a Ambos Mundos a escuchar el sexteto de José María Moneva...

—Esta tarde imposible, hemos de ir a dar el pésame a los Royo Villanova, ha fallecido Luis...

—¿El poeta? No me habían dicho nada, yo también iré...

—Te vendremos a buscar con el coche a las cinco.

—Bien, estaré preparada.

Y fue que la casa de Arriazu, aparte de las criadas fijas y las interinas, como la lavandera, la planchadora, y el barbero y la lechera, que venían a diario, la costurera, la manicura y la peluquera, que venían una vez a la semana y el callista, que venía

una vez al mes, se llenó de carpinteros, de barnizadores, lijadores, pintores, empapeladores, cristaleros, etcétera. De un montón de gentes que entraban con sus instrumentos de trabajo, otros que salían con los muebles viejos, en fin, que aquello era un trajín insoportable. Por eso Olimpia, tras haber dado grandes y pequeñas instrucciones a Úrsula para que las transmitiera a los capataces en el momento oportuno, decidió marcharse a Caspe, localidad situada a cien kilómetros de Zaragoza. A su inmensa torre de Caspe, para, amén de quitarse del jaleo, ver cómo marchaban las cosas por allá, pues que no había estado desde que era soltera; y se llevó a su hija y a Pilara.

Teolinda rezongó:

—Yo me hubiera ido muy a gusto con la señora, pues echo en falta la tranquilidad del campo... Fíjate, Úrsula, lo que más me llamó la atención cuando vine a Zaragoza fueron los ruidos, los muchos ruidos que hay...

—¡Quita allá, embusterona, que tú cuando viniste ni oías ni veías...!

—Hija, ¿no vas a olvidar nunca mi viaje en la diligencia?

—Oye, ¿has visto cómo te mira un carpintero, el negro ese?

—No es negro, es moreno.

—Es negro como el carbón.

—Lo he visto, oído y sentido.

—¿Qué te ha dicho?

—Jamona...

—A tu edad, no te lo creas.

—No, no me lo creo. Pero has de saber que no soy tan vieja, que tengo treinta años...

—Un vejestorio, hija.

—Es viudo y yo también.

—¿Cuánto gana?

—No me lo ha dicho.

—*Preguntale...*

—Lo haré en su momento. Quiere que el domingo por la tarde salgamos.

—¿Y tú vas a salir con él?

—No lo sé aún.

—Pues ten *cuidao*, y *dejate de chachara* y a fregar.

—Fregaré cuando esté la obra terminada, mientras tanto, no, que estos hombres ensucian y vuelven a ensuciar.

Olimpia de Castresana y su hija fueron recibidas en Caspe, camino de la llamada Torre de las Botijas —nombre debido a que cien años atrás, o más, un cura inquieto había descubierto allí unas ánforas de la época romana—, como si hubiera llegado el rey de España. No había entrado el coche de caballos en la población, trotando,

espantando a gallinas y perros ladrones, que ya la chiquillería lo rodeó, y a ella se sumó gente de mediana edad y hasta algún viejo, que renqueaba apoyado en su gayata. Y, como Olimpia, tantos años sin ir, había olvidado el camino y Juan, el cochero, lo desconocía, fue menester preguntar. A más, había que estirar las piernas, que falta hacía, pues habían salido de Zaragoza al amanecer del día anterior y estaba anocheciendo, bajaron del coche la dama, la damisela y la criada. Y fue que, al verlas, estalló un «oh» de admiración entre el gentío, y eso que iban en traje de viaje, y fue que Olimpia demandó sin dirigirse a nadie en concreto:

—¿Para ir a la Torre de las Botijas, por favor?

Y todos, o muchos, le respondieron a la vez:

—Por allá.

«Por allá» era por donde habían venido, por eso la dama ordenó a Juan:

—Regresemos por donde hemos venido, Juan. ¿Hay algún camino? —continuó preguntando a la multitud.

Y le dijeron que sí, que el primer camino cruzando el puente del río Guadalupe a la derecha.

Y, cuando las damas estuvieron acomodadas en el coche, Juan arreó los caballos:

—¡Arre...!

Y los bichos anduvieron. En la torre no entraron solos, llegaron acompañados por buena parte de los habitantes y se ve que algún poblador cogió un atajo para avisar al José y a la Amada, los guardeses de la casa principal, de la llegada de la señora Olimpia, pues, a ver, quién, rediez, había de ser si no aquella dama, bella como el sol, cuya elegancia encomiaba todas las Navidades el José cuando, con el administrador, iba a llevarle a Zaragoza un carro lleno de capones, pollos, patatas y otros productos del campo, a más de las rentas de la torre. Tal debió de suceder, porque, cuando el coche se detuvo ante la casa principal de las Botijas, espantando a perros y gallinas, la Amada barría aprisa, aprisa, a la misma velocidad que Cósima había corrido, poco antes, por los pasillos de su tasa, imitando a los personajes que salían en las películas.

Y fue que el José y la Amada recibieron a la señora como si fuera la reina de España, le besaron la mano, le abrieron las puertas camino del salón y, ay, que el salón olía a rancio, como si no hubiera sido ventilado en muchos meses y que todo estaba lleno de polvo, descuidado y sin barrer. Y, ay, que Olimpia se estaba enojando por momentos y, ay, que en esto se encontró con una caca vieja de perro o de gato, lo que fuere, en la escalera. Y estalló sin haber entrado siquiera en los dormitorios:

—¿Qué es esto, José, qué es esto Amada? ¿Qué suciedad es ésta? ¿Hay fonda en la población?

—Sí, señora, hay fonda.

—¡Nos vamos a la fonda, mañana quiero la casa reluciente como las estrellas del firmamento!

Y abandonó airada la torre para ir a dar a una pobre fonda en la que, tras contratar tres habitaciones, lo primero que hizo fue pedir un sacudidor para que Pilara y Juan

golpearan y voltearan los colchones y luego orearan las sábanas en los balcones, por las chinches y, pese a ello, no durmió. A ver, que bien conocía el refrán de que «el ojo del amo engorda el caballo», bien lo sabía y aceptaba, a sabiendas de que le sisaban todos los trabajadores de la finca desde el administrador al guardés y los peones, pero que la casa de sus ancestros estuviera como un chamizo, como una cueva, eso no, por eso estuvo toda la noche muy molesta. No obstante, diciéndose que buena parte de la culpa era suya por haber abandonado durante tantos años el solar de sus antepasados, repitiéndose que el ojo del amo engorda al caballo y lamentándose de que la gente fuera tan marrana, tan «marrana», decía ella, que era tan fina.

Y menos mal que al día siguiente estaba la casa como los chorros del oro: ventilada, barrida, sin polvo, retirada la caca del perro o del gato, lo que fuere, con los colchones mullidos y las sábanas limpias, todo reluciente, en fin. Que entonces ya apaciguó su ánimo y, como la Amada y el José le pidieron perdón de rodillas y otro tanto hizo el Paco, el administrador, cuando se enteró del asunto, hasta se animó y se dispuso a disfrutar con su hija de la tranquilidad del lugar, a la par que recordaba los veranos de su niñez.

Claro que salió de Herodes y se metió en Pilato, pues, tras examinar la casa con el administrador del desván a la bodega, decidió blanquearla y restaurar los muebles desvencijados, a más de barnizarlos. Contrató pintores y carpinteros para que adecentaran un poco aquello, y dijo de encargar una cocina de carbón a Zaragoza para sustituir el viejo hogar. Pero, cuando le explicó a la Amada que la cocina era un mueble de hierro con aros para las cazuelas, horno para los asados, depósito para el carbón y la leña y otro para el agua caliente, y la sirvienta, que era despabilada, le preguntó: «Señora, ¿dónde haremos el mondongo?», desistió, pues, en efecto, con una cocina económica no se podía hacer mondongo. No obstante, anduvo ocupada con los gremios. Cierta que, en cuanto le era posible, ella y Cósima se calzaban alpargatas y, ella con la cola de su vestido al brazo para no mancharse, recorrían los corrales, la vaquería, la cuadra, el redil; la huerta, los pastos, los sembrados y los barbechos. O paseaban por la ribera del río, o se llegaban en el coche a la población para oír misa en Santa María la Mayor. O recibían al cura, al alcalde y al cacique de la localidad —cacique porque no había ningún Castresana que viviera allí—, que se presentaban a merendar y hacían aprecio al chocolate y a las magdalenas y tortas de la Amada, que, la verdad, se estaba esmerando.

Cósima, ante el regocijo de su madre, aprendía de la naturaleza, pues en sus paseos las acompañaba el José y les decía este árbol es una acacia, éste un olivo, éste una encina; este sembrado es trigo, éste judías, éste tomate; o, en el aprisco, le enseñaba a la niña la diferencia entre una cabra y una oveja, a más que le dejaba ver cómo ordeñaba las vacas, cómo uncía los bueyes al arado para roturar un campo en barbecho, y le daba paseos a caballo llegando incluso hasta la fuente llamada de la Fonté, que parecía querer decir algo así como la fuente de la fuente —allá los caspolinos con tal nombre—, porque Olimpia quería beber sus aguas sulfuradas,

como había hecho de niña sin que le vinieran colerines, cierto que a su edad anduvo ligera de tripas.

Y, cuando se presentaban el sacerdote y el alcalde en las Botijas, se acercaban con ellos a ver las ánforas romanas, que estaban apiladas en un carasol, quizá tal cual las encontró el cura descubridor, y, después de verlas varias veces, Olimpia ordenó al José que le envolviera tres, dos para su casa y una para Jorge, las que mejor conservadas estuvieren, pues que se las llevaría a Zaragoza. Y un día fueron a buscarlas los próceres y las acercaron al castillo donde se firmara el famoso Compromiso de Caspe, y ambos les dieron una lección de historia de aquel lugar, que, en aquel momento, se utilizaba como cárcel:

—Muerto el rey don Martín I, llamado el Humano, sin descendencia, el reino de Aragón quedose sin rey...

—Los reinos de Aragón y de Valencia y el principado de Cataluña nombraron varios compromisarios, todos personas de probada virtud, para que encontraran un rey para el reino y, tras examinar las prendas y derechos de seis candidatos, eligieron a don Fernando de Antequera, segundo hijo del rey de Castilla, llamado así porque había conquistado a los moros dicha plaza, sita en Andalucía...

—Fernando I inició en Aragón la dinastía de Trastámara...

—Está este castillo muy descuidado, señores —interrumpió Olimpia—, daré a la ciudad unos dineros, dos mil duros, para que lo adecenten...

—Doña Olimpia, el municipio os estará reconocido por los siglos de los siglos —agradeció el alcalde, que era adulator.

—Doña Olimpia, la iglesia de Nuestra Señora la Mayor también precisa reparaciones —intervino el cura.

—Bien, pues daré otros dos mil duros.

—¡Dios os bendiga, señora!

El caso es que a Olimpia el viaje a Caspe le salió un pan, como comentó con Luis al regresar a Zaragoza: dos mil duros para reparaciones en el castillo, otro tanto para la iglesia, mil para los arreglos del interior de su casa y tres mil para el tejado y la fachada, que se caía a pedazos; cien pesetas de gratificación que le dio al José, doscientas a la Amada, pues, aunque pasó lo que pasó, la sirvió bien. Además de las muchas pesetas, una un día, dos otro y un duro, al despedirse, a cada uno de los aparceros. Además de las incontables pesetas que dio a los muchos que le fueron a pedir, ya fueran pobres, ya viudas llevando una carta lacrimosa, ya mozos que querían redimirse del servicio militar, ya chiquillos o gente a montón, en fin.

Y lo que le dijo su marido:

—Para eso eres la dueña de la mayor torre de por allá.

Y sí, sí.

Pero se mostró contenta de haber ido, de que Luis hubiera recibido las cartas que le enviaron ella y la niña, de lo que Cósima había disfrutado y mucho más de que las obras de su casa de Zaragoza estuvieran a punto de terminar, a falta de instalar las

puertas inglesas. Y mucho más se alegró cuando le regaló el ánfora a Jorge, pues supo apreciarla, elogiarla y encomiarla.

Pilara fue rápidamente informada por Úrsula de que Teolinda había mandado a «escaparrar» al carpintero que la había pretendido, pues estaba casado el muy pillo, y de que los señores, desde que se fuera la señora, no habían parado en casa, pues, por no toparse con los obreros y no tragar polvo ni oír ruidos, habían comido y cenado en casa de don Jorge o de *restaurant*, y don Luis dormido algunos días en la fonda Europa. Y ella poco tuvo que contar a sus compañeras:

—Poco tengo que decir.

—Mejor, mucho mejor.

—Aquí hemos tragado todo el polvo del mundo.

—Allí también. La señora se puso también a hacer obras y, como había que abrir las ventanas, entraban moscas a mansalva... He pasado el tiempo matando moscas con la palmeta.

Olimpia, ya en su casa, no tuvo más que recibir el nuevo mobiliario y decir esto acá, esto allá, y lo que más apreció fue su nueva cama, fabricada por Irisarri, que tenía *jergón* de muelles al estilo francés.

Dadas todas las mejoras, los salones de Arriazu lucieron como nunca el día de San Luis Gonzaga y el baile fue un éxito mayor, si cabe, que en años anteriores. Además, que la anfitriona causó sensación con un vestido de color azul «Rey», lleno de *ruches* y plieguecillos de encaje de *guipure*, amén de que llevó *sprit* —un plumerillo— en la cabeza azul pálido cuyo colorido destacaba sobre los azules del resto de su atavío... Y Cósima, ah, Cósima, con el *carnet* lleno y rodeada de buenos mozos, más de uno aspirante a su mano... Y Luis, ah, Luis, platicando con la flor y nata de la ciudad, con industriales, comerciantes y clérigos, entre ellos don Dionisio, el director espiritual de la familia, y mosén Pedro Dosset... Los seglares hablando de los obreros que se estaban asociando en sindicatos para defender un cúmulo de reivindicaciones, que no eran dignas de consideración, pues que un obrero agrícola cobraba dos pesetas al día y uno de la industria tres, jornal más que suficiente para comer, porque tres libras bien pesadas de bacalao valían tres cincuenta, lo que permitía comer dos días a una familia, según un comerciante. Palabras a las que añadía otro que podía comer una familia de cuatro personas, pero no de doce, a lo que respondía el primero que las clases bajas no practicasen tanto el coito y tendrían menos bocas que alimentar. El padre Dosset comentando que la encíclica *De rerum novarum* hablaba de la justa distribución de la riqueza. Jorge, aburriendo a sus oyentes con las diferencias entre la justicia distributiva y la conmutativa, pues que había bebido dos copas. El jesuita cargando contra la clase obrera, que, meses antes, casi había derruido su colegio, tal decía exagerando. Y Luis comunicando a los dos o tres amigos que tenía en derredor que en la Banca Arriazu y Maestro había más

cartillas que en la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, y que, en un par de años, si Dios le daba salud, pensaba igualar las del Banco de Crédito de Zaragoza. Y el señor Paraíso, que era un señalado industrial, quizá para epatar al presumido le decía que para propaganda de su casa, la Fábrica de Espejos de la Veneciana, iba a montar un gran espectáculo en Madrid: un laberinto de espejos en un teatro con premio para quien encontrara la salida, y le invitó a ir, a más de insistirle en que se afiliara al nuevo partido político que había fundado con Joaquín Costa, llamado Unión Liberal. Y unos y otros, ya pensarán tal, ya pensarán cual, tras condenar el anarquismo que azotaba Europa, terminaron la velada más que chispeados, loando a los viejos toreros, a Frascuelo, a Cuchares y a Lagartijo como hubieran hecho en la tertulia de cualquier café, y no hablaron de mujeres porque no estaban en la tertulia de un café, y eso que más de uno había estado tentado de preguntar a Arriazu por la María la Pajarica y si había abandonado definitivamente a la Flora.

Y todo hubiera estado magnífico, a no ser porque a Cósima, durante y después del baile, le dolieron mucho los pies y a los pocos días, consultado López-Tass, le pronosticó que tendría juanetes cuando fuera de más edad y le recomendó que llevara zapatos más anchos, lo que a madre e hija maldita la gracia que les hizo, en razón de que el pie estrecho y largo estaba de moda... Pero lo que dijo Olimpia:

—La moda, ay, siempre tirana...

No se crea nadie, no, que si Luis no visitaba a Flora era porque su esposa se hubiera enterado del asunto ni porque se hubiera arrepentido de sus adulterios, ni porque no hubiera viajado a Madrid, a Barcelona, a Valencia e incluso a Sevilla, que no, que continuaba igual de viajero y de calavera. Fue que en el burdel de Antonia la Catalana, situado en el barrio de Santa Cruz de Sevilla, cogió una gonorrea, que lo llevó a maltraer y que le curó López-Tass en el mayor de los secretos, y, durante los seis meses de tratamiento, se guardó muy mucho de ir a la cama de Olimpia ni a otra cama. Y, después, fue que, aconsejado por Jorge, en Zaragoza fue a la mancebía de Carmen Taja, en la calle de Los Sitios, que estaba controlada por la autoridad sanitaria. Y allí se encandiló con María la Pajarica, tan pizpireta ella, tan alegre siempre, tan niña, tan tierna ella, y le hacía tanto tilín que se la llevaba de viaje, a un hotel de lujo, donde sexualmente le iba mucho mejor que en casa de Flora, dado que no estaba la dichosa Rebeca haciendo ruido y mirándole mal. Cierto que la Pajarica, a los pocos meses de relación, ya le pedía que le pusiera piso. Y le decía:

—De lo que tú me das, mi patrona se lleva la mitad y de mi mitad he de abonarle la comida y la cama. Aunque me pagas bien, no me queda casi nada... No tengo para comprarme un sombrero o darme un capricho...

—Te he comprado muchos vestidos y te llevo, también, a los mejores *restaurants*. ¿Qué capricho tienes ahora?

—He visto un dije en la joyería de la esquina que me ha gustado mucho, si me lo

compras mis compañeras se morirán de envidia.

—¿Cuánto vale?

—Doscientas pesetas.

—Toma.

—Me da miedo, no sé, tal vez mi patrona quiera quedarse con la joya... Oye, si me pusieras piso, yo me ahorraría lo que le doy a la señora Carmen y con el tiempo podría tener un dinerico para mi vejez...

—No pienses en tu vejez... ¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—Pues piensa en cosas alegres.

—Oye, Luis, dicen mis compañeras que estar contigo puede traerme peligros, pues a los ricos y a los reyes los matan los anarquistas...

—¿Qué dices?

—Acaba de morir el rey de Italia.

—¿Me vas a comparar a mí con el rey de Italia?

—No sé, eso me dicen y que me debes pagar más...

—Oye, guapa, ¿por qué escuchas a esas alcahuetas? ¿Aún quieres más?

—Yo quisiera tener un hijo tuyo...

—Nunca pienses en eso y, desde ahora, usarás el irrigador delante de mí, después del acto.

El caso es que Luis dejó a la María la Pajarica, por prudencia. No fuera a tener con ella los mismos problemas que había tenido con Flora y con la hija de Flora, fuera suya o de aquel tipo, como se llamare... Por cierto, ¿qué sería de Flora? Y lo que le comentó a Jorge en cuanto se lo encontró sentado en la terraza de Gambrinus, café que antes se llamaba Español:

—Jorge, ¿qué tal si nos vamos a Madrid? Han abierto un salón japonés en la calle de Alcalá, donde hay mujeres *sicalípticas* y también está el teatro Apolo...

—Yo estoy bien aquí con un helado vienés.

—Mozo, una granizada de chufa...

—Sí, señor.

—¿De quién es este café?

—Pascual ha alquilado el local a Laín. Ha llamado Olimpia preguntando por ti.

—¿Qué quería?

—Que le mandes dinero, que ha caído en Alhama una gran tormenta y quiere darle al cura para que arregle los desperfectos de la iglesia...

—Se lo llevaré yo... Iré el sábado, haré la novena de baños y luego tal vez me vaya a Madrid.

—Cuando regreses, me iré yo a San Sebastián, quiero estar en la Semana Grande.

—El cielo se está poniendo como boca de lobo.

—Vamos a casa.

Y a tiempo fueron porque en Zaragoza cayó una tormenta de antología, que

inundó caños y zaguanes, y las calles fueron ríos.

En otoño la temporada teatral en Zaragoza fue de gala, pues en el teatro Pignatelli, que, instalado en el jardín de Santa Engracia, había venido a hacer sombra al Principal, se estrenó *Cyrano de Bergerac*, entusiasmando a Olimpia, a Cósima y a buena parte de la población, pues sus versos fueron memorizados y recitados por pollas y pollos.

Para Navidad, Jorge, ayudado por Cósima, envió de regalo al alcalde de Zaragoza, don Amado Laguna, el libro titulado *Higiene privada y pública*, del doctor Francisco Javier Santero, El Cosmos Editorial, Madrid, 1885, con subrayados en la lección centésimo séptima:

La máquina de lavar de M. Lajeunne consiste en un tallo de madera, con seis ramas inclinadas, de cada una de cuyas extremidades cuelga un tambor con espacios, que el inventor llama «lavandera», los cuales se sumergen en otras tantas tinas de madera llenas de agua hasta la mitad, que reciben un movimiento de rotación alternativa en sentidos opuestos por medio de una engranadura que tiene el tallo.

Y con una frase escrita a mano: «Y en Zaragoza ni agua corriente. Felices Pascuas. Don Jorge Maestro».

Lo que dio pie a que en la casa se hablara de los adelantos que había por el mundo.

El 22 de enero de 1901, falleció en su castillo de Osborne, en la isla de Wight, la reina Victoria de Inglaterra, la que había sido emperatriz de la India. Las damas que asistieron al cumpleaños de Olimpia lo comentaron por lo menudo, pues habían leído periódicos y revistas, y otro tanto hicieron cuando, pocos días después, ocurrió la del insigne Verdi. Pero, para la Candelaria, San Blas, Santa Águeda y siguientes, ni siquiera pudieron hablar por teléfono porque un temporal de nieve asoló España y en Zaragoza cayó una nevada como no se había visto otra, tan grande que imposibilitó andar por las calles y destruyó el tendido telefónico. Además, por el Ebro bajaron grandes témpanos de hielo, con lo cual las barcazas tampoco circularon y quedaron ancladas en las riberas del río.

Con todo, las chimeneas y los braseros de casa de Arriazu no daban abasto y a todos los moradores les salieron sabañones y se les cortaron las manos hasta tener heridas, mucho más que en otros inviernos. Y Olimpia, que siempre tenía mucha prevención contra los sabañones porque, a más de picar, afean, no los pudo evitar, dado que, durante muchos días, se heló el agua de las jarras en las mesillas de noche.

Y ricos y pobres pasaron un frío del demonio, mucho más los pobres, ciertamente.

Para la boda de la princesa de Asturias, doña María de las Mercedes, con don Carlos de Borbón-Dos Sicilias, hijo del conocido general carlista del mismo nombre, todavía no había remitido el temporal de nieve ni menos la tempestad de palabras que antecedió al matrimonio, que esta unión levantó ampollas en todo el país:

—A ven, que el padre del novio —sostenía Jorge— bombardeó Pamplona, San Sebastián e Irún y saqueó Cuenca con las hordas carlistas.

—Es una vergüenza —abundaba Luis.

—Pues padre e hijo irán al Palacio Real y se inclinarán ante el rey y la reina — intervenía Olimpia.

—Para este viaje, no se hicieron tres guerras...

—Y murieron miles de personas.

—En Madrid ha habido jaleos de estudiantes y ha tenido que intervenir la Guardia Civil.

Para el 3 de marzo, precisamente el día en que murió don Leopoldo Alas, el autor de *La regenta*, que había escrito con el seudónimo de «Clarín», que fue catedrático en Zaragoza, como se dijo atrás, ya no había nieve en las calles de la población.

En los días que Olimpia llamó «del aislamiento», amén del disgusto que llevaba por los sabañones, no hizo otra cosa que recibir en casa al osado que se atrevía a salir a la calle. Y fue que una tarde, en su tertulia, se personaron varios personajes de la política: los señores Isábal, Castellano, Paraíso y Moret, casi todos los que se presentaban a las próximas elecciones de mayo, algunos de los cuales saldrían elegidos diputados a Cortes, y se armó la marimorena. Una pequeña marimorena dicho con exactitud, pues Isábal había de pronunciar en unos días una conferencia en el Ateneo sobre el traje talar de los curas y, vaya, que anticipó alguno de sus argumentos, y unos estuvieron con él y otros contra él, como siempre pasa, pero acabaron todos airados:

—Si fueran los curas vestidos de seglar estarían más cerca del pueblo.

—Al ir vestidos igual que los seglares, se reduciría el anticlericalismo.

—Ya varias procesiones han sido atacadas a pedradas por las turbas en diferentes ciudades y ha habido muertos.

—La sotana, el sombrero de teja y el birrete están más que anticuados.

—No se sabría que los curas son curas y se les perdería el respeto.

—El respeto se lo perdería usted, señor mío, que yo sé guardarlo a cualquier persona.

—¡No me repetirá usted eso en la calle!

—¡Que haya paz, señores! Voy a servir el chocolate...

—Disculpe, doña Olimpia, que no he terminado con este sujeto...

—Señores, por Dios. Hablen de otra cosa, mi marido está al llegar.

—Usted, Isábal, deje las cosas como están, a los curas con su traje.

—¡De eso va usted a dar una conferencia en el Ateneo, vaya basura de tema...!

—Yo no pienso ir.

—Mejor.

—Tenga cuidado, no le vayan a tirar huevos...

—Señores, voy a tocar una pieza al piano, espero que me escuchen todos en el mayor silencio.

—Espere, doña Olimpia, hágame este favor, que no he terminado.

—Señores, si prefieren merendar salado, tengo pasteles de Cuaresma de casa Zorraquino; de langosta, de ostras, de sardina...

—¡Qué ricos!

—No es materia para disertar en Cuaresma, Isábal, déjelo para otro día.

—Está usted molestando a doña Olimpia.

—¡Caballeros!

Y fue que, por fin, los señores obedecieron a la dama y que llegó Arriazu y ya cambiaron de tema y platicaron de un nuevo periódico que pronto habría de aparecer en la ciudad, de nombre *El Noticiero*, del que casi todos eran accionistas.

El 13 de mayo, falleció don Dionisio, el director espiritual de los tres Arriazu, quienes, tras asistir a su sepelio y a su entierro, se encontraron sin confesor. Y lo que dijo Luis:

—Otro jesuita, no. Don Dionisio, que en paz descanse, era un anticuado.

—Me han hablado muy bien del padre Dosset... Pertenece al clero secular y vive en el siglo... Confiesa a mucha gente.

—Bueno, pues ve a hablar con él. Le preguntas si quiere ser nuestro director espiritual.

—Iré.

Y sí, sí que quiso el padre Dosset a la familia Arriazu entre sus penitentes. Cierto que Luis hubo de escucharse gran bronca y rezar excesiva penitencia, tres rosarios completos, la primera vez que confesó con él, cuando le dijo que había frecuentado burdeles e ido a teatros de *variétés* y eso que se calló que tenía querida en Madrid con casa puesta, porque, en realidad, era como si no la tuviere, tanto tiempo ya sin verla. Pero pronto aprendió y, en lo sucesivo, se confesó de pecadillos.

Mediado diciembre, mes en el que se hacía, en las tertulias, el resumen del año, en Gambrinus se hablaba de la visita que los príncipes de Asturias habían hecho a la ciudad y sobre todo del espectáculo de la Bella Chiquita. Y estaban, en torno a un par de mesas, Escoriaza, Laín, Pascual, Maestro, Arriazu, Baselga y alguno más hablando de política, de la concesión del primer Premio Nobel, de los Juegos Florales celebrados en el pasado octubre, que había ganado el poeta sevillano Lasso de la Vega, con versos espantosos —tal sostenían algunos, sabedores de que más de uno de los presentes se había presentado al concurso—, hasta que en la conversación se habló de mujeres:

- Lo más divertido del año hasta la fecha ha sido lo de la Bella Chiquita...
- No fastidie, señor mío. Fue una vergüenza.
- Es que la Chiquita estaba de espectadora.
- El público la emprendió con que cantara, y no podía.
- Y no tenía permiso de la autoridad gubernativa.
- El alboroto fue mayúsculo, tanto en el teatro como en la fonda Europa.
- ¡Tiene un palmito que atonta!
- Yo la había visto ya en Madrid...
- Y yo.
- Al año que viene les propongo hacer un viaje a París —invitó Maestro.
- ¿A ver el espectáculo del Folies?
- Oiga usted, que yo veré también el museo del Louvre...
- Tengo oído que la empresa del Folies va a contratar a la Bella Otero...
- ¡Rediez, la Bella Otero!
- Será digno de ver.
- ¿Qué le pasa, Arriazu, que no habla?
- Mire usted, Laín, fui a la excursión a Alcañiz que organizó el Ateneo y me resfrié.
- Me han dicho que hizo usted negocio.
- Bueno, contraté un corredor de comercio en la plaza...
- ¿Aprovechó usted el tiempo en vez de escuchar las quintillas que recitó Velilla?
- El caso es que no me quito el resfriado de encima... Diez días ya...
- Cataplasmas de mostaza en el pecho, lo mejor.
- ¿Entonces querrán ustedes que hablemos del viaje a París?
- ¿Qué les diremos a nuestras mujeres, si nos vamos todos juntos?
- Sospecharán algo malo...
- Lo mismo que el Ateneo organiza excursiones por la provincia, puede organizar un viaje a París, a ver el Louvre.
- Buena idea. Bueno, pues hablamos antes de la primavera.
- Y, si no nos vemos, felices Pascuas a todos.
- ¿Qué, Maestro, ya ha felicitado al alcalde?
- Sí. Esta vez le he enviado el libro titulado *Higiene pública y privada*, de Pierre Saltier...
- ¿Con subrayados?
- Sí.
- Pues, felices Pascuas y siga usted con su cruzada por el alcantarillado.
- Quizá el nuevo alcalde Belío le haga más caso que Laguna.

Aquella Navidad, en casa de Arriazu se supo que había mejorado sensiblemente la salud del teniente León Dulce y que muy pronto, en quince días o un mes, sería dado

de alta. Se conoció por doña Amelia, su madre, que se presentó a felicitar las Pascuas y a decirle a Cósima:

—¡Cósima, hija, el año que viene iremos de boda...!

Y a Olimpia:

—Doña Olimpia, Cósima pronto será la reina de América... Se lo digo por la herencia de León, que es una enorme hacienda que va de norte a sur de Argentina, digo yo que será un corredor de ganado, porque allí hay mucha vaca, o una franja de tierra fértil...

Claro que Cósima intervino:

—No sé, madrina, por qué me habla de boda, si León no me ha felicitado las Pascuas...

—¡Ah, siempre ha sido hombre poco hablador...! Fíjate que ni a mí ni a sus hermanas, antes de entrar en el sanatorio, nos contó nada de la guerra de Cuba ni dónde ni cómo ganó las medallas que trajo, ni de las trochas que recorrió ni de las quebradas que subió y bajó a lomos de su caballo... Y eso que yo no me separé de él mientras estuvo en casa, salvo para ir a misa... Además, en el tiempo que ha estado recuperándose en el sanatorio, no ha tenido con quien hablar... Imagínatelo, todo el día en la terraza de su habitación, sentado en un sillón, tapado con varias mantas en invierno, con una en primavera y el otoño, sin manta en verano, mirando a los montes, respirando el aire puro que tanto bien le ha hecho para su curación... ¡Y tampoco le gusta escribir...!, porque en este tiempo me ha enviado algún telegrama que otro... Pero yo sé, porque una madre sabe lo que piensa y siente su hijo aunque esté lejos, que te adora... Que te adora desde el día de tu bautizo, te lo aseguro sin tener que hacer memoria... Hable usted, Olimpia, con su marido sobre la boda...

—Bueno, hablaré con Luis y con Cósima.

Y así terminó Olimpia aquella conversación y pasó a hablar de trapos, de que iría vestida al baile de Fin de Año al Mercantil con un vestido azul «Emperatriz» de muselina de seda, todo él cortado en una sola pieza...

—¡Ah, yo no iré, hasta que no vuelva mi hijo no iré a ninguna parte!

Como no hubo medio ni manera de ir a París con los contertulios de Gambrinus a presenciar el espectáculo de la Bella Otero, que triunfaba en el Folies, Luis fue a darse un garbeo por Madrid.

—¿A echar una cana al aire? —le preguntó su socio.

—A lo que se tercié, porque a mí no me va lo de hoy una, mañana otra... Tuve gonorrea...

—¿Entonces, vas a volver llamar a la puerta de la Melero?

—Me voy por no oír a Cósima...

—Pero si no habla.

—Ése es el problema, que no habla y me pone negro. Un día estallaré y la emprenderé a bofetadas con ella y con su madre, que le consiente todo.

—Antes de repartir tortas, habla con ellas.

—¡Calla, maldita sea, que pareces la voz de mi conciencia!

Y llegó el banquero a la capital y se hospedó en el Malasaña, un hotel de lujo, y, antes que nada, se encaminó a la calle de Velázquez, 66, a casa de Flora, subió al tercero izquierda, llamó a la puerta y le abrió una anciana:

—¿Qué desea?

—Busco a Flora Melero.

—La anterior inquilina de este piso se mudó...

—¿Adónde?

—No lo sé. Adiós.

La anciana le dio con la puerta en las narices, y descendía Luis las escaleras cuando se topó con el coronel Pérez-Latón, que, como si fuera el jefe de los «guindillas» de la Villa y Corte, le preguntó de mala manera, como él hablaba:

—¿Dónde va usted?

—He ido a casa de la viuda de Melero al tercero izquierda, la actual inquilina me ha dicho que se mudó, ¿sabe usted dónde vive? Soy Luis Arriazu, tenga mi tarjeta.

El coronel se acercó el monóculo al ojo y leyó: «Luis Arriazu, socio fundador de la Banca Arriazu y Maestro...», y cambió el talante:

—No debería darle razón de esa mala mujer, que a más de descarada...

—Le invito a comer en el Gallego, está aquí cerca, así hace usted memoria.

—¿Me invita usted a comer?

—Sí, señor.

—Vamos, pues. Soy el coronel don Antonio Pérez-Latón, del regimiento de húsares de la Princesa...

Y Arriazu, tras oír las glorias militares del coronel y de su regimiento desde su fundación, de escanciarle vino para que su interlocutor soltara la lengua y pagar la cuenta, consiguió saber que Flora vivía por las calles de la plaza Mayor.

Cogió un simón que le dejó en el arco de Cuchilleros y comenzó a preguntar por

Flora Melero, pero, como el personal no la conocía, interpeló a los chiquillos de este modo:

—Mira, chico, busco a una mujer que se llama Flora, es cantante, culiprieta y de tetas grandes, si me dices dónde vive, te daré una peseta.

Pero ni dando una peseta ni dos, que iba a resultarle costoso encontrarla, tanto, ay, que cundía la Melero en cualquier lugar donde estuviere. Y, cansado ya, envió a varios chicuelos por colmados y tabernas, previo pago de un real y con promesa de tres, hasta que regresó el botones de la pañería de Pérez y Camacho —como llevaba bordado en su bonete— con noticias de que la que buscaba vivía en la Cava Baja de San Miguel, a unos pasos de donde estaba el banquero. Y fue que el mozo le acompañó hasta el inmueble y le dijo señalando arriba:

—¿Ve usted a una chica asomada a ese balcón? Es la hija de la señora Flora, eso me ha dicho la abacera de la esquina.

—¡Ah!, toma un duro, chico.

—Gracias, señor.

Y lo que se dijo el banquero:

—Es tarde, estoy cansado... No quiero ver al venenillo de su hija... Mañana, le enviaré un recado con el botones del hotel.

Y aquella noche estaba Arriazu en el teatro Apolo con unos colegas del Banco Hipotecario de España, cuando se le acercó la cigarrera, le tocó en el hombro y le susurró al oído:

—Atento, señor, a la cuarta canción.

Y se fue la cigarrera a ofrecer su tabaco por acá y por allá, y el señor se quedó suspenso. A la cuarta canción observó con los ojos muy abiertos que Flora Melero, su antigua amante, salía al escenario para cantar un *couplet* y, tanto tiempo sin verla, se sobrecogió. Y, en esto, sucedió que la intérprete abandonó la escena y anduvo por la sala, haciendo una gracia a un hombre, una picardía a otro, una carantoña a otro, hasta que llegó a Arriazu, al cual le puso el dedo índice en la punta de la nariz y le besó en la calva, a la par que le musitaba algo al oído. E, ida la cantante, fue el delirio de la concurrencia, que estalló en carcajadas y el que pudo aprovechó para palmearle el trasero al pasar. Y, ante sus amigos los banqueros, que estaban atónitos, Arriazu se aflojó la cartera, pagó la cuenta y se excusó:

—Unas faldas me llaman. Espero que lo comprendan. Mañana nos vemos...

Y los otros asintieron porque lo comprendieron de inmediato. De ese modo Luis fue el primero en presentarse en el camerino de las figurantes, incluso antes de que terminara la función, y Flora se le echó a los brazos. Los dos amantes acabaron en el hotel, refocilándose en la cama hasta el amanecer.

—¿Qué se cuenta por Zaragoza? —demandó la cantante mientras desayunaban.

—Nada, lo que se dice nada.

—¿Y Cósima?

—Pronto se va a casar.

—¿Con quién?

—Con un teniente de húsares de Pavía.

—¿Cómo se llama?

—León Dulce López-Tass.

—Apellidos no le faltan, pero no lo conozco. ¿Es de familia de viso?

—Sí.

—¿Y rico?

—También.

—Sin embargo, ya ves, a Rebeca sólo la pretenden tenderos...

—¿Qué pasa con los tenderos?

—Que no la quieren para pasar por la vicaría, sino de manceba, como es hija de quien es, se creen que todo en el monte es orégano. Si fuera hija tuya la querrían por legítima esposa condes y duques.

—Pero no lo es.

—¿No podrías hacer algo para casarla bien?

—No sé, de momento, deja el asunto.

Y Flora lo dejó:

—¿Me has echado de menos?

—Te he echado mucho de menos. Ayer te estuve buscando por las calles de la plaza Mayor... Por fin, di con tu casa, el 9 de la Cava Baja de San Miguel.

—¿Estuviste allí?

—En la puerta.

—Quizá levantaste los ojos y viste a Rebeca en el balcón.

—No, no la vi. No alcé los ojos —mintió el banquero.

—Es una niña rara... Bueno, una niña ya no es, es una pollita muy hermosa, pero rara... Está todo el día en casa, mirando por el balcón.

—Fue casualidad que me vieras en el Apolo.

—Siempre miro por ver quién está en la sala. Me llevé una sorpresa y te envié recado con la cigarrera.

—¿Cuánto tiempo llevas allí?

—Poco, seis meses. Después del fracaso del sainete me costó tiempo encontrar trabajo.

—¿Cantas *couplets*?

—Sí, y soy partiquina de zarzuela, mi papel en *El dúo de la Africana* me sale muy bien...

—¿Por qué lo haces?

—Por mi arte y por ganar algún dinero...

—¿Y tu hija siempre sola?

—Ya sabe qué hacer, lee, mira por el balcón... Alguna vez me dice que la coloque de aprendiz, pero yo no quiero, deseo que se case lo mejor posible.

—Te subiré la pensión.

—Te lo agradeceré.

—¿Cuánto te pago?

—Cien al mes.

—Te abonaré doscientas.

—En realidad, mi sueño dorado sería enviar a Rebeca a un colegio en Francia para que volviera sabiendo el idioma.

—¿Por qué te cambiaste de barrio?

—Porque don Jorge eligió un barrio para él, no para mí. Aquí me salen ofertas de trabajo. ¿No comes más?

—No.

—Me llevaré en la servilleta los bollos que sobran para Rebeca.

—Tengo trabajo, me visto y me voy.

—¿Te ayudo a bañarte?

—Sí.

—Nos vemos a la noche, después de la función.

—Muy bien.

Regresó León seis meses después de que la viuda de Dulce volviera a la carga, con buen color, con la caverna que había tenido en el pulmón derecho curada, como aseguró López-Tass a la familia Arriazu; con buen humor y con gana de jarana, a ver, tanto tiempo encerrado en el sanatorio de Guadarrama.

—Es un petimetre.

—Es un pollo *gentleman*.

—Es hombre de vida morigerada. Pasa las tardes en la biblioteca del Ateneo leyendo la prensa.

—Oye, no, que anda de cafés y va diciendo que irá a todos los bailes...

—No se le conocen aventuras.

—Está enamorado de Cósima.

—Tú, Cósima, sólo tú.

—Y no es un pelafustán.

—Al revés, vale mil quilates.

—Amelia está rezando a todos los santos para que te cases con él y, según las malas lenguas, ha hecho un conjuro a la puerta de tu casa para que no te vayas con otro.

—No digas memeces, querida —cortó Cósima.

—Sí, sí, memeces.

Tal o semejante hablaban a Cósima sus amigas.

—Es un buen partido —sostenía Luis ante su hija.

—Es un excelente partido —encomiaba Jorge ante su ahijada y aún añadía—: Pues he investigado si es masón o republicano o conservador...

—¿Y qué es, padrino?

—Es conservador, y masón no es.

—Me quita usted un peso de encima, Jorge. Cósima, ¿qué piensas de él? — intervenía Olimpia.

—Es apuesto y de alta estatura... Vestido de militar parece...

—A mí me gusta como yerno —terciaba Arriazu—. Además, ha hecho en la banca una imposición de veinte mil duros, y tiene más.

—A Amelia le corre prisa, me ha dicho que, si se lo permites, León te enviará un billete para pedirte permiso y visitarte.

—Yo anunciaría el compromiso en el baile de mi cumpleaños, para San Luis Gonzaga.

—¡Imposible, faltan quince días!

—Que se casen en octubre.

—Es poco tiempo para coser todo el ajuar.

—Dice Amelia que León te va a regalar una colección completa de las entregas de *Doña Luz*, obra de don Juan Valera, que publicó la *Revista Contemporánea*...

—Es un buen regalo, hija —sostuvo Jorge.

—Además, León no tiene fama de ser un perdulario o un despilfarrador.

Luis y Jorge hicieron sus apartes:

—¿Has preguntado por ahí, Jorge, si hace agua por popa?

—Sí, no temas, que no es maricón.

—¿Ha ido de putas?

—Sí.

—¿Es putero?

—Tanto como eso no lo sé, el mozo acaba de volver y no ha tenido tiempo.

—Tampoco hace falta que sea un putero como yo.

—Mejor, mejor que no sea un putero como tú.

—¿Cómo las elige?

—Gorditas, se ve que no le gustan los huesos.

—¿Es jugador?

—Se le ha visto en las peleas de gallos y juega en el casino Principal, a perra gorda la apuesta...

—No es mucho.

—¿Es hombre de vanistorio?

—No, es llano.

—¿Demasiado llano?

—Tampoco. Al ingresar el dinero, ha empezado tratándome de usía, naturalmente le he dicho que me dijera de usted.

El caso es que con el novio de la niña, padres y padrino, los tres, andaban alterados y que mucho hablar con ella, pero ninguno le preguntaba si le parecía bien o mal casarse con León. Lo mismo que le sucedía con las criadas, que una a una o todas

juntas le decían:

—¡Vaya suerte que tiene usted, señorita Cósima!

—Ese chico vale un valer.

—Es más guapo que las pesetas.

—En el mercado, se dice que baila el vals y el rigodón como si fuera un ángel.

—Es hombre rico, pues don Jorge ha dicho que se hace traer de Cuba el mejor rapé.

—¿No fuma cigarros?

—¿Cómo va a fumar cigarros si ha salido de un sanatorio? ¡Qué boba eres, Teolinda!

—Me ha contado mi hijo —intervenía Úrsula—, que lo llevó el otro día a su casa después de ingresar no sé cuántos miles de duros en la banca, que le recordó a don Jorge, que lo acompañó, todas las menudencias de su bautizo, como si fuera ayer, señorita.

—La ama desde el día en que nació usted.

—Más no puede usted pedir, señorita.

El caso es que Cósima hablaba con su madre y le decía que no quería que se anunciara su compromiso el día de San Luis Gonzaga y también que deseaba fuera en privado la petición de mano:

—Así evito las felicitaciones de doscientas y pico personas... Ya me irán felicitando conforme lo lean en la prensa.

—Hija, no seas cruel conmigo, a las madres nos gusta hablar entre nosotras de los novios de las hijas...

—Déme ese gusto, mamá. Yo, en el baile, bailaré con todos los que me lo pidan...

—Tu padre quiere que la petición sea cuanto antes.

Y sí, sí, así fue. El caso es que el baile, al que no asistió León por deseo expreso de Cósima, discurrió tan maravillosamente como en ocasiones anteriores, brillando casa y hombres y mujeres.

La petición tuvo lugar a finales de junio, el 29 en concreto, el tiempo justo que necesitaron las Arriazu para hacerse un vestido nuevo cada una.

El día de su petición de mano, Cósima se levantó la primera de la casa, nerviosa mismamente como había estado el día anterior y el anterior y el anterior. Antes del alba, fue a la habitación de las criadas a llamarlas para que Úrsula encendiera la cocina y Teolinda le preparara el baño y, acabado su aseo y desayunada, anduvo con el corsé en la mano de su habitación a la de Olimpia, en *négligé*, para que se lo atara ella. Por ver si, con su pericia y experiencia, conseguía arrancarle algún centímetro a su cintura. Pero la dama se demoraba en su *toilette* y a la joven se la llevaban los nervios, y a las criadas también, pues, a golpe de campanilla, las llamaban la señora,

la señorita, y no sabían a quién acudir, y lo que se decía Pilara:

—Menos mal que el señor se está aviando él solo.

Y Úrsula andaba en la cocina rezongando porque la señora había elegido para la comida un menú hartó complicado y se le había cortado la mayonesa y se le estaba echando el tiempo encima y ya lamentaba no haber aceptado el ofrecimiento de don Jorge de que bajarán sus sirvientas a hacer de pinchas o de fregonas, pero ella no había querido, temerosa de que, en vez de ayudar, molestaran.

Teolinda le decía a Cósima:

—Señorita, deje que le apriete yo el corsé que lo he hecho miles de veces.

—No, quiero que lo haga mi madre.

—Doña Olimpia está aún en la bañera.

—¿Cómo puede estar a esta hora en la bañera? ¡Ve a ver!

Y regresaba la sirvienta:

—La señora ha entrado tarde en la bañera, porque la peluquera le está tiñendo el pelo.

—¡Vuelve a ver! Dile que estoy con el corsé en la mano...

—Dice Pilara que, si quiere, se lo ata ella.

—¿Qué pasa con la señora?

—La señora ha pedido agua nueva, pues se ha lavado con jabón de rosas y ahora quiere jabón de almendras, y todavía la peluquera tiene que hacerle el moño con el *crepé*.

—¡Jesús! Dile que, a este paso, haremos esperar a la familia de Dulce.

—Su señora mamá me ha dicho que le diga a usted que no tenga tanta prisa y que se tome medio vaso de agua del Carmen. ¿Se lo preparo, señorita?

—Sí, anda. ¡Qué nervios...!

—Todas estamos nerviosas, señorita. Voy por el agua del Carmen.

—¡Qué asco!

—De un trago, señorita.

Y, tras un tiempo, entró Olimpia, vestida como una reina, en la habitación de su hija:

—¿Dónde está mi princesa?

—Su princesa lleva más de una hora con el corsé en la mano...

—Ea, pónitelo...

—Ayúdame, Teolinda.

—Sí, señorita.

—Ea, la espalda recta y contén la respiración, hija mía.

—¡Ah!

—Acepta la tiranía de la moda, ¿puedes respirar?

—Con dificultad, mamá.

—Enseguida te acostumbrarás. De cualquier manera, lleva el frasco de sales en el bolsillo.

—Sí, mamá.

—¿Qué joyas quieres?

—El *pendentif* y las pulseras de la abuela...

—Yo no te pondría diadema... La diadema es para mayor fiesta. Yo tampoco voy a llevar.

—Lo que usted diga, mamá.

—¿Quieres algún anillo?

—Ayer dijo usted que no.

Olimpia, dirigiéndose a Teolinda, le mandó:

—Dile a la peluquera que ya puede venir.

—Sí, señora.

—Buenos días, señorita Cósima.

—Buenos días, Ambrosia.

—Cósima, hija, que te peine Ambrosia como dijimos ayer, con el cabello suelto y a bucles. Yo me voy a enjorar.

Y fue que Olimpia se cruzó por el pasillo con Luis, que la saludó:

—¿Dónde va mi reina?

—¿Te has puesto el chaleco de punta?

—Sí.

—Has olvidado la botonadura.

—Iba a preguntarte cuál me pongo.

—La de brillantes... Bueno, entonces, recibimos a los Dulce en el primer salón y tú te vas con León, al segundo, para hablar de las aportaciones al matrimonio. No olvides decirle que, antes de la boda, firmarán capitulaciones, y que el vestido de novia lo pondremos nosotros, que no me fío del gusto de Amelia.

—¿Dónde está el regalo de León?

—Lo tiene Cósima.

—¡Ah, bien! ¿Estás nerviosa, Olimpia?

—Como pocas veces, Luis.

—Yo también.

—Es que sólo tenemos una hija... Voy a la cocina a ver cómo está todo. ¿Cuántos cigarros llevas ya fumados?

—Hoy muchos.

Llegados los Dulce y el doctor López-Tass, a las once en punto de la mañana: Amelia, León, las tres hijas, y sus tres maridos, fueron aposentados en el primer salón. De inmediato, entró Luis y a poco Jorge, Olimpia y Cósima, las dos radiantes. Una con un vestido de visos de ala de mosca y con bolero de color rojo turco con aplicaciones de cuero, la madre; y otra, la hija, con un vestido de línea en luna de cuarto menguante de color *granos* de Aviñón —dicho pronto, escarlata—, del mismo color o muy parecido al de su futura cuñada Alejandrina, vaya. Tras los saludos, en este caso más que saludos, tras las efusiones, Luis llamó a León, que más parecía un

adonis con su uniforme de gala de húsar de Pavía, y ambos se encaminaron al segundo salón, a hablar de dineros. El banquero, que en cuestiones monetarias iba siempre al grano, demandó al mozo:

—¿Qué vas a aportar, hijo, al matrimonio?

—Treinta mil duros, señor, más mi sueldo de primer teniente y unas pequeñas rentas que he venido ahorrando, unos setecientos duros al mes entre ambas cosas.

—Cósima aportará veinte mil duros, el ajuar y el traje de boda, pese a la costumbre aragonesa de que lo pague el novio.

—Yo, señor, puedo pagar también el vestido de novia.

—No, no.

—Lo que usted diga.

—En principio, como desea Cósima, viviréis en esta casa con nosotros. ¿Te parece bien?

—Sí, señor. Será un honor para mí.

—Antes de la boda firmaréis capitulaciones matrimoniales.

—Sí, señor.

—¿Qué te parece celebrar la boda en noviembre?

—A mí bien, pero quisiera tener una cortesía con mi señora madre y consultarlo antes con ella.

—¡Ah, bien!, por mí que opinen las mujeres. Oye, León, Cósima heredará una gran fortuna: la mía, la de su madre y la de Jorge Maestro.

—Yo también, don Luis, aparte de lo de mis padres, tendré la herencia de mi madrina, doña Miguelina.

—¿No será eso un cuento de las Indias?

—No, señor, es verdadero. Doña Miguelina posee una gran franja de tierra que se extiende de norte a sur en Argentina, que es un país donde corre la leche y la miel.

—¿Has leído su testamento?

—Sí, don Luis. Lo he tenido en mis manos y he consultado con abogados. Me lo deja todo a mí, lo pone bien claro, no obstante, y por si acaso, me lleva el asunto un bufete en Madrid, que representa a otro de Buenos Aires.

—Ea, bien, pues. Vayamos con las mujeres.

Volviéron los dos hombres al primer salón y Arriazu dijo:

—León y yo hemos convenido en que la boda se celebre...

Y hubo un revuelo en la estancia, como no podía ser de otra manera. Máxime cuando el novio, ya prometido, avanzó hacia su ya prometida y, haciendo una pequeña reverencia, le tomó la mano, se la besó y se la apretó. Cósima sintió un escalofrío. Olimpia detuvo una lágrima. Las criadas, que situadas en la puerta observaban todo, no detuvieron ni una lágrima ni dos, lo mismo que la viuda de Dulce y las hermanas de León.

Y ya los hombres besaron las manos de las señoras y éstas se besaron y cruzaron enhorabuenas. Y, antes de sentarse a la mesa para comer, los novios intercambiaron

regalos: Cósima recibió un anillo de diamantes, engastado en platino, que refulgía a la luz del sol, y León un reloj de bolsillo de esmalte y pedrería, de forma pentagonal, fabricado en los Estados Unidos de América, la última novedad en relojes. Y novio y novia, rojos, muy rojos de cara, alabaron los regalos, como debe ser...

En la mesa del comedor de gala se sentaron, en la cabecera, Luis y a su derecha la viuda de Dulce; en la otra cabecera Olimpia, a su derecha Jorge, a su izquierda Alejandrina y su marido, la hermana mayor de León, los novios, y enfrente, las otras dos hermanas de León y sus maridos, y el doctor. Y fue que Olimpia sirvió unos *hors d'oeuvres* espléndidos, crema de langosta, merluza del Cantábrico guisada a la vasca, pollo a la Marengo, un *sorbetto* de limón para romper entre las carnes y solomillo de cebón en salsa de trufas y vino blanco del Panadés y tinto de Burdeos y, a los postres, macedonia de frutas, tarta de chocolate y de crema pastelera, café, *champagne* y licores.

Y hubo distendida conversación entre los comensales. Cierto que los novios apenas pudieron intercambiar palabra, pues, entre que León hablaba poco, quizá porque en el sanatorio no había tenido con quien platicar, como había anticipado su madre en fechas atrás, y se había acostumbrado, y que eran acaparados por unos y por otros, no tuvieron ocasión, pero tiempo tendrían de platicar, después de todo.

Amelia no dejaba a Luis, regocijada:

—Lo dije, don Luis, lo dije el día del bautizo de Cósima.

—Pues acertó usted, querida amiga.

—Míreles, Luis, se ve a nuestros hijos tan enamorados.

—¿Le ha parecido a usted bien celebrar la boda en noviembre o prefiere quizás en octubre? Porque en noviembre en Zaragoza se echa la niebla y hace frío...

—En octubre, con las fiestas del Pilar, no sé. No obstante, que lo decidan los novios.

Alejandrina hablaba con Olimpia:

—Voy a tener un niño, doña Olimpia, voy a ser mamá...

—¡Enhorabuena, hija, ah, cuánta alegría en esta jornada...!

Y Jorge, como tenía de oyentes a los cuñados de León, los tres de gente de viso, y a López-Tass, aprovechó la circunstancia y habló de política:

—A la muerte de Sagasta el Partido Liberal se dividirá, pues Canalejas no vale una higa.

—No diga usted eso, don Jorge, que vale más que Maura.

—Yo estoy por votar en las próximas elecciones a Unión Republicana, a Costa en concreto, que, por lo menos, quiere cambiar la agricultura aragonesa.

—Ojo con ése...

—¿Por qué?

—Mucho darle al pico y es notario.

—¿Y qué?

—Oiga usted, que votar republicano no es votar desorden ni ir contra la religión.

Por lo general, el republicano es creyente. Cierto que también es anticlerical...

—¿Y eso cómo se come?

—Le recuerdo que la Gloriosa poco tuvo de gloriosa y fue desastre...

—Todos los partidos han de estar contra Pablo Iglesias para que cesen los movimientos obreros. No se puede tolerar que los huelguistas tomen las ciudades y vayan por las calles cantando: «Arriba los de la cuchara, abajo los del tenedor...».

—El gobierno quiere prohibir trabajar en domingo.

—Fíjense ustedes, en unos años las leyes de la naturaleza han dejado de ser inmutables —cambió Maestro de tema.

—¿Qué quiere decir, don Jorge?

—El descubrimiento de restos prehistóricos de seres humanos echa por tierra la datación de la Biblia de la creación del mundo.

—Ea, don Jorge, que no es día de conversaciones tan hondas... ¿Estuvo usted en el estreno de *El puñado de rosas* en el Principal?

—Por supuesto, Luis y yo compartimos palco. Desde este momento están ustedes invitados.

—¿Cómo no compró usted la casa de la Infanta, antes de ser demolida y desmontado el patio?

—¿Yo? Iba a adquirirla el ayuntamiento.

—La propiedad se ha vendido por diecisiete mil pesetas.

Las hermanas de León hablaban con los novios. Una decía:

—¿Recordáis la riada de febrero?

—Sí.

—Pues estoy como si me hubiera pasado la riada.

—Es que has bebido dos copas y no tienes costumbre.

—¿Adónde iréis de viaje de novios?

—¿Dónde quieres ir, Cósima?

—A París, León.

Y en esto, fue que entró Úrsula y que musitó algunas palabras al oído de Olimpia y ésta asintió. Y sucedió que todos se quedaron suspensos observando a la criada, que se encaminaba a la puerta del comedor para dar paso a una sirvienta de la viuda de Dulce, que avanzaba hacia el señorito León con un telegrama en la mano y, tras hacer una pequeña reverencia, se lo entregaba. Y contemplaron cómo el teniente lo abría, lo leía y ensombrecía el rostro, para, casi al momento, alegrarlo, y, claro, todos esperaron las palabras del joven, que, al ver la expectación causada, se aclaró la garganta e informó:

—Es un telegrama de Argentina, de los abogados de tía Miguelina. Dice que mi madrina no ha superado un catarro mal curado. Y que me presente en Buenos Aires a la mayor urgencia...

—¡Ay, hijo, por fin, bendito sea Dios! —exclamó Amelia sin poderse contener y rebuscándose el bolsillo hasta encontrar el frasco de sales.

—¡Enhorabuena, León, ve a buscar tu herencia! —rogaron, pues aquello fue rogar, Arriazu y Maestro a la vez—. ¿En qué podemos ayudarte?

—¿Tan urgente es? —demandó Olimpia.

—Muy urgente —le aclaró Alejandrina—. Ya conoce usted que León debe estar presente en el momento del fallecimiento de nuestra tía...

—De otro modo, señora mía, la herencia será repartida entre los conventos de monjas de Buenos Aires.

—¡Vete cuanto antes, hermano!

—Tengo mi coche abajo. Yo te llevo a la estación. Coges el tren de las cinco... Si te das prisa, aún llegamos.

—¡Vete, hijo, vete cuanto antes!

—¿No puede esperar a mañana?

—No, Olimpia, no. No puede esperar. Miguelina no ha curado bien un catarro y tiene mi misma edad...

—¿Don Fernando, es grave?

—Es grave, Olimpia, pero le ruego que no me pregunte usted nada referente a Miguelina, gracias a Dios la he olvidado.

—Disculpe, don Fernando.

—Me voy con el permiso de todos, me voy corriendo. Con suerte podré embarcar pasado mañana en Cádiz, en el vapor...

—Vamos, León, yo te llevo. Deprisa, que llegamos justo al tren mixto de Madrid.

—Debo pasar por casa para hacerme el equipaje. Además, debo hablar con el coronel de mi regimiento y pedirle permiso para hacer el viaje, aunque todavía estoy de baja por enfermedad...

—Por semejante fortuna, bien vale correr.

—Va a ser un viaje de ida y vuelta. Ir, aceptar la herencia y volver. Dos meses, a lo sumo, tres.

Y todos dijeron alguna cosa, salvo Cósima, que no dijo nada. Ciertamente fue despedida por su prometido con un beso en la mejilla y dos palabras que le musitó al oído:

—¡Espérame, Cósima!

—Le esperaré, León.

Y lo que dijo Úrsula en la cocina:

—Esto no va a traer nada bueno, os lo digo yo, chicas.

—No seas cenizo, Úrsula.

—¿Qué podía hacer el señorito?

—Tengo una corazonada, esto no va a traer nada bueno.

La noche de su petición de mano, Cósima Arriazu de Castresana se fue a la cama rumiando lo sucedido, sin dejarse consolar por los suyos y despotricando contra su futura suegra. Aquella noche no durmió y a la siguiente tampoco, cierto que a la tercera el cuerpo le pidió lo que suyo es y, a raticos, descansó. En sus desvelos, a más de dar y dar vueltas en la cama, admiró, quitándoselo y poniéndoselo mil veces, el precioso anillo de diamantes, engastado en platino, que le había regalado su prometido, y varias veces, porque tuvo tiempo de todo, trató de rezar el rosario por el pronto regreso de León, precisamente utilizando el que le había regalado al volver de la guerra de Cuba. Pero no se concentraba, porque demasiados acontecimientos acudían a su mente y el rostro de su prometido la seguía hasta la letrina, a más que había sido mala suerte que León recibiera un telegrama de los abogados de su tía-madrina, con la orden, que otra cosa no era, de que se presentara en Buenos Aires a la mayor urgencia, como si el hombre pudiera volar... Bueno, sí, para tenerle la mano a la dama, como haría cualquier buen hijo con su madre a la hora de morir —máxime si quería heredar una fortuna incalculable—, esa fortuna de la que había venido hablando Amelia de mucho tiempo atrás.

Y fue mala suerte también que a ninguno de los presentes en la petición, a saber: Luis, Olimpia, Jorge, Amelia, Alejandrina, las otras dos hermanas de León y sus tres maridos, López-Tass, a más de Úrsula, Pilara y Teolinda, no se le hubiera ocurrido que León corriera hacia Argentina con ella, una vez casados, pues que ella hubiera corrido con él. Y, en un caso así, seguramente que los hubiera marido el párroco de San Gil sin poner demasiados inconvenientes y sin que hubieran sido leídas las amonestaciones, porque los hechos habían sido muy similares a lo que puede suceder en un matrimonio *in articulo mortis* —tal se aducía—. Y, aunque León se hubiera ido solo, ella lo hubiera esperado de otra manera, entre otras cosas, feliz... Pero fue que se precipitaron todos, no sólo León, que le dio un beso en la mejilla y se despidió: «Espéreme, Cósima». Y ella, tras responderle: «Le esperaré, León», ni adiós pudo decirle pues lo rodearon su madre y sus hermanas, muy nerviosas todas, por la herencia de la dichosa tía Miguelina, que, nada más fuera por hacer caridad, bien podía haber elegido otro momento, no aquel preciso día, para anunciar que estaba enferma. Y todos se despidieron de León hasta muy pronto, encantados, además, de que se fuera en busca de su herencia.

Tales razonamientos se hacía Cósima en sus insomnios y, en sus vigiliadas, se lo decía a su madre:

—¡Qué mala suerte, mamá!

—¿Mala suerte?

—Debimos casarnos aquella misma tarde...

—No digas tontadas. León regresará muy pronto... Fíjate, seis horas para Madrid, doce de Madrid a Cádiz, quince días de Cádiz a Buenos Aires en el vapor y, no sé, un

día, dos, tres, cuatro, para que muera doña Miguelina, y alguno más para que tome posesión de la herencia, deje un administrador y regrese. A lo sumo dos meses, y si son seis no importa... La boda se ha fijado para noviembre, queda mucho tiempo.

—Yo me hubiera ido a gusto con él.

—¿Estás boba, niña?

—Soy muy desgraciada, soy la mujer más desgraciada del mundo...

—¿Has perdido el seso? Eres la mujer más afortunada del mundo, pues has sido pedida en matrimonio por un guapo mozo, teniente de húsares de Pavía por más señas, que, aunque tiene dinero de su casa, va a heredar una fortuna en Ultramar, imposible de cuantificar... Lo que dices es pecado... Confiésatelo de inmediato, y reza para que no se muera su madrina antes de que llegue, si no viaje en balde, que ya conoces la cláusula testamentaria... Te recuerdo que debes comportarte como una dama en todo momento. Además, si te vas a casar en seis meses, debes ser una mujer y no una niña, una mujer que sepa hacer frente a los contratiempos, a esta pequeña adversidad que te traerá gran felicidad, pues no es lo mismo tener cinco que diez o quince. ¿Me has entendido?

—Sí, mamá.

—Pues que no te vea yo llorar por semejante *boutade*. León volverá en cuanto pueda y nosotras, tú y yo, lo esperaremos con buena cara y preparando el ajuar, que, no creas, vamos muy justas de tiempo.

Pero sí que lloraba Cósima, sí. Más cuando releía la información de su petición de mano, que había salido en todos los periódicos de la ciudad, en la sección de Notas de Sociedad: «Por la señora viuda de Dulce y para su hijo León ha sido pedida a don Luis Arriazu la mano de su hija Cósima Arriazu de Castresana. La boda se celebrará en noviembre próximo». Y luego volvió a llorar, cuando, pasados dos meses, no había llegado noticia alguna de su prometido y, luego, cuando al tercer mes llegó el primer telegrama a nombre de su madre y a casa de su madre. Un escueto comunicado que decía: «Ha fallecido tía Miguelina confortada con los santos sacramentos. He presidido su funeral, D.E.P.». Telegrama que Amelia se apresuró a entregar a Cósima, claro que la muchacha se llevó un chasco pues no había una palabra para ella ni un saludo ni menos un beso o un cariño, sólo había noticias de la muerte de doña Miguelina y de la maldita herencia, lo que contentó a parientes de sangre y políticos.

Y así, pasó noviembre de 1902 y no hubo boda.

Para distraer a Cósima y por su bien, Luis quiso que su hija aprendiera qué es una letra de cambio y un cheque, y le mandó a casa, con una muestra de cada uno de los documentos, a la señorita Clarita Brun, la única mujer empleada de la banca, la misma que le había enseñado las monedas y los billetes de banco cuando era niña, pero a la joven le importó un ardite la lección.

Y es más, no quiso ayudar a Jorge en su guerra por el alcantarillado de Zaragoza y lo dejó solo en su felicitación al alcalde don Vicente Fornés, y con los subrayados del

libro *Higiene pública y privada*, del doctor Juan Giné y Partagas:

Los albañales, las letrinas, las cloacas y las alcantarillas son los conductos excretorios de la población... Por desgracia, la cuestión del alcantarillado no se pone sobre el tapete, en las corporaciones municipales, sino cuando arrecia una epidemia, una inundación, etcétera...

Y hasta abandonó a sus padres en el baile de Fin de Año, pues no quiso ir al Mercantil.

A los seis meses ya de ausencia de León, a Cósima le importaba un comino —un carajo, se decía a veces— que hubiera huelgas en España; que el rey Alfonso XIII hubiera sido proclamado mayor de edad en solemne sesión de Cortes, bajo gobierno de Sagasta, o que hubiera cambio de gobierno. Otro tanto, que a primeros de julio ya hiciera en la ciudad cuarenta grados a la sombra, pues que ella misma iba a la nevera y se cogía un trozo de hielo para refrescarse la frente, o revolvía en la fresquera para llevarse una pera o una manzana y comérsela en su habitación, encerrada, siempre encerrada. Por eso no asistió al rosario que el padre Dosset rezó en su propia casa a la muerte del papa León XIII, Dios lo haya recibido en su Gloria. Y, siguiendo con su actitud, no le interesó que su señor padre comprara un tapiz muy bueno al cabildo de La Seo, con una representación del Minotauro, por cien pesetas, colgadura que vino a embellecer el primer salón. Ni se asomó a la ventana el día en que el rey Alfonso XIII pasó bajo su casa montando un magnífico corcel entre las aclamaciones de la multitud, ni cuando el arzobispo Soldevila bendijo, ante las autoridades locales, el primer tranvía eléctrico que corrió por la ciudad, ni fue a ver volar los globos aerostáticos.

No se interesó por nada ni en un año ni en dos, y casi a rastras la tuvo que llevar Olimpia a los entierros de las dos hijitas del arquitecto Ricardo Magdalena, que murieron una detrás de otra en ocho días, y otro tanto al ayuntamiento cuando, durante las fiestas del Pilar, le impusieron a su padre la medalla de hijo predilecto de la ciudad en solemne ceremonia. Tampoco quiso ir al baile del casino de Zaragoza, al que asistió el rey, ni a los toros a ver a Quinito y a Machaquito, que eran grandes figuras.

Eso sí, mantuvo estrictamente la cortesía en su casa y para lo único que no se hacía de rogar era para ir al cine o al teatro, porque le quitaban la tontera de cabeza que tenía y el desgarró que llevaba en el corazón. Pero salía del teatro, de ver *Mariucha*, de don Benito Pérez Galdós, o *Al natural*, de don Jacinto Benavente, y volvía a sus soledades. A preguntarse si todavía amaba o no amaba a León, o si le había amado alguna vez y, a ratos, se decía que sí y, a ratos, que no, que no lo había amado, que no lo amaba y que nunca lo amaría.

Lo que no era óbice para que a diario le preguntara a su madre:

—¿Usted cree, mamá, que León volverá pronto?

Y que Olimpia le contestara siempre, con infinita paciencia:

—Sí, regresará muy pronto.

De lo que no se escapó la joven fue de escuchar a Arriazu y a Maestro comentar el vuelo de los hermanos Wright en un avión. El primer vuelo de un ser humano por los aires, pues fue que iba a retirarse a su cuarto y que Luis la reprendió con dureza:

—Me tienes hartado, Cósima, hija... No te vas a mover de aquí y vas a escuchar... Y ya está bien de hacer el tonto...

—¡Luis!

—¡Calla, Olimpia, que estoy hablando yo...! León volverá en cuanto pueda y no temas, que si no te casas con él, te casarás con otro... Pero, como no anda de farra por la Argentina, lo cortés, después de la pedida, es esperarlo un tiempo más... Cuéntanos, Jorge, lo del vuelo de los Wright esos, por favor.

Y Maestro contó, de mala gana porque la situación en la salita era tensa y todos tenían mala cara, que los hermanos Wright, al cuarto intento, habían volado casi un minuto en un avión, en un artilugio de madera y tela, en una playa de Carolina del Norte.

Aquella noche de la reprimenda de su padre Cósima lloró más.

Y el día de Fin de Año no hubo cena en casa de Jorge ni baile en el Mercantil, pues los dos banqueros tuvieron que atender a un rústico que llegaba con mucho dinero metido en la faja y luego pasarse la noche en el local, en razón de que no les cuadraba el balance, que Latorre, Gómez y Pérez, los empleados de más confianza, no atinaron con el cuadro, Maestro tampoco y Luis hubo de encontrar el fallo. Amén de que volvieron por la mañana, enfadados, porque habían pensado multiplicar por tres el beneficio y sólo lo habían multiplicado por dos y medio.

Así las cosas, una desgracia vino a revolverlo todo.

Sucedió que Olimpia y Cósima, que, tras la regañina de su padre, había asumido su situación y ya participaba en la vida familiar e iba con amigas, aunque no a bailes por estar prometida, habían asistido a una sesión cinematográfica en el local de Coyne, frente a la iglesia de San Gil, y visto una película, de más o menos diez minutos de duración, que trataba de unos novios cuyo amor se había sellado en un templo gótico espléndidamente engalanado con flores de mil formas y con un opíparo banquete en el que se sirvieron una veintena de platos. Pero resultó que a ambas, pese a que contrayentes e invitados irradiaban felicidad, el argumento les dejó mal sabor de boca. Y fue que, al salir, la joven interrogó a su madre sobre lo que venía preguntándole casi a diario desde que León se fuera:

—Mamá, ¿cree usted que yo me casaré y que algún día volverá León de la Argentina?

Y fue a responderle Olimpia lo que le contestaba en ocasión semejante, que sí que se casaría y que, además, León volvería muy pronto, pero la muchacha continuó diciendo en razón de que la película le había sugerido una idea:

—Celebremos la boda en Argentina. Viajemos en barco a Buenos Aires, mismamente como la novia del *filme* que embarcó en un vapor en San Petersburgo y desembarcó en Dancing, para tomar otro que la llevó a...

En ese momento, Olimpia se quedó con la mente en blanco por un instante, el suficiente para perder el equilibrio y, ay, cayó cuan larga era, con tan mala fortuna que dio de bruces contra el empedrado.

Se alzó la dama con ayuda de Cósima, que se mostraba atolondrada, pues su madre sangraba por la frente y la nariz a borbotones. La buena gente que andaba por la calle acudió a ayudar y, al momento, salió de su farmacia don Eloy Chóliz —propietario del cincuenta por ciento del acreditado establecimiento Rived y Chóliz, con sucursales en toda España—, y de un brazo él, de otro Cósima, la entraron en la botica, ella aturdida y sangrando como una torrentera. Y fue acomodada en una butaca del despacho del boticario.

El señor Chóliz pidió a sus mancebos abundante gasa y yodo para detener la hemorragia. Cortó las gasas en hilas finas, las empapó en la disolución y procedió a introducirlas en la nariz de Olimpia, muy prietas, mientras Cósima, temblando, seguía las instrucciones del farmacéutico y le apretaba la frente con un montón de apósitos bien empapados también en la disolución; pero la sangre no se detuvo en mucho tiempo, una eternidad para madre e hija. Cambiando algodones y gasas con habilidad y rapidez, Chóliz, tras administrarle una pastilla de aspirina —un remedio venido de Alemania, recién descubierto, que alivia el dolor de cabeza—, y darle ánimos con buenas palabras, ordenó a uno de sus mancebos que fuera a llamar a López-Tass, que vivía dos casas más abajo, para que procediera a la sutura de la herida: un hendido de a lo menos quince centímetros de largo que le dejaba ver el hueso frontal, pues le interesaba la frente, el arco superciliar derecho y el párpado y que, a mayor abundamiento, le había deshecho la nariz —una preciosa nariz—, y partido los labios —unos labios de diosa griega—, ¡demonio, demonio!

Ante la urgencia, se presentó el médico en la botica y le preguntó a Olimpia cómo se encontraba. La dama movió las manos con desesperación por toda respuesta. El galeno le examinó las heridas: la nariz, palpándole el cartílago, luego el frontal, las sienes y los labios, e hizo un gesto de contrariedad. Después, indicó a la dama, que quería incorporarse, que no bajara la cabeza y, sin más dilaciones, dijo de llevarla a su casa para proceder a la cura.

—¿Le duele mucho? —preguntaba López-Tass.

—Sí —susurraba Olimpia.

—Le he administrado aspirina —informaba Chóliz.

—¿Le duele mucho, mamá? —demandaba Cósima con el rostro descompuesto.

Pero la dama ya ni movía las manos.

—Un golpe así es muy doloroso. Está aturdida —aseveraba el Boticario.

Y sí, sí. Olimpia no podía mover siquiera el ojo que le quedaba bueno, pues que estaba atontada por el golpe recibido en la cabeza y demasiado hacía con permanecer consciente, pues un terrible dolor la atenazaba.

—En unas semanas, como nueva, doña Olimpia —la animaba el farmacéutico, a la par que mandaba a sus empleados que prepararan una camilla para trasladar a la señora a la clínica del galeno.

Y, aposentada en ella, la accidentada fue sacada en camilla de la farmacia. Claro que hubo de salir Chóliz para hacer camino debido a que la gente se agolpaba en torno a la puerta y no dejaba pasar. Mientras, el médico informaba a Cósima:

—Un mal golpe, Cósima, tu madre está muy aturdida...

—¿Se morirá?

—No lo quiera Dios. Yo haré todo lo que esté en mi mano.

—Ni mi padre ni tío Jorge están en Zaragoza. Se encuentran en Madrid...

—Tú y yo nos ocuparemos de todo. No te preocupes... ¡Ten ánimo, hija mía!

El farmacéutico, que era terrateniente en Valpalmas y había visto heridas de azadón en la cara y hasta saltar ojos por accidentes, por animar a Cósima aseguraba:

—No se preocupe usted, señorita Cósima, que, tras la sutura y recomposición de la nariz y labios, tras el dolor y el moretón, en un par de semanas, su señora mamá estará lista para continuar su vida familiar y social. Con López-Tass está en buenas manos, no tenga cuidado, señorita Cósima.

Llegados a la consulta, la gente, que enseguida supo que se trataba de Olimpia de Castresana, se quedó esperando en la puerta de la casa del médico, algunos, los maldicientes, sosteniendo:

—La mujer más bella de Zaragoza se va a quedar hecha un monstruo.

—A ver, se dice que tiene una herida que le corta toda la cara y, por si fuera poco, la nariz rota...

—Y que está toda desfigurada, al parecer.

—Como si hubiera recibido una cuchillada en pleno rostro.

—Así no irá por ahí con aires de reina.

—¡Castigo de Dios, por orgullosa!

Sin embargo, otros, los bienintencionados, la encomendaban a la Virgen del Pilar y deseaban su pronta recuperación.

López-Tass, ante la urgencia, hizo que su enfermera desalojara de la camilla de su consulta al paciente que había estado atendiendo en la sala de curas, nada que no pudiera esperar, y, entre él y Chóliz, instalaron a la accidentada. Luego ordenó al boticario y a Cósima, que estaba más muerta que viva, que la sujetaran fuertemente de los brazos y procedió, asistido por su ayudante. Le quitó el apósito de la frente y desinfectó la profunda herida que dejaba ver el hueso con agua alcanforada en aceite de linaza. Pidió hilo de sutura y, uno tras otro, cosió catorce puntos en la frente y ceja, y dos más en la nariz, donde trabajó abundante rato y sacó todas las gasas de la

primera cura, tiras y tiras de gasa, y metió otras nuevas, muy apretadas también, tratando de enderezar el cartílago. Cartílago que, ay, Jesús, María, a más de estar roto, se había convertido en una bola de carne amoratada y rezumante de sangre, y terminó con tres puntos más en el labio superior y uno en el inferior. Para acabar, vendó toda la parte herida de la cabeza, sujetando el apósito en la parte sana, tapando, en concreto, toda la cabeza y más de media cara. Y Olimpia, que sufrió el dolor de todos y cada uno de los puntos con resignación cristiana, quedó como un herido de guerra —como después diría—, cuando, en realidad, era una víctima de la vida diaria que no deja de ser lo que es y, a nivel particular, tan peligrosa o más que la guerra-guerra. Y ya el doctor recetó grageas de opio, que Chóliz se apresuró a preparar en su botica, y descanso, mucho descanso y tranquilidad.

Olimpia llegó a su casa en camilla, llevada por los mancebos de la farmacia, en la berlina del bueno de don Eloy, que se había desvivido con ella, acompañada de López-Tass y de su hija, que por orden del médico hubo de tomar una tisana de tila, bien cargada. Y fue recibida por todas las criadas, que no ahorraron en gestos de sorpresa ni de dolor ni menos en lágrimas, pues que la querían mucho más de lo que las domésticas suelen amar a sus amas en razón de que, aunque guardando las distancias, las trataba muy bien, se preocupaba por ellas y les pagaba mejor.

Instalada en su cama, López-Tass le hizo tragar una gragea de opio y permaneció un par de horas con ella. Cuando se fue, Cósima, tras ordenar a Pilara que no cogiera el teléfono, pues que llamaban amigos y conocidos de toda Zaragoza para interesarse por la salud de su madre, pudo relatar el accidente a las criadas, que querían saber y se morían de gana de ayudar y de hacer cualquier cosa para aliviar a su señora.

A media tarde, Cósima llamó a su padre al hotel de Madrid para contarle la desgracia de Olimpia, pero como no lo encontró preguntó por Jorge, que tampoco estaba. Entonces dejó recado en recepción, que se comunicase con ella cualquiera de los dos, a la hora que fuese, y dejó bien sentado que era urgente. Cuando Luis la llamó, pasadas las nueve de la noche, la joven quitó hierro al mal suceso, pero le informó de que su madre estaba en la cama, adormecida por los muchos fármacos que López-Tass le había administrado después de un maldito tropezón.

Tiempo le faltó a Luis Arriazu, cuando supo del desdichado accidente de su esposa, para regresar en el primer tren, en el Express de las 22 horas, al que logró subir de milagro. Dejó que Jorge, su socio, continuara con los negocios que los habían llevado a la capital de España, aunque hubo de porfiar con él, pues insistió en acompañarle. Y fuese tan aprisa que no se despidió de su entretenida, ni de Rebeca, su hermosísima hija, y, aunque subió al ferrocarril muy preocupado por Olimpia, le supo malo no haberles dicho adiós a aquellas dos mujeres que, para bien o para mal, también formaban parte de su vida.

Le supo malo sobre todo por su hija, porque, mientras esperaba la llegada del

simón en el hotel, bien pudo escribir un billete y quedar como un caballero, ya que la muchacha con su gracia y alegría le había arrebatado el corazón. Claro que estaba nervioso, muy nervioso, en razón de que otra parte de su corazón, la mayor parte de él, sin duda alguna, lo llevaba a Zaragoza para atender a su posesora que estaba postrada en un lecho de dolor. Por eso no lo dudó un instante, llamó a un coche de punto y salió corriendo hacia la estación de Atocha, no fuera a salir el tren puntual por alguna extraña casualidad.

Durante las seis horas de viaje, ni siquiera se adormeció un ratico pese a que viajó en coche cama y a que se tendió en ella después de que se la preparara el *valet* del *wagon*. Pues estuvo pensando y pensando. Los primeros kilómetros del recorrido se los dedicó a Olimpia, que no en vano era su esposa legítima y la amaba sobre todas las cosas. Pues lo que se decía, de tener que elegir entre mil mujeres, a ojos ciegas, la hubiera preferido a ella. Sin verla incluso, sólo con oírla hablar, sólo con sentirla respirar o andar, por no decir bailar, que más parecía un ángel moviéndose por los salones; leve, etérea, como ninguna otra mujer... De ella se enamoró locamente desde el primer momento en que la vio de lejos. Fue contemplarla y quedarse mudo, entontecido, como un pasmarote, diría, justo en el paseo de la Independencia, esquina con San Miguel, y no dejó de mirarla hasta que la bella se perdió de vista. Lo recordaba muy bien... Y los muchos buenos momentos que habían pasado juntos, tanto en la intimidad de su lecho matrimonial como en sociedad, y lo mucho que le había valido el apellido de Olimpia para crear su empresa: la Banca Arriazu y Maestro, que, después de veintidós años de honesto proceder, había llegado a ser una de las más reputadas de todo el país, pues se recibían cartas de Sevilla, de Gerona o de La Coruña sin indicar calle, y llegaban. Y, aunque él poseía sólo el cincuenta por ciento de las acciones, la banca, a 31 de diciembre del pasado año, había cerrado el ejercicio con un capital de un millón de pesetas, más unas reservas voluntarias de dos millones más y con recursos ajenos por tres millones ciento ochenta y dos mil trescientas veintidós pesetas con ochenta céntimos y con más impositores que la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Zaragoza, aunque menos que el Banco de Crédito de Zaragoza, cifras que recordaba a la perfección. Pero se imaginaba a Olimpia doliente y con la cabeza vendada —lo que le había explicado Cósima, aunque le había asegurado que grave no era— y, como a toda costa quería desechar el pensamiento de su esposa enferma, pues prefería recordarla en todo su esplendor y belleza, pasada la ciudad de Guadalajara, se levantó a hacer uso del orinal y se dio un paseo hasta el coche restaurante, donde se echó al colete dos copas de *cognac* francés, una tras otra.

Después, como le sobraba tiempo, siguió con sus pensamientos, pero cambió de tema, por lo dicho, y recreó las escenas que, durante sus últimas estancias en Madrid, había vivido con Flora y con Rebeca, unas con agrado, otras con fastidio.

Para él que Flora estaba conchabada con algún empleado del hotel para que le avisara de su llegada, pues que se personaba en su habitación antes de que él abriera

el equipaje. Y se presentaba, ay, como un torbellino perturbador, como un bocado delicioso, como una tentación irresistible, como un pecado, en fin. Por lo que él, Luis, pobre mortal, no podía hacer otra cosa que caer rendido en sus brazos y, luego de consumado el acto sexual, mientras se deleitaba en la bañera con el agua caliente que salía por el grifo —hecho que no sucedía aún en Zaragoza, para vergüenza de munícipes y ciudadanos—, Flora le frotaba la espalda con una esponja, mismamente como si fuera una odalisca turca atendiendo a su señor, el sultán. Cierto que algunas veces, en tal tesitura, le venía la imagen de Olimpia a la mente y se arrepentía, pero, como hombre que era y, para desgracia suya, poseedor de un miembro viril egoísta y hartamente inquieto, la contrición le duraba poco. A ver, que Flora, pese a que ya rondaría los cuarenta años, no había envejecido, por ella no había pasado el tiempo, mientras él, qué rediez, se había quedado calvo y su cabeza se había convertido en una bola de billar, pero ella se mantenía preciosa e incluso mejor que de mozuela y más elegante de ademanes que antes y mejor vestida y hasta hablaba con propiedad y con palabras más cultas, como si hubiera recibido lecciones de urbanidad y hasta de gramática.

Y la hija, qué decir de la hija de Flora, que era también la hija de Luis. En realidad, la única hija de Luis, pues que Cósima, aunque la había tenido como propia y la quería como propia, es decir, más que a su vida, si bien menos que a Olimpia, que todo hay que decirlo, era hija de madre y padre desconocidos. Y fue que, tras varios años de negarse a reconocer la existencia de la hija de su pasión por no tomarle afecto, tanto insistió Flora, que hubo de hablar con Rebeca y, ay, que, al mirarla a los ojos, descubrió en ella sus mismos ojos, su misma boca, su misma nariz, aunque más pequeña, su mismo corte de cara y, naturalmente, le dio un vuelco el corazón. Le palpité el corazón como en pocas ocasiones le había sucedido, máxime por cuestión de afectos, que otra cosa era por negocios, cuando peligraba alguno, cuando cerraba con éxito otro. Así las cosas, hubo de reprimirse para no acercarse al fruto de sus entrañas y hasta para no sentarlo en sus rodillas. Hubo de tragar saliva cuando la joven, una mujer hecha y derecha y bella como las estrellas del firmamento, le saludó con una graciosa inclinación de cabeza y le tendió la mano, pero no pudo evitar estremecerse al oír la cantarina voz de la muchacha, que le dijo como si fuera la primera vez que lo veía:

—Soy muy feliz de conocerle, don Luis, he oído hablar mucho de usted.

Y él se avergonzó, pese a palabras tan convencionales, porque en los ojos de la chica adivinó al momento que sabía quién era, que sabía que era su padre, y se dijo que no había ejercido de padre de su hija unigénita, de la única hija que había concebido de su carne. Y a poco, mientras cruzaba frases huera con Rebeca y con Flora, que no cesaba de alabar las múltiples prendas de la joven, empezó a decirse en su pensamiento que había sido un mal padre, pero no hizo pública su consternación ni menos su abatimiento. Y hasta se mostró consigo mismo dispuesto a remediar su mal proceder con la muchacha.

El día en que conoció a Rebeca, por así decirlo, dejó la casa de Flora un tantico

ofuscado, pero se quitó la ofuscación en un café de la plaza Mayor con sendas copas de *cognac* francés, que se echó al coleteo una tras otra, lo recordaba muy bien. Y, ya fuera por el alcohol ingerido, ya fuera porque había meditado en el ínterin, de considerarse un mal padre, pasó a decirse que no había sido tan malo, puesto que había costado con generosidad las necesidades de su hija y de la madre de su hija: el alquiler de la casa de la calle de Velázquez, situada en el barrio de Salamanca, un lugar de postín, y luego el de la Cava Baja; la educación de la niña, que había sido alumna del colegio del Sagrado Corazón, regido por unas religiosas llamadas comúnmente las Francesas; la ropa de madre e hija, toda buena; los divertimentos y holganzas de las mismas; la comida abundante, merced a la cual Rebeca se había criado sana y fuerte; los médicos; las boticas y un largo etcétera... Y todo ello desde antes de que Rebeca naciera...

Al llegar al hotel, Luis seguía descargando su conciencia y se decía que lo único que no había dado a su única hija era afecto ciertamente y, cínico y como buen banquero, se aducía que para vivir en este mundo es mejor recibir dinero que cariño. Y, ya en su habitación, no le cabía duda de que había sido un padre excelente para la joven Rebeca. Claro que, a la cena, habló del tema con Jorge:

—He conocido a Rebeca, a la hija de Flora, a mi hija.

—¿Y qué?

—Que es una preciosidad. Incluso más bella que la madre.

—¿Y qué?

—Me ha conmovido...

—¿Qué quieres decir?

—Que me ha remordido la conciencia. Creo que no he sido un buen padre...

—¿Que no has sido un buen padre? ¡Has sido un padre excelente...! ¿Quién la ha vestido, calzado y alimentado? ¿Quién le ha pagado la casa en que vive y el colegio?

—Yo.

—Demasiado has hecho por ella, no te olvides de que es bastarda... ¿Cuántas hijas bastardas se mueren de hambre y han de acudir a los pósitos que establecen las buenas gentes para socorrer doncellas pobres y recibir algún dinero o, peor aún, están hundidas en el barro del arroyo? ¡Cientos!

—No sé, pese a todo, creo que no me he portado bien con ella... No le he dado cariño...

—¡Cariño, cariño...! ¡Déjate de quintaesencias...! ¡Le has dado dinero, lo más útil que se puede dar... Por otra parte, te has gastado con ella y con su madre una fortuna! —sostuvo Jorge, como buen banquero también.

—Eso sí. Me he ocupado de que no les faltase nada.

—¿Tiene novio Rebeca? ¿Se va a casar?

—No sé.

—¿De qué has hablado, pues?

—Apenas he abierto la boca. Al verla, me he quedado estupefacto. Tanto me rogó

Flora que hablara con Rebeca, que accedí y...

—¿Mientras estabas en la cama con ella?

—Sí. Tanto se hizo de rogar, que acepté... Me avié, me peiné con bandolina, bien fijado el cabello que me queda...

—¿Y dudaste si llevarle gardenias o rosas rojas?

—No dudé. Me he presentado con un enorme ramo de rosas rojas, cuya belleza ha quedado apagada ante la de Rebeca...

—Déjate de literatura.

—He contemplado en sus ojos mis ojos, en sus labios, mis labios; en su rostro, mi rostro, y me he quedado muy impresionado, pues he constatado que soy padre de una criatura, preciosa por más señas.

—Deja las cosas como están. Es mi consejo, Luis. Aparta de tu pensamiento a Rebeca y sigue haciendo con Flora lo que has venido haciendo hasta ahora, hazme caso por una vez —tal le recomendó Jorge.

Flora y Rebeca y Rebeca y Flora... Ciertamente que Flora le había satisfecho en la cama y le había hecho reír y, de antiguo ya, le había llevado y traído por los *restaurants*, cafés y tabernas de moda de Madrid hasta altas horas de la noche, presentándole a poetas, escritores, actores y cantantes de medio pelo que, muertos de hambre, habían comido y bebido a sus expensas. Y él había echado mano a la cartera y abonado las consumiciones de una multitud con buena cara, pues, con varias copas en el estómago, se había sentido partícipe, por un momento sólo, por un único momento, de aquella vida que su amante llamaba «bohemia», cien por cien contraria a la burguesa... Con todo ello había disfrutado, sí, a no ser cuando Flora trabajó con la Bella Chiquita o, algún día, cuando los clientes de los garitos que su amante frecuentaba la saludaban, últimamente, con algo más que cortesía, pues que tenía celos. Pero peor había sido cuando la susodicha iniciaba lo que él llamaba «la guerra del legado», que entonces la conversación le resultaba fastidiosa de lo más.

Cuando Flora hablaba del legado que debía dejarle en testamento a Rebeca, entonces se acababa la alegría y la entretenida y el adúltero terminaban discutiendo, lo que no era nuevo, pues habían porfiado, desde que se conocieron, por cualquier necesidad, además.

Y no valía que Luis tratara de razonar con Flora ni que le ilustrara sobre las peculiaridades del Derecho Sucesorio Aragonés, ni que le explicara que, antes de casarse, había firmado capitulaciones matrimoniales en las que se había obligado con Olimpia, y Olimpia con él, a multitud de cláusulas. Ni que le dijera, sin paliativos, que no proporcionaría a su esposa un disgusto ni después de muerto, ni que argumentara que no podía dejarle a Rebeca un legado, pues, si él fallecía antes que su esposa legítima, Olimpia se enteraría, e indagaría quién era aquella Rebeca Melero que era beneficiaria de una manda testamentaria de su marido. Y se negaba con vehemencia a la posibilidad de que su mujer conociera sus amores adúlteros ni cuando él estuviera enterrado.

Pero ella venía muy versada en leyes, como si hubiera consultado con abogados, y le hablaba de la legítima, del tercio de libre disposición que, en Aragón, tiene cualquier testador sobre sus bienes privativos y la parte que le corresponda de las consorciales. Y pretendía que le dejara a Rebeca, haciendo testamento, la legítima completa, porque era su única hija y porque Cósima ya tenía más que suficiente con los otros dos tercios, y las herencias enteras de Olimpia y de Jorge Maestro, a más de lo de su futuro marido.

—¿O no? —le había preguntado una y mil veces Flora Melero.

—No.

—Si quieres, puedes, amor mío. Haces testamento y le dejas la legítima, es decir, el tercio de tus bienes, a Rebeca.

—Me estás fastidiando, Flora.

—Te recuerdo que mi hija es tu hija. Tu única hija...

—El hijo bastardo no tiene ningún derecho.

—Yo te digo que, si quieres, puedes.

—No puedo. ¿A quién has consultado? Te ha informado mal, si yo hago testamento empeorando a Cósima y constituyendo un legado para Rebeca, mi hija podría impugnarlo cuando, a mi fallecimiento, se hiciera público, por las capitulaciones que firmé con Olimpia. No obstante, le daré a Rebeca una cantidad para que se case... Le daré, ¿entiendes...? En dinero contante y sonante...

—¿Cuánto?

—No sé, miraré mis cuentas.

Así, con la palabra «legítima» en el pensamiento y fastidiado por las pretensiones de su amante, que siempre pedía más y más y era capaz de pedir la luna, arribó Arriazu a la estación del Campo del Sepulcro de Zaragoza. Le estaba esperando Juan, el cochero de la banca, que recogió el equipaje del señor y lo trasladó a su casa a la carrera, haciendo galopar a los caballos, escuchando las imprecaciones que le dedicaban los trajineros que se encaminaban al Mercado Central. A ver, que no eran maneras de circular por la ciudad pero, como suele suceder, sin que un guardia urbano le saliera al paso y le multara.

Luis subió las escaleras de su casa apresuradamente, tanto que tropezó en un peldaño, y llamó al timbre. Le abrió la puerta Pilara, que no pudo saludarle, pues, al verlo entrar, le vinieron lágrimas a los ojos. El señor, sin desprenderse del sombrero ni del gabán y echando el bastón a las manos de la criada, se presentó en la habitación de su esposa, cogió la lámpara más cercana, la acercó a la cama de la enferma y un temblor le sacudió todo. A la par, Cósima, que dormitaba en una butaca a los pies de la cama, se sobresaltó y, viendo a su padre, se acercó a él, le abrazó y rompió en llanto mientras apoyaba la cabeza en el hombro de su progenitor, por lo que le manchó la levita. El hombre, como era hombre, hubo de tragarse las lágrimas, pues Olimpia, lo que más quería, estaba inmóvil, tenía la cabeza vendada casi al completo y un enorme morado se le extendía por el ojo que le quedaba al aire. Le tomó la mano

y la llamó con dulce voz:

—Olimpia, Olimpia...

Y fue que la dama le apretó la mano un poquico, lo que su fuerza le permitió, y que abrió el ojo que tenía bueno, un poquico también, para volver enseguida a su postración.

En el pasillo, Luis interrogó a Cósima, que le contó lo sucedido a la menuda cuando terminó con los sollozos. Lo del tropezón, lo de la sangre, lo de la herida: un profundo corte que le interesaba de la frente al labio inferior; lo de la farmacia, lo de la clínica, lo de la sutura, lo del traslado en camilla a casa y ya le informó que Olimpia, sedada por los fármacos como estaba, ni hablaba ni se canteaba y que, durante la larga noche, sólo se había movido una vez para pedir la tiorba.

Cuando la joven mentó la tiorba poniéndose roja como la grana, cosas de juventud, ya estaba todo el servicio rodeando a padre e hija. Y cuando Luis preguntó:

—¿Es grave?

Úrsula quitó la palabra a Cósima para responder ella:

—El doctor ha dicho que el golpe ha sido grande y aparatoso, y que le quedarán cicatrices, pero que en quince días estará repuesta.

—¡Dios lo quiera! —atajó Pilara.

—Todas estamos rezando por la señora, señor —intervino Teolinda.

—Con permiso del señor, lo mejor es que la señora descanse... Con permiso del señor, me quedaré yo vigilándola... ¿Desea el señor tomar algo caliente?

El señor, que no había comido nada en muchas horas, pidió un tentempié, pero le engañó la voluntad y se mostró desganado con el copioso refrigerio que sirvió Úrsula a padre e hija. Cósima ni probó el chocolate, pues no tenía gana y, a cada pregunta de Luis, le volvían las lágrimas:

—¿Dónde tropezó?

—No lo sé, papá. No vi nada, y eso que siempre voy mirando al suelo por indicación de ustedes...

—¿Dónde fue?

—Saliendo del cinematógrafo de Coyne.

—¿Había obras?

—No, no.

—¿Sufrió cuando le cosieron los puntos?

—Sí, pero no se quejó, ni un quejido salió de su boca...

—En fin, mala suerte.

—Muy mala suerte... Hubiera querido que me pasara a mí...

—Las cosas pasan a quien pasan y cuando pasan —sentenció Luis—. Entre los dos cuidaremos de mamá y muy pronto la tendremos con nosotros, repuesta y alegre.

—Dios le oiga, papá.

—¿Oye, Cósima, ha habido algún telegrama de León?

—No, papá. Pero ha llamado su madre y otra mucha gente a preguntar por mamá

y otra ha dejado su tarjeta.

—Bueno, vete a la cama, que está a punto de amanecer y no has dormido nada.

—Me retiro, sí.

—Yo me quedaré con mamá.

—¿Después de un viaje tan largo? Mejor me quedo yo. Úrsula también quiere quedarse...

—Sí, sí. Me quedo yo, di a las sirvientas que vayan a descansar un poco.

Mientras en el comedor de diario padre e hija habían platicado de lo sucedido, en la cocina también se había hablado y no sólo del accidente, sino también de otras cosas:

—Ya hubiera querido yo tener un marido como el señor, que nada más enterarse del percance de la señora ha corrido a su lado —aseveró Teolinda.

—¡Tú qué vas a tener!

—Yo estuve casada. ¿No te acuerdas, Úrsula? Te haces vieja y no te acuerdas de nada...

—Me acuerdo muy bien de que tu marido murió en la horca...

—En la horca no, que le dieron garrote vil...

—¿Qué más da garrote que horca?

—Sí da... Me salió mal, porque el matrimonio, aunque hayas conocido al novio, es una lotería. Por eso me da en la nariz que la señorita Cósima tampoco va a tener suerte.

—No mientes las narices, que me da dolor pensar cómo se le van a quedar a la señora, después del golpe.

—¡Ah, pobre señora...!

—¿Has rezado por ella, que bien sé que tú rezas poco?

—Claro, pero no cambies de conversación... El noviazgo de Cosimina ni es noviazgo ni nada. ¿Dónde se ha visto que, tratándose de señoritos, el novio no escriba cartas de amor y que sólo envíe telegramas a la madre y no a la novia...? Quizá don León se haya casado con una americana, y la señorita lo esté esperando en balde...

—Te reconoceré que lo de los telegramas es lo más extraño que he visto en mi vida, pero no temas, que casarse no se ha casado, pues se lo hubiera comunicado a su madre, a doña Amelia. Es lo que hace la gente decente.

—Seguro que viaja con una querida. Un hombre a su edad no puede estar sin mujer.

—No digas sandeces, Teolinda, las necesidades masculinas se aplacan en el lupanar, pagando...

—¡Pobre Cósima, me parece que se va a quedar compuesta y sin novio...!

—Deja ya el palique. Ve a ver si la señorita se ha acostado y cómo se encuentra la señora. Me lo vienes a decir y, después, limpias las chimeneas, pones leños y las enciendes.

—Siempre me toca a mí limpiar las chimeneas. ¿No has dicho que nos vayamos a

la cama y que tú te quedas con el señor para vigilar a la señora?

—Eso era antes, ahora ha amanecido ya, y hay que hacer las faenas. ¡Pilara, retira el desayuno!

A las seis de la madrugada, sonó el teléfono. Era Jorge preguntando por Luis, muy preocupado, tanto que dejó varios negocios sin cerrar y a media tarde tomó el tren para Zaragoza.

En las tertulias que tenían lugar en casas y cafés de Zaragoza, se venía comentando hacía tiempo, pues los murmuradores no dejaban la lengua quieta, el atípico noviazgo de León Dulce y Cósima Arriazu:

—Lo de los telegramas es de chiste.

—¡Pobre Cósima, se va a quedar vestidica y sin casar!

—Como la doncella del romance...

—¡Ese noviazgo es una tomadura de pelo!

—Arriazu lo aguanta por dinero.

—Poderoso caballero es don Dinero.

—Se dice que, a final de año, Dulce ingresó en la banca de Arriazu un millón de pesetas...

—Les aseguro a ustedes que Olimpia está harta. A punto de hablar con su marido para romper el compromiso.

—Luis no lo consentirá.

—¿Por el dinero?

—¡Por supuesto!

—A ver, se multiplican sus ganancias con la plata, la plata, como se dice en Argentina, de su futuro yerno.

—¿Cómo sabe usted que Olimpia está a punto de estallar?

—¿Le ha comentado alguna cosa al respecto?

—No, pero se lo leo en la cara. Cada vez que le pregunto tuerce el gesto.

—Yo también estaría hasta las narices, y perdón por la vulgaridad.

—Amelia tampoco habla, incluso se esconde.

—Es cierto, ¿alguno de los aquí presentes la ha visto últimamente?

—No.

—No.

—Yo le buscaría otro novio a Cósima, y amén.

—Con la fortuna que heredará, le saldrán pretendientes a puñados.

—Y tanto.

—Yo les aseguro que el asunto pronto estallará, pues a Olimpia se le están hinchando las narices, con perdón.

Así o parecido se venía hablando en Zaragoza del compromiso de Cósima. Cierto que, cuando Olimpia se dio el golpe, las gentes dejaron de mentar las napias de la

dama en sentido figurado y las mencionaron en sentido literal, vaticinando los agoreros, por lo que tenían oído, que se le iban a quedar como las de un *boxeador*, rotas y deformes, desconocidas, en fin.

—Explique usted cómo es la nariz de un *boxeador*.

—Y qué o quién es un *boxeador*.

—Es un hombre que practica un nuevo *sport*, el *box*, que consiste en pelear entre dos y darse golpes en cara y torso con las manos resguardadas por unos guantes guateados.

—El *sport* ha sido reglamentado por un inglés y se practica en un cuadrilátero cercado de cuerdas, mediante asaltos que duran tres minutos...

—¿Consiste en darse de puñetazos?

—Sí.

—¿Y eso hay que reglamentarlo?, los hombres lo hacen desde Caín y Abel, las más de las veces con fatales consecuencias...

—Los ingleses son muy aficionados a regular cualquier cosa, señora mía...

—Ya veo, ya veo. ¡Qué necedad eso del *box*!

Olimpia, que había permanecido varios días en la cama adormecida, cierto que con sueño intranquilo a causa del opio —pues las aspirinas no le habían paliado el mucho dolor que sufría—, siempre asistida por su marido, hija y criadas, cuando, a la semana, volvió a la vida, abrió el ojo bueno y fue a decir algo, pero hubo de cerrar la boca pues, al tensar el labio enfermo, hizo un gesto de dolor. No obstante, enseguida lo volvió a intentar y ya sonrió a Cósima, a Úrsula y a Teolinda, las que estaban con ella en aquel momento. Las tres le sonrieron también y se hicieron un lío queriendo tomarle la mano para apretársela y darle la bienvenida al mundo de los vivos, pues que tan sedada la había mantenido el fármaco recetado por el doctor López-Tass que estuvieron preocupadas y hasta, en algún momento, llegaron a creerla muerta.

La dama, que ya no tenía vendada la cabeza para que las heridas cicatrizaran mejor, se pasó el dedo índice por la sajadura que le atravesaba el rostro, de la frente a la nariz, donde se detuvo un tanto más, sin duda, para asumir su nueva cara. Y fue visión que había aterrado a sus próximos cuando López-Tass le retiró las vendas, pues familia y criados constataron que las facciones de la dama quedarían hechas ruina, y esto habría de constituir un golpe tremendo para la que había sido la mujer más bella de Zaragoza. Ciertamente, cuando le quitaran los puntos de sutura, se le fueran los moretones y le desapareciera la hinchazón y el color amarillo verdoso que sustituye al violeta de la moradura, mejoraría sensiblemente.

Cósima había temido que su madre, al despertar, pidiera un espejo para verse el destrozo, pero no, no. No lo hizo porque sabía perfectamente lo que tenía: una sajadura que le partía la cara interesando, además, el cuero cabelludo, pues que lo había sufrido en su carne. Lo que necesitaba era reflexionar, ahora que López-Tass le había retirado el opio, y tenía la cabeza más clara. Por eso pidió quedarse sola.

Y, en efecto, caviló largo, vive Dios, que, de un año a esta parte, la desazón que le ocasionaba la insufrible tardanza de León Dulce en volver de América era lo que le venía produciendo tontera de cabeza. Tontera a la que no había dado importancia porque, entrando en años como estaba entrando —había cumplido los cuarenta y cinco en enero y, dado el imparable paso del tiempo, que hace y deshace vida en alocada carrera—, no le parecía extraño que se hubiera vuelto olvidadiza o que cambiara los nombres de las personas o que se le cayeran las cosas de las manos o que buscara los lentes de oro por toda la casa y los llevara puestos, o que perdiera las llaves de su joyero y las tuviera en el bolsillo. Pero que, cada vez que Cósima le mentara a León, le sucediera alguna cosa, aquello ya no era tan normal. No le cabía duda se quedaba con la mente en blanco y le sucedía alguna cosa. No mala hasta el día del accidente, no mala, nimiedades hasta entonces, a Dios gracias, pero terrible, por sus consecuencias, la última.

A ver, que meses antes del fatídico día de autos, Cósima a diario le hacía preguntas sobre el mismo tema:

—Mamá, ¿cuándo regresará León?

O:

—¿Cree usted que me casaré?

O:

—Mamá, ¿es lógico que tarde tanto León?

O:

—Mamá, ¿por qué León no me escribe? ¿Por qué manda telegramas y se los envía a su madre y no a mí? Yo soy su prometida, mamá.

Y entonces, ella, tras asegurarle que León regresaría pronto y que se casarían de inmediato, o volverle a decir que la Argentina estaba muy lejos y que era un país carente de comunicaciones, o hacer como que no había oído la frase de los telegramas, se ofuscaba y se le caía el alfilerero de las manos y todas las agujas se desparramaban por el suelo, por ejemplo. O, como le ocurrió hacía poco, le temblaba la mano y se le derramaba la taza entera de chocolate en su mejor falda, en la de raso carmesí, la que más apreciaba de las muchas que tenía. Y mil cosas más, que no recordaba ya, le venían sucediendo. Hasta que una nueva pregunta de Cósima, seguida de una propuesta sobre el mismo asunto, saliendo del cinematógrafo, le produjo una instantánea pérdida de sentido, que devino en grave accidente, del que saldría viva, sin duda, pero con cicatrices irreversibles, precisamente en el rostro, lo

que más se ve.

Por todo ello, se decía para sí, dolida, muy dolida, que la sola mención del nombre del prometido, mejor dicho, del eterno prometido de Cósima, estaba perturbándole el ánimo y nublándole la mente, hasta el punto de, en un momento dado, hacerle perder el conocimiento y caer de bruces en el suelo, que no tropezar, pues no había en el lugar obstáculo alguno donde hacerlo, cuando, además, ella siempre andaba mirando el suelo con los ojos bien abiertos precisamente para no tropticarse y, vaya, que pese a sus precauciones, se había producido aquella inesperada y malhadada lesión. Un instante, porque luego recordaba perfectamente cómo la asistieron su hija, el boticario y el galeno, y la cura y el dolor que le produjeron el golpe y los dieciséis puntos de sutura que soportó.

A ver, casi tres años ya desde que León se marchó a la Argentina y algo menos con el ajuar de Cósima cosido y retenido en las Oblatas, sólo a falta de bordar las iniciales de la pareja en sábanas, toallas y manteles. Si todavía no había hecho bordar en las prendas las iniciales de los novios, había sido porque en su fuero interno había mantenido ciertas dudas sobre que León regresara de América para casarse con Cósima. Y, aunque durante largo tiempo había tenido por mala suerte lo que sucedió en su casa durante la petición de mano, donde, como sabido es, apenas cruzados los regalos de rigor entre los futuros contrayentes y a punto de fijar el día de la boda entre ambas familias, a los postres, se presentó en casa una de las criadas de la señora viuda de Dulce con un telegrama en la mano para el señorito León... De un tiempo acá ya no lo consideraba simplemente mala suerte, no y, en esta fecha, en su lecho de convaleciente, lo tenía por adversidad, cercana a convertirse en desastre o en tragedia. Pues que Cósima se impacientaba, con motivo, y ella no sabía qué pensar ni qué hacer, si continuar con la espera o hablar con Luis para dar por finalizado el compromiso y buscarle otro marido a su hija. Entre otras razones, porque había tenido varios pretendientes antes de su compromiso y más que podría tener de no estar prometida al militar, y porque las dos, madre e hija, estaban más que cansadas de aguardar al eterno viajero.

Para mayor fatalidad, ella, la madre, herida grave en una cama desde hacía siete días, y Cósima, casi seguro que encerrada en su habitación rezando el rosario, lo que venía haciendo tres años ya, desde la partida de León y, de una semana acá, la pobre, llorando y sin descansar apenas... Y el ajuar creciendo y creciendo...

A ver, a ese paso habrían de necesitar mil armarios para guardarlo y dos mil baúles para transportarlo. A ver, a lo menos cuarenta juegos de sábanas del mejor hilo de Escocia y de batista suiza ocupaban varias estanterías en el convento de las Oblatas; a lo menos seis mantelerías de gala de veinticuatro cubiertos, quince de media gala, cuarenta y cinco de diario y un sinfín más pequeñas, suficientes para la vida de las tres o cuatro generaciones venideras. Por no hablar de toallas, casi un centenar, entre baño y lavabo.

Y en ésas estaba Olimpia; pensando en lo que llevaba rato meditando y que, de

meses atrás, no la dejaba sosegar; doliéndose de la mala suerte de Cósima que parecía no tener fin, y de la suya propia, pues, a más de estar herida con lesión irreversible, le dolía terriblemente la cabeza. No obstante, continuó un rato haciéndose la dormida cuando su hija o las criadas se asomaban a la puerta de su gabinete, con sigilo, para interesarse por su salud. Lo hacía por ver si, sin hablar y estando quieta, le desaparecía el dolor, pero no, no, que arreciaba, pero la soledad comenzó a pesarle. Por eso tomó la campanilla que Cósima le había dejado a mano, y la hizo sonar.

Al momento, se presentó Pilara:

—¿Qué desea la señora? ¿Qué tal se encuentra la señora?

—Mal...

—La señora se encuentra mal —informó la criada cuando en la habitación irrumpió Cósima.

Y ambas pudieron escuchar la voz de Olimpia, que, cortada por el dolor, decía lo que luego repetiría un día y otro:

—Me duele terriblemente la cabeza.

Y Cósima la animaba:

—No se apure, mamá, le voy a dar una aspirina. Una pastilla que quita el dolor enseguida. Es una nueva medicina que actúa rápido...

En efecto, ingerida la aspirina, a poco, Olimpia mejoró sensiblemente. Y recibió a las criadas que fueron a saludarla, y les dio la mano a todas, les sonrió y, después, las envió a sus quehaceres y se quedó sola con su hija y, naturalmente, la interrogó:

—¿Qué me sucedió, Cósima? ¿Tropecé?

—Debió de hacerlo, pues se cayó usted...

—¿Estaban los adoquines mal puestos? ¿Había acera o andamios?

—No. Se cayó usted en mitad de la calle... Me pareció, en un primer momento, que se había desmayado, pero no, porque se levantó enseguida. ¿Recuerda lo que pasó?

—Perfectamente.

—¿No perdió el conocimiento, verdad, mamá?

—No, por eso te pregunto si había algún obstáculo en el camino.

—Pues le diré que, al día siguiente, fui a misa a San Gil para rezar por su salud, y luego recorrí el lugar pero nada vi y me hice cruces de cómo se pudo usted caer, máxime yendo apoyada en mi brazo.

—Tropecé en alguna parte, pues no sentí vahído ni desmayo. No sé...

Tal mentía Olimpia, porque bien que sabía que lo que le había sucedido era que, al mentar Cósima el nombre de León, se había ofuscado hasta perder el control de sus miembros inferiores, pero, por no darle más disgusto, se lo ocultó a su hija, pues bastante tenía ella también con el asunto. Y continuó:

—Tengo para mí que, como llevaba las dos manos abrigadas en el manguito, en ese tan grande de piel de zorro, ¿sabes cuál...?

—Sí, mamá.

—Eché un pie en falso y caí de bruces... Y me quedé como un herido de guerra o como los malos de las novelas, con un profundo corte en la cara...

—Se le arreglará, mamá. Lo dice el doctor López.

—No se me compondrá, hija. Sucede en la vida real y lo constata la literatura, que una sajadura de tal tamaño no desaparece. Dios me ha enviado una cicatriz y trataré de llevarla con dignidad, con la misma dignidad que he llevado una cara bonita...

Ante tales palabras, volvió a esperar Cósima que su madre le pidiera un espejo, pero tampoco lo hizo, pues le preguntó para luego ordenarle:

—¿Dónde está el manguito? ¡Retira todo lo que tenga dentro y tíralo a la basura...!

—Sí, mamá.

—Hoy me sentaré en la butaca para comer. López dijo que me vaya levantando.

Olimpia se mostró animada y tomó una taza de caldo de gallina con tropezones, propio de recién parida, con gran contento de Úrsula, pues, mientras permaneció en la cama, no había ingerido diariamente más que un par de cucharadas; un poquico de *béchamel* de merluza y medio vaso de zumo de naranja.

Mientras comía, la dama continuaba hablando con su hija:

—¿Ha venido alguien a preguntar por mí?

—Muchísimas personas, mamá. El señor arzobispo, el párroco de San Gil y el padre Dosset, su director espiritual, todos los días... Los señores de Castellano, Paraíso, Ponzano, Laguna, Casa Jiménez, Chóliz, el boticario que la atendió, todos con sus esposas... Los Urrea, Franco de Espés, Ayerbe, Laín... La viuda de Dulce, la de Irisarri con su sobrina, y casi todas las damas de la Corte de Honor de la Virgen... Cavia y muchos más... Ah, y su prima Adelaida.

—¿Y quién los ha atendido?

—Papá, tío Jorge y yo.

—Al señor Chóliz quiero hacerle un buen regalo, se portó muy bien conmigo. Piensa qué.

—No sé... Mamá, ¿quiere que le lea alguna cosa?

—Bueno, hija mía.

—Verá, señalé un párrafo en *Zaragoza*, el libro de Galdós sobre los sitios de Zaragoza, cuando la guerra de la Independencia...

—Venga, empieza.

—Escuche, mamá:

Corrimos Agustín y yo hacia el Pilar, donde se agolpaba un gentío inmenso, y entramos difícilmente. Quedeme sorprendido al ver cómo forcejeaban las gentes unas contra otras las personas allí reunidas para acercarse a la capilla en la que mora la Virgen del Pilar. Los rezos, las plegarias y las demostraciones de agradecimiento formaban un conjunto que no se parecía en nada a los rezos de ninguna clase de fieles. Más que rezar era

un hablar continuo, mezclado de sollozos, gritos y...

—Cósima, ¿he recibido la extremaunción?

—¡No, mamá!

Ah, que Olimpia no atendía a la lectura y tenía otras cosas en la mente.

Durante su recuperación y mientras le desaparecían los morados del rostro, que otra cosa no le desaparecía ni le desaparecería mientras viviere, Olimpia pasó más tiempo en la cama que sentada en la salita, y no recibió a nadie, salvo a su confesor, que le llevaba a diario la comunión y le había regalado un escapulario de la Virgen del Carmen.

Por eso, o por la costumbre inveterada que tenían, los maldicientes comenzaron a pronosticar que, deformada de rostro, no se dejaría ver en público nunca jamás, pero ella no se enteraba de aquellos maldecires, ni falta que le hacía.

Cósima la atendía a toda hora. La acompañaba cuando estaba en la *chaise-longue* y la esperaba en la puerta del *water-closet*. La ayudaba a bañarse, a vestirse, a desvestirse, le desataba las cintas del corsé que, pese a sus dolencias, se empeñaba siempre en ponerse mientras estaba levantada, y hasta le calzaba los zapatos; le ponía el camisón y el *bonet de nuit* con mucho cuidado, por la herida, la metía en la cama y la cubría con el edredón, bien tapada hasta el cuello. También le dejaba a los pies el *saut de lit*, más por costumbre que porque lo fuera a necesitar, pues desaguaba en el orinal. Y le hacía meter las manos dentro de las sábanas, no fuera a coger sabañones, pues en aquel invierno estaba haciendo un frío de mil diablos. Con todo y con ello, le quedaba poco tiempo para ella, pero no se quejaba, no.

Para pensar lo mismo siempre, casi mejor tener todas las horas del día ocupadas. Cierto que le hubiera gustado continuar rezando a diario el rosario —lo que venía haciendo todas las tardes desde que se fue León Dulce a América, para que regresara pronto y sano y salvo—, pero a menudo había de interrumpirse y presentarse ante su madre, que quería o le pedía tal o cual o, sencillamente, deseaba hablar con ella. Y la joven mil veces había de empezar el avemaría y otras tantas el padrenuestro, lo que no era nuevo, pues siempre, cuando se encontraba en tal menester, se había distraído por causas propias o ajenas. Más por causas propias que ajenas... A ver, había pasado tantas horas ante el mapa de Argentina imaginando el paradero de León o al propio León, erguido en su caballo, recorriendo aquel país de norte a sur, organizando, administrando y poniendo en explotación, agraria o pecuaria, lo que fuere, las inmensas tierras que heredara de su tía— madrina, que, como sabido es, le había nombrado heredero universal sin ninguna obligación ni manda, salvo que estuviere presente en el momento de su fallecimiento y, hasta que se produjera, le tuviera la mano apretada, como haría cualquier hijo con su madre verdadera en semejante trance, que siempre se había distraído mientras rezaba.

Y más que se distrajo después del accidente de Olimpia, porque boba no era y venía observando últimamente que, cuando hablaba con su madre del tema de León o de la espera que mantenía, tres años ya, con traza de convertirse en eterna, su madre, que ya no sabía qué decirle ni cómo consolarla, usaba de pequeñas añagazas para no hacerlo. Hacía como que se le caía el alfilerero o la caja de botones o la de hilos para que se esparciera todo por la habitación, o se rompía adrede el collar y se desperdigaban las cuentas por el suelo, o echaba a faltar las llaves de su *secrétaire*, o se dejaba caer la taza de su chocolate en su mejor falda, todo por no responderle.

Cierto que, aunque lo había pensado, se resistía a creer que el día del accidente, ay, Jesús, su progenitora hubiera sido capaz de llevar el asunto al límite y simular un tropezón para cambiar de tema. Porque, en tal caso, a la vista estaba que había sacado las cosas de quicio y que se le había ido de las manos la situación, pues que se dio de bruces en los adoquines pudiendo haberse hecho más daño todavía del que se hizo y hasta abrirse en canal la cabeza quedándose allí cadáver. Cierto también que, fuera o no fuera la caída un accidente, Olimpia, de modo expeditivo, aunque sin decirlo expresamente, con el hecho o el suceso de la caída le había comunicado que no quería hablar nunca más de León y que se olvidara del disparate de desplazarse a Argentina para celebrar allí la boda y no lo volviera a mentar, entre otras razones, porque ella no viajaba más allá de Alhama de Aragón, como sabido es.

Así las cosas, con los pequeños incidentes anteriores al percance y con lo que se podía predecir, ¿cómo no había de distraerse Cósima Arriazu mientras intentaba rezar el rosario? Porque, Virgen del Pilar, al paso que iba su casamiento, había de quedarse compuesta y sin novio o, lo que peor es, para vestir santos, pues había cumplido diecinueve años y, aunque estaba prometida, era como si no lo estuviere y, además, no tenía con quien comentar su pesar. A su madre, dada la circunstancia y la duda sobre si se arrojó ella misma contra el empedrado de la calle de Estébanes, no podía decirle una palabra más sobre el particular. A su padre no se atrevía, pues que estaba muy contento con León, en razón de que depositaba en la banca todo lo que ganaba en Sudamérica. Con el servicio no era cuestión de hablar de ello, con sus amigas tampoco porque, casadas todas ya, nunca lo entenderían, acaso con tío Jorge, aunque no era momento, pues se mostraba tan triste como papá.

A ratos le venían a la mente las pocas palabras que, a los dos años de la ida de León, cuando ya era manifiesto que madre e hija, cada una por su parte, estaban comenzando a perder la esperanza, había conseguido arrancar de la boca de Olimpia sobre el tema, algunas sentencias:

—La codicia, hija mía, es universal, cuanto más tienes, más quieres.

O:

—La palabra codicia procede del latín, de *cupiditas-atis*, significa deseo excesivo de riquezas. Toda demasía es mala *per se* y malogra el corazón o el cuerpo de la persona...

—¿Sabe usted latín, mamá?

—No, pero esto lo he oído muchas veces, no en vano soy esposa de banquero.

O algún refrán:

—La codicia rompe el saco.

Y se recordaba a ella diciendo:

—Ustedes, papá, usted y tío Jorge, se mostraron muy contentos de mi compromiso con León...

Ay, tanto que madre e hija habían disfrutado durante los primeros meses comprando telas para sábanas y manteles, llevándolas a las monjas para que las confeccionaran, eligiendo puntos de bordado, o comprando un edredón de piel para el invierno. O pensando, en caso de que los esposos durmieran en habitaciones separadas, en qué estancia ponerle cama a León, o si retirar o no retirar la cama de Cósima —la réplica de la del rey Alfonso XIII—, y adquirir otra más amplia. O, todo lo contrario, pensando que Cósima durmiera en la misma habitación que su marido, en una cama de matrimonio o en dos camas, y así disponer el cuarto. O yendo a la modista para elegir el traje de novia en revistas francesas, cosa que fueron posponiendo para que el vestido no se pasara de moda. Y así durante dos años, casi tres, como si no sucediera nada, como si el tiempo no transcurriera y como si León fuera a regresar de un momento a otro para celebrar la boda... Tanto tiempo que ya habían fallecido la reina Isabel II y doña María de las Mercedes, la princesa de Asturias, la que se había casado con don Carlos de Borbón, como se dijo antes, y hasta había habido en España varias huelgas generales y, en Zaragoza, el templo del Pilar se había convertido en la segunda catedral de la ciudad; la fuente de la Princesa había sido trasladada de la plaza de la Constitución y había sido derribada la tercera puerta de Santa Engracia...

Cierto que, poco a poco, las dos anduvieron cada vez más cansadas del asunto. Claro que sin comunicarse el hastío para no desanimarse entre ellas, cuando ambas estaban más que desanimadas. Cósima pensando en irse misionera al África o en entrar monja en la Consolación, para refugiarse entre paredes y desaparecer de este mundo, y Olimpia dándose maña y utilizando pequeñas argucias para no responder a las insistentes preguntas de su hija, pero, seguramente, dispuesta ya a tomar cartas en el asunto.

Así las cosas, llegó un momento en que Olimpia no quiso contestar a su hija, como ha quedado explicitado, y Cósima, por no faltarle al respeto —lo que nunca haría—, hubo de callar con ella lo más posible, lo que le permitía su impaciencia, que nunca le impidió examinar en silencio su triste situación.

A ver, ¿qué noviazgo, qué clase de compromiso era el suyo? Tradicionalmente, el pretendiente empezaba enviando a través de las criadas billetes y cartas perfumadas o versos, propios o ajenos, a la pretendida; después, procuraba cruzarse con ella en las calles por las que paseaba la gente y le hacía ronda o le daba serenata y, en los bailes, trataba de bailar con ella. Más tarde, cuando el pretendiente y la pretendida, previo acuerdo de las familias, alcanzaban el título de prometidos y hecho público el

compromiso, salían de paseo juntos e iban al baile, al teatro, a la zarzuela y al cinematógrafo, cierto que siempre con la criada, la «carabina», unos pasos atrás. Pero esto no impedía que cambiaran impresiones, que hablaran de lo que querían para ellos, de lo mucho que se amaban ya, de lo mucho que se amarían hasta el final de sus días y de los muchos hijos con que el Señor bendeciría su unión sacramental. Ni que se dieran la mano y algún beso furtivo y hasta que, amartelados, se arrimaran entre ellos o, mejor dicho, que el novio tratara de apretar a la novia o incluso tocarle lo que no se toca a mujer honrada. Y él entraba en casa de ella con un ramo de flores en la mano y a ella la invitaban a comer a casa de él, y ya se pedía la mano de la novia; se cruzaban los regalos, se fijaba la fecha de la boda, se celebraba la misma con mayor o menor boato, y el matrimonio iniciaba su vida en pareja, que sería feliz o infeliz, pero eso ya otra cuestión era.

Sin embargo, ella, Cósima, no había recibido de León un billete ni una carta ni un verso, ya fuera propio o ajeno, hecho que le había llevado a pensar, pues pensaba muchas tonterías, que su prometido no sabía escribir, pese a que conocía que sus estudios militares equivalían a una carrera universitaria. Ni una mirada con ojos de «carnero degollado», utilizando frase aragonesa, que es como se miran los enamorados, por lo que ella tampoco había podido responderle de aquella forma, tan boba y tan tierna a la vez, como le había dicho Olimpia en alguna ocasión. Ni había disfrutado de ronda o serenata y, en otro orden de cosas, había bailado con él una pieza. Tampoco había escuchado de sus labios una palabra de amor en voz baja ni de buen deseo ni de buen futuro y, ay, ni siquiera su novio, pues León fue su pretendiente durante unos días y luego su prometido durante unas horas, llegó a tutearla. Que era León hombre de pocas palabras, en efecto. Que le costaba hablar, sí, que incluso era menester arrancarle las palabras, sí y sí. Que cuando salió León del sanatorio completamente curado de la tisis que le produjo la malaria que se trajo de Cuba, pues era hombre de complexión fuerte, las familias de ambos se precipitaron y organizaron la petición de mano sin que apenas se hubieran visto los futuros contrayentes, también. Que ella, Cósima, no dijo que sí ni que no, porque su padre no le preguntó si quería casarse con León, justo y cabal. Que pasó lo que pasó, lo del catarro mal curado de doña Miguelina, lo del maldito telegrama, lo del súbito viaje de León, que llegó a tiempo de tenerle la mano a su tía en su lecho de muerte, en aquel inoportuno momento, también. Que fue necesario que León tomara posesión de la herencia de su tía-madrina, y que incluso fue prudente que conociera y recorriera sus inmensas tierras, exacto hasta aquí, pero que, en tres años a punto de cumplirse, no le hubiera enviado una carta en la que le hablara de su profundo amor y del futuro de los dos juntos, no, eso no.

A ver, que había enviado veinte telegramas en total y no a ella, sino a su madre, a la López-Tass. Veinte telegramas, ni uno más, que Amelia se apresuraba a entregar a Cósima, ciertamente, pero que decían poco, y menos para ella, nada para ella, para ser exactos. Decían: «Ha fallecido tía Miguelina confortada con los santos

sacramentos. He presidido su funeral. D.E.P.». «He firmado la aceptación de la herencia de la tía (D.E.P). Las tierras discurren de norte a sur del país, en una franja de más o menos cincuenta kilómetros de ancho, eso me dicen los abogados.» «Estoy en Tucumán, llegado de Jujuy, donde he sofocado una revuelta de aparceros que llevaban años sin abonar las rentas.» «En Santiago del Estero he descansado unos días. Estoy agotado.» «Es extraña la franja que me dejó la tía, es muy regular. Discurre entre cuarenta y cinco y cincuenta kilómetros a lo ancho, es decir, de latitud y, en longitud, es casi recta también. ¿Qué sabe usted, mamá, del indiano? ¿Era un tipo raro, un loco quizá? Para conseguir una propiedad de estas características, como trazada a regla sobre un mapa (me refiero a la longitud y latitud tan precisas), es menester estar loco y ser muy poderoso además...» «En llegando a Córdoba, me han salido al paso unos bandoleros. Los he desbaratado y yo mismo he matado a cuatro de ellos con mi sable, del que no me desprendo ni para dormir. Echo en falta a mi regimiento.» «La Pampa es una inmensa llanura pletórica de reses, de vacuno en concreto, con casas dispersas, poblada de magníficos jinetes, llamados gauchos.» «Esto de encontrar administradores resulta ardua tarea. Por estos lares, casi nadie sabe leer ni escribir ni menos de cuentas. Ni pagando muy bien encuentro personas apropiadas. Me dicen que debería traerlos de Buenos Aires, pero quiero continuar el viaje para regresar cuanto antes.» «En Río Negro no hay más que indios. He trabado amistad con un italiano, don Giuseppe, que me ha hecho el favor de recibirme todo el dinero que llevaba, que era mucho, y entregarme un pagaré pagadero en mi banco de la capital. Así viajo más descansado, pues siempre albergo el temor de que me robe alguna partida de facinerosos, que por aquí son frecuentes. Hay escasa autoridad en este país, máxime en el centro. Mandan los señores en vez del gobierno, como en la época feudal en Europa.» «He hecho un viaje de quinientos kilómetros sin cambiar de jaca.» «Me he mandado hacer un abrigo de piel de foca para cuando llegue a la Tierra de Fuego, que, pese al nombre, es un páramo helado.» «He tenido que volver a Buenos Aires para saldar la cuenta con mis abogados. Tengo, en pesetas, dos millones en mi cuenta corriente. Mamá, soy más rico de lo que nunca soñé. Hago de inmediato una transferencia a la Banca de Arriazu. Feliz Navidad», etcétera.

—Otro día más.

Se decía Cósima y dejaba aquellos malditos telegramas que se sabía de memoria, aunque no eran tan explícitos ni mucho menos. Eran cien por cien lacónicos, pues no en vano la literatura la ponía ella y se imaginaba a León, caballero en su caballo, tensando las riendas cuando lo hacía marchar al paso, largándolas cuando lo hacía galopar; cobijado en un hotel, en una casa, en una tienda de campaña, en un chamizo o durmiendo al claro de luna en la extensa llanura de la Pampa; bajo el ardiente sol, bajo la persistente lluvia, bajo la tormenta, amenazado por el rayo, en fin. Y más cosas que imaginaba.

El telegrama de Buenos Aires, fechado el 20 de diciembre del pasado año, decía concretamente: «Vuelvo Buenos Aires (stop) Saldo con abogados (stop) Tengo dos

millones (stop) Transferencia Arriazu (stop) Feliz Navidad (stop) León (stop)». Y ella había de imaginar el resto, hasta tal punto que, en el tiempo que llevaba esperando y desesperando, de habérselo propuesto, podía haber escrito una novela tan historiada y colmada de desgracias como cualquiera de las escritas por las hermanas Brontë, por ejemplo.

A ver, que ni abrazos ni besos ni parabienes para ella, sino stop, stop, y cuatro palabras para todos, con la circunstancia desfavorable de que el firmante aún no había puesto pie en el extremo helado de la Patagonia.

Tal había pensado Cósima a lo largo de casi tres años. Ciertamente que en la madrugada del 12 de marzo de 1905, dispuesta a terminar con el terrible insomnio que el tema le ocasionaba, se dijo:

—Fin. No pienso más en León, que no se lo merece. Dedicaré a mi madre todo mi pensamiento y atenciones.

Y, al canto de un gallo de las cercanías, se dispuso a dormir un poquico.

Transcurrido mes y medio desde la desdichada caída de Olimpia, que le estropeó para siempre su precioso rostro, aunque conservara la tersura de la piel y todos sus dientes a pesar de su edad —seguramente porque se había dado mil potingues en la cara y se había lavado la dentadura dos veces al día con perborato sódico—, los que habían vaticinado que se encerraría en casa para no salir se llevaron un desencanto.

Un domingo de abril, de buena mañana, lo que venía temiendo Cósima sucedió. Olimpia le pidió un espejo y la joven se lo entregó sin oponer resistencia, a sabiendas de que la dama había evitado acercarse a su tocador hasta aquel día. La peticionaria estuvo a solas largo rato mirándose en él, y nada dijo ni comentó de lo que viera. Luego ordenó que le prepararan el baño, eligió un vestido color de rosa, una capita de piel, pues el día estaba fresco, y apareció en la salita dispuesta a ir a misa de diez.

Los agoreros, los metomentodo, los correveidiles y sobre todo los que largaron en demasía en el homenaje que la ciudad deparó en el teatro Principal a finales de marzo a don José de Echegaray por su reciente Premio Nobel hubieron de tragarse lo que habían dicho y predicho, cuando Olimpia descendió de su berlina, ayudada por su marido, en la puerta de San Gil. Tomó agua bendita, que le ofreció Luis, se santiguó y conforme se adentraba en el templo para ocupar su lugar, es decir, los reclinatorios que ella y su familia, como benefactores de la parroquia, tenían asignados de tiempo ha, un murmullo recorría la iglesia y la mayor parte de los feligreses, sin poder reprimir la curiosidad, volvía la cabeza o la levantaba buscando hueco entre las muchas que había, para ver a la Castresana, comportándose como si fueran gente garbancera cuando pertenecían en su gran mayoría a las mejores familias de la ciudad.

Olimpia avanzó impertérrita por el centro de la iglesia, entre las dos hileras de reclinatorios, sintiendo trescientas o cuatrocientas miradas —lo que es lo mismo que seiscientos u ochocientos ojos—, primero en su rostro, luego en su cerviz. Sin ruborizarse, sin palidecer, dejando ver de su cara lo que permitía la mantilla. Alta la cabeza, al frente la mirada, afrontando su situación, en fin.

Siguió el rezo de la misa de pie, sentada y de rodillas; respondió a las preces del celebrante; atendió al Evangelio y al sermón; fue a comulgar y, tras el *ite missa est*, saludó a los amigos y conocidos que tenía en derredor y, al abandonar la iglesia, a los que la estaban esperando. Como si nada le hubiera sucedido, como si continuara con su rostro de diosa, como si una cicatriz, todavía muy marcada, no le partiera la frente y la ceja izquierda, como si no tuviera rota la nariz.

La entereza que había demostrado Olimpia a las diez de la mañana, a las once era la comidilla de toda la ciudad. Era comentada y alabada, como no podía ser de otra manera. Pues sobre todo las mujeres y algunos hombres casados que eran capaces de ponerse en la piel de sus bellas esposas, es decir, en la tesitura de que una fémina

hubiera sido hermosa y, de la noche a la mañana, a causa de un traspié, se hubiera tornado fea, e incluso hombres y mujeres que, siendo feos de nacimiento, no habían dado importancia al hecho de la hermosura, fueron capaces de reconocer palmariamente que la accidentada había estado espléndida en su actuar, y así lo comentaron sin paliativos. Y los que, a la tarde, tuvieron el privilegio de asistir a la tertulia de la señora de Orencio Castellano, que tenía previsto narrar a sus invitados el susto que pasara cuando, paseando por el Canal Imperial de Aragón —singular obra hidráulica realizada por Pignatelli en el siglo XVIII—, se desbocaron los caballos de su coche, éstos también pudieron contemplar a Olimpia mostrando la misma naturalidad que por la mañana.

En casa de Castellano resultó que la dueña, doña Emilia Villarroya, dio asiento a la Castresana a su lado, por distinguirla, como siempre había hecho con ella y eso que su marido se dedicaba también al negocio de la banca y eran competencia, y que ella aceptó la butaca de grado, dejando ver todo su rostro, pues el sombrero que llevó por la tarde tapaba menos que la mantilla de la mañana. Así las cosas, ambas fueron el centro de todas las miradas. La narradora disfrutó, pues todos los presentes la escucharon con suma atención. Olimpia sonrió y no hizo más gestos.

Contó doña Emilia que, pasado el puente de América, el que lleva al cementerio y entrado su carruaje en la ribera del canal, se encabritaron las bestias, a causa, tal vez, de haber visto o sentido o de haberse cruzado una culebra o rata o perro con ellas, y que ambas, desbocadas y sin atender las voces del cochero, emprendieron alocada carrera por el sendero acercándose peligrosamente al borde del agua, sin ver lo que había o sin que les importara caer en ella, o ciegas de miedo tal vez:

—El caso es, amigos míos, que la berlina iba dando tumbos y que, en cualquier bandazo, podía precipitarse al canal con funestas consecuencias, sobre todo para mí, que iba dentro del coche. Pese al terror que me embargaba y haciendo acopio de valor, logré sacar la cabeza por la ventana y preguntar al cochero: «Ramón, Ramón, ¿qué pasa...?». Tonta de mí, porque sabía perfectamente lo que sucedía... El caso es que vi al bueno de Ramón de pie en el pescante, con las riendas en la mano tratando de dominar a los animales, gritando: «¡So, so...!», y llamándolos por su nombre... Y vi que el hombre me hacía señas para que me metiera en el coche... Pero lo que yo sentía, queridos amigos, era que, de un momento a otro, el vehículo había de precipitarse en el agua y que la peor parada sería yo, pues me quedaría atrapada en la madera del carruaje y, sin remedio, me ahogaría... Me encomendé a Santa Rita, patrona de los imposibles, después de ordenarle a Ramón que no pensara en mí y se salvara, aunque luego supe que no me oyó, tanto era el rechinar de las ruedas que levantaban chispas contra las piedras del camino... Y fue que, de repente, un jinete se presentó en el flanco derecho del carruaje y, durante un tiempo, cabalgó a la par que nosotros hasta alcanzar, con peligro de su vida, pues mis caballos seguían locos, la rienda de uno de ellos y pudo asirla por el bocado... Y a poco, los bichos disminuyeron el galope y, tras un breve trote, volvieron a andar al paso... Al

principio, me pareció milagro y, en mi ofuscación, llegué a creer que el caballero era el arcángel San Miguel y di las gracias a Santa Rita... Pero era el intrépido Luis Pérez Cistué, que andaba por allí paseando en su montura... Detenido el coche, a Dios gracias y a Cistué, éste, consumado jinete, restó mérito a su hazaña, ya conocen ustedes que es persona de natural humilde, y me explicó que su yegua estaba en celo, hecho que no pasó desapercibido a mis caballos, que eran machos y se detuvieron por tener querencia de hembra.

»Después, todos nos encaminamos a la Quinta Julieta y allí Cistué nos invitó a un refresco y, poco a poco, me fue disminuyendo el sofoco y retirando el susto, que fue grande, pese a que no soy mujer de melindres. Lo cierto es que al pobre Ramón, a mi cochero, se le descoyuntó un brazo, y lo lamento... Cistué, que es hombre discreto, conoedor de lo que yo iba a contarles, ha excusado su presencia... Bien, pues ésta fue mi aventura.

Al terminar el relato, la dama tomó un *canapé* de la bandeja que le ofrecía una de sus doncellas y, después, se mojó los labios en una copita de moscatel, a la par que recibía un sentido aplauso de sus invitados, que se acercaron a ella para pedirle más detalles.

Cuando Olimpia se despidió de la Villarroya, la dama la retuvo un poquico:

—Por un tris no nos hemos matado las dos, querida.

—Tiene usted razón, doña Emilia.

—¿Cómo fue lo suyo? ¿Qué le sucedió?

—Si me lo permite usted, prefiero no hablar de ello...

—Hace usted bien...

Y fue a continuar, pero intervino la viuda de Dulce, que estaba allí, sosteniendo:

—Hace usted bien, Olimpia, tampoco yo he querido nunca hablar de mis partos. Jamás lo he hecho porque los recuerdo con terror, y todavía me producen más miedo que el que acabo de sufrir con la narración de los caballos desbocados de doña Emilia...

—A mí me gustaría decirle, Olimpia, que, pese al terrible momento que pasé, he sacado algo bueno de mi accidente: he visto que me quieren próximos y lejanos y por ello doy gracias a Dios y doy por buena la malandanza.

—No había pensado en ello, pero tiene usted razón, con su acertada observación acaba de proporcionarme un buen motivo de regocijo.

Tal respondió la Castresana y se despidió de aquellas damas, aunque salió de la casa del brazo de Cósima, preguntándose si las caras de espanto, si las lágrimas que atisbo en los ojos de algunas señoras y si los rostros circunspectos de los caballeros se debían a la narración de la Villarroya o a su desgracia personal, porque para ella que la habían mirado más que a la otra. Pero, pronto, desechó su mal pensamiento en razón de que el relato de su amiga, en cuanto a relato, merecía mil alabanzas y, en cuanto al feliz desenlace de su aventura, mil felicitaciones, mientras que, si su rostro merecía conmiseración, habría de quedarse con ella, con la conmiseración y con él,

con el rostro. Además que Cósima, cuando ambas se acomodaron en el coche, le adivinó el pensamiento y le dijo:

—Mamá, es normal que la miren, pronto dejarán de hacerlo...

—¿Tú crees, hija mía, que se acostumbrarán?

—Por supuesto. Hoy ha pasado usted la prueba de fuego...

En efecto, Olimpia había pasado la prueba de fuego, pero le dolía terriblemente la cabeza y, al llegar a casa, se fue directamente a la cama.

Al día siguiente, los periódicos de la ciudad: *Heraldo de Aragón*, el *Diario de Avisos*, *El Noticiero* y los demás, no escatimaron crónica del *buffet* de la señora de Castellano. En concreto, en el *Heraldo*, el joven periodista Álvaro Mujía, que de gacetillero había pasado en poco tiempo a ser cronista de sociedad, habló de la Villarroya, pero mucho más de la Castresana. De los accidentes de ambas damas, los dos con final feliz, y terminó diciendo que Olimpia estaba más bella y elegante que nunca y que tenía mucha «mundología», palabra de moda cuyo significado no tuvo que explicar, pues resulta fácil de entender.

—Mire, mamá, lo que dice el *Heraldo*: que está usted más bella que nunca —le comentó Cósima cuando las dos terminaron sus *toilettes* y se acomodaron en la mesa de la salita a leer la prensa.

—¿Quién lo dice?

—Lo firma Álvaro Mujía.

—Lo conozco, es el hijo de Pepe Mujía. Se lo recomendó tu padre a don Antonio Motos, el director del periódico, y el mozo me ve con buenos ojos...

—Con buenos ojos la vieron todos. La miraron todos, sí, pero ninguno lo hizo más de la cuenta. Se lo digo yo, que estuve atenta. Se comentaba con elogio que estaba usted muy natural, como si no le hubiera pasado nada. Se notaba también que todos la aprecian...

—Eres una buena hija, Cósima.

Del golpe, a Olimpia le quedaron dolores de cabeza, fuertes dolores de cabeza, que, por si fuera poco, le revolvían el estómago produciéndole también catarro intestinal. Al principio fueron esporádicos, pero pronto se convirtieron en permanentes y le duraban uno o dos días. Se trataba de jaqueca, según diagnóstico de López-Tass. A consecuencia de ella, había de tenderse en la cama con el balcón cerrado, pues le incomodaba la luz, y permanecer con la puerta de su gabinete entornada. El servicio de la casa tenía órdenes severas de no hacer ruido, pues sólo le aliviaba el silencio y la estricta soledad.

Le decía López-Tass en sus visitas diarias que mejoraría, pues que la jaqueca, dolencia bastante común por otra parte, empieza manifestándose con intensidad hasta

tal punto que el enfermo ha de estar un día o dos o tres acostado con fuerte dolor de cabeza y a menudo con trastornos de estómago —la fase en la que se encontraba Olimpia—, pero le aseguraba que, Dios mediante, pronto el dolor se espaciaría y le vendría a lo máximo una vez al mes hasta desaparecer en los años próximos.

Tal sostenía el médico, pero se sucedían los días, y ella no adelantaba. Es más, el dolor de cabeza, conforme transcurría el tiempo, se le presentaba con más frecuencia. Lo único que le mejoraba era la cicatriz, que, perdida la rojez, disminuía. Pero, como el galeno le decía que pronto se recuperaría, y ese «pronto» no llegaba, sino todo lo contrario, Olimpia empezó a creer que ya no se recuperaría del todo.

El caso es que, hasta la ofuscación que sintió saliendo del cinematógrafo y que provocó lo que, después, llamó «accidente» para que la entendieran todos y por dar nombre al desdichado suceso, aunque no fue tal, pues no tropezó, sino que perdió momentáneamente el sentido, había sufrido algún dolor de cabeza, ciertamente, pero, desde que le desaparecieron los morados, los padecía a diario con visos de convertirse en permanentes.

Hoy, sin remontarse más atrás, había desayunado en la cama, se había bañado, se había sentado en la salita a leer la prensa. Le había llamado la atención el anuncio de La Gota de Leche, establecimiento situado en la calle Espoz y Mina, que analizaba el producto y lo vendía libre de gérmenes y, como buena ama de casa que era, siempre atenta a la salud de los suyos, se dispuso a llamar a Úrsula, pues se adujo que sería bueno adquirir en dicho comercio alimento tan necesario. Ciertamente se detuvo un instante, pues le advino un escalofrío cuando pensó en los gérmenes, en aquellos bichitos que era menester imaginar, debido a que, según explicaciones de Jorge, aunque estaban en todo lo vivo y en lo muerto hasta que lo muerto se moría del todo, resultaban invisibles al ojo humano, dado que sólo son visibles a través del microscopio, una lente igual o similar o desigual o contraria —que Olimpia no lo había entendido— a la de los anteojos del teatro, que, en este caso, servía para ver lo invisible. Y no había hecho esfuerzo, no había hecho nada, en realidad, y ya sentía fatiga. No obstante, llamó a la cocinera:

—Úrsula, envía a Pilara a la calle Espoz y Mina a comprar dos litros de leche en La Gota de Leche.

—¿La señora ya no quiere la que nos trae la lechera?

—Sólo quiero probar ésta... La anuncian en el periódico.

—¡Ah, bueno!

—¿Cómo comprendes que voy a despedir a la Paca? ¿Así se llama, no? La Paca nos sirve desde que me casé... ¿Crees que no aprecio que venga cada día en su tartana y que suba sus cántaros, que pesan un quintal?

—Lo que mande la señora.

Pero la señora no mandó nada más. La señora, que no madrugaba precisamente, aquel día y otros días que vendrían, a las doce del mediodía no podía soportar el dolor de cabeza y había de tenderse en la cama y no comía por falta de gana, y no le

aliviaba la aspirina. Sólo le mitigaban el dolor las grageas de opio, que la adormecían durante horas y la alejaban del mundo entre sueños intranquilos, lo que no era plan. Además, para complicar su estado de salud le vinieron sofocos. Los sofocos que, antes o después, les vienen a todas las mujeres sin fecha fija, y se le juntaron con lo otro.

López-Tass, tras estudiar a fondo su caso, le mandó tomar unos sellos compuestos de aceite de raíz de onagra, pétalos de pavolina y corteza de sauce, que no le hicieron favor. Lo mismo sucedió con las friegas de bálsamo chino y pétalos de espino albar, que Cósima le extendía todas las mañanas en la parte dañada de la cabeza. Y otro tanto, con las sanguijuelas que, por aumentar el tratamiento y tras raparle casi media cabeza, le aplicaba el barbero de don Luis, un día sin otro, en la parte herida, bichos que, cuando se habían engordado con toda la sangre de la enferma que les había sido posible succionar, se caían por su propio peso, y el hombre los volvía a introducir en el frasco para llevárselos. Y las muchas infusiones de valeriana y la mucha leche de burra que hubo de beber la incomodaron en extremo, pues que pasaba los días y las noches en un pis.

A Luis y a Cósima, cuando la veían postrada en la cama, les venía congoja al corazón y le pedían que se dejara visitar por otros médicos, pero ella se negaba una y otra vez:

—López-Tass siempre ha sido mi médico y ha demostrado ser un excelente profesional. Además, se lava las manos, lo que no hacen otros... Y, en otro orden de cosas, el padre Dosset viene a confortarme con la comunión y mi prima Adelaida me ha traído un frasquito de agua de Lourdes, si he de sanar, sanaré...

Así rechazaba Olimpia la propuesta.

—Es como si quisiera morir sufriendo —se quejaba Luis a su hija.

—No lo entiendo, papá —respondía Cósima y se iba a llorar a su habitación. A hacer varios ofrecimientos a Dios: primero, su vida a cambio de la de su madre y, segundo, vestir toda su vida, toda, el hábito de nazarena, es decir, un vestido morado de lana burda y sujeto con un cinturón amarillo, durante toda su vida, ya fuera invierno o verano.

A mediados del mes de abril, como Olimpia no salía de casa, ni siquiera a misa, se estaba quedando en los huesos, sentía la boca como un estropajo y a momentos apenas tenía voz, y lo poco que hablaba era para decir que veía doble, Luis convocó en su despacho de la banca a dos prestigiosos médicos, uno de Zaragoza y otro de Madrid, y a López-Tass, para encargarles que visitaran a su esposa uno tras otro, se reunieran en sesión clínica, diagnosticaran la dolencia y le pusieran tratamiento.

Pero, para entonces, la dama ya era consciente de que se moría y, a no ser porque existían Luis, Cósima, Jorge y sus criadas, que la querían y ella quería de verdad, lo hubiera tenido por bendición. Tan dolida, tan doliente estaba, y eso que nadie le había

mencionado el nombre de León al menos de dos meses a esta parte y, además, tenía la habitación llena de flores y de cajas de bombones que le enviaban sus amistades, así como multitud de oraciones, tales como los trece martes de San Antonio o la novena a San Expedito. Pese a todo ello, poco le hubiera importado dejar este mundo cuanto antes para terminar de una vez con su enfermedad, que se agravaba conforme se sucedían los días y las noches, para convertirse en agonía; que de cuatro días a esta parte, veía doble y había de taparse un ojo para ver sencillo y no volverse loca; tal pensaba.

Por eso, al llegar a esta etapa de su vida, que Olimpia llamó su punto final, le entró prisa por dejar bien arreglados sus asuntos, hizo esfuerzo y, entre sello y sello de raíz de onagra y gragea y gragea de opio, citó a Jorge, no como amigo, pues de ese modo lo veía varias veces todos los días, sino como su administrador que era:

—Jorge, dígame usted cuánto dinero tengo de bienes privativos y dónde lo tengo invertido. Dígamelo cuanto antes, por favor —se expresó con la voz fatigada.

Al día siguiente, la dama supo que tenía dos campos, uno en Torrero de doscientas hectáreas, otro en la Almozara de cien, cultivados por varios medieros. Cuatro casas de vecinos en las calles de Casta Álvarez, Torre Nueva, Coso Bajo y Palafox, arrendadas. La torre de Caspe... Acciones de cuarenta sociedades, cédulas hipotecarias, deuda perpetua y exterior, etcétera.

—Valóreme estos bienes, Jorge, por favor.

Maestro ya los había valorado:

—Rondando el millón de pesetas. Tenga en cuenta que el precio de los valores varía. He puesto el de la cotización de ayer.

—¡Caramba...! Ha sido usted un excelente administrador. Heredé de mis padres cincuenta mil duros.

—He comprado y vendido con los poderes que me otorgó. En lo que más ha ganado usted es en Bolsa.

—Ahora, necesitaré que me diga, amigo Jorge, ¿cuánto me corresponde de bienes consorciales?

Al día siguiente, supo que de los bienes comunes de su matrimonio le correspondían más o menos quinientas mil pesetas en acciones de varias compañías mercantiles y quinientas mil en valores de la Banca Arriazu y Maestro, un valor cien por cien sólido, y en auge. Pues lo que le dijo Jorge:

—Nuestro negocio tiene muchos novios. Nos quieren comprar varios inversores tanto provinciales como nacionales.

—¿Los títulos de propiedad de bienes inmuebles y muebles están en la banca?

—En la caja fuerte; de ella sólo tenemos llave Luis y yo...

—Le agradezco su información... —acababa Olimpia.

Y, cada vez con más frecuencia, le pedía a Cósima la gragea de opio para, tan pronto le hiciera efecto, volver a adormecerse, eso sí, con el propósito de levantarse a cenar o comer o a tenderse un ratico en la *chaise-longue*. Y, si alguna vez conseguía

hacerlo, animaba a su familia —que, vaya, ya no estaba compuesta por tres personas, sino por seis, pues que Olimpia veía doble—, a sabiendas de que ninguno de sus seres queridos, dada su situación, podía alegrar el rostro:

—¡Ea, Luis, Cósima y usted, Jorge, alegren esa cara...!

Ni siquiera Jorge, que últimamente, tras facilitarle la información financiera, salía de la habitación de su administrada con los ojos enrojecidos e iba a lavárselos en la jofaina del *water-closet*, para luego subirse rápido a su casa y permanecer largo tiempo escondido en su despacho. ¡Qué escondido, refugiado para que nadie lo viera llorar...!, pues que no podía reprimir amargas lágrimas. Con motivo.

Porque, ay, Jesús bendito, él, el pobre Jorge —tal adjetivo anteponeía a su nombre en las soledades de su despacho mientras conseguía borrar la huella dejada en su rostro por las lágrimas que habían luchado con ahínco por brotar de sus ojos mientras hablaba con Olimpia—, dudaba de que hubiera acertado inventándose, inventándose tal como suena, el personaje de Pepita Desclaus, su novia fallecida a punto de casarse con él, en el año en que estuvo trabajando de oficial de tercera de contabilidad en el Banco de España en Madrid.

Se aducía que le había sido muy útil para vivir en sociedad inventarse a la novia que siempre dijo haber tenido y a la que siempre dijo haber amado y por cuya memoria, él, un hombre que lo tenía todo, no salió de soltero, y eso que le fueron casamenteras y hasta alcahuetas de profesión con multitud de proposiciones. Le había resultado extremadamente útil, en efecto, inventarse aquella novia muerta de tisis en la flor de la edad porque cualquier persona que escuchara de sus labios, o de labios de otra, su triste historia y el relato de su truncado amor aceptaba sin reservas la existencia de aquella pasión romántica, propia de poeta, a lo menos de Bécquer o de Espronceda, y guardada por siempre jamás en el corazón del banquero. Y nadie que hubiera conocido sus tristes amores había dudado jamás de la existencia y muerte precoz de la señorita Desclaus, descanse en paz la señorita Desclaus, pues que, ciertamente y según rezaba una lápida de un cementerio madrileño, había existido y muerto en plena juventud, claro que a saber de qué.

Lo que Jorge no tenía nada claro es que la invención de la señorita Desclaus, como personaje estante, presente y viviente durante su corta vida, hubiera sido de utilidad para su corazón, un corazón más que sensible, por otra parte. Porque jamás había convivido con tal personaje... Tenía oído —y podía hablar de literatura con cierta autoridad, pues era lector infatigable y había escrito varios sonetos de apreciable calidad, que nunca se había atrevido a presentar a los Juegos Florales, por no llevarse un disgusto si le hubieran sido rechazados— que los autores literarios conviven con los personajes que crean mismamente como si fueran personas reales, aunque sólo existan en, su imaginación, pero a él nunca le había sucedido tal. Nunca jamás se había detenido a imaginar qué prendas adornarían o qué carácter tendría ni qué le gustaría ni qué le disgustaría, ni si se hubiera llevado bien ni si hubiera congeniado con la señorita Desclaus. Hecho que le llevaba a decir, a decirse, que la

dicha señorita fue un mero recurso que utilizó para hacer frente a una necesidad.

De repente, se encontró en Madrid más contento que unas pascuas, con un buen trabajo, con promesa de otro mejor en Zaragoza, eso sí, ahorrando todo lo que ganaba y sin permitirse gastar un céntimo en un café ni en un refresco ni en un libro ni en una entrada de teatro ni, en otro orden de cosas, en mandarse coser una camisa, pues que debía juntar quince mil pesetas para poder entregarlas de aval a don Juan Bruil, presidente del Banco de Crédito de Zaragoza —entonces recién constituido—, y hombre de pro, que le había ofrecido el puesto de cajero en su establecimiento, empleo que, a más de persona honrada, precisaba tamaña cantidad de aval... Y eso malviviendo, malcomiendo, aunque siempre pensando en la mujer que amaba, unas veces alegrando sus noches, otras estropeándolas con la imagen de la bella y rica señorita Olimpia de Castresana, de la que se había enamorado de chico viéndola sentada en la terraza del café Suizo ante un granizado, acompañada de su señora madre. Damita a cuya mano, dada su situación laboral y que no tenía dinero de casa, nunca podría aspirar... ¿O sí?, porque, pese a que trabajaba de día en el Banco de España y de noche llevando la contabilidad de varias empresas y, en ocasiones, prestando por las tabernas a personas en apuros dos pesetas y a otras cuatro, para que le devolvieran cuatro y ocho, respectivamente, su fortuna había comenzado al invertir en Bolsa cinco duros, pues algunas acciones dispararon su cotización. Y pronto, muy pronto, pues siguió con la suerte de su lado, consiguió las quince mil pesetas para el aval y se dispuso a regresar a Zaragoza con un capitalito que le permitía pretender a su amada, a la distinguida señorita Olimpia de Castresana.

Tal recordaba Jorge Maestro, arrellanado en el sillón del despacho de su casa, o en el de la banca, donde era incapaz de sumergirse en los papeles, o en una de las butacas situadas al pie de la cama de Olimpia, en una él, en otra Luis. Se interrumpía, claro, pero volvía, volvía a sus pensamientos de día y de noche.

Pero fue mala suerte que, cuando había logrado acumular catorce mil novecientas pesetas en la cartilla de ahorros, Luis Arriazu, su mejor amigo y luego socio, le escribiera comunicándole que había pedido la mano de la mencionada señorita, encareciéndole que fuera testigo de su boda. A los dos días, ay, recibió la invitación, y, claro, su corazón se partió por la mitad, qué por la mitad, se rompió a pedazos y se sumió en la miseria más completa. Porque, en sus soledades matritenses, no se había quitado de su mente a la señorita Olimpia y, además, había hecho mil cábalas sobre su cada vez más posible noviazgo, matrimonio y vida en común.

Pese al tremendo disgusto, que le llevó a perder diez kilos de peso, acudió a la llamada del amigo, pues no en vano lo era desde que entraron los dos, a los seis años, en el colegio de los Escolapios, y con el corazón deshecho fue testigo de una boda de postín, sin que le doliera haber empleado trescientas pesetas de sus ahorros en hacerse un sombrero de copa y un traje de etiqueta, un *jaquette*, un chaqué, como se pronuncia en castellano.

Y en ésas estaba, pero entraba Luis o el cajero o el interventor en su despacho de

la banca, y le interrumpían. No obstante, en cuanto podía, tornaba a sus remembranzas.

¡Ah, qué ingenuamente había hecho el cuento de la lechera cuando era un pollo...!, y qué pronto se le habían roto los huevos, se le había muerto el cerdo y las gallinas, lo que fuere, en fin, que a su edad no lo recordaba bien... Y se veía a sí mismo hacía veinticinco años, joven y apuesto, con el corazón desbordando miseria, pero diciéndose que no tenía motivo de queja. Porque, en puridad, Luis se había casado con Olimpia ignorando por completo su amor por la dama e, ítem más, los planes que su mejor amigo tenía para ella. Además que, en realidad, Luis le había demostrado la amistad que siempre le tuvo pidiéndole que fuera testigo de su boda y la siguió confirmando cuando volvió a Zaragoza, pues lo invitaba a menudo a comer a su casa. E iba, claro, cómo no había de ir si, mientras estuvo en Madrid, hubiera dado una mano por cruzar cuatro palabras con la señorita Olimpia. Pero no fueron cuatro palabras, no, fueron muchas más las palabras que intercambió con la dama, porque él supo estar en su sitio y, como caballero que era y hombre de bien, respetó a su amigo y a la bella esposa de su amigo, que, maldita sea, era hermosa como las estrellas del cielo. Y, como Olimpia gustaba de su conversación y conforme pasaban los meses lo invitaba, no sólo a su tertulia, sino a comer a su casa, puesto que, para entonces, Luis y él ya estaban en conversaciones para fundar la Banca Arriazu y Maestro, y dispuestos a abandonar sus empleos de cajeros en el Banco de Crédito de Zaragoza, resultó que la dama lo invitaba a comer un día sin otro. Y, cuando quedó vacío el piso de arriba de la casa de Luis, y él lo alquiló, y los amigos abrieron la banca, creando otros intereses entre ellos, aparte de la amistad, ya fue a comer a diario, y muchos a cenar también, pues la mujer que tomó por cocinera guisaba francamente mal, o acaso fuera que Úrsula, la cocinera de Olimpia, guisaba demasiado bien y entonces, entonces, fue cuando se tuvo que inventar la triste historia de Pepita Desclaus.

Creó el personaje de la joven Desclaus por necesidad, porque no permaneció ajeno al rumor que corría por las tertulias de casas particulares y cafés: a aquella calumnia de que Olimpia engañaba a su marido con él, y aquella otra todavía peor de que Luis y él eran maricones. Y para evitar tamañas murmuraciones, en el primer viaje que hizo a Madrid, se llegó a la Sacramental de San Justo en un coche de punto, anduvo un tiempo por allí, el que le costó encontrar una tumba de una chica joven, fallecida seis meses antes de la boda de Arriazu, muerta en lo mejor de su vida, y la hizo su novia. Luego contó lo que contó, aunque no mucho.

El primero en conocer su desgracia fue Luis, que a su vez se la narró a Olimpia, y Olimpia se conmovió y lo invitó también a cenar, de tal manera que la cocinera de Jorge abandonó el fogón, que se le daba muy mal, y se convirtió en ama de llaves y le llevó la casa a satisfacción. Y, aunque a algunos de los ciudadanos que oyeron el relato de los infelices amores de Maestro les extrañó que no pudiera remediar su pena y que no tratara al menos de enamorarse otra vez y ser feliz, como aún coleaban las

ideas románticas en la sociedad española, la mayoría lo entendió muy bien, y ya se acallaron las voces que hacían a Olimpia adúltera y a Luis y Jorge, maricas.

Pero, él, Jorge, veinticinco años después de aquella triste invención, pues triste le resultó, no había disminuido su amor por Olimpia, y Olimpia, Dios no lo quiera, estaba a las puertas de la muerte. Por eso rememoraba el pasado y no sabía qué hacer en el presente, si hablarle de su profundo amor en algún momento en que dejara de hacerle efecto el opio, o continuar con su secreto hasta el fin de sus días. Y ya fuera por su antiguo pesar, ya fuera por el nuevo, el caso es que no sosegaba.

Cósima, que, por deseo expreso de Olimpia, estaba presente cuando Jorge le informaba del estado de sus posesiones y finanzas, se apercibía de la congoja del banquero y le decía a su madre cuando se quedaban solas:

—Mamá, no sé quién está más apenado por su enfermedad, si papá o tío Jorge...

—La más apenada soy yo, porque pronto os dejaré a todos...

La joven, al no recibir respuesta adecuada, cambiaba de tema:

—Mamá, ¿por qué ha querido saber el dinero que tiene?

—He de tomar mis precauciones. Y atiende, porque, aunque se tenga administrador, es necesario saber lo que se posee, ¿comprendes?

—¿Acaso no confía en Jorge?

—Sí, confío en Jorge y en tu padre. De ambos me fiaré mientras viva... El caso, hija mía, es que quiero dejar todo arreglado.

—¡Mamá, no diga usted esas cosas...! —se enojaba Cósima y las más de las veces salía corriendo del gabinete de su madre para refugiarse en el suyo y llorar. Pero volvía, claro, siempre con los ojos rojos, para encontrarse a su padre y a tío Jorge sentados en sendas butacas a los pies de la cama de Olimpia, sin hablar, ora mirándola, ora mirando al infinito. Luis abandonando su tertulia de Gambrinus y Jorge sin asistir a los actos que organizaban el Ateneo y el ayuntamiento por el III centenario de la publicación de *El Quijote*, y eso que formaba parte de la comisión gestora; o a alguna de las criadas haciendo lo mismo, si bien, de pie.

Y es que en la plaza de la Constitución, 3, principal, no sólo lloraba Cósima, no. Sollozaban todos, unos con el alma, los hombres; otras, las criadas, con las glándulas pertinentes, a veces acompañadas de la lavandera o de la planchadora o de la manicura. Empezaba una y seguía otra:

—¡Pobrecica la señora!

—Hemos tenido muy buena ama. Nos ha pagado bien. Nos ha dado la ropa que no usaba para que nos hiciéramos vestidos nuevos...

—Mil veces me dijo que comprara para nosotros la misma comida que los señores comen en la mesa —informaba Úrsula—, pero, como la miel no está hecha para la boca del cerdo, y no nos gusta, para nosotros siempre compro para hacer caldero o pote...

—Conmigo también fue buena, me dio la ropa de Cosimina para mis hijas — explicaba la planchadora, que era vieja en la casa.

—¡Pobrecica la señora...! —gemía Teolinda—. Conmigo se portó siempre muy bien. No le importó lo de mi marido... Otra señora me hubiera echado a la calle.

—Lo he de sentir —añadía Pilara.

—A mí me pagó un real más de lo que acordó conmigo desde el primer día que vine a trabajar a esta casa —descubría la lavandera.

—¡Ostras! —se asombraba Teolinda.

—Todos lo hemos de sentir —corroboraba Úrsula.

Pero, cuando las sirvientas estaban solas, la conversación era más íntima:

—Los señores también lo sienten. Don Luis está descompuesto.

—No duerme apenas, eso le dice a don Jorge.

—En esta casa hace meses que no se duerme, pues todas las mujeres nos turnamos para cuidarla...

—Yo creo —intervenía Teolinda— que el señor, aunque lo sienta mucho de primeras, enseguida se volverá a casar, como hacen los hombres que no pueden estar sin mujer.

—El señor es viejo ya.

—No importa.

—¿Acaso no tienen *meropausia* o como se diga?

—No. Sólo cuando son viejos, muy viejos...

—¿Cómo lo sabes, Úrsula?

—¡Lo sé porque lo sé, maja!

—¡Ah, lo sabes por Bartolo!

—¡No mientes a Bartolo, majadera...!

—¡No me insultes! —amenazaba Teolinda levantando el puño.

—¡Ea, ea, haya paz! —terciaba Pilara.

Olimpia no deseaba que la visitasen otros médicos, pero como su marido e hija se enfadaron con ella y amenazaron con no hablarle más, con marcharse de viaje a París y abandonarla a su suerte, y como Jorge también insistió, el segundo lunes de abril, después de desayunar, recibió a un dicho García del Valle, catedrático, miembro de la Real Academia de Medicina de Zaragoza y hombre de fama, al que había saludado alguna vez en alguna recepción. Lo recibió en la cama, con sábanas recién cambiadas y con una mañanita por los hombros.

El galeno le preguntó por el proceso de su enfermedad, sus antecedentes, es decir, si le había dolido la cabeza antes del golpe. Hizo que le relatara la caída de principio a fin, que le señalara el lugar exacto del dolor y lo palpó, así como la marca de la cicatriz, las sienes, los arcos superciliares, los ojos y la nariz. Lo hizo varias veces. Luego la interrogó sobre el dolor, si era grande siempre o grande a ratos, si, en su grandeza o en su pequeñez, era continuo o discontinuo, si movía las extremidades, si se cansaba de estar levantada o sentada o de andar, si había observado que el dolor se le hubiera extendido a otras partes del cuerpo, si estaba en la edad crítica, y sobre las enfermedades de sus padres y muerte de los mismos.

La dama le contestó que con anterioridad alguna vez le había dolido la cabeza ciertamente, que había sufrido de tanto en tanto media jaqueca, pero que, tras el golpe, cada vez había ido doliéndole más, empezando con dolores más o menos agudos hasta que había llegado a un punto en el que le dolía constantemente. Que movía las extremidades, sí, pero que se cansaba de todo y, lo peor, que no tenía gana de nada, ni de hablar ni de comer ni de pensar ni de leer, cosas que, por otra parte, no debía hacer, pues que se las tenía prohibidas su médico de cabecera. Que había iniciado la edad crítica y que los sofocos, que se le habían presentado en mala hora, en momento inoportuno, también la fastidiaban sobremanera. Que, últimamente, veía las imágenes dobles, que veía a dos maridos, a dos hijas, dos platos, dos tazones, dos cucharas... Y terminó con que su padre murió del corazón siendo ella muy chica y su madre de hidropesía. Y ya le explicó el tratamiento que le había impuesto López-Tass, desde la primera receta hasta la última. La última: un enema diario de agua de malvas, que tampoco le hacía ningún favor.

El segundo médico, Martínez Solares, venido expresamente de Madrid, se presentó en el dormitorio de la dama el martes. No le preguntó lo primero que preguntan los médicos a sus enfermos: «¿Qué o dónde le duele?». Como si no le doliera nada, tras saludarla, le rogó:

—Cuénteme los hechos tristes de su vida, los que le han hecho mella, los que le han ocasionado un trauma.

Olimpia dudó y tardó en responder:

—El fallecimiento de mi señora madre fue muy doloroso para mí...

—¿Y la muerte de su padre?

—La muerte de mi padre no la recuerdo. Murió cuando yo tenía cuatro años... No obstante y pese a la corta edad que tenía, retengo una imagen de mi madre llorando...

—No me refiero a hechos naturales de la vida, como la muerte de los padres... ¿Se le ha muerto algún hijo? ¿Ha tenido abortos?

—No, señor.

—¿Le ha sucedido a usted alguna cosa que la haya perseguido a lo largo de su vida?

—No, doctor.

—¿Guarda usted en su mente alguna imagen de algo malo o vergonzoso que hiciere de niña o de algo que hubiera presenciado y no debiera haber visto?

—No le entiendo...

—¿Hizo usted alguna travesura que se pasara de la raya?

—No, señor. Nunca he hecho nada que hiciere mal a nadie, al revés. De siempre he hecho mis caridades...

—Lo sé, pero no me refiero a eso.

—¿A qué se refiere?

—¿Vio usted algo sucio en su niñez que le dejara marca?

—No, señor. Mis padres fueron muy buenos cristianos... ¿Qué me pregunta usted?

—Hábleme de sus infelicidades...

—He sido y soy muy feliz, doctor.

—Dígame qué le corroe y le pondré un tratamiento que le quitará los dolores de cabeza. Considéreme su confesor...

—Nada me corroe, doctor. Siento que me voy de este mundo y mi confesor, que es un sacerdote, me ayudará en mi último trance...

—¿Tiene sueños fijos? ¿Tiene miedo o terror por alguna cosa? ¿Qué sueña, señora mía?

—Perdóneme, doctor, me duele mucho la cabeza... A mediodía comienza a dolerme...

—Haga usted un esfuerzo. Es importante que responda a mis preguntas para que pueda analizar y estudiar lo que guarda su subconsciente. ¿Qué sueña? ¿Está contenta con su lugar en el mundo? ¿Ama a su señor marido? Dada su edad y los usos sociales, ¿ha sido relegada en el corazón de su esposo? ¿Acaso tiene celos de su hija? ¿Ha echado de menos la figura de su padre? ¿Su marido vino a sustituir a su padre? ¿Ha sido su marido protector con usted? ¿Qué sintió cuando contempló su nuevo rostro en el espejo? ¿Qué, qué?

—¡Oh...! Perdóneme, doctor, me fatigo... —terminó Olimpia y, dando por acabada la visita, hizo sonar la campanilla para que entrara Cósima, que esperaba en el pasillo.

No mentía Olimpia, no. Aquel médico le había agudizado el dolor de cabeza con aquella torrentera de preguntas a cual más disparatada, y en vez de empezarle a las

doce, como en días anteriores, le había aparecido a las diez y media, con lo cual pasaría peor jornada y ni haciendo un esfuerzo podría hablar con Cósima, tantas cosas que tenía por decirle antes de morir.

Y eso fue, que entró la dama en terrible dolor y hubo de pedir dos grageas de opio, no una, y mandar cerrar la puerta de su habitación, pero, aunque cerró los ojos, los pensamientos no los pudo detener. A más que estaba confusa, qué había oído de labios del galeno: ¿que se convertiría en su confesor? Y, claro, se preguntaba si la ciencia o la demencia estaban sustituyendo a Dios en los países más avanzados de Europa, porque, aunque nunca había oído mentar lo del «subconsciente» a persona culta o inculta, sí que había oído hablar de que el ateísmo campaba por sus respetos al norte de los Pirineos, y se estremecía, claro, pues en qué mundo habría de vivir Cosimina, y la cabeza le dolía más. Lo que no le impedía felicitarse por no haber confesado a aquel médico, o lo que fuere, las pequeñas perturbaciones, pequeñas hasta que llegó una grande, que sufría cuando escuchaba el nombre de León Dulce, pues no era cosa de contar aquello. Entre otras razones, porque ni a mosén Pedro Dosset, su director espiritual, le había dicho palabra. A más que le habían desaparecido aquellos trastornos en concreto. Cierto que sufría otros que no eran causados por León, que eran posteriores.

Las dos eminencias médicas que visitaron a Olimpia, una el lunes y otra el martes, a instancias de Luis Arriazu, se reunieron el miércoles en el despacho del banquero para diagnosticar y tratar de remediar la enfermedad de la dama, con el convocante y López-Tass.

El primero en hablar fue García, a la sazón catedrático de la Universidad de Zaragoza, que se expresó así:

—Tengo para mí, amigo Arriazu, que su esposa, a consecuencia del golpe, padece un tumor en la cabeza, en concreto, en el seno derecho...

Y continuó, tras una breve pausa, hablando ya en términos médicos, para sus colegas:

—La afección comenzó siendo un tumor unicéntrico, pero opino que la hiperplasia inicial afecta ya a buen número de células y se ha extendido por continuidad, dando lugar al crecimiento por aposición, que transforma el tejido sano en morbosos y arrastra a los elementos anatómicos de vecindad, ya sean glandulares, musculares o nerviosos. De antiguo, conocido es que los golpes irritan la zona afectada...

Citó a Ehrlich, Lambert, Levin, Caylord y Ramón y Cajal, sin duda todos prestigiosos galenos, con mucha autoridad. Demostró que el golpe recibido era la causa del tumor, pues que la enferma no tenía antecedentes familiares al respecto. Estimó que era maligno por su rápida propagación, dos meses. Hecho que quedaba suficientemente probado por el incremento de los dolores de cabeza de la paciente, y

refutó que la dolencia fuera jaqueca —la tesis de López-Tass—, pues el dolor no era discontinuo, queriendo decir que no aparecía cada quince o dieciocho días, como las migrañas más rebeldes, sino, todo lo contrario, a diario, a partir del mediodía, cuando la enferma llevaba un par de horas de actividad. Y recomendó que pusieran a la paciente cataplasmas de aceite de linaza en la zona dañada, y que continuaran con las sanguijuelas a diario en toda la cabeza, no sólo en el lugar afectado, para que los anélidos succionaran lo que pudieran del tumor, concluyendo que, si el tratamiento no daba resultado, se extirpara el mal mediante cirugía, llevando a cabo una trepanación —operación consistente en abrir la cabeza de Olimpia por el seno enfermo, para retirar la tumoración y cerrar—, terminando con que, aunque se trataba de una intervención de riesgo extremo, ya la realizaban los antiguos egipcios.

En este momento del diagnóstico de García, Arriazu, que estaba sofocado, se aflojó el corbatín y se quitó el cuello de la camisa guardándoselo en el bolsillo de la levita. Al ver que García había acabado, con un gesto dio paso a Martínez, que primero informó a sus oyentes de sus estudios y experiencia, diciendo:

—Me licencié y me doctoré en Medicina por la Universidad de la Sorbona de París. En 1902, es decir, hace tres años, el doctor Freud, con el que me había carteadado y cambiado puntos de vista sobre determinadas dolencias mentales, ganó la cátedra de Enfermedades Nerviosas en la Universidad de Viena... Me cupo el inmenso honor de que me llamara a su lado para ofrecirme el empleo de adjunto de cátedra. No lo pensé dos veces, señores, hice la maleta, tomé el ferrocarril y me planté en la ciudad del Danubio, consciente de que el método de psicoanálisis de mi mentor estaba haciendo progresar, revolucionando incluso, los estudios realizados hasta la fecha sobre psicofisiología mental.

Al observar las caras de los demás, Martínez se detuvo. Al continuar impostó la voz, creído de que sus colegas no habían oído hablar palabra de Freud y Arriazu menos:

—El método de mi profesor consiste en estudiar el subconsciente del enfermo. En analizar sus sueños, obsesiones, fobias, angustias, temores, miedos, distracciones, olvidos, carencias... es decir, sus tendencias fallidas, para descubrir la procedencia de sus actos o dolencias y sacar lo que lleva en el interior, en el subconsciente, a la luz. Dejando su «yo», es decir, su *ego*, en el lugar que le corresponde...

Ante el estupor de sus oyentes, Martínez no se arredró y siguió:

—A veces el subconsciente del sujeto guarda pena o angustia o miedo o temor, y lo manifiesta sufriendo él mismo, como le sucede a doña Olimpia, que padece dolores de cabeza, que no remiten con fármacos, con verdadero masoquismo, pero también lo revela haciendo sufrir a las personas próximas... Imaginemos, por un momento, que a la enferma que nos ocupa le hubiera dado por volverse cruel con su hija, con sus criados, con su marido, con usted, señor Arriazu, por ejemplo. O lo mismo con personas ajenas a ella, supongamos que hubiera tomado un cuchillo o la pistola que usted, Arriazu, hubiera podido tener en casa y que hubiera salido a la calle y hubiera

acuchillado al primero que pasara o que se hubiera puesto a disparar a los viandantes...

—¿Adónde quiere usted ir a parar? —preguntó Luis con enojo.

—Iba a concluir y lo hago: doña Olimpia no puede tolerar que una cicatriz le parta la cara y menos que se le haya roto la nariz, transformando un rostro bellísimo, según mis informaciones, en uno que produce dentera...

En este punto de la disertación del doctor, sus oyentes enarcaron las cejas al unísono en razón de que Martínez estaba exagerando, pues el rostro de la dama no producía dentera, acaso pena.

—Propongo realizar unas sesiones de hipnotismo para estudiar lo que la dama guarda en el subconsciente...

Y, embalado, explicó:

—El hipnotismo consiste en dormir al paciente hasta que pierde la consciencia. Es un método en el que se toma un péndulo, por ejemplo, y se mueve ante los ojos del paciente para que éste entre en un sueño artificial que, pese a ser sueño profundo, le permite hablar y hasta moverse. Sólo así se puede penetrar en el subconsciente...

Luis fue a preguntar a Martínez, que le parecía un chisgarabís, dónde, en qué parte del cuerpo se alojaba el subconsciente, pero fue López-Tass el que le demandó:

—¿Cómo, señor mío, siendo usted adjunto de ese célebre doctor Freud, no se quedó en Viena y abrió consulta en Madrid?

—Eso —intervino García con socarronería en la voz—, ¿cómo se volvió a España con el brillante futuro que le esperaba en la capital del Imperio Austro-Húngaro, al parecer?

Respondió el aludido:

—Por razones familiares, señores colegas, salí de esa ciudad casado con una madrileña, que no se hizo con el francés ni menos con el alemán, y quiso volver a su patria...

Ante las caras de sorna de los otros dos médicos, Arriazu dio por terminada la reunión sin dar turno a López, y dijo:

—Señores, López-Tass y yo estudiaremos con atención sus sesudas conclusiones y, si tenemos que aclarar alguna cosa, les preguntaremos... Envíenme sus minutas. Ha sido un placer tratar con ustedes, y muy ilustrativo, por otra parte. Muchas gracias.

Idos los doctores, López-Tass, tras hacer constar que él ya le había recetado sanguijuelas a la dama, desechó categóricamente la operación propuesta por García, aduciendo que no la resistiría y defendiendo lo que venía sosteniendo: que Olimpia padecía jaqueca. Luego, explicó una vez más a Luis y a Jorge, cuando se les unió, primero en lenguaje vulgar, que la jaqueca ataca en un lado de la cabeza, durante intervalos más o menos duraderos, cierto que en Olimpia muy duraderos. Y luego, en lenguaje médico, volvió a exponer que la migraña es una enfermedad nerviosa caracterizada por cefalalgia lateral y periódica, que, por lo general, va asociada a

trastornos sensoriales o digestivos. Lo que le sucedía a Olimpia, ¿o no? Y mantuvo que la enferma había de guardar reposo, y no hablar ni escribir ni leer ni recibir visitas, es decir, lo que venía haciendo bajo su prescripción. En cuanto a los remedios del catedrático, aceptó el de las cataplasmas de aceite de linaza, pero desechó categóricamente, siquiera mentarle, lo de la trepanación aduciendo que quería evitar a su paciente cualquier mal trago. Y en cuanto a lo del subconsciente, lo del *ego* y el hipnotismo, y lo de que Olimpia no podía asumir su fealdad, se echó a reír, pues no consideró necesario demostrar que Martínez era un chiquilicuatro, y no le preguntó a Arriazu quién se lo había recomendado porque tenía prisa. Y fuese, que se le había hecho muy tarde y tenía que comer y atender a su consulta. No obstante, mientras se calaba el sombrero, aseveró:

—Ninguno de mis compañeros se ha ganado las veinte pesetas que le van a cobrar por la consulta. Esté usted seguro, Luis.

Jorge, al ser informado de los resultados de ambas consultas, montó en cólera:

—¡Operar, operar, qué barbaridad! ¡Hacer a Olimpia una trepanación...! Y el otro, ¡por Dios!, decir que se ha quedado fea y que no lo puede aceptar... ¿Acaso no ha demostrado que sí? ¿Acaso no dejó pasmada a toda Zaragoza hace unos días?

Olimpia no preguntó por las conclusiones de los médicos porque ella siempre había creído en su médico de cabecera, entre otras razones por una muy poderosa para ella, porque se lavaba las manos antes de iniciar la consulta y al terminarla, como dicho es. Además, que estuvo muy ocupada. Ahora, con su testamento.

Llamó a Jorge y le dijo que, para asegurar la herencia de Cósima, quería hacer testamento.

Cuando se presentó el banquero en su gabinete, la dama se apercibió de que el hombre llevaba los ojos llorosos y le preguntó:

—¿Qué le pasa en los ojos, Jorge?

—De unos días a esta parte, me lagrimean...

—Vaya al oculista.

—Iré. ¿Dígame, Olimpia?

—Jorge, quiero hacer testamento...

—¿Para qué? ¿Desea usted cambiar alguna cosa de sus capitulaciones matrimoniales?

—¿No es lo que todo el mundo hace cuando está en peligro de muerte o antes si es previsor...?

—Si no quiere cambiar nada, en Aragón es suficiente con las capitulaciones.

Entonces Olimpia le pidió que revisara los pactos matrimoniales que firmaran ella y Luis en 1881, unos meses antes de casarse, ante notario, y volvió a hablarle de hacer testamento, no hubiera quedado algún cabo suelto que limitara a Cósima la libre disposición de su herencia.

Maestro sacó de la caja fuerte de la banca el documento y lo estudió minuciosamente. Sabía, pues que había leído el contrato, que los novios habían suscrito el acuerdo bajo los auspicios de doña Constanza, la madre de Olimpia y persona de gran fortuna porque su padre había comprado cuando lo de Mendizábal, tal cual lo había firmado ella, cambiando los nombres, naturalmente, en un documento que, al parecer, pasaba de generación en generación. Recordaba, como si hubiera sido ayer, lo que le contó Luis sobre el particular: que a doña Constanza y a él no les llevó tiempo llegar a acuerdo, quizá porque él dijo a todo que sí, pues que no podía hacer otra cosa en razón de que, amor aparte, el ganancioso económicamente con el matrimonio era él, como se murmuró y como se demostró después. Pues, merced al apellido de Olimpia, había sido admitido en la alta sociedad zaragozana y ya pudo prosperar gracias a las rentas de su esposa, cierto que con su trabajo incansable, con su valía para los negocios y con su valentía inversora, pues que Luis en veinticinco años de matrimonio había conseguido en bienes comunes mucho más de lo que Olimpia heredó; claro que también con su apoyo, con el de Jorge, porque era el administrador de los dos, pues, en realidad, Luis hacía tal o cual negocio o compraba tal o cual valor, y le dejaba administrar a él, a Jorge.

Conforme Maestro leía el documento elevado a público por el notario de Zaragoza, don Lesmes Pérez, constataba que los firmantes habían pactado respecto a los hijos hacer herederos a todos los que pudieren tener, dando a cuál más, a cuál menos, según su libre criterio. Es decir, que podían mejorar a uno o a varios en detrimento de los otros, lo que no venía a cuento porque la única heredera era Cósima. Lo que venía a cuento, y era bueno para Cósima, es que, por los pactos suscritos por sus padres, todos los bienes privativos de Olimpia y la mitad de los comunes serían heredados por la joven...

Le hizo gracia el párrafo que decía: «A la muerte de uno de los dos, se dividan por mitad e iguales partes todos los bienes comunes desde la ceniza hasta la escoba». Y, cuando corroboró que Cósima podría disponer libremente de todos sus bienes y comprar, vender y pignorar sin ninguna cortapisa, se alegró de vivir en Aragón, de que sus habitantes estuvieran amparados por un derecho foral propio, y se holgó por Cósima, pues, cuando heredara a sus padres, Dios quiera que ambos vivieran muchos años, su ahijada, su querida Cósima, sería mucho más afortunada que las mujeres del resto de las regiones de España. Amén de que, en Aragón, la mayoría de edad se alcanzaba a los veinte años, y la joven había cumplido diecinueve.

Así se lo explicó a Olimpia:

—Mejor imposible. Sus bienes privativos y la mitad de los comunes serán para Cósima, que podrá disponer libremente de ellos...

—¿Aunque se case?

—Aunque se case, por supuesto. Lo mismo que le sucedió a usted.

—No recuerdo qué me sucedió a mí... Han pasado tantos años, además, usted fue, ha sido y es el que se ocupó de mis asuntos monetarios, y se lo agradezco

infinito, pues ha multiplicado mi peculio... Le recomendaré a Cósima que lo tome también de administrador... ¿Qué dicen las capitulaciones sobre el usufructo?

—Se pactó que el cónyuge sobreviviente disfrutara del usufructo hasta la «mayoría maior» de los hijos, que, en Aragón, se alcanza a los veinte años, como le he dicho.

—Entonces, a la niña le falta menos de un año para ser mayor de edad, bien pues. Jorge, guarde usted el documento y, cuando regrese León Dulce, haga usted que Luis obligue a que Cósima y él firmen capitulaciones tal cual éstas, pues mi madre copió exactamente las de su madre, y yo las suyas. Por eso, dados los excelentes resultados de los pactos, deseo que haga otro tanto mi hija... Ocúpese usted de ello, pues quiere a Cósima como si fuera su propia hija... Luis y usted llevan a la pareja al notario y que sólo cambie los nombres... Hágame este último favor...

—Yo, Olimpia, le haré todos los favores que haga falta, como siempre he hecho, pero me temo que éste no podré hacerlo porque usted va a vivir muchos años, tal le pido a Dios, y espero morirme antes que usted...

—Me vuelve el dolor, discúlpeme, Jorge... ¡Espere...! Le he pedido lo que le he pedido y lo he metido a usted en este negocio porque los hombres, cierto que no todos, no todos, se vuelven a casar a poco de enviudar y la nueva mujer quiere para ella y sus hijos lo que pertenece a los hijos de la primera esposa, y a menudo los hombres, aunque no todos, pierden el seso...

—No tema usted, Luis la ama...

—Luis es un hombre...

—Luis es un hombre, en efecto, pero es honesto y quiere a Cósima. Me consta que después de usted, ama a su hija, razón por la cual nunca le quitaría un duro.

—Lo sé, pero las personas cambian... De todos es conocido y se ven muchas cosas. Además, él no va a ser como usted cuando yo me muera, que va a ser pronto. Él no me va a guardar amor eterno, que lo sé. No va a ser como usted, que le guardó memoria a la desdichada Pepita Desclaus...

Jorge no respondió. Nunca contestaba cuando alguien le hablaba de Pepita Desclaus.

Olimpia, cuando se le pasaban los efectos del cloral —un remedio que le recetó López-Tass, ya quizá como último recurso, consistente en ponerle una mascarilla con agujeros en la nariz y boca, y echarle a través de los hendidos unas gotas de un preparado que venía en ampollas de cristal, llamado cloral, que ciertamente la aliviaba pues la atontaba mucho más que el opio—, cuando se encontraba lúcida, informaba a Cósima sobre lo que a su muerte habría de heredar y de que podría disponer de sus bienes a su criterio, pero también le daba órdenes, buenos consejos y hasta platicaba con ella de cosas de mujeres. Así le ordenó:

—Vete a comprar ropa de luto a casa Fortea.

Y Cósima fue a comprar para ella y para todas las criadas.

En cuanto a la herencia, Olimpia le dijo:

—Disponer de tu fortuna a tu antojo, hija mía, no significa derrochar. Es vivir como vivimos tu padre y yo, con lujo, sí, pero no tirando el dinero por la ventana.

—Sí, mamá.

En cuanto a los hombres, le dijo:

—Atiéndeme, hija mía. En las relaciones matrimoniales, la mujer ha de ser hipócrita desde el primer día y, por supuesto, ha de pasar por boba en múltiples ocasiones. Lo mejor, y lo que te voy a decir, me lo aconsejó mi madre, que a su vez lo tenía oído de su madre... Lo mejor es aplaudir cualquier cosa, grande o chica, que al marido se le ocurra o haga, porque de ese modo halagarás su vanidad... Ten en cuenta que la vanidad es el punto débil del género masculino, después de lo referente a las relaciones carnales —en esta parte del consejo, Cósima enrojeció, creyendo tal vez que su madre iba a abordar aquel delicado tema, pero no, Olimpia continuó con lo que estaba—. Cuando tengas veinticinco años serás maestra en el arte del disimulo y todos, incluido tu esposo, te considerarán mujer de prendas y virtuosa...

—Haré lo que usted me diga, mamá.

En cuanto a León, le dijo, ante el asombro de Cósima, pues ni siquiera cambió el tono de voz:

—Referente a tu matrimonio con León, piénsatelo. Lleva tres años rondando por ahí, comunicándose mediante telegramas... ¡Qué te voy a decir que no hayas pensado tú...! Si deseas romper el compromiso, dímelo... Yo me ocuparé de que tu padre no se oponga a la ruptura, aunque sea lo último que haga...

—¿Usted cree que volverá?

—Tengo mis dudas...

—Yo creo que no regresará... ¿Qué me aconseja usted?

—Piénsatelo. No tomes una decisión precipitada.

—¿Cómo usted, mamá, puede hablar de una decisión precipitada?

—Hazme caso, piénsatelo bien. No me respondas ahora.

En cuanto a la gente, le dijo:

—Las amistades y conocidos que tienes y puedas tener, salvo muy pocas personas, una o dos, como vas a ser millonaria cuando yo fallezca y más cuando se muera tu padre, aunque delante de ti te sonrían y saluden con efusión, detrás te pondrán como hoja de perejil... Porque te tendrán envidia... La envidia es, sin duda, el mayor pecado de Aragón... Para no provocar envidia, sé humilde y haz caridades... Nunca hables de lo que tienes... No entres en el juego de los correveidiles ni en dimes ni diretes, porque tú eres una señorita y serás una señora... Lo principal en una mujer, aseo personal aparte —ya sabes qué pienso sobre este punto—, es ser una señora del mismo modo que lo principal en un hombre es ser un caballero... Mucha gente, máxime siendo tan joven como eres, tras hacerte mil halagos, se presentarán de visita en tu casa, tú les darás de merendar y, en cuanto

tengan un poco de confianza, te pedirán prestado. No prestes, da. No prestes, que para eso están los bancos y las cajas de ahorros, da. Da una cantidad menor, mucho menor de la que te soliciten, y nunca esperes que te la devuelvan...

—Lo que usted diga, mamá.

En cuanto a su marido, le dijo:

—Tienes un buen padre, Cósima. Siempre podrás acudir a él para pedirle consejo... Pero te voy a decir una cosa, es muy posible, mejor dicho, es casi seguro, que tu padre se vuelva a casar. No me preguntes por qué... Lo sé, siempre lo he sabido, quizá porque tengo para mí que los hombres primero son hombres y luego son padres, mientras que con las mujeres sucede al revés, que primero son madres y después son mujeres... Si se vuelve a casar, no te alejes de él, no le vuelvas la cara, no te sientas ofendida, no creas que me ha olvidado, porque él nunca, nunca me olvidará... No quieras hacer por mí, comprende que yo ya no ocuparé lugar en este mundo, pues los muertos, muertos son... Además, que yo soy yo, y tú eres tú, y nunca jamás serás yo... ¿No sé si me explico?

—Se explica usted muy bien, mamá. Pero...

—¡Déjate de «peros», Cósima!

En cuanto al hecho de ser mujer y tener la suerte, o la desgracia, de traer hijos al mundo, pues las cosas son según vaya en la feria, un día en que se encontraba mejor —en la mejoría que precede a la muerte, según sentenció Úrsula en la cocina—, le narró con todo detalle su propio parto. El parto que no había sufrido, pues sabido es que Olimpia no tuvo hijos propios y que el ciego Antonio le entregó a Cosimina. El caso es que lo hizo muy bien y que su minucioso relato estremeció a su hija, que escuchó atentamente, eso sí, con la cara roja como la grana.

En cuanto a lo que sucede entre hombre y mujer durante la noche de bodas, aunque lo intentó en repetidas ocasiones, Olimpia nada le dijo, quizá porque no era urgente, pues Cosimina no había de casarse a la mañana, y lo fue dejando para el día siguiente y para el siguiente, por precaución además, no fuera a volverle el dolor de cabeza, pues, creída de que estaba mejor, permanecía algún ratito en la *chaise-longue*. O fue que le daba vergüenza. El caso es que nada le dijo.

Y entonces Cósima, que se moría de gana de conocer los misterios de la vida, pese a no tener boda a la vista, se lo preguntó a Teolinda sin ambages:

—¿Qué se hace para tener hijos?

—Ay, señorita, me da vergüenza...

—¡Vamos, dímelo...!

Y como la criada ponía inconvenientes, la compró:

—Si me lo dices te regalaré unas medias de seda nuevas y mi sombrero de las cerezas, ese que te gusta tanto...

—Ay, señorita... Pues verá usted... El hombre tiene un colgante... Si tuviera usted hermanos lo habría visto porque ellos se lo hubieran enseñado, seguro...

—Lo he visto en fotografías de cuadros famosos...

—Bueno, pues ese colgante, normalmente está fofo, pero, en presencia de mujer, se levanta... La mujer tiene un hueco entre sus piernas, por donde sale la sangre del mes...

—Lo sé. Se llama vagina...

—Por este lugar es por donde el hombre mete su colgante y deja su simiente...

—¡Calla, calla, por Dios!

—La señorita me ha pedido, me ha ordenado que se lo contara...

—Sí, pero calla, que me viene mareo...

—¡Ah, no, no pasa nada, a no ser que te violen...!

—¿Que te tomen con violencia?

—Si te violan pueden hacerte desgarros en tus partes.

—Calla, calla...

—¿Me dará la señorita las medias y el sombrero?

—Sí, te los daré. Y no digas a nadie que me has dicho lo que me has dicho.

—Lo que me ha preguntado la señorita.

—Lo que te he preguntado, sí.

En cuanto a que no era hija de su carne y a que era adoptada, Olimpia tampoco le dijo palabra, tal vez porque lo había olvidado o porque lo quería olvidar de una vez, pues desmemoriada no estaba, no. A ver, que se ocupó de las criadas y se las encomendó a su hija, con la manda de que les entregara quinientas pesetas a cada una y, de sus pertenencias personales, les diera a elegir una cosa a cada una, la que cada una quisiera, sin reparar en el precio, para que tuvieran un recuerdo de ella.

En cuanto a ellas, a ella con ella, le dijo:

—Cósima, creo que he sido contigo una madre madrera. Hija, me voy contenta de haberlo sido.

Y la joven respondió lo que solía responderle tras aquellas lecciones y advertencias. Le contestó lo que hubiera querido que fuera:

—Mamá, usted todavía ha de gozar de muchos días...

Pero no, no. A Olimpia de Castresana le quedaban seis horas. Fue que a mediodía del 29 de abril, a la sazón día de Santa Catalina de Siena, preclara doctora de la Iglesia, se quedó más pálida que de costumbre, tanto que su piel, siempre blanca como la leche, rayaba en la transparencia. Cierta que, según advirtió Úrsula en sus dominios y sus compañeras fueron a comprobar, tenía el rostro afilado, rasgo propio de la muerte. Lo que no le impidió dictar a Cósima sus últimas caridades:

—Anota, hija mía. Dejo mil duros a la iglesia de Santa Engracia, otro tanto a San Gil, a San Pablo, al Pilar, a La Seo y a los Jesuitas. Otro tanto a las Clarisas, a las Fecetas, a las Bernardas de Santa Lucía, a las Carmelitas de la Encarnación, al colegio de la Consolación... Lleva los dineros en propia mano...

Y casi jadeando continuó:

—Llama a mosén Pedro Dosset, que venga a darme la extremaunción... Estoy deseando oír el *ego te absolvo a peccatis tuis* para morirme ya... Además, he de hacer

confesión general y arrepentirme de haber llevado más escote del que hubiera gustado a mis directores espirituales, de no haber guardado varios ayunos en Cuaresma y de haber ido al baile el Día de Difuntos en vez de rezar por mis muertos, y de haber llegado tarde a misa, amén de haber despedido a varias criadas con precipitación...

Lo último que dijo Olimpia, pues cerró los ojos lentamente. Y a media tarde, sin haberlos vuelto a abrir, después de recibir la extremaunción en estado de inconsciencia y de que la cubrieran con el manto de la Virgen del Pilar, falleció... ¡Se la llevó Dios...!

Tal sostuvieron los que la vieron morir: Luis, Cósima, Jorge, López-Tass, Úrsula, Pilara, Teolinda y el portero de la finca. Tal sostuvieron los que se personaron en el velatorio para dar el pésame, que fueron cientos, y los que asistieron al funeral y entierro, que fueron multitud, y los amigos más próximos y queridos, los veinticuatro que se sentaron a la mesa de Arriazu, que, al día siguiente, no escatimó en viandas de calidad para la comida de funeral, todo fuera por la memoria de su esposa.

Olimpia de Castresana, señora de Arriazu, tras solemne sepelio en la iglesia de San Gil, fue enterrada en el panteón que ella y Luis habían adquirido en el cementerio de Torrero, y lo estrenó. Una vez muerta y amortajada con hábito del Carmen, se dispuso un túmulo en el salón principal, donde ella había bailado y brillado durante veinticinco años, se abrió la casa para el velatorio y se instaló una mesa en el zaguán del inmueble con varios pliegos de papel de barba, para que la gente dejara su pésame por escrito.

No faltaron plañideras profesionales ni mujeres que lloraron de pena ni mujeres que lloraron por llorar, ni hombres que no lloraron, pero mostraron pesadumbre. En realidad, no faltó nadie y hubo también muchos curiosos, gente a la que ni le iba ni le venía, en fin.

Al día siguiente, cerrado el ataúd de caoba, el cortejo fúnebre, con Luis y Jorge a la cabeza llevando la caja a hombros, bajó las escaleras de la casa de la plaza de la Constitución, 3, y, una vez aposentado el féretro en el coche fúnebre —un lujoso carruaje, tirado por seis caballos emplumados y servido por lacayos de librea, vestidos de luto riguroso—, partió hacia la iglesia de San Gil para celebrarle funeral de *corpore insepulto*.

La familia, es decir, Luis, Cósima y la prima Adelaida, sus únicos parientes, y Jorge, que, aunque no era pariente, era como si lo fuera, fue instalada en un segundo coche muy lujoso también y se inició la marcha. Tantos carruajes seguían el féretro de Olimpia que se atascó la circulación desde el jardín de Santa Engracia hasta la iglesia. Tapón que no remitió hasta bien entrada la mañana, cuando la comitiva, para evitarlo precisamente, hubo de dar una vuelta inmensa: coger San Jorge, salir al Coso y tomar el paseo de La Mina hasta el puente de tablas del camino de Torrero, para llegar al cementerio.

En el funeral, Cósima no se enteró de nada, pues pensaba y pensaba que la estancia de su madre junto a ella se acortaba por momentos y le fue imposible rezar. Como su madre se había ido de este mundo la tarde anterior, sufría cada minuto, cada segundo, pero mucho más penó en el panteón. En él, pese a ser grande, cabía poca gente y, pese a que las personas que la querían, su padre y su padrino, la tenían de los brazos, creyó morir. Es más, pidió a Dios morir, y menos mal que la sostenían fuerte sus hombres, que, de otro modo, se hubiera desmayado... Tras varios responsos, los enterradores introdujeron el ataúd en el nicho y lo sellaron con una losa en la que un hombre escribió el nombre de la finada —pendiente de la lápida—, y fue que otros hombres, los de la funeraria, comenzaron a entrar coronas de flores, decenas, acaso ciento, y fue menester desalojar el recinto.

Cósima abandonó el panteón del brazo de su padre y de su padrino, pisando ramos de flores —los muchos que no cabían en el mausoleo—, y recibió el pésame de centenares de personas.

A la noche, después de la comida de funeral, solos en la casa los que eran de la casa, todos vestidos de luto de los pies a la cabeza y dispuestos a llevarlo por dos años, criadas incluidas, cada uno con su pena, aunque aquella pena fuera la misma pena de todos. Los señores y Cósima sentados en sillones sin cruzar una palabra, mientras las sirvientas retiraban el túmulo y las velas y la mesa del comedor, estaban mano sobre mano, sin saber qué hacer ni qué decirse, pues faltaba Olimpia, que había sido la luz de la casa... Y en ésas estaban cuando Cósima pidió un cigarro:

—Déme, papá, un cigarrillo.

Y fue que Luis se rebuscó en los bolsillos y sólo encontró puros. Y fue Jorge quien le acercó a la joven un cigarrillo turco y le dio fuego. Y fue que la señorita Cósima se lo fumó sin toser ni hacer aspavientos, lo que vino a decir a los dos hombres que la muchacha no fumaba por primera vez, y que seguramente lo hacía escondida en el *water-closet*, pues Olimpia no se lo hubiera consentido delante de ella, a ver, ni se lo había permitido a ellos y siempre los había enviado al *fumoir*.

—¿Fumas, Cósima? —preguntó su padre.

—Sí, papá, durante la enfermedad de mamá he fumado alguna vez.

Y ni padre ni padrino se le echaron encima ni le dijeron que las señoritas no fuman, le dieron el cigarrillo y amén, en razón de que, bien lo sabían, el tabaco calma los nervios.

La noticia de que Cosimina estaba fumando delante de su padre llegó a la cocina en el mismo instante en que se produjo, y no extrañó a nadie. Porque Úrsula y Pilara sabían de los trapicheos que Cósima y Teolinda se llevaban para comprar tabaco. A Teolinda le faltó tiempo para decir:

—¿Veis?, la señorita está fumando y su padre lo ve tan normal...

—¡Calla tú, *pajara*! —cortó Úrsula.

—La señorita dice que muchas mujeres fuman en Europa y que nadie se escandaliza.

—Oye, Teolinda, ¿cuánto vale un paquete de cigarrillos?

—Veinte céntimos.

—¿Han llamado a la puerta?

—Sí.

—Será otro pobre a pedir...

—Ve a ver.

Después de la muerte de su madre, Cósima, cumpliendo su voluntad, entregó a las criadas, que le besaron la mano y se la llenaron de lágrimas, quinientas pesetas a cada una. Y entregó a los muchos pedigüños que se presentaron en su casa con una oración en la boca por el alma de Olimpia un real a cada uno.

La única salida de casa que realizaba, siempre acompañada de Teolinda, era a la iglesia de San Gil para oír las misas gregorianas, salvo el primer día, que se encaminó a la imprenta del Comercio, situada en la plaza de San Felipe, para hacerse tarjetas y papel de luto y de medio luto —para tenerlo ya—, y hasta se llegó al Pilar, donde no pudo dejar los mil duros que le ordenó Olimpia, porque se olvidó de coger dinero. No pisaba la calle para otra cosa, ni recibía a nadie. Ni siquiera atendió a la señora viuda de Dulce, que, fallecida Olimpia, quiso hacer un poco de madre y se presentó varios días seguidos en casa de Arriazu, pero se tuvo que volver porque la señorita estaba indispuesta, según repetía Pilara siguiendo órdenes de su joven ama.

No recibía a la madre de su prometido, o lo que fuere León, si todavía era algo de ella, porque estaba decidida a hablar con su padre para que rompiera el compromiso, consciente de que esperar tres años había sido más que suficiente, consciente de que aquellos tres años habían resultado harto fastidiosos tanto para ella como para su difunta madre, que, en el lecho de muerte, le dijo lo que le dijo: que lo pensara con detenimiento. Y eso había hecho, pensarlo con detenimiento, con tanto detenimiento que no se podía quitar el tema de la cabeza. Ay, que intentaba leer —cosa que no le impedía el luto— y abría un libro: *Tormento*, de don Benito Pérez Galdós, por ejemplo, por la primera página:

Esquina de las Descalzas. Dos embozados, que entran en escena por opuesto lado, tropiezan uno con otro. Es de día.

Y lo cerraba porque le daba un ardite el lugar de la acción, que dos embozados tropezaran y si era de día o de noche. Si abría a voleo otra página, leía:

En uno de los cuartos hay una pila de mármol con dos llaves, una de agua fría y otra de agua caliente... Da gusto ver aquello...

Pasaje que hubiera podido darle pie para recordar que su madre se había muerto ansiando un cuarto de baño con agua corriente como el que salía en la novela. Pasaje que también hubiera podido comentar con tío Jorge, que, como sabido es, llevaba su guerra privada contra los alcaldes de Zaragoza para que se instalara en la ciudad un sistema de alcantarillado que permitiera subir el agua corriente a las casas. Pero no tenía gana de leer ni de aporrear el piano —cosa que le impedía el luto—, y se aburría. Además, que de conversar con su padre y su padrino, con sus hombres, nada de nada, pues no paraban en casa. Decían que no venían a comer ni a cenar por razones de negocios pero, en realidad, no venían porque Luis no podía soportar el vacío que en la casa había dejado Olimpia, que en gloria esté, y Jorge porque lo acompañaba como buen amigo. Por eso tampoco tenía ocasión de hablar de León con su padre.

En efecto, los dos hombres que amaron a Olimpia pasaban muchas horas en la banca y comían y cenaban en La Maravilla o en El Continental, y volvían a casa a medianoche. Pero, aunque apenas veían a Cósima, se estaban ocupando de ella, pues estaban trabajando en su herencia, haciendo la relación de los bienes privativos de su madre y la partición de los comunes minuciosamente, como buenos y honrados banqueros, como buenos y honrados padre y padrino, «desde la ceniza hasta la escoba», como rezaba una de las cláusulas de las capitulaciones matrimoniales del extinto matrimonio Arriazu-Castresana.

Se lamentaba Cósima de que la dejaran sola, aunque podía haberse distraído entrando en el gabinete de su madre y revisando los papeles de su *secrétaire*, o abriendo el cofrecillo de las joyas o el armario para examinar los vestidos y ver qué guardaba. Y pensar qué daba a las criadas, qué a los pobres y qué tiraba a la basura. O cumpliendo la manda de Olimpia: aquello de dejar entrar en su habitación a las sirvientas para que abrieran armarios y cajones y eligieran un recuerdo de ella, un recuerdo, uno, el que quisieran. O cumpliendo la otra manda de la dama: aquello de llevar las limosnas que dispuso a tal convento o iglesia. Pero lo posponía, retrasaba cualquier cosa, porque, después de limpiar y cerrada con llave la habitación, había entrado en ella una vez y había salido corriendo y llorando, pues que olía a Olimpia, a perfume Flor de Lis, mezclado, eso sí, con la pestilencia del doral. Y no estaba preparada para entrar de nuevo.

No se habían acabado de rezar las misas gregorianas por el alma de Olimpia de Castresana, cuando un día de finales de mayo uno de los botones de la Banca Arriazu y Maestro anunció a sus compañeros que dos damas bellísimas acababan de bajar de un simón delante de la puerta de la fonda Europa, sita frente por frente del establecimiento bancario. La plantilla entera, aprovechando que no había clientes y que los amos estaban con visita, se acercó a los escaparates y observó a sus anchas a las dos mujeres, eso sí, bajo la reprobadora mirada de la señorita Clarita Brun, la única fémina empleada de la banca. A dos damas muy aviadas, que sosteniendo cada una un maletín en la mano, vigilaban cómo los maleteros de la fonda entraban su equipaje, dos baúles inmensos de los llamados «mundos».

Lo que no vieron los empleados de Arriazu y Maestro fue que la dama mayor, que había hecho la reserva por telegrama, se inscribía en el libro-registro como la baronesa de Isla Chica. Ni cómo el recepcionista, tras leer el nombre, se apresuraba a entrar a las dos señoras en el salón principal, para salir corriendo en busca del dueño, el señor Zopetti, que se presentó al momento y cumplimentó a señora y señorita besándoles la mano y él mismo las acompañó a sus habitaciones: dos cuartos comunicados, uno con vista al Coso y otro con vista a la plaza de la Constitución.

Tampoco vieron los empleados ni, por supuesto, imaginaron que, ido el propietario, Flora y Rebeca Melero, que así se llamaban, en realidad, la baronesa

viuda y la joven baronesa de Isla Chica, estallaron en sonoras carcajadas. Ni que estuvieran mucho rato de esa guisa, hasta que les dolió el estómago, pues una u otra abrían la boca para decirse algo y volvían a reír como dos chifladas.

Y es que, desde que Flora supo del accidente de Olimpia, pues que preguntó por Arriazu a sus conocidos de Zaragoza, a los que iban a divertirse con el espectáculo del Apolo, qué le había sucedido a Luis para largarse de Madrid tan de repente, madre e hija tenían planeado presentarse en la ciudad para pedirle al banquero la dote de la joven. Y luego, cuando conocieron el fallecimiento de la dama a través del diario *ABC*, pues que Flora se lo había mandado comprar a su hija todos los días y le había hecho leer las esquelas, para que las recibiera Arriazu en su despacho de la banca, se les ocurrió hacerse pasar por baronesas y, de momento, les estaba saliendo bien, puesto que el dueño de la fonda, que era hombre de mundo, pues había alojado a toreros, negociantes y hasta príncipes, no había sospechado de ellas. Y claro, Flora se carcajeaba en razón de que ella, una mujer de baja extracción y hasta de baja estofa —pues antes y después de conocer al banquero había ido de flor en flor y, abreviando, pasándolas putas—, que a los cuarenta años cumplidos hubiera conseguido tener aires de baronesa era un éxito que no había llegado a imaginar. Por eso volvía a reírse a carcajadas y porque, de haberse titulado princesa, seguro que también hubiera pasado por tal.

El caso es que madre e hija estuvieron bastante tiempo, sentadas en sendas butacas, riéndose de lo que estaban haciendo y contagiándose la una a la otra. Pero fue menester terminar con las risas, pues habían venido de Madrid para realizar cierto trabajo, por eso Flora bebió agua a pequeños sorbos y, una vez serena, abrió la ventana de su habitación y le pidió a Rebeca:

—Ven, hija.

Y la hija fue.

—Mira, ésta es la mejor plaza de Zaragoza, se llama de la Constitución —y, haciendo un movimiento circular con el dedo, explicó—: A la izquierda, los almacenes El Águila, el paseo de la Independencia, el café Suizo, en el piso principal vive tu padre, la Diputación Provincial, el café Gambrinus, la calle del Coso... Esa calleja de la derecha es el arco de Cinejio, la farmacia de Ríos, la Banca Arriazu, la calle de Don Jaime I, conocida por San Gil, y el Coso otra vez y, en el centro, ahora hay un monumento pero antes había una fuente con una estatua de Neptuno, que la gente llamaba de la Princesa, por doña...

—¿Qué arco, mamá, yo no veo ningún arco?

—No existe tal arco, pero se llama así. Tampoco existe en Madrid la puerta del Sol...

—¡Ah, bueno! La banca está allí... Veremos a mi padre salir de ella y, si estamos atentas, también a mi hermana cuando se asome al balcón.

—Todo eso veremos y más.

No esperó Flora mucho tiempo para poner en marcha lo que había venido a hacer.

El primer día de estancia en Zaragoza, ella y su hija lo pasaron yendo de aquí para allá, del Pilar a San Pablo, de San Pablo a la calle de las Armas, para que viera Rebeca la casa donde nació —tal dijo la madre, siempre embustera, pues que la niña había venido al mundo lejos de allí, en la casucha de su abuela, en el barrio de Montañana, como se dijo arriba—. El segundo día, anduvieron de terraza en terraza, del café Ambos Mundos a Gambrinus y luego estuvieron varias horas en el Suizo, tratando inútilmente de ver a Cósima. En ambas jornadas muy contentas las dos, pues Rebeca, desde que conociera a su padre, había cambiado bastante el carácter y trocado en sonrisa el rictus amargo que tenía en la boca. Al tercer día, hicieron lo que habían venido a hacer. Se levantaron de buena mañana, desayunaron en su habitación pan tostado y bollería con abundante mantequilla y mermelada, pidieron hora para bañarse en el cuarto de baño comunal, cosa que hicieron con gran relajo, y ya se aviaron cada una con su mejor traje y su mejor sombrero. Flora se adornó con un collar de perlas orientales, regalo de Luis Arriazu.

Y a la Banca Arriazu y Maestro se encaminaron. Cruzaron la populosa calle del Coso, se detuvieron un instante ante la puerta del establecimiento, cruzaron la mirada entre ellas y, sin detenerse más, entraron. Flora se dirigió a la caja y preguntó:

—El señor Arriazu, por favor.

—¿A quién debo anunciar? —preguntó el cajero.

—A la señora baronesa de Isla Chica y a su hija —contestó Flora sin que le temblara la voz.

El hombre llamó a la puerta del despacho del banquero y le comunicó:

—La señora baronesa de Isla Chica desea hablar con usted, don Luis.

—¿Una baronesa?

—Sí, señor. Creo que se hospeda con su joven hija en la fonda Europa —informó el cajero que la había visto llegar, como sabido es.

—Que pasen —ordenó Luis.

Y, claro, se le cayó el monóculo del ojo y se quedó como una piedra, de pie detrás de la mesa, sin cantearse, al ver que Flora y Rebeca entraban en su despacho y se instalaban como si estuvieran en su casa, pues tomaron asiento en los confidentes sin que les hubiera dado silla y, cuando las dos le sonrieron, ni siquiera movió un músculo de la cara. Y fue que, como el banquero no se podía mover de la impresión recibida, ambas se levantaron de los sillones y Flora lo abordó y se lo comió a besos y Rebeca le tomó las manos, a la par que le decía con dulce voz:

—Papá, querido papá, estoy muy contenta de volver a verle.

Y más que iba decir, todo lo que llevaba preparado, pero su madre la cortó e inició un monólogo, que otra cosa no fue:

—Siento, mi amor —«mi amor», dijo, sin recatarse delante de su hija—, el fallecimiento de Olimpia, supongo que estarás desolado. Yo también lo he sentido, la verdad, pues era una gran dama... ¿Y Cósima, qué hace Cósima? ¿Cómo está? ¡Ah, en estos últimos tiempos te he echado de menos, barbián...! ¡Ah, malo, no has venido

a verme! ¡No has venido tampoco a ver a tu hija...!

Pero pronto el monólogo se convirtió en diálogo, cuando Arriazu reaccionó y preguntó de mala leche:

—¿Qué quieres, Flora?

—¡Casarme contigo...! —respondió la Flora sin que le temblara la voz.

—Yo quiero que sea usted mi papá, el papá que nunca he tenido —intervino Rebeca, siguiendo el plan que madre e hija habían trazado.

Y claro, si Arriazu no se esperaba lo primero, menos se esperaba lo segundo, por eso volvió a quedarse mudo. Mientras Flora continuaba:

—Seremos felices, tú, Cósima, Rebeca y yo... Las niñas se conocerán y se querrán como hermanas...

—Yo siempre he deseado tener una hermana, querido papá.

—Seguro que Cósima también ha querido tener una... Tenemos todo de nuestro lado, amor mío. Tú has enviudado... Ha llegado mi hora... Te he esperado durante veintidós años atendíendote como amante... —«atendíendote como amante», dijo, sin recatarse ante su hija—. Me debes lo que me debes... Tienes una deuda conmigo y con tu hija...

—¿Qué te debo, Flora? —demandó Luis, dispuesto a soltar su lengua, cuando fue capaz de sujetar su corazón, que andaba desbocado desde que viera entrar a madre e hija en su despacho. Vamos, desde que viera entrar a su amante y a la hija de su amante y a saber de qué hijo de perra. Y es que se le estaba subiendo la sangre a la cabeza, por eso alzó la voz:

—¿Qué te debo, Flora?

Y ella hizo otro tanto y la levantó también, y, claro, los oyeron todos los clientes y empleados de la banca. Y fue que ambos bajaron la voz, precisamente para que no los oyeran los empleados ni los clientes, y fue Flora la que recomendó con voz melosa:

—Hablemos, mi niño, hablemos con serenidad. Nos casamos. No serás, niñito mío, el primer burgués que maride con su querida... De ese modo —volvió a la carga— legalizarás la situación de tu hija Rebeca y podrás morirte en la paz de Dios.

—Ya sabe usted, papá, que la muerte sorprende a cualquier edad —metía cuña la niña.

—¡Me cago en la leche...! —exclamó Luis, rojo de rostro, llevándose la mano al corazón.

Para entonces, el buen Jorge, que había oído las voces y se había apresurado a enviar a los empleados a comer fuera del establecimiento antes de hora y a cerrar la banca hasta la tarde, permanecía vigilante no lo fuera a necesitar su socio y amigo, sabedor de quiénes estaban en el despacho de Luis, tras la breve información que recibió del cajero. Y oía:

—¡Me cago en la leche, Flora...!

—No grites, niño mío, te han de oír.

—¡Maldito sea el día en que te conocí!

—¡Ea, ea, no maldigas! ¿Tan mal te ha ido conmigo, pues?

—Ustedes dos, papá y mamá, deben casarse, pues de otro modo irán al Infierno de los Condenados.

—Ea, Luis, salgamos de aquí. Vayamos a mi habitación de la fonda Europa... Llevo tres días allí, para que lo sepas... No, mejor, llama a tu cochero y que nos lleve al campo o a un despoblado para que podamos hablar sin que nadie nos oiga... Es importante lo que he de decirte.

—¡Sal de aquí! ¡Salid las dos! —bramó Arriazu a la par que señalaba la puerta con el dedo.

—No, no me iré. No nos iremos... Si me echas a la calle, me pondré a gritar en tu puerta lo que sabes de mí y lo que todavía no sabes...

—¿Qué quieres decir, perra?

—¡Papá, no llame usted perra a mamá...!

—¡Tú cállate, niña! —chilló Flora.

—¿Qué quieres decir, perra? —repitió el banquero.

—Que me pondré a gritar en tu puerta lo que sabes y lo que no sabes...

Todo lo anterior —y algunas barbaridades que la autora de esta novela no quiere dejar por escrito— escuchaba Jorge sin poder intervenir, moviendo la cabeza y crispando los puños, impotente. A momentos diciéndose que debía entrar en el despacho, a momentos diciéndose que ni podía ni debía intervenir, a momentos temiendo que no sería capaz de no intervenir, pues la Flora seguía echando sapos por la boca:

—Has de saber que no tuve sólo a Rebeca... Has de saber que en el mismo parto traje al mundo dos hijas gemelas, llamadas una Rebeca y otra Cósima... Que le entregué las dos al ciego Antonio para que se las diera a Olimpia, pero sólo le dio una, por lo que luego te explicaré...

—¿Qué dices, ramera? —preguntó Luis rojo de ira y dando un terrible puñetazo en la mesa.

—Digo, además, que Cósima, la que adoptaste como hija, no era tu hija, ya ves... Era la del anarquista y que tu hija, tu verdadera y auténtica hija, es Rebeca...

Y cuando Flora concluyó su alegato, que tal parecía, todo cambió en el despacho de Arriazu, pues que oyó su voz desesperada:

—¿Qué te pasa, Luis, qué te pasa? ¿Qué te pasa, mi amor?

Y, al momento, madre e hija abandonaron, apresuradas, el despacho del banquero. Flora abrió la puerta y, visto y no visto, se perdieron en el trajín de la calle. Instante que aprovechó el otro banquero para entrar como una tromba en la habitación, para encontrarse, ay, a su socio y amigo, sentado en su sillón, congestionado de cara hasta el límite, respirando fatigosamente y sujetándose el corazón con las manos.

Actuó Maestro, por supuesto, aunque se había quedado pasmado con las últimas palabras de Flora. Salió a la calle y llamó a Latorre, Gómez y Pérez, los tres empleados de más confianza que esperaban en la puerta la apertura de la banca. Los

hizo entrar y entre los cuatro tendieron a Arriazu en su propia mesa, le quitaron el corbatín y le desabrocharon el chaleco, con tan buena fortuna que, a poco, se compuso, pues comenzó a respirar mejor, a la par que le remitía la congestión, y ya pudo sentarse en su sillón.

Latorre, Gómez y Pérez, mismamente como los otros empleados que todavía aguardaban fuera, sabían, o imaginaban, quiénes eran aquellas mujeres, pues que algunos recordaban a la mayor, a la querida del señor Arriazu, que, cuando era joven, se había presentado múltiples veces en la puerta de banca hasta que salía don Jorge a darle dinero. Tal denunciaban sus ojos, por eso Jorge dejó de mascullar la única frase que le venía a la boca: «La muy puta», para mandarles:

—¡De esto ni una palabra! ¿Lo han entendido ustedes?

—Sí, señor —respondieron al unísono, y ninguno de los tres dijo del asunto ni tus ni mus, pero los demás empleados sí debieron decir, o fue que las malas noticias corren más deprisa que el viento.

Porque de lo que sucedió en el despacho de Arriazu se habló en toda Zaragoza. A la media hora del suceso, en las tertulias de los cafés ya se puso en entredicho la conveniencia de que los burgueses mantuvieran querida. En concreto, en Gambrinus, cuando vieron detenerse el coche de Arriazu en la puerta de su casa y cómo se apeaba el banquero con ayuda de Maestro y tres de sus empleados, los clientes que estaban dentro salieron afuera para verlo mejor y se sumó a ellos el dueño, Luis Pascual. Entre todos comentaron lo que ya sabían:

—Te buscas una entretenida, le pagas los gastos y ya ven ustedes...

—Vaya con la *entretenué* —decía otro luciendo su francés.

—Hay que buscarlas mansas...

—Y tener mucho cuidado...

—No hay que juntarse con cualquiera, del mismo modo que no te casas con cualquier mujer.

—No hay que hacer caso de la presión social.

—Se pueden remediar muchas necesidades en el prostíbulo.

—Sí, y contagiarte de sífilis o gonorrea...

—Las autoridades sanitarias se ocupan de las prostitutas...

—¿Usted se cree eso?

—Arriazu no tuvo suerte con la Flora.

—La tipa le ha dado un buen disgusto.

—¿Qué le ha dicho?

—Le ha pedido que se case con ella.

—¡Demontre!

—¿Después de haber estado casado con doña Olimpia, esa perdularia pretende que lo haga con ella?

—¡Será zorra la gachí!

—Ya era una fiera cuando vivía aquí. Ahora, con más años, imagínese usted.

En el piso principal de la plaza de la Constitución, 3, con la llegada de los hombres se vivieron momentos de angustia. A ver, que el señor venía muy pálido, sostenido por don Jorge y por Latorre, seguido por Pérez y Gómez, la plana mayor de la banca, a deshora, además.

Cósima, que no había terminado su *toilette*, se llevó un sobresalto y salió corriendo en *négligé* y zapatillas a ver qué sucedía. Y de tal guisa escuchó a su padrino, que le decía tragándose su propio desasosiego:

—Tu padre se ha llevado un disgusto, nos han fallado unas inversiones en Sevilla... Al saberlo, le ha dado un vahído. He llamado al médico, vendrá enseguida... Vamos a meterlo en la cama, lo mejor será que descanse...

—Papá, ¿cómo se encuentra? —demandó la muchacha.

—Bien, hija, bien. No obstante, me tenderé en la cama un rato.

—Señorita, le voy a preparar al señor una tisana de tila con valeriana —informó Úrsula y salió de la habitación. Y, en la cocina, mientras ponía agua a hervir, maliciándose que Jorge había mentido por la cara que ponía, le ordenaba a Teolinda:

—Baja a la plaza a ver qué se cuenta.

La sirvienta fuese como unas pascuas, pues dejó de fregar la galería, y regresó con valiosa información:

—Han ido al despacho de don Luis su amante, la Flora, y la hija de la Flora. La tipeja le ha pedido que se case con ella, y al señor le ha dado un soponcio...

—¡La puta esa...!

—¿Qué puta, Úrsula? —preguntó Pilara, que en ese momento entraba en la cocina con el orinal del señor para arrojarlo al *water-closet* del servicio.

Las otras le explicaron todo y la doméstica, al ser informada, exclamó:

—¡Atiza!

López-Tass tomó el pulso y auscultó a Luis. Luego le prescribió una tisana de tila con un buen manojo de valeriana, lo mismo que le había preparado la cocinera, comida ligera, descanso, y dispensó una receta para la farmacia. Además, le prohibió taxativamente levantarse de la cama hasta que él se lo ordenara.

En el salón explicó a Cósima y a Jorge que Luis, aunque no se quejaba, padecía taquicardia y palpitaciones que esperaba le fueran remitiendo con el medicamento que él mismo iba a encargar al farmacéutico Chóliz, pues la botica le quedaba de camino a su casa, y se despidió hasta más tarde.

Cuando Cósima y Jorge se quedaron solos, el hombre, tragándose otra vez su propio disgusto, volvió a explicar a la joven lo que había sucedido: lo del negocio fallido, un buen negocio, y hasta descubrió más cosas. Y en esas estaban, Jorge inventando el nombre de una sociedad sevillana que había emitido mil acciones, el nombre de un banco sevillano que se había saltado la deontología profesional a la torera y había adquirido las quinientas acciones que ellos habían tenido apalabradas, el nombre del presidente de dicho banco, un sujeto carente de escrúpulos, y Cósima

escuchando atentamente, pero se presentó Teolinda diciendo:

—Señorita, don Jorge, el señor les llama.

Y sucedió lo que ninguno de los dos esperaba. Ocurrió que Luis los llamaba para despedirse de ellos y, tomándoles una mano a cada uno, les decía con voz empañada:

—Me muero...

—¡Por Dios, Luis, no digas sandeces! —cortaba Jorge.

—Papá, no exagere, sólo está un poco indispuerto...

—No, hija, no. El corazón me va como un caballo desbocado...

—Pronto, en cuanto traigan la medicina de la botica, le hará efecto y se pondrá bien, papá.

Pero Luis seguía con lo suyo:

—Quiero que me entierren en el nicho que está encima del de Olimpia... Me voy con ella... Ella fue mi sostén...

—¡Papá, no continúe, que me parte usted el corazón...!

—Luis, estás exagerando... Entiendo que es la primera vez que te veo en la cama, pero tienes más hipocondría que mal.

—Calla, Jorge, por favor. Jorge, te encomiendo a Cósima.

—Acepto, pero no hables, descansa...

—He de hablar...

—Mañana lo harás.

—Mañana, papá.

—No, no...

Mientras Luis Arriazu pedía confesión y los santos óleos en su casa de la plaza de la Constitución, a pocos pasos de allí Flora Melero se comía los puños de rabia en su habitación de la fonda Europa y la otra Melero lloriqueaba. La Flora se lamentaba:

—Todo me sale mal...

—¿Le ha dado un síncope a mi padre?

—No sé, muy rojo estaba y furia escupía...

—Quizá fue usted demasiado brusca...

—¿Yo? Mucha hombría y no puede aguantar una verdad puesto en pie...

—Se apartó usted del guión, mamá... Sólo íbamos a pedirle dinero para mi dote...

—Ah, me vi casada con él, recibida en todos los salones de la ciudad como señora de Arriazu, y perdí la razón... Os vi a ti y a tu hermana en su cabriolé paseando por la ribera del Canal Imperial... O a los cuatro llegándonos a la fuente de la Junquera... Me vi de señora de la casa en la plaza de la Constitución, 3, y perdí la razón, lo siento...

—Parecía muy enfermo cuando echamos a correr...

—No creas, no creas, que sabe fingir. Que es muy capaz de haberse inventado

todo para que nos largáramos.

—¿Usted cree que fingía...? Yo lo vi muy congestionado y le recuerdo que tenía la mano apretándose el pecho...

—Es hombre fuerte, se recuperará. Lo que no puedo hacer es esperar más, necesito dinero para casarte bien y con lo de Olimpia se nos ha ido casi medio año y ya has cumplido diecinueve... Tú verás.

A instancias de Luis, que se quejaba e insistía, pese a que Jorge le seguía hablando de la hipocondría y Cósima no lo veía tan enfermo, aunque sí muy nervioso, se presentó en casa el padre Dosset, acompañado de un infante del Pilar, para confesarle y administrarle la comunión. Los hombres que estaban de tertulia en Gambrinus, ante una nueva consumición o ante la misma, al sonido de la campanilla del viático se alborotaron, salieron a la calle, se arrodillaron, se santiguaron al paso del sacerdote y movieron la cabeza. Lo mismo hicieron los que estaban en el café Suizo, que sentenciaron también:

—Arriazu se muere...

Y unos y otros mentaron a «la puta esa», la querida del banquero que se había escondido —escondido decían— en la fonda Europa, situada al otro lado de la plaza.

La «puta esa» y la hija de «la puta esa» se sintieron malmiradas mientras comían en el comedor del establecimiento, por eso decidieron hacer el equipaje y tomar el tren de las 17 horas hacia Madrid. Y tal hicieron, oyéndose más de una grosería cuando, tras abonar la cuenta, salieron a la calle para montar en el coche de punto que habría de conducir las a la estación.

En la Banca de Arriazu y Maestro, cuyos empleados abandonaron el trabajo para contemplar con sus ojos la marcha de las dos mujeres, ya no se oyeron piropos, como la primera vez que las vieron, sino insultos. Y fue que esta vez la señorita Clarita Brun no amonestó a sus compañeros, como hacía siempre que alguno de ellos soltaba la lengua, fue que se levantó de su escritorio, se puso la manteleta, se caló el sombrero, tomó la sombrilla y salió diciendo:

—Ahora vuelvo...

Decidida, tomó la acera, cruzó la plaza, entró en casa de Arriazu, subió las escaleras con prisa, llamó a la campanilla y, cuando le abrió la puerta Teolinda, le pidió:

—Deseo hablar un momento con la señorita Cósima, soy la señorita Clarita Brun, de la banca.

La sirvienta, que la conocía de sobra, pues fue la que por orden de don Luis se presentó en casa con un montón de billetes y monedas cuando Cosimina era pequeña y cuando fue moza con unos papeles y cuadernillos, llamados algo así como letra y talonario, en ambas ocasiones para impartirle sendas lecciones, a las que ella asistió también, la pasó al tercer salón y le rogó que esperase.

Mucho tiempo hubo de aguardar la señorita Clarita Brun y de poco le valió salir varias veces al pasillo por ver si pasaba por allí alguna criada y se hacía anunciar de nuevo. El caso es que se oía jaleo en la casa, y que a ella se la comía la impaciencia, máxime porque lo que le tenía que decir a la señorita Cósima era importante. A ver que, dado el estado de salud de don Luis, desde que tuviera lugar el escándalo, había estado y estaba muy preocupada no se fuera su patrón de este mundo con el alma sucia, por eso había decidido hacer caridad y presentarse ante Cósima para advertirle que encareciera a su señor padre que no olvidara confesar los muchos pecados que había cometido con su entretenida, con la Flora Melero, en razón de que muchos hombres no consideraban pecado lo de visitar el burdel ni lo de tener querida, no lo fuera a olvidar, pues de la banca había salido rabioso y en estado de cólera cualquier persona relega cosas, incluso muy importantes a veces.

Y fue que fuese el padre Dosset, tras sacramentar a Arriazu y dejarle su propio crucifijo, y que Cósima y Jorge ya volvían a la habitación del enfermo, cuando se toparon con la señorita Clarita en la puerta del tercer salón, que, sin saludar, le pidió a la joven:

—Señorita, Cósima, ¿puedo hablar con usted un momento?

—Bueno.

—Cierre la puerta, por favor.

—¿Qué pasa, señorita Clarita? —demandó Jorge.

—Perdone, don Jorge, deseo hablar un momento con la señorita Cósima.

—¡Ah, bueno!

—Diga usted, Clarita...

—Verá usted, señorita... He venido a hacer una caridad...

—¿Aquí?

—Sí, verá, es que no me perdonaría que su señor padre muriese sin arrepentirse de los muchos pecados mortales que cometió con Flora Melero, la querida que mantiene y tiene durante más de veinte años y la que, si Dios no lo remedia, lo va a llevar a la tumba... ¡Qué disgusto, qué disgusto le ha dado...! ¡Quería la muy zorra que se casara con ella...!

—¿Qué dice?

—Yo, cuando la Flora y don Luis reñían, que era a menudo, luego por orden de su señor padre iba a comprar un ramo de flores para la susodicha y el botones se lo llevaba a su casa de la calle de las Armas, ya sabe, cerca del mercado...

—¿Dice usted que mi padre tiene una querida?

—Sí, señorita, la misma que, si Dios no lo remedia, lo va a mandar a la tumba... ¡Si la hubiera oído usted...! ¡Qué disgusto le ha dado al pobre don Luis...!

—¡Fuera de aquí!

—¿Cómo? He venido a hacer una caridad... ¿Así me trata usted?

—¡Fuera! —gritó Jorge acudiendo a la voz de su ahijada e irrumpiendo en el salón—. ¡Fuera... y no vuelva usted por la banca! ¡Está despedida...!

Y él mismo la acompañó a la puerta y no la arrojó escaleras abajo porque dominó su ira. Y no sólo la sujetó en aquel momento, sino luego, cuando sentados ahijada y padrino, ambos con un cigarrillo en la mano, ante la cama del moribundo, que otra cosa no era, aunque antes hija y amigo hubieran creído que Luis exageraba, en razón de que cada vez respiraba con más fatiga. Y otro tanto cuando Cósima, que le tenía la mano a su padre, le miraba fijo a los ojos preguntándole sin palabras: quién, cuándo, por qué y dónde, es decir, todo lo que se podía preguntar sobre Flora Melero, entonces él bajaba los ojos, pues no era momento de dar explicaciones y, debajo de la tierra se hubiera escondido, cuando la joven interrogaba a su padre, como buena hija que era, pues deseaba con todo su corazón que fuera derecho al cielo:

—Papá, ¿ha confesado todos sus pecados? ¿Quiere que vuelva a llamar al padre Dosset?

Y él negaba con el dedo, moviendo un poquito el dedo, lo único que podía hacer, al parecer, aparte de apretarse el corazón, que se le quería salir del pecho y le retumbaba en los oídos con un martilleo constante y aterrador, sin que el medicamento de López-Tass le hubiera hecho efecto.

El hecho fue que, tras orinar con olor pestífero, a las ocho horas de haber tenido su última trifulca con Flora, Luis Arriazu expiró bajo el manto de la Virgen del Pilar, en presencia de su buen amigo Jorge, de su buena hija Cósima, de sus fieles criadas y de López-Tass, que volvió a verlo morir, treinta y un días después que Olimpia, en concreto el 31 de mayo, Dios le dé gloria eterna.

En la casa de la plaza de la Constitución, se volvió a amortajar un cadáver, esta vez con el hábito de San Francisco, y se dispuso el velatorio al que asistió tanta gente o más que al de Olimpia, mientras sus moradores volvían a llorar, si bien las criadas con el mismo aparato, pero con menos sentimiento, pues la señora había sido para ellas la señora y el señor, el señor.

A Cósima y a Jorge casi se les juntaron dos muertos y, durante la larga noche del velatorio, a momentos, no sabían si lloraban por el uno o por el otro. La joven lo hacía a lágrima viva y el hombre en silencio.

El funeral y entierro de Luis fue una repetición del de Olimpia, pues que estaba muy cercano el de la dama: los mismos coches, los mismos caballos, los mismos lacayos enlutados, las mismas gentes, los mismos pésames, los mismos invitados para la comida fúnebre, los pobres de pedir. Lo único que fue diferente fue el recordatorio que dedicó al muerto el párroco de San Gil; las esquelas de ambos, pues que Olimpia tuvo la familiar y la de la banca, pero Luis muchas más, entre ellas la de la Sociedad Económica de Amigos del País, la del casino Mercantil, la del Ateneo, aunque no iba nunca a las sesiones, y las de otras entidades de las que era consejero o socio. Y el motivo de la muerte de ambos, dado que marido y mujer fallecieron de diferente enfermedad: el caballero de un ataque al corazón y la dama de un tumor cerebral. Y hasta la ropa negra de Cósima y de las criadas sirvió para los dos lutos.

A Cósima la muerte de su padre, aparte de agudo dolor en el corazón, le dejó un

hastío claro por las pompas y vanidades del mundo, por lo que volvió a pensar en meterse monja. Pero tío Jorge, que había tomado el lugar de Luis y hacía de padre, le aconsejaba que se quitara semejante pensamiento de la cabeza porque le quedaban grandes cosas por hacer en este mundo:

—Te casarás, hija mía, formarás una familia y amarás a tu esposo y a tus hijos...

—Vaya usted a hablar con la viuda de Dulce y rompa mi compromiso con León...

—Es un buen mozo... Déjame enterarme de su paradero.

—No, padrino. Lleva casi un año sin enviar telegramas. Por otra parte, me da un ardite ese sujeto, desde la enfermedad de mamá ni siquiera pienso en él. Mi amor por él, si acaso le tuve amor, pues tengo para mí que mi corazón no latió como proclaman los poetas en sus versos, ha terminado. El tedio que me han provocado sus tres años de ausencia ha terminado con él... Y, si le tuve amor, no sé adónde ha ido a parar...

—Ah, Bécquer, Bécquer... No hagas caso de los poetas, que en sus versos parece que hablan de todos, pero, en realidad, tratan su caso particular y a menudo hasta lo inventan.

—Mi amor, o lo que fuere, acaso ilusión o bobería, por León ha terminado.

—Bien, tú me mandas, hija mía, pero piénsalo un poco más. Espera a principio de año.

—Claro que su amor por aquella Pepita Desclaus no acabó nunca, ¿verdad, padrino?

—¡Ah, mi pobre Pepita...! Permíteme que no hable de ella, que no ahonde en mi corazón, pues tú y yo bastante tenemos con la muerte de tus padres —aducía Jorge para no hablar del amor que se había inventado muchos años atrás.

Y unas veces mantenían conversaciones transcendentales, como la del amor, y otras banales, como cuando ambos recordaban pequeñas anécdotas de Olimpia o de Luis, por ejemplo, cuando Úrsula preparaba leche frita o torrijas para postre, y ellos comentaban:

—A Olimpia le gustaba mucho la leche frita.

O:

—A papá lo que más le gustaba eran las torrijas, siempre repetía.

O, en otro orden cosas:

—Lo último que hizo tu padre en la banca, Cósima, fue abonar el recibo mensual del casino Mercantil, sacó cinco pesetas de la caja y envió al botones a pagarlo. Y las últimas acciones que compró fueron de Minas y Ferrocarriles de Utrillas.

Cierto que en cuanto Jorge nombraba la banca, ya fuera para decirle que era la propietaria del cincuenta por ciento de la misma y que, cuando lo heredase a él, sería la propietaria del noventa y ocho por cien, o aquella nimiedad del recibo del casino, a Cósima se le llenaban los ojos de lágrimas y, pasando de lo banal a lo transcendental, le pedía a su padrino:

—Tío Jorge, ¿no cree usted que es hora de que me cuente lo que sucedió en el despacho de mi padre cuando se presentó su querida con mi hermanastra?

—No —esquivaba él el tema—. Ni tú ni yo estamos todavía preparados para hablar de ello. Te prometo que te lo contaré, pero deja que transcurran unos meses, para que el dolor nos duela menos.

—¿Así que mi padre engañó a mi madre desde antes de que yo naciera? —seguía Cósima erre que erre.

—Con la posición económica de tu padre era menester que tuviera querida. Otra cosa no se hubiera entendido, lo hizo por el qué dirán...

—¿Y usted, que tuvo y tiene la misma o mejor posición económica que papá, también tuvo o tiene querida?

—Yo no. Yo pude escaparme de tenerla porque siempre amé a la desdichada Pepita Desclaus... En aquella época la gente entendió mi postura y aceptó mi dolor, pues estaban en plena vigencia las ideas románticas y Bécquer era el poeta más leído de España y todavía se recordaba el suicidio de Larra a causa de un desengaño amoroso.

—Tío Jorge, ¿mi madre sabía lo de la querida de mi padre?

—No.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque Olimpia era feliz, de saberlo no lo hubiera sido.

—Nunca hubiera podido imaginarme que mi padre, un hombre tan serio, recto y piadoso, tuviera querida.

—Son cosas de la vida... Pero deja el asunto.

El 1 de junio y siguientes, ahijada y padrino —lo mismo que todos los pobladores de España— comentaron largo el atentado que sufriera Alfonso XIII durante su visita a Francia, y aplaudieron que el Ayuntamiento de Zaragoza enviara una delegación de concejales a Madrid, para poner la ciudad a disposición del rey, y despotricaron contra los anarquistas. Pues sucedió que don Alfonso, de camino hacia Inglaterra para buscar esposa, salía del teatro de la Ópera de París, donde había asistido a la representación de *Sansón y Dalila* con el presidente Loubet y que, al terminar la función, montaron en un carruaje y, al dejar la calle Rohan para entrar en la de Rivoli, una bomba estalló cerca del coche. Y, aunque no fue nada, pues don Alfonso y Loubet salieron ilesos, el magnicidio frustrado dio mucho que hablar.

Otro tanto que la llegada del rey a Londres —en el yate real *Victoria and Albert* —, y la estancia del mismo, pues se alojó en el Palacio Real y allí conoció a la princesa doña Ena, con la que se prometió en matrimonio.

Y eso que, en lo que quedaba de año, padrino y ahijada hablaron y hablaron de sucesos lejanos para distraerse de su propia pena: de la tragedia del acorazado *Potemkin* y de las luchas entre bolcheviques y mencheviques, en Rusia. De sucesos más cercanos: de la muerte o apresamiento de los últimos bandoleros de sierra Morena; de los movimientos obreros de Barcelona; de la crisis marroquí motivada

por la visita del *kaiser* Guillermo II a aquel país; de las elecciones a los ayuntamientos; del fallecimiento de don Francisco Silvela. De cosas de Zaragoza: de que en la Beneficencia Municipal había dos mil trescientos pobres con cartilla; de que el metro cuadrado de suelo en la huerta de Santa Engracia valía a cien pesetas; o de los precios de los alimentos, y entonces le preguntaban a Úrsula, que se apresuraba a responder:

—La hogaza de pan de kilo, a cuarenta céntimos; el litro de leche, a dos reales; la merluza, a ocho; las judías verdes, a tres...

Y, sin haber salido a veranear, contemplaron juntos el eclipse de sol que tuvo lugar el día 30 de agosto, que comenzó a las 13.20 horas y no volvió la luz hasta las 14, un espectáculo digno de ver. U, olvidando el luto, escucharon música juntos en el tercer salón, pues Jorge le había regalado a Cósima, para que se distrajera, un fonógrafo, dicho también gramófono o gramola —otro invento del genio Edison—, que había adquirido en la Viuda de Perales por la escandalosa cantidad de sesenta pesetas, con un disco, en concreto del gran Caruso cantando ópera, nada menos que el *Hernani*, de Verdi, cuya adquisición fue dificultosa, dado que su tirada inicial fue de cuarenta ejemplares a repartir por todo el mundo. O el padrino narraba a la ahijada las broncas habidas en una de las corridas de toros de las fiestas del Pilar, en concreto, en la de la alternativa de Manolo Bienvenida, que fue apadrinado por Lagartijo y Algabeño. O él mismo le traía a Cósima una caja de bombones de la confitería de Molins...

En la cocina, las criadas hablaron durante unos días del atentado sufrido por el rey de España y durante todo el año de la Flora Melero, la «puta esa», y de la hija de la ídem, las causantes del fallecimiento del señor, que murió de un soponcio provocado por el disgusto que ambas le ocasionaron. A gusto le hubieran contado a Cósima lo que sabían, lo que se decía en Zaragoza: aquello de que Flora le había pedido matrimonio, sin pararse en barras, como la pérdida que era, y lo que, por venganza, había echado a los vientos en el Mercado Central la señorita Clarita Brun, la «caritativa señorita Brun». Aquella suposición malintencionada, pues otra cosa no era, dado que testigos no hubo, de que Arriazu se había ido a la tumba sin confesar sus reiterados pecados de adulterio, por los cuales estaría quemándose en el infierno. Pero Cósima no les preguntaba y, aunque no estaban de acuerdo en que don Jorge se negara a informarle de lo sucedido, se callaban porque Maestro se había hecho cargo de los gastos de la casa y era él el que le daba a Úrsula para la compra diaria, y el que les abonaba el sueldo y el que les entregó la gratificación de Navidad, en la que no escatimó, pues les dio tres duros a cada una, uno más que doña Olimpia. Y si algo lamentaron aquel año, además de la muerte de los señores, fue no poder asistir a la batalla de las flores de las fiestas del Pilar, pero lo que se dijeron:

—Otro año será.

Y sí, sí, mucho hablar todos los habitantes de la casa, pero ninguno se quitaba de la cabeza los sucesos de lo que llamaron el «mes de las muertes», la más afectada Cósima. Y eso que todos querían distraerla a toda costa, Jorge con sus hablas y noticias de todas las partes del mundo, y las sirvientas queriendo que escuchara la gramola —artefacto que las había impresionado sobremanera y las impresionaba cada vez que oían cantar al tenor Caruso—, o pidiéndole que fuera al cementerio para dar el visto bueno a las lápidas de sus padres, pero no, no, Cósima se negaba a todo. Y aquel año ni siquiera ayudó a su padrino a escribir la carta que, desde de 1899, remitía al alcalde de turno, esta vez a don Félix Cerrada, para felicitarle la Pascua de Navidad, sin abandonar su cruzada privada por la instalación de alcantarillado en la ciudad. Por eso Jorge hubo de subrayar él solo el libro *Elementos de higiene pública*, de don Pedro Felipe Monlau, doctor en Medicina:

Las aguas sucias ó inmundas, que han servido para los usos domésticos, serán conducidas por tubos ó albañales cubiertos a las alcantarillas públicas ó comunes... Todos los pueblos de la Antigüedad comprendieron la utilidad del baño y del aseo...

En Madrid, Flora Melero, desde que dejara Zaragoza de mala manera, vivía en un sinvivir. Supo del fallecimiento de Luis Arriazu por la esquila que la familia insertó en el *ABC*, pues que, desde el día de autos, lo compró a diario. Lo sintió en lo más hondo de su corazón, pues no en vano había sido su entretenida durante veintidós años y algunos meses, pero donde más lo sintió fue en su bolsillo, debido a que, a 30 de junio, no recibió en su libreta las doscientas pesetas que su amante le transfería mensualmente para que tuviera buen pasar, hecho que se repitió el 30 de julio y tiempo en el que terminó con lo poco que tenía ahorrado, pues era mujer gastadora.

De no recibir la renta, Flora le echó la culpa al cabrón de Jorge Maestro desde el primer momento y anduvo por su casa mascullando:

—Ese cabrón...

Cierto que luego pasó a gritar:

—¡Ese cabrón...!

Voces que molestaron a los vecinos, aunque no les escandalizaron ni mucho menos porque en aquella casa solía haber follón y gritos a todas las horas en todos los pisos y, además, ya sabían quién era la inquilina del tercero izquierda y a qué se dedicaba.

El caso es que su hija también se puso contra ella, por su culpa quizá, pues no paraba de decirle:

—Habrás de ponerte a trabajar...

—¿En qué? No sé hacer nada. Usted no me llevó a aprender ningún oficio...

—Antes querías trabajar.

—Pero ahora no.

—Te educaste en las Francesas.

—¡Educar, educar, me enseñaron a leer y las cuatro reglas!

—¿Te parece poco? Te puedes colocar de dependienta...

—De dependienta jamás, que salen varices en las piernas de tanto estar de pie.

—Podemos volver a cambiar de barrio, de piso, y volver a empezar. Diré que soy viuda llegada a menos... La vecindad nos acogerá, pues seremos tema nuevo de conversación, y quién sabe...

—Yo no quiero trabajar.

—¿Cómo te atreves?

—Lo de hacerse pasar por la baronesa de Isla Chica fue disparate...

—Pues bien que te reíste...

—Tampoco estoy de acuerdo con el disgusto que le dio usted a mi padre, que se lo llevó al otro mundo.

—¿Cómo te atreves?

—Se comportó usted con demasiada violencia... Su ambición la llevó...

—¿Adónde me llevó?

—A matar a mi padre...

—Yo no maté a tu padre... Se murió él solo... Aquel mil hombres resultó un cobarde, para que me entiendas, y demostró una vez más que tú le importabas un carajo...

—Gracias a sus dineros hemos vivido hasta hace poco...

—A partir de ahora, vamos a vivir mal. No obstante, resistiremos.

El día en que le cortaron la luz, Flora todavía estaba dispuesta a resistir, el día en que le cortaron el gas también, pero el día en que no le fiaron más en ninguna de las tiendas de ultramarinos de la calle de la Cava Baja y aledañas, decidió telefonar al cabrón de Jorge, pues el 31 de diciembre vencía el trimestre del alquiler del piso, no la fueran a desahuciar por no pagar el recibo.

Tal hizo. El 2 de enero, se personó en la central de teléfonos, esperó varias horas hasta que llegó su turno y, pasadas las seis de la tarde, la telefonista le indicó una cabina. Tuvo suerte de que Jorge estuviera todavía en la banca:

—Soy Flora Melero...

—¿Diga usted?

—¿Me recuerda? Nos conocimos, fui la amante de Luis y la madre de la hija de Luis.

—Lo primero lo tengo claro, lo segundo no.

—Soy también la madre de Cósima...

—Oiga, ¿usted delira?

—No, no deliro. Se lo expliqué a mi amante la última vez que lo vi...

—¿Quiere usted decir la última vez que lo vimos todos?

—Oiga usted, que la pelea que tuvimos Luis y yo no fue la mayor de nuestro concubinato, fue una más...

—Me consta que no paró usted de darle disgustos. Por eso la envié a Madrid... Yo se lo aconsejé...

—¡Usted es un cabrón!

—No me haga llamarla puta...

—Atrévase, y le cuento todo a Cósima...

—¡No se atreva a hablar ni a escribir a la señorita Cósima!

—¿Quién me lo va a impedir, usted?

—Yo.

—¡Desgraciado...!

—¿Qué quiere usted?

—Dinero... Las doscientas que me enviaba Luis cada mes para el sustento de su hija...

—No me dejó mi socio instrucciones al respecto. Muerto él, su relación con usted ha quedado zanjada.

—El parentesco de Rebeca con él no terminará nunca... El parentesco no se puede borrar. Luis le iba a dejar un legado.

—No sé, tal vez lo hubiera hecho, pero el disgusto que usted le proporcionó se lo llevó de súbito...

—Oiga, ¿me está llamando asesina?

—No la estoy llamando asesina, la estoy llamando homicida. Cometió usted una imprudencia con resultado de muerte...

—¿Qué es eso?

—Matar a una persona sin alevosía y sin ensañamiento... Claro que estoy siendo muy generoso, porque usted se ensañó y cómo, que yo lo oí... Podría llevar el caso al juzgado...

—Me está mintiendo, se está aprovechando de mi ignorancia... Ya verá usted cuando me presente en Zaragoza y me ponga a gritar en la plaza de la Constitución que Cósima es hija mía y de Pedro Iglesias, un novio que tuve anarquista y que se fue a Barcelona y...

—Mire usted, por terminar...

—¿Diga, diga...?

—Por la amistad que mantuve con Luis, le ingresaré a usted cien pesetas al mes de mi propio peculio, en la misma libreta que lo hacía mi socio, ¿lo entiende?

—Sí, señor. Oiga, ¿habré de ser su amante...?

—¡No!

—Pues, por algo más de dinero, no me importaría... Yo le amaré, y le meteré el veneno del amor en el corazón. Seguro que a usted no le vendrían mal unos cuantos revolcones en la cama con una mujer, tanto por usted como por lo que se dice de usted...

—¿Qué se dice de mí?

—Que es maricón.

—¡Flora, me cago en la leche! ¿Lo toma o lo deja?

—Cien pesetas es poco.

—Flora, le voy a colgar el teléfono...

—Usted verá, estoy dispuesta a presentarme en Zaragoza y a gritar que Cósima es hija mía y del anarquista y que usted es maricón. Sólo aceptaré si me da doscientas al mes, lo mismo que me pasaba Luis.

—Mañana haré la transferencia, en una semana tendrá abonada la mensualidad. Y no me vuelva a llamar...

—No lo haré, descuide usted. Quedamos en doscientas, ¿eh? Adiós.

—Adiós.

—¡A Dios, a Dios...! ¡A la mierda, maldita sea...! ¡A la mierda la Flora, a la mierda los líos adulterinos de Luis, que no le causaron más que problemas! Problemas que ahora heredo yo... Yo que nunca he tenido querida, precisamente para no tener los inconvenientes de la mancebía y he solucionado mis necesidades de varón en el prostíbulo. Pero, ¡carajo!, ahora, todo sea por Cósima y por evitar escándalos, me he comprometido verbalmente a mantener una entretenida, la que

fuera de mi amigo para mayor ridículo... Una víbora, amén de puta...

Con todo, Maestro andaba disgustado.

El año de 1906 trajo novedades para la señorita de Arriazu, vaya que sí. Fue que el día 6 de enero, festividad de la Epifanía del Señor, se presentó en su casa Amelia López-Tass, con un telegrama en la mano. Tan temprano llegó que Cósima no había terminado su *toilette* y, es más, acababa de entrar en la bañera, pero, enterada de que la visitante traía un telegrama, se avió a toda prisa.

Mientras esperaba, Amelia recorría el salón de punta a cabo deteniéndose de tanto en tanto para volver a leer la comunicación de su hijo León, y se sonreía en razón de que habría boda, por fin. En virtud de que León había pisado tierra española y se casaría con Cósima, por fin, Dios sea loado. Con tal enlace se unirían la mayor fortuna de Aragón y una de las mayores de Argentina, para convertirse entre las dos en una de las mayores del mundo y, por supuesto, en la mayor de España, lo cual suscitaría la envidia de condes y duques y de los adinerados burgueses de Madrid y Barcelona. Además que, con tan inmenso peculio, León podría presentarse a diputado por el partido Conservador, junto al señor Castellano, o por el partido Liberal, junto al señor Moret —que en noviembre último habían sido elegidos por Zaragoza—. A más, que dada la mucha experiencia que traía León de América, podría administrar los bienes de su esposa tan bien o mejor que Jorge Maestro y con el tiempo, es decir, muerto Jorge, ser el propietario único de la acreditada Banca Arriazu y Maestro, puesto que, como es conocido, don Jorge había dejado a Cósima heredera universal en su testamento. Y quién sabe si, con el tiempo, León podría convertir la banca en banco y, con más tiempo, hasta adquirir el Banco de Crédito de Zaragoza. Y con más tiempo aún, llegar a ser alcalde de la ciudad, y con más tiempo todavía y tras varias legislaturas ocupando escaño de diputado, tal vez pudiera solicitar a Su Majestad el rey don Alfonso XIII, cuya vida guarde Dios muchos años, un título de nobleza por los servicios prestados a la Corona y a la patria... Y ella, ay, como era la madre de León y sería la madre de Cósima y la abuela de los herederos de ambos, se sonreía radiante, pues estaba a punto de cumplirse lo que ya vaticinara, sin ser pitonisa ni mucho menos, en el bautizo de Cósima, porque, a Dios gracias, todo comenzaba a realizarse, pues el futuro estaba dejando de serlo y empezaba a ser presente.

Para cuando Cósima entró en el salón, las criadas andaban alteradas suponiendo e imaginando las noticias que traía la señora viuda de Dulce, pues había venido con un telegrama en la mano, contenta como unas pascuas y sin poder dominar su emoción. Úrsula sostenía:

—Seguro que regresa el señorito León.

—No puede ser otra cosa, con los desplantes que le ha dado la señorita, la viuda ha de traer muy buenas noticias para presentarse aquí —abundaba Teolinda, que entró en la cocina arrastrando la bañera de Cósima para arrojar el agua sucia por el

sumidero.

—Ya es hora de que vuelva don León —intervenía Pilara.

—Yo no sé si estar contenta o descontenta —dudaba la cocinera.

—Yo tampoco. Esperaré a ver cómo reacciona la señorita.

—Os dije que había hablado con don Jorge dispuesta a romper el compromiso.
¿Os acordáis?

—Nos acordamos muy bien, Pilara.

Cuando Cósima oyó de labios de doña Amelia que su prometido había regresado y leyó en el telegrama que le tendía su futura suegra: «Acabo de desembarcar en Cádiz (stop) Mañana tomo el tren para Madrid (stop) Estoy deseando abrazarles a todos, especialmente a la señorita Cósima, mi prometida, y a usted, querida mamá, y a mis hermanas (stop) León Dulce», a punto estuvo de pedir a Pilara, que, seguro, estaba detrás de la puerta alparceando, su frasco de sales, pues que le venía mareo, pero se recuperó. Ciertamente que tomó asiento y que el rubor que apareció en sus mejillas, al conocer la noticia, no se le retiró en varias horas. No era para menos, pues que llevaba más de seis meses sin pensar en León, mejor dicho, pensando muy poco en León, y lo poco que venía pensando era para romper el compromiso. Y, de repente —de repente, decía, como si se hubiera quedado boba, pues habían transcurrido tres años—, su prometido había desembarcado en Cádiz y al día siguiente, que era el día de hoy, tomaba el tren para Madrid, para, al día siguiente o incluso el mismo día, tomar el de Zaragoza y, ay, correr a abrazarla, a ella la primera, para fijar la fecha de la boda y casarse, por fin. Lo que tanto había esperado y había dejado ya de esperar.

—Parece que no te alegras, hija —comentó su futura suegra.

—Perdóneme usted, madrina, estoy tan sorprendida...

—No es para menos, hija... Hacía tiempo que no sabíamos nada de León... Pero ¡alégrate, que la vida vuelve a sonreírte...!

—Me causa mucha pena que vuelva León y no estén mis padres para contentarse conmigo —consiguió decir la joven entre lágrimas.

—Ea, querida mía, yo seré tu madre... Mi hijo será tu marido y mis hijas serán tus hermanas... Tendrás una familia... —acertó a decir Amelia con voz quebrada—. Me voy, que he de preparar todo para la llegada de León... Tú busca en el armario tu mejor vestido, abre el cofre de tus joyas y ponte bien guapa, pues quizá a la noche veas a tu prometido... Te llamaré por teléfono para que don Jorge y tú vengáis a casa a cenar...

—Habrán de venir todos ustedes aquí, le recuerdo que estamos de luto...

—¡Ay, qué boba, bueno, pues prepara todo...! Adiós, hija mía.

—Adiós, doña Amelia.

—Llámame mamá ya si quieres, que en cuanto te cases habrás de hacerlo.

Pero Cósima no la llamó mamá, no. Lo haría cuando no le quedara más remedio

—tal se adujo—, porque madre sólo hay una y tenía demasiado reciente el fallecimiento de la suya. E ida la López-Tass, no supo si alegrarse o no alegrarse por el desembarco de León en España porque, pese a que durante años había imaginado sus aventuras y desventuras en Argentina, dada la larga ausencia de su prometido y la brevedad de su noviazgo —apenas unas horas—, últimamente no había pensado en su casamiento ni se había imaginado vestida de novia ni recibiendo el sacramento ni antes ni después del matrimonio, por eso se resistía a alegrarse quizá, aunque el corazón le iba a golpes y estaba ruborizada, roja, de cara, como si le fuera a venir calentura. Y, cuando enteró a las criadas del asunto, pese a que ninguna regateó enhorabuenas, les comentó:

—No sé si alegrarme o no alegrarme...

Lo mismo que le dijo a Jorge a la hora de comer:

—No sé si alegrarme o no alegrarme... Verá, padrino, que estaba yo tranquila, ya mucho tiempo sin pensar en León y dispuesta incluso a romper el compromiso, tal como le expresé a usted hace días... Viviendo la pena que me ha ocasionado la muerte de mis padres, pensando en entrarme monja en La Consolación, y la noticia del desembarco de León viene a trastocar mi vida... Y no sé...

—Cósima, ha ocurrido lo mejor que te podía suceder... Hoy ha venido Dios a verte... León es un gran hombre. Se distinguió en la guerra de Cuba... Ha sido capaz en tres años de poner orden en sus haciendas de Argentina y sacarles un extraordinario rendimiento económico, del que doy fe... La hazaña de León puede parangonarse o sobresalir incluso a la realizada por el general San Martín, el héroe de la independencia de aquel país... Te lo digo yo... No debes tener miedo, vas a maridar con un gran hombre...

—Todo lo que usted quiera, pero a mí no me ha escrito un telegrama de amor en tres años cumplidos, ya no digo un billete en el que besara mis pies o una carta...

—Según acabo de leer, está deseando abrazarte especialmente...

—Sí, pero yo ya me había hecho a otra idea...

—Espera y verás cómo palpita tu corazón en cuanto lo veas...

—Mi corazón es ya un caballo trotón.

Fue lo que Jorge pronosticó, pues que León telefoneó a Cósima desde su hotel de Madrid:

—¿Casa de Arriazu? —preguntó.

—Sí, señor —respondió Pilara.

—La señorita Cósima.

—¿De parte de quién, por favor?

—Del capitán don León Dulce.

Y Pilara, emocionada, avisó de la llamada a la señorita y Cósima creyó morir mientras se encaminaba al aparato y mientras hablaba con voz entrecortada por la excitación:

—¿Dígame?

—¿Señorita Cósima? Soy León Dulce... ¿Cómo está usted?

—Bien, ¿y usted?

—Muy bien. Me encuentro en Madrid... Reciba usted mi más sentido pésame por el fallecimiento de sus padres, acabo de enterarme...

—Gracias.

—En una semana estoy en Zaragoza... Por mi gusto aceleraría el viaje, pero el caso es que le voy a llevar a usted un regalo, cuya adquisición lleva su tiempo...

—¿Una semana?

—Fije usted la fecha de nuestra boda. ¡Cósima, Cósima...!

—León, no le oigo.

—Yo tampoco... ¡Cósima, he pensado mucho en ti...! —alzó la voz el joven e inició el tuteo con su prometida.

—Yo también en ti...

—No me reproches que haya tardado tres años en poner en explotación la inmensa hacienda de tía Miguelina. Argentina tiene una superficie de varias veces España. Te aseguro que no he dejado de pensar en ti...

—Yo he rezado a diario por que regresaras sano y salvo... Dios me ha escuchado, por fin...

—¿Cósima?

—¿Dime?

—Cósima, te llamaré mañana a esta misma hora.

—Adiós, León.

Y, sí, sí, sucedió lo que Jorge pronosticó: que, durante la última semana de ausencia de León, Cósima se enamoró perdidamente de su prometido, pese a que el susodicho le sacó varias veces los colores.

En razón de que el primer día le dijo lo que arriba queda escrito; el segundo, que besaba sus pies; el tercero, que besaba su mano; el cuarto, que besaba sus labios; el quinto, que deseaba abrazarla y comérsela a besos; el sexto no la telefoneó porque iniciaba su viaje, y el séptimo se presentó en Zaragoza con un regalo para ella, de excepción.

La noticia del regreso de León Dulce, desde que se conoció, tuvo convulsionada a la ciudad de Zaragoza, y su nombre y el de su prometida estuvieron presentes en todas las tertulias de cafés y casas particulares, pero la llegada del mozo causó expectación.

Resultó que el valiente capitán, que había servido al rey en la guerra de Cuba con honores, volvía convertido en un personaje, pues como si tal fuera se le recibió en la plaza de la Constitución, por el mucho gentío que hubo, cuando se presentó en la puerta de la casa de Cósima conduciendo él mismo un automóvil, en un día de cierzo montaraz, que se llevaba los sombreros. Y el lugar se llenó de multitud de chiquillos, que habiendo corrido detrás del ingenio mecánico, lo rodeaban y tocaban, y de otra

mucha gente mayor, curiosos, vaya, que, pese a que había visto otros autos —al menos, alguno de los ocho que circulaban por la localidad en aquella fecha—, se detuvieron en sus idas o venidas o en sus quehaceres para presenciar lo que sucedía ante sus ojos: que un hombre alto y apuesto, un *dandy*, vaya, de rostro afeitado y vestido con traje de viaje, se apeaba de un automóvil tan sucio de polvo como si hubiera bajado de la diligencia, y se quitaba el gorro y las gafas. Que se limpiaba el polvo que le había quedado en la cara y en las cejas con un pañuelo, que, delante de todos, se desprendía del traje de viaje y se ponía una levita de buen paño. Que espantaba a los niños moviendo las manos, se acercaba al vehículo y hacía sonar la bocina del mismo: po, po, a la par que miraba a los balcones de Arriazu para ver a Cósima cuando, avisada de su presencia, se asomara.

Don Fernando Escudero, asiduo del café Gambrinus, mientras en la plaza sucedía lo que sucedía, comentaba con el propietario, don Luis Pascual.

—El coche del capitán es un Dion Bouton, en concreto el modelo llamado Voiturette, alcanza los cuarenta kilómetros por hora, pero no es el mejor coche que existe en el mercado...

—¿El suyo qué marca es?

—Un Clement-Bayard, tiene matrícula Z-1...

—Sólo por tener el primer coche matriculado en Zaragoza, pasará usted a la historia de esta ciudad.

—No sé cómo Dulce se ha comprado esta marca. Yo le hubiera aconsejado el que yo tengo o un Aster o un Richard, que tienen mayor cilindrada... Cuando usted, Pascual, se compre coche pregúnteme, le aconsejaré.

—Lo haré, don Fernando... ¡Ah, mire usted, la señorita Cósima ha salido al balcón...!

—¡Pobre Cósima, merece que Dulce la haga feliz...!

—Dios lo quiera, mírelos. Están los dos radiantes de alegría.

En efecto, Cósima saludaba discretamente con la mano a León, contenta consigo misma, pues llevaba tanto tiempo esperándolo que, en la última semana, había temido que se le hubiera olvidado su rostro, pero no, no, que lo conoció al momento. Y León saludaba a Cósima moviendo los brazos con efusión, a la par que le mostraba el automóvil y le gritaba, pues allí, en la plaza, no se podía hacer otra cosa para hacerse oír:

—¡Es tu regalo...!

Pero la muchacha no le oía y le pedía por señas que subiera a casa. Pero el mozo no quería subir, pues deseaba entregarle el regalo, al parecer. Por eso le contestó por señas también que no podía dejar el coche solo, por la chiquillería, que, alterada como estaba, era capaz de desvalijarlo y aun de romperlo. Por eso no se movió hasta que dos agentes de la guardia urbana se hicieron cargo del vehículo y enviaron a chavales y curiosos a sus casas.

León Dulce subió las escaleras de casa de Cósima de tres en tres y no tuvo que

llamar a la puerta, pues en la entrada del piso le esperaban: Cósima, bastante azorada, Jorge y las tres criadas. Y fue que se dirigió a la joven, hizo una pequeña inclinación de cabeza y le besó primero una mano, luego la otra, para mirarla por un instante a los ojos con ojos de enamorado —así lo vieron los que presenciaron el encuentro—, y ya apretó con calor la mano de Jorge y saludó a las sirvientas con un pequeño movimiento de cabeza.

Arriazu, Dulce y Maestro se sentaron en el segundo salón frente a la chimenea, cuyos troncos ardían alegres para combatir el frío de la estación. Dulce, tras pedir un aguamanil y lavarse, tomó la mano de su prometida y le preguntó:

—Cósima, he venido derecho a tu casa, ni a lavarme he ido, perdona... ¿Te ha gustado el regalo?

—¿Qué regalo?

—El automóvil...

—¿Es para mí?

—Claro, te lo he comprado en Madrid...

—Si te digo la verdad, no he montado todavía en ninguno, pero es muy bonito... Muchas gracias.

Y fue a intervenir Jorge, a decir que era un auto magnífico, porque ya le rondaba comprarse uno —sin duda, influido por los anuncios que se publicaban en las muchas revistas que leía— y desterrar en nombre del progreso el coche de caballos, nada más fuera por higiene, él, que tanto luchaba por la higiene, pero se quedó con la palabra en la boca, pues la familia Dulce, al completo, llamó a la puerta y entró como una tromba: la madre, las tres hermanas y los tres cuñados. Y, naturalmente, abrazaron al recién venido, las mujeres llorando y riendo, los hombres con efusión, protagonizando una escena familiar tan tierna que Cósima se sumó a los lloros y a las risas.

—¡Qué suerte que tiene la señorita...! ¡Qué hombre...! ¡Qué *dandy*...! Se dice *dandy*, ¿no? —comentaba Teolinda en la cocina con sus compañeras.

—¡Ah, hubiera querido que la señora viviera para que hubiera visto la felicidad de Cósima...! —suspiraba Pilara.

—¡Para el carro, Pilara, que las apariencias engañan!

—¡No seas cenizo, Úrsula, carajo...!

—¡No hables, y bate las claras con garbo, con más garbo...!

—Don León es capitán de húsares, habrá que verlo en traje de militar, ¡qué tipazo...!

—Teolinda, ¿aún miras a los hombres?

—Yo miraré a los hombres hasta que me muera, por ver si alguno me propone matrimonio y me voy de esta casa para no verte más...

—¡Rediela!, ¿qué te he hecho yo?

—Hoy, nada...

—Ea, Pilara, ponte bien la cofia y cámbiate de delantal. Di que la comida está

dispuesta y ven a buscar la sopera. Ah, y cuida cómo sirves...

—¡Ah, no! Yo no voy a servir, voy a acercar la sopera por la izquierda a cada comensal y que se sirva él.

—Vamos, pues.

La comida, que presidió Cósima, sentada por primera vez en la cabecera que ocupara su señor padre y con su anillo de pedida —un diamante de treinta mil pesetas engastado en platino— luciendo en el anular de su mano izquierda por primera vez en tres años, resultó muy amena. Pues León habló y habló de la Argentina, de sus andanzas y malandanzas de norte a sur del país; de los pobladores; del territorio y de los varios climas del lugar; de la ida, de la estancia y del regreso; de doña Miguelina y de los muchos sobrinos del indiano, del marido de su tía —marido decía, aunque todos entendían que se refería al amante, pues ambos habían vivido en contubernio—, que habían surgido en varias provincias para disputarle su herencia y con los que había tenido que pleitear; de sus tierras y de la extraña forma de las mismas: una banda de más o menos cincuenta kilómetros extendida de norte a sur y de este a oeste, que le llevaron de acá para allá; de que había ascendido a capitán, pues que había solicitado al rey, mediante instancia cursada a través de la embajada española en Buenos Aires, el pase a la reserva, y de otras mil curiosidades. Pero Cósima, que estaba encandilada, no se enteraba de nada, pues, aunque escuchaba, poco oía por el revoltillo que tenía en la cabeza y porque, a su izquierda, estaba su futura suegra hablándole del coche, del Dion Bouton, lamentando que sólo tuviera dos plazas; diciéndole que León había facturado el grueso de su equipaje y que traía regalos para todos e insistiendo en que pusiera fecha a la boda:

—¿Qué te parece, hija, el día 31 de mayo? En esa fecha ya se habrá cumplido un año del fallecimiento de tu buen padre... En realidad, sólo hay que pedir hora y fecha en la iglesia. No hay que anunciar el compromiso ni hacer petición de mano, pues todo fue hecho tiempo atrás.

—¿El mismo día en que se casa el rey?

—Sí. ¿Qué te parece?

—Bien, pero habrá que preguntar a León.

—Yo me ocupo.

—León, hijo mío, ¿te parece bien el 31 de mayo como fecha de boda? Hay tiempo para leer las amonestaciones...

—Bien, mamá.

—El 31 de mayo, Cósima. Es pena que estés de luto, pues hubiéramos celebrado una boda señalada... Es doloroso, también, que falten tus padres, hubieran vivido momentos felices...

—¡Ah, el 31 de mayo es el día en que se casa el rey con doña Ena de Battemberg...! —informó una de las futuras cuñadas de la anfitriona como si dijera algo nuevo.

—¡Ese día matrimoniarán dos reyes y dos reinas...! —sentenció otra de las

futuras cuñadas de Cósima.

Así, entre alegrías y efusiones, terminó aquella sobremesa de bienvenida, muy tarde. Al despedirse, León quedó con su prometida en ir a buscarla al día siguiente a las tres de la tarde, después de comer y sestear, para dar un paseo en el automóvil.

Al día siguiente, Cósima, de buena mañana, se llegó en el coche de caballos al convento de las Oblatas, para que las monjas bordaran las iniciales de ella y de León en su inmenso ajuar. Luego pasó la mañana sofocada a causa del paseo en auto. Pues que recordó que el vehículo era biplaza, con lo cual sólo tenía dos asientos, es decir, uno para él, otro para ella, por lo que no cabía Teolinda, la «carabina» que pretendía llevar. Por eso, mientras comían Jorge y ella, le preguntó a su padrino:

—Tío Jorge, el auto sólo tiene dos plazas, ¿qué hago? ¿No voy o nos apretamos y llevo a Teolinda?

—Os apretáis, por supuesto, hija mía...

A la hora en punto llegó el novio con el coche limpio como un lucero e hizo sonar la bocina: po, po... La novia, que ya esperaba, se caló el sombrero, lo cubrió con el velo de luto, se miró en el espejo del recibidor, tomó la sombrilla y ordenó a Teolinda:

—Vamos.

—Ay, señorita, perdone la señorita, pero a mí me da miedo subir en un auto.

—A mí también. Es la primera vez que voy a montar en uno, pero la gente va en ellos y muy contenta además.

Tras los saludos, tras instalarse, el novio ante el volante, su novia en medio y en la otra puerta la criada, León arrancó el coche suavemente para que los mirones, que eran muchos, hicieran paso, y ya, pu, pu, pu, enfiló el paseo de la Independencia, siendo el centro de las miradas de la gente que pasaba por allí. León comentaba:

—Esto ha cambiado mucho... Han vuelto a derruir la puerta de Santa Engracia... Ese edificio debe ser la Facultad de Medicina y Ciencias... ¿Cósima, es la Facultad...? ¿Qué te pasa, Cósima?

—Ay, no sé, León, me viene angustia...

—Es la impresión. ¿Es la primera vez que montas en un coche?

—Ay, señorito, a mí me pasa lo mismo —informó Teolinda.

—No tengáis miedo... El automóvil se mueve menos que un carro o que un coche de caballos. ¿Queréis que me detenga...?

—No, no, continuemos...

—¿Cósima, aún tienes la cama de Irisarri? —preguntó León cuando, entrando en el paseo de Sagasta, avistaron la fábrica de camas, cuyas tapias estaban llenas de pintadas, tales como: «Irisarri fabrica camas como si hiciera turrón».

—Sí.

—Oye, Cósima, ¿quieres que compre un terreno para edificar nuestra casa por

aquí? —preguntó el novio yendo de un tema a otro.

—¡Ah, no, León, viviremos en mi casa...! Desde la muerte de mis padres, sobran habitaciones y no quiero que tío Jorge se sienta abandonado...

—Tendré que ponerme un despacho.

—Y dos.

—¿Tienes frío, Cósima?

—Un poco, León, se ha levantado cierzo otra vez.

—Echaré la capota, o no, porque os marearéis... Ha cambiado bastante Zaragoza, pero el tiempo no ha cambiado nada...

—Aquí, o nos pelamos de frío o nos asamos de calor...

—¿Qué fue lo de tu madre?

—Pues, verás, tropezó, dio de bruces en los adoquines de la calle de Estébanes cuando salíamos del cine, y se hizo un profundo corte desde la frente hasta los labios... Pareció recuperarse, pero no fue así... Para mí que don Fernando le dio demasiadas medicinas, permite que te lo diga aunque se trate de tu tío, además, la trató de jaqueca, pero creo que tenía un tumor cerebral ocasionado por el golpe... En realidad, lo mismo fue que tu tío se equivocara, pues mamá no estaba en condiciones de someterse a cirugía, ni menos a semejante cirugía, pues ya mostraba síntomas de debilidad y se hubiera quedado muerta en la mesa de operaciones... Ella ya me venía avisando de que su salvación no era cosa de médicos, que era cosa de Dios, pero le llegó su hora en poco más de dos meses...

—Así lo quiso Dios, descanse en paz... ¿Y lo de tu padre...?

—¿Adónde vamos? —cortó la joven, pues no quiso hablar de lo de su padre.

—Al Cabezo Cortado...

—Está muy lejos.

—En un momento llegamos. Atiende, Cósima, te voy a explicar cómo se conduce un automóvil... Mira abajo, ¿ves unos pedales...?

—No me hagas mirar al suelo... No me encuentro bien...

—Yo tampoco, señorito...

—Ea, respirad hondo. ¿Va mejor?

—Sí.

—Sí.

—Habrás de aprender a manejar el coche. Ya sabes que es tuyo, que es el regalo que te traje... Yo me compraré otro.

—¿Yo, pobre de mí...?

—Te enseñaré y si no te gusta contrataré un *chauffeur* para que te lleve a todas partes.

—¿Qué es eso?

—Un conductor profesional de automóviles.

—¡Ah!

—Bueno, pararemos aquí un rato para que se os pase el mareo... Tú, chica, ve a

buscar un nido para la señorita Cósima...

—¿Un nido, señorito?

—¿No buscabas nidos en tu pueblo?

—Sí, señor.

—Pues ve y no vuelvas la cabeza.

Teolinda entendió y fuese sin volver la cabeza hasta desaparecer en la espesura. Entonces la volvió y vio cómo el señorito abrazaba a la señorita y la besaba en la boca con pasión acumulada, tal se dijo y permaneció con los ojos bien abiertos viendo lo que sucedía. Observando cómo Cósima se separaba de su prometido para tomar aire y cómo el hombre la dejaba apenas respirar, la acercaba y se apretaba contra ella, y cómo volvían a repetir lo mismo, y cómo la moza forcejeaba con el mozo hasta lograr separarse de él, y cómo la moza conseguía zafarse y corría hacia el senderillo que había seguido la criada y la llamaba, aterrada:

—¡Teolinda!

Teolinda, que contemplaba la escena divertida y escondida detrás de unos abrojos, acudió presta al llamado de su ama:

—Nidos no he encontrado, señor capitán —dijo—, pero traigo unas flores silvestres.

—Toma, Cósima, para ti —le entregó el joven las flores a su prometida y pidió a la criada—: Venga, moza, esa merienda.

Teolinda cogió el cesto de la merienda, tendió un mantel en el suelo y empezó a sacar vino, pan, jamón, queso, *croquettes* y empanadillas, todo lo que había preparado Úrsula, en fin. León se aplicó al condumio, pero las mujeres no probaron bocado, se negaron aduciendo que tenían el estómago revuelto y que había arreciado el viento, que no era día para hacer una merienda campestre. El hombre, observando que estaban pálidas, dio por terminada la excursión y se encaminó al vehículo. Al abrir la puerta para que subieran, le puso un duro en la mano a la sirvienta.

León volvió a arrancar el auto con su novia pálida, pálida de rostro, y con la criada de su novia, ya coloradota y más contenta que unas castañuelas, sin duda, por el duro que llevaba en el bolsillo. Cierta que a medio camino hubo de detenerse para que vomitaran las dos.

En los días siguientes, los novios y la «carabina» fueron a la fuente de la Junquera, a las balsas de Ebro Viejo y a la fuente de los Incrédulos, pero ya fueran acá o acullá, las mujeres al regresar vomitaban. Tanto es así que León le dijo a su prometida:

—Te traje un coche para ti, un regalo que creía que te haría ilusión, y resulta que va a ser para mí.

—Intento acostumbrarme a él y lo seguiré intentando.

Pero lo que la joven comentaba con Jorge:

—No puedo hacerme a ese cacharro, Teolinda tampoco... Las dos devolvemos al regresar. A mamá le hubiera sucedido lo mismo...

—Pasea con León. Siéntate en una terraza con él. Ve al Pilar. Enséñale Zaragoza, que ha cambiado mucho... No es cuestión de que vomites a diario...

—Ya sé.

—¿Qué sabes?

—Como todavía no he llevado los dineros que me mandó entregar mi madre a varias iglesias y conventos, le diré que me acompañe...

—¿Cómo, no lo has hecho?

—No, no he podido hacerlo antes.

—¿No has podido?

—No he tenido tiempo. He estado con mis penas, rezando... Y, ahora, a causa de la boda, estoy yendo a la lencera, al zapatero, al bolsero, al sombrerero, a la modista, y también he de ir a pagar a las Oblatas y mandar a recoger el ajuar de cama y mesa, diez baúles, me han dicho...

—No obstante, hazlo cuanto antes, y ve andando o en nuestro coche de caballos.

Andando tuvieron que volver los automovilistas a casa varias veces porque el Dion Bouton se atrofiaba. Se estropeaba cada dos por tres, hacía el motor: pluf, y se quedaba parado, cuando no se pinchaba una de las ruedas. En tal caso, León se arremangaba, sacaba una bien surtida caja de herramientas que llevaba debajo del asiento y unas veces lo arreglaba y otras no. Entonces habían de echar a andar hasta encontrar un carro que les llevara a la primera parada de tranvía, pero más de una vez hubieron de regresar a casa andando. Y León, en varias ocasiones, hubo de alquilar un simón o una yunta de bueyes para remolcar el coche averiado hasta una herrería para que el herrero le fabricara la pieza rota, un jaleo, en fin.

Pese a los inconvenientes, pese a la poca ilusión y nula disposición que Cósima mostraba al manejar el auto, pese a los muchos quehaceres de los dos, el capitán seguía empeñado en que aprendiera a conducirlo. La joven por darle gusto se subía a la Voiturette, se acomodaba en el asiento, pisaba a fondo el pedal de la izquierda, el embrague —dicho en argot automovilístico—, lo soltaba lentamente a la par que pisaba lentamente el pedal de la derecha —dicho acelerador—, y el auto hacía pof, a lo máximo, pof, pof, y daba un salto hacia delante, para quedarse «calado», es decir, muerto.

Los que la veían, ya estuvieran en el café Suizo o en Gambrinus, movían la cabeza y decían más o menos la misma frase:

—Ya lo puede intentar, que una mujer nunca aprenderá a conducir un automóvil.

Claro que alguna vez, ante semejante aserto, alguna fémina se encaraba con los hombres y les preguntaba:

—¿Por qué no? ¿No llevan carros las campesinas? Pero era raro que alguna saliera en defensa de su sexo, pues la mayoría estaba con los hombres en esta cuestión. Cierto que un día, cuando Cósima había «calado» tres veces el coche, una

mujer aportó una solución quizá:

—Si se quitara los zapatos de tacón y se acortara la falda dos palmos, quizá condujera mejor.

Pero todos, hombres y mujeres, que estaban en la terraza del café Suizo, se le echaron encima:

—¿Acortar la falda?

—¿Para qué? ¿Para que todas las mujeres parezcamos animadoras de café?

—¿Eso quiere usted?

—¿Que nos tomen por lo que no somos?

—Una mujer honrada no enseña el tobillo.

—¿Acaso los días de viento no evita usted pasar por la esquina de la fonda Europa, precisamente para que no se le alce el vestido y los hombres le vean el tobillo?

—Hasta ahí podíamos llegar.

—Calle usted, calle usted.

Aquella sugerencia no llegó a Cósima. Mejor, porque seguramente la hubiera tomado igual de mal que sus congéneres y porque la autora de la idea, según se comentó luego en el café, acabó más que corrida.

El caso es que León no reblaba. Hacía entrar a Cósima y a Teolinda en el coche hiciera frío o buen día o soplara el cierzo, tomaba el volante, embragaba y aceleraba con maestría, y se encaminaba al campo. Él a merendar con buen apetito, como si fuera un muerto de hambre, ellas a no probar bocado, pues era arrancar el auto y marearse. Entonces, una vez recompuestas las dos por el aire puro del campo y por pisar tierra firme, mandaba a Teolinda a buscar flores o nidos de pájaros y aprovechaba la ausencia de la criada para susurrar al oído de su prometida palabras de amor:

—Te quiero, Cósima... Te quise desde el día en que te bautizaron.

—Sé que fuimos cristianados con el mismo faldón y con la misma concha de plata...

—Yo sostuve en tu casa la bandeja que hizo las veces de pila bautismal.

Y estaba la joven tan enamorada, tan alelada, en fin, que no se preguntaba por qué la bautizaron fuera de la iglesia y ni siquiera recordaba que él había estado internado en un sanatorio por una grave enfermedad. Y tan feliz era que se sentía incapaz de regañarle a León por lo mucho que refunfuñaba cuando ella «calaba» una y mil veces el auto, y no le importaba que su enamorado no le hubiera enviado todavía una carta ni un poema ni le hubiera paseado la calle, tan feliz era. Además, que mejor estar juntos, ya fuera en el auto o en casa de Cósima, donde cenaba a diario, mejor para ella en casa que en el auto, por lo que va dicho y por el frío, pues estaba haciendo un invierno helador. Mejor en casa, donde León, Jorge y ella hablaban de las corrientes de opinión que sacudían a la vieja Europa, de las doctrinas de Carlos Marx, de unos llamados mencheviques, de otros llamados bolcheviques, que estaban ciscando la

Rusia Imperial; de las doctrinas anarquistas de un tal Bakunin, cuyos seguidores estaban cometiendo o tratando de cometer magnicidios en Europa toda. O de las maldades sociales que traían ambas doctrinas o corrientes de opinión, lo que fueren, las dos queriendo despojar a los ricos de lo que tenían; las dos difundiendo el ateísmo y defendiendo el amor libre, es decir, la vida en concubinato, que, Dios no lo quiera, podría terminar con la institución del matrimonio y con la familia. O los dos hombres le comentaban el *meeting* que había dado Joaquín Costa, llamado el «león de Graus», en el teatro Principal de Zaragoza, al que habían asistido el día 6 de febrero junto a una multitud de personas, en el que el conferenciante, todo un señor notario y parlamentario, había hablado de su libro *Oligarquía y caciquismo* clamando porque en España hubiera despensa y escuela y que se cerrara con siete llaves el sepulcro del Cid. Mientras, el mismo día y a la misma hora, Lerroux daba otro *meeting* de lo suyo en el teatro Circo.

Pero ya hubieran hablado de una cosa o de otra, cuando él la despedía en la puerta de su casa o en su propia casa con un beso en la mano, con un largo beso en la boca le hubiera gustado a ella decirle adiós.

Pese a la buena disposición de Cósima, fue menester dejar las excursiones por sus vómitos, a más que, como la fecha de la boda se acercaba, novio y novia estuvieron muy ocupados.

León anduvo ajustando con don Jorge las capitulaciones matrimoniales, lo que llevó su tiempo, pues, aunque el joven dijo que sí a todo, Maestro quiso que se enterara bien de las cláusulas. Una vez convenido el contrato, los prometidos fueron al notario y firmaron y rubricaron, ante testigos, lo que Jorge presentó: el mismo texto que habían firmado Olimpia, la madre de Olimpia, la abuela de Olimpia, la bisabuela de Olimpia y a saber si la tatarabuela, cambiando los nombres, naturalmente, pero sin tocar una coma por los excelentes resultados demostrados por el documento que, al parecer, se venía copiando íntegramente a saber de cuántas generaciones acá.

Tampoco León descuidó invertir su mucho dinero, que Jorge le colocó —dicho en *argot* financiero— en fondos públicos, en bancos de Madrid, París, Londres, Francfort y Nueva York, que le rentaban el siete por ciento anual. Y se acordó de su madre y sus tres hermanas, pues les abrió cuentas corrientes en la banca. A su progenitora le ingresó quinientas mil pesetas y trescientas mil a cada una de sus hermanas, con lo cual les aseguró la vida.

Acabadas las cuestiones financieras, Jorge informó a León:

—Tienes, hijo, seis veces más dinero que la señora duquesa de Villahermosa, que falleció a finales de año.

—Mueva usted el dinero, don Jorge; le daré un poder.

—No, no, hijo. Cuando haya que firmar para comprar o vender te presentas aquí y

lo haces. Lo prefiero.

Pero lo que más tiempo le llevó al capitán fue la confección de su ropa, pues de Argentina había traído poca y buena parte de ella estaba para darla a los pobres, por eso anduvo de sastres, de camiseros, de sombrereros, de zapateros, etcétera.

Cósima, a más de renovar su vestuario, compró un dormitorio para su futuro marido. Sin tiempo de recurrir a un ebanista, recorrió todas las tiendas de muebles de la ciudad, buscó mucho hasta encontrar uno de madera de caoba que le gustó, compuesto de armario de seis puertas con lunas interiores, cómoda, dos mesillas, cama torneada, con tanta filigrana y buen hacer que poco hubo de envidiar a la suya, a la que puso dos colchones de lana, hechos a la inglesa, y almohada y edredón de miraguano; más dos butacas a juego también torneadas para la habitación. Y, para la pared de encima de la cama, compró un crucifijo de marfil en la tienda de José Albareda, en la calle Cinco de Marzo, que valía un potosí.

En la cocina, Teolinda había informado desde el primer momento a sus compañeras de lo que hacían o decían los señoritos. El primer día les dijo:

—Me ha mandado el señorito a buscar nidos de pájaros para que los dejara solos. Yo me he alejado un poco, me he escondido entre los matorrales y los he visto...

—¿Qué han hecho?

—Se han besado.

—¿Con el frío que hacía? —intervino Pilara.

—¡Cállate, que tú no sabes del amor! —la recriminó Teolinda.

—¿Se han abrazado?

—Se han abrazado.

—¿Se han revolcado por la hierba?

—¡No, los señoritos son personas decentes!

El segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, etcétera, les dijo:

—El señorito ha dicho que mide un metro setenta.

—Es alto, sí.

—A mí me lleva más de un palmo.

—Entre lo alto y guapo que es, en el mercado no se habla más que de él.

—Dice la señorita que no ha traído acento argentino y que habla francés e italiano a la perfección.

—¡Qué suerte la de la señorita Cósima!

—Se lo merece, ha sufrido mucho en este último año.

—Y que lo digas, Úrsula.

—También ha dicho hoy el señorito que ha muerto don José María de Pereda.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—¿Dónde habéis ido hoy?

—De conventos, a entregar el dinero de doña Olimpia. En las Fecetas nos han regalado un paquete de magdalenas y nos las hemos comido. Mañana iremos a La

Seo, a lo mismo. Además, el señorito quiere escuchar al ciego Antonio, ha dicho que iba a oírlo cuando era niño.

Y tal hicieron los novios y la «carabina», después de dejar las mandas de Olimpia en las citadas iglesias, escuchar la narración de una dicha Cosma de labios del ciego Antonio, que, pobre hombre, se había convertido en la viva estampa de la vejez. Y los prometidos, tras oír la canción y el ña, ña, ña, comentaron que el tipo había trastocado la historia, cambiándola, dejándola irreconocible, pues que ya no trataba de una niña que había sido encontrada por un perro y entregada por él mismo a una dama de familia de abolorio, no. La Cosma era una princesa que se había topado en un puente de una ciudad sin nombre con una mujer pobre, pobre como las ratas, que andaba por el mundo, sin rumbo, acompañada de un can, y había sido contratada por la noble dama como señorita de compañía y el perro como jefe de su jauría. Y se rieron claro, pero convinieron:

—En diez años, todo cambia.

Y sí, sí.

Y, al otro día, Úrsula volvía a preguntarle a Teolinda:

—¿Qué hacéis hoy?

—Hoy no salimos, va a venir el señorito a las diez. Porque los señoritos van a escribir las participaciones de boda. Ah, os aviso que la señorita quiere retirar algunos muebles de los salones. Ha dicho que, como hay demasiados, don León tropezará con ellos y quiere que se encuentre a gusto en esta casa.

—Bueno, pues ella dirá.

—También han dicho que pronto vendrá el rey a Zaragoza.

—Faltan pocos días para que se case, ¿cómo va a venir?

—Viene al Pirineo, a *inaugurar* una *azaica*...

—¿Un canal?

—Sí.

En fin, que Teolinda era como el periódico.

Pese a que no habría banquete de bodas y a que, según Jorge, los novios se ahorrarían por ese hecho siete u ocho mil pesetas, Cósima empezó a recibir regalos, muy buenos regalos. El alcalde Cerrada le envió unos pendientes de azabache, pero recibió también y los expuso en el tercer salón: varias medallas de oro y ámbar de la Virgen del Pilar, alfileres y camafeos; varios espejos de cornucopia, el mejor el del señor Paraíso, que era el propietario de la fábrica de vidrios La Veneciana; candelabros y juegos de té de plata; chocolateras de buen bronce; relojes de mil formas y *sonneries*, y cuatro monedas de oro de cien pesetas de Alfonso XIII. Ciertamente que el regalo que más ilusión le hizo fue el de la viuda de Irisarri: una linda cunita para los niños que tuviere, un obsequio que, aunque ni mucho menos era la cama-cuna del rey Alfonso XIII, sería duradero y útil, pues pensaba tener muchos hijos.

El caso es que, pese al luto, Cósima estaba radiante, pues tiempo le quedaría, si Dios le daba salud, de llevar colores alegres en las muchas fiestas que daría en sus salones. La más espléndida la del día del santo de León, el 10 de noviembre, que había mirado el santoral: San León Magno, papa, el que detuviera a los ejércitos de Atila a las puertas de Roma... Al próximo año, lo prepararía todo y le daría una fiesta sorpresa a su dulce León. Tales palabras se decía para sí, haciendo una gracia cariñosa con el apellido de su prometido, pero a él no se lo decía, que a un novio no se le puede decir tal expresión, no la fuera a tomar por mujer ligera. Y eso, que lo de «dulce León» se lo diría ya casada y en privado.

El 27 de mayo, a cuatro días de su boda, Cósima lamentó no poder acompañar a León al puente del Gállego, donde los automovilistas zaragozanos, a saber: Arque, Caso, Cerezo, Crespo, Dulce, Escudero, Pina, Soteras y Yarza —lista de nombres que los chiquillos de la ciudad se sabían de memoria—, se reunían para recibir a los automovilistas que, procedentes de Barcelona, se encaminaban a Madrid para asistir a la boda del rey.

Por una parte, se sintió aliviada porque se sentaba en el Dion Bouton y, a poco, devolvía, pero, por otra parte, hubo de resignarse, porque el encuentro prometía ser muy animado, dado que venían más de cien automóviles. Si no asistió fue porque también tenía que ir a la modista, a la última prueba de su traje de boda, que, pese a ser negro, le estaba quedando de reina.

Supo, por posterior relato de León, que los automovilistas zaragozanos se unieron a los barceloneses y que todos juntos fueron recibidos por el alcalde, el doctor Cerrada, en el puente de Piedra, para, todos juntos, ir a visitar a la Virgen del Pilar. Y que recorrieron la calle de Alfonso I y la plaza de la Constitución, es decir, que pasaron delante de su casa, pero no los vio porque estuvo todo el santo día en la modista. Pues todo fue probarse y probarse, que si la sisa, que si la costura, que si un poco de allí, que un poco más de acá, el caso es que no salió ni a comer y hubo de conformarse con el refrigerio que le sirvió la costurera. Al día siguiente, vio cómo los automovilistas, que se habían hospedado en las fondas Europa y Cuatro Naciones, salían de uno en uno, por levantar el menor polvo posible, camino de Madrid, y se jactó de que León anduviera parejo al primero que saliera y que, de vuelta a casa, se cruzara con todos y los saludara, según le contó luego, muy animado.

El que no estaba nada animado, es más, el que se mostraba compungido era Jorge. Y eso que tenía motivos de contento porque tanto Cósima como León se mostraron muy agradecidos al recibir su regalo: cien mil pesetas en acciones de Altos Hornos de Vizcaya, a nombre de los dos, pues a ambos les hizo ilusión tener un capital en común y que el primer capital que tenían en común fuera regalo del padrino.

Pero Maestro se mostraba atribulado. Pilara lo veía así:

—Don Jorge está muy triste. Ha perdido al amigo y ahora va a perder a su ahijada.

—¡No va a perder a nadie, su ahijada vive en el piso de abajo!

—Él tal vez ya no se atreva a venir a comer ni a cenar.

—La soledad se le echa encima y la ve venir...

Pero no era eso, no. Era que Jorge, que había asumido con Cósima el papel de padre a la muerte de Luis, en el momento actual se encontraba en la tesitura de asumir también el papel de madre, en razón de que su ahijada era huérfana y carecía de progenitora, pariente o amiga, que le explicara lo que hace el hombre con la mujer en la noche de bodas. Y no se atrevía a hablar con Cósima de tan espinoso tema. A

más, que dudaba de ser la persona adecuada, entre otras razones porque era hombre, que de ser mujer nunca hubiera vacilado. Por eso dudó entre hablar y no hablar con la viuda de Dulce para que ilustrara a Cósima sobre lo que es común en tal circunstancia, o entre encargar o no encargar el asunto a López-Tass, que, a fin de cuentas, era médico y podía tratar la cuestión científicamente y sin pasar vergüenza.

Por eso andaba taciturno, pues no le parecía ni medio bien que la muchacha fuera a ciegas a su lecho matrimonial. Ciertamente se decía, sin que le faltara razón, que las criadas de casa de Arriazu siempre habían sido largas de lengua y que posiblemente Úrsula le hubiera dicho alguna cosa a la casadera y, más posiblemente, que Teolinda le hubiera narrado el asunto de principio a fin.

No erraba Jorge Maestro en sus suposiciones e hizo bien, aunque siempre le quedara la duda, en no intervenir, porque el día anterior a la boda Cósima hizo que Teolinda le repitiera, más largo incluso y con más detalle, lo que ya le dijo mientras Olimpia agonizaba: aquello del acto, tan celosamente callado y silenciado por las gentes. Aquello de que el varón entraba su miembro en el cuerpo de la mujer, todo lo aprisa que le marcaba su pasión, arramblando con lo que encontraba, en el caso de una virgen con una telilla, llamada himen. Y que del apéndice del hombre salía un líquido espeso y pegajoso que era portador de la semilla masculina, que unida a la femenina, al cabo de nueve meses conseguía que naciera un niño o una niña, según Dios tuviera a bien bendecir el matrimonio, aunque a menudo no se juntaran las semillas.

—Teolinda, ¿entonces ese líquido espeso y pegajoso se esparce dentro del vientre de la mujer?

—Buena parte se pierde fuera, señorita...

—¿Quieres decir que te manchas con él?

—Sí.

—¡Qué molesto!

—Ya le dije a la señorita que llega a gustar...

—¿Y cómo se juntan la semilla masculina y la femenina?

—Eso no lo sé. Eso es cosa de Dios.

—En efecto, Dios creó al hombre y a la mujer...

—¿Y cómo es el líquido?

—Es blanco.

—¿Es más compacto que la leche?

—Quizá.

—¿Y luego viene el embarazo?

—Cuando viene, son nueve meses. A unas mujeres les va mejor y a otras peor...

—¿Es como si llevaras un parásito en el vientre?

—No sé lo que es un *parasito*, señorita.

—Parásito...

—*Parasito*...

—Es un bicho que te chupa la sangre.

—La sangre y el aliento te chupa el niño, señorita, pero estando bien comida se lleva mejor...

—Nueve meses son una eternidad...

—Pero cuando nace el niño, y la madre lo coge en brazos...

—¿Entonces se acaban todos los dolores?

—No, los dolores continúan hasta que la parturienta se repone... A una señorita como usted le llevará toda la cuarentena...

—La cuarentena es cuando vuelve la regla...

—Sí, señorita. No debe pensar en lo malo la señorita, porque la presencia del niño...

—¿Me llenará de gozo?

—De gozo y alegría. Toda la casa se llenará de alegría.

—¿Y si mi marido es brusco en la noche de bodas?

—El señorito no es brusco, al revés, es muy atento y cortés con la señorita.

—Ay, Teolinda, tengo miedo...

—Todas las mujeres tienen miedo, pero no pasa nada...

—Creo que esta noche no voy a dormir.

—Seguro que esta noche no duerme nada la señorita, seguro.

—Es que el matrimonio se celebra una vez en la vida.

—No tema la señorita, que mañana será el día más feliz de su vida.

—Si vivieran mis padres para acompañarme... Cierto que Dios camina a veces por caminos torcidos.

A las doce del mediodía del 31 de mayo de 1906, Cósima Arriazu de Castresana, terminada su *toilette*, se vistió ayudada por sus criadas con ropa interior nueva, corsé nuevo, que se apretó hasta gritar ay, sin alcanzar ni mucho menos los cincuenta centímetros de talle de los que su madre había presumido a su misma edad. Y con un traje negro de encaje de Bruselas de media cola, bordado con azabache muy menudo y adornado con un puñado de perlas blanquinegras, de las llamadas de buen Oriente, que le proporcionaban un pequeño toque de color. Toque de color que aumentaba con el color garzo de sus ojos, que estaban radiantes... Unas pocas perlas, porque estaba de luto por su padre y por su madre, de doble luto, mejor dicho... En la cabeza la diadema de Olimpia, al cuello un *pendentif* de oro y en el dedo anular izquierdo su anillo de pedida, todo refulgiendo a la luz del sol. Ama y criadas comentaban:

—¡Cuánto echo de menos a mis padres en este día tan señalado...!

—Se hubieran alegrado...

—La señorita hubiera ido vestida con un traje blanco con velo y cola de cuatro metros mejor que el de la princesa Victoria Eugenia, y hubiéramos ido a comer al *restaurant* del jardín de Santa Engracia, al aire libre...

—Pues no habrá banquete, como bien sabéis.

—Luce un sol espléndido...

—Es un buen día para casarse. Es jueves.

—Los miércoles, jueves y viernes son los mejores días para casarse... Traen suerte...

—¿Oye la señorita? Ya repican las campanas...

—Tocan a boda.

—Es por la boda del rey... El señor arzobispo va a cantar un *Te Deum* en La Seo...

—También suenan las de San Gil, por la señorita.

—Hoy es un día feliz. Los señores nos acompañarán desde el cielo.

—¿Cómo estoy? ¿Estoy bien?

—¡Oh, más parece la señorita una reina!

—¿Está el coche abajo?

—Hace rato que Juan está abajo esperando.

—¿El ramo, dónde está?

—Aquí está el ramo de azahar.

—¿Y el padrino, dónde está don Jorge?

—No ha bajado todavía. ¿Voy a buscarlo?

—No. No quiero llegar pronto. Que llegue primero León y espere unos minutos.

—¿El señorito va a ir en automóvil o en coche?

—No sé. Hemos tenido que hablar de tantas cosas que no sé...

—¿Vestirá de uniforme?

—Claro. Irá vestido de capitán de húsares de Pavía...

—¿Qué es un húsar, señorita?

—Es un soldado de caballería ligera, vestido a la húngara —aclaró Cósima, aunque sus sirvientas no comprendieron lo que quería decir.

—Lucirá más el señorito que si fuera de levita.

—El uniforme de gala de los húsares es bello como ningún otro.

—¡Son las doce y media, arreando...!

—¡Úrsula, no seas ordinaria...!

—Perdone la señorita.

—Queda tiempo hasta la una y media.

—Señorita, siéntese en el tocador... Le voy a dar los polvos de arroz y el rojete en las mejillas...

—Procura, Teolinda, distribuirlos bien.

—Ay, señorita, no sé, estoy tan nerviosa como usted.

—Ea, Pilara, Úrsula, ¿a qué esperáis para vestiros?

—Ya vamos, ya.

—¿Hay gente en la calle?

—El coche está rodeado —informó Pilara, que había estado entrando y saliendo.

—Os quiero hacer un regalo a las tres. He comprado para vosotras dos pares de medias de seda para cada una, y en cada caja he metido quinientas pesetas, para que recordéis este día tan feliz para mí...

—Este día también es muy feliz para todas nosotras.

—Gracias, señorita, gracias.

Y hubieran seguido ama y criadas con las efusiones, pero llamaron a la puerta de la casa. Era Jorge vestido de *jaquette*, dicho chaqué en castellano, llevando botonadura de oro y gemelos de brillantes de Boro, sacándose el reloj de leontina del bolsillo del chaleco, poniéndose el monóculo y apremiando:

—¡Es la una...!

—Llegaremos unos minutos tarde, tío Jorge. ¿Qué tal estoy?

—Pareces una reina...

—Dice usted bien, don Jorge, que hoy se casan dos reinas —intervino Pilara.

—La reina Victoria Eugenia ya estará casada, pero la reina Cósima va a llegar tarde...

—¡Los zapatos, Teolinda!

—Tenga la señorita.

—¡El calzador...! ¡Qué horror, no voy a poder dar un paso...! ¡Qué daño...! ¡Me quedan demasiado estrechos y tengo principio de juanetes...! —exclamó la casadera dando varios pasos por la habitación.

—Os empeñáis en llevar tacones altísimos —terció Jorge.

—Una dama debe llevar tacones... Lo decía mamá...

—Para acabar con los pies destrozados... Muchas mujeres se quejan de los pies...

—¡No puedo andar!

—Démelos la señorita, que me los pongo yo.

—¡Venga, anda deprisa, corre, para que se ensanchen...!

—Señorita, a mí también me matan.

—¿Es que no te los has probado antes?

—Sí, padrino, sí.

—¿Pues?

—No sé. Teolinda, trae otros zapatos viejos.

—¿La señorita va a ir con zapatos viejos a su boda?

—¡Viejos no, usados!

—¿Echamos alcohol?

—Sí.

—¡Úrsula, trae la botella de alcohol! —voceó Teolinda en el pasillo.

—¿La botella de alcohol?

—¡Tráela, rediez!

—Aquí está.

—¿Cuánto echo?

—¡Mójalos enteros, mamá los mojaba!

—A la una y media comienza la ceremonia, te aviso —informaba Jorge.

—¿Qué quiere usted que haga, si no puedo dar un paso? Tráelos, Teolinda, y dame el calzador.

—¡Ay, qué angustia, señorita!

—Eso falta, que empieces tú, Pilara.

—Úrsula, ¿cómo no previste esto?

—¡Perdone, don Jorge, pero la señorita no se casa todos los días!

—La señora lo hubiera previsto.

—Bueno, con el alcohol parece que voy mejor. Lo único que habré de ir con los zapatos y los pies mojados.

—Se secarán enseguida.

—¿Vamos, pues? —pedía Jorge.

—Vamos —respondió Cósima.

—¡Señorita, el ramo!

De la casa de la plaza de la Constitución, 3, salió una novia enlutada del brazo de su padrino y ambos montaron en un espléndido coche de caballos, para descender del vehículo en la puerta de San Gil. Fueron vistos por los mirones y por los que pasaban por allí. Parte de los mirones, que eran multitud, acababan de llegar, pero la gran mayoría llevaba tiempo esperando a novio, novia e invitados en torno a la iglesia, pues la boda de Dulce y Arriazu, aunque de luto, constituía un acontecimiento ciudadano. Tan jóvenes los dos, tan acaudalados los dos, tan guapos los dos...

Y fue que los mirones vieron llegar al alcalde, a los concejales, al capitán general, al gobernador, a los compañeros del novio, al coronel del regimiento de húsares de Pavía, a la familia del novio, al novio con su señora madre, a varios parientes del novio, a las criadas de la madre del novio, a amigos y amigas del novio y de la novia, a las criadas de la novia y a la novia y al padrino de la novia, por fin. Y contemplaron cómo entraban en la iglesia: el novio, con el chacó al brazo izquierdo, dando el otro brazo a su madre y madrina, la novia del de su padrino, eso sí, con veinte minutos de retraso. Y, aunque no era una boda de lujo, por lo que va dicho, se quedaron a esperar a que terminara la ceremonia, nada más fuera por ver cómo los húsares hacían un arco de sables al brillante capitán, que vestía uniforme de gala: chacó rojo —grancé, decían los muy sabidos en uniformes militares—; pelliza terciada de color azul con condecoraciones, a más de tres estrellas de seis puntas bordadas en las bocamangas —las correspondientes al grado de capitán—; *dolman*, es decir, chaquetilla, rojo con faja del mismo color; pantalones azules con escusones de trencilla y dos franjas de oro en las perneras; borceguíes de charol, a más de guantes blancos colgados del fiador de su sable.

—¡Qué hombre! —suspiraban las mujeres.

Las modistillas sobre todo, que por haber dado muchas puntadas en su vida

también se admiraban del atavío de la novia, un modelo del modista francés Paul Poiret, procedente, sin duda, de la revista *Chic Parisien*. Un traje de encaje de Bruselas, de cuello emballenado y con el *figaro*, con la torera, dicho en lenguaje vulgar, por dentro de la falda, y cola corta, todo recamado con bordados de flores menudas e hileras de azabache y unas pocas perlas grises, también muy menudas, y rematado todo el conjunto con plumas recortadas de avestruz teñidas de negro.

Y todos imaginaban, porque lo habían visto y vivido en otras bodas: cómo Cósima y León, llegados al altar, aceptaban, de grado y libremente, el santo sacramento. ¡Bendito sea Dios!

Y sí, sí, en el altar mayor de la iglesia de San Gil Abad, León y Cósima, al son del *Magnificat*, obra del maestro Melchor Robledo e interpretado por el organista de la iglesia, habían ocupado sus reclinatorios y asientos y, de tanto en tanto, cruzaban sus miradas o se apretaban furtivamente las manos, que, como no podía ser de otra manera, estaban muy sudadas por la emoción del momento. Los dos un tantico molestos con el celebrante, el padre Dosset, que, la verdad, se estaba alargando en exceso en la prédica. Y fue que el sacerdote terminó, por fin, y que, puestos novio y novia de pie, y flanqueados ambos por los padrinos, fue a iniciar el rito del casamiento en sí, cuando de la calle se oyeron voces, voces que no se entendieron dentro del templo. Y, Jesús, María y José, antes de que la novia se alzara el velo de tul y mostrara su rostro al descubierto, antes de que el acto concluyera, ya se habían oído murmullos dentro de la iglesia, murmullos que, al terminar, se habían convertido en clamor.

Por supuesto que el valiente capitán León Dulce, antes de dar el sí, había echado mano a la empuñadura de su sable y que otro tanto habían hecho sus compañeros de milicia. Por supuesto que Cósima, antes de dar el sí, se había vuelto hacia la puerta a ver qué sucedía, y otro tanto Jorge y la viuda de Dulce. Por supuesto que el celebrante había atisbado también hacia la puerta y había puesto mayor diligencia en el cruce de alianzas y en la entrega de arras para terminar cuanto antes, no fueran a irrumpir en el lugar sagrado anarquistas a importunar o jeringar la ceremonia, pero no, no. Era la buena gente que entraba, asustada, en la iglesia para avisar a otra buena gente, que se asustaba, de que el rey don Alfonso XIII y la reina doña Victoria Eugenia, habían sido objeto de un atentado en Madrid, en la calle Mayor, cuando desde la iglesia de San Jerónimo el Real se encaminaban a palacio siendo ya marido y mujer, y algunos, ¡Dios de los Cielos!, alzaban la voz para anunciar que el rey había muerto.

El caso es que los recién casados no supieron qué hacer y que el sacerdote terminó corriendo. Y que los testigos tampoco supieron si entrar o no entrar en la sacristía a firmar, salvo el gobernador y el capitán general, que lo tuvieron claro y salieron del recinto a la carrera para, en sus despachos, situarse al lado del teléfono. Entonces fue el coronel de húsares, el inmediato superior de León, el que tomó las riendas de la situación y, tras salir a la calle y ver que no había más que vocerío,

maldiciones, lágrimas y dolor manifiesto, pero no una algarada, se llegó a León y le dijo de continuar con todo. Por ello, los testigos que habían de estampar su rúbrica se encaminaron a la sacristía, y el resto a la calle, eso sí, todos compungidos. Y mientras firmaba León, se oía:

—Han asesinado al rey.

—Ha sido un anarquista, seguro.

—A un año del atentado de la Ópera de París, el rey sufre otro.

—Justo hace hoy un año de lo de París.

Y cuando firmaba Cósima, se oía:

—Es menester acabar con esta canalla internacional del modo que sea...

Y, siguiendo la confusión, había quien repetía:

—Han asesinado al rey y a la reina.

El caso es que se oía de todo: imprecaciones, maldiciones, oraciones; de todo excepto parabienes para los novios, que no pudieron escuchar el *Ave Maria Stella*, pues el orfeón contratado para cantarlo había desaparecido del coro, mala suerte.

—Mala suerte, León —murmuraba Cósima, mientras salía de la iglesia del brazo de su esposo, tratando de esbozar una media sonrisa, que más le hubiera resultado imposible, tan sorprendida estaba, tan disgustada estaba.

Cierto que hizo esfuerzo y se sonrió cuando, al salir del templo, hubo de pasar por un arco de sables que habían formado los húsares que gritaban, pese a lo que había ocurrido: ¡vivan los novios!, quizá para que aquellos novios no se quedaran sin un viva, pues que en la calle se oía:

—¡Viva el rey!

—¡Viva la reina!

—¡Viva España!

—¡El rey vive!

—¡El rey ha muerto!

Entre gritos de la gente, entre aquella confusión de noticias, los recién casados se encaminaron al cementerio de Torrero a llevar el ramo de novia de Cósima a sus señores padres y, cuando volvieron al piso principal de la plaza de la Constitución, 3, se encontraron a buena parte de las mujeres que habían asistido a la boda llorando y a los hombres cariacontecidos. No obstante, siguieron con lo suyo y posaron ante el fotógrafo haciendo esfuerzo por sonreír.

En Madrid, Flora y Rebeca Melero asistieron al acontecimiento de la real boda, pues que la joven, el día de antes, insistió a su madre:

—Madre, vayamos a ver la comitiva a los Jerónimos... Así nos animaremos, que llevamos mucho tiempo encerradas en casa...

—Allí habrá mucho gentío, mejor iremos a la calle Mayor, que nos queda a un paso.

—No importa, cogemos el tranvía en la puerta del Sol.

—Los tranvías no funcionarán, pues estarán las calles cerradas, habremos de ir andando y queda muy lejos. Y nos pondremos alpargatas, que hace mucho calor.

—También podemos comer en algún mesón...

—Muy bien, así tendremos un día completo. Además, no hemos visto nunca a los reyes.

—Un día de fiesta.

Y tal hicieron las dos Melero, se calzaron alpargatas y a las siete de la mañana estaban en la calle Mayor, a escasos metros de la Capitanía General, rodeadas de gente por doquiera a tan temprana hora. Mientras esperaban la llegada de la comitiva, Flora se acercó tres veces a la puerta del Sol a comprar en el quiosco de refrescos dos vasos de zarzaparrilla y, a mediodía, dos bocadillos de queso, pues el cortejo se tardaba, y de comer por allá, nada de nada, que estaba todo a rebosar. Cuando se iba, para no perder el sitio, encomendaba a su hija a alguna buena vecina, porque ya tenía visto que un militar, en concreto, el oficial de guardia de la capitanía, las miraba, primero a Rebeca y luego a ella, con ojos lujuriosos. Y, en agradecimiento, le traía a la guardiana algún lamín: un mantecado o un pepinillo en vinagre.

En aquel lugar, madre e hija supieron todo lo que se podía saber de la boda y de los contrayentes. Conocieron que la novia era la princesa Ena de Battemberg, nacida en el palacio de Balmoral en Escocia, hija de la princesa Beatriz y del príncipe Enrique y, en consecuencia, nieta de la reina Victoria y sobrina del actual rey de Inglaterra; que la misa iba a ser oficiada por el arzobispo de Toledo, la mayor autoridad eclesiástica de España; que la princesa era bella, discreta, de piel blanca y cabello rubio, como muchos otros anglos, como muchos otros anglicanos, decían algunos. A lo que los anteriores replicaban que la futura reina se había convertido a la religión católica apostólica romana, retractándose de la anglicana, para maridar con el rey de España, y que había sido bautizada con los nombres de Victoria Eugenia, los mismos que tenía en su país, aunque la llamaran Ena, por abreviar y por cariño. Que lo único que se le podía achacar es que fumaba, ¡que fumaba...!

—¡Y adónde vamos a parar...!

—¡Las mujeres fumando!

—¡Las mujeres queriendo ser hombres...!

Pero fue que cerca de las dos de la tarde se levantaron voces y se avistó el cortejo ya bien entrado en la calle Mayor. Fue que desfilaron ante los ojos de las dos Melero y de otras muchas gentes que se apiñaban, dada la estrechura de la calzada, un escuadrón del Regimiento de Cazadores de Castilla y otro de Lanceros del Rey, mientras cubrían la calle varios regimientos de caballería e infantería, todos con sus vistosos uniformes, en un espectáculo de mucho color, pues se oían vivas a los reyes y las buenas gentes arrojaban flores al paso de su carroza deseando a los recién casados felicidad, que era lo mismo que desearla para España entera.

Y ya llegaban los cuatro troncos de caballos que tiraban del coche de Sus

Majestades donde estaban las Melero, y fue que Flora gritó, que no se podía hacer otra cosa, dado el bullicio existente, al oído de Rebeca, lo último que diría en su vida:

—No hemos traído flores, hija mía...

Y quizá tuviera intención de sumarse a los vivos con que las gentes vitoreaban a los reyes y a la reina viuda, doña María Cristina, pero fue que un terrible estallido le cortó la palabra y que Flora, Rebeca y cuantos estaban alrededor, mejor dicho, casi rodeando a la regia carroza, salieron despedidos. Unos contra el duro asfalto, otros contra las casas, otros contra el cielo para tornar al suelo con violencia, y todos contra todos, bajo una lluvia de cristales, por lo que cundió el pánico y los que pudieron correr corrieron:

—¡Una bomba...!

Tal exclamación, tal grito de espanto escucharon los que pudieron oír, mezclado con otras voces que pedían calma, calma, pero los muertos ya no oyeron nada. Flora Melero fue despedida por la detonación hacia el cielo y, en su caída, fue literalmente aplastada por la multitud que, sin rumbo, corría hacia la puerta del Sol y hacia el Palacio Real, y murió al instante o pocos minutos después, los que tarda una persona en desangrarse. Rebeca Melero fue literalmente arrastrada por la multitud, que corría ciega, del 86 de la calle Mayor hasta el 2, desde donde, sin tomarse un respiro, toda vez que disminuyó la turbamulta, intentó volver en busca de su madre, pero tropezó con varias barreras de militares que le impidieron el paso durante horas, tiempo en el que no hizo otra cosa que llorar. Hasta que, tras mucho rogar y explicar a unos y otros, mediada la tarde la dejaron llegar al lugar del atentado, donde sólo quedaba sangre, mucha sangre, y unos cuantos pétalos de flores. Y le permitieron entrar en la Capitanía General, donde había cuatro cadáveres tapados con burdas mantas del ejército: uno de ellos el de su madre, al que le faltaban las dos piernas desde la rodilla.

Para entonces ya se sabía en toda España que los señores reyes habían sufrido un atentado, consistente en que un anarquista, que para desgracia del pueblo español había conseguido huir entre el jaleo, había arrojado desde el cuarto piso de un inmueble, en concreto, el número 88 de la calle Mayor, un ramo de rosas rojas que contenía una bomba mortal a la carroza de los reyes. Se sabía también que los muertos eran veintitrés, muchos de ellos desangrados a causa de que sus piernas habían sido arrancadas de cuajo, otros por la metralla y otros a causa del pánico que se suscitó, y también se supo que los heridos eran más de cien. Así las cosas, en todos los hogares de España se encendieron miles de candelas ante millares de imágenes para agradecer la salud del rey y de la reina, que, a Dios gracias, habían resultado ilesos.

En Zaragoza, desde que se conoció la noticia del atentado, la gente se agolpó ante las sedes de los periódicos, queriendo saber más y más. En el Coso, 74, donde estaba ubicada la redacción del *Heraldo de Aragón*, se congregó un inmenso gentío desde el primer momento a la espera de que llegara información de los corresponsales destacados en Madrid para cubrir el evento, pero el telégrafo se tardaba y las comunicaciones interurbanas a través del teléfono no funcionaban. Pero, quizá porque Dios aprieta pero no ahoga, fueron llegando noticias: que los reyes habían resultado ilesos, que habían sido trasladados a palacio en otro coche y, lo peor, que los muertos eran muchos y los heridos muchos más.

Muchos zaragozanos se encaminaron al santo templo del Pilar porque el arzobispo Soldevila iba a officiar un *Te Deum*, otro, pues que aquel día llevaba dos, uno por la mañana, para pedir felicidad para don Alfonso y doña Victoria Eugenia, y otro por la tarde para pedir larga vida para ambos. Y se comentó que al rezo asistieron hasta republicanos.

En casa de Arriazu, ahora ya en casa de Dulce, los salones estuvieron llenos a rebosar, y eso que no estaba previsto que fuera nadie, por el luto, salvo la familia íntima, es decir, el padrino de Cósima y la madre y las hermanas de León con sus maridos. Pero resultó que los compañeros del novio, ante las confusas noticias que oyeron dentro y fuera de la iglesia, acompañaron a los novios al cementerio en sus caballos y ya se fueron con ellos a su casa, no fuera lo sucedido a ser prelude de una revolución en vez de un atentado llevado a cabo por un anarquista aislado, no fueran a tener que presentarse en Capitanía General, los húsares de Pavía los primeros, dispuestos a salvar a la patria. Y otros fueron a dar la enhorabuena a los recién casados porque en la confusión ni siquiera los habían saludado. Tras los comentarios, tras la indignación y el espanto, en los grupos que se agolpaban en los salones, dado que no había habido posibilidad de retirar el mobiliario, se llegó a la conclusión de que la boda de Dulce y Arriazu había resultado deslucida de lo más, mala suerte, por eso hombres y mujeres no regatearon en efusiones con los novios. Lo mismo que pensaba Cósima, que, cuando se fueron todos sus visitantes al *Te Deum* del arzobispo, comentó disgustada:

—Ha sido una boda deslucida de lo más. Además, que no ha habido *canapés* para todos y el *buffet* ha resultado escasísimo, como una sopa para pobres...

Y todos convinieron en que sí, que sí, mala suerte, pero trataron de quitar hierro al asunto:

—Estaba previsto para unos pocos y a lo menos había ciento veinte personas...

—Lo volvemos a celebrar más adelante, para tu santo, Cósima.

—Das un baile para tu santo y te quitas la espina.

—Habrá miles de días para celebrarlo.

—Tío Jorge, dame un cigarrillo, por favor.

Tal pidió la novia y su padrino se rebuscó en los bolsillos, sacó la pitillera, la abrió y le ofreció tabaco. Cósima se llevó uno a la boca, aceptó fuego y aspiró hondo, ante el estupor de su suegra y sus cuñadas. Y fue que su marido se acercó a ella y en voz baja le preguntó:

—¿Qué haces fumando? Vamos, déjalo, apágalo —pero lo hizo él mismo porque se lo quitó de los labios y aplastó el cigarrillo en un cenicero.

—Bueno, León y Cósima, hijos míos, os dejamos solos, que os lo merecéis —terminó la viuda de Dulce y, tras besar en ambas mejillas a su nueva hija, se encaminó a la puerta.

Idos Jorge y los familiares, el capitán de húsares tomó a su esposa de la mano y, aún vestida de novia, se la llevó a su dormitorio, cerró la puerta con llave, la tendió en la cama, le subió las faldas, le arrancó las bragas, y la penetró, el muy bestia, descargando en la vagina de Cósima todo lo que llevaba en su miembro enhiesto. La joven forcejeó, no porque no quisiera entregarse como esposa, no, se resistió a su marido por la brusquedad del mismo. Algo balbuceó, que hablar no hubiera podido por la sorpresa y, pese a ello, en aquella agonía inesperada hubiera querido ahogar un grito, pero no pudo. Y su grito se oyó en la cocina, donde las criadas, pese a haberlo escuchado claramente, no hicieron comentario alguno.

Y fue que León se retiró de Cósima una vez consumado el acto y, tras observar que la sangre de su esposa manchaba sus enaguas, se dio media vuelta en la cama y cerró los ojos para dormirse al momento. Momento al que ni siquiera esperó Cósima, pues en cuanto se fue de ella, huyó de la habitación, despavorida.

Huyó Cósima, espantada, del gabinete de su marido por la violencia y malos modos que le había demostrado, y se encerró en el suyo a llorar. Y lloró desde el anochecer hasta el amanecer y no abrió a Pilara, que fue a avisarle que tenía una llamada telefónica, ni a Úrsula, que le llevó una bandeja para cenar, ni a Teolinda cuando le presentó el desayuno. Ciertamente abrió a su marido cuando él mismo llamó a su puerta, él mismo portando la bandeja del desayuno pasadas las doce del día 1 de junio, y lo primero que dijo:

—Perdona, Cósima, fui un poco brusco.

—¿Un poco brusco?

—Perdona. Fui un animal, pero me moría de gana...

—Prométeme que nunca jamás volverás a tratarme de ese modo.

—Te lo juro.

Y, sin acabar la frase, ya untaba una tostada con mantequilla, la cubría de mermelada, le daba un mordisquito y se la acercaba a Cósima para que le diera otro mordisquito y, luego, bebía un sorbito de la taza de chocolate y se la acercaba a su esposa para que diera otro, y él mismo le limpiaba con la servilleta el resto del chocolate que le había quedado en los labios, hasta que, casi apurada la taza, le limpió los labios con un beso. Y luego le dio otro, y otro, el caso es que Cósima, que aún sentía dolidas sus entrañas, cedió y, sin haberse lavado, se dejó hacer, y fue, ay,

Jesús, María, que sintió el mismo dolor o más que el día anterior, y que ahogó un grito. No obstante, cuando su marido le preguntó:

—¿Te ha ido mejor?

Ella mintió:

—Sí.

Dicho lo dicho, cruzadas las palabras antedichas entre los esposos, perdonado el esposo por la esposa y compungido el esposo por lo que le había hecho a la esposa, Cósima empleó varias horas en su *toilette*. Lo que más tiempo le llevó fue hacerse el moño. El moño que, como señora casada, ya no se quitaría hasta la sepultura, y es que, fallecida Olimpia, Pilara había perdido soltura como peluquera y no le tapaba bien el *crepé*, es decir, el relleno, que, vaya, se le veía el relleno y así no podía salir.

Superada la dificultad, permaneció en su habitación, delante del espejo de su tocador, mirándose, observando que tenía la cara muy roja, previendo que durante días, tal vez meses, tal vez años, no podría desprenderse de aquel rubor en razón de que cualquier persona que la observara en lo sucesivo sabría que había perdido la virginidad. Y se sentía rara, extraña, quizá porque todavía no había asumido su condición de señora casada. Además, que, aunque había perdonado la brutalidad de su esposo, volver a hacer el acto la había dejado tanto o más dolida en sus partes de mujer que la primera vez. Y se lamentaba, claro.

Cósima también creía que las criadas habrían de mirarla cuando saliera de su gabinete, pero no, no, que andaban en sus faenas. Úrsula con sus pucheros rezongando que en aquella casa todo iba manga por hombro, pues habían dado las doce, la una, las dos y las tres y, en vez de comer, los señores iban a merendar unas viandas que, de tanto esperar, se habían regalado, sunsido, dicho con otra palabra. Teolinda, sentada en la mesa del *office*, detallaba a la planchadora el vestido de boda de Cósima, mientras ésta le repetía al detalle lo que había oído en el tranvía sobre el atentado de los reyes. Y fue que llegó Pilara y dijo:

—Tantos meses llevo sin hacer un moño que he perdido práctica.

Y en ésas estaban; los señores sin comer y ellas esperando a que los señores pidieran la comida para servirla y sentarse un ratito a descansar. Pero sucedió que se presentaron unos hombres con el equipaje de don León: doce baúles y catorce sombrereras, y se organizó jaleo porque no había donde meter tanta cosa. Y fue que el señor hizo llevar sus muchos bultos a su habitación, donde había un armario de seis puertas, una cómoda y dos mesillas para meter todo, y lo que dijo:

—Aquí no cabe nada. Úrsula, llama a la señora.

La señora, que estaba peinada, vestida, calzada y a la Virgen encomendada, salió rápida, encontrando a su marido cruzado de brazos, con cara de malhumor y que le preguntaba sin palabras:

—¿Qué hago con todo esto?

Y a Cósima casi le da un vahído al ver tanta cosa, y recordó en aquel momento que, años atrás, el duque de Alba, para pasar quince días en el balneario de Cestona, se había llevado cincuenta baúles, hecho que no le alivió en absoluto.

—Bueno, Cósima, habrás de enseñarme la casa, que no he pasado de los salones, de nuestras habitaciones y del *water-closet*.

Y, sí, sí, León tenía mucha razón.

—Habré de instalarme en una pieza más amplia y sobre todo con más armarios.

—¿Cómo llevas tanta cosa, León?

—No voy a ser menos que el marqués de Anglesey.

—¿Quién es ese caballero?

—Un francés que no sé si vive o ha muerto... Que no tiene o tenía un real, que gasta o gastó toda su fortuna en ropa, pues tiene o tenía setenta y tres *smokings*, ochenta y cuatro levitas, trescientos trajes y otros tantos pares de calcetines, cien pares de zapatos, doce botonaduras de brillantes y más...

—¡Qué barbaridad!

—Bueno, ¿qué?

—Te voy a enseñar la casa, naturalmente. Según se entra por el recibidor, a la derecha, se encuentran los tres salones que dan a la plaza; siguen el comedor de gala y el comedor de diario, la salita y los gabinetes de papá y mamá, todos dando al paseo. En el interior, según se entra por el pasillo, están los dormitorios de invitados, el más grande el tuyo. Luego el pasillo, que conduce al *closet* y al *office*, después mi cuarto, frente por frente del dormitorio de mamá, luego el otro pasillo que lleva al cuarto trastero y a los dormitorios de las criadas y a la cocina, que tiene despensa y galería con lavadero, y otro *closet*. ¿Vamos?

—Ve abriendo puertas.

—¡Úrsula, las llaves!

Acudió la cocinera con el manajo de llaves de la difunta Olimpia, y Cósima fue abriendo puertas. Observó que ya en el gabinete de su padre una inmensa congoja se apoderaba de su maltratado cuerpo y fue que, en el de su madre, hubo de sentarse en una butaca e inhalar de su frasco de sales dos veces, pues que oyó decir a León:

—Me instalaré en el cuarto de tu madre, es el que tiene más armarios y donde mejor cabrá toda mi ropa. En el primer cuarto de invitados pondré una antesala y en el segundo mi despacho.

—¿Es que no vas a utilizar el despacho de papá en la banca?

—No.

—¿No vas a hacerte cargo del cincuenta por ciento de la banca?

—No. Todo está muy bien en manos de don Jorge. Y yo voy a vivir la vida, ya trabajé bastante en Argentina, y tú vas a vivir la vida conmigo... Viajaremos por todo el mundo, Cósima. De no estar de luto, ya estaríamos camino de París... Ah, ordena a las muchachas que desalojen el gabinete de tu madre y deshagan mis baúles... Procura que me ordenen bien las cosas...

Entre las desgracias públicas, a saber: el atentado de los reyes, que había conmocionado a España entera, y sus desgracias privadas, tanto las antiguas, a saber: las muertes de sus padres ocurridas en lo que Úrsula llamaba el «año de los muertos», como las actuales, a saber: la desdichada elección de la fecha de su boda, la brusquedad de León cuando la desfloró y que su marido quería desalojar el cuarto de su madre, a más que había invitado a Jorge a cenar, como si Jorge no hubiera comido y cenado en la casa desde antes de que ella naciera, la reciente señora de Dulce lagrimeaba en cualquier rincón, con lo cual no sólo tenía la cara roja, sino los ojos también, como si tuviera calentura o le hubiera venido erisipela. Y ante la pregunta de su padrino:

—Cósima, hija mía, ¿te encuentras bien?

—No —respondió.

—Vete a la cama pronto.

—Vete a la cama pronto —repitió su marido.

Y ella fuese a medio cenar, aliviada, no se le ocurriera a León ir tras ella con su miembro listo para volver a destrozarle las entrañas. Y se embadurnó el cuerpo de polvos de talco no fuera a tener erisipela, maldita sea.

Ida Cósima, León habló con Jorge de cuestiones económicas:

—Don Jorge, quiero pagar la mitad de los gastos de la casa.

—Haces bien en hablar conmigo de este asunto. Cósima no se ocupa de nada. Soy yo quien abona los sueldos a las criadas, quien le da dinero a Úrsula para ir al mercado, y quien paga toda clase de facturas y recibos. Cósima sólo quiere dinero de bolsillo, aunque yo quiero que tenga más. Has de saber que el gasto de esta casa no baja de mil pesetas al mes sin hacer extraordinarios.

—Retire de mi cuenta corriente quinientas cada mes.

—Oye, a mi juicio y como marido de Cósima que eres ya, deberías hacerte cargo del puesto de Luis en la banca. Yo soy viejo y, como bien sabes, mi heredera es tu esposa. Además, que los directivos deben renovarse... Has de saber que nuestro negocio principal es el giro y el descuento de letras, pero que también tenemos depósitos, libretas, cuentas corrientes, pagarés y que hacemos préstamos de todas clases, transferencias, y compra y venta de acciones y deuda pública y cambio de moneda...

—No, no pienso trabajar.

—¿Acaso quieres dedicarte a la política?

—Alguna insinuación me ha hecho mi madre, pero, de momento, no. Voy a emplearme en viajar por todo el mundo con Cósima. Mire usted, don Jorge, en vez de enviar mis pecheras a almidonar a Londres, las llevaré yo. También quiero participar en carreras de autos, en la de París-Madrid, por ejemplo...

—¿Quieres viajar en automóvil?

—En automóvil, en barco y tren... También quiero llevar a Cósima a Argentina...

Jorge mostró sorpresa con los ojos, pero otro gesto no hizo, sabedor como estaba

de que Cósima se mareaba nada más montar en un automóvil y que había salido tan poco viajera como su madre, la pobre Olimpia, que en paz descansa, pues, como dicho es, varias veces Luis y él habían intentado llevarla a París y lo más que habían conseguido fue llevarla un verano a San Sebastián.

—Si vais en tu auto, en tu biplaza, no podréis llevar criados...

—Los mandaré por delante en tren o en diligencia... A propósito de los criados, creo que en esta casa hay poco servicio. Quiero contratar un *valet* para mí, un *chauffeur* para Cósima y al menos dos o tres doncellas más, tres criadas son poco.

—En los últimos años, Olimpia no tuvo buenas experiencias con los criados que contrató y hubo de despedirlos. Por otra parte, Juan, el hijo de Úrsula, conduce el coche de caballos y hace los mandados.

—También haría falta un ama de llaves.

—Úrsula lleva muy bien la casa, no obstante, consúltalo con Cósima.

—Eso haré.

—Oye, hijo, ¿dónde guardas el automóvil?

—En la fonda de Cuatro Naciones.

—Allí encerramos nosotros el coche de caballos.

—Debería usted comprarse un automóvil...

—Lo estoy mirando, sí.

—¿Qué le parece que nos bajemos a Gambrinus un rato?

—Ah, bien, vamos.

Jorge y León se sumaron a la nutrida tertulia del café. En él, Laín, Cerrada, Zapata, Soteras, Izuzquiza, Pascual, Paraíso, Ponzano, Isábal y un largo etcétera, hablaban del bárbaro atentado sufrido por los reyes, todos encorajinados, algunos blandiendo incluso periódicos traídos de Madrid:

—Las lises y las rosas del traje de la reina se mancharon de sangre... Lo ha dicho el propio rey.

—Hubo cadáveres por doquiera. Mucha gente se desangró...

—La calle Mayor era un río de sangre.

—El anarquista asesino se llama Mateo Morral.

—Huyó, pero los guardias fueron tras él.

—Lo encontrarán...

Al día siguiente los contertulios pudieron ver con sus ojos y comentar la foto del atentado, exclusiva del diario *ABC* de Madrid, realizada por un muchacho llamado Luis Mesonero Romanos, descendiente del famoso escritor. La edición, que se vendió a diez céntimos y dio la vuelta al mundo, se agotó en un tris.

Se supo que Mateo Morral, el asesino de Flora y otra mucha gente, anduvo por la capital haciéndose pasar por periodista y que, refugiado en una fonda de Torrejón de Ardoz, como quiera que sospechó de él la posadera y alertó a la Guardia Civil, fue

detenido, lo que no le impidió matar a uno de los guardias y suicidarse después.
El atentado de los reyes dio mucho que hablar.

Flora Melero fue enterrada en la Sacramental de San Justo el día 2 de junio de 1906. A su funeral, que fue presidido por su hija, acudieron profesionales del teatro, de la zarzuela, poetas y poetastros, y otras gentes de la farándula. No faltaron varias vecinas de la casa de la calle de la Cava Baja, a más de bastantes desconocidos, que sabedores de la causa de su muerte, unos caritativos y otros lloraduelos, fueron a acompañar a la familia, en este caso a la hija; a la pobre hija, que se había quedado huérfana en la flor de la edad.

Jorge se enteró de la desgraciada muerte de su protegida por los periódicos, pues todos trajeron la relación de víctimas, entre ellas Flora Melero Garcés, nombre que conocía bien, pues le transfería mensualmente la no despreciable cantidad de doscientas pesetas. Al enterarse, como buen banquero que era, respiró hondo, pues con aquella defunción se ahorraría cada mes un buen dinero, pero luego, como buen cristiano que era, comenzó a pensar en la hija de Flora, en el fruto de los amores adulterinos de su buen amigo Luis, y, aunque trató de alejar el pensamiento, le resultó imposible sosegar. Pues que imaginaba a la moza, sola, sin padre ni madre ni perro que le ladre; malmirada por la vecindad, despreciada por la gente del barrio por ser hija de quien era, de la querindonga de un magnate de la banca; de luto, con toda la tristeza que implica el luto, llorando a ratos a lágrima viva, a ratos gemiqueando y, lo que peor era, sin poder sacar un céntimo de la cartilla de su madre, sin poder utilizar una de las doscientas pesetas que él había transferido a Flora para que pudiera disponer de ellas el 1 de junio. Y, como imaginación no le faltaba, pues no en vano había sido capaz de crear el personaje de Pepita Desclaus y más que hubiera podido inventar de no haber estado tan ocupado con las finanzas y haberse dedicado a ello, máxime porque el soneto que estuvo a punto de presentar a los Juegos Florales de Zaragoza, dos años atrás, comparado con el ganador hubiera merecido el primer premio, se imaginaba a la moza rodeada de gentuza, de sinvergüenzas, de pervertidos, de pervertidores y hasta de truhanes, y sin un ochavo. La veía a un paso de caer en el arroyo, en fin. Y se preguntaba si mejor sería abandonarla a su suerte, que, sin duda, sería mala suerte, y lo contrario también, si haría bien ocupándose de ella. El caso es que, tras mucho meditar sobre el particular, se aducía que no era cristiano abandonar a la hija de Luis, que había sido su amigo, *stricto sensu*, no como hubieran querido otros, nada más fuera por darle y darle a la sin hueso.

Así las cosas y como murió su ama de llaves, la mujer que le había dado miedo a Cósima siendo niña, de vieja, revieja, en el hospital, donde él la envió, pues no quiso que falleciera en su casa porque no hubiera otro muerto en la plaza de la Constitución, 3, no fuera la gente a murmurar que el inmueble estaba maldito o alguna otra sandez, comenzó a pensar en contratarla como ama de llaves, todo fuera por no abandonar a los ojos y al rostro de Luis. Claro que, por otra parte, no hacía más que recitar en su mente, a veces mascullar, un verso que recordaba de cuando era

alumno de los Escolapios, un montón de años atrás. El ejemplo de rima partida, la que se estudia detrás de la rima asonante y de la consonante, que recogía su viejo libro de literatura:

No te metas en dibu-
ni en saber vidas aje-
que en lo que no va ni vie-
pasar de largo es cordu-

Una verdad palmaria, a más de un ejercicio envidiable de versificación de un clásico, el que fuere.

El caso es que, mientras se decidía y no se decidía a actuar, el problema de conciencia que había tenido, el problema, dicho en general, que tenía, llamó a su puerta. Fue que Rebeca le telefoneó a la banca, y llorando, pero sin hacer comedia, pues eso se nota, le dijo que su madre había muerto en el atentado de los reyes, que estaba sola y que no le quedaba un ochavo, ni siquiera para comprar una barra de pan. Y a Jorge, que corazón tenía y muy grande, le faltó tiempo para tomar el tren y presentarse en la calle de la Cava Baja de San Miguel, diciéndose a lo largo del trayecto:

—Las hijas de Luis son como si fueran mis hijas.

Y, en efecto, como un padre se había portado con Cósima desde el momento de su adopción y como un benefactor, y sin pedir nada a cambio, estaba dispuesto a portarse con Rebeca desde que le llamara por teléfono.

Fue que la moza le recibió vestida de luto de los pies a la cabeza, con los ojos rojos de haber llorado, pálida por el dolor o quizá por no haber comido en varios días, y lo primero que le dijo, una vez que los dos se sentaron en la sala:

—He sentido mucho la muerte de mi padre y mucho más la de mi madre, pues me he quedado sola... Si usted se apiadara de mí y me pasara alguna renta mientras encuentro trabajo, yo luego le devolvería el dinero hasta el último céntimo...

—¿En qué te vas a colocar?

—En lo que encuentre, de dependienta quizá.

—¿Qué sabes hacer?

—Nada. Mi madre quería casarme...

—¿Tienes algún pretendiente?

—No. Tuve alguno, gente del comercio... El viudo López, que posee una fontanería, vino a hablar con mi madre, pero, como era más viejo que ella y que usted, mi madre lo desechó... Otros me han solicitado para lo que no se quiere a mujer honrada... Y siempre mi madre, que era mujer fantasiosa, deseaba para mí un príncipe... El caso es que, como no puedo sacar dinero de la libreta, habré de presentarme en la beneficencia...

—¿Y cómo te las has arreglado hasta ahora?

—Algunas vecinas me han traído las sobras de su comida... Otra incluso me ha ofrecido ser criada en su casa, pero, dicho con humildad, no me educaron mis padres para ser fregona...

—¿Qué prefieres, un marido o un trabajo?

—Un marido no se encuentra de la noche a la mañana, primero habré de encontrar trabajo... Habré de dejar el piso y alquilarme una habitación en un barrio... Mire usted, don Jorge, esto de ser hija bastarda es un baldón que no te puedes quitar mientras vives y maldita la gracia que tiene, máxime si no se aprueba la vida que han llevado tus padres... Resulta que yo, sin tener arte ni parte, nací bastarda de un acaudalado banquero y que, aunque ciertamente él me dio comida y vestido, no fue a cambio de nada... El dinero que le entregaba a mi madre no era desinteresado, se debía a los servicios que ella le prestaba... Y mi madre tenía cabeza de chorlito y era ambiciosa de lo más y de carácter impulsivo, como usted bien sabrá... Con todo he pasado muchas amarguras... Mi abuela tenía una casa en el barrio de Montañana, en Zaragoza, donde yo nací... No sé si volver allí y ponerme a criar gallinas, al menos no me conocerá nadie y viviré en paz...

—¿Y vas a vivir sola?

—No tengo a nadie, don Jorge. Y necesito paz, pues aquí salgo a la calle y me silban los horteras de las tiendas de tejidos, los mancebos de las farmacias, los criados de la vecindad, los aprendices, los soldados, y hasta algunos perros me ladran... Pero también necesito dinero para el billete de tren y para arreglar un poco la casa de mi abuela, que, tantos años deshabitada, estará en ruinas... Si me presta, se lo devolveré todo, aunque algo sacaré cuando venda todos los muebles de este piso...

—No sé, no sé, eso de criar gallinas sin tener experiencia, no sé... ¿Sabes coser?

—Oh, no, nunca he sido una virtuosa con la aguja.

—¿Y, siendo tan hermosa, no tienes más pretendientes que el fontanero viudo?

—Mi madre los espantaba, quería para mí un conde o un marqués. Y, mientras ella salía por la noche, de cafetines, a mí me dejaba en casa, pues no quería que me juntara con gentes de la bohemia. No quería que su vida fuera la mía...

—Bueno, mira, de momento, toma dos duros, baja a comprar comida y preparas alguna cosa para que comamos aquí...

—Habremos de comer de lata o de pastelería, pues guiso mal y tardo mucho en encender la cocinilla...

—¿Qué has hecho, pues, en estos veinte años?

—Leer, pasear, mirar por el balcón, ir al teatro, al cinematógrafo... Comprenda usted que hubo momentos en que tuvimos criada.

—¡Ah!

—Hoy, como venía usted, he quitado el polvo de la sala con el plumero y he barrido la casa...

—Bueno, pues vámonos a comer a Lhardy...

—¡Oh, sí! Me pongo un vestido de color y, como por aquel barrio no me conoce

nadie, nadie sabrá que me he quitado el luto... No está bien que vaya con usted al *restaurant* vestida de luto, ¿verdad?

—No, no está bien, por eso te he dicho de comer en casa...

—Yo me conformo con una lata de sardinas...

—Pero yo no, vamos.

El caso es que Jorge se preguntaba si la ingenuidad que demostraba la joven Rebeca, que mismamente era un retrato de Luis, pues en ella se habían cumplido las leyes de Mendel de maravilla, sería cierta o sería comedia, pues que a lo largo de su ya larga vida, iba a cumplir los cincuenta en octubre, había conocido hombres y mujeres capaces de fingir a la perfección con un papel que se hubieran impuesto. Y fue que la moza comió con gana en Lhardy, que hasta rebañó los platos, resultando como si el banquero hubiera dado de comer a un hambriento.

Y fue que Jorge, apiadado del hambre y de la soledad de la moza, dado que, además, una muchacha decente no puede vivir sin gobierno de padre, madre o pariente en ninguna ciudad del mundo, y previendo que caería en la mala vida porque los demonios en forma de hombre, o en forma de mujer, acechan a las jóvenes en todas las esquinas, a más que observó cómo la miraban varios comensales del *restaurant*, decidió tomarla como ama de llaves para protegerla y hasta ajustó un salario con ella, la cantidad nada despreciable, la espléndida cantidad de sesenta pesetas mensuales. Y dijo que le enviaría un empleado suyo de toda confianza para que la ayudara en el traslado a Zaragoza, y le recomendó que dispusiera su equipaje cuanto antes y que vendiera los muebles del piso cuanto antes también.

Rebeca le besó la mano cuando ambos se despidieron en el portal de la casa de la calle de la Cava Baja y contenta como unas pascuas subió las escaleras de dos en dos.

En la casa de la plaza de la Constitución, 3, señora y criadas trabajaron con denuedo, pues el equipaje de León ocupó todos los armarios empotrados que había en el gabinete de Olimpia y aún faltó. Los vestidos, capas, corsés, ropa interior, aderezos, zapatos, etcétera, y los papeles y cartas que había guardado en su *secrétaire* y su cómoda, es decir, las cosas de la dama, fueron introducidas en los baúles de León conforme se vaciaban, con gran dolor de Cósima, que sabía, que estaba segura, nunca podría revisar tanta cosa. Mientras faenaban todas, la señora de la casa cumplió, por fin, la manda de la anterior señora de la casa: aquello de que cada fámula eligiera un recuerdo de ella, el que quisiera, y hasta les abrió el joyero de su madre. Las tres sirvientas, tras mucho dudar, optaron por lo que había en el joyero. Úrsula cogió una pulsera de oro porque doña Olimpia la había llevado mucho; Pilara un guardapelo donde, en vez de cabello, quería poner las fotografías de sus padres, y Teolinda un collar de perlas de buen Oriente, que le quedaba muy bien a los ojos y le resaltaba el color de su rostro. Y todas hubieran podido estar contentas, Cósima dando y las otras recibiendo, pues que, joyas aparte, les regaló otras muchas cosas de su difunta madre:

vestidos algo rozados o ajados, ropa interior en buen uso, zapatos, medias, etcétera, pero no estaban contentas, no, es más, a ratos les venían las lágrimas. En virtud de que estaban embaulando las pertenencias de su madre y señora, es decir, borrando de este mundo la presencia de su madre y señora, respectivamente, o quizá fuera que aún no tenían la cabeza ni el corazón preparados para emprender tal tarea, y cada una pensaba para sí que mejor hubiera hecho el señorito quedándose en el cuarto de invitados, al menos por un tiempo, al menos hasta que pasara un año más, pues el tiempo borra penas y duelos. Además, que fue menester, para que León se aposentara en el gabinete de Olimpia, retirar los muebles de la susodicha y trasladar los que Cósima había adquirido para su marido. Y fue que, el mismo día en que quedaron instalados, ya durmió allí, y que no se contentó con dormir solo, que llamó a Cósima a la cama y que la dama penó más de lo que penaba en su dormitorio, pues que no había podido quitarse de la mente que, en aquella habitación, su madre había vivido y muerto. Y salió de ella con peor ánimo y más dolor, que ella decía dolor, pero era escozor, que en otras ocasiones, con lo cual empezó a preocuparse.

Comenzó diciéndose, repitiéndose, mejor dicho, que en su boda había zurcido el demonio y había resultado desgraciada de lo más, debido al atentado que los reyes sufrieron precisamente aquel día. Lamentó que su madre no le hubiera dicho palabra de lo que sucede a una doncella en la noche de bodas, pues hubiera podido contrastar sus explicaciones con las de Teolinda y creer a Olimpia, por supuesto. Lamentó no haber tenido hermanos varones que le hubieran enseñado el miembro viril al natural, lo que, según Teolinda, es bastante común que suceda entre hermanos. Y, en otro orden de cosas, le apenaba que León, pese a que ella le advertía cada vez que la llamaba o se presentaba en su cama que tuviera cuidado, qué cuidado, que tuviera miramientos y no fuera a lo suyo, embistiera como un toro dentro de sus entrañas, dejándole un escozor rabioso, rayano en agudo dolor, que le duraba veinticuatro horas para juntarse con el de la noche siguiente y así un día tras otro, sin encontrar remedio ni alivio, pese a que, terminado el traslado de habitación, pasaba varias horas con sus partes de mujer a remojo en la bañera, tanto tiempo que sus criadas le preguntaban si algo le sucedía.

El caso es que, escocida en sus entrañas, faltó a sus deberes sociales y el 13 de junio no fue al entierro de Castellano, que había sido gran amigo de sus padres, ni, al día siguiente, a la procesión del Corpus, donde hubo jaleos que le narraron las criadas.

Sucedió que las tres sirvientas bajaron a la plaza para ver la procesión más de cerca, ignorando que en el Gobierno Civil se había recibido un aviso de bomba y que, como llegaron pronto, se situaron en primera fila, detrás de los militares que cubrían el paso del acto religioso. Y aún no se avistaban los caballos de la guardia urbana, cuando se oyó un grito terrorífico y una turbamulta, en alocada carrera, salió por el arco Cinejio, mientras otras dos venían por los Cosos, arramblando con los veladores de los cafés y con la gente que, pacíficamente, se disponía a contemplar la procesión.

Y ocurrió que las tres criadas de Cósima fueron arrastradas hasta Gambrinus por aquella ola, que más parecía maremoto, entre empujones, trompicones, pisotones y golpes, hasta que fueron a dar con sus huesos en la puerta de su casa con los vestidos rotos, y descompuestas, como luego le dijeron a su señora. Además que, en un primer momento, se perdieron. El caso es que se echaron a faltar y que, entre mirar a un lado y a otro, para saber dónde paraban las demás, se encontraron más y más absorbidas por la vorágine y ni siquiera oyeron los gritos que avisaban de atentados anarquistas ni, por supuesto, vieron cómo subía al cielo un globo hinchable de color rojo, como los que llevan los niños en las ferias, que el personal había tomado por una bomba y, aunque no lo era, fue como si lo fuera.

Así las cosas, fueron traídas, llevadas y zarandeadas, hasta que recalaron en buen puerto, como quien dice, en la puerta de su casa y entraron cuando reculó la caterva, y les fue posible. El caso es que, en el momento en que se vieron en el zaguán, no se lo creían y les pareció ver visiones cuando contemplaron con sus ojos que una niña vestida de primera comunión y con un cesto en la mano, anteriormente lleno de flores, sin duda, las había seguido y había entrado con ellas para ponerse a llorar antes de que le preguntaran si iba en la procesión o qué hacía allí o qué quería o si se había perdido.

Y sí, sí, claro que se había perdido aquella niña, que había terminado con su precioso vestido hecho jirones. Y fue que aquellas buenas mujeres, aunque estaban nerviosas y espantadas, atendieron a la criatura y la subieron a casa. Y, una vez allí, llamaron a la puerta del gabinete de la señorita Cósima, que, al verlas, también se asustó, más cuando escuchó la relación de los hechos. Y pasado el trance atendieron a la niña perdida, le dieron de merendar y la acompañaron a su casa de noche ya, cuando remitió la multitud, las cuatro en el coche de caballos, guiado por Juan. La despidieron con un beso cada una y Úrsula la subió al piso.

Pasado el susto, al día siguiente, Cósima leyó en los periódicos lo sucedido: lo de que varios globos hinchables de color rojo habían surcado el cielo de la ciudad, lo de un alarido de dolor que se oyó, pues una señora sufrió un síncope mientras estaba sentada en un velador del café Moderno, lo de una niñera que logró salvar a la niña que cuidaba, tapándola con su cuerpo mientras era pisoteada, lo de los niños perdidos y lo de los gritos: «¡Una bomba, una bomba...!». Lo del pánico colectivo que se desató, en fin.

Y a gusto hubiera comentado con su esposo aquellos desdichados hechos propiciados por los anarquistas, pero no lo hizo, pues estaba ocupada. Porque, para entonces, a veinte jornadas de su casamiento, ya echaba cuentas de los días en que podría evitar yacer con él y con un calendario a la vista contaba hasta fin de año. Y se aducía que, por tener que comulgar al día siguiente, podría librarse treinta y seis días, y por estar con la regla treinta y cinco, y alargándola seis más; lo que sumaba ya setenta y siete, y diez o doce en los que podría escabullirse aduciendo jaqueca o malestar de estómago, mejor doce que diez, sumaban en total ochenta y nueve.

Cantidad que, detraída de los ciento noventa y cuatro días que restaban de año, le dejaba ciento cinco de agonía, y claro, le venía ahogo. Además que se hacía llevar a su gabinete ollas y ollas de agua caliente para llenar la bañera, y todos los habitantes de la casa se preguntaban qué, rediez, podía hacer tantas horas en su habitación. Claro que, en la cocina, ya sentenciaba Úrsula:

—Algo va mal. Algo le sucede a la señorita. ¿Tú qué sabes, moza? —le demandaba a Teolinda.

—Yo entro ollas con agua caliente y retiro la bañera con agua fría, hoy seis veces por lo menos, pero la señorita no suelta prenda.

—La señorita toma baños, está claro —apuntaba Pilara—. Quizá le duelan los pies, ya sabéis que padece de juanetes.

—¿Y a qué tanto secreto?

—No sé.

—De cualquier manera, la señorita está rara...

—Triste, diría yo...

—¡Ah, tengo buenas noticias!

—¿Qué?

—La señorita me ha dicho que nos da permiso para ir a la verbena de San Pedro, a Torrero... He oído que es muy vistosa y que se puede recorrer en barca el canal hasta la Quinta Julieta...

—Yo no voy, estoy de luto —aclaró la cocinera.

—La señorita nos ha dado permiso.

—Yo tampoco voy. Va gente baja y puede sucedemos lo mismo que en la procesión del Corpus...

—Mírala... Habló Pilara, la reina de España. Pues yo sí que iré. Me gusta el sonido del organillo, el olor a fritura, el andar por los figones, y comprarme unas rosquillas y, si puedo bailar con algún militar, pues quién sabe...

—Aquello está lleno de mujerzuelas y ladrones...

—También hay guardias, se dice que están los *guindillas* vigilando.

—También estaban los militares cubriendo la procesión.

—Tú no irás porque estás de luto, como todos los de esta casa. Habrás de esperar al año que viene... Mejor dicho, al año que viene tampoco irás porque las mujeres de esta casa nunca hemos ido.

—¡Jolines!

—¡Ay, Virgen del Pilar, esta moza...!

En las soledades de su gabinete, puestas sus partes pudendas a remojo en la bañera a toda hora, por ver si se le terminaba o, al menos, le remitía el escozor, Cósima Arriazu tuvo tiempo de pensar. Lo primero que se dijo es que desde la muerte de su madre no le había salido nada a derechas, aunque ciertamente hubiera tenido y

gozado de momentos de ilusión antes de su matrimonio, y enumeraba: el súbito fallecimiento de su padre; el desastre de la ceremonia de su boda; la brutalidad de León al tomarla carnalmente como esposa; el primer dolor, el segundo, el tercero, el decimoctavo, el vigésimo quinto, que ya se había convertido en un escozor permanente en sus partes de mujer haciéndola rabiarse; los baños que tomaba, que estaban levantando sospechas y que tenían a las criadas más que moscas; Jorge, que no bajaba a comer ni a cenar porque había contratado una nueva ama de llaves a la que tenía que enseñar cómo llevar la casa; León, que la llamaba a la cama cada noche como si no hubiera otra cosa para hacer en este mundo, cierto que algún día conseguía escabullirse; León, que iba en mangas de camisa por el piso, el muy desconsiderado, y que, para mayor incorrección, leía los periódicos en la mesa mientras desayunaban, apenas sin cruzar palabra con ella; ella, que, por olvidarse de sus penas y porque sólo lo evitaba en las cosas de la cama, trataba de que su marido soltara la lengua y le preguntaba sobre sus hazañas en la guerra de Cuba —que cualquier militar hubiera narrado entusiasmado—, o sobre los parientes pleiteadores del «amigo» de su tía Miguelina, o de la Argentina, y él le respondía con monosílabos o a lo máximo:

—No tengo gana de hablar, me dejé la voz en Argentina gritando a mis gauchos.

O:

—Salieron cantidad de sobrinos del marido de mi tía de Tucumán a los glaciares del sur... Varias veces hube de volver a Buenos Aires para dar instrucciones a mis abogados.

O:

—Cuando llegué, en las tierras de mi tía reinaba la anarquía más absoluta.

O:

—No había gobierno en mis heredades. Los mayores estaban conchabados con los peones y ninguno trabajaba. Ellos mismos robaban las vacas y las malvendían en los mercados de las ciudades cercanas, abandonando sus tareas durante días porque allí lo más cercano está muy lejos. Luego volvían mintiendo que se les había muerto su pibe, su piba, su viejo, su vieja, queriendo decir su hijo, su hija, su padre o su madre.

Lo de los pibes y viejos fue lo más largo que Cósima le oyó decir en muchos días. Con ello no llegó a saber si las tierras de su esposo eran montañosas o llanas. Además, que León pasaba casi todo el día fuera de casa, ya anduviera de excursión con su coche o con las reparaciones de su coche, ya de tertulia en tertulia.

El caso es que, cuando se encontraba con su padrino en la escalera o en el zaguán de la casa, Cósima le comentaba las desatenciones de León, y él le respondía quitando hierro al asunto:

—Ten en cuenta que en aquellos climas hace tanto calor que se pierden las formas, que ya las perdería en Cuba...

O:

—No te enojas, hija mía, no te enojas por nimiedades.

Pero ella continuaba:

—No sé, tío Jorge, parece que León me dijo todo lo que tenía que decirme antes de casarnos. Habla poco, casi no me dirige la palabra, salvo para pedirme que contrate más servicio.

—En cuanto al servicio, contrátalo, a mí me lo comentó hace días. Dale ese gusto, si quiere tener un *valet*, que lo tenga.

—No quiero gente nueva en mi casa.

—No es lo que quieras tú, hija mía, estás casada y sois dos. Yo mismo he tomado un ama de llaves.

—¿Y está contento con ella?

—Sí.

—Pero usted se la trajo de Madrid, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es joven, no?

Para cuando Cósima intercambió estas palabras con Jorge, estaba informada por sus criadas de que el ama de llaves de su padrino era una chica joven, de más, menos, su edad. Ciertamente que sabía algo más:

—Señorita, el ama de llaves de don Jorge lleva la cara pintada con polvos de arroz y los labios con carmín —le había dicho Pilara.

—Más parece una camarera galante —le había dicho Úrsula, que no se cortaba la lengua.

—Los domingos, cuando sale de casa, parece una buscona de a peseta el servicio —le había dicho Teolinda, que tampoco se cortaba la lengua.

Y ella creyó que exageraban, pues que exageradas eran las tres.

Claro que le extrañó que tío Jorge hubiera contratado un ama de llaves tan joven cuando, mientras fue joven, había tenido una vieja. Y carente de experiencia, además. Pero no mostró el menor interés por conocerla, quizá por no tratar con más sirvientas, porque, ante la insistencia de su marido, ella también buscaba servicio para su propia casa, lo que le resultaba tedioso en extremo.

Había enviado a Úrsula por los colmados de los alrededores, y fueron presentándose mujeres, las más recién venidas de pueblos de las tres provincias aragonesas. E iban yéndose conforme venían, eso sí, con media hogaza de pan y un trozo de chorizo, por no largarlas de la casa con las manos vacías. Y lo que comentaban señora y cocinera después de las entrevistas:

—Ésta no conoce el agua.

—Ésta traía el vestido lleno de manchas.

—Ésta es demasiado guapa. No la coja, señora.

—Esta pobre chica es demasiado fea, causa repugnancia y ni demasiado guapa ni demasiado fea, señorita.

—Ésta es demasiado delgada, seguro que está tísica.

—Ésta huele a vino.

—¡Ah, qué tufo ha dejado ésta! ¡Úrsula, abre el balcón para ventilar...! No obstante, es la que más me ha gustado.

—A mí también, señorita. Una vez lavada y con el uniforme puesto, estará presentable.

—¿Te ha gustado?

—Mire, señorita, me ha parecido la mejor, aunque no me apetece miaja empezar a enseñar...

—A todas, a cualquiera, le tendremos que quitar el pelo de la dehesa...

—Se me hace cuesta arriba volver a enseñar, pero haré lo que mande la señorita.

—¿Cómo se llama esta última?

—Juana, señora.

—Ve al colmado que sea a decir que se presente aquí mañana.

—Lo que mande la señorita.

La tal Juana fue despedida de casa de Dulce a las cuarenta y ocho horas, con un panecillo, un huevo duro y dos días de salario, por lo que comentó la señora con su cocinera, demostrándole una confianza que hasta la fecha no le había tenido:

—La he despedido porque miraba mucho al señor.

—Ha hecho bien la señorita, que con los hombres hay que tener cuidado... Yo con mi pobre Bartolo, que en paz descansa, también andaba con cien ojos, pues, donde menos lo esperas, salta la liebre...

Y a gusto le hubiera preguntado Cósima a su sirvienta si sus relaciones carnales fueron placenteras, por saber algo del tema, dado que, con lo que le estaba sucediendo y lo que estaba padeciendo, ponía en entredicho las palabras de Teolinda, que le había asegurado que «aquello llegaba a gustar», pero guardó silencio, pues no era asunto de comentar con nadie ni menos con una criada lenguaraz.

En cuanto a encontrar un *valet* para León, el asunto fue más sencillo, pues que, tras echar voces por acá y por allá, como sólo se presentaban jóvenes sin experiencia o despedidos de otras casas de alcurnia, se decidió que el hijo de Úrsula, que trabajaba de cochero en la banca desde hacía varios años, en concreto, desde que volviera de la guerra de Cuba, pasara a vivir en casa, para ser criado personal del señor, y que su puesto en la empresa lo ocupara un sobrino de Gómez, uno de los hombres de confianza de Jorge. Lo que contentó sobremanera a la cocinera, pues que su hijo viviría bajo su mismo techo y con un buen sueldo, dado que los señores se lo aumentaron. Además de que, a buen cobijo, bien comido, vestido y con su pensión de sargento, podría ahorrar para su vejez, siempre y cuando dejara sus excedentes en manos de don Jorge, que a los pocos años los habría convertido en un capitalito.

Y lo que dijo Úrsula a su señora:

—Yo encantada, señorita, y mi Juan también. Entiendo que Juan tiene un gran porvenir al lado del señorito, ¿será mi hijo el que conduzca el automóvil del señor?

—Sí, además de su criado personal, será su *chauffeur*... Espero que el mozo

tenga más habilidad que yo con los autos.

Y, sí, sí, por supuesto que Juan tuvo habilidad con los automóviles, y mucha, además.

El caso es que para Cósima todo continuaba igual. Cuando salía de la habitación de su esposo o cuando su esposo abandonaba la suya, después de yacer, ella se iba, o se quedaba, con un dolor en sus partes de mujer como si hubiera sido violada y con sensación de desgarró interno y de laceraciones externas, pero sangre no echaba, no, ni presentaba magulladuras ni heridas... Padecía gran dolor que le duraba una hora, acaso dos, y una comezón que persistía veinticuatro horas para juntarse con otra nueva, más o menos, veinticuatro horas después, y no sabía qué era mejor, si el dolor o el escozor. Como las dos cosas eran malas, muy malas, y se la llevaban los nervios, comenzó a cavilar que tenía una malformación genital de nacimiento, es decir, que había nacido tarada para la vida conyugal, para lo que la vida conyugal tiene de procreación y sus consecuentes: embarazo, parto y posparto. Por eso le venían sudores cuando pensaba en que su marido volvería a su cama por la noche y sudaba la gota gorda, mismamente como si hubiera hecho un esfuerzo físico propio de campesina, cuando, imaginando su futuro, semejante en todo al de cualquier mujer casada que Dios bendijera con descendencia, se quedara encinta y hubiera de traer un hijo al mundo. Un hijo, ay, que nunca podría caber por lo que Teolinda llamaba la canal del parto, pues que ella debía de ser estrecha, y si no le cabía lo chico, ¿qué sucedería con lo grande...?

Cierto que había eminentes médicos en Zaragoza que practicaban la operación cesárea, y otras cirugías, con éxito... A ver, que estaban Lozano y Royo Villanova, entre otros. Pero ella no se atrevía a consultar a aquellas eminencias de la medicina, ni siquiera a López-Tass, pues que consideraba que su enfermedad no era tema para contar. Máxime porque los médicos de obstetricia y ginecología, o al revés, como se expidiera el título, no reconocían a las enfermas y las enviaban a las comadronas y, pese a que todos ellos conocerían la existencia del secreto profesional y lo practicarían, sin duda alguna, no deseaba que su nombre anduviera de boca en boca, no por falta de discreción de alguno de los susodichos, todos caballeros, sino por los empleados que tuvieran, o incluso por sus propias criadas, que se enterarían del asunto, pues siempre se habían enterado de todo.

En sus largas cavilaciones, sentada en la bañera, también trató de encontrar un culpable y el primer nombre que le vino a la boca fue el de León Dulce López-Tass, su marido. Claro que, dejando a un lado lo que le hiciera la noche de bodas, que nunca olvidaría aunque le hubiera perdonado de corazón, a los pocos meses desechó que León tuviera culpa, pues que él estaba haciendo con ella lo que todo esposo hace con su esposa, con la asiduidad propia de los primeros meses de matrimonio, incluso, de tiempo acá, con actitud comedida y, en puridad, no tenía culpa de nada... Y, entonces, le vino a la boca el nombre de Dios, y se quedó horrorizada oyéndose decir:

—Dios podía haberme hecho ciega, tuerta, sorda, manca, coja, loca o anormal, o incluso mandarme la misma tara física que sufro, pero debió dárme la a conocer antes

y no descubrírmela tan tarde, cuando no tiene remedio, porque, de haberlo sabido, nunca me hubiera casado...

Y seguía:

—Dios me ha escondido mi enfermedad...

Y se demandaba:

—¿Por qué? ¿Por qué?

Y continuaba:

—Si hubiera sido coja lo hubiera sabido y León se hubiera casado conmigo o no se hubiera casado conmigo, y yo me hubiera casado con otro o me hubiera metido monja, pero no es justo que, una vez cumplidos todos los preceptos de la ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia, me haya encontrado con lo que me he encontrado... Porque, en todos los momentos de mi vida, he ignorado que mis entrañas ocultaban esta enfermedad o tara o locura, lo que sea ya...

Y se lamentaba:

—No puedo acudir a nadie. No tengo madre, no tengo amigas íntimas capaces de guardar este secreto.

Y gimoteaba:

—Ni a mi suegra ni a mis cuñadas les puedo contar nada, ni siquiera habrán oído hablar de lo que me sucede.

Y lloraba:

—De ha-ber-lo sa-bi-do nun-ca me hu-bi-e-ra ca-sa-do...

Y, pese a que se quejaba a menudo de que León hablaba poco, ella misma se mostraba distraída cuando su marido le comentaba alguna noticia que le había interesado en el *Diario de Avisos*:

—El próximo 12 de agosto será un día histórico en España, pues en Barcelona comenzará a prestar servicio el primer ómnibus automóvil del país... Imagínate un gran auto llevando pasajeros como un tranvía, pero con más movilidad...

Y eso, que estaba muy metida en sus pensamientos y le daba un ardite lo del ómnibus. Porque ella, después de mentar a Dios, después de decirse que su enfermedad no podía ser un castigo, pues no había hecho nada malo ni bueno en su vida, puesto que, en realidad, no había hecho nada de nada, salvo ser buena hija y obedecer y atender a sus padres en sus últimas enfermedades, pensó en recurrir a los representantes de Dios en la tierra, a los curas, más alcanzables sin duda alguna, en acudir a su confesor, en concreto. Pero desechó la idea de arrodillarse en el confesonario del padre Dosset y contarle lo que le venía sucediendo. Porque ¿cómo había de entender aquel asunto un hombre, máxime siendo sacerdote? ¡Imposible...!

—No me atiendes, Cósima. Luego dices que hablo poco...

—Claro que te atiendo, León. Ayer fue un día para la historia...

—Me gustaría viajar... Me canso de estar quieto...

—¿Adónde quieres ir?

—A la capital de Europa, a París.

—Espera a que se acabe el luto...

—No, no vayas a quedarte embarazada y no puedas viajar en muchos meses.

—París está muy lejos.

—Quiero comprarme ropa para el invierno próximo. —Es muy pronto. Hablamos en octubre de ello... Mamá decía que para hacerse ropa había que esperar a que se vendieran en España las revistas francesas del otoño.

—Bueno, vamos a la cama.

—Espera, espera...

—¿A qué?

—A que Pilara termine de retirar la mesa... Me voy más tranquila dejando la casa recogida. Oye, ¿qué tal te sirve Juan?

—Muy bien. Tiene mi ropa ordenada y perfecta, y las pecheras muy bien almidonadas.

—¿Qué tal le va con el auto?

—Conduce muy bien... Venga, vamos. ¿Vienes o voy?

—Ven...

Y rezongaba Cósima camino de su dormitorio:

—Ahhh, que alguna bruja me ha echado mal de ojo.

Y terminaba dolida, muy dolida, diciéndose que alguien le había echado mal de ojo, que estaba embrujada, que había sido castigada por nada y, sin embargo, rogando al Altísimo:

—¡Señor, ten piedad de mí!

O gritando para sí:

—¡Maldita sea mi estampa!

O preguntándose:

—¿Dios, qué has permitido conmigo?

O:

—¿Por qué a mí? O:

—¿Cómo un hombre de la posición de León no tiene todavía una querida?

O:

—¿Por qué no se va de picos pardos?

Es decir, rebelándose, lo que no hace el buen cristiano, porque el buen cristiano ha de tener resignación y conformarse con lo que el Señor le envíe, tenga o no tenga arte ni parte, lo arrastre desde el nacimiento o le sorprenda al iniciar el matrimonio, tal le diría su director espiritual, sin duda alguna... Y no valdría que ella adujera que ignoraba, como virgen que había sido, la estrechez de su vagina y que no podía soportar el escozor que le producía yacer con su marido ni que, al paso que iba, pronto se volvería loca. No valdría.

Rebeca Melero levantó su piso de Madrid, vendió los muebles de Flora a un

chamarilero por cuatro perras, metió todo lo suyo en un baúl, bajó el resto a la basura y esperó el día señalado para su viaje. Día en el que puntualmente se presentó a buscarla Latorre, el empleado de don Jorge, con un coche de punto. El hombre, que sabía a quién había ido a recoger, facturó su equipaje y, llevándole el maletín de mano, la ayudó a subir al tren con destino a Zaragoza, en la estación de Atocha. Las vecinas del inmueble se presentaron en el portal a despedirla. Más de una, al verla partir, respiró aliviada, pues, según parlotaban entre ellas, en los últimos días varios hombres habían visitado el piso de Rebeca, porque de tal madre, tal hija, de tal palo, tal astilla, y no querían tener en la casa gente de mala reputación.

Latorre la acompañó a la plaza de la Constitución, 3, primero, a casa del señor Maestro. Y fuese bastante mosca, dudando de que su patrón la hubiera contratado como ama de llaves, dado que la moza no había dejado de conversar durante todo el viaje con un desconocido, con él, en concreto, como si lo conociera de toda la vida o fuera su pariente. Pero, como prometió guardar secreto del viaje y de la viajera, tal hizo, pues era hombre de honor. El que no guardó secreto, pues no había prometido nada, fue el nuevo cochero de la banca, que, tras recogerlos en la estación de Zaragoza y dejarlos en la puerta de su casa, comentó con sus compañeros la «adquisición» de don Jorge, adquisición dijo porque quizá no se atrevió a ponerle otro nombre. Y fue que luego alguien se lo contó a Juan, el *valet* de don León y que Juan se lo dio a conocer a su madre, y que la cocinera puso al corriente a sus compañeras y a la señora, que se quedó tan pasmada como todas, pues don Jorge siempre había tenido en casa criadas mayores y ahora, que era viejo, contrataba una joven. Extraña cosa. Y en la cocina se habló sobre el particular:

—¿Se habrá vuelto don Jorge un viejo verde?

—A la vejez, viruelas.

—Se cae de viejarrón.

Y lo que se preguntó Cósima:

—¿Habrá dejado de escribir sonetos a Pepita Desclaus?

Y con todo y con ello, ni en la banca ni en el piso de abajo ni en las tertulias, ni por asomo se contempló la posibilidad de que don Jorge estuviera haciendo una caridad con su nueva ama de llaves ni menos remediando los errores cometidos por la bragueta de su gran amigo Luis Arriazu.

Cuando Latorre llamó a la campanilla de casa Maestro, llevando en la mano el maletín de Rebeca y cediéndole el paso, pues era hombre caballeroso, las dos criadas que llevaban diez y doce años, respectivamente, sirviendo al banquero, de primeras, miraron a la moza mal, y otro tanto harían de segundas, de terceras, y siempre ya, quizá por esas cosas que las personas hacen sin causa ni motivo. El asunto es que Rebeca fue recibida mal por la servidumbre y eso que entró sonriendo, que saludó a las dos domésticas con una inclinación de cabeza excesiva incluso, tratándolas como

si fueran señoras. Ciertamente que no lo eran y le hicieron la vida imposible, no por no ser señoras, sino vaya usted a saber el porqué. Pues sucedió que la moza, tras saludarlas, les preguntó sus nombres y se enteró de que una se llamaba Goya —de Gregoria—, y otra María, que llevaban mucho tiempo en la casa, que Goya era la cocinera, aunque cocinaba poco, porque el señor comía y cenaba en casa de la señorita Cósima, por lo que ayudaba a María, que era la fregona. Entonces ella les dijo que venía contratada como ama de llaves y las dos arpias, que otra cosa no eran, la miraron a los ojos como si fuera puta, quizá porque iba pintada, como las mujeres fáciles. Amén de que se permitieron tutearla desde que entró en la casa, a más que la llamaban «maña», ven maña, mira maña, sin preguntarle si era o no era natural de Aragón, y ni siquiera la ayudaron a trasladar su pesado baúl a su cuarto, aunque sí se ocuparon de decirle que en aquella habitación había vivido la anterior ama de llaves, que había fallecido de vieja en el Hospital Provincial, lugar adonde la envió el señor contra su voluntad y sin miramientos, mismamente como haría en el futuro con ellas dos o con ellas tres, porque la familia del señor estaba en el piso de abajo y en su verdadera casa sólo dormía. Y añadieron que si oía ruidos no se asustara, dándole a entender que el fantasma de la antigua criada rondaba por allí, las muy malasombras, queriéndola aterrar. Así las cosas, hubo de imponer su autoridad y expresar:

—Aquí mando yo, soy el ama de llaves. Las dos me trataréis de usted. Y, ahora, cada una a lo suyo...

Las dos criadas se fueron riendo y Rebeca se quedó a deshacer su equipaje, llorando, a sabiendas, además, de que tenía dos enemigas en la casa, en razón de que, aunque sin motivo, había entrado con mal pie. Cuando llegó don Jorge y la confirmó en su puesto, las otras, las bichas aquellas, bajaron la cabeza y tal hicieron siempre delante del señor, pero de espaldas o cuando salía de casa, no.

En cuanto don Jorge se iba, ellas iban a preguntarle por su pasado, por sus padres, por sus abuelos, por su domicilio anterior, por su lugar de nacimiento, por la localidad de origen de su familia y por mil cosas más, pues eran meticonas y, como no conseguían arrancarle una palabra, se dedicaban a murmurar con malicia entre ellas.

Cósima Arriazu, a más de padecer un escozor rabioso por cumplir con sus deberes matrimoniales, hubo de porfiar con su marido, pues que quería salir a veranear y hablaba a toda hora de trasladarse a San Sebastián, ciudad a la que iba la familia real, dispuesto a hospedarse en el hotel Londres y de Inglaterra. Enterado Jorge del asunto, les ofreció su casa, aquella villa en Miraconcha que tenía vacía la mayor parte del año y que había utilizado escasamente desde que la adquiriera, salvo los primeros años. León aceptó rápidamente. Cósima aprobó que León se fuera enseguida y le ofreció llevarse a Juan y a Pilara, para que le sirvieran, asegurándole que ella se juntaría con él en una semana o menos, el tiempo que le llevara rubricar los poderes que Jorge iba

a otorgarle para que tuviera firma en la banca, pues que él, León, no quería saber nada del negocio familiar y, en consecuencia, había de hacerse cargo ella, que era mujer. León no entró al trapo y evitó una vez más hablar del asunto. Jorge asintió y aseveró que en una semana o menos, él y Cósima estarían en San Sebastián y que llevarían a las otras criadas.

Así las cosas, el 2 de agosto, León fue despedido en la puerta de la plaza de la Constitución, 3, por su esposa, Jorge y una multitud de mirones, y partió con Juan, en el Dion Bouton, conduciendo él y más contento que unas castañuelas. Previamente, el equipaje, su inmenso equipaje, había sido facturado por tren. Pilara y Goya, la cocinera de Maestro, también viajaron en tren, muy contentas, la Goya por salir de casa y la Pilara porque iba a ver el mar otra vez.

Cósima no dejó de sufrir en sus partes de mujer a pesar de la ausencia de su marido, por eso, tras mucho dudar en consultar a un médico tocólogo, a López-Tass o a su confesor, se decidió a presentarse ante Juana Ortiz, la más acreditada partera de la ciudad y la que atendía a las grandes damas. Un día de buena mañana, salió sola, alquiló un simón y se presentó en casa de la comadrona, en la del café Levante, lindera con la puerta del Carmen, se apeó, abonó el viaje y subió las escaleras hasta el tercer piso, donde llegó sin aliento. Llamó a la puerta, le abrió una mocica y la entró en una sala de espera, donde había una mujer esperando. Cósima se levantó el velo. Y, vaya, que apenas se lo había retirado de la cara, la señora se alzó y la saludó:

—Me alegro de verla, doña Cósima...

—Disculpe, debo conocerla.

—Sí, soy Narcisa, la sobrina de la viuda de Irisarri...

—¡Ah, sí, perdóneme usted...! Recuerdo que fuimos presentadas... ¿Y esta niña tan mona?

—Es mi hija...

—¡Qué linda...! ¿Cómo te llamas, guapa?

—Silveria Irisarri Villuendas, para servir a Dios y a usted...

—Pase, doña Narcisa —interrumpió la asistente de la comadrona, seguramente su hija, que estaba aprendiendo el oficio.

—Tú quédate aquí, Silveria, espérame.

—Sí, mamá, lo que usted mande.

«Vaya, ya me han conocido, en esta ciudad no se puede dar un paso de incógnito», se dijo Cósima, y esperó hablando con la niña, no porque tuviera gana de paliquear, sino por cortesía:

—¿Cuántos años tienes, Silveria?

—Seis, doña Cósima.

—¿De dónde proviene tu nombre?

—De una tía de mi madre que vive en nuestra casa.

—¿Dónde vives?

—En Sagasta, en la fábrica de camas...

—¡Ah, sí, sí! Oye, ¿sabes que tu abuelo me hizo una cama igual que la del rey Alfonso XIII?

—No, señora, no lo sabía.

—¿Ya vas al colegio?

—No, señora, pero en octubre iré...

—Oye, ¿vas a tener un hermanito?

—Sí, me han dicho que lo va a traer la cigüeña de París.

—¡Ah, claro...! ¿Y ese lazo tan bonito que llevas en la cabeza...?

—Doña Cósima, puede pasar.

—Adiós, doña Narcisa, me he alegrado mucho, saludos a su esposo. Adiós, niña.

—Lo mismo digo, doña Cósima.

La señora de Dulce explicó a la partera sus padecimientos con horrible vergüenza y con medias palabras. Claro que no fue menester más claridad pues la otra la entendió, hizo que se tendiera en la camilla y la examinó observando que su paciente se retorció de dolor y al cabo dijo:

—Es usted estrecha de vagina, doña Cósima.

—Aparte de lo que me sucede, ¿será peligroso quedarme encinta?

—Sí, para que nazca el niño, habrá que practicarle una cesárea.

—¿Qué puedo hacer? Me he encontrado con esta enfermedad sin comerlo ni beberlo, me da miedo el futuro, pero no puedo vivir en el presente con este escozor... ¿Qué se hace en un caso así? Me he frotado con vaselina y he tomado múltiples baños de asiento...

—Mire, usted padece lo que se llama vaginitis, que es una inflamación de la vagina.

—En el acto, me desgarró.

—Deberá ir al médico, al que yo le diga, para que la mande a mí y con mi diagnóstico volver para que le recete...

—¿No se puede abreviar el proceso? No quiero ir al médico...

—Bueno, le voy a mandar lo que le recetaría él: una irrigación vaginal de agua de violetas por la mañana y dos baños de asiento, uno por la mañana y otro por la noche antes de hacer el acto, y otra irrigación después de él. Y beber a cada hora del día un cocimiento hecho con un puñado de diente de león y unas briznas de gayuba, y luego orinar. Debe ir a orinar siempre después de beber, ¿entendido?

—Sí.

—Probaremos durante dos meses. Luego vuelve usted por aquí. ¿Conforme?

—¿Y si me quedo embarazada?

—La segunda irrigación evitará el embarazo.

—Conforme, pues. ¿Dígame qué le debo?

—Dos pesetas.

—Tenga cinco, una para la chica.

—Muchas gracias, doña Cósima.

—¿Padezco una enfermedad?

—Sí, señora.

—¿Es común?

—No es muy común.

—¿Se cura?

—He curado algunas. Es una enfermedad de recién casadas. Algo tiene de nervios.

—¿De nervios? Oiga, yo me fui la primera vez a la cama con mi marido asustada, pero sin nervios, quiero decir que no me dio un ataque de nervios...

—¿Fue brusco su marido con usted?

—Sí.

—Pues eso es. Que se tiene que quitar de la cabeza el susto y la indignación. Además, que lleva usted mala temporada con la muerte de sus señores padres.

—Mi marido me pidió excusas y le perdoné de todo corazón.

—Una cosa es el corazón y otra la cabeza, señora mía.

—¿Usted cree?

—Por supuesto. Debe usted relajarse, no ir tensa a la cama.

Y, vaya, que Cósima entró en confidencias con aquella desconocida:

—Si lo llego a saber, no me caso.

—Ea, doña Cósima, que todo pasará, que no hay mal que cien años dure.

—Bueno, adiós. Le confieso que hubiera preferido nacer hombre.

—No diga eso, ya verá cuando tenga un niño...

—¡No me lo miente, por Dios! Y de mi enfermedad ningún comentario...

—Yo seré una tumba, señora.

Arriazu siguió el tratamiento que le había puesto la partera y, pese a que mejoraba, no viajó a San Sebastián a reunirse con su marido. Jorge tampoco fue, pues aprovechó para hablar con Cósima del futuro de la Banca Arriazu y Maestro e instruirla en la contabilidad de la misma.

Rebeca Melero, a más de soportar primero a sus dos compañeras y luego a una, se aburría como una ostra. Como sólo podía salir de paseo los domingos después de comer, no veía a nadie, no hablaba con nadie y no tenía nada que hacer en aquella casa, salvo dejarle a don Jorge en el galán de noche los zapatos bien lustrados y la ropa que se pondría al día siguiente bien planchada y cepillada. No tenía que servir la mesa ni discurrir la comida diaria, pues el señor no almorzaba en casa y en la cocina se comía rancho: garbanzos con tocino, lentejas con carne o un guisote de pescados variados y, por la noche, lo que sobraba de la mañana. Don Jorge le decía buenos días, buenas noches y pare usted de contar; si ella le pedía un libro para leer, le dejaba *Sotileza*, de don José María de Pereda, quizá para que viera la suerte que tenía en comparación con los personajes de la novela, y ella lo leía con interés, pero con poca

luz, pues sus compañeras, tras advertirle que en aquella casa, por orden del señor, se encendía la luz eléctrica cuando se había hecho de noche, eran capaces de quitar los plomos de la instalación, a más de esconderle las velas. Y, si se sentaba en una silla en un balcón para ver pasar gente y distraerse, las muy pérfidas la echaban de los salones de malos modos, a empellones más de una vez, diciéndole que las criadas no están en las habitaciones nobles de la casa. Y, en otro orden de cosas, ni a la fuente la dejaban bajar, porque el agua la traía cada mañana un aguador, con lo cual ni siquiera gozaba de aquel pequeño entretenimiento, donde tal vez le saliera, primero, un novio y luego un marido que la alejara de aquella prisión. Por eso se decía:

—Aunque cobro sesenta pesetas al mes, no me las puedo gastar porque vivo en una cárcel.

Y, si decía de ir a hacer el mandado que fuere, inventándose incluso, las otras le decían no. Y don Jorge dormía en la casa, pero no hacía vida en casa y, aunque dormía solo en una cama de matrimonio, nunca jamás la llamó ni la miró a los ojos con intenciones aviesas. Lo que, sin duda, fastidió a la Goya y a la María, pues no pudieron narrar lo que les hubiera gustado contar.

En sus meditaciones, propiciadas por su mucho tiempo libre, Rebeca se decía que habría de hablar con Jorge para que le dejara un legado, lo que había pretendido su madre de su padre sin conseguirlo, pues que su protector era viejo y el día menos pensado se moriría, pero no hallaba momento, pues, como va dicho, el hombre volvía muy tarde y salía muy temprano y por eso no encontraba ocasión. A ratos, pensaba en esperarlo por la noche, a ratos, en escribirle un billete, pero desechaba tales ideas porque las criadas no esperan al señor a no ser que el señor les ordene hacerlo y menos le escriben billetes. A más, que don Jorge sólo se había comprometido con ella a pagarle sesenta pesetas al mes, lo que hacía puntualmente los días 30, pero a nada más, ni a tratarla con cariño ni a buscarle un marido y, si le manifestaba sus pretensiones, a la par que sus quejas por el tratamiento que le deparaban sus malditas compañeras, aquellas tiparracas que en mala hora conoció, se exponía a que le dijera:

—Me he comprometido contigo a darte techo, cama, uniforme y sesenta pesetas al mes, pero a nada más.

Y a que añadiera:

—Y contenta podrías estar, dándote con un canto en los dientes, vamos...

Porque, en efecto, así era.

Pero sucedió que, pese a lo que ella cavilaba, don Jorge sí que estaba pensando en ella y que una noche llegó temprano, la llamó y le dijo:

—Te he encontrado un marido, se llama Paco Arrabal, es uno de mis mejores hombres y ocupa un buen puesto en la banca. Está dispuesto a maridar contigo.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y ocho.

—¿Treinta y ocho? Es un vejestorio y ¿cuánto gana?

—Cien pesetas al mes y para Navidad una gratificación.

—Es poco...

—Gana una barbaridad... ¿Qué quieres, pues, un marqués?

—Mi madre decía que podría casarme con un noble, decía que soy muy bella...

—¡Tu madre tenía la cabeza llena de pájaros! ¿Todavía no te has enterado? —se enfadó Maestro.

—Mi madre fue una buena madre para mí, don Jorge, le ruego...

—¡Tu madre para ti fue una buena madre, no lo dudo, pero para los demás fue lo que fue...! Y no te vayas a creer que hay muchos hombres dispuestos a casarse con una hija de padre desconocido...

—¿Con una hija que puede tener mil padres? ¿Eso quiere usted decir...? Pues sepa que yo soy hija de don Luis Arriazu, y que me parezco a él...

—No quiero entrar en discusiones. No quiero llevarme un disgusto, que ya tuvo bastantes mi buen amigo Luis... Oye, moza, te estoy haciendo un favor sin pedirte nada a cambio... Te estoy ayudando... Tener a Arrabal dispuesto a casarse contigo me va a costar dinero, ¿sabes?

—¡Ah, don Jorge, yo quiero casarme por amor...!

—¡Tú eres estúpida...! Piénsatelo y dame tu respuesta en veinticuatro horas.

—Sí, señor, lo que ordene el señor.

Rebeca salió llorando. Por el pasillo se topó con la Goya y la María, que habían estado escuchando, las apartó a empujones y se refugió en su cuarto, donde derramó amargas lágrimas. Y lo que se estuvo diciendo:

—Ay, triste de mí... Mi madre me contó que tuvo dos hijas gemelas... Una, que soy yo, de don Luis Arriazu, su amante; otra, que es Cósima, de su novio, el anarquista que la abandonó para luchar por la clase obrera en Barcelona... La señorita Cósima, mi hermanastra, vive en el piso de abajo a todo lujo, con enorme fortuna heredada, con enorme fortuna por heredar, con un marido rico y guapo como ningún otro hombre de esta ciudad y con automóvil, por si fuera poco... Y yo, que soy la que debía vivir en el piso de abajo a todo lujo, vivo en el de arriba porque un amigo de mi padre me hace favor, soportando a dos tiparracas que me hacen imposible la vida y que ya sabrán quién soy, pues que algo habrán oído al escuchar detrás de la puerta... Tuve mala suerte... Fue mala suerte que me echara a llorar y mi madre me sacara del cesto en el momento en el que el ciego Antonio iba a entregárselo a la señorita Olimpia... Además, tuve mala madre porque digo yo que una buena no regala a sus hijas para quitarse un problema de encima, sino que las cuida y las atiende hasta el fin de sus días, que tal es la labor de una madre... Y, ahora, don Jorge, mi benefactor, pues tal es, me propone que me case con ese Arrabal, que es un viejo y gana una miseria... ¡Ah, no...!

Y así, encerrada en su cuarto, sin dormir ni comer ni beber durante toda la noche y hasta la noche siguiente, a ratos, estuvo llamando mala madre a su madre, a ratos, mal padre a su padre, a ratos, cabrón a su benefactor, lo mismo que había hecho su madre y, a ratos, llamando maldita a su hermanastra, pero lo que más hizo a lo largo

de aquellas veinticuatro horas fue compadecerse de sí misma. Y cuando María llamó a su puerta y la avisó:

—El señor quiere hablar contigo.

A ella ya le había venido el orgullo a la boca, a la par que había tomado la misma decisión que su madre tomara veinte años atrás: no aceptar un matrimonio de conveniencia porque el aspirante ganaba poco, por eso anduvo rezongando por el pasillo:

—¡Ah, no! Yo soy hija de Luis Arriazu y no me voy a quedar de criada de Maestro ni de Arrabal.

—¿Qué has decidido?

—Que no me caso con ése, búsqieme usted otro que gane más para que yo pueda tener sirvienta, al menos una sirvienta...

—Pero ¿qué te has creído?

—Yo soy hija de don Luis Arriazu, el cincuenta por ciento de la Banca Arriazu y Maestro, como a él le gustaba decir...

—No está claro que seas hija suya... Además, la ley no ampara a los bastardos.

—Soy su vivo retrato. Vea usted su fotografía y míreme a la cara...

—No quiero ver nada. Oye, moza...

—Usted quiere que me vaya de su casa...

—He encontrado un hombre que está dispuesto a casarse contigo. Te irás casada.

—Ha pagado usted, ¿verdad?

—¿Y qué?

—Que en las cosas del amor no se paga...

—¡Qué sabrás tú!

—Permítame salir todos los días, déjeme conocer hombres y enamorarme de alguno... Si encuentro un marido por mi cuenta, me alejaré de su vida y no volverá a verme más... Claro que...

—¿Qué?

—Que usted deberá darme dinero para mi dote.

—¿Qué dote? La mujer que tiene dinero lleva dote al matrimonio, pero no es tu caso.

—Mi padre, que en paz descanse, estuvo a punto de darme varios miles de duros... Trescientas mil pesetas para que viviera sin apuros el resto de mi vida, tal me dijo mi madre...

—Yo no soy tu padre...

—Usted es mi benefactor. No es justo que Cósima esté enronada en oro y que yo no tenga un ochavo...

—¡No mientes a Cósima, maldita sea!

—No... si yo...

—Vete a tu cuarto y no te cruces en mi camino en muchos días...

—No, si yo no quiero ofender...

—¡Vete!

—¿Puedo salir a la calle?

—Sal.

—Gracias, don Jorge.

Después de tal conversación, Jorge no durmió en toda la noche y, al día siguiente, no salió de casa del disgusto que llevaba. Tanto es así que lo echaron en falta en la banca y Latorre se presentó en su casa por ver si algo le sucedía. También lo echaron de menos en la tertulia de Ambos Mundos, donde se discutió con vehemencia sobre la carta de protesta emitida por los obispos españoles contra la Ley Romanones, que volvía a autorizar en España el matrimonio civil, y hubiera sido apreciada su opinión. Y Cósima subió por ver si estaba enfermo.

—Léeme, hija mía —le pidió Maestro a su ahijada, tras asegurarle que sólo estaba cansado y que se había tomado un día de asueto. Y la joven tomó en sus manos el libro que tenía en la mesilla de noche: *El problema nacional*, de Macías Picavea, y comenzó:

La enfermedad de España es toda una lista de taras: cesarismo, despotismo ministerial, caciquismo, centralismo, teocratismo, unidad católica, intolerancia, militarismo, parálisis de la evolución, idiocia...

E interrumpiéndose demandó:

—¿Quiere que continuemos con esto, tío Jorge?

Y, mientras estaban juntos, ninguno de los dos sospechaba que Goya, la cocinera de don Jorge, andaba en el piso de abajo chismorreando con Úrsula y Teolinda:

—Nunca, hijas, nos hemos ocultado nada de lo que sucedía en las dos casas. Claro que vosotras siempre me habéis podido contar más que yo, porque en casa de mi amo no ha ocurrido nada hasta ahora...

—¿Qué pasa?

—Cuenta, cuenta, Goya...

—Cogió un ama de llaves...

—Lo sabemos.

—La Rebeca...

—Pues, resulta...

—Que la llama a la cama...

—¡Quiá, eso no!

—¿No?

—No. Resulta que la gachí vino con *infulas* de reina, queriendo que la tratáramos de usted y hoy, escondidas detrás de la puerta, hemos oído que le decía a don Jorge que es hija suya.

—¡Ah, qué mentira...! —gritó Úrsula.

—Don Jorge no tiene hijos... Lo habréis oído mal...

—Se sabría, además.

—Ésa es una tunanta —sostuvo Teolinda.

—¿Queréis decir que quiere sacarle los dineros?

—Seguro.

—Lo que no sabe ésa, ¿se llama Rebeca, no?, lo que no sabe la Rebeca esa es lo difícil que es sacarle los dineros a un banquero.

—Más a don Jorge, que le pide cuentas a Úrsula del último céntimo...

—Don Jorge me da ocho duros a la semana para ir al mercado y cada sábado le rindo cuentas al ochavo...

—Le ha dicho la tipa que «no es justo que la señorita Cósima viva enronada en oro...».

—¿Qué le importa a ella cómo viva o deje de vivir la señorita Cósima?

—Goya —ordenó Úrsula—, ve a enterarte de más cosas, pero que no salga una palabra de casa.

Y, cuando la otra se fue, la cocinera, aguda como siempre, ordenó a Teolinda:

—Tú, maja, ni una palabra de esto... la Goya ha entendido todo mal, pues es corta de luces... La tipa debe ser la hija de la Flora... Te recuerdo que las dos mataron a don Luis y que ésta, al igual que su madre, no se conforma con lo que Dios le ha dado, por ello puede acabar hasta con todas nosotras... La Goya lo ha trabucado todo...

—Tendremos que estar alertas, no vaya a presentarse aquí.

—Es muy capaz.

—Es una lagarta.

—Sobre todo que no hable con la señorita. Doña Olimpia y don Luis se fueron de este mundo sin decirle que era adoptada, no vaya esa mala pécora a contarle lo que no le dijeron sus padres. ¿Has entendido?

—Sí. Siempre estaremos en casa con la señorita y una de nosotras la acompañará cada vez que salga a la calle.

—Ten mucho cuidado cuando andes por la calle con ella, no vaya a asaltarla esa mala mujer. Yo pondré a Pilara sobre aviso cuando vuelva de San Sebastián...

—En cuanto la vea venir, le diré a la señora que nos crucemos de acera. Hoy vamos a salir para mandar un telegrama a don León.

—Don León se tarda.

—Déjalo en San Sebastián. Tengo para mí que la señorita se encuentra mejor desde que está sola.

—Tienes razón, se la ve más contenta. ¿Está leyendo en la *cheslón*?

—No, se ha subido a visitar a don Jorge. Don Jorge hoy ha *guardao* cama.

Jorge, interrumpida la lectura, le preguntaba a Cósima:

—¿Hay noticias de León?

—No. El último telegrama es de la semana pasada. Luego iré a telégrafos a contestarle con otro. Esta costumbre suya de comunicarse de este modo es una lata... He de desplazarme. Si escribiera cartas, le respondería con otra, cerraría el sobre, le pondría un sello y enviaría a una criada a que la depositara en el buzón.

—Sí, es extraño ese medio de comunicación. ¿Le has preguntado por qué lo hace?

—No.

—Que lo hiciera en Argentina por falta de papel y pluma o porque anduviera muy ocupado lo entiendo, pero que lo haga desde San Sebastián, no.

—Al año que viene iremos todos a San Sebastián, así nadie tendrá que escribir. A León le está gustando mucho la ciudad y también su casa de usted, padrino.

—Iremos todos a mi casa. Yo estaré yendo y viniendo para atender el negocio, pero vosotros pasaréis allí todo el verano... A ver si en lo que queda de tiempo ha aumentado la familia...

—¡Tío Jorge!

—Hija mía, ¿qué pasa? ¿He dicho algún inconveniente?

—No, no.

—Yo sé que algo te sucede, hija.

—¿Qué sabe usted?

—Desde que se marchó León, te veo más alegre.

—¡Oh, no!

—No me engañes, si no me lo quieres decir, no me lo digas, pero sabe que estoy aquí para ayudarte.

—Usted no se preocupe.

—Claro que me preocupo. Me preocupas tú y tus finanzas. La cuestión de las finanzas ya la arreglamos con el notario. Cuando yo me muera, aparte de heredar todo lo mío, por lo que habrás de pagar al Estado más porcentaje del que pague por las herencias de tus padres, serás la presidenta de la Banca Arriazu y Maestro, la propietaria del noventa y ocho por ciento de las acciones. Latorre, que tiene mi confianza, será el vicepresidente, pues, simulando una venta, le he regalado el uno por ciento de las mías para que pueda ocupar un puesto en el consejo de administración. Ya lo tengo dispuesto y redactada el acta... En octubre convocaremos Junta General Extraordinaria para proponer los dos nombramientos, y los demás accionistas, que son el otro uno por ciento del capital, habrán de decir amén. Pérez será el apoderado y Gómez el interventor, los demás empleados seguirán con lo suyo, y yo me quedaré de simple consejero... Ten en cuenta que, cuando yo me muera, te irán los accionistas con matracas. Te irá tal y cual con que quiere ser consejero, no aceptes nunca, otro te vendrá con propuestas, con innovaciones, con modernidades, te ofrecerá intervenir en la compra de tal o cual valor o montar nuevos negocios, no aceptes. No compres valores, no juegues más en Bolsa, pues con lo que tienes y tendrás puedes vivir mil años. ¿Entiendes? ¿Te acuerdas de lo que es un balance? ¿Recuerdas las diferencias entre el activo y el pasivo y cuál es la columna del debe y

cuál la del haber?

—Sí, pero a usted le quedan muchos días.

—Nunca se sabe, por eso tengo todo arreglado. Si alguna vez León quiere hacerse cargo del negocio, tú verás si te conviene... Y, si ves que no puedes llegar, que te superan los números o, sencillamente, que no quieres complicaciones, vende... Ponte en hablas con los sucesores de Castellano o con otros banqueros de la plaza, con Castán o Palomar o con don Florencio Jardiel, el director de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad...

—¡Ea, ea, que no quiero hablar de eso...! ¡Y anímese, tío Jorge, que por quedarse un día en la cama no repican a muerto las campanas...!

Y para cambiar de conversación y que su padrino no pensara en la muerte ni en otras tristezas, le pidió:

—Todavía no conozco a su ama de llaves, dígale que venga.

Entonces, Jorge llamó a la campanilla, tres toques, y Rebeca no se presentó. Y tocó una vez, llamando a la Goya, y ésta apareció:

—¿Dónde está Rebeca?

—Está encerrada en su cuarto, señor.

—Déjala, estará indispueta.

—Bueno, pues otro día la conoceré. Me bajo a casa. Adiós, padrino, adiós, Goya.

—Adiós, hija mía.

—Adiós, señorita.

A mitad de noviembre, siendo ya presidenta de la Banca Arriazu y Maestro, Cósima envió un telegrama a León pidiéndole que volviera, no por ella, que estaba muy tranquila sin un marido que la agobiara con las cosas de la cama, sino porque se acercaba la Navidad. Cinco días antes de la Inmaculada, le mandó otro, no por ella, por lo que va dicho, sino por lo que también va dicho. Además que había mejorado sensiblemente con el tratamiento que le había prescrito la comadrona, la cual en la última visita le redujo a la mitad los baños y le retiró la irrigación diaria —lo que agradeció sobremanera, pues, aparte de las molestias de la lavativa, llevaba meses en un pis—, en razón de que casi no sufría escozor, si acaso un poquico por las mañanas al despertar. Cierta que pensaba en el regreso de su esposo y le venían tembladeras, no le fuera a repetir la comezón, pero estaba animada, como se dejaba ver. Claro que conforme daba más y más vueltas al asunto, se encontraba más predispuesta a acudir a la llamada de su esposo con buena cara y sin melindres, dispuesta a decirle que tuviera mucho cuidado y que apagara la luz, pues tal vez fuera la luz la causante de su desgracia. Tal vez fuera la luz encendida la que le impedía quitarse el pudor, ese arraigado sentimiento que hasta la fecha no había podido evitar delante de su esposo que, si la había visto desnuda, había sido sin pedirle permiso y contra su voluntad. Y, al hilo de tales cavilaciones, de que la cosa se solucionara apagando la luz, de su

mejoría física, de su voluntad de colaborar, de lo que ganaría colaborando y quitándose los nervios, que, tenaces, le comprimían la vagina, ay, que comenzó a despertarse en ella un afán de maternidad, quizá por ese deseo innato que llevan todas las mujeres en lo más hondo de su corazón y, mira, que, al menos en teoría y desde la distancia, perdió el miedo a yacer con León, a su futuro embarazo y al parto consiguiente.

Y, cuando su marido se apeó de un nuevo automóvil, una *limousine*, comprada en París, pues que había viajado desde San Sebastián a la capital de Francia a tal efecto y por eso no había respondido a su telegrama de finales de noviembre ni al siguiente, su corazón latió apresuradamente y sus entrañas no se estremecieron.

Se estremecieron, ay, Jesús, luego, tras los saludos y los besos de bienvenida, durante el acto que esposo y esposa llevaron a cabo con la luz apagada, que le produjo dolor al momento y, al día siguiente, le tornó la comezón, por eso reanudó su tratamiento vaginal al completo, pero no le alivió un tantico. Y, desesperada, volvió a ponerle excusas:

—Hoy no, mañana.

Y mañana:

—Hoy no, mañana.

Y mañana:

—Me duele la cabeza.

O le buscaba quehaceres:

—Asiste con tío Jorge al acto de homenaje a don Santiago Ramón y Cajal, por su Premio Nobel.

O:

—Me harías un gran favor si fueras a visitar y a recorrer una torre que tengo en Caspe. Ve a ver cómo andan las cosas por allá y si cumplen con sus obligaciones los aparceros... Llégate, por favor, con tu coche nuevo, con tu coche será un paseo... Además, estudias si se puede mejorar el rendimiento de la misma, pues de explotaciones agrícolas tú sabes mucho.

El caso era que León llegara tarde a casa. Claro que las criadas pensaban, cada vez más creídas de que algo sucedía en la cama de la señorita, pues doña Cósima hacía sus propuestas a las horas de las comidas, que, si seguía así, acabaría echando a su esposo en brazos de una mujerzuela:

—De una puta callejera, que hay muchas —según Teolinda.

—De una ramera de burdel —según Úrsula.

—De una amante. El señorito se buscará una amante —según Pilara, que había venido contado maravillas de su estancia en San Sebastián.

Y lo que se decía Jorge:

—No he estado nunca casado, pero no creo que Cósima se porte bien con León. Cualquiera puede ver que lo evita como marido.

Pero ella se lamentaba:

—Me desgarró, me desgarró...

Y, cuando ponía el verbo en su tiempo exacto, se decía:

—Me desgarró, me desgarró...

Y encontraba en sus meditaciones, cavilaciones, reflexiones, razonamientos y disparates, que de todo había en su cabeza, tras el rebrote de su enfermedad —en todo igual al primer brote por el escozor permanente y la angustia consiguiente—, al culpable, a León, que tenía lo que tenía: un miembro colgante, que pedía el débito conyugal con excesiva asiduidad, pero también hallaba otro culpable y le ponía nombre: Dios, pues que era el autor del apéndice de su marido y el causante de su enfermedad, oculta hasta la noche de bodas. Y se arrodillaba al pie de su cama, en la alfombra, y le demandaba al crucifijo que la presidía:

—¿Por qué?

Y seguía:

—¿Por qué así, sin avisar y sin saberlo?

Y terminaba:

—¡Perdóname, Señor! Pero ¡no estoy actuando mal, pues Tú dijiste: «Cuídate y te cuidaré...»!

El caso es que dos mujeres, fueran hermanas o hermanastras, penaban en la plaza de la Constitución, 3, una en el piso principal y otra en el primero.

Antes de Navidad, Cósima se atrevió a preguntarle a su padrino:
—Padrino, ¿usted cree que León y yo estamos bien casados?

—¿Qué quieres decir?

—¿Nos oyó usted decir el «sí, quiero»?

—Claro.

—Con tanto jaleo que hubo, ¿lo escuchó usted netamente? ¿Oyó todas y cada una de las palabras del sacramento?

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—No sé, a veces me asalta la duda. No me recuerdo diciéndolo.

Y, a poco, otro tanto hizo con su confesor, con el padre Dosset, que también le preguntó, antes de asegurarle que no se había distraído por el jaleo habiente en la iglesia y antes de darle la absolución:

—¿Sucede alguna cosa entre León y tú?

—No.

Tal le respondió Cósima y no mintió, porque últimamente no ocurría nada entre ellos. Apenas cruzaban algunas frases de mera cortesía porque el capitán ahorraba palabras hasta la codicia, tan decididor que había vuelto de Argentina, y mira. Cierta, también, que a la cama no iban, lo que era bueno para las entrañas de la dama, pero no para su corazón, pues que empezaba a temer que su esposo anduviera con otras mujeres, hecho o posibilidad que le aliviaba en ciertas partes de su cuerpo, pero empezaba a alterarle otras.

Sucedió que una tarde de domingo bajaba Rebeca Melero, muy pintada y aviada, camino de la sociedad de baile La Lata, donde había hecho un par de amigas, dispuesta a encontrar marido y largarse cuanto antes de casa de Maestro. Y fue que se topó en la escalera con León Dulce, que la saludó, pese a que nadie se la había presentado, del modo que los caballeros cumplimentan a las damas, besándole la mano, y, sonriendo de un modo que Cósima llevaba meses sin verle en la boca, le dijo a la moza:

—He visto tu cara en alguna parte.

—¿Dónde, señor?

—No lo sé, pero la he visto, te lo aseguro...

Y no erraba Dulce porque el rostro de Rebeca era, en mujer, el de Luis Arriazu, como sabido es. Y siguió el capitán:

—¿Adónde vas?

—Voy a La Lata a bailar con unas amigas...

—¿A bailar?

Y fue que León perdió el seso o que hizo lo que ya había hecho muchas veces en Cuba, en Argentina, en Alcalá de Henares, donde había estado acuartelado su regimiento, o en la propia Zaragoza, pues que su esposa le negaba la cama, o fue que

le salió la vena de húsar, que todos tenían fama de mujeriegos impenitentes, o fue que trató a la criada como los señoritos calaveras suelen tratar a las sirvientas para conquistarlas, el caso es que le pidió:

—Baila conmigo.

Y Rebeca se dejó coger y, en el rellano, entre el principal y el primero, donde había menos luz, los dos dieron unos pasos sin tararear canción alguna, eso sí, cada vez más apretados y con peligro de ser descubiertos, pues en la casa solía haber abundante tránsito. Y fue que el hombre apretó a la moza, le tocó los pechos y quiso meterle mano y que la moza se dejó tocar y besar durante diez minutos o más, tiempo en el que no fueron descubiertos, pues no subió ni bajó persona alguna por la escalera, pero, por prudencia, fue menester terminar con aquel encuentro, con el primero de los encuentros entre León y Rebeca, y el capitán le dijo:

—El día 26 me voy a Caspe, a visitar una torre de mi esposa, ¿quieres acompañarme?

Y Rebeca, que había tenido al capitán en su cabeza desde que se cruzara con él en el zaguán de la casa, y que, en aquel momento, tenía un torbellino en el corazón y un huracán en sus partes de mujer, sin pensarlo dos veces, le respondió:

—Sí, señorito, iré con usted.

Y no añadió que con él iría al fin del mundo porque no se le ocurrió.

—Bueno, pues disponlo todo. Dile a don Jorge que tu madre se ha puesto enferma o cualquier mentira para que puedas venir conmigo...

—No tema el señorito, que yo lo arreglaré.

—Ea, pues, quedamos el 26. Te recogeré con mi automóvil en el Coso, esquina a Santa Catalina, a las ocho de la mañana... Llévate ropa, pues seguramente estaremos unos días... Y chitón... Ahora, dame un beso de despedida.

Y Rebeca le dio un largo beso, de los llamados de tornillo.

Así las cosas, León y Rebeca volvieron a sus casas, para preparar sus equipajes, rebosantes de felicidad.

El de León lo dispuso la propia Cósima y llenó tres maletones y cuatro sombrereras. El de Rebeca lo hizo ella y metió todo lo que tenía en su baúl, todo lo que había traído, dispuesta a despedirse de Maestro, enamorada hasta el tuétano de un apuesto capitán de húsares de Pavía, y ofuscada por la súbita pasión que se había suscitado en su corazón en el rellano de una escalera, pero imprudente, muy imprudente, o tonta hasta decir basta, vaya usted a saber, porque hasta su madre le hubiera dicho, de poder hacerlo, que así no se hacen las cosas.

—¿Te vas? —le preguntaron la Goya y la María en cuanto la vieron trajinar.

—Sí, me voy para no volver a veros, so alcahuetas...

—A freír espárragos te puedes ir.

—Y cuanto más lejos mejor.

—¿Cuándo te vas?

—El 26.

—Pues no creas que te vas a librar de servir la cena de Nochebuena...

—A ver, es el día de más trabajo en la casa.

—¡Haré lo que tenga que hacer, malditas brujas!

—Cósima, ésta es Rebeca, mi ama de llaves —informó Jorge a su ahijada.

—¿Qué tal, Rebeca, cómo estás?

—Es un honor conocerla, señorita Cósima.

Y fue que la señorita Cósima se estuvo preguntando durante toda la cena:

—¿Dónde he visto yo esta cara?

Tanto pensó dónde podía haber visto aquella cara que varias veces lo comentó:

—No sé dónde he visto yo a esta muchacha.

León le contestaba con naturalidad:

—Te habrás cruzado con ella en la escalera o en la calle.

Lo mismo que Jorge:

—Si vive arriba de tu casa, la habrás visto, a la fuerza.

—Pues no sé.

—Me voy a Caspe mañana, don Jorge. A ver cómo anda aquello. Tal vez se puedan mejorar los cultivos o plantar azúcar. ¿Qué se siembra en la zona?

—Creo que trigo, pero no me hagas mucho caso porque, como Olimpia no daba importancia a la torre, ni Luis ni yo nos ocupamos de ella... Olimpia se conformaba con que le enviaran patatas, harina, capones y productos de la matanza por Navidad.

—Lo que han traído también este año.

—Lo mismo, más o menos.

—Tengo oído que las plantaciones de azúcar se extienden por Aragón.

—Sí. En la banca tenemos varios clientes con empresas azucareras.

Y eso, que León y Jorge hablaron de plantaciones largo y tendido para que Cósima no volviera a mentar a Rebeca. El primero, por lo que acaba de saberse y porque se iba en dos días de pendoneo con ella, no fuera a descubrirse, y el segundo, porque bien sabía en qué persona su ahijada había visto el rostro de Rebeca.

El matrimonio Dulce celebró la comida de Navidad en casa de la madre de León. Jorge, aunque también había sido invitado, excusó su asistencia y comió en casa del marqués de Montemuzo, pues que venía pensando negociar con él, ya que León no quería ocuparse y él no tenía otra heredera que Cósima, la venta de la banca, y fue a tantear; y el marqués estuvo entusiasmado, pues no le iba a la zaga en negociante.

Cuando regresó a casa, se encontró con Rebeca en el pasillo y la moza le pidió hablar con él y, fastidiado, la atendió:

—¿Se puede saber qué quieres?

—Don Jorge, me voy de su casa, le estoy muy agradecida pero me voy.

—¿Cómo es eso?

—Me voy a la casa de mi abuela en Montañana. No soporto a sus dos criadas, me

han estado haciendo la vida imposible, me han llevado mártir... Me toman por lo que no soy... Me están todo el día diciendo que soy su querida de usted y que me voy a la cama con usted...

—¡Ay, qué puñeta!

—Don Jorge, no se sulfure usted... Me voy y no volveré más... Entienda usted que no puedo tolerar que me tomen por lo que no soy...

—Bueno, pues vete en paz de Dios.

—Si me diera usted alguna perra...

—Oye, te acabo de dar la gratificación de Navidad y te abonaré la mensualidad completa.

—Sí, señor, pero la casa de mi abuela estará en ruinas y necesitará arreglos...

—Bueno, espera.

Fue a su gabinete, sacó una pequeña caja de caudales, contó diez mil pesetas y se las entregó, advirtiéndole:

—Mira, moza, esto es lo último que te doy. Vete y no vuelvas más.

—Me iré, mañana a la mañana, si usted me lo permite.

—Ea, sí, pero que yo no te vea esta tarde rondar por aquí.

Y lo que se adujo el banquero cuando la moza se echó a sus pies y le besó la mano:

—Que se vaya en paz de Dios.

Aunque ya se había apercebido de la animosidad que le tenían a Rebeca sus viejas criadas, pero, lo que se dijo, más vale malo conocido que bueno por conocer.

León Dulce se acomodó, a media mañana y con un frío del demonio, en su lujoso automóvil en la puerta de su casa, en el asiento de atrás. Cósima bajó a la plaza a despedirlo. Él excusó la prisa que llevaba:

—A Caspe hay cien kilómetros, nos vamos ya porque quiero llegar pronto, no vaya a hacerse hielo en la carretera cuando se vaya el sol.

Y sí, sí.

—Vamos, Juan, adelante.

Y sí, sí, lo mejor era que salieran cuanto antes. Pero no había recorrido el auto quinientos metros, cuando León le ordenó al *chauffeur*:

—Para, Juan, en la esquina con Santa Catalina.

Y Juan se detuvo y se quedó atónito porque estaba esperándolos la Rebeca, el ama de llaves de don Jorge, y, claro, se quedó pasmado, tan atónito que el señor le tuvo que mandar:

—¿Quieres subir el baúl de la señorita?

Y Juan lo entró en el asiento de al lado del conductor, porque la trasera del auto iba llena con las maletas de don León. Y ya se quitó la gorra y abrió las puertas a los viajeros y, volviendo a ponerse la gorra, enfiló la carretera de Barcelona. Y, durante el

viaje, se guardó muy mucho de mirar por el espejo retrovisor y, pese al grueso cristal que lo separaba de los pasajeros, fue oyendo lo que nunca hubiera pensado oír.

Tras parar en un par de ventas de la carretera a echar un trago, porque hacía un frío de mil diablos, como va dicho, llegaron a la finca de las Botijas, donde, tras espantar a perros y gallinas, fueron recibidos por el José y la Amada, los guardeses, que, tras recuperarse de la sorpresa, besaron las manos de los señores, pues que a Rebeca la tomaron por la señorita Cósima, hecho que al momento se malició León, pero se guardó muy mucho de desdecirlo.

—Está esto muy sucio, Amada —regañó León—. ¿Hay fonda en el pueblo?

—Sí, señor.

—¡Pues nos vamos a la fonda y que mañana esté la casa limpia como los chorros del oro! Juan, tú nos llevas, te vuelves aquí y mañana a las doce vienes a buscarnos.

Y, al oído, le dijo:

—He venido con mi mujer, con doña Cósima, ¿entiendes?

—Lo que mande el señor.

A los tres días de estancia en la casa principal de las Botijas, se comentaba en la ciudad de Caspe que don León y doña Cósima pasaban todo el tiempo en cama y que no salían de su habitación para comer ni cenar. Al cuarto día, se decía de ellos más de una grosería, pero, al quinto, don León era considerado un superhombre y envidiado por buena parte de la población masculina.

El caso es que el José y la Amada apenas habían cruzado palabra con ellos, porque estaban día y noche en la cama y ni siquiera habían recibido al cura, al alcalde y al médico, que fueron a cumplimentarlos. Con todo, la población estaba más que amoscada, los hombres preguntándose cómo, rediez, podía yacer tanto tiempo hombre con mujer, y las mujeres cómo, rediez, podía aguantar tanto tiempo mujer con hombre. Pero, para cuando las gentes se hacían tales preguntas, Rebeca se había divertido, y mucho, de hacerse pasar por la señorita Cósima, y de que, pese a que habían conocido a su hermanastra de niña, según le había informado León, nadie hubiera reparado en que se había ido morena y vuelto rubia; había platicado de amor con León a toda hora, le había entregado su virginidad y ya empezaba a insinuarle que le pusiera piso, y eso que ignoraba si era persona espléndida o cicatera, pues, todavía, su amante no le había dado un duro ni le había regalado una chuchería.

Y es que Rebeca, mismamente como le sucediera a su progenitora en un momento de su vida, dado que no quería ser criada de nadie —ella con mayor motivo, pues no en vano era hija de quien era y había estado un año interna en las Francesas—, como, además, se había percatado enseguida de que satisfacía plenamente a León en el tálamo y como prejuicios morales tenía pocos, en virtud de que su madre había sido lo que había sido y ella había visto y vivido lo que había visto y vivido, y como, además, amaba a León como nunca había amado a nadie y estaba enamorada como una boba, aunque era consciente de que sus sentimientos hacia León no eran los mismos que los que tuvo su madre hacia Luis, pues que en los suyos había amor, en

un momento de su vida se dijo lo mismo que Flora, o parecido:

—Ésta es la mía.

Y empezó con lo del piso. Y León le dijo que sí, que se lo pondría.

En Zaragoza, Cósima iba a misa los domingos, a confesarse con el padre Dosset, a pasear o a comprarse unas pastillas de malvavisco a la botica con Teolinda, o a tal o cual tienda o a tal otra, a donde le permitía el luto, en fin. Y, de tanto en tanto, a telégrafos a poner un telegrama de respuesta al de León, que continuaba comunicándose con ella de aquel extraño modo, como si tuviera tirria a la pluma y a las letras. Pero, también, lo que nunca imaginó que haría y a espaldas de Jorge, visitó a un abogado, a un dicho Ortega, hombre de fama, que no era amigo de la familia. Fue a consultarle los aspectos civiles de su matrimonio y, permaneciendo durante toda la conversación sin enseñar el rostro y bien tapada con su negro velo, le explicó someramente su situación, no lo de su vaginitis, que no era de contar a un hombre, sino sus dudas sobre si estaba o no estaba bien casada, dado el jaleo que hubo en la iglesia por el atentado de los reyes, y si su matrimonio podría considerarse nulo por alguna circunstancia.

A los pocos días, Ortega le dio una larga lección, pues había entendido más de lo que la dama le había querido explicar:

—Mire usted, señora mía, si duda de estar bien casada, deberá presentar testigos... El celebrante y los padrinos podrían serlo, los invitados supongo que no, pues, si había voces en la iglesia, no oirían las palabras rituales del acto... En caso de que los testigos afirmaran que en la ceremonia hubo falta o fallo, sería motivo de nulidad. Otras causas serían que los contrayentes, o uno de ellos, hubieran ido forzados al matrimonio o que fueran parientes hasta el tercer grado y no hubieran pedido la dispensa papal oportuna... O que no hubiera sido consumado el matrimonio... O que su marido, usted no, porque la veo persona con buena salud, estuviera enfermo de raquitismo, escrófula, epilepsia o tisis y le hubiera ocultado la enfermedad, o que fuera loco o imbécil y no se encontrara en condiciones mentales para dar el consentimiento en aquel momento... O que fuera un criminal o que haya resultado impotente para la reproducción... ¿Estamos en alguno de estos supuestos?

—No, señor. Mi marido padeció tisis, pero estaba curado en el momento del matrimonio, y no me engañó.

—Bueno, pues pasemos a otro punto. Si usted quiere separarse de su esposo por las razones que pueda tener, le comunico que el Código Civil admite divorcio por las siguientes causas...

—Diga usted.

—Por adulterio, por sevicia, por cambiar a la esposa de religión y por prostituir a mujer o hijos...

—¿Qué es sevicia?

—Crueldad... ¿Alguno de los supuestos es su caso?

—Adulterio, aunque no sé.

—El adulterio se admite como causa de divorcio cuando produce escándalo público... ¿Se le conocen a su esposo hijos bastardos o naturales?

—No.

—¿Quiere usted divorciarse?

—No.

—Si no se encuentra a gusto bajo la autoridad marital por alguna razón, le informaré que es buena *per se*, pues con ella se evita la anarquía en la familia. Por otra parte, la mujer apenas nota el cambio de la autoridad paterna a la del marido...

—¿La cópula es obligatoria? —demandó Cósima poniéndose roja, roja, aunque no se le notó, por el velo.

—Por supuesto, cada uno de los esposos debe prestar el débito al otro, pues es fundamental para cumplir el fin de la procreación. Del mismo modo que los esposos deben prestarse auxilio y fidelidad... Si usted me hablara más claro...

—No deseo hablarle más claro, señor mío.

—Cierto que usted puede negarse a acudir a la llamada de su esposo, si se encuentra embarazada, y teme por su propia salud o por la de su hijo...

—Bueno, terminemos...

—Si intenta usted divorciarse, yo podría llevarle el caso con sumo gusto, pero le advierto que el escándalo sería mayúsculo... Hemos llegado a un punto de inmoralidad en el que el adulterio ha dejado de ser delito... ¿Firmó usted con su marido separación de bienes?

—Sí.

—Piénselo usted, el matrimonio no se puede disolver, salvo por las causas que le he explicado o por *mors omnia solvit*...

—Excepto por la muerte...

—Sí, señora mía.

—Bien, dígame usted cuánto le debo, señor Ortega.

—Veinte pesetas.

—Le encarezco la máxima discreción.

—Descuide, señora mía.

Así las cosas, y para aclarar las cuestiones canónicas de su matrimonio tratando de encontrar un posible resquicio para su liberación, volvió a consultar con su director espiritual, el padre Dosset, que, en el confesonario, le contestó taxativamente a su pregunta de:

—¿Está usted seguro, padre, de que, pese a la bulla que hubo en la iglesia el día de mi boda, estoy bien casada?

—Cósima, hija, tú y tu marido cruzasteis anillos, te dio las arras... Yo te pregunté: «Cósima Arriazu de Castresana, ¿quieres a León Dulce López-Tass por

legítimo marido?», y tú me respondiste: «Sí, quiero», y otro tanto hice con León, que contestó lo mismo, y ya terminé: *Iuxta ritum sancta matris Ecclesiae...* y os bendije y terminé la misa... ¿Qué pasa, pues, hija mía?

—Verá, padre, es que no sé, no sé, me corroe la duda... Dígame usted cuáles son los requisitos para que el matrimonio sea válido, por favor.

—Es menester cumplir una serie de ordenanzas. Unas anteriores al sacramento, a saber: consentimiento paterno, leer las amonestaciones y tener licencia del ordinario; otras simultáneas, a saber: edad suficiente, inexistencia de impedimentos, estado de gracia, consentimiento y asistencia de testigos, y otra posterior, a saber: inscribir el matrimonio en los libros de registro...

—¿Y todo eso se hizo conmigo y con León?

—Todo. Y, ahora, o me cuentas qué te sucede o te buscas otro director espiritual.

—No se enoje usted, don Pedro. Sucederme no me sucede nada. Sencillamente tenía duda, cierto que usted me ha aclarado las cosas y ya no la tengo...

—¿Te trata mal León?

—No... —dudó Cósima.

—Te veo vacilar... Piensa, hija mía, que esta vida es un camino de sufrimiento, que este mundo es el camino para otro, que es morada sin pesar...

—Deje los versos, mosén.

—¿Sufres, Cósima?

—Sufro, padre, desde el día en que me casé.

—Si tu sufrimiento te lleva a la muerte, serás bienaventurada, pues, con tanto anuncio, tendrás tiempo de prepararte para morir en gracia de Dios.

—¿Todo estuvo, pues, bien hecho?

—Sí. Y contra los malos pensamientos que puedas tener o haber tenido, ten en cuenta que el matrimonio es un sacramento, por eso indisoluble, y que, además, es un contrato, siendo, por otra parte, sacramento y contrato inseparables.

—Déme la absolución, padre.

—No. Ven la próxima semana y, mientras tanto, reza cada día un rosario completo para que tu mente se aclare y tu corazón acepte lo que es menester que acepte.

—¿Qué ha de aceptar mi corazón?

—¡Que te has casado!

Consultados peritos eclesiásticos y civiles, Cósima entendió que nada podía hacer, salvo conformarse con su dolor y ofrecérselo a Dios.

Jorge andaba muy ocupado hablando con varios banqueros, tratando de la posible venta de la Banca Arriazu y Maestro, y a unos y a otros les repetía en las largas conversaciones que mantenía:

—Don León no quiere ocuparse de ella y Cósima es mujer... Yo cualquier día me

moriré, pues soy viejo ya.

Y les enseñaba los balances, asegurándoles:

—El negocio es próspero como pocos, pero yo preferiría que Cósima fuera accionista de una entidad y no la propietaria única de una entidad. ¿Lo entiende usted?

Y, fuere quien fuere, el interpelado le contestaba más o menos:

—Lo entiendo, pero con semejante capital habría que ir a una fusión... Por otra parte, dejar entrar a un accionista mayoritario en mi banco, tal vez fuera meterme un enemigo en casa... ¿Lo entiende usted?

Y, sí, sí, claro que se entendían el uno al otro, perfectamente.

El caso es que Jorge empezaba el día con números y lo terminaba del mismo modo, pues daba instrucciones a Latorre, a Gómez y a Pérez para cuando faltara él o les comentaba que estaba en tratos con banqueros, añadiendo, para que no le pusieran la proa, que contaba con ellos para llevar a feliz término una posible operación de venta y para que fueran los administradores de doña Cósima Arriazu de Castresana. Y les aumentaba el sueldo para tenerlos contentos, y ellos estaban encantados, pues los tres habían empezado de chupatintas con manguitos y, de tiempo atrás, vestían levita y, de poco tiempo acá, chistera, pero los cuatro pasaban muchas horas en la banca.

Por eso Jorge llegaba tarde a cenar a casa de Cósima, eso sí, siempre hablador, siempre decidor, siempre con las últimas noticias, y padrino y ahijada conversaban que si tal, que si cual, que si Fulano y Mengano, que doña Tal, que doña Cual, hasta que la noche del 10 de marzo se presentó el banquero sin gana de cenar y con poca gana de hablar, y se subió a su casa sin fumarse el cigarro de después de cenar con su ahijada, que, aprovechando la ausencia de su marido, también fumaba.

Y, oh, sucedió que, a la hora escasa de marcharse su padrino, llamaron a la puerta de Cósima con insistencia y fue que ella acudió antes que Úrsula, pues todavía estaba leyendo en la cama, y salió a abrir en *négligé* y zapatillas para encontrarse con la Goya, que llorando le explicaba algo de don Jorge, nada bueno, por supuesto, como enseguida entendió la dama, pues no eran horas.

Y Arriazu, que ya iba prevenida para la mayor tragedia, tras subir las escaleras de dos en dos, se encontró a su padrino tendido en el suelo de la biblioteca con un libro al lado, con los ojos cerrados, pero no muerto, pues mantenía un hilo de respiración y le latía levemente el corazón. Y, al momento, reaccionó:

—Que vayan María y Teolinda, las dos, que no son horas de que ande una mujer sola por la calle, a llamar al doctor López y que venga enseguida. Las demás vamos a llevar a don Jorge a la cama.

E hizo traer a la Goya una manta, ponerlo encima y, entre todas, lo tendieron en su lecho. López-Tass, tras examinarlo, diagnosticó apoplejía, hemorragia cerebral, vaya, y moviendo la cabeza, y después de escribir unas recetas para la botica, le explicó a Cósima:

—Si no fallece en cuarenta y ocho horas, se quedará parálítico...

—¡Dios mío...!

Tal exclamó la joven llevándose las manos a la cabeza.

—Son los años, hija, que no perdonan. Yo me moriré cualquier día también.

—¡Ay, don Fernando, no diga usted eso!

—¿Dónde está León?

—En la finca de Caspe, está organizando nuevos cultivos, pues sería bueno sacarle más partido a la heredad...

—Que vuelva cuanto antes para ayudarte y que vaya alguna criada a la farmacia a que preparen esta receta...

—Ve tú, Goya.

—Sí, señorita.

—Que te acompañe Teolinda.

—Sí, señorita.

—Yo me quedaré aquí contigo, hija mía, si me traspongo y don Jorge empeora, si empieza con estertores, me despiertas, y cuando llegue la medicina también.

—¿Y nosotras qué hacemos, señorita? —demandó Úrsula.

—Rezar... Pero, antes, que vayan María y Pilara a telégrafos a poner un telegrama al señor...

—¡No sabemos leer ni escribir, señorita...! —respondieron las dos a la vez, muy apuradas.

—No hace falta. Vais a la oficina, le dais un real de propina al telegrafista y le decís: queremos poner un telegrama... ¿A quién?, os preguntará. A don León Dulce. ¿En qué dirección? En la torre de las Botijas, en Caspe, ¿te acuerdas, Pilara, que estuvimos allí con mamá?

—Sí, señorita.

—¿Qué texto?, seguirá el telegrafista.

—¿Qué es eso, señora?

—El mensaje... Entonces le decís: «Enfermo Jorge, ven urgente. Cósima.» ¿Lo habéis entendido?

—Sí. «Enfermo Jorge, ven urgente. Cósima».

—Perfecto, dales dinero, Úrsula.

—Sí, señorita. ¿Y yo qué hago?

—Tú y yo rezaremos el rosario... Don Fernando, ¿desea tomar alguna cosa, un café, un vaso de leche, una copa de...?

—No, hija, no.

En el camino en busca de una farmacia de guardia, la Goya le dijo a su acompañante:

—Desde que se largó la Rebeca, don Jorge no ha levantado cabeza, para mí y aunque te dije que era hija suya, ahora creo que no lo era y que se entendía con ella. Nosotras nos quedamos más anchas que largas, pero él andaba todo el día suspirando y más de una vez lo sorprendí rascándose sus partes, como si tuviera picazón. A ver si

la tipa esa le contagi3 algo malo.

Y, ante semejante aserto, Teolinda, que tena lengua suelta, como sabido es, se qued3 muda y nada pregunt3.

María tambi3n fue de palique con Pilara:

—Desde que se muri3 doña Olimpia, descanse en paz, don Jorge era otra persona, siempre triste, siempre metido en sus libros... Adem3s, con la Rebeca m3s de un disgusto se llev3, y mira.

—¿Qu3 quieres decir de doña Olimpia?

—Tengo para m3, pero no se lo digas a nadie, que estaba enamorado de ella.

—Doña Olimpia debi3 de tener muchos enamorados, pues era muy bella...

—S3, pero como don Jorge ninguno, que yo le vea llorar, que se encerraba en su despacho a llorar cuando suba de tu casa...

—¡Jes3s, de qu3 cosas se entera una!

—La medicina la traer3n, señorita. Hemos tenido que ir a la botica del Coso Bajo.

—Nosotras hemos puesto el telegrama.

—Bueno, pues ahora recemos todas el rosario en voz baja para que no se despierte el doctor... Misterios Dolorosos, primer misterio, la oraci3n de Jes3s en el Huerto... *Pater noster qui es in coelis*...

Al alba, L3pez-Tass recet3 a don Jorge, que no se haba canteado, friegas de alcohol de romero en la espalda y caldo de presa para comer, lo que pudieran darle abri3ndole la boca, y fuese a su casa a asearse un poco, momento que aprovech3 C3sima para hacer lo mismo y vestirse.

A media mañana, avisado por C3sima, se present3 mos3n Pedro Dosset a sacramentarlo.

A medioda, Le3n, todav3a desayunando, recib3a el telegrama de C3sima, y exclamaba a la par que tos3a fuerte, pues que llevaba unos d3as expectorando:

—¡Vaya por Dios!

—¿Qu3 pasa? —le pregunt3 Rebeca.

—Don Jorge est3 enfermo, supongo que es grave, de otro modo mi mujer no me hubiera avisado...

—¿Hemos de volver?

—S3.

—¿Nos vamos, pues?

—S3, claro.

—¡Ah, Le3n, qu3 pena, estaba tan bien aqu3 contigo...!

—No te preocupes, que antes de que mi mujer se quite el luto, t3 y yo nos iremos a Londres, quiero comprarme ropa... Y a ti te comprar3 tambi3n...

Y sin hacer caso a lo de la ropa, como tena otra preocupaci3n en la mente, Rebeca le respondi3:

—No, no me preocupo. Adem3s, as3 buscar3 piso en Zaragoza. ¿T3 est3s todav3a por ponerme piso, no?

—Sí, claro. ¡Ah, maldita tos!

—Oye, León, cuídate el resfriado...

—Cuando llegue a casa, me tomaré una copa de *cognac* con azúcar y me meteré en la cama. Vamos, ayúdame a hacer las maletas —y abriendo la puerta de habitación, gritó—: ¡Amada, dile a Juan que prepare el coche...!

—¿Se van los señoritos?

—Sí, nos vamos.

A media tarde, León y Juan, después de dejar a Rebeca en la posada de las Almas, en la calle de San Blas, se presentaron en el piso primero de la plaza de la Constitución, los dos compungidos. León porque apreciaba a don Jorge, Juan por lo mismo, cierto que el *chauffeur* estuvo nervioso, dudando sobre si contarle o no contarle a su madre el feo asunto entre la Rebeca y el señor, pese a las órdenes expresas que había recibido de don León. Pero, como Úrsula no pudo atenderlo por el mucho jaleo que había en la casa del enfermo, no lo hizo, y mejor, pues el buen criado lo que debe hacer es ver, oír y callar.

A ver, que, desde que corrió la noticia de la enfermedad del banquero, el teléfono no había parado de sonar, lo mismo que en el piso de abajo; habían llegado un sinnúmero de telegramas y billetes con estampas, escapularios y buenos deseos de recuperación para don Jorge; se habían presentado multitud de amigos, conocidos y curiosos, los más sin anunciar su visita, entre ellos, la familia Dulce al completo, y Cósima no daba abasto. Que, o atendía a las visitas o atendía a su padrino y además tenía que atender a su suegra, a Latorre, a Gómez, a Pérez, que, ora uno, ora otro, venían con noticias de la banca, nada buenas por cierto.

A ver, que, al punto de la mañana, se había presentado Gómez extrañado por la ausencia de don Jorge, al cuarto de hora, Pérez y, a la hora escasa, Latorre pretendiendo hablar con la señorita:

—¿La señorita Cósima?

Y la Goya le informaba:

—La señorita no puede atenderle, está con el señor. No hay variaciones sobre la salud del señor.

—Tengo que hablar con la señorita. Es urgente.

—No puede ser, señor Latorre.

—¡Dígaselo ahora mismo, Goya!

—No insista... Me ha prohibido que le pase visitas... A su suegra y a sus cuñadas las ha atendido cinco minutos...

—Insisto, Goya...

—¿Qué pasa, señor Latorre, se está hundiendo el mundo?

—¡El mundo no lo sé, pero la banca sí!

—¡Carajo, señor Latorre, espere usted...!

—Señorita.

—¿Qué pasa, Goya?

—Latorre, el de la banca, quiere hablar con usted...

—No puedo en este momento...

—Verá, dice que se está hundiendo la banca...

—¿Que se está hundiendo la Banca Arriazu?

—Sí.

—Que pase, pues.

—Buenos días, señorita, por decir algo...

—¿Qué sucede, Latorre?

—Verá, doña Cósima, varios impositores están retirando todo el dinero de sus cartillas y cuentas...

—¿Cómo es eso?

—Dicen que, si se muere don Jorge, la banca quebrará y no quieren exponerse...

—Dígales que es falso. Usted, que es el vicepresidente, dígales que es falso y que la banca, pase lo que pase, mantendrá su estructura y su solvencia...

—Ya lo he dicho, pero no me creen y se llevan el dinero... El dinero es muy sensible...

—Pues cierre por defunción y mañana será otro día.

—¿Por defunción, señorita?

—Por defunción, no, ay, que no sé lo que me digo... Cierre sin más y esta noche venga a hablar con mi marido y conmigo, que ya habrá vuelto de viaje, supongo.

—Sí, señorita, lo que usted me mande.

Y a las ocho de la noche se personó Latorre en casa de Arriazu y repitió ante León y Cósima lo que ya había dicho a la señora. Dulce encontró la solución:

—Diga usted que yo, el capitán don León Dulce, no voy a retirar los depósitos que tengo en la Banca Arriazu y Maestro y que soy el mayor depositario. Yo anunciaré lo mismo en la tertulia de Gambrinus y la noticia correrá como el viento... Por cierto, Cósima, me bajo a Gambrinus. ¡Ah, maldita tos...!

—¡Ah, no, métete en la cama ahora mismo, te has resfriado y debes cuidar el catarro...!

—Antes es la obligación que la devoción, ¿o no?

Y sí, sí, la banca no quebró.

Jorge Maestro, que había permanecido vivo, aunque más parecía muerto, abrió los ojos al tercer día del inicio de su grave enfermedad. Abrió los ojos y emitió un quejido y, al decimosexto, se le compuso un poquico la boca.

Cósima y León abrigaron esperanza, pero el médico rechazó cualquier posibilidad de recuperación del banquero y, en efecto, lo más que consiguió con él fue que estuviera sentado en una silla, que las sirvientas lo trasladaran de la silla a la cama, y viceversa, que comiera alimento líquido con una picoleta, que mantuviera los ojos abiertos, aunque sin moverlos un ápice para expresar un sentimiento o decir con ellos

alguna cosa.

A Cósima, contemplando a Jorge en su lecho de muerte o en su silla de muerte, pues que estaba muerto en vida por mucho que tuviera los ojos abiertos, se le agolpaban los recuerdos. Y se contemplaba niña, mocita, joven y a punto de casarse, hablando con su madre durante la agonía de la misma, querida por su progenitora y queriéndola, afortunadas las dos de ser madre e hija. Y, aunque Jorge estaba atendido por ella como lo hubiera estado por una hija de su sangre o mejor incluso, porque en toda la tierra de Dios hay hijas e hijas, le venía a las mientes el sentimiento de maternidad que guardan en su corazón todas las mujeres, acaso por los dictados de la ley natural. Y, pese a lo que le esperaba si yacía con su esposo, pese a que había deseado que se buscara una querida y hasta que se muriera, Dios la perdone, estaba dispuesta a hacer el acto con él, lo que nunca hubiera imaginado, e incluso temía que León hubiera venido de Caspe sexualmente inapetente por la tos, por la maldita tos, que se oía a toda hora en casa de Arriazu, todo fuera por quedarse embarazada.

Al día siguiente, López-Tass, tras visitar a Jorge, le dijo a su sobrino:

—León, hijo, vamos a ver esa tos...

Lo auscultó y, tras el acto médico, movió la cabeza a la par que le preguntaba:

—¿Manchas?

—No.

—¿Manchas? —demandó Cósima, expectante, pues estaba presente.

—No.

—Pues no vas a salir de casa hasta que se te cure el catarro. No es menester que te diga lo importante que es que vigiles la tos. Te vas a ir a la cama de inmediato y tú, Cósima, de inmediato también, le vas a poner un sinapismo de mostaza en el pecho, y que no se levante ni menos salga de casa.

—Lo que usted diga, tío.

Y eso, que León se metió en la cama y Cósima le puso la cataplasma, y repartió el día entre Jorge y su esposo. A la noche, se quedó con su marido hasta tarde, leyéndole la prensa, cambiándole el pañuelo que él se llevaba a la boca para sujetar la tos, dándole cucharadas de agua azucarada para paliársela, sonriéndole cada vez que le ponía un paño de agua fría en la frente para aliviarle la fiebre, una fiebre cilla que le había venido al caer la tarde y, en una de éstas, León le tomó la mano y la acercó hacia sí y fue que ella, que no deseaba otra cosa, se dejó llevar. Y, después de echar la llave a la puerta de la habitación y apagar la luz, yacieron los dos, el marido sin poder contener su tos convulsiva, hecho que no pasó desapercibido a Úrsula, que comentó con sus compañeras:

—Tate, tate, mal día han elegido los señores, con esa tos que tiene el señor...

—No hace un año que están casados, es natural.

—No sé, a mí esa tos me da mala espina.

—Tú siempre tan gafe.

—¡Teolinda, te llama la señorita, la campanilla es para ti!

—¿Mande la señorita? —preguntó la criada al encontrarse con Cósima en el pasillo.

—¡Trae agua caliente, que voy a tomar un baño, deprisa!

—Sí, señorita —y en la cocina informó—: La señorita está que echa las muelas... ¡Agua caliente, deprisa...!

Y es que Cósima estaba escocida, dolida en sus partes y tan perturbada de mente como en los primeros días de su matrimonio. No obstante, consciente de que se había acostado con su esposo para quedarse encinta, dispuesta a arramblar con los peligros consiguientes y, aunque se bañó, esta vez no se puso la irrigación que le había mandado la comadrona para evitar el embarazo. Eso sí, estuvo largo rato a remojo, tanto que tuvo tiempo de pensar en llegarse a visitar a la famosa bruja de Concilio, un pueblo de Huesca, para que le hiciera conjuro y le quitara el maleficio que tuviere en sus entrañas, pues otra cosa no era.

Rebeca Melero, tantos días sin noticias de León, se sintió desamparada en la posada de las Almas. A ver, una mujer sola en un lugar de trasiego masculino. De hombres que, hablando entre ellos, la miraron, le sonrieron lujuriosos y le hicieron gestos impúdicos el único día en que se presentó en el comedor a cenar, que después se hizo servir la comida en la habitación. Se estaba gastando sus dineros, cuatro pesetas diarias por la pensión y no es que no tuviera fondos, no, que con lo que le había dado don Jorge tenía para vivir allí tres o cuatro años, y apurando cinco, que no. Era que estaba abonando los gastos ella, cuando, hasta encontrar y amueblar un piso, se lo debería estar sufragando León. Aquel León, ay, aquel maldito, aquel bendito León, que había tomado posesión de su corazón y de su cuerpo y al que llevaba esperando casi un mes con un regalo, con una cajita de ámbar para rapé que le había costado diez pesetas, nada menos.

El primer día de estancia en la posada, Rebeca salió a recorrer el barrio, el que había sido su barrio. Se llegó al Mercado Central y se admiró de aquel enorme edificio, aunque le resultó demasiado grande para el entorno. Y, en la puerta de la Tripería, se llevó un chasco, pues que la habían derribado, a más que echó de menos a la chiquillería que pescaba barbos en el sumidero que había habido de tiempo inmemorial en aquel lugar. Luego anduvo por la calle de las Armas, donde contempló su vieja casa, más vieja que antes, y adquirió unas alpargatas en la fábrica de Callizo, pero no saludó a la dueña; siguió por la calle de San Blas, donde se permitió el lujo de comprarse una pastilla de jabón de aceite de oliva en la fábrica de jabones de Antonio Sanz, y guardó cola con un par de mujeres que le resultaron conocidas y, discurrendo, mientras caminaba hacia el Pilar, recordó que habían sido sus compañeras de escuela y hasta les puso nombre: la Doloricas y la Pilarín. En el santo templo visitó a la Virgen, echó una peseta en el cepillo de «obras del Pilar», y se llegó a la esquina con Alfonso I para escuchar al ciego Antonio, que ya más parecía un

cadáver que un hombre, tantos años debía tener y, vaya, que con su ña, ña, ña, le oyó cantar la historia de Cosma. De una niña recién nacida que había sido abandonada en el templo del Pilar por una mala madre y que un perro había cogido un cesto con los dientes, que contenía una niña, y se la había llevado para que él la llevara al hospicio. Pero él, quiá, se la había regalado a la reina Olimpia, soberana del lejano país «denosesabeelnombre», para que la criara y mimara como hija propia. Y, de haber atendido al cuento del ciego Antonio con sus cinco sentidos, de no haberse distraído con el maldito León, con el bendito León, de no haber bullido de amor su corazón al pensar en su amante, pese a que no lo había visto en cuatro semanas, tal vez hubiera descubierto que la historia de aquella Cosma era la de Cósima, su hermana o hermanastra, lo que fuere y, en consecuencia, parte de su propia historia. Pero no, no, que se le fue el santo al cielo y oyó a retazos, aunque echó una perrica cuando el lazarillo pasó la escudilla.

Después, no fuera a presentarse León, a lo más, se encaminó a la plaza de la Constitución, dio vueltas y más vueltas, siempre con los ojos bien abiertos, y oteó por los cristales el interior de Gambrinus y del Suizo. Alguna vez, rara vez, se llegaba a Ambos Mundos a hacer lo mismo, pero de su amante ni señal. A más, que su automóvil siempre estaba encerrado en la fonda de Cuatro Naciones, como comprobaba al regresar, después de comprarse el *Heraldo* con novela para pasar el día leyendo. Y sí que veía a Cósima alguna vez, o dicho con exactitud, la adivinaba, pues que la dama se cubría la cara con un velo negro, y muchas veces a las sirvientas y a Juan, el *chauffeur*, entrando y saliendo de casa. Entonces, le venía gana de detener a alguno de ellos y preguntarle por la salud de don Jorge, para liar al que fuere y sonsacarle el paradero de su amante. De aquel amante que la había amado, al menos de boquilla y sexualmente, hasta la extenuación durante poco más de dos meses, el tiempo que permanecieron en Caspe, pero que, Dios no lo quiera, ya no la amaba, o acaso, Dios no lo quiera, estaba enfermo, pues que salió de aquella ciudad con mucha tos, y la tos es mala. De aquel amante que mucho te quiero perrito, pero darte pan poquito, que ni un céntimo ni una joyita le había regalado hasta la fecha, y del piso nada, mucho «sí», pero nada más.

Visto lo que había, tras mucho pensarlo, una buena mañana detuvo a Juan, pues que el cochero la había mirado abundantemente, como no se mira a mujer honrada, durante la estancia en la torre:

—¡Ah, Juan, cuánto bueno de verte...!

—Señorita Rebeca —saludó el hombre haciendo una inclinación de cabeza.

—¿Qué tal don Jorge?

—Mal. Se ha quedado inválido, postrado en una cama.

—¡Qué lástima, era un buen hombre! ¿Y el señorito León?

Ante la duda del cochero, Rebeca le invitó:

—Ven, vamos a entrar en Gambrinus a tomar un chocolate. Te invito.

Y fueron.

—Oye, Juan, ¿prefieres una copa de anís?

—No debo, señorita, pero, ea, un día es un día, me la beberé a su salud...

Cuando el hombre llevaba tres copas en el colete, empezó a «cantar»:

—El señorito León está enfermo, no se le cura la tos. Tiene prohibido salir a la calle y hasta levantarse de la cama.

—Vuestra casa parece un hospital, vaya. Tómate otra copa... ¡Camarero, otro anís para el señor!

—Sí, señorita.

—Bebe, Juan, bebe.

—El tío de don León, el doctor, dice que debe volver al sanatorio...

—¿Mancha?

—No lo sé.

—¡Ay, qué Dios!

—Pero la tos la oímos continuamente, estemos donde estemos en la casa.

—¿A ti no te ha dicho nada de mí desde que volvimos de Caspe?

—Ni una palabra, señorita Rebeca.

—Mira, le dirás de mi parte que estoy deseando verlo y que me escriba o me mande recado contigo para ver qué hago y que estoy pendiente de sus noticias, hospedada en la posada de las Almas, donde él me pidió que le esperara.

—Se lo diré, señorita.

—Adiós, pues. ¿Podrás llegar solo a casa?

—¡Oh, sí!

El caso es que Juan no le dijo nada a su señor. Quizá porque lo olvidó, dada la borrachera con que terminó su encuentro con Rebeca, quizá porque no pudo burlar la vigilancia de su madre, que, al enterarse de que a don León le había vuelto la dolencia —que ya padeciera— y que tornaba a sangrar por la boca, tal cual había expresado el doctor López-Tass a doña Cósima, prohibió la entrada en su habitación a todas y a Juan, excepto a su señora, que no le podía prohibir nada, diciendo:

—La tisis se contagia mucho; yo, que soy vieja, atenderé al señor.

—¿Te quieres morir o qué? —le preguntó Teolinda.

—Tú calla y obedece, majadera.

—Lo justo sería —intervino Pilara— que entremos en el cuarto una vez cada una...

—Tú calla y obedece, majadera.

—Es la primera vez que me insultas, Úrsula.

—Ya te acostumbrarás, a mí me insulta todos los días.

—Perdona, Pilara, es que estoy nerviosa.

—Todos estamos muy nerviosos...

—Además, don León empeora, cada día respira con más fatiga.

—Y la señora pasa el día con él.

—Menos mal que no la llama a...

—No obstante, acabará contagiándola.

—Debe estar ya contagiada, pues está muy triste y tengo oído que el primer aviso de la tisis es la tristeza.

—No, el primer aviso es la tos y luego la sangre.

Cósima, con un enfermo en el piso primero y otro en el principal, estaba triste, muy triste, por lo ajeno y por lo propio. Que ambos dolientes le producían mucha pena, inmensa pena, pero ella, en cuanto a ella, también por sí misma sentía pena, no por tener que atender a los dos, que lo hacía de buena gana, sino por ella misma, que, ahora que deseaba quedarse encinta y pese a la fiebre que sufría su esposo y a que arrojaba sangre en los esputos, apagaba la luz y cerraba la puerta y se acercaba a la cama de León, dispuesta a yacer, y él como si nada, en razón de que su enfermedad le había anulado en mal momento todo el ardor de sus partes de varón. En mal momento o en buen momento, porque, aparte de lo que le sucedía a ella, cuando sus partes de mujer entraban en contacto con varón podía contagiarle la tisis o hacerle un hijo que naciera enfermo o canijo, y eso tampoco. Y de querer un hijo, nada, nada... Debía olvidarse de ello y no desear ninguno, tal se dijo cuando le vino la regla.

Y a poco, López-Tass, después de visitar a su sobrino y a la vista de que los remedios que le había venido prescribiendo: aspirina, leche de burra y abundante proteína en la alimentación, no le hacían favor, propuso a Cósima que León fuera ingresado en el sanatorio de Guadarrama, puesto que con anterioridad le había ido bien para su salud. Y explicó palmariamente que, auscultando el pecho del enfermo, a la percusión continuaba observando opacidad en ambos pulmones, que las cavernas habían aumentado de tamaño, pese a la buena manutención que recibía, que se le había incrementado el dolor de costado y la tos, que sangraba más, que podía quedarse muerto en un ataque de tos, que apenas tenía fuerza para hablar, que, aparte de los cuidados que recibía, necesitaba baños de sol, aire libre y vivir en una atmósfera creosotada, lo que no se podía conseguir en una casa, por el mucho tufo que expele la creosota, al parecer.

—Lo estamos cuidando muy bien, tío Fernando.

—Lo sé.

—Si ingresa en un sanatorio, dirá la gente que no lo quiero atender.

—Muchas personas entran en sanatorios y nadie se lleva las manos a la cabeza. Las familias que pueden pagarlo llevan a sus seres queridos a tales centros para que sanen. Te recuerdo que tu marido ya se curó una vez...

—¿Tan mal lo ve usted? ¿Está peor...?

—Está peor, está muy mal.

—Mire, hablaremos mañana, hoy estoy muy confusa... No duermo, no descanso... Es como si, desde la muerte de mamá, hubiera caído sobre mí una maldición, como si alguien me hubiera echado mal de ojo...

—¿No creerás, hija, en supersticiones?

—No, pero no sé, ya no sé...

—Estás llevando mala racha... La felicidad te ha durado poco, en efecto... Pero, si sigues mis consejos, con la ayuda de Dios, León se repondrá y podrás volver a ser feliz.

—Es que estoy sola... Yo sola he de tomar todas las decisiones...

—Consulta con mi hermana, con Amelia, ella te quiere bien y tus cuñadas también.

—El caso es que me voy a volver loca.

—Si te llama a la cama, no vayas... No te vaya a contagiar, la tisis es muy contagiosa, como bien sabes. Y, en vez de beber agua de la tinaja, bebe agua de azahar para combatir la ansiedad, y ahora que te prepare Úrsula un cocimiento de melisa y valeriana, con un buen puñado de ambas plantas.

—¿Me puedo contagiar?

—Tú y cualquiera, porque lo único que se conoce es que la enfermedad la transmite un bacilo, que hace poco tiempo fue descubierto por el doctor Koch... ¿Vamos a ver a don Jorge?

Con tantas preocupaciones, la cabeza de Cósima era un hervidero, su padrino continuaba igual y sin esperanza de recuperación. León iba a peor, aunque con esperanza de recuperación en un sanatorio, por supuesto. Pero ¿qué dirían las gentes, tan maldicientes como son, si lo ingresaba antes de que se cumpliera el año de casados? Lo hablaría con él y hablaría con su suegra, en fin.

Cósima convocó una reunión familiar. En ella López-Tass informó a su hermana y a sus sobrinas de la situación de León y todas convinieron en que el enfermo ingresara en el sanatorio de Guadarrama cuanto antes, todo fuera por su bien, porque sanara pronto y volviera. Después, todos entraron en el dormitorio y constataron que, ay, Dios, el enfermo no paraba de toser, con una tos honda que más parecía habría de partirle el pecho y hacerle arrojar el alma por la boca. Y, a poco, salió el médico de la habitación por si su hermana y sus sobrinas querían tener hablas con él en privado, por su herencia, y lo mismo hizo Cósima, pues, según sus capitulaciones matrimoniales, no tenía nada que heredarle, y las dejó solas. Ciertamente, a poco, se presentaron las hermanas, pues que si León fallecía sin hijos su heredera legal era su madre.

En el segundo salón, las tres hermanas Dulce, sin recatarse delante de Arriazu ni del doctor, comentaron entre ellas que mejor León, en caso de muerte, Dios no lo

quiera y le permita vivir muchos años, les dejara, a falta de hijos y una vez partidas las consorciales, su fortuna a ellas, dividida por terceras e iguales partes. En razón de que su madre, anciana ya, el día menos pensado se iría de este mundo, del mismo modo que Olimpia, que Luis y otros muchos más, porque la edad no perdona, o lo peor, se quedara paralítica como el pobre Jorge, que estaba más muerto que vivo. Lo decían porque de ese modo no pagarían al fisco dos veces por lo mismo y echaron cuentas y hasta se permitieron preguntarle a su cuñada para hacerse o no hacerse ilusiones:

—Cósima, ¿estás embarazada?

—No, al menos que yo sepa.

Y las tres respiraron hondo. Y para quitar importancia a pregunta tan grosera, pasaron a decirle que habían dejado en casa a sus maridos, porque lo que habían venido a tratar no era negocio de las familias políticas, que no harían más que opinar sin tener derecho a hacerlo.

Arriazu nada dijo. Claro que, como eran meticonas y parloteras, continuaron:

—¿Crees que se curará?

—Yo deseo, y le pido a Dios, que mi marido mejore cuanto antes.

Y cuando Amelia volvió al salón, después de platicar con León lo que hablare, si acaso consiguió sacarle dos palabras inteligibles seguidas, pues el joven arrojaba el alma por la boca a causa de su mucha tos, que no remediaba ni con el jarabe de doral, que, por otra parte, le quitaba el apetito y le producía dolor de cabeza, ni con grageas de opio, que le causaban, además de somnolencia, estreñimiento —las últimas recetas de López-Tass—, se la llevó a un aparte y le preguntó:

—Cósima, hija, ¿estás encinta?

Y la joven contestó lo mismo que a sus cuñadas:

—Que yo sepa, no.

Pero Amelia fue más allá en la impertinencia:

—Hija, ¿cuándo tuviste la última regla?

—Hace días...

—¿En el entretanto has yacido con tu esposo?

—Sí —mintió Cósima para vengar tanto descaro.

Amelia levantó los ojos al cielo al oír la respuesta de su nuera, que, quizá por tanta cosa que llevaba en la cabeza o porque andaba más que ofuscada, le contestó lo que nunca debió decirle, pues su cama era sólo suya y de su marido.

Y la otra no se llevó las manos a la cabeza porque no pudo hacerlo, que hubiera sido ya demasiado, pero, contrariada, apuró el té, hizo que sus hijas se tomaran el chocolate a toda prisa y, tras plantarle dos besos en las mejillas a su nuera, fuese con las otras. Entonces, Cósima interrogó a López-Tass:

—¿Quién hereda a León si fallece, doña Amelia o sus hijas?

—A falta de hijos, Amelia.

Para entonces, en la cocina, las criadas, tras las informaciones de Teolinda, que

había servido la merienda, largaban:

—No parece que las Dulce hayan sentido mucho la enfermedad del señorito.

—Al revés, ya se están disputando la herencia.

—Ya están paseando el cadáver...

—Don León es hombre fuerte, se recuperará...

—¡Quiá, ya no es tan fuerte, vino de Caspe muy desmejorado...!

—¿Dices que la madre quiere la herencia para ella y las hermanas para ellas, sin esperar a que se muera la madre?

—Sí. Además, han estado incorrectas con la señorita, le han *pregúntelo* si estaba *preñá*.

—La señorita hace varios días que tuvo la regla y, últimamente, no ha ido a la cama del señor...

—Desde que se casó, no ha querido ir a la cama del señor, Pilara, está más que demostrado, y ahora menos, por la enfermedad de don León...

—¿No te habías *enterao*?

—Yo no soy fisgona como vosotras, además, soy mejor persona...

—El caso es que las hermanas quieren que don León haga testamento.

—¿Y la señorita qué ha dicho?

—No ha dicho nada, ella no hereda a su marido, por las capitulaciones esas.

—Cósima, estoy enfermo...

—Precisamente, quería hablar contigo de ello. Tu tío Fernando insiste en que es necesario que ingreses otra vez en el sanatorio de Guadarrama.

—Me iré al sanatorio, será lo mejor.

—Será lo mejor para ti.

—¿Cósima?

—¿Qué?

—¿Me quieres?

—Sí.

Y fue que estaba Cósima cerrando los cuatro baúles del equipaje de su marido, que el automóvil había sido revisado por Juan, el *chauffeur*, que se había convertido en un experto mecánico, y que ya estaba todo dispuesto para la marcha del señorito y, en éstas, León dijo de demorar el viaje:

—Me encuentro mejor, Cósima, será que me han hecho efecto las medicinas que me ha mandado mi tío...

—Tu tío dice que vayas al sanatorio cuanto antes... Además, te va a acompañar él...

—Voy a esperar unos días. He de resolver ciertos negocios y despedirme de mis amigos de tertulia...

—¿Cuántos días?

—No sé, dos, tres...

—¿Te vas a levantar, además?

—Sí.

—No debes hacerlo.

—¡Calla, maldita sea! ¡Llama a Juan para que me prepare la ropa...!

—¡No debes! Es mejor que te marches cuanto antes, aprovechando la mejoría. El viaje es muy largo...

—¡Calla y obedece, rediez!

—Lo que mande, usía...

—Oye, ¡no me hagas rechifla...!

—No, no.

Pasado un mes del día en que emborrachó al Juan en Gambrinus, Rebeca se descubrió embarazada y se llevó un susto de muerte. A la primera falta se había dicho que sufría un retraso, pero, a la segunda, no pudo decirse lo mismo aunque le hubiera gustado, ya que le habían crecido los pechos y devolvía a menudo. No es que hubiera recibido lecciones de su difunta madre o de cualquiera otra mujer sobre los síntomas de la gestación, que no, pero, como mujer que era, lo supo, y creyó morir en sus soledades de la posada de las Almas.

Por eso, cada vez que oía llamar a la puerta de su habitación, torcía el gesto porque a ver quién, rediez, era y qué quería el que fuese. ¿Quién osaba llamar, si, como todos los sábados, había pagado su cuenta? ¿Quién se atrevía a importunarla en su desgracia? ¿Era la camarera a traerle malas proposiciones de algún hombre, porque una mujer no podía vivir sola en una fonda...? ¿Por qué no la dejaban en paz con su dolor y con lo que le causaba su dolor? ¿Es que no la dejaban estar con lo que se criaba en su vientre...? ¡Ah, maldita sea...!

—¡Ya voy!

Pero no, no, esta vez su rostro se transfiguró de alegría en razón de que llamaba a su puerta precisamente el causante de su pena... ¡Era León Dulce con un ramo de violetas en la mano!

—¡Oh! —exclamó y se le echó a los brazos.

—¡Soy yo!

—¡Oh!

—Por fin he podido venir... He estado en cama con un catarro muy malo, pero ya estoy mejor... ¡Desnúdate!

—¡León!

—¡Vamos, que tengo prisa...!

—Oye, aguarda... Te he estado esperando... Incluso te he comprado un regalo... Toma, es una cajita de ámbar para tu rapé...

—Muy bonita, gracias. ¡Vamos!

—Oye, oye... He de contarte algo...

—Luego.

—No, ahora.

—¿Dime?

—¿Qué harías si yo te dijera que estoy...? ¿Qué te parecería que yo estuviera embarazada...? ¿Te alegrarías? ¿Sería tu primer hijo o tienes alguno ya por ahí? Pues, mira, creo que estoy embarazada de ti...

—Sí. Pero, venga, desnúdate.

Rebeca se desnudó y se fue a la cama con él. Pero, de tanto en tanto, volvía al tema del hijo que llevaba en sus entrañas:

—Quiero, León, que me pongas piso de inmediato.

—Te he traído dinero: cuatro mil duros. Con eso tienes para muebles y para vivir varios años.

—¡Oh, mi dulce León!

—¡No me llames «dulce León», durante toda mi vida he tenido que aguantar esa gracia de mis compañeros de colegio y de milicia...!

—¡Ah, perdona! Dame el dinero, pues.

—Toma, guárdalo.

—Veinte mil pesetas, gracias. Eres muy generoso.

—¿Estás segura de que el niño es mío?

—¿Quieres ofenderme?

—No, sólo lo pregunto.

—Oye, en el tiempo en que no te he visto, no he salido de esta habitación... En Caspe te di mi virginidad, ¿se te ha olvidado?

—Lo recuerdo. Pasamos buenos días...

—Te debiste constipar por andar tanto desnudo, hacía frío...

—Voy a pedir la comida.

—¿Reconocerás al niño?

—Ahora, vamos a comer.

Y sí, sí. Rebeca consiguió que León le prometiera reconocer al hijo que había de tener y, amén de la enorme suma que recibió, se dejó regalar con ricas viandas: langosta, ostras, salmón, vino de Rioja y *champagne*. Pues fue que el señor llamaba a la camarera y le pedía trae tal, trae cual, y la otra se iba en busca de tal o cual. Cierto que espantada, entre otras razones porque la posada de las Almas no era una casa de putas, contaba en la cocina que el hombre que estaba con la Rebeca le abría la puerta desnudo, como vino al mundo, y que la Rebeca andaba del mismo modo por la habitación y que desnudos comían y desnudos cenaban.

El caso es que el capitán volvió a su casa entrada la madrugada y que a la pregunta de su esposa:

—¿Dónde has estado tanto tiempo?

Él respondió:

—De despedidas, hablando con mis abogados de Madrid y ocupado en cosas de dinero.

Cósima, que lo había estado esperando, comiéndose los puños y haciendo cábalas sobre su paradero, supo que era falso, por esas cosas que las mujeres saben sin que nadie les diga nada y sin comprobarlo, no obstante, se guardó muy mucho de decir palabra.

León Dulce demoró tres días su viaje.

Dos jornadas las pasó con Rebeca, sin el menor pudor, sin el menor recato, pidiendo *champagne* para lavar los pies de su entretenida, que tal era ya. Desayunando y durmiendo en casa, pero comiendo y cenando en la posada de las Almas, riendo además, gozando como un pecador irredimible, cierto que, al segundo día de holganza, volvió a toser más que el primero, seguramente por andar otra vez tanto rato desnudo.

En aquellas horas, Rebeca se dejó lavar los pies en *champagne* y no cesó de preguntarle:

—¿Cuándo iremos al notario?

—Cuando regrese del sanatorio...

—¿Por qué?

—Porque, para reconocer a un hijo, es menester que antes nazca...

—¿No me estarás engañando?

—No.

—¿Entonces yo me alquilo un piso?

—Sí.

—¿Me llegará con las veinte mil?

—Te sobraré...

—¿Tú cuándo volverás?

—En unos meses.

—¿Cuántos?

—No lo sé.

—Oye, León, déjame un legado...

—¿Un legado?

—Sí, para tu hijo.

—Cuando regrese hablaremos.

—¿Y si no vuelves?

—¿Qué pretendes?

—Yo quiero que vuelvas cuanto antes... Rezaré por ti todos los días... Pero procura regresar antes del nacimiento de tu hijo...

—¿De cuántos meses estás?

—De dos.

—A lo mejor no es un embarazo.

—Bien sé lo que es... Toma, bebe agua para la tos, y vístete, no andes desnudo...

—No debí salir de casa, debí hacer caso a mi mujer...

—¿Qué dice tu mujer de que te vayas?

—Cósima quiere lo mejor para mí.

—Bebe un poco más.

—Conste que he venido a verte por traerte el dinero, pero no debí venir. Me voy, que me encuentro mucho peor... Estoy temblando de fiebre...

—Vete, pues. Pero no me olvides...

—No te olvidaré... Con lo que te he dado puedes vivir cuatro años a lo gran Dumont...

—¿Qué es eso?

—Es vivir muy bien. ¡Bésame...!

—Bueno, adiós... Y no me olvides...

—En cuanto mejore un poco, te llamaré para que vengas conmigo al sanatorio.

—¿Van mujeres?

—Por supuesto. Allí volverás a ser mi esposa, como en Caspe, ¿recuerdas? Te haré pasar otra vez por mi mujer.

—Lo recuerdo con mucho agrado, ¿entonces alquilo el piso?

—Sí.

—Bueno, pues llámame lo antes posible... Me pones un aviso de conferencia...

—Ya sabrás de mí.

—De acuerdo, y cuídate.

—Lo haré, en un sanatorio no hay otra cosa que hacer. Adiós.

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—Adiós, pues.

—¿Dónde has estado? —volvió a preguntar Cósima a su marido a las tantas de la madrugada.

—De despedidas, y hablando con mis abogados y Latorre de cosas de dinero... Cada mes te ingresaré en tu cuenta quinientas pesetas para los gastos de la casa.

—No es necesario.

—Quiero pagar lo que me corresponde. Me voy a la cama, me encuentro...

—¿Te encuentras mal?

—Sí, pero no empieces con que ya me lo advertiste... Me iré mañana; disponlo todo, y llama a mi madre y a mis hermanas para que me despida de ellas.

—Lo haré.

—La señorita le ha preguntado al señor que dónde ha estado —informó Pilara en la cocina.

—De picos pardos, hija, no hay que discurrir mucho para saberlo —sentenció Úrsula.

Lo mismo que se decía Cósima, dolida, muy dolida, de la infidelidad de su marido, pese a que, mientras lo había estado soportando sexualmente, más de una vez

había pensado lo bueno que sería para ella que León se ajustara con una entretenida o se fuera de burdeles:

—Con abogados y con Latorre... ¡Qué canalla...!

León Dulce López-Tass se despidió de su esposa en la plaza de la Constitución muy temprano, como si nada hubiera hecho, como si no la hubiera hecho cornuda. La besó en ambas mejillas con afecto, subió al asiento trasero de la *limousine*, se envolvió bien en su gabán, se puso una manta de lana inglesa por las piernas, se dio varias vueltas a la bufanda en torno al cuello, tosió abundantemente y, en cuanto le fue posible, hizo sitio a su tío, y le ordenó a su *chauffeur*:

—Vamos, Juan.

Juan aceleró y el auto se perdió en la lejanía.

Cósima Arriazu de Castresana respiró hondo, en razón de que, en aquel automóvil, se iba la mayor parte de su problema.

El 11 de mayo de 1907, ya regresados López-Tass y Juan, ya instalado y acomodado León en el sanatorio, recomendado a los médicos y puesto en tratamiento, ya recibidos cuatro telegramas de su esposo y ya respondidos, como si no hubiera pasado nada, como si no le hubiera puesto cuernos con una pelandusca, la que fuere, que no quería saber quién era, Arriazu salió a la calle con Teolinda, dispuesta a ir a la modista para hacerse varios trajes de alivio de luto.

Y tanto tiempo llevaba enclaustrada en casa, que se asombró de ver gente, de que la saludaran señoras y señores, pues que, en varios meses, sólo había tratado con López-Tass, que visitaba a diario a sus enfermos, y con Latorre, que le llevaba dinero para los gastos de casa, y ella le entregaba un cheque a cambio. Y aquel día, al volver, hasta hojeó los periódicos y se enteró de que la reina doña Victoria Eugenia había dado a luz un niño, a su primer hijo, que recibiría el nombre de Alfonso, como su señor padre, y, mira, que se animó y envió a Pilara a comprar pasteles a casa de Molins. Y, por la tarde, como estaba contenta, aunque sin causa ni motivo, se dijo:

—Hoy es buen día para ir a confesarme con el padre Dosset...

Cierto es que no se esperaba la bronca que recibió de labios de su director espiritual. Fue que, por limpiar su alma, empezó a hablarle de su insospechada e incurable tara física y a confesarse que había rezado a todos los santos de la Corte Celestial para que se la aliviaran, sin conseguirlo; que se había alegrado de la enfermedad de su marido y de la marcha del mismo al sanatorio de Guadarrama... Sin olvidar que no le hubiera importado la muerte de León, añadiendo contrita que había suplicado al Señor que su marido fuera de prostitutas o se echara una querida para que la sustituyera en las cosas de la cama, y asegurando, con el corazón en la mano, que estaba arrepentida y dispuesta a cumplir cualquier penitencia por pesada que fuere, a más de sostener que su esposo se le había adelantado al pensamiento...

Y ya fuera porque lió la narración de aquellas tristes desgracias o malas pasiones, lo que fueren, o fuera porque habló trabucándose, el caso es que el sacerdote le negó la absolución y que, de momento, le impuso de penitencia rezar las Horas hasta Navidad y la regañó por no haberle consultado con anterioridad toda aquella trama o

todo aquel entramado que, con culpa o sin culpa, había tejido o se había tejido en torno suyo, y la despidió airado, más que airado.

Habiendo comenzado la penitencia y arrodillada otra vez en el confesonario, como estaba arrepentida de los pensamientos pecaminosos que habían bullido por su mente: lo de desear la muerte de su marido y negarle el coito para arrojarlo en la cama de cualquier prostituta —que fue pecado mortal, aunque no lo fuera de obra— y otras maldades, a la semana fue absuelta por su confesor. Y ya, habiéndose quitado de la espalda el costal de sus pecados, en paz con Dios y sin molestias vaginales, pudo volver a dormir de un tirón durante unos días, pocos, por esas cosas que la vida trae.

Durante muchas jornadas, Rebeca Melero no se quitó de la mente el grato recuerdo que le dejaron los dos días de amor que había vivido con León Dulce. Sacó cuentas del dinero que había acumulado durante su estancia en Zaragoza, treinta mil pesetas, y se adujo que haberse acercado a Jorge Maestro y a León Dulce le había resultado una bicoca. Y, como tocaba a menudo las monedas de oro y plata, y los billetes, que guardaba en una faja debajo del corsé, y los contaba mil veces por jornada, pronto, por codicia pura y dura, quiso acumular más dinero. Amén de que se decía que se los había ganado muy fácil, la muy necia, como si no lo hubiera pagado muy caro, como si no llevara un hijo del capitán de húsares de Pavía en sus entrañas, como si no tuviera que vivir en una sociedad que al hombre le perdonaba todos los pecados del bajo vientre, pero a las mujeres ninguno.

El caso es que no pensaba en el futuro, quizá porque la criatura que crecía en su barriga le estaba dando poco mal y apenas se hacía sentir, salvo unas cuantas veces que la hizo vomitar al principio de la gestación. El caso es que dedicaba los días a buscar piso y las noches a contar sus dineros, pero los pisos o no le gustaban o le parecían caros, otro tanto que los muebles que ojeó; caros... Porque, como nunca había tenido treinta mil pesetas, se había vuelto avara, pues que hay avaros de mucho dinero y de menos dinero.

Así las cosas, abandonó la posada de las Almas, en razón de que, a no mucho tardar, León la llamaría a su lado, según le había prometido, y le dejó al recepcionista su nueva dirección y una buena propina. Y, por economizar, no alquiló un piso, sino una habitación en otro barrio, en San Nicolás, en casa de la señora Matilde, que arrendaba cuartos a doce reales por día, manutención incluida, con lo cual se ahorró una peseta diaria. Pero no le fue suficiente, sino que quiso más, más, mucho más y, cada vez que contaba los dineros de don Jorge y los de León, después, pasaba horas con el nombre de Cósima Arriazu de Castresana en la boca y rezumando envidia en su corazón, dada la diferencia de clase social entre ellas. Dada la fortuna millonaria de su hermana; dado que su hermana tenía marido; dado que su hermanastra —dicho con propiedad— tenía una vida feliz y ella no, pese a que las dos esperaran el regreso del mismo hombre; dado que las dos eran hijas de la misma madre; dado que a ella su

padre le había prometido un legado que nunca le dio; dado que Cósima disfrutaba de la herencia de un padre que no era su padre verdadero, pues que era hija del anarquista y, sin embargo, era el padre de ella, de Rebeca... Padre que no le había dejado un duro, pues le dio un ardite que pudiera caer en el arroyo o que se entregara al primer hombre que la miró cariñoso en el rellano de una escalera, pues que, si se dejó hacer, fue por buscar cariño, a más de que el amor rebulló en su corazón, porque era León un galán, o por inexperiencia quizá. El caso es que no le parecía justo que Cósima tuviera tanto y ella tan poco...

Y así andaba, encerrada en su cuarto —una habitación soleada ciertamente, pues daba a un amplio patio de manzana—, comiendo en el comedor, mirada por los otros huéspedes de la señora Matilde e interrogada por todos. Ella mintiendo que era viuda y callando que estaba encinta, inventándose un marido —lo que no había querido hacer con su madre cuando se trasladaron a Madrid—, para causar pena quizá, y para que no la agobiaran ni investigaran sobre su domicilio anterior. Pensando, en sus soledades, presentarse ante Cósima y, con humildad, con mucha humildad, decirle que era su hermana pobre y pedirle ayuda, recibir lo que le diera y volverse a Madrid con o sin niño, porque el niño, que ya se hacía notar y más que se haría, tal vez lo dejara en la puerta del hospicio, en el torno de algún convento, en el portal de León Dulce o quizá se lo diera al ciego Antonio, como hizo su madre, para que, más o menos, se repitiera la historia de Cósima, ¿por qué no? ¿Acaso no había oído a las amistades bohemias de su madre asegurar que la historia se repite? Pues eso.

Ir a Cósima y explicarle todo... Claro que sería menester actuar con prudencia, no fuera a enterarse de que era la entretenida de su marido y que esperaba un hijo de él, porque tal asunto una mujer no lo perdona.

Tramar una historia creíble: endilgar su embarazo a don Jorge, que, paralítico y sin voz ni cerebro, no podría defenderse, pedir a su hermana ayuda para ella y para el hijo de su padrino, dejando a León al margen de su vida... Y, sin salirse del guión, ir. Ir a hablarle con humildad.

Y una mañana se puso su mejor vestido y, pese a que descargaba aguaviento, se fue a la peluquería, dejó que la oficiala le peinara su rubia melena a la última moda, en dos bandos, tapando las orejas, y, hermosa como pocas veces, se dirigió a casa de Cósima, dispuesta a tomar el toro por los cuernos, presta a decirle a la dama que era su hermana para que la ayudara en aquel trance.

Así, Cósima Arriazu de Castresana conoció a su hermanastra en un día de lluvia y supo muchas otras cosas, cosas que jamás hubiera sido capaz de imaginar.

Ocho veces llamó Rebeca a casa de Cósima. Ocho veces le dijeron las criadas que la señora no estaba, una Teolinda y siete Úrsula, las seis últimas de mala manera. Ambas sin consultar a la dama, pero poniendo en práctica la estrategia que habían decidido con anterioridad. Mas fue que se dispuso a llamar una vez más, la novena,

pues mil veces lo hubiera hecho, y se quedó con el cordel de la campanilla en la mano, en razón de que la propia Cósima abrió la puerta para subir a casa de su padrino y, con un movimiento reflejo, la cerró, antes de advertir que había una mujer en el rellano de la escalera. Una mujer que no le era desconocida y cuyo rostro había visto en alguna parte. Una mujer que le sonreía abiertamente para que no tuviera miedo y que le dijo con mucha reverencia:

—Señorita Cósima, vengo a hablar con usted.

Arriazu se quedó pasmada, primero, por encontrarse a una persona ante su puerta, segundo, por encontrarse a quien se encontraba: el ama de llaves de su padrino y, tercero, porque la encontrada quisiera hablar con ella, y permaneció muda. Claro que la otra insistió:

—He de comunicarle varias cosas que son de su interés.

—¿No eras tú el ama de llaves de don Jorge?

—Sí, señora, soy Rebeca, para servirla... Aparte de venir a preguntar por el señor Maestro, debo hablar con usted...

—¿Dime?

—Aquí no puedo.

—¿Qué es esto? —preguntó Cósima escamada, porque recordaba la mala pasada que le había gastado la señorita Clarita Brun, queriendo hacer caridad cuando su señor padre estaba en el lecho de muerte.

—Vera usted, señora mía, tengo que contarle ciertas cosas que debe saber.

—¿Y si no quiero saber más de lo que sé?

—Lo que he de decirle seguro que lo querrá saber. Pero entienda usted que no podemos hablar en este lugar.

Y ya fuera porque Cósima, tiempo antes, había tratado de recordar dónde había visto el rostro del ama de llaves, ya fuera porque le picó la curiosidad, ya fuera porque en su corazón bulló imparable la fuerza de la sangre, el caso es que llamó a rebato a la campanilla, que le abrió la puerta Teolinda, que traspasó el umbral, ante la estupefacción de la sirvienta, y ordenó a su visitante:

—Ven.

Y, seguida de aquella mujer, entró en la salita y cerró la puerta, a la par que, sin darle asiento, le preguntaba:

—¿Tú dirás?

—Siéntese, señorita Cósima, mejor será que me escuche sentada...

—¿Es largo lo que vas a decir? No tengo mucho tiempo...

—La importunaré sólo unos minutos.

—Bueno, pues siéntate tú también.

—Gracias...

—Di lo que hayas venido a decir, y pronto.

—Yo soy hija de Flora Melero, la querida de su señor padre...

—¿Qué quieres de mí? —le cortó Cósima con mala voz.

—Escúcheme, por favor.

—¡Señorita...! —gritó Úrsula clamando desde el pasillo, como si hubiera fuego y abriendo la puerta, sin llamar previamente y asomando la cabeza.

—¿Qué pasa?

—No hable con ella, es una trapacera, señorita.

—¡Sal y no vuelvas a molestar...! ¿Así que eres una trapacera...?

—Cósima, tú y yo somos hermanas.

Arriazu, al oír tal, creyó que iba a sufrir un vahído, pero no, no, que se rebuscó en el bolsillo, sacó el frasco de sales, aspiró hondo y se recompuso; no obstante, respondió airada:

—¿Cómo te atreves a tutearme?

—Porque somos hermanas, te lo repito...

—¿Vienes a pedirme dinero?

—No, vengo a pedirte cariño —tal decía Rebeca con voz melosa—. Verás, hermana, estoy sola en el mundo, no tengo a quien querer, no tengo quien me quiera... Si tú quisieras quererme, yo besaría el suelo que tú pisas... Mira, he pasado la vida a malos tragos por carecer de posibles...

—¿Cómo has venido a parar aquí? ¿Qué ha tenido que ver don Jorge contigo?

—Verás, es una larga historia, todo comenzó hace veinte años... Mírame a la cara, ¿no ves que soy la imagen de don Luis Arriazu...?

—¡Ah!

—Lo ves, me has mirado y has descubierto el rostro de tu padre en el mío, por lo tanto queda demostrado que mi padre y tu padre eran la misma persona.

—Oye, traes todo muy pensado, ¿eh?

—Sí, llevo mucho tiempo pensándolo.

—Bueno, pues yo no quiero saber nada, bastante tengo con lo mío.

—Tú me vas a escuchar hasta el final —se salió Rebeca del guión.

—¿Cómo te atreves? ¡Espera...! ¿Dónde he puesto mis cigarrillos...? ¿Quieres...? —demandó Cósima, sacando su pitillera del bolsillo y encendiendo uno.

—No fumo, gracias... ¿No me has entendido? Yo quiero tener una hermana desde que tengo uso de razón...

—¡No me amenes, te lo advierto! ¿Cómo sé yo que tú eres hija de mi padre, si, con perdón, quizá puedas tener mil padres? —alzaba la voz Cósima mientras se llevaba nerviosamente el cigarrillo a la boca.

—¡No te he amenazado! Cuando nos conocimos el día de Nochebuena, tú me mirabas como si me hubieras visto antes, porque te recordaba a alguien, pues era a tu padre... Trae una foto, y compruébalo... Sin embargo, tú no te pareces en nada a él...

—¿Y qué?

—Sin embargo, tú y yo nos damos un aire, tenemos la misma talla y la misma complexión, ¿o no?

—Tal vez.

—Aunque has de reconocer que yo soy más hermosa que tú...

—Bueno, pues tú eres la bastarda de papá, ¿y qué?

—Don Luis pasó a mi madre una pensión y, ¡chiss...! Luego, cuando murió mi madre, don Jorge me tomó como ama de llaves por hacerme favor, porque yo estaba y estoy sola en el mundo... ¡Chiss...! —continuó la Melero saliéndose del guión por el tono de voz que empleaba.

—¿Y qué?

—Te estoy pidiendo ayuda. Verás, me despedí de casa de don Jorge porque una noche me robó la virginidad, tomándome por lo que no soy...

—¡Ah!

—Sí, ya ves, don Jorge, tan buen hombre que parecía...

—¡Mientes!

—¡No miento, no!

—¡Dices lo que dices porque don Jorge no puede defenderse!

—No miento, no...

—¡Eres una bellaca!

—¿Acaso te duele la verdad?

—De cualquier forma, todo lo que dices nada tiene que ver conmigo... Yo no pago a mujeres de mala vida —se expresó Cósima con soberbia en la voz. Además, tan enérgicamente como si hubiera dicho: «Roma no paga a traidores».

—No he terminado.

—Oye, voy a llamar a mis criadas para que bajen a buscar a los guardias...

—¡Hazlo, y verás de qué se entera toda Zaragoza...! ¿No querrás manchar el nombre de tu padre y el de tu padrino...?

—¡Me estás fastidiando!

—Déjame ir por partes.

—Te advierto que yo no voy a pagar por los pecados de mi padre...

—Yo no quiero dinero, quiero cariño, como te he dicho.

—No sé, me parece que tú traes el papel que representas muy ensayado.

—Oye, que yo soy Rebeca, la hija de don Luis. Además, soy la única hija de don Luis, como demuestra mi rostro y como demostrarán los testigos que pueda encontrar, pues del amancebamiento de Arriazu se supo en toda Zaragoza —puso énfasis la moza en aquello de que era la «única hija de Arriazu», pero Cósima no lo entendió o no entró al trapo.

—Bueno, mira, vete... Yo también te daré unos dineros...

—No, no. Yo quiero lo que es mío, o al menos una parte de lo que es mío...

—Oye, no te comprendo, pero te advierto que, si te pones farruca, no tienes nada que ganar. Mira, te doy diez mil pesetas y te largas con viento fresco.

—Ya me dio la misma cantidad don Jorge...

—¿Para que te fueras?

—No, para resarcirme del mal que me hizo, pues me dejó embarazada... Se

arrepintió, me dio dineros, me aseguró que me daría mucho más y hasta se mostró dispuesto a reconocer a su hijo, pero...

—¡Oh!

—No te disgustes, es hora de que conozcas la verdad. No quiero tu dinero, lo que quiero saber es qué hago con el niño de don Jorge... ¿Quieres que aborte?

—Nada tengo que ver con ello... Es cosa tuya...

—Tú no quieres saber nada de los malos momentos de tu padre y de tu padrino, pero bien que disfrutas de los dineros de ambos... ¿Vas a decirme que no sabías nada de la querida de tu padre? ¿Otro cigarro...?

—Sí... Oye, que mi padre había tenido querida y una hija lo sé desde el momento en que tú y tu madre lo matasteis en la banca. Ignoraba que la criada de don Jorge fuera la hija de mi padre, si es que lo eres...

—Pues, además...

—¿Además?

—Lo más grave es...

—¡Ah, las sales...! ¿Dónde he puesto las sales?

—El frasco lo tienes en la mesita.

—¡Ah...! Oye, esto es demasiado...

—Si quieres, descansamos. Además, casi es hora de comer...

—Guarda silencio por un tiempo, que estoy aturdida...

—Bueno, oye, mientras, pide unas almendras y unas olivas, que tengo hambre...

—Espera... ¡Ah, Úrsula!, ¿cómo te atreves a escuchar detrás de la puerta?

—¡Señorita, yo quiero salvarla de esta mala mujer...!

—¡Y nosotras también, señorita!

—¿Las tres escuchando? Luego hablaré con vosotras...

—Hermana, tengo hambre...

—Sirve la comida, Úrsula...

—¿Para cuántos, señorita?

—¡Para dos, y sin chistar!

—Sí, señorita.

—Te agradezco, Cósima, que me admitas en tu familia —intervino Rebeca levantándose de la butaca y plantándole dos besos en ambas mejillas.

—No te he admitido en mi familia...

—Bueno, de momento me invitas a comer, luego lo acabarás haciendo, cuando conozcas todo lo que he de decirte y te apiades de mí...

—¡Señorita —volvió a llamar Úrsula—, el doctor López-Tass!

—Mira, moza, ahora no puedo atenderte. Don Jorge está enfermo... Te dejo que te sirvan las criadas.

—¿Me dejas con el enemigo? ¡Ah, no, te esperaré! ¡Éstas son capaces de echarme veneno en la comida o lejía en el agua!

—En cuanto me sea posible, vuelvo.

Y, ah, la Rebeca de los mil diablos, Rebeca se llamaba, ¿no?, esperándola en el comedor para comer y continuar con la explicación de los pecados de su padre y de los de su padrino... Ah, la despediría, le diría que volviera mañana a continuar con la charla, o tal vez a cavar su sepultura, porque, al paso que iba, pronto habría de darle un síncope como a su señor padre...

Pero Rebeca, invitada a irse, se negó:

—Ah, no, no me voy, primero comemos... Y luego, si no quieres hablar más conmigo y quieres dejarlo para mañana, dame una prenda, algo que aprecies. De otro modo, no me iré... Y si intentas alguna cosa contra mí, me pondré a gritar en la calle lo que ya sabes y lo que no sabes todavía, que es mucho más de lo que sabes... He venido a pedir cariño y a recuperar los años que no pasé al lado de mi hermana...

—¿Una prenda?

—Sí, ese anillo que llevas en el anular, por ejemplo.

—Es mi anillo de pedida.

—Mañana te lo devuelvo. ¿No comes?

—No tengo hambre... Y de ti no me fío... Oye, tienes algún papel, alguna carta que acredite que tú eres hija de mi padre.

—Te juro que te lo devuelvo, me interesa más hablar contigo que el anillo. En cuanto a papeles, en la banca te podrán informar de la renta que mi padre pasaba a mi madre...

—¿A qué viene todo esto? ¿Por qué, de repente, te presentas ante mí?

—Porque hasta ahora yo he sido la bastarda y tú la legítima. Pero no hay más que mirarme a la cara, como te he dicho. Además, que estoy en un apuro... Estoy embarazada de don Jorge. Don Jorge me forzó...

—Oye, no me creo una palabra. No obstante, mañana continuaremos platicando.

—Venga, pues, dame el anillo.

—Toma. ¿Dónde vives?

—En el barrio... No voy a decirte dónde... Pronto, me voy a alquilar un piso... Ya sabía yo, hermana, que no me abandonarías en este trance —terminó Rebeca poniéndose el anillo en su dedo anular, besando la mano de Cósima y despidiéndose.

Eida la Rebeca, en la casa de la plaza de la Constitución, 3, primero, sucedió lo que nunca había ocurrido, que tres criadas, tres, se presentaron en el comedor sin haber sido llamadas y, sin recoger el servicio, se le subieron a las barbas a la señora, pues que comenzó Úrsula:

—¡Señorita Cósima, le advertí que no recibiera a esa mala pécora...!

Y siguieron las otras:

—Es una sanguijuela, le chupará hasta la última gota de sangre...

—La dejará sin duro...

Y, a poco, Úrsula comenzó a tutearla:

—Cosimina, hija mía, ¿qué has hecho?

Y siguieron las otras:

—Cosimina, niña mía, yo te di de mamar con mis pechos...

—Cosimina, yo te limpié las cacas...

—Esta mujer, que se llama Rebeca, asegura que es mi hermanastra, que es la hija de mi padre y de su amante...

—Dice la Goya que a don Jorge le sacó dineros.

—No se fíe de ella, señorita.

—Dice la Goya que intentó camelarse a don Jorge, pero que no pudo, porque don Jorge había jurado amor eterno a una tal Pepita y, además, no se dejó engatusar.

—No te dejes engatusar, Cosimina, por la memoria de tus padres.

—Ella, en todo caso, es una bastarda y no tiene derecho a nada, ni siquiera a hablar contigo.

—Es mi hermana.

—En todo caso, es tu hermanastra, que lo mismo no es.

—No te dejes convencer con su palique.

—¿Qué busca esa tipa, señorita?

—Dice que no desea dinero, que quiere cariño.

—Es una embustera.

—Te recuerdo, hija mía, que tu padre murió del soponcio que le dieron ella y su madre.

—El soponcio se lo dio su madre, según me comentó la señorita Clarita Brun...

—Pero ella estuvo presente...

—Iban las dos conchabadas.

—A ver, ¿qué si no?

—Yo siempre he querido tener una hermana...

—¡Rediela, esta hermana no te conviene, te lo digo yo...!

—No sé qué deciros... El caso es que es el vivo retrato de mi padre.

—Sí, pero es una lagarta.

—¿Robó en casa de don Jorge, se echó a faltar alguna cosa cuando se marchó?

—No ha dicho nada la Goya, pero con dineros se fue.

—Se los dio el padrino... El padrino se hizo cargo de ella a la muerte de papá, hizo caridad con ella...

—¿Y la madre, la Flora, dónde estaba la Flora, señorita?

—Pues, no lo sé, no me lo ha contado todavía...

—¿Qué quiere decir ese «todavía», Cosimina?

—Que ha de contarme más cosas, lo he dejado para mañana.

—No la recibas, hija, que, seguro, tiene lengua de víbora.

—Y que se inventa todo.

—Seguro que miente más que Judas.

—No se inventa todo, mi padre tuvo una hija. Hecho que, seguramente, vosotras conocisteis antes que yo, ¿o no?

—Déjelo, señorita, no revuelva en el pasado.

—Cosimina, tú no tienes que hacerte responsable de lo que hizo tu padre.

—Lo sé.

—¿Quiere merendar la señorita?

—Te voy a servir el chocolate, hija, que te vendrá bien.

—La señorita está muy roja de cara —anunció Teolinda.

—Debo tener algo de fiebre...

—Quiá, señorita, esto es erisipela... Mire, también tiene rojos los brazos y el escote...

—Sí, es un rojo brillante.

—¿Te has disgustado mucho, verdad, hija mía?

—Llevo disgustada desde hace mucho tiempo.

—Te daremos polvos de talco y, sobre todo, no te rasques, que es peor. Y, ahora, vete a la cama, que allí te llevaré la merienda...

—Te pondremos una colcha roja, que el rojo va bien para que se vaya la enfermedad...

—Y que sepas, hija, que aquí estamos nosotras para aconsejarte y para lo que te sirvas mandar, Cosimina, querida.

—¡Qué día, qué asco de día!

—¡Y que lo diga la señorita!

—¡Ay, qué pena, qué pena...!

—De todo lo que hemos hablado, ya no se habla más —terminó la señora, y del embarazo de Rebeca y del presunto autor del mismo nada les dijo.

Ay, que debía estar Cósima en un momento muy débil, que debía tener fiebre, a más de la erisipela, que había consentido que la Rebeca, que podía ser una perdularia, hablara con ella para contarle una sarta de mentiras en su casa y que las criadas la tutearan como cuando era niña. Pero, ay, es que no podía, que no podía con tanto peso sobre sus espaldas. Además que, últimamente, ella misma se había extrañado de que su padrino contratara un ama de llaves tan joven y, ay, que todo era confusión en

su cabeza. Por eso, ingirió un sedativo, una pastilla de opio de las que había tomado León, para dormirse.

Y, ya en la cama y por quitarse la tontera que llevaba en la cabeza y la amargura de su corazón, decidió hojear el *Heraldo de Aragón*, que, mira, traía la curiosa historia de una dicha Anita, una cantante de *variétés*, de la que se había enamorado perdidamente el *maharaja* de Kapurtala, un reino de la lejana India, y dejó de pensar un poquico en tanta cosa que había sucedido en su casa, para un solo día, demasiado.

Pero, antes del amanecer, su cabeza volvía a ser un hervidero y su cerebro o su corazón, donde resida la consciencia, estaba convencido de que Rebeca no había mentido al decirle que le quedaba más por saber de lo que sabía, y que le había dicho de la misa la mitad, y decidió también tomar el toro por los cuernos, no le fuera a dar una cornada.

En cuanto se presentó Rebeca, la atendió en pantuflos y *négligé*, pues que últimamente descuidaba su aderezo y andaba de tal guisa por la casa. Ambas se sentaron en la salita y Cósima lo primero que le pidió a su hermana:

—Dame mi anillo.

—Toma.

Y continuó, tras recibirlo:

—De lo que me dijiste de don Jorge, no me creo una palabra...

—Debió tener el hombre un momento de debilidad...

—¿Eres mujer de la vida, o acaso *sicalíptica*?

—¡Oh, no! —respondió la otra arrellanándose en el sillón—. Si me escuchas y no me interrumpes, te contaré todo de pe a pa... Pero me gustaría comenzar por el principio...

—Te escucho, pues.

—Verás, todo empezó hace veintidós años cuando Arriazu le puso piso a mi madre en la calle de las Armas... Hasta entonces los dos se habían gustado, pero, a partir de entonces, iniciaron una relación seria, de amantes, de querida con caballero burgués...

—Ahórrate los detalles.

—No puedo... Porque en el segundo capítulo venimos tú y yo...

—¿Querrás decir que vienes tú?

—No, no. Me estoy explicando muy bien y siguiendo el orden, pero no me interrumpas, por favor. Nuestros padres se fueron a la cama muchas veces, supongo, y Flora se quedó preñada...

—¿Nuestros...?

—Papá, ahora lo llamo papá porque se ha muerto, aunque no pude llamarle así mientras vivió... Papá, digo, no abandonó a mamá y le estuvo pasando una pensión hasta que murió... Mamá, que pudo haber abortado, no lo hizo, por miedo o por escrúpulos de conciencia...

—Me estás contando una bola...

—Atiende, el caso es que mamá, tu mamá, trajo al mundo...

—¿Qué pinto yo en todo esto?

—Mamá trajo al mundo dos niñas... Una tú y otra yo...

—¡Jesús, María, qué mentira...! Mi madre era doña Olimpia de Castresana...

—¡Y un carajo...! —exclamó Rebeca saliéndose del guión.

—¿Cómo te atreves?

—Si no me dejas continuar, es imposible... Lo que te voy a decir te va a sorprender un poquico, pero vas a ser la misma que eres y vas a tener lo mismo que tienes, no debes, pues, tener miedo... Eso sí, la única novedad va a ser una hermana gemela, que te quiere mucho ya.

—Sigue, pues —pidió Cósima, rezumando sudor por todos los poros de su cuerpo, y fumando sin parar.

—Dos niñas, repito. Sucedió que Flora se había enterado, porque se comentaba en toda Zaragoza, que tu falsa madre, es decir, la señora Olimpia, iba todos los días al Pilar a misa de Infantes para que la Virgen se apiadara de ella y le diera un hijo, pues que ella no podía tener, al parecer, y quería uno y le corría prisa...

—¡Qué retahíla de falsedades...! ¡Jamás, jamás he oído nada semejante...!

—Por eso te lo he venido a contar yo, y para que, cuando te convenzas de nuestro parentesco, me quieras como a una hermana y me ayudes...

—Es como un folletín...

—Lo es... Iba doña Olimpia al Pilar y un día el ciego Antonio, el que canta romances en la esquina con la calle Alfonso, le dio una niña, que eras tú, y ella te llevó a su casa, a esta casa, más contenta que unas pascuas...

—¡Anda allá! Tú guardas algún propósito escondido...

—Te juro que no, que me caiga muerta ahora mismo.

—Cuentas muy bien los cuentos, sigue...

—Flora tenía previsto entregarle a Olimpia, a través del ciego, a sus dos hijas, es decir, a ti y a mí, pues no nos podía atender, ya que deseaba con toda su alma dedicarse al espectáculo, a la zarzuela en concreto, debido a que creía que cantaba muy bien...

—Oye, hablas de Flora en pasado, ¿ha muerto?

—Murió. Mi madre, mejor dicho, nuestra madre, murió el día de la boda del rey, en el atentado, quedó desangrada en la calle y con las piernas arrancadas...

—¡Oh!

—Ya llegaremos a eso, ahora, atiende... Estábamos con que Flora le había dado un cesto al ciego con nosotras dos dentro...

—No habías hablado del cesto.

—Le dio un cesto, pero sucedió que, entre que llegaba y no llegaba doña Olimpia, yo me eché a llorar hasta encanarme, y que Flora me sacó para acunarme y que me callara... Y corrió a esconderse detrás de un árbol y, en aquel preciso momento, se presentó la señora y el ciego le entregó a la única niña que tenía, a ti...

—Oye, podrías hacer competencia a la condesa de Pardo Bazán...

—Te lo estás tomando a chirigota... ¿Por qué no preguntas a tus sirvientas?

—Continúa, luego lo haré.

—Entonces, a ti te trajo doña Olimpia a esta casa, donde viviste en la abundancia, y a mí me llevó nuestra madre a la calle de las Armas. A mí las gentes me consideraron fruto de un pecado imperdonable y a ti, que fuiste adoptada, todo el mundo te aceptó, ya ves, con la mayor naturalidad, al parecer. ¿Es posible que nadie en tu vida te haya dicho que eres adoptada?

—¡Anda allá!

—¡Pregunta, pregunta a tus criadas!

—Sigue, sigue, que todo es muy interesante. ¿Así que soy adoptada? ¿Así que mi madre no era mi madre?

—Sí, fuiste adoptada. Y, además, tus padres no fueron tus padres...

—Y yo toda mi vida *in albis*...

Así se enteró Cósima de su adopción y de que su madre no era su madre y de que su padre tampoco era su padre, por boca de Rebeca.

—Oye, es hora de comer.

—Vamos al comedor.

Cósima llamó a la campanilla una vez y apareció Pilara.

—Sirve la comida. Dos servicios —ordenó y continuó con la otra—: ¿Y mi padre era o no era mi padre?

—Tampoco, tu padre no era tu padre, era el mío... El tuyo fue un novio de mi madre...

—¡Ah, rediez...!

—¿Señorita, sirvo la sopa?

—Sirve, Pilara.

—Oye, ¿puedo empezar a comer?

—Empieza. ¿Así que tu padre era el amante de tu madre y tu madre tenía un novio a la vez que fue mi padre...? ¡Qué lío...!

—Me enteré el día en que le dio el soponcio a don Luis de que Flora había tenido un novio que se fue a Barcelona, un anarquista... Y que tú eras hija del anarquista y yo de don Luis...

—Bueno, vale ya. ¡Ya está bien de bola...! ¿Cómo puede ser? ¡Acabas de decir que somos gemelas!

—Somos hermanas gemelas, en efecto, hijas de la misma madre, pero no del mismo padre. Te lo explico, mira, te pongo el ejemplo de una perra que ha estado con varios perros... cuando nacen sus cachorros, unos son de un perro y otros de otro...

Y fue que, en ese momento, tras retirar Pilara el primer plato, entró Úrsula con el segundo y que Cósima le preguntó:

—Úrsula, ¿tú sabes alguna cosa de que yo sea hija adoptada?

Y a la cocinera se le cayó la bandeja al suelo y, mientras recogía el estropicio,

contestaba:

—Señorita, ¿quiere que le responda en este momento?

—Sí, quiero.

—Pues sí, señorita.

—¿Y cómo no me lo ha dicho nunca nadie?

—¿Para qué, señorita, si todos la queríamos igual? Además, la señora nos mandó guardar secreto, la obedecimos y lo guardamos.

—Tus padres eran los que hubieran tenido que decirte alguna cosa —interrumpió Rebeca.

—¡Tú calla!

—¿Lo ves? —siguió la Melero.

—Úrsula, ¿tú sabías que don Luis tenía una hija? —demandó Cósima, ya hablando de «don Luis» y no de «mi padre».

—Sí.

—¿Es esta mujer?

—Se le parece en la cara, pero no sé... ¡Líbreme Dios de hacer semejante juicio...!

—Úrsula, ¿tú sabías que yo era hija de Flora, la amante de don Luis?

—No, señorita... Si esta pelandusca le está diciendo tal cosa, miente... Perdone la señorita, pero en esta casa nunca se supo quién era la verdadera madre de la señorita...

—¡Que no me llame pelandusca...!

—No la llames pelandusca, Úrsula.

—Lo que mande la señorita.

—¿Y lo del ciego Antonio?

—El ciego estuvo en esta casa y dijo a doña Olimpia que había recibido a la niña, es decir, a usted, de manos de un ángel de los que están rodeando el camerino de la Virgen del Pilar, señorita, y no hubo quien le apeara del burro... ¿Sigo, señorita?

—Sigue...

—Doña Olimpia quiso saber el nombre de la mujer que le dio la niña al ciego... Pero el Antonio no soltó prenda, y eso que le hizo venir a casa y le dio de comer y beber...

—La mujer le pagaría para que guardara silencio.

—Seguramente, señorita.

Con tanta cosa, a Cósima se la llevaban los nervios, con razón. Porque el estado de León, según su último telegrama, se había agravado, Jorge no había mejorado un ápice y, además, ¡Dios de los Cielos!, antes de caer enfermo para siempre, había dejado embarazada a Rebeca, según Rebeca, lo que era falso, seguro. Y, a mayor despropósito, a ella le habían surgido unos nuevos padres, la madre afortunadamente

muerta y el padre en paradero desconocido desde hacía muchos años, o muerto también. Lo mejor, después de todo, pues hubiera sido mucho peor que vivieran. Y, por si fuera poco, estaba lo del ciego Antonio, y tenía una hermana gemela, hermanastra, mejor dicho, que lo mismo no es. Y eso, que vaya lío, vaya sarta de patrañas... Y ella bebiendo agua de azahar a litros, todo el día en un pis y durmiendo con grageas de opio, pues no le hacían efecto los cocimientos de valeriana.

El caso era que, pese a los desatinos que le había contado la Rebeca del demonio, pese a las mentiras o verdades que le había narrado; pese a lo que todavía le tenía que relatar, pues que había más, al parecer; pese a que le había descubierto un pasado, fuera verdadero o falso, que nunca hubiera podido imaginar; pese a que detestaba a sus verdaderos padres y seguía queriendo a sus padres de adopción más que antes, si cabe, y pese a que nada había cambiado para ella, no comprendía cómo, en veinte años, nadie, nadie, ni hombre ni mujer, ni joven ni viejo, ni rico ni pobre, le había hablado de su nacimiento y de su singular modo de adopción, ni dicho palabra del ciego Antonio ni de su perro... No lo entendía, dado que las niñas del colegio, tan crueles siempre, la habían llamado «judía» por el hecho de que Arriazu hubiera sido banquero, pero no hija de puta... Y las gentes, las tenderas, las porteras, las criadas, las amigas, las conocidas, siempre tan dadas al chismorreó, tampoco... ¿Por qué en este asunto habían guardado silencio y en otros no? Pues bien que habían murmurado de ella, de Cósima Arriazu, durante la larga permanencia de León en Argentina, por ejemplo... Y, mira, todo el mundo en Zaragoza conocía el hecho de su adopción, pues que no había sido secreto para nadie, salvo para ella, y nadie le había dicho palabra... ¡Mecachis! ¡Corcho! ¡Recontra! ¡Mierda...!

Y León, el pobre León Dulce, al que dado su apellido y por hacer gracia o por darle más amor del que le había dado en su breve relación, hubiera podido llamar «dulce León», tan tierno que sonaba el apellido antepuesto al nombre, se hallaba enfermo en una cama de sanatorio, muy lejos de Zaragoza... Y ella, ay, siempre devanándose la sesera entre sentimientos malévolos con respecto a su marido y sin haber podido disfrutar de su matrimonio ni haberse quedado encinta, a ver, con tanta irrigación, con tanto baño de asiento que había tenido que sufrir para aminorar el escozor, el dolor que le había producido aquella maldita vaginitis de la que nunca hubiera podido sospechar...

—Y, ahora, esta Rebeca que ha venido a perturbarme, que me ha descubierto atrocidades y que no ha terminado de contarme. Y, sin embargo, no sé, acabo de conocerla y es como si la conociera de toda la vida... ¿Acaso sea la fuerza de la sangre...? Me produce sentimientos encontrados, pues, pese a las incoherencias que me cuenta, estoy a gusto y a disgusto con ella, como si hubiera perdido el seso, en fin... Además, tanta complicación, cuando debería estar yendo a la modista para hacerme trajes nuevos, para el alivio de luto, pues que muy pronto se cumplirán los aniversarios de papá y mamá... Y, sin embargo, hoy y ahora, no me importa que Rebeca sea mi hermanastra, y me da un ardite que me esté engañando y me quiera

sacar los cuartos, y estoy dispuesta a ayudarla en su tesitura. Es más, a ratos me siento dispuesta a tratarla, a ayudarla y a darle dote para que encuentre un marido y sea feliz, lo que yo nunca seré... Y hasta me ronda comprarle el hijo que crece en su vientre y, suponiendo que sea verdad, quedármelo como si fuera mío y de León... Podría fingirme embarazada... Ay, pero no, ¡qué dislate...!

Y, un día más, fue que Rebeca, al volver a casa de Cósima, lo primero que hizo fue entregarle el anillo de pedida, la prenda que le requería para que no le cerrara la puerta.

Para entonces, Úrsula llevaba tres jornadas rezongando por todo el piso:

—¡Puta la madre, puta la hija, puta la casa que las cobija!

Mientras, en el comedor de diario, Rebeca continuaba:

—A punto estoy de hacer una barbaridad...

—¿Qué dices?

—Mira, yo contigo tengo los sentimientos confusos... Tan pronto te quiero como te odio...

—Oye, yo no te he hecho nada. Es más, te he escuchado y dado de comer, tres veces con hoy.

—De las hijas de Flora, tú fuiste la rica y yo la desheredada...

—Mi padre le pasaba a Flora una pensión, no has podido tener pobre pasar... Ahora, si tu madre era manirrota, eso es otra cosa. Me consta, además, que mi padre era hombre espléndido.

—Según Flora, era un rata.

—¿Y a mí qué me cuentas? Yo no he elegido mi destino... Suponiendo que sea cierto que Flora nos metió en un cesto a las dos, la que lloraste fuiste tú... A mi madre, a doña Olimpia de Castresana, lo mismo le hubiera dado tener una hija que dos y hasta, seguramente, hubiera preferido dos.

—Sí, pero las cosas son lo que son. Y tú eres la rica y yo la pobre.

—¿Era Flora gastadora?

—Tenía poca cabeza.

—Bueno, pues yo no tengo la culpa. Además, me dijiste que no deseabas mi dinero, que querías mi cariño. No obstante, estoy dispuesta a darte dinero, un buen dinero.

—Arriazu iba a darme cuarenta mil duros...

—¿Por qué no te los dio?

—Era banquero, era tacaño... Era menester rogarle mucho para que aflojara la bolsa...

—¿A eso vinisteis el día en que cayó enfermo de muerte, verdad?

—Sí, pero Flora se salió del papel y le exigió que se casara con ella...

—Lo sé. Me lo contó una empleada de la banca.

—Yo te juro que sólo vine a pedirle cariño, pero Flora lo estropeó todo...

—Mi padre, que estaba como una rosa, podía haber vivido aún bastantes años,

¿sabes?

—Eso nunca se sabe.

—Entonces, ¿tú quieres doscientas mil pesetas?

—Don Jorge, de haber podido y según me prometió, me hubiera dado mucho más y hubiera reconocido a su hijo...

—¡Ay, Jesús!

—Yo, hermana, no sé lo que quiero, pero además...

—¡Otro «además», oh, no...!

Tenía razón Cósima porque con Rebeca siempre había otro «además».

—Verás, estaba yo en casa de don Jorge, hastiada de mí misma y desesperada de la mala vida que me daban sus sirvientas, a punto de tirarme por la ventana el día en que me violó, y voy a tener un hijo de él, como ya te dije. Por eso he venido a ti...

—¿Qué quieres de mí?

—Que me ayudes y te quedes con el niño.

—¡Ah, no...! ¡Ah, por el niño, ya entiendo, por eso has venido a contarme toda esta historia de mi adopción! Pues no pienso intervenir... —se expresó Cósima taxativa, pese a lo que le había rondado en la cabeza horas antes, quizá porque le dio miedo.

—Será hijo tuyo, del mismo modo que tú lo fuiste de tus padres adoptivos.

—Oye, que yo estoy casada.

—Estás casada con un moribundo...

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque se dice en toda la ciudad... ¿Acaso no has deseado tener un hijo en los meses que llevas casada?

—No te voy a responder. Mi cama es sólo mía.

—Piénsalo, tengo para mí que tu marido no está para muchos trotes... Todas las mujeres quieren tener un hijo, ¿tú no?

—No quiero hacerme cargo de lo que no es mío.

—Es de don Jorge...

—Eso es mentira...

—Es cierto, te lo juro... si miento que me caiga muerta ahora mismo... Si no aborto, que me lo estoy pensando, lo llevaré a la inclusa. Y tú, que heredarás lo bueno de don Jorge, es decir, su herencia, no heredarás lo malo de dicho señor, sólo lo bueno... Con ello serás una egoísta redomada.

—No quiero problemas, yo me haré cargo de lo mío.

—Te recuerdo que tus padres se hicieron cargo de ti.

—Lo hicieron porque quisieron hacerlo...

—Pues tendré que abortar... Si lo hago, una persona que quieres lo va a sentir, si no en este mundo, en el otro...

—No quiero hablar más contigo, te doy las doscientas mil pesetas que quería Flora... Esa cantidad al siete por ciento te supondrá catorce mil al año, con ello

puedes vivir con tu hijo como una reina hasta que te mueras... Y te vuelves a Madrid...

—Me vuelvo a Madrid y me presento como si fuera viuda, ¿eso quieres para tu hermana y el hijo de tu padrino?

El 1 de junio, Cósima, vestida de morado por primera vez, pues se habían cumplido dos años desde el fallecimiento de Luis Arriazu, volvía de Telégrafos, de contestar a un telegrama de León, en el que hablaba del buen tiempo de que gozaba en la sierra de Guadarrama, pero nada de su salud, pues había sido tan poco explícito como de costumbre, con otro telegrama, con el que respondía del mismo modo a su esposo, cuya letra apenas conocía. Y había dado también un paseo en el coche de caballos, con Teolinda, en un precioso día de sol, por la antigua huerta de Santa Engracia, admirando el tinglado que el ayuntamiento, apoyado por industriales y comerciantes, estaba levantando en aquella zona para celebrar, al año próximo, la llamada Exposición Hispano Francesa, aprovechando que se cumplía el primer centenario de los Sitios de Zaragoza —que había resistido la ofensiva napoleónica con arrojo legendario, merced al encomiable valor de sus hombres y mujeres—, cuando, en la puerta de su casa, se encontró a unas personas conocidas que le preguntaron:

—¿Qué tal está don León?

—Igual.

—¡Vaya, lo siento!

—Tengo a su señor marido en mis oraciones, doña Cósima...

—Gracias, muchas gracias.

Y aún resonaban en los oídos de Cósima las condolidas palabras de aquellas dos señoras y todavía no se había quitado el *châle*, cuando le fue Pilara con un telegrama en la bandeja de plata. Lo abrió, naturalmente, y leyó: «Capitán León Dulce muy enfermo (stop) Requiere su presencia (stop) Doctor Naranjo (stop)».

Tras volver a leer lo leído, a Arriazu se le vino el mundo encima, buscó en su manguito el frasco de sales e inhaló y, al momento, se llevó un cigarrillo a los labios. Tan pronto se recompuso, telefoneó a su suegra, le contó lo que sucedía y Amelia le dijo:

—Voy ahora mismo.

Enteradas de la mala noticia, las criadas le tomaron las manos con cariño pero, a poco, hubieron de dejar las efusiones y ceder el paso a doña Amelia, que leyó y releyó el telegrama con lágrimas en los ojos y, a poco, llegaron sus tres hijas con sus tres maridos. Hubo revuelo en la casa, naturalmente, y las mujeres lloraron. Cósima decía de ir:

—Yo salgo esta misma tarde. Me voy en el automóvil.

—Yo te acompaño —sostenía Amelia.

—Usted, mamá, no está en condiciones de hacer un viaje tan largo —se negaba Alejandrina, su hija mayor.

—No puedo permitir que muera mi hijo entre extraños, sin cariño de madre.

—Mi deber es estar con él. No debí hacer caso a los consejos de don Fernando —

se lamentaba Cósima, olvidando lo bien que, por razones personales, le había venido el ingreso de su marido en el sanatorio.

—Vamos tú y yo, que nos lleve el *chauffeur*, Cósima.

—Sí, mamá. En dos jornadas podemos estar allí... Así, lo acompañamos...

—Primero, será necesario conocer con exactitud el estado de León —intervino el marido de Alejandrina.

—Lo dice bien claro el telegrama...

—Si reclama mi presencia es que está muy enfermo...

—¡Pobre León...!

—Llamemos por teléfono, Cósima. Hablemos con el doctor Naranjo...

—Paco tiene razón.

—Hasta que nos den la conferencia pasarán horas...

—Llegaremos antes nosotras, Cósima.

—Llamemos.

—Llama, pues, Paco. Yo carezco de fuerza.

—Con el sanatorio no habrá línea directa. Habrás de ir a la central de teléfonos, Paco.

—Quizá ni siquiera haya teléfono.

—Oye, que es un sanatorio de postín...

—Yo no quiero perder el tiempo. Mamá, quiero salir cuanto antes.

—Yo también, hija.

—Que haya calma —pidió Alejandrina.

—No puede haber calma, Alejandrina, hija. León está agonizando.

—Quizá haya muerto ya, Dios no lo quiera —sostuvo Cósima, olvidando que lo había deseado muerto, mientras estuvo acuciada por el dolor de sus entrañas.

—Voy a Teléfonos, me informo de la demora y les llamo a ustedes desde allí —decidió Paco.

—Llama cuanto antes, hijo.

—Sí, mamá.

—Te acompañamos —dijeron los otros dos cuñados.

Y Amelia comenzó a impartir órdenes:

—Tú, Cósima, haz tu equipaje. Tú, Alejandrina, ve a casa a hacerme el mío y mete un traje negro. Tú, Pepita, acércate al Pilar y que nos envíen un manto de la Virgen, que nos lo llevaremos, pues quién sabe. Tú, Amelita, ve a hablar con el padre Dosset para que rece por él. Tú, Úrsula, prepara merienda y piensa en la cena... Juan, tú trae el coche a la puerta... Y, vosotras, Pilara y Teolinda, id a las casas de mis hijas y decid a las criadas que las señoras tardarán en volver, que se ocupen de los niños...

—Sí, mamá.

—Sí, señora.

—¡El teléfono! —gritó Alejandrina—. ¡Voy yo, voy yo! ¡No vayas tú, Cósima!

Y, ay, ay, que fueron todas detrás de ella y se enteraron al momento de lo

sucedido.

Esposa, madre, hermanas y criadas comprendieron por las palabras que Alejandrina cruzaba con su interlocutor, el doctor Naranjo, que su esposo, hijo, hermano y señorito había fallecido.

El capitán León Dulce murió de tisis, el 1 de junio de 1907, Dios le dé gloria eterna. Fueron a buscar el cadáver sus tres cuñados en el automóvil del fallecido, conduciendo Juan. Su viuda, su madre, sus hermanas y otros familiares hubieron de esperar cinco días la llegada del féretro, pues que el cortejo fúnebre había de detenerse en todos los municipios por donde pasaba para abonar ciertas tasas a los ayuntamientos, a más de traerlo de Guadarrama a Zaragoza, algo más de cuatrocientos kilómetros, en un carro portador de un ataúd emplomado. Y un día más, para el velatorio —en el que no faltaron plañideras profesionales—, para rezarle los responsos pertinentes en el primer salón de los Arriazu, y otro más para celebrarle funeral en la iglesia de San Gil y enterrarlo en el cementerio católico de Torrero, en el panteón de su familia.

Cósima, que apenas había salido del luto, al conocer la noticia, se quitó el vestido morado, se vistió de negro de los pies a la cabeza y lloró junto a su suegra y sus cuñadas. Y, lo que son las cosas, pese a que había deseado la muerte de su esposo y a que sus problemas vaginales habían desaparecido para siempre, lloró lágrimas verdaderas y, en su momento, presidió el funeral y el entierro.

Enterada del fallecimiento de su amante, Rebeca Melero lo sintió en lo más hondo de su corazón y hasta le mandó rezar una misa en la iglesia de San Nicolás. Se dolió por él, porque se había ido de este mundo en lo mejor de la edad a causa de una enfermedad que causaba estragos en el mundo, y por ella, porque, tras ser amada, bien tratada, obsequiada con una considerable suma de dinero y regalados sus oídos con promesas de vida acomodada, era mismamente como si se hubiera quedado viuda. No obstante, como le parecía poco lo recibido de León y estaba embarazada de él, y estaba fijo en su mente el dinero que su padre debía haberle dado y no le había dado, a la semana del triste suceso, volvió a casa de Cósima y, como Úrsula le negara la entrada, gritó en la puerta:

—Llama a la señorita. Dile que soy su hermana, ¡maldita bruja...!

Y, claro, la cocinera la dejó entrar para que no alborotara, y las hermanastras negociaron. Las negociaciones fueron duras, pues que, aparte de la cuestión del dinero, estaba el niño de Rebeca. Que si sí, que si no, que si trescientas mil, que si doscientas cincuenta, que si doscientas mil. Que doscientas mil al siete por ciento, catorce mil al año. Que un poco más. Que un poco menos. Que partamos peras. Que no, que sí.

—Volverás a hacerme *chantage*.

—Que no, te juro que no, que nunca jamás volveré.

—En poco tiempo, si eres buena cristiana, te arrepentirás de haber abandonado a tu hijo y volverás.

—No soy buena cristiana, nuestra madre no iba a misa...

—No obstante, la cosa es complicada.

—¿Por qué?

—Porque si me quedo con el niño la embarazada debo ser yo...

—Es cierto. Pues di que lo estás, los trajes disimulan... Yo estoy en el quinto mes y todavía no se me nota, después, cuando se note, te pones cojines.

—No se te nota, en efecto. Por eso, también, me pregunto si estás o no estás embarazada...

—Lo vas a ver ahora mismo...

Y, ni corta ni perezosa, Rebeca se desabrochó la torera, se quitó la falda y la enagua, quedose en bragas y en camisa, porque corsé ya no podía llevar, se apretó la camisa contra el vientre y demandó:

—¿Lo ves?

Y, como Cósima no respondió, se la quitó y se bajó las bragas hasta las pantorrillas:

—¿Lo ves?

—Lo veo, ay, Dios...

—Bueno, supongo que te habrás quedado tranquila.

—Anda, vístete...

—¿Te has quedado convencida?

—Sí, pero, a pesar de ello, no sé mentir, quiero decir que miento muy mal...

—Es que no te entiendo...

—Ya veo que tienes cortas entendederas... A ver, si me quedo con tu hijo, de cara a la galería habré de estar encinta y sufrir lo mismo que las mujeres embarazadas, no me lo va a traer la cigüeña de París, ¿o sí?

—Pues dices que te encuentras mal, que vomitas, que la leche y el arroz te sientan mal, cosas así...

—No es tan fácil.

—Pues te quedas en casa y no sales, como tu marido está recién enterrado, a nadie le llamará la atención...

—Luego, tú tendrás el hijo y ¿dónde vas a tenerlo para que no se entere nadie?

—Ay, no sé, Cósima. ¿A quién puede importarle que yo tenga un niño en esta ciudad?

—En esta ciudad, jamás.

—¿Por qué?

—Imagínate que sucede alguna desgracia, que se muere el niño, que te mueres tú...

—Si se muere el niño lo dejamos en la calle y amén, si me muero yo lo mismo, aunque será más complicado por el tamaño del cadáver. A cualquiera de los dos nos enterrará el ayuntamiento...

—Tú lo ves todo muy sencillo.

—¿Quieres que repitamos lo de doña Olimpia y que le dé yo el niño al ciego Antonio?

—No digas memeces... La embarazada tengo que ser yo, y tú ni siquiera debes existir...

—¡Ah, yo me callo como una muerta, me encierro en mi cuarto alquilado, y amén!

—Si me quedo a la criatura, habré de decirles a las criadas que estoy gestando y es mentira.

—Lo dices sin más. Les dices: «He de daros una buena noticia, estoy encinta», y ellas, que te quieren, se alegrarán.

—Tú eres boba, de sobra sabrán ya que eres tú la preñada.

—¿Tú crees?

—Desde luego, las sirvientas en una casa saben todo mucho antes que los señores.

—Pues ninguna me ha dicho nada. ¿A ti te ha venido alguna con el cuento?

—No, pero lo saben. Estoy segura.

—Empieza cuanto antes, envía a la botica a comprar agua con tintura de benjuí, pues con eso se lavan las embarazadas, según me decía mamá... Y que te traigan también carne líquida del doctor Valdés, que es un reconstituyente y, de paso, que compren una caja de bombones en la tienda de Jordán, que me apetece un dulce. A Flora también le gustaban mucho los bombones...

—No mientes a Flora.

—Perdona, perdona. Con el favor que te hizo Flora regalándote a Olimpia, ¿todavía no le has perdonado que te abandonara? Con ella hubieras llevado una vida arrastrada, como la mía, claro que hubiéramos estado juntas y las penas compartidas son menos, eso se dice.

—Déjame, no quiero hablar de ello. Estamos en lo que estamos, ¿no entiendes que la situación es complicada, que la embarazada debo ser yo y que tú no debes existir...?

—Entonces ¿qué pinto en todo esto?

—Hablo de cara a la gente.

—Comprendo que quieras que el niño sea tuyo y que no haya intermediarios entre la criatura y tú.

—Exacto.

—Pues, lo tienes difícil, porque la que va a parir soy yo y el niño será mío, cierto que te lo regalaré.

—Que me lo venderás.

—No es eso, yo te haré un favor y tú, además de quedarte con lo que es de Jorge, cumplirás la promesa que Arriazu hizo a Flora, lo de las trescientas mil.

—¡Doscientas mil y vas que ardes!

—Si es menester que me hagan cirugía durante el parto, llamas a don Justo Ramón, que, según decía mamá, es el mejor cirujano de Zaragoza y el más caro.

—Don Justo, el padre de don Santiago Ramón y Cajal, el premio Nobel, murió hace unos años.

—¡Ah, qué lástima!

—Además, está la canastilla del niño, que necesita de todo, desde pañales a faldones. Tengo una cunita. Me la regalaron cuando me casé, pero falta la ropita, toda la ropita...

—Pues la cosemos.

—Déjame pensar.

—Lo que quieras.

Mientras Cósima meditaba aquel asunto o disparate, lo de quedarse con el hijo de Rebeca, fuere de Jorge o de quien fuere, subía a visitar a su padrino varias veces al día. Por si, Dios lo quisiera, tornaba a la vida normal. Pero salía de aquella habitación, que olía a detritus, apesadumbrada, diciéndose que de estar Jorge en su sano juicio, ella no se hubiera visto envuelta en aquella situación tan anómala en que se hallaba. Situación ocasionada por la simpleza de su padrino, que había hecho caridad con una mala pécora o, aunque improbable, se había dejado perder por el ardor de su bragueta de la manera más torpe, yaciendo con una joven a su mucha edad. Y debida, también, a la ambición ilimitada de su hermanastra, una fulana que, tras echar cuentas, no había dudado en entregarse a un hombre rico para mejorar su posición económica. También rememoraba angustiada, una y otra vez, lo mucho que su hermanastra le había descubierto sobre su pasado, y no podía evitar imaginarse viviendo con Flora y con Rebeca.

Así las cosas, se mostraba dispuesta a quedarse con el niño, fuere de quien fuere, a cambio de doscientas mil pesetas, pues la criatura no tenía culpa de nada; dispuesta, hablando claro, a comprar el niño por esa cantidad, pero ni una peseta más. Y mil veces se repetía que el niño, mismamente como ella veinte años antes, no tenía culpa ninguna.

Tras mucho cavilar, decidió que su hermanastra tuviera el niño en Caspe, lejos de Zaragoza, para evitar murmuraciones. Y que, en aquella ciudad, se hiciera pasar por ella, puesto que ella, Cósima, había estado allí una vez, siendo niña, y era imposible que nadie la reconociera, máxime porque el viejo administrador había fallecido y al nuevo no lo conocía, pues que por el luto no lo había recibido nunca y la última vez lo había hecho Jorge, el bendito Jorge, que se había ocupado de todo, de lo que era menester hacer y de lo que preveía que haría falta hacer, otorgando incluso poderes a

Latorre para que pudiera operar la banca sin la firma de Cósima. Al bendito Jorge, al que, ay, hubiera cometido o no hubiera cometido un pecado de bragueta, habría de abandonar para representar aquel enredo, aquel embrollo que bullía loco en su cabeza y que a saber en qué podía terminar...

Pero, como era menester tomar una decisión para que Rebeca desapareciera cuanto antes de su vida, una tarde, después de comer, cuando ella fue a visitarla, le expuso sus planes, sin rodeos:

—Veamos, he pensado que tengas el niño en una finca que tengo en Caspe.

—¡Ah, muy bien! —exclamó Rebeca, pese a que se sobresaltó al oír el nombre de Caspe, por lo que ya se sabe.

—Yo estuve allí una vez siendo niña. Y nadie se acordará de mí... Hay unos guardeses que se llaman la Amada y el José, que no he visto en muchos años...

—¡Ah, muy bien!

—He decidido ir a la torre y permanecer allí hasta que tengas el niño... Tú serás la señorita Cósima y yo tu doncella, o mejor tu ama de llaves... ¿Lo entiendes?

—¡Qué idea, qué idea tan buena! ¡Qué lista eres, Cósima...!

—¿Te parece bien?

—Me encanta, me encanta... Por una vez yo seré la rica y tú la pobre...

Tal se expresó Rebeca, entusiasmada, en razón de que no vio dificultades, ya que se había hecho pasar por Cósima en aquel lugar.

Y, en efecto, la trama no era tan difícil de llevar a cabo, dado que en Caspe no conocían a Cósima, y Rebeca volvería a pasar por ser Cósima y Cósima sería su doncella, y la serviría como si fuera su empleada.

—Atiende, te serviré lo justo delante de la gente, pero detrás no. Lo justo: te cederé el paso en las puertas, al subir al coche, te dejaré la mejor mecedora cuando tomemos la fresca bajo el emparrado, pero no más, porque evitaremos cualquier visita, aduciendo que estás indispueta, pues siempre estarás indispueta, se presente el cura o el alcalde a cumplimentarte, y no nos dejaremos ver en la ciudad ni para ir a misa los domingos.

—Lo que tú mandes.

—Tendrás el niño allí, quiero decir que Cósima Arriazu tendrá a su hijo en Caspe y, en cuanto des a luz, yo me vengo con él a Zaragoza y tú desapareces de mi vida...

—¡Qué idea, Cósima, qué gran idea!

—¿Te gusta?

—Te felicito, me entusiasma...

—¿Aceptas, pues?

—De cabeza... Claro que queda una cuestión importante...

—¿Qué?

—El dinero.

—Doscientas mil.

—¿Sólo?

—Oye, es una cantidad astronómica. Si me presentara en el hospicio, el niño me saldría gratis y me llevaría un montón de bendiciones de las monjas.

—Pero no puedes ir al hospicio porque eres viuda y para adoptar hace falta un marido. ¿O no?

—No lo sé... Doscientas mil, ¿lo tomas o lo dejas?

—Ay, no eres hija de banquero, pero como si lo fueras, haber convivido con Arriazu te ha marcado en cuestiones de dinero. Ea, bien pues, doscientas mil. ¿Cobraderas cuándo?

—Después del parto, en el momento en que subas al tren...

—¡Ah, no, hija, necesito dinero de mano! Necesito hacerme varios vestidos y ropa interior, todo se me está quedando pequeño...

—Yo me ocupo. Mañana mismo iré a mi modista, le llevaré dos trajes negros para ensanchar y le diré que estoy embarazada, y lo mismo haré con la lencera, allí te compraré todas las mudas que me aconseje para que te lleguen hasta el final del embarazo...

—¡Excelente, hermana, piensas en todo!

—Habrás de vestir de luto.

—Ya estoy de luto, estoy de luto por Flora, es decir, por mi madre y por la tuya, aunque en Zaragoza me lo quité para no llamar la atención.

—Hay otra cuestión...

—¿Cuál?

—Mis criadas.

—¿Qué pasa con ellas?

—Que no sé si contarles todo lo que pienso hacer, o mentirles...

—Tú verás, eso es cosa tuya. ¿Cuándo nos vamos?

—Pronto, muy pronto. Ve haciendo el equipaje.

Siguiendo con su plan, Arriazu, siempre acompañada de Teolinda, fue a comprar telas de hilo negro para hacerse dos vestidos sencillos, lisos y lasos con falda *plissée*, quita y pon, para cuando representara el papel de ama de llaves, y dos de seda de color negro para cuando su hermanastra fuera Cósima. Y, con todo ello y con otros usados, se presentó en la modista para que le cosiera los nuevos y le ensanchara de cuerpo y de cintura los viejos. La costurera no tuvo que preguntarle nada y le dio efusivamente la enhorabuena, ante el estupor de la criada, que, al salir de la lencera, como la señora repitió la comedia, le demandó:

—¿La señorita está encinta?

—Es posible que sí.

—¡Oh, qué ilusión, señorita!

Úrsula, cuando se enteró, no supo si darle la enhorabuena o callar. Ciertamente comentó:

—No parece muy contenta.

Y razón tenía porque la señora no estaba nada contenta.

Cósima Arriazu se mostró ñoña y antojadiza, como todas las embarazadas que se lo podían permitir, que la mayoría habían de trabajar de sol a sol, a más de cuidar de un montón de hijos. Pero no se encontraba a gusto fingiendo ni poniéndose cojines debajo del corsé para simular su preñez, además que Teolinda sospechaba, pues la mandaba salir de su gabinete cuando se bañaba. Por eso y porque con la verdad se va a todas partes, a más que le hubiera sido imposible ocultar su próxima regla, tan cercana ya, por los paños higiénicos que habría de echar a lavar, reunió a las criadas, decidida a ponerlas al corriente de sus planes, incluso antes de que, advertidas por Teolinda de su estado, la felicitaran, y les dijo:

—No estoy embarazada, pero es como si lo estuviera... Me explico... Rebeca, que es mi hermanastra, va a tener un hijo, dice que es de don Jorge nada menos, ya sabéis que trabajó de ama de llaves en su casa... No voy a entrar en juicios... Me voy a quedar, como si fuera mío, con el niño que tenga Rebeca y para ello me haré pasar por embarazada... De hecho, ya se hablará de mi preñez en Zaragoza, pues me ocupé de comunicárselo a la modista... No me miréis con esas caras de espanto... No tengo que explicaros nada, aunque lo acabo de hacer porque deseo hacerlo y porque os quiero a las tres... ¡Chiss...! He pensado que Rebeca tenga a su hijo en Caspe, pues que la Amada y el José, los guardeses, no me han visto desde que era niña, y la tomarán por mí... ¡Chiss...! El caso es que en la torre Rebeca será la señorita Cósima y yo seré su doncella... ¿Me explico?

—¡Ah, señorita...!

—¡Chiss...! Yo seré allí la doncella de la señorita Cósima, es decir, de Rebeca, y la serviré... Si hago lo que hago es porque quiero un hijo y porque el hijo de Rebeca es de don Jorge, según dice, aunque no me lo creo, pues miente más que Judas... ¡Chiss...! Pero el caso es que yo me encontré muy mal y sufrí mucho todas y cada una de las veces que mi esposo me llamó a la cama, pues padezco una tara congénita y soy estrecha de vagina... ¡Chiss...! El niño de Rebeca satisfará mis ansias de maternidad, que las tengo como cualquier mujer... Con el niño nacido ya no tendré que sufrir más, pues nunca me volveré a casar por lo de la vaginitis... He tenido mala suerte con esta enfermedad, que llevaba oculta en mis entrañas, pero es lo que es y hasta la marcha de mi marido hube de arramblar con ella, aunque traté de aliviarla con miles de baños de asiento y cientos de irrigaciones, sin conseguirlo...

¡Silencio...! Así las cosas, y como mi hermanastra no quiere el niño y es capaz de llevarlo al hospicio, me lo quedaré, aunque no sea mi hijo. Y lo cuidaré y lo educaré tan bien como mi madre me atendió a mí, pese a no ser hija de su sangre, como bien supisteis y me ocultasteis durante casi veintidós años... No os voy a pedir que me ayudéis en este embrollo, porque, a fin de cuentas, está lleno de mentiras... Yo, en

tres días, fecha en que la modista ha de entregarme los trajes y la lencera las mudas, me voy a Caspe con Rebeca... Allí ella tendrá el niño asistida por la mejor partera de la ciudad y, una vez esté la criatura en el mundo, le buscaré una nodriza y me la traeré, y Rebeca, sin poner los pies en esta casa, se irá en el primer tren adondequiera que vaya... En realidad, voy a comprar el niño por la cantidad de doscientas mil pesetas...

—¡Demonios, señorita!

—No haré ningún comentario más. No me preguntéis nada. Si alguna de vosotras quiere acompañarme que me lo diga, pero que lo piense bien antes, pues allá tendrá que mentir y yo no quiero que ninguna de vosotras peque por mi culpa, pues que puedo contratar criadas allí... Si no queréis venir conmigo, lo entenderé y no tomaré represalias, es más, cuando vuelva os querré tanto como os quiero ahora y, mientras esté ausente, os abonaré el sueldo íntegro...

—Yo me voy con usted, señorita, yo le di a usted el pecho, señorita —afirmó Teolinda.

—Yo también la acompaño, y no se hable más —siguió Pilara.

—Y yo —se sumó Úrsula—, cerramos la casa y amén.

—¡No esperaba menos de vosotras!

—¡No la vamos a dejar sola con esa tiparraca...!

—Así la defenderemos de esa mujerzuela...

—De esa mala mujer, señorita...

—Ea, pues, os lo agradezco...

—Nada tiene que agradecer la señorita. Doña Olimpia y don Luis me ayudaron cuando lo necesité, cuando lo de mi marido, ¿cómo no voy yo a estar al lado de la señorita? —abundó Teolinda.

—No es mentir tanto, señorita Cósima, imaginamos que estamos representando una obra de teatro y que usted se llama, ¿cómo se va a llamar, señorita...? —preguntó Pilara.

—Si la tipa esa le hace a usted algún daño, la mato con mis propias manos, señorita, se lo juro —sentenció Úrsula.

—¿Cómo se va a llamar la señorita?

—El ama de llaves de Rebeca se llamará Pilar, ¿os parece bien?

—Es un nombre corriente, muy bien.

—¿Cuándo nos vamos?

—En tres días, lo que cueste hacer el equipaje, cerrar la casa, y que la modista me envíe los trajes... Lo he de sentir por mi padrino...

—Don Jorge está bien cuidado, no pase pena la señorita por él.

—La Goya y la María lo atenderán bien, pues don Jorge les ha dejado un dinero en su testamento.

—Lo sé. Entonces, veamos, desde este momento yo me llamo Pilar, soy nacida en Zaragoza y tengo veinte años... Mis padres han muerto, no tengo parientes y me he

colocado de ama de llaves en casa de la señora viuda de Dulce porque he de ganarme la vida.

—Sí, señorita Pilar.

—Desde este momento Rebeca pasa a llamarse doña Cósima y está embarazada de cinco meses, casi seis, y dará a luz para finales de septiembre. Es la viuda del capitán de húsares de Pavía don León Dulce López-Tass, que se distinguió en la guerra de Cuba, a más de ser un terrateniente. El pobre don León murió, no digáis de qué, en un sanatorio y tampoco digáis en qué sanatorio...

—Cuanto menos digamos, mejor...

—La Amada es alparcera y las gentes de la población también lo son.

—Ay, no sé yo si sabré llamar a la señorita señorita Pilar —se temió Pilara.

—Te haces un nudo con un hilo en el dedo, para que te acuerdes —le recomendó Teolinda.

—No la llames señorita Pilar, llámala sólo señorita —zanjó la cuestión la cocinera.

—Desde este momento, me llamo Pilar. Empecemos a ensayar...

—Sí, señorita.

—Sí, señorita Pilar.

—¿Mande, señorita Pilar?

—Ea, muy bien. En este secreto vamos a estar seis personas... Nosotras cuatro, Juan, que nos llevará en el auto, y Cósima, antes Rebeca... ¿Me puedo fiar de Juan?

—De Juan, sí. Juan será una tumba, de eso me encargo yo, que soy su madre...

—Con la que habremos de tener cuidado es con...

—Con Cósima.

—Sí, la vigilaremos día y noche.

—No la perderemos de vista ni un minuto...

—De una mujerzuela se puede esperar cualquier cosa...

—Entonces, ¿la Rebeca no quiere a su hijo?

—¡La Cósima!

—Oiga, señorita, ¿no le va a decir nada de su embarazo a la señora viuda de Dulce? —demandó la cocinera.

—Su suegra no debe de saberlo todavía, pese a que usted se lo dijo a la modista —terció Teolinda.

—Ya veré qué hago, veré si se lo digo o no, tengo que pensarlo... No quiero hablar de ello, Úrsula... ¡Ea, a hacer el equipaje, un equipaje para cuatro meses...!

Desde este momento, Cósima pasó a llamarse Pilar y Rebeca a llamarse Cósima.

Cuando la señorita Pilar recibió la visita de la señorita Cósima y la avisó de que en tres días salían de viaje, la joven se alegró y se fue a su casa a recoger sus ropas, pero, en el recibidor, se arrepintió y volvió a la salita, a hablar con su hermanastra, a quien

encontró tendida en la *chaise-longue*:

—Oye, Cósima...

—Oye, Pilar... Estamos ensayando ya.

—Oye, Pilar, he pensado que quiero la mitad del dinero por adelantado...

—Ni hablar. Cuando me entregues el niño.

—Pues no.

—Pues sí.

—Pues no voy.

—¡Pues no vamos a ninguna parte y te largas de esta casa, maldita sea...!

—Oye, no te enfades así... Es que hay que preverlo todo... Imagínate que te mueres...

—¡Ay, qué rediez!

—Si te mueres, Dios no lo permita, yo me quedo sin nada y no tengo un duro. Sin embargo, si me das la mitad, ya tendré para mantener a mi hijo...

—Imagínate que se muere tu hijo, ¿entonces qué...? Que yo me quedo sin hijo y te habré dado mucho, muchísimo dinero...

—Entonces habrás saldado la deuda que Arriazu tenía conmigo...

—Te recuerdo que, según me has dicho, soy hija de un anarquista que se fue a Barcelona abandonando a mi madre...

—Sí, pero eres la beneficiaria de un hombre que fue mi padre y de otro hombre que es el padre de mi hijo... Me vas a hacer llorar...

—Pues llora, llora.

—¡Eres cruel, eres mezquina...! Aunque no eres hija de don Luis, es como si lo fueras y yo, que soy la hija, es como si no lo fuera... ¿Te parece justo? ¿Quieres que te lo vuelva a explicar? Oye, te lo pido por favor...

Y tanto pidió, tanto rogó, tanto lloró la Melero que Cósima claudicó y la antevíspera del viaje, tras encargar al abogado Ortega la tramitación de la herencia de su marido, cuyo beneficiario era el hijo que naciera y no su señora suegra, llamó por teléfono a Latorre, el vicepresidente y gerente de la Banca Arriazu, y le pidió le trajera a casa doscientas diez mil pesetas, cien mil para Rebeca, diez mil para su viaje y otras cien mil para Rebeca cuando acabara todo. Se presentó el buen hombre con tal cantidad metida en sobres, repartidos por todos los bolsillos de su levita, y dijo:

—Aquí tiene, señorita Cósima, cuéntelo...

—No, no lo voy a contar... Me fío de usted.

—¿Me rellena el cheque o se lo relleno yo?

—Hágalo usted, señor Latorre. Me voy de viaje y estoy muy ocupada...

—¡Ah!

—Verá, estoy encinta y mi médico me ha recomendado aire libre y vida campestre... Me voy a la torre de Caspe...

—¡Enhorabuena, señorita!, concédame darle la enhorabuena, aunque mejor hubiera sido que don León estuviera aquí...

—La vida es la vida.

—¿Cómo se encuentra don Jorge?

—Igual...

—Vaya, pues lo siento.

—Gracias.

—Si me permite, le diré que se lleva usted demasiado dinero para guardar en casa. En esa plaza hay un par de corresponsales de banca que le podrían entregar el dinero que fuera precisando. Además, tengo oído que anda por allá un bandido llamado Cavero...

—No, no me voy a llevar todo este dinero... Quiero que abra una libreta con cien mil a nombre de Rebeca Melero Garcés... ¿Sabe quién es?

—Sí, señorita.

—Con esta cantidad saldo una deuda pendiente que dejó mi padre...

—No tiene usted que hacerse cargo de semejantes deudas de su señor padre, si me permite.

—Lo sé, pero voy a hacerlo... Tome cien mil pesetas de las que me acaba de entregar, y expídame un recibo a nombre de Rebeca Melero Garcés, como le he dicho...

—Sí, señorita, lo que ordene la señorita. La Rebeca habrá de firmar la apertura...

—Envíeme los papeles necesarios con el botones y señale con una cruz donde haya de hacerlo...

—En cuanto llegue a la banca, lo preparo y se lo mando.

—Excelente, en cuanto a la banca, sígala usted dirigiendo del modo que lo hace, y a mi regreso ya hablaremos. Si necesita comunicarme alguna cosa me pone un aviso de conferencia a Caspe, si hay teléfono, que he de decirle que no lo sé, o al lugar más próximo, o me pone un telegrama o me escribe... A mi regreso tendré en cuenta sus servicios... Y ahora, perdóneme, tengo muchas cosas que hacer. ¡Ah, se me olvidaba...!

—¿Diga usted?

—He encargado al señor Ortega, el abogado, el trámite de la herencia de mi difunto marido. Cuando se ponga en contacto con usted le facilita los papeles que le solicite... Y a las criadas de don Jorge entrégueles mil pesetas al mes, que le presenten cuentas, y yo le firmaré lo que sea menester a mi regreso.

—Sí, señorita. Quiero informarla de que su señora suegra, la viuda de Dulce, se ha pasado por la banca, por la herencia de don León, y que usted acaba de decirme...

—Me ocuparé de hablar con mi suegra. No se preocupe usted, Latorre.

—Usted me manda, señorita Cósima. Y no tema por la banca, el negocio sigue próspero y yo soy su fiel servidor de usted... A sus pies.

—Gracias, Latorre, mi padre se lo estará agradeciendo desde la Morada Celestial.

—¡Toma! —le dijo Pilar a Cósima—. ¡Toma tu maldito dinero!

—¿Qué es esto?

—Un recibo... Te he ingresado la cantidad en la banca, en una libreta de ahorros... Latorre enviará con ella al botones para que firmes la apertura.

—¡Ah, picara...! ¿También quieres hacer negocio con mi dinero...?

—Lo he hecho porque semejante cantidad no se puede llevar en el bolsillo, si necesitas dinero vas a sacarlo. Además, me ha dicho Latorre, el gerente de la banca, que por Caspe anda suelto un bandido llamado Caverro...

—¡Ay, qué coño!

—¿Qué palabrota es ésa? La señorita Cósima no la ha dicho en su vida...

—¡Ay, te aseguro que no sé quién soy...!

—A mí me sucede lo mismo... Las criadas se han tomado el cambio de nombres tan a pecho, que yo tampoco sé quién soy...

—Oye, gracias, hermana. Eres muy generosa, infinitamente más generosa que don Luis. El caso es que yo me encuentro muy a gusto contigo y que es pena que nos hayamos tenido que encontrar de esta manera...

—Debo de ser idiota, pero yo también me encuentro cómoda contigo...

—De haber estado juntas, como deben estar las hermanas, me hubieras querido... Y si me hubieras admitido en tu casa y me hubieras tomado confianza también... Fue mala suerte que me forzara don Jorge...

—Tal vez, si nos hubiéramos conocido en otro momento...

—Señorita Pilar, ¡el botones de la banca!

—Que pase.

La antevíspera del viaje Cósima Arriazu, viuda de Dulce, a punto estuvo de despedirse de Amelia López-Tass, la otra viuda de Dulce, pero, con el teléfono en mano, lo desechó, en razón de que no sólo debería decirle adiós, sino comunicarle su embarazo, que le caería como un jarro de agua fría, por lo de la herencia. No se sintió capaz de explicarle por qué no se lo había dicho antes, y lo dejó aduciendo que bastante tenía con lo que tenía, y que se lo diría por carta, pues que la sorpresa de su suegra y sus cuñadas habría de ser mayúscula y la interrogarían mucho más que Poncio Pilato a Jesús Nazareno, y no, mejor poner tierra de por medio, y lo que se dijo:

—A más días, más remedios.

A ver, que hasta su médico de cabecera se sorprendería, pues que tampoco sabía nada del asunto y hubiera sonado todo muy extraño.

La víspera de su viaje, la señorita Pilar subió a casa de Jorge Maestro a despedirse de él y, por una hora, volvió a llamarse Cósima.

Observó a su buen padrino, le oyó respirar fatigosamente y jadear y, mirándolo, volvió a decirse que Rebeca la estaba engañando y que el hijo de la misma no era de Jorge, pues que su padrino no había sido hombre calavera, al revés, había sido la sensatez personificada.

Avisó a las sirvientas de que se marchaba a la torre de Caspe, porque estaba encinta y el médico le había recomendado aire sano, y que volvería, Dios mediante, a principios de octubre, con el niño. Las instruyó en que Latorre, el gerente de la banca, les entregaría mil pesetas al mes y, como las dos abrieron unos ojos como platos, les advirtió que dicho señor les pediría cuentas de los gastos y les abonaría puntualmente sus salarios.

Después, le tuvo la mano a Jorge entre las suyas durante un buen rato y, por un momento, dudó si llevárselo a Caspe o dejarlo donde estaba, pero decidió que no, pues hubiera sido meter a dos mujeres más, bastante largas de lengua por otra parte, en un secreto conocido ya por seis personas, y no, a más que su padrino no hubiera resistido semejante viaje. Por eso, tras darle un beso en la frente, abandonó la habitación con lágrimas en los ojos, creída de que no volvería a verlo. Y ya enfilaba el pasillo, pero hubo de volver, aprisa además, porque oyó a la Goya y a la María gritar:

—¡Señorita, señorita, don Jorge la llama...!

—¡Parece que quiere decirle algo!

—¡Que no quiere que se vaya...!

Y, claro, Arriazu volvió corriendo, pero no, no, eran cosas de la Goya y la María, pues su padrino no se había canteado. Y las regañó:

—¿Queréis volverme loca? ¡No tenéis piedad de mí...! ¡Me he quedado viuda, voy a tener un hijo que nunca conocerá a su padre, y me venís con mandangas...! ¡Ah, que no, don Jorge está muerto en vida, y sólo se puede rezar por él para que lo llame Dios a su lado cuanto antes y deje de sufrir...! ¿Entendéis?

—Sí, señorita.

—Perdone la señorita.

—¡Estáis perdonadas, pero me habéis dado un sofoco...!

En su casa, Cósima tornó a ser Pilar. Y Pilar revisó la casa de punta a cabo y alabó la tarea de las criadas que habían limpiado, guardado todo y hasta enfundado los muebles.

Al día siguiente, muy de mañana, bajo un bonito sol que prometía buena temperatura, Juan llevó el automóvil de don León a la puerta de la plaza de la Constitución, 3, y en

él, previa facturación del grueso del equipaje por tren, montaron cada una de las viajeras con un maletín en la mano. Las señoritas Cósima y Pilar en el asiento de atrás, Pilara y Úrsula en los dos asientos abatibles de la parte de atrás, contrarios al motor, y Teolinda se sentó al lado del conductor, al aire libre, más contenta que unas castañuelas, quizá porque ya no se acordaba de lo mucho que se había mareado en sus primeros paseos en auto. Todas contentas, muy contentas, la señorita Pilar con ciertos reparos porque recordaba a la perfección lo mal que lo había pasado las veces que había montado en el Dion Bouton. Juan cerró las puertas, tomó el volante, aceleró y todas sus pasajeras se santiguaron y la que quiso rezó sus devociones en silencio.

Y, tras parar a orinar y a beber un refresco en una venta, a vomitar en un ribazo, pues que la señorita Pilar devolvió el desayuno porque siempre se había mareado, o quizá porque le apretaba la faja que se había puesto en torno a la cintura con las otras cien mil pesetas que habría de entregarle a su hermanastra una vez finalizada la empresa, la operación, el trabajo, el negocio —llámese como se quiera—, el automóvil en poco más de dos horas dejó la carretera asfaltada y se adentró en un camino de tierra hasta detenerse en la puerta de la casa grande de la torre de las Botijas. Para cuando la señorita Cósima se apeó del automóvil, una *limousine* como no se había visto otra en el lugar, ya se sabía de su llegada en la población, pues varios zagalicos que andaban por allá habían corrido para avisar de su llegada.

La Amada se asomó a la ventana, sorprendida, y, al ver el auto y reconocer a la señorita Cósima, se quitó el delantal, se echó a correr y la saludó hincando la rodilla en tierra y le besó la mano. La joven la hizo levantar y entró en la casa, donde se veía lo que vieron todas: suciedad por todas partes y fue a regañarla, pero la mujer se le anticipó:

—La acompaño en el sentimiento, señorita Cósima —dijo la Amada.

—¿Qué es esta suciedad, Amada? —atajó la «joven viuda» sin agradecer el pésame.

—Señorita, si hubiera sabido que venían, lo hubiera tenido todo a punto...

Y fue a decir Cósima lo mismo que ya dijera León: «Nos vamos a la fonda», pero Úrsula se le adelantó:

—¡Ea, saca la bayeta y el jabón...!

—He cerrado mi casa de Zaragoza, pues voy a pasar aquí unos meses, hasta que dé a luz, pues mi médico me ha recomendado aire sano y vida campestre... Te voy a presentar a mis criadas: la señorita Pilar, mi ama de llaves, que está indispuesta por el viaje, Úrsula, mi cocinera, y Pilara y Teolinda, mis doncellas...

—¡Enhorabuena, señorita Cósima! Dios, aunque se haya llevado al señorito, ha bendecido su matrimonio... ¿Qué tal, Pilara?

—¡Ea, saca la bayeta y el jabón, que te vamos a echar una mano en la limpieza...!
—repitió la cocinera.

—Nosotras esperaremos sentadas en las sillas del emparrado, mientras limpiáis,

Amada.

—Sí, señorita. Pero espere la señorita, que voy a sacarle una mecedora y el botijo con agua fresca...

Y lo que se fue rezongando la Amada:

—Siempre vienen sin avisar, si avisaran yo tendría todo como los chorros del oro...

—Tú eres una marrana, que no hay más que verte con la falda llena de lamparones... ¡Vamos a fregar, tú la primera...!

—Tía, pareces un sargento...

—¡Calla y trae estropajo, jabón y pozales con agua...!

—Y bayetas para quitar el polvo, Úrsula.

—Y escobas para barrer, Úrsula.

—Empecemos por el dormitorio principal, por el de la señorita Cósima.

Y allí trajinaron, la Amada comentando en voz baja a Úrsula:

—No me extraña que la señorita esté preñada... Cuando estuvo con el señor a primeros de año no salieron de la habitación y estuvieron desnudos todo el día... Vinieron a saludarles el cura, el alcalde, el médico y el cacique, y no los atendieron... ¿Y el señor, de qué murió el señor?

—De tisis...

—¿Tisis?

—Tisis...

—No me extraña, pues anduvo desnudo por esta habitación dos meses, con frío, con tanto frío que la chimenea no daba abasto y no calentaba.

—¿Tú qué dices, a ver?

—Lo que te digo es que el señor y la señora estuvieron más de dos meses encerrados en la habitación, haciendo lo que hacen los matrimonios.

—¡Repite eso, *pardala!*

—¿Se puede? —interrumpió un hombre.

—Es el José, mi marido —informó la Amada—. Ésta es la *Úrsula*, la cocinera de la señora.

—Úrsula, no *Úrsula*... Saludos, José, trae leña y enciende la chimenea...

—¿Quién es ésta, Amada, que parece un sargento de caballería?

—Es la *Úrsula*.

—He *saludao* a la señorita, *le dao el pesame* y no *ma mandao nada, pa* que lo sepas, mujer. Así que me largo.

—¡Trae ahora mismo la leña, rediez!

—Lo que mande usía, pero hace calor...

—Quiero que se vaya la humedad de la habitación de la señorita.

—Hace demasiado calor hoy...

—No protestes.

—Con la lumbre de la caldera será suficiente...

—¡A tus labores, José! ¡Amada, a poner más comida en el puchero...! Ay, aquí nadie hace nada, lo hablaré con doña Cósima...

—Oye, no, tú calla, que si nos despide no tenemos adónde ir...

—Pues ¡a trabajar! Ves, ya está limpia la habitación, si tú un día escobaras y otro quitaras el polvo, tendrías todo la mar de *escoscao*...

—Mira, aparte de esta casa, tengo la mía, un marido, ocho zagales, el mayor de quince años, el pequeño que no levanta dos palmos del suelo y una madre viejísima.

—¿Y el José?

—El José es un vago y un borrachín, no piensa más que en irse a Caspe, a la taberna, coge la mula y se larga...

—¡Ah, Dios! Pues esto se ha terminado, después de encender esta chimenea, que vaya a la huerta a buscar tomates para hacer una buena ensalada para comer, que la señorita la preferirá al puchero...

—El tomate está verde todavía. Además, aquí se come olla, y yo no sé guisar otra cosa.

—Bueno, por un día comeremos puchero. Y mañana guisaré yo...

—Oye, Úrsula, en una casa de ciudad, ¿quién manda, la cocinera o el ama de llaves?

—Manda el ama, pero la nuestra está indispuesta, se ha mareado en el viaje. Y mejor que mande yo, pues la señorita Pilar tiene muy malas pulgas.

—¿Tiene peor genio que tú?

—Mucho peor. Así que estate atenta o te llevarás una bronca y si no te despide ni bien ni mal.

—Oye, pues me voy a barrer abajo y a poner más carne y tocino en el puchero.

En el emparrado, la señorita Cósima era cumplimentada y recibía el pésame de los aparceros y sus mujeres por la muerte de su esposo, y hasta los niños se llegaban a besarle la mano y a tocarle el vestido. Ciertamente que los niños pululaban por allí y, ante la desesperación de Juan, lo que más tocaban era el automóvil. Por eso el *chauffeur* le pedía al José:

—Búscame un sitio para encerrar el auto.

—No sé.

—Un granero o un pajar que se pueda cerrar con llave.

—El granero está con grano y el pajar con paja...

—Me van a destrozar el coche y la señora me va a matar. Fíjate, lo que más quería don León en este mundo era su coche...

—Pues a la señorita Cósima también la quiso mucho, se pasó con ella los días y las noches en la cama, provocando la envidia de todos los hombres de Caspe, yo el primero. ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—¿De qué murió el señorito?

—De tisis.

—¿Tisis?

—Tisis.

—No me extraña, anduvo dos meses desnudo con un frío del carajo.

—Oye, que quiero encerrar el coche...

—Ven, vamos a la cuadra, a ver si hacemos un sitio.

Y sí, sí, los dos hombres hicieron un sitio a la *limousine*.

Tras los primeros trabajos de limpieza y acondicionamiento, la vida plácida llegó a la casa señorial de la torre de las Botijas. Cósima, que se encontraba cada vez más pesada, a causa de su avanzado estado de gestación, iba de la cama a la mesa, de la mesa a la cama y, a la caída de la tarde, cuando remitía el calor veraniego, se sentaba bajo el emparrado en una silla, pues que la prefería a la mecedora para poder levantarse mejor y, a ratos, ayudaba a coser la canastilla del niño, que confeccionaban sus criadas. La señorita Pilar, que bordaba como los ángeles, se ocupaba de los faldones y las camisitas, y a veces los remataba con puntillas obra de la Amada, que se sentaba con ellas con un mundillo en el halda y hacía encaje, un precioso encaje de bolillos. Úrsula, habiendo tomado las riendas de la casa, dirigía todo como un sargento, según el José le contaba a Juan, cuando a media tarde aparejaban sendas mulas y tomaban el camino de Caspe en dirección a la taberna. Pilara respiraba aire puro, todo el que podía para limpiar sus pulmones del aire sucio de la ciudad —tal decía— y se llegaba paseando hasta el río o hasta el redil de las ovejas, como había hecho cuando Cosimina era niña. Iba con algunos de los hijos de la Amada, pues que le gustaban los niños todavía, pese a que se había hecho mayor y, como había visto tanto mundo, les contaba cosas de Zaragoza y de San Sebastián, que los dejaban encandilados y se portaban muy bien con ella. Teolinda había echado el ojo a un gañán y no le quitaba la vista de encima y andaba con la aguja, hilvanando los pañales, pero se pinchaba demasiado a menudo, porque miraba donde no debía.

Y sí, sí, todo era tranquilidad por el cielo y por la tierra en aquella heredad, excepto en la cabeza de Úrsula, que nada más llegar había oído de labios de la Amada que el señorito León había permanecido dos meses, todo el tiempo que estuvo en Caspe, encerrado en la habitación con la señora, es decir, con una falsa señorita Cósima, cuando la verdadera señorita Cósima había permanecido sin moverse de Zaragoza. Y, al momento, se había maliciado lo que había sucedido: que don León, descanse en paz, había estado en la casa con una pelandusca, y no tuvo que estrujarse el cerebro para ponerle nombre: Rebeca Melero. Pues que la Amada, el José y los demás aparceros la habían recibido como si la conocieran, y no habían dudado de que fuera la señora de la propiedad. Y, a mayor abundamiento, la vieja Josefa, la madre del José, le había dicho en una ocasión a la falsa señorita Cósima:

—Está usted mucho más hermosa, señorita, que cuando vino con el señor. Le sienta muy bien estar *preñá*.

Ante tal frase, la cocinera corroboró sus sospechas, cierto que agradeció que no estuviera presente la verdadera señorita Cósima, pues se hubiera enterado de que su marido, a los siete meses de casarse, había pasado más de sesenta días en la torre de Caspe, yaciendo con una pecatriz, es decir, poniéndole cuernos y, lo peor de todo, haciéndola pasar por la verdadera Cósima Arriazu de Castresana.

Y, sin pararse en barras, la cocinera una tarde interrogó a su hijo sobre el particular, lo llamó a un aparte, le obligó a pasear a su lado, pues que Juan quería irse al pueblo para echarse un vino al colete en la taberna, y le espetó a la cara:

—¿Cómo no me dijiste nada de que don León, que en paz descanse, había estado en esta casa con la Rebeca, hijo mío?

—El señorito me prohibió decir palabra y usted siempre me ha dicho que con los señores ver, oír y callar.

—Entonces, ¿es verdad que estuvo con ella?

—Mire, madre, yo no quiero manchar la memoria del señor... Pero ¿cómo se ha enterado usted?

—Me lo ha dicho la Amada.

—Pues vuelva a preguntarle a la Amada.

—¿Cuánto tiempo estuvo la Rebeca? Si me lo dices, te compraré un sombrero jipijapa para los domingos...

—Todo el tiempo que estuvimos aquí, algo más de dos meses.

—Yéndose a la cama con ella.

—No saliendo de la cama, madre.

—¡Rediez!

—Estaba todo el pueblo asombrado.

—¿Y andaban los dos desnudos por la habitación?

—Todo el día, madre. El señor se resfrió y no se curó el catarro... Más parecía que se habían desatado en sus partes las furias del infierno.

—¡Demontre! En cuanto volvamos a Zaragoza, te compraré el sombrero y ahora toma dos pesetas y vete con el José, que te está esperando, a la cochina taberna, y procura no volver borracho, invita al José... Y de esto que te he preguntado, ni palabra. ¡Ay, pobre señorita Cósima...!

—De pobre nada, la señorita Cósima es muy rica... Oiga, madre, sepa usted que a mí me parece muy bien que se quede con el hijo de su marido... La criatura estará mejor con ella que con la Rebeca, que es una destalentada.

—La cosa es que doña Cósima no lo sabe y cree que se queda con el hijo de don Jorge.

—Pues nosotros, chitón, que este feo asunto no va con nosotros.

A poco de llegar, la falsa señorita Pilar no pudo demorar por más tiempo notificarle a su señora suegra el embarazo de la falsa señorita Cósima, ni excusar no haberse

despedido de ella, por eso le escribió una carta:

Caspe, 12 de julio de 1907

Querida mamá:

Espero que se encuentre bien de salud. Llevo unos días en la torre de mi madre... Le pido mil disculpas por no haberme despedido de usted, por haber decidido venir y haberlo hecho sin decir adiós a nadie... Le ruego que no lo tome por desatención, es que anduve muy confusa y apenada, a la par que alegre, pues, verá usted, doña Amelia, me encuentro encinta. No obstante, quiero que la primera persona en enterarse de mi estado de buena esperanza sea usted. La verdad es que no tuve fuerza física para decirle adiós, pues me encontraba muy mal, con las molestias propias del embarazo... También me faltó fuerza moral, puesto que la presencia de usted me trae a la mente la imagen de mi buen marido, descanse en paz, el buen León, con el que fui muy feliz. Como, a pesar de todo, no tengo excusa, le ruego encarecidamente perdone mi injustificable falta de delicadeza.

Aquí padezco todo lo malo que una mujer en mi estado pueda sufrir: vómitos, mala gana, cansancio, hinchazón de pies, gordura por todo mi cuerpo y, además, me disgusta por nada, debido al hondón que me dejó en el alma la falta de mi querido esposo... No obstante, creo que, al no estar en la ciudad, como nadie me llama ni me viene con tal o con cual, lo llevo mejor... Me he puesto en manos del médico de esta localidad, pero no salgo de la torre, ni a misa voy los domingos, no recibo a nadie y tampoco escribo a nadie, salvo a usted, querida mamá. Me fatiga tomar la pluma, me cansa leer y me paso el día mirando el azul del cielo y, a la noche, las estrellas... Eso sí, a diario rezo un rosario entero por el alma de León y me lo imagino en la gloria eterna, gozoso con el hijo que he de tener, que, Dios mediante, será heredero de dos grandes familias, la de Dulce y la de Arriazu y, sin duda, llevará en su sangre lo mejor de las dos.

Espero que la noticia que contiene esta carta sea de su agrado, como lo hubiera sido en vida de León.

Saludos a mis hermanas y a usted, querida mamá, mis mejores deseos y un fuerte abrazo de su hija que la quiere y besa su mano,

Pilar

¡Ah, que tan metida estaba en su papel que escribió Pilar en vez de Cósima y hubo de repetir la carta! Pero tiempo tenía.

Tenía tiempo de sobra y se aburría, pese a los primorosos bordados que hacía para los faldones de la criatura, cada vez más cercana a nacer, porque doña Cósima, día a día, se encontraba más gruesa y pesada. Ella, Pilar, si no hubiera ido a lo que había ido, hubiera podido dejar a la embarazada al menos por un rato y llegarse al lugar de las ánforas o a la fuente sulfurosa o a la población a visitar el castillo-cárcel o hubiera

podido recibir a las autoridades locales y se hubiera distraído con sus charlas, pero, como no se fiaba de su hermanastra, había de estar al pie del cañón, vigilándola, y ni siquiera iba a misa los domingos, se quedaba y enviaba a las criadas a cumplir con el precepto. Cierto que todo se estaba desarrollando muy bien.

Así las cosas, pasó julio con calor y agosto con más calor, con tanto calor que, a días, las costureras no podían salir al emparrado hasta bien entrada la tarde.

Llegó septiembre y la señorita Pilar ajustó a la Purificación, la mejor partera de la localidad, y medió el mes y fue que el día 20 la señorita Cósima entró en parto. Fue que, mientras Úrsula ponía el puchero en el hogar, la Amada, que rondaba por allí y que era muy buena paridora, como es dicho, le comentó:

—Doña Cósima tiene hoy mala cara, ¿ha salido de cuentas? Y Úrsula le respondió, aunque no lo sabía a ciencia cierta:

—Sí.

—¿Sabes qué día es hoy?

—20 de septiembre.

—Santa Tecla.

—¿Y qué?

—No, nada. Que el niño nacerá hoy, no hay más que ver a la señora.

Y no habían terminado de hablar cuando la señorita Cósima, que, sentada en la mesa del comedor, apuraba la taza de chocolate del desayuno, se quejó de una punzada en el vientre. Pilar no le hizo el menor caso, pues que estaba cada día más quejicosa, más impertinente, pidiendo tal, pidiendo cual, o lamentándose de que, puesta de pie, no se veía las punteras de los zapatos desde hacía tiempo o de que le iba a explotar la tripa de tan tensa que tenía la piel o lloriqueando porque nunca volvería a tener el buen tipo que había tenido —un palmito envidiable—, por eso no le hizo caso. Pero pronto, pues que le arreciaron las punzadas, las contracciones, vaya, hubo de hacérselo y enviar a Juan a buscar a la partera, a la Purificación. Lo único que hizo la señorita Pilar, pues, melindrosa de lo más, hubo de aspirar sales antes de que llegara la comadrona. Y, a instancias de Úrsula, que quiso evitarle cualquier mal trago, por ajeno que fuere, fue a sentarse en una butaca del dormitorio de la parturienta y la colocó de cara a la pared, para no ver nada, claro que oyó las voces y los gritos, y padeció lo suyo, puesto que con sólo oír se sufre.

La Amada hirvió abundante agua, sacó sábanas limpias de un arcón, fregó una palangana para las aguas sucias y tuvo todo dispuesto para cuando llegó la comadrona.

La Purificación lo primero que hizo fue hundir su mano en las entrañas de la señorita Cósima y anunciar que aún faltaban varias horas para el nacimiento. Y entró en palique con las demás mujeres, que no sólo estaban asistiendo a su señora, sino actuando con el mayor cariño. Pues una le ponía un paño frío en la frente, otra le daba

de beber agua a pequeños sorbos, otra le estiraba las sábanas, pues la joven se retorció en la cama, lo mismo que hubieran hecho si se hubiera tratado de la verdadera señorita Cósima, en fin, porque el parto es igual para todas las mujeres. Pero ninguna, salvo la Amada, quiso entrar en parlas con la comadrona, no fuera a cometer alguna torpeza y descubrir el embrollo. Y lo que informó Úrsula sobre las cuatro mujeres de Zaragoza las veces que fue menester, pues la Purificación insistió y volvió a insistir:

—Mira, Purificación, yo tuve un hijo hace tantos años que ni me acuerdo, Teolinda otro, que se murió a poco de nacer, y tampoco se acuerda, y estas otras dos son solteras.

No obstante, la comadrona no dejó de parlotear de sus cinco partos y de las decenas que había asistido, y la Amada de sus ocho, con lo cual a las dos señoritas se les pusieron los pelos de punta. Pilar aguantó, pero Cósima, entre un dolor muy grande y otro dolor muy grande también, rogó, pues aquello fue rogar:

—Callaos las dos...

Y, mira, que las dos comadres guardaron silencio. Y entonces ya no se escucharon más que los jadeos de la parturienta, los gritos y, al fin, un enorme grito, el más grande de todos, pues que se oyó en la lejanía, y que puso fin al parto con el nacimiento, después de doce horas largas, de una niña, de una niña rubia y preciosa, que vino al mundo llorando, tras recibir una palmada en el culo por parte de la comadrona, que anunció:

—¡Es una niña!

Y, de inmediato, se la enseñó a la madre. Pero la madre cerró los ojos, cerró los ojos de tanto esfuerzo que había hecho, de tanto sufrimiento que había padecido en aquellas largas horas, o por no ver el fruto de sus entrañas. Y no volvió a abrirlos hasta que las criadas le cambiaron las sábanas de la cama y el camisón y le limpiaron la sangre que llevaba por sus partes y las piernas y se llevaron la placenta y otras inmundicias que habían caído en una jofaina. Volvió a cerrar los ojos y así permaneció hasta que la partera le puso al pecho a la niña, ya limpia y vestida, para que le diera de mamar. Luego, descansó largo.

La señorita Pilar y las criadas acudieron, presurosas, al primer lloro de la criatura, pero, como si fuera a romperse, no se atrevieron a tocarla ni a aviarla ni casi a mirarla, no fueran sus rostros a expresar algo más que alegría, algo de aquella trama que venían desarrollando, que no era otra cosa que una sarta de mentiras, que, a Dios gracias, estaba en vías de acabar, felizmente además. Por eso se retiraron a un segundo plano y dejaron hacer a la comadrona y a la madre, que no en vano era la protagonista de aquella escena. No obstante y, de espaldas a la Purificación y a la Amada, cruzaron miradas de complicidad. Luego, cuando se fue la partera, se acercaron a la recién nacida, la miraron, la remiraron, la observaron de arriba abajo, la tocaron y hasta le levantaron el faldón por ver si estaba entera, mientras, sonriendo, se apretaban las manos entre ellas. Y fue que la Amada exclamó:

—¡Ay, chicas, cómo se parece la niña al señorito León...!

Y sucedió que Pilara, con la bobería que la caracterizaba, siguió el comentario:

—¡Ah, sí, parece don León en la cuna...!

—En viéndola, no es menester preguntar quién es su padre —sentenció la guardesa.

Y claro, la señorita Pilar, que había vuelto a tomar asiento, se levantó como una flecha, tomó a la niña en brazos y, de espaldas a la Amada, frunció el cejo, torció la boca, abrió unos ojos como platos, suspiró, dejó a la niña al lado de doña Cósima y, sin decir palabra, tornó a su butaca.

—¿Vienes a ayudarme, Úrsula? —demandó la Amada, como si allí no sucediera nada.

—No, que vaya Teolinda. Yo me quedo con mi señora —respondió la cocinera.

—Que vaya Pilara —contestó Teolinda—. Yo también me quedo con la señora.

—Y yo. Ve sola, Amada, que para poner el puchero no necesitas a nadie. Déjanos disfrutar de este momento —rogó Pilara.

Y, como ninguna de las tres quiso acompañarla, la sirvienta se fue sola.

Para entonces, ay, mientras la falsa señorita Cósima dormía con profundo sueño, la verdadera Cósima había inhalado dos veces sales, se había fumado la pitillera entera, y permanecía con la mirada baja sin hacer caso a sus criadas, que, habiendo comprendido el asunto, le palmeaban la espalda y le tomaban las manos queriéndola consolar. A Pilara, que era atontolinada, hubo de explicarle Úrsula la sorpresa que había traído la recién nacida, sorpresa no buena, precisamente.

—Dejadme —pidió la verdadera Cósima, y estuvo un tiempo con la cabeza entre las manos. Luego se levantó, volvió a mirar a la niña, observó que tenía el mismo rostro que su marido, suspiró, y mandó:

—¡Úrsula, llama a Juan, que venga ahora mismo!

—No hace falta, señorita. Yo le contaré lo que sé.

Y, en efecto, la cocinera llamó a un rincón a su ama y le susurró al oído que don León, descansa en paz, y la Rebeca habían pasado juntos todo el tiempo que el capitán permaneció en Caspe, como si fueran marido y mujer, y que los trabajadores de la torre habían tomado a la puta por la legítima esposa de don León. Le ahorró muchos detalles, para no apesarla más. Después hubo de decir lo mismo a Teolinda y a Pilara, que querían saberlo todo y, conocidos los hechos, las dos se llevaron las manos a la cabeza.

—¡La puta esa! —musitaba la verdadera Cósima—. ¡Se va a enterar de quién soy yo...!

—Calma, señorita.

—Tranquilícese, señorita, por lo que más quiera.

—¿La Amada y el José la confundieron conmigo?

—Sí, señorita.

—¿Cómo, si yo soy morena?

—No sé, señorita.

—¡Me va a oír!

—¿Quiere usted a la niña o no la quiere? —preguntaba la cocinera.

—No sé lo que quiero, salvo morirme...

—No diga eso la señorita, que es tentar a Dios.

—¡No mientes a Dios, Pilara!

—La niña es muy linda, señorita —aseguraba Teolinda.

—¡Me va a oír esta tipa...!

—Piense, señorita, qué será mejor, si callar y quedarse con la niña de don Jorge o hablar de la niña de don León con su madre...

—Atended a ésta, por el momento, como si nada supiéramos, ni palabra del descubrimiento... Yo me voy a mi cuarto, y que nadie me moleste... He de pensar...

—¿No se va a acostar la señorita?

—¡No!

Durante sus primeras horas de aislamiento, la verdadera Cósima no fue molestada, pero luego sí. Pese a ello, tuvo tiempo de cavilar. Lo primero que le vino a las mientes fue poner la torre en venta lo más pronto posible, para no tener ninguna relación con aquella propiedad en la que su marido la había hecho cornuda y donde había procreado una niña borde en el vientre de una puta, para mayor despropósito, hermanastra suya. Luego anduvo con la palabra «puta» en la boca, puta —que no conocía peor término para denominar a Rebeca—, que había tenido la desvergüenza, la insolencia, la desfachatez, el cinismo, de endosarle la niña a Jorge, al buen Jorge, que, como ya sospechaba, no había tenido arte ni parte en el asunto. ¿En el asunto o negocio? En el negocio, se adujo, pues que le había sacado dineros a su padrino, a ella y, seguramente, a su marido. Y, ¡qué cara más dura, qué morro!, no había dudado en presentarse ante ella, en descubrirle lo que no hubiera querido saber y en decirle, abundantes veces, que quería tener una hermana, cuando, ¡Dios de los Cielos!, se había acostado con su propio esposo, con el esposo de su hermana o hermanastra, lo que fueren entre ellas... ¡Qué cinismo...! Pero tiempo era de terminar con todo aquello de la manera que fuere, pues que de otro modo no respondía de su cordura y tal vez cogiera un cuchillo para acabar con la vida de Rebeca o una botella de lejía para acabar con la suya.

Y como, pese a sus taxativas órdenes, sus criadas llamaban a su puerta por ver qué tal se encontraba —no fuera a hacer alguna barbaridad, puesto que, en semejante tesitura, los celos se apoderan del corazón de cualquier mujer— y, sin permiso, entraban en la habitación para secarle las lágrimas o tenerle las manos, con ello su cólera y sus malos pensamientos se fueron acallando y su corazón se apaciguó, máxime porque era menester tomar determinaciones y, para arrojar a la puta a la puta calle, continuar con la comedia y regresar a Zaragoza cuanto antes con la niña.

Tras hablar con sus criadas, como si se tratase de un parlamento entre un capitán y sus fieles soldados antes de la batalla, Cósima optó por no hacer ni decir nada que se saliera del guión previsto, entre otras razones porque había anunciado a su señora

suegra, que por cierto no había respondido a su carta, que estaba encinta y no se podía desdecir.

La falsa señorita Cósima se recuperó muy pronto, pero no quiso mirar a la niña. Le dio el pecho durante los tres días en que permanecieron en la torre, mirando el techo de su dormitorio, por no tomarle cariño y arrepentirse de sus planes.

La señorita Pilar evitó mirar a la niña por no descubrirse madre, o por no descubrirse cornuda, y eso que su corazón tan pronto latía de gozo como de ira. No obstante, se ocupó de que la criatura, a la que no sabía qué nombre ponerle, tuviera una nodriza preparada para cuando llegara a Zaragoza, pues envió a Juan a Zaragoza en la *limousine* con un billete, escueto como un telegrama, para su suegra:

Querida mamá:

He alumbrado una niña que es el vivo retrato de León. Pese a su ausencia, soy muy feliz. Regreso a Zaragoza el 24. Búsqueme urgentemente una nodriza para ese día. Besa su mano,

Cósima

Dicho y hecho, tras abonar los honorarios a la comadrona, dar propina a la Amada, al José, a sus muchos hijos, a los aparceros, a los muchos hijos de los aparceros, despedirse de todos y dejar un sobre con dinero para el párroco de Santa María, lo último que hizo Pilar en aquella mansión, abandonó Caspe, la ciudad del Compromiso, con sus criadas.

Arriazu la más aliviada de todas, pues, en cuanto perdió de vista las casas de la torre, tornó a llamarse Cósima y pidió a la niña, que la llevaba Teolinda en el halda —la más adecuada para tal menester, puesto que había sido niñera—, y la apretó en sus brazos, la observó y volvió a observarla. La alzó, la remiró, vaya, y se dijo para sí, mientras Rebeca miraba por la ventanilla del auto:

—No me cabe ninguna duda, es hija de León.

Y así fue todo el viaje, diciéndose que la niña era hija de León, en razón de que, aparte de lo que le había explicitado Úrsula, no había más que mirarla. A ratos, conteniéndose para no preguntar a Rebeca si el padre de la niña había sido León Dulce, su marido, el suyo. A ratos, decidida a preguntarle, a enojarse, a ponerla de vuelta y media y a desdecirse de su trato con su hermanastra. A ratos, dispuesta a ignorar el hecho y a hacerse cargo de la criatura porque, en puridad, no tenía culpa de los pecados de sus padres, consciente de que, al menos, tenía derecho al cincuenta por ciento de los apellidos que habría de llevar.

Rebeca Melero fue conducida directamente a la estación de Campo del Sepulcro en la

limousine. Pues Juan, siguiendo las órdenes de la señorita Cósima, tomó la carretera y sin hacer un alto en el camino, sin detenerse a orinar ni a que hicieran otro tanto sus pasajeras y sin que se mareara ninguna, en algo menos de cuatro horas se presentó en Zaragoza. Atravesó la ciudad de punta a cabo, se detuvo en la estación, bajó del auto dejando a todas las mujeres dentro y fue a la taquilla a sacar un billete de primera para Madrid, para que Rebeca se largara cuanto antes.

Cuando regresó con uno para Madrid y dos de andén para su madre y para él, ya que serían los encargados de dejarla sentada en su asiento y ver cómo partía el tren hasta que se perdiera en la lejanía, Rebeca se despidió, dándoles las manos a todas. Cierto que a Cósima debió decirle algo más con los ojos, pues la dama se sacó un sobre abultado del manguito, se lo entregó y la otra se lo guardó. Y fue a bajar del auto, pero se arrepintió, volvió a sentarse, le dio dos besos a su hermana en ambas mejillas y, mirando a la niña que Cósima tenía en brazos, le dijo con toda su natural desfachatez:

—Cósima, me hubiera gustado conocerte de otra manera... Cuida de mi hija y hazla feliz...

—A mi también —tal mintió Arriazu, sin que le temblara la voz. Y siguió—: Creo que hubiera podido quererte, Rebeca, pero no vuelvas nunca más... Adiós.

—Yo también te quiero, Cósima... No temas, que no volveré. Adiós.

Y fuese Rebeca, flanqueada por Juan y Úrsula.

—¿Habéis visto cómo el tren se perdía de vista? —demandó la dama cuando regresaron los dos criados.

—Sí, señorita.

—Bueno, pues todo ha terminado felizmente. ¡Vamos a casa...!

En la plaza de la Constitución, 3, principal, tras el jaleo de la llegada, lo primero que hicieron las sirvientas fue quitar las fundas a los muebles, y la señorita contratar a la nodriza que la estaba esperando por encargo de la viuda de Dulce. Luego, tras visitar a don Jorge, cuyo estado no había variado en absoluto, mediada la tarde, recibió a su suegra y a las hijas de la misma, que le hicieron mil carantoñas a la recién nacida, las cuatro complacidas con la hija de León y sin decir palabra ni hacer gesto que demostrara el menor disgusto contra la inesperada heredera de su hermano. Lo único que demandó doña Amelia:

—¿La niña es sietemesina?

Y Cósima, que lo ignoraba, contestó:

—Sí, mamá.

Y siguieron sus cuñadas:

—¡Claro, con el dolor que lleva Cósima!

—No lo hubiera dicho yo, la niña es muy grande...

—León era muy alto...

—Es la viva estampa de mi hermano.

—No importa que sea sietemesina —informó López-Tass, tras examinarla—, pesa como una niña normal.

Al día siguiente, se bautizó a la criatura en la parroquia de San Gil Abad con el nombre de Olimpia, que así quiso Cósima que se llamara su hija en recuerdo de su madre, de aquella mujer bella como las estrellas del cielo que la había amado con amor de madre, pese a que no había sido su progenitora. Y eso que su suegra y sus cuñadas se opusieron, sosteniendo que Olimpia Dulce sonaba a pastel y queriendo que se llamara como alguna de ellas, dada la imposibilidad de ponerle el nombre de su padre, pues no era cuestión de llamarla Leona ni Leoncia ni Leonela, ni siquiera Leocadia o Leonor o Leonarda, que son otros nombres, pero, tras el tira y afloja consiguiente, todas convinieron en que recordarían a León, a su marido, hijo y hermano, por lo que había representado para cada una de ellas, mientras vivieren.

En consecuencia, Olimpia Dulce Arriazu fue inscrita en el Registro Parroquial y luego en el Civil de Nacimientos como hija de León Dulce López-Tass y Cósima Arriazu de Castresana. Y lo que se repitió Cósima:

—La pequeña Olimpia tiene derecho al menos al cincuenta por ciento de tales apellidos.

Y sí, sí.

En la casa de la plaza de la Constitución, se vivió en paz y en armonía. Las moradoras dichosas, muy dichosas, porque no en vano se repetía la historia de una madre con una hija que no era suya y de unas criadas con una señora, su señora, que tenía una hija que, aunque no era hija de su sangre, era como si lo fuera y esa historia ya la habían vivido. La historia, vaya, de una especie de Cenicienta, que estaban dispuestas a volver a vivir. Ahora, de una cenicienta llamada Olimpia que, por azares de la vida, era heredera de una inmensa fortuna en España y de un «imperio» en Argentina.

A las doce de la noche del 31 de diciembre, Cósima, tendida en la *chaise-longue* de su señora madre, acunando a su pequeña hija, que ronroneaba pidiendo teta, cuando empezaron a sonar las campanas de las iglesias anunciando el Año Nuevo, tras desearles feliz 1908, expresó a sus criadas:

—Durante todo el año que viene, sólo tengo que hacer una cosa: presentar los papeles necesarios para cobrar la pensión de militar de mi difunto marido.

Pero las tres viejas sirvientas y una nueva, la nodriza, negaron con la cabeza, porque las cinco tenían mucho que hacer y, Dios mediante, durante muchos años,

nada menos que criar a la pequeña Olimpia.

AGRADECIMIENTOS

Por escribir lo que escribieron, por decirme lo que me dijeron, por darme lo que me dieron, por facilitarme lo que me facilitaron a:

Abad Varela, Manuel. Aguado Bleye, Pedro. Alcázar Molina, Cayetano. Arcarazo, Luis Alfonso. Asín Ramírez de Esparza, Francisco. Bandrés Oto, Maribel. Bandrés Sánchez-Cruzat, Rosa. Baroja, Pío. Barreiro, Javier. Blasco Ijazo, José. Boucher, François. Carnicer, Javier. Casaus, Esperanza. Coloma, Luis. Comabella Más, Manuel. Dalmau Caries, José. Delgrás, Leopoldo. Deslandres, Ivonne. Domínguez Cabrejas, Rosa. Estrada, Adelina. Fernández Allende, Maite. Fernández Clemente, Eloy. Fernández Marco, Juan Ignacio. Forcadell Álvarez, Carlos. Fortún Sofí, Ricardo. Franco de Espés, Carlos. García Franco, Manuel. Guajardo, Amalio R. Ibarz, Manuel. Lafoz Rabaza, Herminio. Laver, James. Maestre Alcacer, Marymy. Martí Alpera, Félix. Miguel, Amando de. Molins, María Jesús. Muro, Ángel. Orbañanos Celma, Fernando. Owen Ward, John. Pardo Bazán, Emilia. Parral Sanz, Ignacio. Pascual Aubá, Luis. Pascual de San Juan, Pilar. Pascual Maestre, Marymy. Pascual Maestre, Pilar. Peña, Juan María. Pereda, José María. Pérez de Irisarri, María Rosa. Pérez Galdós, Benito. Puiggarí, José. Ramón y Cajal, Pedro. Regidor Arribas, Ramón. Romero, Alfredo. Ruiz Marín, Julián. Sanz de Irisarri, Blanca. Seco Serrano, Carlos. Simmel, Jorge. Solans Soterías, Concha. Soria Andreu, Francisca. Soria de Irisarri, Isabel. Soria Gasca, Manuel. Soria Gasca, Pilar. Unamuno, Miguel de. Valera, Juan.

Al hotel de Londres de San Sebastián.

A la Brigada de Caballería «Castillejos» y, en particular, a su Grupo de Trabajo de Historia.

Al Regimiento de Caballería Acorazada «Pavía» 4.

Eugenio García González-Gros, Carlos Ruiz Lapresta, Francisco Escribano, Ángel Laborda, Juan Carlos Cortés y Jesús García Campo.

A Cósima, Olimpia, Luis, Jorge, Flora, Rebeca, Úrsula, Pilara, Teolinda, el ciego Antonio y otros más, por haber llamado a mi puerta en una noche de insomnio pertinaz.

Y a mis familiares fallecidos, los Irisarri y los Pascual, por haber vivido en Zaragoza.



ÁNGELES DE IRISARRI (Zaragoza 1947). Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Zaragoza, ejerció como archivera y profesora de Instituto. En la actualidad trabaja en una agencia de publicidad y es colaboradora habitual de prensa y radio.

Ángeles es un caso atípico como escritora ya que empezó a publicar novelas y cuentos en la madurez, pasados los cuarenta años. Posee un dominio del lenguaje que sorprende por su originalidad y un fino sentido del humor, así como el profundo conocimiento de la época histórica en la enmarca sus obras: la Edad Media.